

Simone de Beauvoir

La invitada

PRIMERA PARTE	3
I	3
II	7
III	18
IV	35
V	46
VI	61
VII	74
VIII	89
SEGUNDA PARTE	115
I	115
II	121
III	135
IV	146
V	158
VI	172
VII	179
VIII	191
IX	200
X	206

PRIMERA PARTE

I

Francisca alzó los ojos. Los dedos de Gerbert brincaban sobre el teclado, miraba el manuscrito con aire huraño; parecía cansado; Francisca también tenía sueño; pero en su propio cansancio había algo de íntimo y suave; no le gustaban esas líneas negras bajo los ojos de Gerbert; tenía el rostro ajado, endurecido, representaba casi sus veinte años.

—¿No quiere que lo dejemos? —dijo.

—No, está bien —dijo Gerbert.

—Por otra parte, sólo me falta pasar a limpio una escena —dijo Francisca.

Volvió una página. Las dos de la madrugada habían dado hacia ya un momento. Por lo general, a esa hora no había alma viviente en el teatro; esta noche vivía: se oía el tecleo de la máquina de escribir, la lámpara derramaba sobre los papeles una luz rosada. Y yo estoy aquí, mi corazón late. Esta noche, el teatro tiene un corazón que late.

—Me gusta trabajar de noche —dijo ella.

—Sí —dijo Gerbert—, es tranquilo.

Bostezó. El cenicero estaba lleno de colillas rubias, había dos vasos y una botella vacía sobre el velador. Francisca miró las paredes de su escritorio; el aire rosado brillaba de calor y de luz humana. Afuera, estaba el teatro inhumano y negro, con sus corredores desiertos alrededor de una gran cáscara vacía. Francisca dejó su estilográfica.

—¿No tomaría otra copa? —dijo.

—No voy a decirle que no —dijo Gerbert.

—Voy a buscar otra botella al camarino de Pedro.

Salió del despacho. No tenía tantas ganas de whisky; eran esos corredores negros los que la atraían. Cuando ella no estaba allí, ese olor polvoriento, esa penumbra, esa soledad desolada, todo eso no existía para nadie, no existía en absoluto. Y ahora ella estaba allí, el rojo de la alfombra hendía la oscuridad como una tímida lamparilla. Ella tenía ese poder: su presencia arrancaba las cosas de su inconsciencia, les devolvía su color, su olor. Bajó un piso, empujó la puerta de la sala; era como una misión que le hubiera sido confiada, debía hacerla existir, esa sala desierta y llena de noche. El telón metálico había sido bajado, las paredes olían a pintura fresca; las butacas de felpa roja se alineaban inertes, a la espera. Poco después dejarían de esperar. Y ahora ella estaba allí y le tendían los brazos. Miraban el escenario cubierto por el telón metálico, clamaban por Pedro, por las candilejas y por la muchedumbre recogida. Habría sido necesario quedarse allí, siempre, para perpetuar esa soledad y esa espera; pero también habría sido necesario estar en otras partes, en la guardarropía, en los camarinos, en las bambalinas: habría sido necesario estar en todas partes a la vez. Atravesó un palco de proscenio, subió a la escena, se internó entre las bambalinas, bajó al patio donde se pudrían los viejos decorados. Estaba sola para descifrar el sentido de esos lugares abandonados, de esos objetos soñolientos; ella estaba allí y ellos le pertenecían. El mundo le pertenecía.

Cruzó la portezuela de hierro que cerraba la entrada de los artistas y avanzó hasta el centro del terraplén. Alrededor de la plaza, las casas dormían, el teatro dormía; tenía una sola ventana rosada. Se sentó en un banco, el cielo brillaba, negro, por encima de los castaños. Uno hubiera creído estar en el corazón de una tranquila provincia. En ese momento no lamentaba que Pedro no estuviera junto a ella, había alegrías que no podía conocer en su presencia: todas las alegrías de la soledad; ella las había perdido hacía ocho años y a veces sentía como un remordimiento. Se abandonó contra la madera dura del banco; unas pisadas rápidas resonaban sobre la acera; por la avenida pasó un camión. Había ese ruido movible, el cielo, el follaje vacilante de los árboles, un vidrio rosado en una fachada negra; ya no había ninguna Francisca, ya nadie existía en ninguna parte.

Francisca se incorporó de un salto; era extraño volver a ser alguien, apenas una mujer, una mujer que se apresura porque la espera un trabajo urgente, y ese momento no era más que un momento de su vida como los otros. Puso la mano sobre el picaporte y se volvió con el corazón en un puño. Era un abandono, una traición. La noche iba a devorar de nuevo la pequeña plaza provinciana; la ventana rosada iluminaría vanamente, no iluminaría a nadie. La dulzura de esta hora iba a perderse para siempre. Tanta dulzura perdida por toda la tierra. Atravesó el patio de butacas y subió por la escalera de madera verde. A esta clase de pesadumbre, ella había renunciado hacía tiempo. Nada era real, salvo su

propia vida. Entró en el camerino de Pedro y sacó una botella de whisky del armario, luego subió corriendo hacia su escritorio.

—Esto le devolverá las fuerzas —dijo—. ¿Cómo lo quiere, solo o con agua?

—Solo —dijo Gerbert.

—¿Después será capaz de volver a su casa?

—Empiezo a soportar el whisky —dijo Gerbert con dignidad.

—Empieza —dijo Francisca.

—Cuando sea rico y viva en mi casa, tendré siempre una botella de Vat 69 en el armario —dijo Gerbert.

—Será el fin de su carrera —dijo Francisca. Le miró con una especie de ternura. Él había sacado su pipa del bolsillo y la cargaba con aire aplicado. Era su primera pipa. Todas las noches, después de haber vaciado la botella de beaulois, colocaba la pipa sobre la mesa y la miraba con un orgullo de niño; fumaba bebiendo un coñac o un orujo. Y luego se iban por las calles, la cabeza un poco ardiente a causa del trabajo del día, del vino y del alcohol. Gerbert caminaba a grandes zancadas, con el mechón negro que le cruzaba el rostro, las manos en los bolsillos. Ahora eso se acababa; le vería a menudo, pero con Pedro y todos los demás; serían de nuevo como dos extraños.

—Usted también, para ser una mujer, soporta bien el whisky —dijo Gerbert en tono imparcial. Examinó a Francisca.

—Pero hoy ha trabajado demasiado. Debería dormir un poco. Si quiere, la despertaré.

—No, prefiero terminar —dijo Francisca.

—¿Tiene hambre? ¿Quiere que vaya a buscar sandwiches?

—Gracias —dijo Francisca. Le sonrió. El había sido tan atento, tan solícito; cada vez que se sentía descorazonada, le bastaba mirar sus ojos alegres para recobrar la confianza. Hubiera querido encontrar palabras para agradecerse.

—Es casi una lástima que hayamos terminado —dijo—. Me había acostumbrado a trabajar con usted.

—Pero va a ser todavía más divertido cuando se ponga en escena —dijo Gerbert. Sus ojos brillaron; el alcohol había puesto una llama en sus mejillas.

—Es tan divertido pensar que dentro de tres días todo va a volver a empezar. Adoro los comienzos de temporada.

—Sí, será divertido —dijo Francisca. Tomó sus papeles. Esos diez días frente a frente, él los veía terminarse sin pena; era natural, ella tampoco lamentaba que llegaran a su fin, no podía pretender que Gerbert sintiera nostalgias solo.

—Este teatro muerto, cada vez que lo atravieso, me estremezco —dijo Gerbert—, es lúgubre. Creí verdaderamente que esta vez permanecería cerrado todo el año.

—De buenas nos hemos librado —dijo Francisca.

—Con tal que dure —dijo Gerbert.

—Durará —dijo Francisca.

Nunca había creído en la guerra; la guerra era como la tuberculosis o los accidentes de ferrocarril; no puede ocurrirme a mí. Esas cosas sólo ocurren a los demás.

—¿Puede imaginarse usted que una verdadera gran desgracia caiga sobre su propia cabeza? Gerbert hizo una mueca.

—¡Oh! Muy fácilmente —dijo.

—Yo no —dijo Francisca. Ni siquiera valía la pena pensarlo. Los peligros de los cuales uno podía defenderse, había que encararlos, pero la guerra no estaba hecha a la medida humana. Si estallase un día, ya nada tendría importancia, ni siquiera vivir o morir.

—Pero no ocurrirá —se repitió Francisca. Se inclinó sobre el manuscrito; la máquina de escribir tableteaba, el cuarto tenía olor a tabaco rubio, a tinta y a noche. Del otro lado de la ventana, la pequeña plaza recoleta dormía bajo el cielo oscuro; por el campo desierto, pasaba un tren. Yo estoy allí. Pero para mí, que estoy allí, la plaza existe y el tren que pasa; París entero y toda la tierra en la penumbra rosada del despacho. Y en este minuto todos los largos años de felicidad. Yo estoy allí en el corazón de mi vida.

—Es una pena que se esté obligado a dormir —dijo Francisca.

—Es, sobre todo, una lástima que uno no pueda sentirse dormir —dijo Gerbert—. En cuanto uno empieza a darse cuenta de que duerme, se despierta. No se aprovecha.

—¿Pero no le parece magnífico estar despierto mientras otras personas duermen? —Francisca dejó la estilográfica y tendió el oído. No se oía ningún ruido, la plaza estaba oscura, el teatro oscuro.

—Me gustaría imaginarme que todo el mundo está dormido, que en este momento sólo usted y yo estamos vivos sobre la tierra.

—¡Qué susto me daría! —dijo Gerbert. Echó hacia atrás el largo mechón negro que le caía sobre los ojos—. Es como cuando pienso en la luna: esas montañas de hielo y esas grietas y nadie allí dentro. El primero que se atreva a trepar hasta allí dentro tendrá que ser un fresco.

—Yo no diría que no, si me lo propusieran —dijo Francisca. Miró a Gerbert. Por lo general, se sentaban uno al lado del otro; ella estaba contenta de sentirle cerca, pero no se hablaban. Esta noche sentía ganas de hablarle—. Es raro pensar en las cosas tal como son en nuestra ausencia —dijo.

—Sí, es raro —dijo Gerbert.

—Es como tratar de pensar que uno está muerto; no se consigue, uno siempre supone que está en un rincón, mirando.

—Son graciosas todas esas cosas que uno no verá nunca.

—Antes me desesperaba pensar que no conocería más que un miserable rincón de mundo. ¿No le parece?

—Tal vez —repuso Gerbert.

Francisca sonrió. Cuando uno conversaba con Gerbert, solía encontrar resistencias, pero era difícil arrancarle opiniones positivas.

—Ahora estoy tranquila porque me he convencido de que, vaya donde vaya, el resto del mundo se desplaza conmigo. Es lo que me salva de toda nostalgia.

—¿Nostalgia de qué? —dijo Gerbert.

—De vivir solamente dentro de mi pellejo, siendo la tierra tan vasta.

Gerbert miró a Francisca.

—Sí, sobre todo porque tiene una vida más bien ordenada.

Era siempre tan discreto; esa vaga pregunta significaba para él una especie de audacia. ¿Le parecía la vida de Francisca demasiado ordenada? ¿Acaso la juzgaba? Me pregunto lo que piensa de mí... Este despacho, el teatro, mi cuarto, los libros, los papeles, el trabajo. Una vida tan ordenada.

—Comprendí que había que resignarse a elegir —dijo.

—No me gusta cuando hay que elegir —dijo Gerbert.

—Al principio me costó; pero ahora ya no lo lamento, porque las cosas que no existen para mí me parece que no existen en absoluto.

—¿Cómo es eso? —preguntó Gerbert.

Francisca vaciló: sentía eso con mucha fuerza; los corredores, la sala, el escenario, no se habían desvanecido cuando ella había cerrado la puerta tras ellos; pero ya sólo existían detrás de la puerta, a distancia. A distancia, el tren corría a través de las praderas silenciosas que prolongaban en el fondo de la noche la vida tibia del pequeño despacho.

—Es como los paisajes lunares —dijo Francisca—. No tienen realidad. Sólo son decires. ¿No lo siente así?

—No —dijo Gerbert—. No lo creo.

—¿Y no le fastidia no poder ver, nunca, más que una cosa a la vez?

Gerbert reflexionó.

—A mí, lo que me molesta, son las otras personas —dijo—. Me espanta que me hablen de un tipo que no conozco, sobre todo si me hablan con estima: un tipo que vive allí, de su lado, y que ni siquiera sabe que existo.

Era raro que hablara tanto sobre sí mismo. ¿Sentía él también la intimidad conmovedora y provisional de esas últimas horas? Estaban solos para vivir en ese círculo de luz rosada. Para los dos la misma luz, la misma noche. Francisca miró los hermosos ojos verdes bajo las pestañas levantadas, la boca atenta: Si yo hubiera querido... Quizá no fuera demasiado tarde. ¿Pero qué podía querer?

—Sí, es insultante —dijo ella.

—En cuanto uno conoce al tipo, ya es mejor —dijo Gerbert.

—Uno no puede hacerse a la idea de que las demás personas son conciencias que se sienten por dentro como se siente uno mismo —dijo Francisca—. Cuando uno entrevé eso, me parece que es aterrador: uno tiene la impresión de no ser más que una imagen en la cabeza de algún otro. Pero eso no ocurre casi nunca, y nunca por completo.

—Es verdad —dijo Gerbert con ardor—, quizá por eso me resulta tan desagradable que me hablen de mí, aunque me hablen amablemente; me parece que se atribuyen una superioridad sobre mí.

—A mí no me importa lo que la gente piensa de mí —dijo Francisca.

Gerbert se echó a reír.

—No se puede decir que tenga demasiado amor propio.

—Me pasa con sus pensamientos lo que con sus palabras y sus rostros: objetos que están en mi mundo, el mío. Isabel se asombra de que yo no sea ambiciosa; pero es también por eso. No tengo necesidad de hacerme en el mundo un lugar privilegiado. Tengo la impresión de que ya estoy instalada en él. Sonrió a Gerbert—. Usted tampoco es ambicioso.

—No —dijo Gerbert—. ¿Para qué? —Vaciló—. Sin embargo, me gustaría llegar a ser un buen actor.

—Como a mí; a mí me gustaría mucho escribir un buen libro. A uno le gusta hacer bien el trabajo que hace. Pero no es por la gloria y los honores.

—No —dijo Gerbert.

Un carro de lechero pasó bajo la ventana. Pronto amanecería. El tren estaba más allá de Châteauroux, se acercaba a Vierzon. Gerbert bostezó y sus ojos se enrojecieron como los de un chico soñoliento.

—Debería ir a dormir —dijo Francisca. Gerbert se frotó los ojos.

—Tengo que mostrarle esto terminado a Labrousse —objetó en tono terco. Tomó la botella y se echó un trago de whisky.

—Además, no tengo sueño, ¡tengo sed! —Bebió y dejó el vaso. Reflexionó un instante—. A lo mejor, después de todo, tengo sueño.

—Sed o sueño, decídase —dijo Francisca riendo.

—Nunca me doy cuenta del todo —dijo Gerbert.

—Escuche —dijo Francisca—, va a hacer lo siguiente. Va a acostarse sobre el diván y va a dormir. Yo terminaré de revisar esta última escena. Usted la copiará a máquina cuando yo vaya a buscar a Pedro a la estación.

—¿Y usted? —dijo Gerbert.

—Cuando haya terminado, también dormiré; el diván es bastante ancho, usted no me molestará. Tome un almohadón e instálese bajo la manta.

—Bueno —dijo Gerbert.

Francisca se despezó y volvió a tomar su estilográfica. Al cabo de un instante, volvió la cabeza. Gerbert yacía de espaldas, con los ojos cerrados; un aliento regular se escapaba de sus labios. Ya dormía. Era guapo. Le miró durante un largo rato; luego volvió a trabajar. Allá en el tren que corría, Pedro también dormía, con la cabeza apoyada contra los almohadones de cuero y un rostro inocente. Saltará del tren, se enderezará todo lo que da su pequeña estatura; luego correrá por el andén, me tomará del brazo.

—Ya está —dijo Francisca. Examinó el manuscrito con satisfacción—. Con tal que le parezca bien. Creo que le parecerá bien. —Apartó el sillón. Un vapor rosado se elevaba del cielo. Se quitó los zapatos y se deslizó bajo la manta al lado de Gerbert. El gimió, su cabeza rodó sobre el almohadón y fue a apoyarse contra el hombro de Francisca.

Pobrecito Gerbert, qué sueño tenía, pensó. Subió un poco la manta y permaneció inmóvil, con los ojos abiertos. También tenía sueño, pero no quería dormir todavía. Miró los párpados frescos de Gerbert y sus largas pestañas de mujer; dormía abandonado, indiferente. Ella sentía contra su cuello la caricia de sus cabellos largos y suaves.

Es todo cuanto tendré de él, pensó.

Había mujeres que acariciaban esos hermosos cabellos de china, que posaban sus labios sobre los párpados infantiles, que apretaban entre sus brazos ese largo cuerpo delgado. Un día él le diría a una de ellas:

—Te quiero.

A Francisca se le encogió el corazón. Todavía estaba a tiempo. Podía colocar su mejilla contra esa mejilla y decir en voz alta las palabras que acudían a sus labios.

Cerró los ojos. Ella no podía decir: Te quiero. No podía pensarlo. Quería a Pedro. No había lugar en su vida para otro amor.

Sin embargo, habría alegrías semejantes a ésta, pensó con un poco de angustia. La cabeza pesaba mucho sobre su hombro. Lo precioso no era ese peso oprimente: era la ternura de Gerbert, su confianza, su abandono, el amor con que ella lo colmaba. Pero Gerbert dormía, y el amor y la ternura no eran más que objetos de sueño. Quizá, cuando la tuviera entre sus brazos, ella pudiese entrar en ese sueño; pero ¡cómo aceptar soñar un amor que uno no quiere vivir de veras!

Miró a Gerbert. Ella era dueña de sus palabras, de sus gestos. Pedro le daba libertad. Pero los gestos y las palabras no serían sino mentiras, como ya era mentira el peso de esa cabeza sobre su hombro. Gerbert no la quería, ella no podía desear que la quisiera.

El cielo enrojecía detrás del cristal. En el corazón de Francisca subía una tristeza áspera y rosada como el alba. Sin embargo, no lamentaba nada; ni siquiera tenía derecho a esa melancolía que le embotaba el cuerpo soñoliento. Era un renunciamiento definitivo y sin recompensa.

II

Sentadas en el fondo del café moro, sobre almohadones de lana rugosa, Francisca y Javiera miraban a la bailarina árabe.

—Querría saber bailar así —dijo Javiera; sus hombros se estremecieron, una leve ondulación recorrió su cuerpo. Francisca le sonrió; lamentaba que el día tocara a su fin; Javiera había estado encantadora.

—En Fez, en el barrio reservado, Labrousse y yo vimos unas que bailaban desnudas —dijo Francisca—, pero se parecían demasiado a una demostración anatómica.

—¡Pues ya han visto cosas! —dijo Javiera con cierto rencor.

—Usted también verá —dijo Francisca.

—¡Ay! —suspiró Javiera.

—No se quedará en Rúan toda la vida —dijo Francisca.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Javiera tristemente. Se miraba los dedos con aire pensativo; eran dedos rojos, de campesina, que contrastaban con sus muñecas finas—. Quizá pudiera tratar de ser ramera, pero no estoy lo bastante avezada.

—Es un oficio duro, ¿sabe? —dijo Francisca, riendo.

—Lo que hace falta es no tener miedo a la gente —sentenció Javiera en tono serio; meneó la cabeza—. Estoy progresando; cuando un tipo me roza por la calle, ya no grito.

—Y entra sola en los cafés, ya es mucho —dijo Francisca. Javiera la miró confundida.

—Sí, pero no le he dicho todo: en ese pequeño dancing adonde fui anoche, un marinero me invitó a bailar; no acepté. Me apresuré para terminar mi calvados y escapé como una cobarde. —Hizo una mueca—. Es horrible el calvados.

—Debía de ser un rico matarratas —dijo Francisca—. Creo que usted hubiera podido bailar con su marinero; hice un montón de tonterías así en mi juventud y nunca pasó nada malo.

—La próxima vez aceptaré —dijo Javiera.

—¿No tiene miedo de que una noche su tía se despierte? Me imagino lo que pasaría.

—No se atrevería a entrar en mi cuarto —dijo Javiera en tono de desafío. Sonrió, hurgó en su cartera—. Hice un dibujito para usted.

Una mujer que se parecía un poco a Francisca estaba apoyada en un mostrador; tenía las mejillas pintadas de verde y el vestido de amarillo. Abajo del dibujo, Javiera había escrito con gruesas letras violetas: El camino del vicio.

—Tiene que dedicármelo —dijo Francisca.

Javiera miró a Francisca, miró el dibujo y después lo rechazó.

—Es muy difícil.

La bailarina avanzó hacia el centro del salón; sus caderas ondulaban, su vientre se estremecía al ritmo del tamboril.

—Parece que un demonio quiere escapar de su cuerpo —dijo Javiera. Se inclinó hacia adelante, fascinada. Francisca había estado bien inspirada al traerla aquí; nunca Javiera había hablado tan largamente de sí misma; tenía una manera encantadora de contar cuentos. Francisca se hundió entre los cojines; ella también estaba impresionada por todo ese brillo fácil, pero lo que le encantaba, sobre todo, era haber anexionado a su vida esa minúscula existencia triste; pues ahora, como Gerbert, como Inés, como Canzetti, Javiera le pertenecía; nada le causaba a Francisca alegrías tan fuertes como esa especie de posesión; Javiera miraba atentamente a la bailarina, no veía su propio rostro que la pasión embellecía, su mano sentía los contornos de la taza que apretaba, pero Francisca sólo era sensible a los contornos de esa mano: los gestos de Javiera, su rostro, su vida misma tenían necesidad de Francisca para existir. En ese momento, para sí misma, Javiera no era nada más que un gusto de café, una música lacerante, una danza, un leve bienestar; pero para Francisca, la infancia de Javiera, sus días estancados, sus repulsiones, componían una historia romántica tan real como el tierno modelado de sus mejillas; y esa historia iba a parar precisamente aquí, entre las telas abigarradas, en ese minuto exacto de la vida de Francisca en que Francisca se volvía hacia Javiera y la contemplaba.

—Ya son las siete —dijo Francisca. La abrumaba la idea de pasar la velada con Isabel, pero no podía evitarlo—. ¿Sale con Inés esta noche?

—Creo que sí —dijo Javiera con voz sombría.

—¿Cuánto tiempo más se queda en París?

—Me voy mañana. —Un relámpago de rabia cruzó por los ojos de Javiera—. Mañana todo seguirá estando aquí, y yo estaré en Ruan.

—¿Por qué no sigue cursos de dactilografía como se lo había aconsejado? —dijo Francisca—. Yo podría encontrarle un empleo.

Javiera se encogió de hombros, descorazonada.

—No sería capaz —dijo.

—Por supuesto que lo sería, no es difícil.

—Mi tía trató también de enseñarme a tejer —dijo—, y mi última media fue un desastre. —Miró a Francisca con un aire triste y vagamente provocativo—. Tiene razón: nunca podrán hacer nada de mí.

—Sin duda no harán una buena ama de casa —replicó Francisca riendo—, pero se puede vivir sin eso.

—No es a causa de la media —dijo Javiera con voz fatal—, pero es una prueba.

—Se descorazona demasiado pronto. Sin embargo, ¿tiene ganas de irse de Ruan? ¿No hay allí nada ni nadie que le importe?

—Los odio —dijo Javiera—. Odio esa ciudad inmunda y a los que van por las calles con sus miradas de lombrices.

—Eso no puede durar —dijo Francisca.

—Durará —dijo Javiera. Se levantó bruscamente—. Me voy.

—Espere, la acompaño —dijo Francisca.

—No, no se moleste, ya le he hecho perder toda la tarde.

—No me ha hecho perder nada —repuso Francisca—. ¡Qué rara es usted!

Examinó con cierta perplejidad la cara huraña de Javiera; era un pequeño personaje desconcertante; con esa boina que ocultaba sus cabellos rubios, tenía casi un aspecto de chiquillo; sin embargo, era el rostro de una joven lo que había conmovido a Francisca seis meses atrás. El silencio se prolongó.

—Discúlpeme —dijo Javiera—. Tengo un dolor de cabeza terrible. —Se tocó las sienes con aire dolorido—. Debe de ser este humo: me duele aquí, y aquí.

La parte de abajo de sus ojos estaba hinchada; su tez, turbia. En verdad, el espeso olor de incienso y de tabaco hacía el aire casi irrespirable. Francisca llamó al camarero.

—Es una lástima: si no estuviera tan cansada la habría llevado esta noche al cabaret —se lamentó.

—Creía que tenía que ver a una amiga —dijo Javiera.

—Vendría con nosotros, es la hermana de Labrousse, una muchacha pelirroja peinada a la garçonne, usted la vio cuando festejamos las cien representaciones de Filoctetes.

—No me acuerdo —dijo Javiera. Su mirada se animó—. Sólo me acuerdo de usted: tenía una larga falda negra muy estrecha, una blusa de lamé y una redecilla plateada en el pelo. ¡Qué guapa estaba!

Francisca sonrió: no era guapa, pero le gustaba su propia cara; siempre le causaba una sorpresa agradable encontrarla en un espejo. Por lo general, no pensaba que tenía una cara.

—Usted llevaba un vestido azul precioso, todo plisado —dijo—, y estaba borracha.

—Traje mi vestido, me lo pondré esta noche.

—¿Es prudente si le duele la cabeza?

—Ya no me duele. Era sólo un mareo. Le brillaban los ojos; había recobrado su hermosa tez anacarada.

—Entonces, está bien —dijo Francisca. Empujó la puerta—. Pero Inés se va a molestar, si cuenta con usted.

—Y bueno, se molestará —dijo Javiera con una mueca desdeñosa.

Francisca llamó a un taxi.

—La dejo en casa de ella y a las nueve y media nos encontramos en el Dôme. No tiene más que seguir el bulevar Montparnasse, derecho.

—Lo conozco —dijo Javiera.

Francisca se sentó en el taxi al lado de ella y pasó su brazo bajo el de Javiera.

—Estoy muy contenta de que todavía tengamos algunas horas por delante.

—Yo también estoy contenta —respondió Javiera en voz baja.

El taxi se detuvo en la esquina de la calle de Rennes. Javiera bajó y Francisca se hizo llevar al teatro. Pedro estaba en su camerino, en bata; comía un sandwich de jamón.

—¿Estuvo bien el ensayo? —dijo Francisca.

—Trabajaste bien —dijo Pedro señalando el manuscrito colocado sobre su escritorio—. Está bien. Está muy bien.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegra! Me ha dolido en el alma tener que cortar la muerte de Lucilio, pero me parece que era necesario.

—Era necesario —dijo Pedro—. Todo el movimiento del acto ha cambiado. —Mordió su sandwich—. ¿No has comido? ¿Quieres un sandwich?

—Sí. —Tomó uno y miró a Pedro con reproche—. No te alimentas bastante, estás muy pálido.

—No quiero engordar.

—César no era flaco. —Francisca sonrió—. ¿Si telefonaras a la portera para que vaya a buscarnos una botella de Château-Margaux?

—No es una mala idea —dijo Pedro.

Descolgó el receptor y Francisca se instaló sobre el diván; era allí donde dormía Pedro cuando no pasaba la noche con ella; a ella le gustaba mucho ese camerino.

—Ya está —dijo Pedro—, serás servida.

—Estoy tan contenta. Creí que nunca terminaría ese tercer acto.

—Has hecho un trabajo excelente. —Pedro se inclinó hacia ella y la abrazó. Francisca le echó los brazos alrededor del cuello.

—Lo has hecho tú —dijo—. ¿Recuerdas lo que me decías en Délos? ¿Que querías llevar al teatro algo absolutamente nuevo? Y bien... ya está.

—¿Lo crees realmente? —dijo Pedro.

—¿Tú no lo crees?

—Lo creo un poco.

Francisca se echó a reír.

—Lo crees del todo, pareces encantado. ¡Pedro! Si no tenemos demasiadas preocupaciones de dinero, ¡qué buen año va a ser éste!

—En cuanto seamos un poco ricos, te compraremos otro abrigo.

—Estoy acostumbrada a éste.

—No cabe duda. —Pedro se sentó junto a Francisca.

—¿Te divertiste con tu joven amiga?

—Es una monada. ¡Qué lástima que se pudra en Rúan!

—¿Te contó muchas cosas?

—Un montón de cuentos; te los contaré alguna vez.

—¿Entonces estás contenta, no has perdido el día?

—Me gustan mucho los cuentos.

Llamaron y la puerta se abrió. La portera trajo con aire pomposo una bandeja con dos vasos y una botella de vino.

—Muchas gracias —dijo Francisca. Llenó los vasos.

—Por favor —añadió Pedro—, no estoy para nadie.

—Entendido, señor Labrousse —dijo la mujer. Salió. Francisca tomó su vaso en la mano y mordió un segundo sandwich.

—Esta noche voy a llevar a Javiera con nosotras —dijo—. Iremos al cabaret. Me divierte. Espero que neutralice a Isabel.

—Ha de estar deslumbrada.

—Pobre chica, me partió el alma. Le revuelve de tal manera volver a Rúan.

—¿No hay ninguna manera de sacarla? —preguntó Pedro.

—Ninguna —dijo Francisca—. Es tan floja e impotente; nunca tendrá el valor de aprender un oficio; y su tío no imagina más porvenir para ella que un marido piadoso y muchos hijos.

—Deberías encargarte de ella.

—¿Cómo quieres que lo haga? La veo una vez por mes.

—¿Por qué no la haces venir a París? La vigilarías, la obligarías a trabajar; que aprenda taquigrafía; ya encontraremos algún lugar donde colocarla.

—Su familia no se lo permitirá jamás.

—Y bueno, que lo haga sin permiso. ¿No es mayor de edad?

—No, pero el problema no es exactamente ese. No creo que la hagan buscar por la policía.

Pedro sonrió.

—¿Y cuál es el problema?

Francisca vaciló; a decir verdad, nunca había pensado que se planteara ningún problema.

—En resumen, ¿propones que la hagamos vivir en París a costa nuestra hasta que se desenvuelva?

—¿Por qué no? Presentándole eso como un préstamo.

—Por supuesto —dijo Francisca. Siempre le asombraba esa manera que tenía de hacer nacer en cuatro palabras mil posibilidades imprevistas. Ahí donde los otros veían matorrales impenetrables, Pedro descubría un porvenir virgen que podía moldear a su antojo. Era el secreto de su fuerza.

—Hemos tenido tanta suerte en nuestra vida —dijo Pedro—. Convendría compartirla con los otros cada vez que podamos. Francisca examinó con perplejidad el fondo de su vaso.

—En un sentido me tienta —dijo—. Pero tendría que ocuparme de ella y tengo tan poco tiempo.

—Hormiguita —dijo Pedro con ternura. Francisca se ruborizó levemente.

—Sabes que no tengo mucho tiempo.

—Ya lo sé. Pero es curiosa esa especie de retroceso que haces cada vez que se te presenta algo nuevo.

—La única novedad que me interesa es nuestro porvenir común —dijo Francisca—. ¡Qué quieres, soy feliz así! Debes reprochártelo a ti solo.

—No te critico. Al contrario, te encuentro tanto más pura que yo, no hay nada que suene a falso en tu vida.

—Es que tú no le das tanta importancia a la vida en sí misma. Tu trabajo es lo que cuenta.

—Es verdad. —Pedro se mordió una uña con aire perplejo—. En mí, aparte de mis relaciones contigo, todo es frivolidad y despilfarro.

Continuaba mordisqueándose la mano; no estaría contento hasta que sangrara.

—Pero en cuanto haya liquidado a Canzetti, todo estará terminado.

—Eso dices —dijo Francisca.

—Lo demostraré.

—Tienes suerte, tus líos siempre se liquidan bien.

—Es que en el fondo ninguna de esas mujercitas ha estado nunca verdaderamente enamorada de mí, dijo Pedro.

—No creo que Canzetti sea una muchacha interesada.

—No, no es tanto para que le dé un papel; sólo es que me toma por un gran hombre, se imagina que el genio se le subirá del sexo al cerebro.

—Hay mucho de eso —dijo Francisca riendo.

—Esos líos ya no me divierten —dijo Pedro—. Si por lo menos fuera un gran sensual; pero ni siquiera tengo esa excusa. —Miró a Francisca con aire confuso—. Lo que pasa es que me gustan mucho los comienzos. ¿No lo comprendes?

—Quizá. Pero a mí no me interesaría una aventura que no tuviera porvenir.

—¿No?

—No; es más fuerte que yo, soy una mujer fiel.

—No se puede hablar de fidelidad y de infidelidad entre nosotros —atrajo a Francisca contra él—. Tú y yo somos uno solo; es verdad, sabes, no podrían definirnos al uno sin el otro.

—Gracias a ti —dijo Francisca.

Tomó el rostro de Pedro entre sus manos y se puso a cubrir de besos esas mejillas donde el olor a pipa se mezclaba con un perfume infantil e inesperado de pastelería. Somos uno solo, se repitió. Mientras no se lo hubiera contado a Pedro, ningún hecho era totalmente verdadero; flotaba inmóvil, incierto, en una especie de limbo. Antes, cuando Pedro la intimidaba, había una cantidad de cosas que ella dejaba a un lado: pensamientos turbios, gestos impensados; si no se hablaba de ellos, era casi como si no existieran, formaban debajo de la verdadera existencia una vegetación subterránea y vergonzosa donde ella se encontraba sola y donde se ahogaba. Y luego, poco a poco, lo había dicho todo; ya no conocía la soledad, pero estaba purificada de esos confusos hervideros. Todos los momentos de su vida que ella le confiaba, Pedro los volvía claros, pulidos, terminados, y se convertían en momentos de la vida de ambos. Ella sabía que, a su vez, representaba el mismo papel junto a él; no tenía con ella repliegues ni pudores; sólo se mostraba retraído cuando estaba mal afeitado o tenía una camisa sucia; entonces fingía estar resfriado y conservaba un pañuelo alrededor del cuello, lo que le daba un aspecto de anciano precoz.

—Voy a tener que dejarte —dijo ella con lástima—. ¿Te quedas a dormir aquí o vienes conmigo?

—Iré a tu casa. Quiero volver a verte lo antes posible.

Isabel ya estaba instalada en el Dôme; fumaba, fijando los ojos en el vacío. Hay algo que anda mal, pensó Francisca. Se había maquillado cuidadosamente la cara, pero la tenía hinchada y cansada. Vio a Francisca y una brusca sonrisa pareció liberarla de sus pensamientos.

—Buenos días, estoy muy contenta de verte —dijo con vehemencia.

—Yo también —replicó Francisca—. Dime, ¿no te molesta que lleve con nosotras a la chica Pagés? Se muere de ganas de ir a un cabaret; podremos conversar mientras ella baila, no es pesada.

—Hace siglos que no oigo jazz —dijo Isabel—. Va a divertirme.

—¿No ha llegado aún? Es raro. —Se volvió hacia Isabel—. ¿Y ese viaje? —preguntó alegremente—. ¿Decididamente te vas mañana?

—Lo consideras tan sencillo —dijo Isabel; tenía una risa desagradable—. Parece que eso podría mortificar a Susana, y Susana ha sufrido tanto con los acontecimientos de septiembre.

Era eso... Francisca miró a Isabel con una piedad indignada; Claudio se portaba con ella en forma verdaderamente indignante.

—Como si tú no hubieras sufrido también.

—Pero yo soy alguien lúcido y fuerte —dijo Isabel con ironía—. Yo soy la mujer que nunca hace escenas.

—Pero, en fin, Claudio ya no está enamorado de Susana. Está vieja y fea —dijo Francisca.

—Ya no está enamorado —dijo Isabel—. Pero Susana es una superstición. Está convencido de que no llegará a nada sin ella.

Hubo un silencio. Isabel seguía con aplicación el humo de su cigarrillo. Sabía guardar las formas; pero ¡qué oscuridad debía de haber en su corazón! Había esperado tanto de ese viaje: quizá esa larga soledad de dos resolviera por fin a Claudio a romper con su mujer. Francisca se había vuelto escéptica; hacía dos años que Isabel esperaba la hora decisiva. Pero sentía la decepción de Isabel con un nudo en el corazón, que se parecía al remordimiento.

—Hay que decir que Susana es muy inteligente —dijo Isabel. Miró a Francisca—. Está tratando de que Nanteuil acepte la pieza de Claudio. Es otra de las razones que le retienen en París.

—Nanteuil —dijo Francisca blandamente—. Qué idea tan rara.

Miró a la puerta con un poco de inquietud. ¿Por qué Javiera no llegaba?

—Es una estupidez —Isabel hablaba con voz más firme—. Por otra parte, es muy sencillo, fuera de Pedro no hay nadie que pueda montar Partición. Estaría formidable en el papel de Achab.

—Es un buen papel —dijo Francisca.

—¿Crees que le gustaría? —en la voz de Isabel había una súplica ansiosa.

—Partición es una pieza muy interesante —dijo Francisca—. Pero no está en absoluto dentro de la línea de las investigaciones de Pedro.

—Escucha —prosiguió, solícita—. ¿Por qué Claudio no le lleva su pieza a Berger? ¿Quieres que Pedro le mande unas líneas a Berger?

Isabel tragó saliva dificultosamente.

—No te das cuenta de la importancia que tendría para Claudio que Pedro aceptara su obra. Duda tanto de sí mismo. Sólo Pedro podría sacarle de eso.

Francisca eludió su mirada; la pieza de Battier era detestable. No había posibilidad de aceptarla. Pero ella sabía cuántas esperanzas había puesto Isabel en esta última probabilidad; frente a su rostro descompuesto eran verdaderos remordimientos los que sentía. No ignoraba hasta qué punto su existencia y su ejemplo habían pesado en el destino de Isabel.

—Francamente, no hay solución —dijo.

—Sin embargo, Lucio y Armanda fue un éxito.

—Justamente, después de Julio César, Pedro quiere tratar de lanzar a un desconocido.

Francisca se interrumpió. Vio con alivio que Javiera se acercaba. Estaba cuidadosamente peinada y se había maquillado la cara con el propósito de desdibujar sus pómulos y afinar su gran nariz sensual.

—¿Se conocen? —Francisca sonrió a Javiera—. Llega muy tarde. Estoy segura de que no ha comido. Comerá algo.

—No, gracias, no tengo hambre —se excusó Javiera. Se sentó y bajó la cabeza. Parecía incómoda—. Me perdí —dijo.

Isabel hacía pesar sobre ella una mirada insistente. La observaba.

—¿Se ha perdido? ¿Viene de lejos?

Javiera volvió hacia Francisca un rostro desolado.

—No sé lo que me pasó, seguí el bulevar, no terminaba jamás, me encontré en una avenida oscurísima. Debo de haber pasado ante el Dôme sin verlo.

Isabel se echó a reír.

—Se necesita buena voluntad —dijo. Javiera le lanzó una mirada asesina.

—Bueno, está aquí, eso es lo principal —adujo Francisca—. ¿Qué te parecería ir a la Prairie? No está como en nuestra juventud, pero no es desagradable.

—Como quieras —dijo Isabel.

Salieron del café; en el bulevar Montparnasse un viento fuerte barría las hojas de los plátanos; Francisca se divirtió en hacerlas crujir bajo sus pies, tenían olor a nuez seca y a vino cocido.

—Hace por lo menos un año que no he ido a la Prairie.

No hubo respuesta. Javiera apretaba con gesto friolento el cuello de su abrigo. Isabel llevaba su bufanda en la mano, parecía no sentir el frío y no ver nada.

—Cuánta gente hay ya —dijo Francisca. Todos los taburetes del bar estaban ocupados; eligió una mesa un poco apartada.

—Tomaré un whisky —dijo Isabel.

—Dos whiskies —dijo Francisca—. ¿Y usted?

—Lo mismo que usted —dijo Javiera.

—Tres whiskies —dijo Francisca. Ese olor a alcohol y a humo le recordaba su juventud. Siempre le habían gustado los ritmos del jazz, las luces amarillas y el hervidero de las boites nocturnas. ¡Qué fácil era vivir feliz en un mundo que contenía a la vez las ruinas de Delfos, las montañas peladas de Provenza y esta flora humana! Sonrió a Javiera.

—Mire en el bar, la rubia respingona; vive en mi hotel; se arrastra durante horas por los corredores en camisión celeste. Creo que es para excitar al negro que vive encima de mi cuarto.

—No es bonita —dijo Javiera. Sus ojos se dilataron—. Hay una mujer morena a su lado que es muy hermosa. ¡Qué hermosa es!

—Pues sepa que tiene por amante a un campeón de catch; se pasean por el barrio tomados por el dedo meñique.

—¡Oh! —dijo Javiera con reproche.

—No es culpa mía —se disculpó Francisca. Javiera se levantó. Dos muchachos se habían acercado y sonreían con aire insinuante.

—No, no bailo —dijo Francisca.

Isabel vaciló y se levantó a su vez.

En este momento me aborrece, pensó Francisca. En la mesa vecina, una rubia ya un poco ajada y un muchacho muy joven se tomaban tiernamente de la mano; el muchacho hablaba apasionadamente en voz baja; la mujer sonreía con precaución para que ninguna arruga agrietara su lindo rostro ajado; la mujerzuela del hotel bailaba con un marinero, se apretaba contra él, con los ojos entreabiertos; la hermosa morena sentada sobre un taburete comía con aire displicente rodajas de plátano. Francisca sonrió con orgullo; cada uno de esos hombres, cada una de esas mujeres, estaban allí absorbidos en vivir por un momento su pequeña historia personal; Javiera bailaba, sobresaltos de ira y desesperación sacudían a Isabel. En el centro del cabaret, impersonal y libre, estoy yo. Contemplo al mismo tiempo todas esas vidas, todos esos rostros. Si me apartara de ellos, se desarmarían de pronto como un paisaje abandonado.

Isabel volvió a sentarse.

—Sabes —comentó Francisca—, lamento que no se pueda arreglar ese asunto.

—Comprendo muy bien —dijo Isabel. Su rostro se desplomó; no podía contener por mucho tiempo su rabia, sobre todo delante de otros.

—¿No estás bien con Claudio en este momento? —preguntó Francisca.

Isabel sacudió la cabeza; hizo una mueca desagradable y Francisca creyó que iba a llorar, pero se contuvo.

—Claudio está en plena crisis. Dice que no puede trabajar mientras su pieza no haya sido aceptada, que no se siente realmente liberado de ella. Cuando cae en esos estados, es terrible.

—Tú no eres responsable —dijo Francisca.

—Pero siempre todo recae sobre mí —replicó Isabel. De nuevo le temblaron los labios—. Porque soy una mujer fuerte. No se le ocurre que una mujer fuerte puede sufrir tanto como otra —dijo con un acento de piedad apasionada.

Se echó a llorar.

—Mi pobre Isabel —dijo Francisca tomándole la mano. A través de las lágrimas, el rostro de Isabel recobraba un aspecto infantil.

—Es estúpido —dijo. Se secó los ojos—. Esto no puede seguir así, con Susana siempre entre los dos.

—¿Qué querías? ¿Que se divorcie?

—No se divorciará nunca. —Isabel se puso a llorar nuevamente con una especie de rabia—. ¿Y acaso me quiere? Yo ya ni siquiera sé si le quiero. —Miró a Francisca con ojos desorbitados—. Hace dos años que lucho por ese amor, me mato luchando, le he sacrificado todo, y ni siquiera sé si nos queremos.

—Por supuesto, le quieres —dijo Francisca con cobardía—. En este momento le guardas rencor, entonces ya no sientes nada, pero eso no quiere decir nada.

Había que tranquilizar a Isabel a cualquier precio, sería terrible lo que descubriría si un día se dedicaba a ser sincera hasta el final; sin duda, ella también tenía miedo; esos destellos de lucidez siempre se detenían a tiempo.

—Yo no sé nada —dijo Isabel.

Francisca le apretó la mano con más fuerza, se sentía verdaderamente conmovida.

—Claudio es débil, eso es todo; pero te ha dado mil pruebas de amor. —Alzó la cabeza; Javiera estaba de pie junto a la mesa y consideraba la escena con una sonrisa extraña.

—Siéntese —dijo Francisca, cortada.

—No, vuelvo a bailar. —En el rostro de Javiera había desprecio y casi maldad. Francisca recibió ese juicio malévolamente como un choque desagradable.

Isabel se había enderezado; se empolvaba el rostro.

—Hay que tener paciencia —dijo. Su rostro se recobró—. Es cuestión de influencia. Siempre he sido demasiado franca con Claudio, no le impresiono.

—¿Alguna vez le has dicho claramente que no podías soportar la situación?

—No. —Dijo Isabel—. Hay que esperar. —Tenía de nuevo su aire suspicaz y duro.

¿Amaba a Claudio? Sólo se había echado sobre él para tener, también ella, un gran amor. La admiración que le profesaba era otra manera de defenderse de Pedro. Sin embargo, sentía por su culpa sufrimientos contra los cuales nada podían hacer ni ella ni Pedro.

—Qué desastre —dijo Francisca realmente compungida.

Isabel se había levantado de la mesa; bailaba. Tenía los ojos hinchados y la boca crispada. Una especie de envidia atravesó a Francisca. Los sentimientos de Isabel podían ser falsos y su vocación falsa y falso el conjunto de su vida: su dolor presente era violento y verdadero. Francisca miró a Javiera. Javiera bailaba, con la cabeza un poco echada hacia atrás, el rostro estático; todavía no tenía vida, para ella todo era posible, y esta noche encantada contenía la promesa de mil encantos desconocidos. Para esa muchacha, para esa mujer con el corazón cargado, ese momento tenía un sabor áspero e inolvidable. ¿Y yo?, pensó Francisca. Espectadora. Pero este jazz, este gusto a whisky, esta luz anaranjada, no era sólo un espectáculo, había que encontrar algo que hacer. ¿Y qué? En el alma huraña y tensa de Isabel, la música se convertía suavemente en esperanza; Javiera la convertía en una espera apasionada. Y sólo Francisca no encontraba en ella nada que armonizara con la voz conmovedora del saxófono. Buscó un deseo, un remordimiento; pero detrás de ella, ante ella, se extendía una dicha árida y clara. Pedro, jamás ese nombre podría despertar en ella un sufrimiento. Gerbert, a ella tampoco le importaba Gerbert. Ya no conocía ni riesgo, ni esperanza, ni temor; solamente esa felicidad que ni siquiera dependía de ella; ningún malentendido era posible con Pedro, ningún acto sería nunca irreparable. Si algún día ella tratara de hacerse sufrir, él la comprendería tan bien, que la felicidad se cerraría de nuevo sobre ella. Encendió un cigarrillo. No, ella no encontraba nada, salvo esa pena abstracta de no tener por qué apenarse. Tenía un nudo en la garganta, su corazón latía un poco más rápido que de costumbre, pero ni siquiera podía creer que estaba verdaderamente cansada de la felicidad; ese malestar no le traía ninguna revelación patética, no era más que un accidente entre otros, una modulación breve y apenas previsible que se resolvería en la paz. Ya ella no se dejaba sorprender por la violencia de los instantes, sabía muy bien que ninguno de ellos tenía un valor decisivo «Encerrada en la felicidad», murmuró; pero sentía una especie de sonrisa dentro de ella.

Francisca miró con desaliento los vasos vacíos, el cenicero rebosante de colillas; eran las cuatro de la mañana, Isabel se había ido hacia un rato, pero Javiera no se cansaba de bailar; Francisca ya no bailaba y para pasar el rato había bebido demasiado y fumado demasiado; tenía la cabeza pesada y sentía en todo el cuerpo la lasitud del sueño.

—Creo que sería hora de irse —dijo.

—¿Ya? —Javiera miró a Francisca con tristeza—. ¿Está cansada?

—Un poco —Francisca titubeó—. Puede quedarse sin mí —insinuó—. Ya le ha ocurrido ir sola a un cabaret.

—Si se va, la acompaño —dijo Javiera.

—Pero no quiero obligarla a irse.

Javiera se encogió de hombros con un aire un poco fatalista.

—No me importa irme.

—No, sería una lástima. —Francisca sonrió—. Quedémonos un rato más. —El rostro de Javiera se iluminó.

—Es tan agradable este lugar, ¿no es cierto? —Le sonrió a un muchacho que se inclinaba ante ella y lo siguió hasta el centro de la pista.

Francisca encendió otro cigarrillo. Después de todo, nada la obligaba a reanudar su trabajo mañana mismo. Era un poco absurdo pasar horas aquí sin bailar, sin hablar con nadie, pero si por lo menos uno pudiera resignarse, encontrarle su lado bueno a esta especie de sopor; hacía años que no le ocurría esto de quedarse así, perdida entre los vapores del alcohol y del tabaco, persiguiendo pequeños sueños y pensamientos que no conducían a ninguna parte. Javiera volvió a sentarse junto a Francisca.

—¿Por qué no baila? —preguntó.

—Bailo mal —respondió Francisca.

—¿Entonces se aburre? —dijo Javiera con voz quejumbrosa.

—En absoluto. Me gusta mucho mirar. Me encanta, al contrario, oír música y ver gente.

Sonrió; le debía a Javiera esta hora y esta noche; entonces ¿por qué negarse a introducir en su vida esta nueva riqueza que se ofrecía: un compañero nuevo, con sus exigencias, sus sonrisas reticentes y sus reacciones imprevistas?

—Comprendo muy bien, no debe de ser divertido para usted. El rostro de Javiera se había entristecido. Ella también parecía cansada.

—Pero le aseguro que estoy contenta —dijo Francisca. Rozó la muñeca de Javiera—. Me gusta estar con usted.

Javiera sonrió sin convicción; Francisca la miró amistosamente; no comprendía muy bien las resistencias que le había opuesto a Pedro. Precisamente lo que la tentaba era ese leve perfume de riesgo y de misterio.

—¿Sabe lo que he pensado esta noche? —dijo en forma abrupta—. Que usted no hará nada mientras esté en Rúan. Hay una sola solución: que venga a vivir a París.

—¿Vivir en París? —dijo Javiera asombrada—. ¡Ya me gustaría!

—No lo digo tontamente. —Francisca vaciló; tenía miedo de que Javiera la considerara indiscreta—. Podría hacer lo siguiente: se instalaría en París, en mi hotel, si quiere; yo le prestaría el dinero necesario y usted aprendería un oficio: taquígrafía o algo mejor aún: tengo una amiga que dirige un instituto de belleza y que la emplearía en cuanto usted tuviera un diploma.

El rostro de Javiera se ensombreció.

—Mi tío no aceptará jamás.

—Tendrá que arreglárselas sin su permiso. ¿No le tiene miedo?

—No —dijo Javiera. Miró atentamente sus uñas puntiagudas; con su tez pálida, sus largos mechones rubios, desordenados por el baile, tenía el aspecto lastimoso de una medusa arrojada sobre la arena seca.

—¿Entonces ?

—¿Me permite ? —Javiera se levantó para seguir a uno de sus bailarines que le hacía una seña y la vida volvió a su rostro. Francisca la siguió con ojos asombrados; Javiera tenía cambios de humor extraños; era un poco desconcertante que ni siquiera se hubiera tomado el trabajo de examinar la

proposición de Francisca. Sin embargo, en ese proyecto no había nada que no fuera razonable. Esperó con un poco de impaciencia que Javiera volviera a su asiento.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿Qué piensa de mi proyecto?

—¿Qué proyecto? —dijo Javiera. Parecía sinceramente sorprendida.

—El de venir a vivir a París.

—¡Oh, vivir en París!

—Pero es en serio. Parece que lo tomara como una idea quimérica.

Javiera se encogió de hombros.

—No puede ser —respondió.

—Basta con que usted lo quiera. ¿Qué se lo impide?

—Es irrealizable —dijo Javiera con aire irritado. Miró a su alrededor—. Esto se está poniendo siniestro, ¿no le parece? Todas las personas tienen los ojos en mitad de la cara. Echan raíces aquí porque ni siquiera tienen fuerzas para arrastrarse a otro lugar.

—Bueno, vámonos —dijo Francisca. Atravesó la sala y empujó la puerta; se alzaba una madrugada gris—. Podríamos caminar un poco —propuso.

—Podríamos —dijo Javiera. Se ajustó el abrigo en torno al cuello y echó a andar con paso rápido. ¿Por qué se negaba a tomar en serio el ofrecimiento de Francisca? Era irritante sentir contra una ese pensamiento hostil y obstinado.

Tengo que convencerla, pensó Francisca. Hasta aquí la discusión con Pedro, los sueños vagos de la noche, el principio mismo de esa conversación no había sido sino un juego; bruscamente, todo se había vuelto real: la resistencia de Javiera era real, y Francisca quería vencerla. Era escandaloso: ¡tenía a tal punto la impresión de dominar a Javiera, de poseerla hasta en su pasado y en el laberinto todavía imprevisto de su porvenir! Y, sin embargo, estaba esa voluntad empeñada contra la cual su propia voluntad se quebraba.

Javiera caminaba cada vez con más rapidez y fruncía el ceño dolorosamente; no era posible conversar. Francisca la siguió un momento en silencio, luego perdió la paciencia.

—¿No le molesta caminar? —preguntó.

—En absoluto —dijo Javiera; una mueca trágica deformó su rostro—. Odio el frío.

— Haberlo dicho. Entraremos en el primer café abierto que encontremos.

—No, caminemos puesto que usted tiene ganas —dijo Javiera con una abnegación valiente.

—No tengo tantas ganas. Tomaría con gusto un café caliente.

Moderaron un poco el paso; cerca de la estación Montparnasse, en la esquina de la calle Odessa, la gente se amontonaba ante el mostrador de un café Biard. Francisca entró y se sentó en un rincón, en el fondo de la sala.

—Dos cafés —pidió.

Contra una de las mesas, una mujer dormía con el cuerpo doblado en dos; había maletas y bultos en el suelo; en otra mesa, tres campesinos bretones bebían calvados.

Francisca miró a Javiera.

—No lo comprendo —dijo.

Javiera le lanzó una mirada inquieta.

—¿La fastidio?

—Estoy decepcionada. Creí que tendría el valor de aceptar lo que le proponía.

Javiera vaciló; miró a su alrededor con aire torturado.

—No quiero hacer masaje facial —dijo quejumbrosa. Francisca se echó a reír.

—Nada la obliga. También puedo encontrarle un puesto de maniquí, por ejemplo; o, decididamente, aprenda taquigrafía.

—No quiero ser taquimecanógrafa ni maniquí —dijo Javiera con violencia.

Francisca quedó desconcertada.

—En mi proyecto, eso no sería más que un principio. Cuando tuviera un oficio, tendría tiempo para ver qué aparece. En realidad, ¿qué le interesaría? ¿Seguir estudios, dibujar, hacer teatro?

—No sé. Nada especial. ¿Es absolutamente necesario hacer algo? —preguntó con un poco de altivez.

—Algunas horas de trabajo aburrido no me parecerían un precio demasiado alto por su independencia —dijo Francisca. Javiera hizo una mueca de asco.

—Odio esos regateos; si no se puede tener la vida que se desea, es mejor no vivir.

—Usted no se matará nunca —dijo Francisca con un poco de sequedad—. Valdría más que tratara de tener una vida correcta.

Bebió un sorbo de café; era verdadero café de madrugada, áspero y azucarado como el que se bebe en las estaciones después de una noche de viaje, o en las hosterías de campo, esperando el primer autobús. Ese sabor podrido enterneció el corazón de Francisca.

—¿Cómo debería ser la vida, según usted? —preguntó con benevolencia.

—Como cuando yo era pequeña —dijo Javiera.

—¿Que las cosas lleguen sin que uno tenga que buscarlas? ¿Cómo cuando su padre la llevaba a caballo?

— Había un montón de otros momentos. Cuando me llevaba a cazar a las seis de la mañana y había en la hierba telas de araña recientes. Todo me impresionaba tanto.

—Pero en París recobraría dichas semejantes. Piense, la música, el teatro, los cabarets.

—Y tendría que hacer como su amiga: contar los vasos que bebo y mirar mi reloj sin cesar para ir al trabajo al día siguiente.

Francisca se sintió herida; ella también había mirado la hora. «Parecería que me guarda rencor, ¿pero por qué?», pensó. Esa Javiera triste e imprevista le interesaba.

—Finalmente, usted acepta una existencia mucho más lamentable que la suya —dijo—. Y diez veces menos libre. En el fondo, es muy sencillo, usted tiene miedo; tal vez no de su familia; pero miedo de romper con sus pobres costumbres, miedo de la libertad.

Javiera bajó la cabeza sin contestar.

—¿Qué hay? —dijo Francisca con dulzura—. Está enfurruñada, no parece tener ninguna confianza en mí.

—Pero, sí —dijo Javiera sin calor.

—¿Qué hay? —repitió Francisca.

—Me enloquece pensar en mi vida.

—Pero eso no es todo. Toda la noche la he notado rara. —Sonrió—. ¿Le molestaba que Isabel estuviera con nosotras? No tiene mucha simpatía por ella, ¿no?

—Cómo no —dijo Javiera; agregó ceremoniosamente—: No hay duda de que es alguien interesante.

—Le chocó verla llorar en público —dijo Francisca—. Confiéselo. Yo también le choqué; me encontré tontamente húmeda.

Javiera abrió un poco los ojos; eran ojos de niña, cándidos y azules.

—Me sentí rara —dijo en tono ingenuo. Permanecía a la defensiva; era inútil continuar. Francisca reprimió un corto bostezo.

—Me voy —dijo—. ¿Usted va a casa de Inés?

—Sí; voy a tratar de sacar mi ropa y de irme sin despertarla. Si no, se me echará en los brazos.

—Yo creía que usted quería mucho a Inés.

—Por supuesto, la quiero mucho. Pero es una de esas personas ante las cuales no se puede beber un vaso de leche sin sentirse con la conciencia sucia.

¿La amargura de su voz iba dirigida a Inés o a Francisca? En todo caso era más prudente no insistir.

—Bueno, vamos —dijo Francisca; colocó la mano sobre el hombro de Javiera—. Lamento que no haya pasado una noche agradable.

El rostro de Javiera se descompuso de pronto y toda su dureza se derritió; miró a Francisca con aire desesperado.

—Pero sí, he pasado una buena noche —afirmó; bajó la cabeza y agregó en seguida—: A usted no debe de haberle divertido arrastrarme como a un perrito.

Francisca sonrió. ¡Era esto!, pensó. Creyó que la llevaba por piedad. Miró amistosamente a esa personita resentida.

—Yo estaba contentísima, al contrario, de tenerla a mi lado, si no, no se lo hubiera propuesto —dijo Francisca—. ¿Por qué pensó eso?

Javiera la miró con aire tierno y confiado.

—Usted tiene una vida tan llena. Tantos amigos, tantas ocupaciones; me sentí un átomo.

—Es estúpido —dijo Francisca. Era asombroso pensar que Javiera hubiera podido sentir celos de Isabel—. ¿Entonces, cuando le hablé de venir a París, creyó que quería darle una limosna?

—Un poco —dijo Javiera humildemente.

—Y me aborreció.

—No la aborrecí; me aborrecí a mí misma.

—Es lo mismo. —La mano de Francisca se apartó del hombro de Javiera y se deslizó a lo largo de su brazo—. Pero le tengo cariño —dijo—. Sería muy feliz si la tuviera a mi lado.

Javiera volvió hacia ella sus ojos encantados e incrédulos.

—¿Acaso esta tarde no estábamos bien juntas?

—Sí —dijo Javiera confusa.

—¡Podríamos tener un montón de momentos así! ¿No la tienta?

Javiera apretó con fuerza la mano de Francisca.

—Me gustaría tanto —dijo con fervor.

—Si quiere, es cosa hecha. Le haré mandar una carta por Inés, diciendo que le ha encontrado un empleo. Y el día que se decida, no tendrá más que escribirme: «Llego». Y llegará. —Acarició la mano caliente que descansaba en la suya con confianza—. Verá, tendrá una bonita existencia dorada.

—¡Ah! quiero venir. —Javiera se dejó ir con todo su peso contra el hombro de Francisca; durante un largo rato permanecieron inmóviles apoyadas la una contra la otra; el cabello de Javiera rozaba la mejilla de Francisca; sus dedos continuaban enredados.

—Me entristece separarme de usted —dijo Francisca.

—Yo también —dijo Javiera en voz baja.

—Mi pequeña Javiera —murmuró Francisca; Javiera la miraba con los ojos brillantes, los labios entreabiertos; derretida, abandonada, entregada toda entera. En adelante sería Francisca quien la llevaría a través de la vida.

—La haré feliz —decidió con convicción.

III

Un hilo de luz se filtraba bajo la puerta de Javiera; Francisca oyó un leve chasquido, un roce de telas; golpeó, hubo un largo silencio.

—¿Quién es? —preguntó Javiera.

—Soy yo —dijo Francisca—. Va a ser hora de irse.

Desde que Javiera se había instalado en el hotel Bayard, Francisca había aprendido a no llamar nunca de improviso, a no adelantarse nunca a la hora de una cita; a pesar de ello, su llegada creaba siempre misteriosas perturbaciones.

—¿Quiere esperarme un minuto? Subo en seguida a su cuarto.

—Bueno, la espero —dijo Francisca.

Subió la escalera. A Javiera le gustaban las ceremonias, no abría su puerta a Francisca, sino cuando se había preparado con gran pompa para recibirla. Ser sorprendida en su intimidad cotidiana le habría parecido obsceno.

Con tal de que todo salga bien esta noche, pensó Francisca; nunca estaremos preparados en tres días. Se sentó en el diván y tomó uno de los manuscritos apilados sobre la mesa de noche; Pedro le había confiado la tarea de leer las piezas de teatro que recibía: era un trabajo que por lo general la divertía. Marsyas o La incierta metamorfosis. Francisca contempló el título, sin ánimos. Las cosas no habían marchado bien esa tarde; todo el mundo estaba reventado. Pedro tenía los nervios de punta, hacía ocho noches que no dormía. Con menos de cien representaciones con la sala llena no cubrirían gastos.

Dejó el manuscrito y se levantó; tenía tiempo de sobra para arreglarse, pero estaba demasiado agitada. Encendió un cigarrillo y sonrió. En el fondo, nada le gustaba tanto como esa fiebre de última hora; bien sabía que en el momento oportuno todo estaría a punto; en tres días, Pedro podía hacer prodigios. Esas iluminaciones con mercurio terminarían por resultar. Y si por lo menos Tedesco se decidiera a ponerse a tono...

—¿Se puede? —preguntó una voz tímida.

—Entre —dijo Francisca.

Javiera llevaba un abrigo grueso y su horrible boina; en su cara infantil se dibujó una sonrisa arrepentida.

—¿La hice esperar?

—No, está muy bien, no estamos atrasadas —dijo Francisca con precipitación. Había que evitar que Javiera se creyera en falta, si no, se volvería rencorosa y hosca—. Ni siquiera estoy lista.

Se empolvó un poco la cara, por principio, y se apartó en seguida del espejo; no contaba su rostro de esta noche, no existía para ella y tenía la vaga esperanza de que fuera invisible para todo el mundo; tomó su llave, sus guantes, y cerró la puerta.

—¿Fue al concierto? —preguntó—. ¿Estuvo bien?

—No, no salí —dijo Javiera—. Hacía demasiado frío, se me fueron las ganas.

Francisca la tomó del brazo.

—¿Qué hizo durante toda la tarde? Cuénteme.

—No hay nada que contar —dijo Javiera en tono implorante.

—Siempre me contesta eso. Sin embargo, le he explicado que me causa placer imaginar su existencia en cada detalle. —La examinó sonriendo—. ¿Se lavó la cabeza?

—Sí.

—Su ondulación es espléndida: uno de estos días me haré peinar por usted. ¿Y después? ¿Ha leído? ¿Ha dormido? ¿Cómo ha almorzado?

—No he hecho nada —dijo Javiera.

Francisca no insistió más; había una clase de intimidad que no se podía tener con Javiera. Le parecía tan indecente hablar de las ocupaciones insignificantes de un día, como de sus funciones orgánicas; y como no salía de su cuarto, era raro que tuviera algo que contar. A Francisca le había decepcionado su falta de curiosidad: por más que se le propusieran programas tentadores de cine, de conciertos, de paseos, permanecía obstinadamente en su cuarto. Era una exaltación quimérica la de Francisca, aquella mañana en que en un café de Montparnasse había creído poner la mano sobre un precioso botín. La presencia de Javiera no le había aportado nada nuevo.

—Yo tuve un día muy ocupado —dijo Francisca con animación—. Por la mañana fui a decirle cuatro frescas al peluquero que no había entregado ni la mitad de las pelucas, y después recorrí las tiendas de accesorios. Es difícil encontrar lo que uno quiere, es una verdadera caza del tesoro; pero si supiera qué divertido es hurgar entre esos disparatados objetos de teatro; tengo que llevarla alguna vez.

—Me gustaría mucho —dijo Javiera.

—Por la tarde hubo un largo ensayo y pasé un buen momento retocando los trajes. —Se echó a reír—. Un actor gordo se puso unas posaderas postizas en el lugar de la barriga; ¡si hubiera visto su silueta!

Javiera oprimió suavemente la mano de Francisca.

—No debe cansarse demasiado. ¡Se pondrá enferma!

Francisca miró con una súbita ternura el rostro ansioso; había momentos en que la reserva de Javiera se derretía; ya no era más que una chiquillina cariñosa y desarmada cuyas mejillas nacaradas uno hubiera querido cubrir de besos.

—Ya no falta mucho —dijo Francisca—. Sabe, no voy a llevar esta existencia eternamente; pero cuando sólo dura unos días y uno espera triunfar, es un placer gastarse.

—Usted es tan activa —dijo Javiera Francisca le sonrió.

—Creo que va a ser interesante esta noche. Los aciertos de Labrousse son siempre los de último momento.

Javiera no contestó; siempre parecía molesta cuando Francisca hablaba de Labrousse, aunque fingiera sentir una gran admiración por él.

—¿No le aburre, al menos, ir a ese ensayo?

—Me divierte mucho —Javiera vaciló—. Evidentemente, preferiría verla en otra parte.

—Yo también —dijo Francisca sin entusiasmo. Odiaba esos reproches velados que Javiera solía dejar escapar. Sin duda no le concedía mucho tiempo, pero tampoco podía sacrificarle sus escasas horas de trabajo personal. Llegaban ante el teatro; Francisca miró con afecto el viejo edificio cuya fachada se adornaba con festones rococó; tenía un aire íntimo y discreto que llegaba al corazón. Dentro de algunos días recobraría su rostro de gala, brillaría con todas sus luces. Esta noche estaba hundido en la oscuridad. Francisca se dirigió hacia la entrada de los artistas.

—Es raro pensar que usted viene aquí todos los días como quien va a la oficina —dijo Javiera—. Siempre me han parecido tan misteriosos los interiores de un teatro.

—Cuando yo todavía no conocía a Labrousse —dijo Francisca—, recuerdo que Isabel ponía aires solemnes de iniciada al llevarme entre bastidores; yo misma me sentía muy orgullosa. —Sonrió. El misterio se había disipado; pero al convertirse en un paisaje cotidiano, ese patio abarrotado de viejos decorados no había perdido nada de su poesía; una pequeña escalera de madera, verde como un banco de plaza subía hacia los camerinos de los artistas; Francisca se detuvo un instante para escuchar el rumor que venía del escenario. Como siempre, cuando iba a ver a Pedro, su corazón se puso a palpar de placer.

—No haga ruido, vamos a cruzar el escenario —dijo. Tomó a Javiera de la mano y se deslizaron de puntillas por detrás de las bambalinas; en el jardín plantado de matorrales-verdes y púrpuras, Tedesco caminaba de un extremo al otro con aire atormentado; esta noche tenía una extraña voz ahogada.

—Instálese, vuelvo en seguida —dijo Francisca.

Había mucha gente en la sala; como de costumbre, los actores y los comparsas se habían amontonado en las butacas del fondo: Pedro estaba solo en primera fila; Francisca oprimió la mano de Isabel, que estaba sentada junto a un joven actor del cual no separaba desde hacía algunos días.

—Vendré a verte dentro de un rato —dijo. Sonrió a Pedro sin decir nada; estaba hecho un ovillo, con la cabeza hundida en una gruesa bufanda roja; no parecía nada contento.

Estos macizos son un fracaso, pensó Francisca. Hay que cambiarlos. Miró a Pedro con inquietud y él hizo un gesto de impotencia abrumada: nunca Tedesco había estado peor. ¿Era posible haberse equivocado sobre él hasta ese punto?

La voz de Tedesco se quebró por completo, se pasó la mano por la frente.

—Discúlpeme, no sé qué me ocurre —dijo—. Creo que es mejor que descanse un momento; dentro de un cuarto de hora estaré mejor.

Hubo un silencio mortal.

—Está bien —dijo Pedro—; entretanto, vamos a ocuparnos de las luces. Y que llamen a Vuillemin y a Gerbert; quiero que me arreglen estos decorados. —Bajó la voz—. ¿Cómo estás? Tienes mala cara.

—Estoy bien —dijo Francisca—. Tú tampoco tienes buen aspecto. Esta noche trata de terminar a las doce; estamos todos deshechos, no aguantaremos hasta el viernes.

—Lo sé —dijo Pedro. Volvió la cabeza. —¿Has traído a Javiera ?

—Sí, voy a tener que ocuparme un poco de ella —Francisca vaciló—. ¿Sabes lo que he pensado? Podríamos ir a tomar una copa los tres al salir. ¿Te aburre?

Pedro se echó a reír.

—No te lo dije: esta mañana, cuando subía la escalera, la vi que bajaba; se escapó como una liebre y corrió a encerrarse en el lavabo.

—Ya sé, —dijo Francisca—. La aterrorizas, por eso te pido que la veas una vez. Si eres una vez verdaderamente amable con ella, las cosas se arreglarán.

—Por mí, no hay inconveniente. Me parece más bien divertida. ¡Ah, aquí estás, por fin! ¿Dónde está Gerbert?

—Lo he buscado por todas partes —dijo Vuillemin, que llegaba jadeando— No sé dónde se ha metido.

—Lo dejé a las siete y media en la tienda de disfraces, me dijo que iba a tratar de dormir —dijo Francisca. Alzó la voz—. Regis, ¿quiere ir a ver en los talleres si encuentra a Gerbert?

—Es atroz esta barricada que me has encajado aquí —dijo Pedro—. Te he dicho cien veces que no quería telones pintados; vuelve a hacerlo, quiero un decorado construido.

—Y además el color no va —dijo Francisca—. Podrán ser muy bonitos estos macizos, pero por el momento tienen un color rojo sucio.

—Es fácil de arreglar —dijo Vuillemin.

Gerbert atravesó el escenario corriendo y saltó a la sala; su chaqueta de cuero se abrió sobre una camisa a cuadros; estaba todo polvoriento.

—Discúlpeme —dijo Gerbert—. Dormía como una marmota. —Se pasó la mano por el pelo hirsuto; tenía la tez plomiza y grandes ojeras bajo los ojos. Mientras Pedro le hablaba, Francisca miró enternecida su rostro cansado; parecía un pobre mono enfermo.

—Le pides demasiado —dijo Francisca cuando Vuillemin y Gerbert se hubieron alejado.

—Sólo puedo confiar en él —dijo Pedro—. Vuillemin hará otro desastre, si no lo vigilan.

—Ya lo sé, pero no tiene nuestra salud. —Francisca se levantó—. Hasta luego.

—Vamos a encadenar las iluminaciones —dijo Pedro en voz alta—. Ahora haga la noche; sólo con el azul del fondo iluminado.

Francisca fue a sentarse junto a Javiera.

Sin embargo, todavía no estoy en edad para eso, pensó. Era innegable que tenía sentimientos maternos hacia Gerbert; maternos con un discreto matiz incestuoso; hubiera querido tener sobre su hombro esa cabeza cansada.

—¿Le interesa? —dijo dirigiéndose a Javiera.

—No comprendo muy bien —dijo Javiera.

—Es de noche; Bruto ha bajado al jardín para meditar, ha recibido mensajes que le invitan a levantarse contra César; odia la tiranía, pero quiere a César. Está perplejo.

—¿Entonces, ese tipo con chaqueta de color chocolate es Bruto? —pregunto Javiera.

—Cuando lleva su hermosa túnica blanca y está bien maquillado, se parece mucho más a Bruto.

—No me lo imaginaba así —dijo Javiera con tristeza. Le brillaron los ojos.

—¡Ah! ¡Qué acertada iluminación!

—¿Le parece? Me alegra —dijo Francisca—. Hemos luchado como bestias para dar esa impresión de madrugada.

—¿La madrugada? —dijo Javiera—. Es tan agria. Esta luz me da más bien la impresión... —Vaciló y acabó la frase de un tirón—: Una luz de principio del mundo, cuando el sol, la luna y las estrellas todavía no existían.

—Buenos días, señorita —dijo una voz ronca. Canzetti sonreía con una tímida coquetería; dos grandes rizos negros encuadraban su encantador rostro de gitana, la boca y los pómulos estaban violentamente pintados.

—¿Ahora está bien mi peinado?

—Me parece que le queda espléndidamente —dijo Francisca.

—Seguí su consejo —dijo Canzetti con una mueca tierna. Se oyó un breve silbato y la voz de Pedro se alzó.

—Reanudamos la escena desde el principio, con las luces, y continuamos. ¿Todo el mundo está presente?

—Todo el mundo está —dijo Gerbert.

—Hasta luego, señorita, gracias —dijo Canzetti.

—Es agradable, ¿no es cierto? —dijo Francisca.

—Sí —dijo Javiera; agregó con vivacidad—: Detesto esa clase de cara y además encuentro que tiene aspecto sucio.

Francisca se echó a reír.

—Entonces no le parece agradable en absoluto. Javiera frunció el ceño e hizo una mueca atroz.

—Me dejaría arrancar las uñas una a una antes de hablarle a alguien como ella le habla a usted; una lombriz es menos chata.

—Era institutriz en los alrededores de Bourges —dijo Francisca—, lo dejó todo para tentar su suerte en el teatro; se muere de hambre en París. —Francisca miró con ojos divertidos el rostro cerrado de Javiera. Javiera aborrecía a todas las personas que estaban un poco cerca de Francisca; su timidez ante Pedro estaba mezclada con odio.

Desde hacía un rato, Tedesco recorría nuevamente el escenario a grandes zancadas; en medio de un silencio religioso, empezó a hablar; parecía haber recobrado sus dotes.

Tampoco es esto, pensó Francisca con angustia. Dentro de tres días habrá la misma oscuridad en la sala, la misma luz en la escena y las mismas palabras atravesarán el espacio; pero en medio del silencio chocarán con todo un mundo de ruidos: los asientos crujirán, las manos distraídas ajarán el programa, los ancianos toserán con terquedad. A través de espesores y de espesores de indiferencia, las frases sutiles deberán abrirse camino hasta un público mimado e indócil. Todas esas personas atentas a su digestión, a su garganta, a sus vestimentas elegantes, a sus lios caseros, los críticos aburridos, los amigos malévolos, era arriesgado pretender interesarlos en las perplejidades de Bruto; habría que tomarlos por sorpresa, a pesar de ellos: el trabajo medido y opaco de Tedesco no bastará.

Pedro tenía la cabeza gacha; Francisca lamentó no haber vuelto a sentarse junto a él, ¿qué pensaba? Era la primera vez que aplicaba sus principios estéticos en tal alta escala y con tal rigor; él mismo había formado a todos los actores. Francisca había adaptado la pieza según sus directrices, hasta el mismo decorador había obedecido sus órdenes. Si triunfaba, impondría definitivamente su concepción del teatro y del arte. En las manos crispadas de Francisca brotó un poco de sudor.

Sin embargo, no hemos economizado ni trabajo ni dinero, pensó, con la garganta anudada. Si fracasáramos, no podríamos volver a empezar hasta dentro de mucho tiempo.

—Espera —dijo bruscamente Pedro. Subió al escenario. Tedesco se inmovilizó.

—Está bien lo que haces, estás en la nota justa, pero, ves, representas las palabras, no representas bastante la situación. Quisiera que conservaras los mismos matices, pero sobre otro fondo.

Pedro se apoyó contra la pared e inclinó la cabeza. Francisca se ablandó. Pedro no sabía muy bien cómo hablar a los actores, le molestaba tener que ponerse al alcance de ellos, pero cuando indicaba un papel era prodigioso.

—Es necesario que muera... no tengo nada contra él personalmente, pero el bien público...

Francisca miraba el prodigio con un asombro que nunca envejecía; Pedro no tenía en absoluto el físico para el papel, su cuerpo era rechoncho, sus rasgos desordenados y, sin embargo, cuando levantó la cabeza, era el mismo Bruto quien alzaba hacia el cielo un rostro descompuesto.

Gerbert se inclinó hacia Francisca; sin que ella lo advirtiera, había ido a sentarse detrás.

—Cuando está de peor humor es cuando más se agranda —dijo—. Está ebrio de rabia en este momento.

—Y hay por qué —dijo Francisca—. ¿Usted cree que Tedesco logrará sacar adelante su papel?

—Ya está —dijo Gerbert—. No tiene más que tomar un punto de partida y el resto seguirá.

—Ves —decía Pedro—. Tienes que darme este tono, entonces, puedes trabajar todo lo contenido que quieras, yo sentiré la emoción; si no hay emoción, todo es un desastre.

Tedesco se apoyó contra la pared, con la cabeza inclinada.

— No hay otra salida que su muerte; por mi parte no tengo ningún agravio personal contra él, pero debo considerar el bien público.

Francisca sonrió victoriosamente a Gerbert; parecía tan sencillo; y, sin embargo, sabía que nada era más difícil que hacer nacer en un actor esa brusca iluminación. Miró la nuca de Pedro; nunca se cansaría de verlo trabajar; entre todas las suertes por las cuales se felicitaba, ponía en primer lugar la de poder colaborar con él; el cansancio común, el esfuerzo de ambos los unía con más seguridad que la posesión; no había un solo instante de esos ensayos extenuadores que no fuera un acto de amor.

La escena de los conjurados se había deslizado sin tropiezos; Francisca se incorporó.

—Voy a saludar a Isabel —dijo dirigiéndose a Gerbert—. Si me necesitan, estaré en mi despacho, no tengo valor de quedarme; Pedro todavía no ha terminado con Porcia. —Vaciló; no era muy amable abandonar a Javiera, pero no había visto a Isabel desde hacía una eternidad; era casi grosero.

—Gerbert, le confío a mi amiga Javiera —dijo—. Debería mostrarle los entretelones mientras cambian el decorado; no sabe lo que es un teatro.

Javiera no dijo nada; desde el principio del ensayo había un aire de crítica en sus ojos.

Francisca colocó la mano sobre el hombro de Isabel.

—¿Vienes a fumar un cigarrillo? —propuso.

—Con mucho gusto; es draconiano prohibir a la gente que fume. Le hablaré de esto a Pedro —dijo Isabel con una indignación sonriente.

Francisca se detuvo en el umbral de la puerta; la sala estaba recién pintada de un color amarillo claro que le daba un aire rústico y acogedor; todavía flotaba un leve olor a trementina.

—Espero que no nos iremos nunca de este viejo teatro —dijo Francisca mientras subían la escalera.

—¿Quedará algo para beber? —preguntó, empujando la puerta de su despacho; abrió un armario medio lleno de libros y examinó las botellas ordenadas sobre el último estante.

—Precisamente un fondo de whisky. ¿Te conviene?

—No podría haber nada mejor —dijo Isabel.

Francisca le tendió un vaso y tenía el corazón tan lleno de ternura que tuvo un movimiento de simpatía hacia ella; sentía la misma impresión de camaradería y de abandono que antaño, cuando al salir de un curso interesante y difícil, se paseaban del brazo por el patio del liceo.

Isabel encendió un cigarrillo y cruzó las piernas.

—¿Qué le pasó a Tedesco? Guimiot pretende que se droga. ¿Crees que es cierto?

—No tengo la menor idea —dijo Francisca; tomó con beatitud un gran trago de alcohol.

—No es muy guapa Javiera —dijo Isabel. —¿Qué haces con ella? ¿Arreglaste las cosas con la familia?

—No sé. Es posible que el tío aparezca un día u otro y haga un escándalo.

—Cuidado —dijo Isabel con aire importante—. Podrías tener disgustos.

—¿Cuidado de qué?

—¿Le has encontrado trabajo?

—No. Primero tiene que aclimatarse.

—¿Para qué está dotada?

—No creo que nunca pueda trabajar mucho.

Isabel miró con aire pensativo el humo de su cigarrillo.

—¿Qué dice Pedro?

—No se han visto mucho; le tiene simpatía Ese interrogatorio empezaba a fastidiarla; parecía que Isabel la acusaba; cortó por lo sano.

—Dime, ¿hay algo nuevo en tu vida? —dijo. Isabel tuvo una risita.

—¿Guimiot? Vino a darme conversación el otro día durante el ensayo. ¿Le encuentras buen mozo?

—Muy buen mozo. Sobre todo por eso se le ha contratado. No le conozco. ¿Es agradable?

—Hace bien el amor —dijo Isabel en tono despreocupado.

—No perdiste el tiempo —dijo Francisca, un poco desconcertada. En cuanto un tipo le gustaba, Isabel hablaba de acostarse con él, pero de hecho, desde hacía dos años continuaba siéndole fiel a Claudio.

—Conoces mis principios —dijo Isabel riendo—. Yo no soy una mujer a la que se toma, soy una mujer que toma. La primera vez ya le propuse que pasara la noche conmigo; estaba lívido.

—¿Claudio lo sabe? —dijo Francisca.

Isabel hizo caer con un gesto voluntario la ceniza de su cigarrillo: cada vez que se turbaba, sus movimientos, su voz, se hacían duros y decididos.

—Todavía no. Espero un momento propicio. —Vaciló—. Es complicado.

—¿Tus relaciones con Claudio? Hace tiempo que no me hablas de eso.

—Eso no cambia —dijo Isabel. Se le aflojaron las comisuras de la boca—. Pero la que cambia soy yo.

—¿De la gran explicación del mes pasado no salió nada?

—Siempre me repite lo mismo; soy yo quien tiene la mejor parte. Estoy hasta la coronilla de ese sonsonete; estuve a punto de contestarle: «Gracias, es demasiado buena para mí, esa parte, me contentaría con la otra.»

—Seguramente estuviste otra vez demasiado conciliadora.

—Sí, creo que sí. —Isabel fijó la mirada a lo lejos; se le cruzaba un pensamiento desagradable—. Cree que puede hacerme tragar todo —acotó—. Va a sorprenderse.

Francisca la observó con cierto interés: en ese momento no elegía su actitud.

—¿Quieres romper con él? —inquirió Francisca.

En el rostro de Isabel algo se aflojó. Tomó un aire razonable.

—Claudio es una persona demasiado encantadora para que le deje salir de mi vida —dijo—. Lo que quiero es sentirme menos sujeta a él.

Se le arrugaron los ojos, sonrió a Francisca con una especie de connivencia que rara vez resucitaba entre ellas.

—¡Si nos habremos reído de las mujeres que se dejaban sacrificar! Yo no soy de la pasta con que se hacen las víctimas. Francisca le devolvió su sonrisa; hubiera querido darle un consejo, pero era difícil; lo único que se necesitaba era que Isabel no quisiera a Claudio.

—Una ruptura interior —dijo— no conduce muy lejos. Me pregunto si no deberías obligarlo a elegir.

—No es el momento —replicó Isabel con viveza—. No. Estimo que habré dado un gran paso cuando haya reconquistado interiormente mi independencia. Y para eso, la primera condición es la de llegar a disociar en Claudio al hombre del amante.

—¿No te acostarás más con él?

—No sé; lo seguro es que me acostaré con otros. Agregó con un leve desafío:

—Es ridículo, la fidelidad sexual, conduce a una verdadera esclavitud. No comprendo cómo tú aceptas eso.

—Te juro que no me siento esclava —dijo Francisca. Isabel no podía dejar de hacer confidencias; pero, era inevitable, inmediatamente después se ponía agresiva.

—Es raro —dijo Isabel lentamente y como si siguiera con asombrada buena fe el curso de una meditación—, nunca habría supuesto, tal como eras a los veinte años, que serías la mujer de un solo hombre. Y es todavía más raro, si consideramos que Pedro, por su parte, tiene otros líos.

—Ya me lo has dicho, pero tampoco puedo forzarme.

—¡Vamos! No vas a decirme que nunca te ha ocurrido tener ganas de un tipo. Haces como todas las personas que se defienden de tener prejuicios: pretenden que los acatan por gusto personal, pero es mentira.

—La sensualidad pura no me interesa. Por otra parte, ¿quiere decir algo eso de sensualidad pura?

—¿Por qué no? Es muy agradable —dijo Isabel con una risita.

Francisca se levantó.

—Creo que podríamos bajar, ya habrán terminado de cambiar el decorado.

—¿Sabes?, es verdaderamente encantador ese muchacho Guimiot —dijo Isabel al salir de la habitación—. Merece algo mejor que ser un «extra». Podría ser interesante para vosotros tenerle en el elenco; voy a hablarle a Pedro.

—Háblale —dijo Francisca. Dirigió una rápida sonrisa a Isabel.

—Hasta luego.

El telón estaba todavía bajado; en el escenario alguien golpeaba con un martillo, unos pasos pesados sacudían el piso. Francisca se acercó a Javiera, que estaba conversando con Inés. Inés se puso roja y se levantó.

—No se moleste —dijo Francisca.

—Ya me iba. —Inés tendió la mano a Javiera—. ¿Cuándo nos vemos?

Javiera hizo un gesto vago.

—No sé; te llamaré por teléfono.

—¿Mañana, entre dos ensayos, podríamos comer juntas?

Inés seguía plantada ante Javiera con aire desdichado; a menudo Francisca se había preguntado cómo la idea de ser actriz había podido germinar en esa cabezota de normanda; desde hacía cuatro años trabajaba como un buey, y no había hecho el más mínimo progreso. Pedro, por piedad, le había dado una frase para decir.

—Mañana —dijo Javiera—. Prefiero llamarte por teléfono.

—Saldrá muy bien, sabe —dijo Francisca en tono alentador—; cuando no está emocionada tiene muy buena dicción. Inés esbozó una leve sonrisa y se alejó.

—¿No la telefonaré jamás? —preguntó Francisca.

—Jamás —dijo Javiera con irritación—; francamente no es una razón, porque yo haya dormido tres veces en su casa, para estar obligada a verla durante toda mi vida.

Francisca miró a su alrededor; Gerbert había desaparecido.

—¿Gerbert no la llevó a los bastidores?

—Me lo propuso —dijo Javiera.

—¿No le divertía?

—Parecía tan cohibido —dijo Javiera—, daba lástima. —Miró a Francisca con un rencor confesado—. Me horroriza imponerme a la gente —dijo con violencia.

Francisca se sintió culpable: había sido una falta de tacto confiarle Javiera a Gerbert, pero el acento de Javiera la asombró. ¿Gerbert habría sido verdaderamente grosero con Javiera? Sin embargo, no acostumbraba a serlo.

Toma todo a lo trágico, pensó fastidiada. Había decidido de una vez por todas no dejarse envenenar la vida por los pueriles resentimientos de Javiera.

—¿Cómo estuvo Porcia? —dijo Francisca.

—¿La morena grandota? Labrousse le hizo repetir veinte veces la misma frase, siempre la decía al revés. —El rostro de Javiera fulguraba de desprecio— ¿Se puede verdaderamente ser una actriz cuando se es estúpida hasta ese punto?

—Las hay de todas clases —dijo Francisca.

Javiera estaba ebria de rabia; era evidente; sin duda encontraba que Francisca no se ocupaba bastante de ella: ya se le pasaría. Francisca miró el telón con impaciencia; ese cambio de decorado era demasiado largo; era absolutamente necesario ganar por lo menos cinco minutos.

Se alzó el telón; Pedro estaba recostado sobre el lecho de César y el corazón de Francisca se puso a latir con más fuerza; conocía cada una de las entonaciones de Pedro y cada uno de sus gestos: los preveía con tal precisión, que parecían surgir de su propia voluntad; y, sin embargo, era fuera de ella, en el escenario, donde transcurrían. Era angustioso; se sentiría responsable del menor desfallecimiento y no podía mover un dedo para evitarlo.

Es verdad que ambos formamos uno, pensó con un impulso de amor. Era Pedro quien hablaba, era su mano la que se alzaba, pero sus actitudes, sus acentos, formaban parte de la vida de Francisca tanto como de la suya; o más bien, no había más que una vida y, en el centro, un ser del que no se podía decir ni él ni yo, sino únicamente nosotros.

Pedro estaba en escena, ella estaba en la sala y, sin embargo, para ambos se desenvolvía una misma pieza en un mismo teatro. En la vida era igual; no siempre la veían desde un mismo ángulo; a través de sus deseos, de sus humores, de sus placeres, cada uno descubría un aspecto diferente; no por eso dejaba de ser la misma vida. Ni el tiempo ni la distancia podían dividirla; sin duda había calles, ideas, rostros que existían primeramente para Pedro y otros que existían primeramente para Francisca; pero esos instantes dispersos ellos los ligaban fielmente a un conjunto único donde el tuyo y el mío se hacían indiscernibles. Nunca, ninguno de los dos, distraía para sí la menor parcela; habría sido la peor traición, la única posible.

—Mañana por la tarde, a las dos, ensayamos el tercer acto sin trajes —dijo Pedro—, y mañana por la noche, ensayamos todo, en orden y con trajes.

—Me voy —anunció Gerbert—. ¿ Me necesitan mañana por la mañana ?

Francisca vaciló; con Gerbert las tareas más pesadas se volvían divertidas; sería un desierto esa mañana sin él; pero tenía una pobre cara cansada que partía el corazón.

—No, no queda gran cosa por hacer —dijo ella.

—¿Es cierto? —dijo Gerbert.

—Absolutamente cierto; duerma como un tronco.

Isabel se acercó a Pedro.

—Sabes, es verdaderamente extraordinario tu Julio César —dijo; su rostro cobró una expresión aplicada—. La transposición es tan perfecta y al mismo tiempo tan real. Ese silencio en el momento en que alzas la mano, la calidad de ese silencio... es prodigioso.

—Eres muy amable —dijo Pedro.

—Le aseguro que será un éxito —dijo Francisca con fuerza. Miró a Javiera con ojos burlones.

—A esta joven no parece gustarle mucho el teatro. ¿Tan hastiada ya?

—No creía que el teatro fuera así —dijo Javiera en tono desdeñoso.

—¿Cómo creía que era? —preguntó Pedro.

—Todos parecen vendedores de tienda; tienen un aire tan aplicado.

—Es conmovedor —dijo Isabel—. Todos esos tanteos, todos esos esfuerzos confusos de donde surge al fin algo hermoso.

—A mí eso me parece sucio —subrayó Javiera; el furor barría la timidez, miraba a Isabel con aire sombrío—. Un esfuerzo nunca es agradable de ver, y cuando para colmo el esfuerzo aborta, entonces... es ridículo.

—En todas las artes pasa lo mismo —dijo Isabel con sequedad—. Las cosas bellas nunca se crean fácilmente; cuanto más preciosas son, más trabajo exigen, ya verá.

—Lo que yo llamo precioso —dijo Javiera— es lo que cae del cielo como un maná. —Hizo una mueca—. Si hay que comprarlo, es mercancía como el resto, ya no me interesa.

—¡Qué romántica! —exclamó Isabel con una risa fría.

—La comprendo —dijo Pedro—; toda esta cocina no tiene nada de atrayente.

Isabel volvió hacia él un rostro casi agresivo.

—¡Toma! ¡Primera noticia! ¿Crees en el valor de la inspiración ahora?

—No, pero es verdad que nuestro trabajo no es hermoso; es una chapuza más bien infecta.

—No he dicho que este trabajo fuera hermoso —dijo Isabel con precipitación— bien sé que la belleza sólo está en la obra realizada; pero encuentro conmovedor el paso de lo informe a la forma acabada y pura.

Francisca lanzó a Pedro una mirada implorante; era penoso discutir con Isabel; si no se quedaba con la última palabra, creía haber desmerecido ante los ojos de la gente; para forzar la estima, el amor, combatía con una mala fe odiosa; eso podía durar horas.

—Sí —dijo Pedro con aire vago—, pero para apreciar eso hay que ser especialista. Hubo un silencio.

—Creo que sería sensato que nos fuésemos —dijo Francisca. Isabel miró su reloj.

—¡Dios mío! Voy a perder el último metro —dijo con aire asustado—. Me voy corriendo. Hasta mañana.

—Te acompañamos —propuso blandamente Francisca.

—No, les demoraría —dijo Isabel. Tomó la cartera y los guantes, lanzó una vaga sonrisa al vacío y desapareció.

—Podríamos ir a tomar una copa a algún lado —dijo Francisca.

—¡Si no están cansadas! —expresó Pedro.

—Yo no tengo ningunas ganas de dormir —dijo Javiera. Francisca cerró la puerta con llave y salieron del teatro. Pedro llamó un taxi.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—Al Pôle Nord, estaremos tranquilos —dijo Francisca.

Pedro dio la dirección al chófer. Francisca encendió la luz y se empolvó un poco la cara; se preguntaba si había estado bien inspirada al proponer esa salida; Javiera estaba taciturna y ya el silencio se hacía incómodo.

—Entren, no me esperen —dijo Pedro mientras buscaba cambio para pagar el taxi.

Francisca empujó la puerta de cuero.

—¿Esa mesa en el rincón le gusta? —preguntó.

—Está muy bien; es bonito este lugar —dijo Javiera. Se quitó el abrigo—. Discúlpeme un minuto —agregó—. Me siento desarreglada y no me gusta retocarme la cara en público.

—¿Qué le pido? —dijo Francisca.

—Algo fuerte —dijo Javiera.

Francisca la siguió con los ojos.

Dijo eso a propósito, porque me empolvé en el taxi, pensó. Cuando Javiera tomaba esas discretas superioridades era porque hervía de rabia.

—¿Dónde se metió tu amiga? —dijo Pedro.

—Ha ido a embellecerse. Está de un humor rarísimo esta noche.

—Es verdaderamente encantadora —dijo Pedro—. ¿Qué tomas?

—Un aquavita —dijo Francisca—. Pide dos.

—Dos aquavita —dijo Pedro—. Pero que sean buenos. Y un whisky.

—¡Qué amable eres! —dijo Francisca. La última vez les habían servido un pésimo alcohol de fantasía; ya hacía dos meses, pero Pedro no lo había olvidado; nunca olvidaba nada que le concerniera.

—¿Por qué está de mal humor? —preguntó Pedro.

—Le parece que no la veo bastante. Me fastidia perder todo ese tiempo con ella y que ni siquiera esté contenta.

—Hay que ser justa. No la ves mucho.

—Si la viera más tiempo, no me quedaría un minuto para ti —dijo Francisca con vivacidad.

—Comprendo muy bien. Pero no puedes pedirle que te apruebe desde el fondo del corazón. No tiene a nadie más que a ti, no quiere a nadie más que a ti: eso es triste.

—No digo nada —respondió Francisca. Tal vez trataba a Javiera con un poco de frialdad: la idea le fue desagradable. No quería tener que hacerse el menor reproche—. Ahí viene—dijo.

La miró con un poco de sorpresa; el vestido azul moldeaba un cuerpo delgado y floreciente, y el rostro fino de una joven aparecía encuadrado por los cabellos bien peinados; no había vuelto a ver a esa Javiera femenina y serena desde el día del primer encuentro.

—Le he pedido un aquavita —dijo Francisca.

—¿Qué es eso? —dijo Javiera.

—Pruebe —dijo Pedro empujando el vaso hacia ella. Javiera mojó con precaución sus labios en el límpido aguardiente.

—Es horrible —dijo sonriendo.

—¿Quiere otra cosa?

—No, el alcohol siempre lo es —observó en tono razonable—, pero hay que beber. —Echó la cabeza hacia atrás, entornó los ojos y se llevó el vaso a la boca—. Me quemó toda la garganta—dijo; rozó con la punta de los dedos su hermoso cuello esbelto; lentamente su mano bajó a lo largo de su cuerpo—. Y además me quemó aquí y aquí. Era extraño. Tuve la impresión de que me iluminaban por dentro.

—¿Es la primera vez que asiste a un ensayo? —preguntó Pedro.

—Sí —dijo Javiera.

—¿Y la ha decepcionado?

—Un poco.

—¿Piensas en serio lo que le dijiste a Isabel —preguntó Francisca—, o se lo dijiste porque te fastidiaba?

—Me fastidiaba —respondió Pedro; sacó un paquete de tabaco de su bolsillo y se puso a cargar la pipa—. En realidad, para un corazón puro y no prevenido debe de ser absurda esa seriedad con que buscamos el matiz exacto de cosas inexistentes.

—No hay más remedio, puesto que justamente queremos hacerlas existir —dijo Francisca.

—Si al menos uno lo lograra de golpe, divirtiéndose; pero no, uno está allí, quejumbroso y sudoroso. Tanto encarnizamiento para fabricar parecidos falsos. —Sonrió a Javiera—. ¿Le parece una ridícula obstinación?

—A mí no me gusta esforzarme —dijo Javiera con modestia.

Francisca estaba un poco asombrada de que Pedro tomara tan en serio las humoradas de una chiquilla.

—Pones el arte entero sobre el tapete, si vas por ese camino—dijo.

—Sí, ¿por qué no? —replicó Pedro—. ¿Te das cuenta? En este momento, el mundo está en ebullición, quizá dentro de seis meses estalle la guerra. —Se mordió la mitad de la mano izquierda—. Y yo me pongo a averiguar cómo se logra el color del amanecer.

—¿Qué quieres hacer? —dijo Francisca. Se sentía toda desconcertada; era Pedro quien la había convencido de que sobre la tierra no había nada mejor que hacer que crear cosas bellas; toda la vida de ellos estaba construida sobre ese credo. No tenía derecho a cambiar de opinión sin advertirla.

—Sí, quiero que Julio César sea un éxito —dijo Pedro—, pero me siento un insecto.

¿Desde cuándo pensaba eso? ¿Era una verdadera preocupación para él o una de esas breves iluminaciones con las que se divertía un momento y que desaparecía sin dejar rastro? Francisca no se atrevió a continuar la conversación. Javiera no parecía aburrirse, pero tenía los ojos apagados.

—Si Isabel te oyera —dijo Francisca.

—Sí, el arte es como Claudio, no se le puede tocar ni con la punta de los dedos, si no...

—Se derrumbaría en seguida —dijo Francisca—, parecería que lo presiente. —Se volvió hacia Javiera—. Claudio, sabe, es ese tipo que estaba con ella en el Flore la otra noche.

—¡Ese moreno horrible! —dijo Javiera.

—No es tan feo —se opuso Francisca.

—Es un falso buen mozo —dijo Pedro.

—Y un falso genio —agregó Francisca. La mirada de Javiera se iluminó.

—¿Qué haría ella si ustedes le dijeran que es estúpido y feo?—interrogó en tono alentador.

—No lo creería —dijo Francisca; reflexionó—. Creo que rompería con nosotros y que odiaría a Battier.

—Sus sentimientos hacia Isabel no son demasiado buenos—dijo Pedro riendo.

—No demasiado buenos —reparó Javiera un poco confusa. Parecía dispuesta a mostrarse amable con Pedro; quizá para demostrarle a Francisca que su mal humor iba especialmente dirigido a ella; quizá también porque le halagaba que él le diera la razón.

—¿Qué le reprocha exactamente? —preguntó Pedro.

Javiera titubeó.

—Es tan compuesta; su corbata, su voz, la manera con que golpea su cigarrillo sobre la mesa, todo está hecho a propósito.

—Se encogió de hombros—. Y está mal hecho. Estoy segura de que no le gusta el tabaco fuerte; ni siquiera sabe fumar.

—Desde los dieciocho años, ella se moldea —dijo Pedro. Javiera tuvo una sonrisa furtiva, una sonrisa de connivencia consigo misma.

—No me disgusta que la gente se disfrace para los demás—dijo—. Lo que hay de irritante en esa mujer es que hasta cuando está sola ha de caminar con paso decidido y hacer movimientos voluntarios con la boca.

Había tanta dureza en su voz, que Francisca se sintió herida.

—Se me ocurre que a usted le gusta disfrazarse —dijo Pedro—. Me pregunto cómo es su cara sin el flequillo y esas trenzas que le ocultan una parte. Su letra, también la disfraza, ¿no es cierto?

—Siempre he disfrazado mi letra —dijo Javiera con orgullo—. Durante mucho tiempo escribí todo en redondilla, así, —con la punta de los dedos trazó los signos en el aire—. Ahora escribo puntiagudo, es más decente.

—Lo peor de Isabel —agregó Pedro— es que hasta sus sentimientos son falsos; en el fondo, la pintura le importa un comino; es comunista y confiesa que el proletariado también le importa un comino.

—No es la mentira lo que me molesta —dijo Javiera—, lo que es monstruoso es que uno pueda manejarse a sí mismo de esta manera, por decreto. Pensar que todos los días a una hora fija se pone a pintar sin tener ganas de pintar; va a encontrarse con su tipo, tenga ganas de verlo o no... —Su labio superior se alzó en un rictus de desprecio—. ¡Cómo se puede aceptar vivir por programa, con horario y deberes que hacer, como en el colegio! Prefiero ser una fracasada.

Había conseguido lo que buscaba. Francisca se sintió herida por ese alegato. Por lo general, las insinuaciones de Javiera la dejaban fría, pero esa noche no era lo mismo; la atención que Pedro les prestaba daba peso a los juicios de Javiera.

—Usted se cita con la gente y después no va —dijo Francisca—. Es muy bonito cuando se trata de Inés, pero lo mismo destruiría verdaderas amistades con esos modales.

—Cuando quiero a la gente, siempre tengo ganas de ir a encontrarme con ella —dijo Javiera.

—No es obligatorio.

—¡Entonces, paciencia! —Javiera hizo una mueca altanera—. Siempre he terminado por enemistarme con todo el mundo.

—¡Quién puede enemistarse con Inés! —dijo Pedro—. Parece un cordero.

—¡Oh! No hay que fiarse —observó Javiera.

—¿Ah, sí? —dijo Pedro; sus ojos se fruncieron alegremente, parecía lleno de curiosidad—. ¿Con esa carota inofensiva es capaz de morder? ¿Qué le ha hecho?

—No ha hecho nada —dijo Javiera en tono reticente.

—¡Cuénteme! —pidió Pedro con su voz más engatusadora—; me encantaría saber lo que se oculta en el fondo de ese agua mansa.

—Pero no, Inés es una pelma —dijo Javiera—. Lo que ocurre es que no me gusta que nadie se crea con derechos sobre mí. —Sonrió y el malestar de Francisca se precisó; cuando estaba sola con Francisca, Javiera dejaba que el disgusto, el placer, la ternura invadieran, a pesar suyo, un rostro sin defensa, un rostro de niña; ahora se sentía una mujer frente a un hombre, y sobre sus rasgos se pintaba exactamente el matiz de confianza o de reserva que había resuelto expresar.

—Debe de tener el cariño pesado —dijo Pedro con un aire cómplice e ingenuo en el cual Javiera se dejó atrapar.

—Eso es —respondió toda iluminada—. Una vez le di contraorden en el último momento, la noche en que fui a la Prairie; puso una cara de víctima... Francisca sonrió.

—Sí —dijo Javiera con viveza—, fui una grosera, pero ella se permitió reflexiones fuera de lugar. —Se puso roja y agregó—: Sobre algo que no le incumbía.

Era eso: Inés habría interrogado a Javiera sobre sus relaciones con Francisca y tal vez habría bromeado con esa tranquila pesadez normanda. Sin duda, detrás de todos los caprichos de Javiera había un mundo de pensamientos obstinados y secretos; era un poco inquietante pensarlo.

Pedro se echó a reír.

—Conozco a alguien, a una muchacha, Eloy; si un compañero le da contraorden, ella siempre contesta: «Precisamente ya no estaba libre.» Pero no todo el mundo tiene ese tacto.

Javiera frunció el ceño.

—En todo caso, Inés no lo tiene —dijo. Debió de haber sentido vagamente la ironía, porque su rostro se tornó ceñudo.

—Es complicado, sabe —agregó Pedro seriamente—. Comprendo que le disguste observar consignas; sin embargo, tampoco se puede vivir al minuto.

—¿Y por qué no? —dijo Javiera—. ¿Por qué hay que arrastrar siempre detrás de uno un montón de chatarra?

—Mire —explicó Pedro—, el tiempo no se compone de un montón de pedacitos separados en los cuales uno pueda encerrarse sucesivamente; cuando usted cree vivir simplemente en el presente, a las buenas o a las malas, compromete el porvenir.

—No comprendo —dijo Javiera. Su acento no era amable.

—Voy a tratar de explicarlo —dijo Pedro. Cuando se interesaba por alguien, era capaz de discutir durante horas con una buena fe y una paciencia angelicales. Era una de las formas de su generosidad. Francisca no se tomaba nunca la molestia de exponer lo que pensaba.

—Supongamos que usted haya decidido ir a un concierto —dijo Pedro—; en el momento de salir, la idea de caminar, de tomar el metro le resulta insoportable; entonces se declara libre respecto de sus resoluciones pasadas y se queda en su casa; es muy bonito, pero cuando diez minutos después se encuentra en un sillón aburriéndose, ya no es libre en absoluto, no hace más que soportar las consecuencias de su gesto. Javiera soltó una risita seca.

—Es otra de vuestras lindas invenciones, ¡los conciertos! ¡Que uno pueda tener ganas de oír música a una hora fija! Pero es extravagante —agregó en tono casi de odio—. ¿Francisca le dijo que yo tenía que ir hoy a un concierto?

—No, pero sé que en general usted nunca se resuelve a salir de su casa. Es una lástima vivir en París como secuestrada.

—No es una noche así la que me dará ganas de cambiar —afirmó Javiera con desdén.

El rostro de Pedro se ensombreció.

—De esa manera usted pierde un montón de preciosas oportunidades —dijo.

—¡Siempre tener miedo de perder algo! ¡No hay nada que me parezca tan sórdido! Si está perdido, está perdido, ¿y qué pasa?

—¿Acaso su vida es verdaderamente una sucesión de renunciaciones heroicas? —dijo Pedro con una sonrisa sarcástica.

—¿Usted quiere decir que soy cobarde? Si supiera lo que me importa —replicó Javiera con una voz suave, levantando un poco el labio superior.

Hubo un silencio. Los rostros de Pedro y de Javiera se habían endurecido.

«Sería mejor que fuéramos a acostarnos», pensó Francisca.

Lo más fastidioso era que ya ella misma no aceptaba el mal humor de Javiera con tanta indiferencia como durante el ensayo. De pronto, sin que uno supiera por qué, Javiera se había puesto a contar.

—¿Han visto a la mujer que está enfrente? —dijo Francisca—. Escúchenla un poco; hace un largo rato que le expone a su contrincante las secretas particularidades de su alma.

Era una mujer de párpados pesados; fijaba sobre su compañero una mirada magnética.

—Nunca he podido plegarme a las reglas del flirt —decía—. No soporto que me toquen, es enfermizo.

En otro rincón, una mujer joven, con un tocado de plumas verdes y azules, miraba con incertidumbre una gran mano de hombre que acababa de abatirse sobre su mano.

—Siempre hay un montón de parejas aquí —dijo Pedro.

Hubo otro silencio. Javiera había alzado el brazo a la altura de su boca y soplaba delicadamente sobre el fino vello que aureolaba su piel. Había que encontrar algo que decir, pero todo sonaba a falso de antemano.

—¿Nunca le había hablado de Gerbert antes? —preguntó Francisca a Javiera.

—Un poco —respondió Javiera—. Me había dicho que era atractivo.

—Tuvo una extraña juventud —dijo Francisca—. Pertenece a una familia de obreros totalmente miserable. La madre enloqueció cuando él era muy pequeño, el padre estaba siempre en paro; el chiquillo ganaba cuatro perras vendiendo diarios; un buen día, un compañero lo llevó con él para hacer de «extra» en un estudio y resultó que los tomaron a los dos. Tendría unos diez años en ese momento, era gracioso y se hizo notar. Al principio le confiaron papeles sin importancia, luego otros más importantes; empezó a ganar grandes sumas que su padre dilapidó sin cuidado.

Francisca miró con melancolía un enorme pastel blanco adornado con frutas y confites que estaba colocado sobre un aparador; el solo hecho de verlo le acongojaba el corazón; nadie escuchaba su historia.

—La gente empezó a interesarse por él; Péclard le adoptó casi y todavía vive en su casa. Tuvo hasta seis padres adoptivos en cierto momento; le arrastraban tras ellos por los cafés y por las boites, las mujeres le acariciaban el pelo. Uno era Pedro, le aconsejaba en el trabajo y en las lecturas.

Sonrió y su sonrisa se perdió en el vacío; Pedro fumaba su pipa, todo encogido; Javiera tenía un aire apenas cortés. Francisca se sintió ridícula, pero continuó con terca animación.

—Le formaban una extraña cultura al mocoso; conocía a fondo el surrealismo sin haber leído nunca un verso de Racine; era conmovedor, porque para colmar esas lagunas, iba a las bibliotecas a consultar geografías y aritméticas como buen autodidacta; pero se ocultaba para hacerlo. Y luego hubo un momento muy duro para él; crecía, ya no podía divertirse como un monito sabio; al mismo tiempo que perdía sus empleos en el cine, sus padres adoptivos lo abandonaban uno tras otro. Péclard le vestía y le daba de comer cuando se acordaba, pero era todo. Entonces fue cuando Pedro le tomó en sus manos y le convenció de que hiciera teatro. Ahora ha empezado con buen pie; todavía le falta oficio, pero tiene talento y una gran inteligencia escénica; llegará a algo.

—¿Qué edad tiene? —dijo Javiera.

—Aparenta dieciséis años, pero tiene veinte.

Pedro esbozó una sonrisa.

—Por lo menos sabes llenar una conversación —acotó.

—Me alegra que me haya contado esa historia —dijo Javiera con vivacidad—. Es muy divertido imaginar a ese muchachito y a todos esos tipos importantes que le dan bofetadas con condescendencia y se sienten fuertes, buenos y protectores.

—¿Me ve sin dificultad haciendo ese papel, no es verdad? —dijo Pedro entre ofendido y sonriente.

—¿A usted? ¿Por qué? Ni más ni menos que a los otros —dijo Javiera con aire ingenuo; miró a Francisca con una ternura sostenida—. Siempre me gusta cómo cuenta usted las cosas.

Era una renovación de alianzas lo que le proponía a Francisca. La mujer de las plumas verdes y azules decía con voz opaca:

—...no hice más que cruzarla de paso, pero desde el punto de vista de ciudad pequeña, es muy pintoresca. —Había optado por abandonar su brazo desnudo sobre la mesa y descansaba allí, ignorado; la mano del hombre apretaba un pedazo de carne que ya no pertenecía a nadie.

—Es rara —dijo Javiera— la impresión que causa tocarse las pestañas; uno se toca sin tocarse, como si se tocara a distancia. Se hablaba a sí misma y nadie contestó.

—¿Ha visto qué lindas son esas vidrieras verdes y doradas? —dijo Francisca.

—En el comedor de Lubersac —dijo Javiera—, también había vidrieras, pero no eran linfáticas como estas, tenían hermosos colores profundos. Cuando se miraba el parque a través de los vidrios amarillos, se veía un paisaje de tormenta; a través del verde y del azul parecía un paraíso con árboles de piedras preciosas y césped de brocado; cuando el parque se ponía rojo, yo me creía en las entrañas de la tierra.

Pedro hizo un visible esfuerzo de buena voluntad.

—¿Usted qué prefería?

—El amarillo, naturalmente —dijo Javiera; quedó con la mirada a lo lejos, como en suspenso—. Es terrible cómo uno pierde las cosas al envejecer.

—¿No puede recordarlo todo? —preguntó Pedro.

—Pues no, no olvido nada —dijo Javiera con desdén—. Justamente recuerdo muy bien cómo me arrebatában antes los lindos colores; ahora... —esbozó una sonrisa hastiada— me gustan.

—¡Pues sí! Cuando uno envejece, siempre pasa eso —dijo Pedro gentilmente—. Pero se encuentran otras cosas; ahora usted comprende libros y cuadros y espectáculos que no le hubieran dicho nada en su infancia.

—Pero me importa un bledo comprender sólo con la cabeza —dijo Javiera con una súbita violencia; esbozó una especie de rictus—. Yo no soy una intelectual.

—¿Por qué es tan odiosa? —replicó Pedro abruptamente. Javiera puso ojos redondos.

—No soy odiosa.

—Usted sabe que sí; todos los pretextos le parecen buenos para odiarme; además, sospecho por qué.

—¿Qué es lo que usted cree? —dijo Javiera.

La ira le coloreaba los pómulos; tenía un rostro seductor, tan lleno de matices, tan cambiante, que no parecía hecho de carne; estaba hecho de éxtasis, de rencores, de tristezas, mágicamente sensibles a la mirada; sin embargo, a pesar de esa transparencia etérea, el dibujo de la nariz, de la boca, era pesadamente sensual.

—Creyó que yo quería criticar su manera de vivir —dijo Pedro—, es injusto; he discutido con usted como lo habría hecho con Francisca, conmigo mismo; y precisamente porque su punto de vista me interesaba.

—Naturalmente, usted tiene derecho a la interpretación más malévola —dijo Javiera—. No soy una chiquilla susceptible; si le parece que soy vil y caprichosa y no sé qué más, puede decírmelo perfectamente.

—Al contrario, considero que es muy envidiable esa manera que usted tiene de sentir las cosas con tanta fuerza —dijo Pedro—, comprendo que le importe eso más que nada.

Si se le había metido en la cabeza reconquistar la buena voluntad de Javiera, había para rato.

—Sí —dijo Javiera con aire sombrío; un destello cruzó por sus ojos—. Me horroriza que usted piense eso de mí, no es verdad, no me he ofendido como una cría.

—Sin embargo, mire —observó Pedro en tono conciliador—, usted cortó la conversación y desde ese momento ha dejado de ser amable.

—No me he dado cuenta —dijo Javiera.

—Trate de acordarse, seguramente se dará cuenta. Javiera vaciló.

—No es por lo que usted creía.

—¿Por qué era?

Javiera hizo un movimiento brusco.

—No, es idiota, no tiene importancia. ¿De qué sirve volver sobre lo pasado? Ahora se acabó.

Pedro se había plantado frente a Javiera. Prefería perder toda la noche antes que abandonar la partida. Semejante tenacidad solía parecerle indiscreta a Francisca, pero Pedro no le temía a la indiscreción; sólo tenía respeto humano en las cosas insignificantes. ¿Qué quería exactamente de Javiera? ¿Encuentros corteses en las escaleras del hotel? ¿Una aventura, un amor, una amistad?

—No tiene importancia si no volvemos a vernos nunca —dijo Pedro—. Pero sería una lástima; ¿no le parece que podríamos tener relaciones más bien agradables? —Había puesto en su voz una especie de timidez mimosa. Tenía una ciencia tan consumada de su fisonomía y de sus menores inflexiones, que era un poco turbador.

Javiera le lanzó una mirada desafiante y, sin embargo, casi tierna.

—Creo que sí —dijo.

—Entonces expliquémonos —propuso Pedro—. ¿Qué me ha reprochado? —Su sonrisa sobrentendía ya un acuerdo secreto.

Javiera se ensortijaba un mechón de pelo; mientras seguía con los ojos el movimiento lento y regular de sus dedos, dijo:

—Pensé de pronto que usted hacía un esfuerzo por ser amable conmigo a causa de Francisca, y eso me disgustó. —Echó hacia atrás el mechón dorado—. Nunca le he pedido a nadie que fuera amable conmigo.

—¿Por qué pensó eso? —preguntó Pedro; mordisqueaba la boquilla de su pipa.

—No sé —dijo Javiera.

—¿Le pareció que me ponía demasiado pronto en un pie de intimidad con usted? ¿Y eso la puso en mi contra y en contra de usted misma? ¿No es cierto? Entonces por fastidio, usted decretó que mi amabilidad era fingida.

Javiera no dijo nada.

—¿Eso es? —preguntó Pedro sonriendo.

—Es un poco eso —dijo Javiera con una sonrisa halagada y confusa. De nuevo tomó algunos cabellos entre sus dedos y se puso a alisarlos bizqueando hacia ellos con aire tonto. ¿Había pensado

todo eso? Sin duda, por pereza, Francisca había simplificado a Javiera; hasta se preguntaba con cierto malestar cómo había podido, durante las últimas semanas, tratarla como a una chiquilla deleznable; ¿pero no sería que Pedro la complicaba por placer? En todo caso, no la veía con los mismos ojos; por leve que fuera, ese desacuerdo no dejaba insensible a Francisca.

—Si yo no hubiera tenido ganas de verla, era muy sencillo volver al hotel en seguida —dijo Pedro.

—Podía haber tenido ganas por curiosidad —adujo Javiera—, era natural; Francisca y usted ponen de tal manera todo en común.

Todo un mundo de rencores secretos asomaba tras esa frase-cita insignificante.

—Usted creyó que nos habíamos puesto de acuerdo para aleccionarla —dijo Pedro—, pero no había nada de eso.

—Parecían dos personas mayores sermoneando a un chico —dijo Javiera, que ya parecía protestar sólo por escrúpulo.

—Pero si yo no he dicho nada —reparó Francisca. Javiera tomó un aire reflexivo. Pedro la miró sonriendo seriamente.

—Ya se dará cuenta, cuando nos haya visto juntos más a menudo, de que puede mirarnos sin temor, como a dos individuos diferentes. Ni yo podría impedir a Francisca que sintiera afecto por usted, ni ella obligarme a manifestárselo, si yo no lo sintiera. —Se volvió hacia Francisca—. ¿No es verdad?

—Por supuesto —dijo Francisca con un calor que no pareció sonar falso; el corazón le pesaba un poco. No somos más que uno, es muy bonito; pero Pedro reivindicaba su independencia; naturalmente que en un sentido eran dos, ella lo sabía muy bien.

—Tienen a tal punto las mismas ideas —dijo Javiera—, uno no sabe muy bien quién de los dos habla ni a quién le contesta.

—¿Le parece monstruoso pensar que yo puedo sentir por usted una simpatía personal? —dijo Pedro. Javiera le miró vacilando.

—No hay ninguna razón; no tengo nada interesante que decir, y usted... usted tiene tantas ideas sobre todo.

—Quiere decir que soy tan viejo. Es usted quien tiene el juicio malévolo; me toma por una persona importante.

—¡Cómo puede pensarlo! —dijo Javiera.

Pedro tomó una voz grave donde se notaba un poco al actor.

—Si la hubiera considerado como a una encantadora personita sin importancia habría sido más cortés con usted; querría que entre nosotros hubiera algo más que un mero trato de cortesía, justamente porque siento una profunda estima por usted.

—Es un error —comentó Javiera sin convicción.

—A título puramente personal deseo obtener su amistad. ¿Quiere hacer conmigo un pacto de amistad personal?

—Cómo no —dijo Javiera. Abrió muy grandes sus ojos puros y sonrió con una sonrisa de aceptación y de alegría; casi una sonrisa de enamorada. Francisca miró esa cara desconocida llena de reticencias y de promesas y volvió a ver otro rostro, infantil, desarmado, que se apoyaba sobre su hombro en una madrugada gris; no había sabido conservarlo, se había borrado, quizá se había perdido para siempre. Y de pronto, con remordimientos, con rencor, sentía cuánto habría podido quererlo.

—Choque —dijo Pedro, y colocó sobre la mesa su mano abierta; tenía bonitas manos secas y finas. Javiera no tendió su mano.

—No me gusta ese gesto —dijo un poco fríamente—, me parece del género buen muchacho.

Pedro retiró la mano; cuando estaba contrariado, su labio superior se adelantaba, le daba un aire estirado y un poco ordinario. Hubo un silencio.

—¿Vendrá al ensayo general? —preguntó Pedro.

—Por supuesto, me regocija verlo de fantasma —dijo Javiera con amabilidad.

La sala se había vaciado; sólo quedaban en el bar algunos escandinavos medio borrachos; los hombres estaban congestionados, las mujeres, despeinadas, se besaban en la boca.

—Creo que hay que irse —dijo Francisca. Pedro se volvió hacia ella con inquietud.

—Es verdad, tienes que levantarte temprano mañana; deberíamos habernos ido antes. ¿No estás cansada?

—No más de lo necesario —respondió Francisca.

—Vamos a tomar un taxi.

—¿Otro taxi? —dijo Francisca.

—Paciencia, tienes que dormir.

Salieron y Pedro llamó un taxi; se sentó en el transportín frente a Francisca y a Javiera.

—Usted también parece tener sueño —dijo amablemente.

—Sí, tengo sueño —admitió Javiera—. Voy a hacerme un poco de té.

—Té —dijo Francisca—. Sería mejor que se acostara, son las tres.

—Detesto dormir cuando me caigo de sueño —dijo Javiera en tono de excusa.

—¿Prefiere esperar a no tenerlo? —interrogó Pedro en tono divertido.

—Me subleva sentir en mí necesidades naturales —dijo Javiera dignamente. Bajaron del taxi y subieron la escalera.

—Buenas noches —saludó Javiera. Empujó su puerta sin tender la mano. Pedro y Francisca subieron un piso más; el cuarto de Pedro estaba todo revuelto en ese momento; dormía todas las noches en el de Francisca.

—Creí que ibais a volver a enfadaros —dijo Francisca— cuando ella se negó a darte la mano.

Pedro se había sentado en el borde de la cama.

—Creí que volvía a hacerse la reservada y me fastidió—dijo—, pero pensándolo bien partía de un buen sentimiento; ella no quería que trataran como un juego un pacto que tomaba en serio.

—En efecto, eso parecía —dijo Francisca; seguía teniendo en la boca un extraño gusto turbio que no quería irse.

—Qué diablillo orgulloso —exclamó Pedro—; estaba bien dispuesta conmigo al principio, pero en cuanto me permití la sombra de una crítica, me aborreció.

—Le diste tan preciosas explicaciones —dijo Francisca—.

—¿Fue por cortesía?

—¡Oh! ¡Si tenía cosas en su cabeza esta noche! —dijo Pedro. No continuó. Parecía absorto. ¿Y en su cabeza, qué había exactamente? Ella interrogó su rostro, era un rostro demasiado conocido, que ya no era elocuente; bastaba extender la mano para tocarlo, pero esa misma proximidad lo hacía invisible, no se podía pensar nada de él. Ni siquiera había nombre para designarlo. Francisca sólo lo llamaba Pedro o Labrousse cuando hablaba con la gente; frente a él o en la soledad, no le llamaba. Le resultaba tan íntimo y tan irreconocible como ella misma; sobre un extraño, ella podría haberse hecho una idea.

—En realidad, ¿qué quieres de ella? —preguntó.

—A decir verdad, me lo pregunto —dijo Pedro—. No es una Canzetti, no se puede esperar de ella una aventura. Para tener un lío agradable con ella habría que comprometerse a fondo, y no tengo tiempo ni ganas.

—¿Por qué no tienes ganas? —inquirió Francisca. Era absurda esa inquietud fugitiva que acababa de cruzársele. Se decían todo, no se ocultaban nada el uno al otro.

—Es complicado —dijo Pedro—, me cansa por anticipado. Por otra parte, hay algo infantil en ella que me revuelve un poco, todavía huele a biberón. Me gustaría únicamente que no me aborreciera y que pudiéramos conversar de vez en cuando.

—Creo que eso lo has conseguido —dijo Francisca. Pedro la miró vacilando.

—¿No te resultó desagradable que le propusiera un trato personal conmigo?

—Por supuesto que no —dijo Francisca—. ¿Por qué?

—No sé, me pareciste un poco rara. La quieres, podrías desear ser la única en su vida.

—Sabes que más bien me molesta —dijo Francisca.

—Sé muy bien que nunca estás celosa de mí —acotó Pedro sonriendo—. De todas maneras, si alguna vez te ocurriera, tendrías que decírmelo. En eso también me veo como un insecto; esa manía de conquistas; y en el fondo me importan tan poco.

—Naturalmente, te lo diría —dijo Francisca. Vaciló. El malestar de esta noche, quizá eso se llame celos. No le había gustado que Pedro tomara a Javiera en serio; le habían molestado las sonrisas que

Javiera dirigía a Pedro; era una depresión pasajera en la cual había mucho de cansancio. Si se lo decía a Pedro, en lugar de un humor pasajero se convertiría en una realidad inquietante y tenaz; él estaría obligado a tenerlo en cuenta en adelante, cuando ya ella no lo tuviera en cuenta. Eso no existía, no estaba celosa.

—Hasta puedes enamorarte de ella, si quieres —dijo.

—No se trata de eso —dijo Pedro. Se encogió de hombros—. Ni siquiera estoy seguro de que no me aborrezca todavía más que antes.

Se deslizó entre las sábanas. Francisca se tendió a su lado y le besó.

—Que duermas bien —dijo con ternura.

—Que duermas bien —dijo Pedro y también la besó.

Francisca se volvió contra la pared. En su cuarto, debajo de ellos, Javiera tomaba té; había encendido un cigarrillo, era libre de elegir la hora en que se acostaría, sola en su cama, lejos de toda presencia extraña; era totalmente libre de sus sentimientos, de sus pensamientos; y seguramente, en ese momento le encantaba su libertad, la usaba para condenar a Francisca; veía a Francisca tendida junto a Pedro y abrumada de cansancio, y se complacía en un desprecio orgulloso. Francisca se puso rígida, ya ni siquiera podía cerrar los ojos y olvidar a Javiera. Javiera no había cesado de crecer durante toda la noche, llenaba el pensamiento, con tanta pesadez como el gran pastel del Pôle Nord. Sus exigencias, sus celos, sus desdenes, ya no se los podía ignorar puesto que Pedro se ponía a darles importancia. A esa Javiera preciosa e incómoda que acababa de revelarse, Francisca la rechazaba con todas sus fuerzas; sentía casi hostilidad por ella. Pero no había nada que hacer, ninguna manera de volver atrás. Javiera existía.

IV

Isabel abrió con desesperación la puerta de su armario; no podía ir de traje sastre gris; no quedaba fuera de lugar en ninguna parte y hasta por eso lo había elegido, pero por una vez que salía de noche habría querido cambiarse de vestido; otro vestido, otra mujer. Isabel se sentía languidescente esa noche, inesperada y voluptuosa; una blusa que sirve a todas horas, me gustan mucho con sus consejos de economía para millonaria.

En el fondo del armario había un viejo vestido de raso negro que a Francisca le había parecido bonito dos años antes; no estaba muy pasado de moda. Isabel se arregló de nuevo la cara y se puso el vestido; se miró en el espejo con perplejidad; no sabía muy bien qué pensar, en todo caso ese peinado no iba; con el cepillo se alborotó el pelo. Su pelo de oro apagado. Hubiera podido tener otra vida, no lo lamentaba, había elegido libremente sacrificar su vida al arte. Sus uñas estaban feas, uñas de pintora; por más que se las cortara, siempre quedaba pegado un poco de azul o de amarillo; felizmente ahora los barnices son opacos. Isabel se sentó ante su mesa y empezó a extender sobre sus uñas una laca cremosa y rosada.

Estaré verdaderamente refinada, pesó, más refinada que Francisca, ella nunca lo parece.

El timbre del teléfono sonó. Isabel volvió a colocar cuidadosamente el pincelito húmedo en el frasco y se levantó.

—¿Isabel?

—Yo misma

—Claudio, ¿cómo estás? Sabes, marcha lo de esta noche. ¿Te encuentro en tu casa?

—En casa no —dijo Isabel con precipitación; emitió una risita—. Tengo ganas de cambiar de aire. —Esta vez iría hasta el final de la explicación—. No, aquí no, para que vuelva a empezar todo como el mes pasado.

—Cómo quieras. ¿Entonces, dónde? ¿En el Topsy? ¿En la Maisonnette?

—No, vamos simplemente al Pôle Nord, allí es donde se está mejor para conversar.

—O.K., a las doce y media en el Pôle Nord. Hasta luego.

—Hasta luego.

Él esperaba una noche idílica, pero Francisca tenía razón; para que una ruptura interior sirva para algo había que demostrarla. Isabel volvió a sentarse y reanudó su trabajo minucioso. El Pôle Nord estaba bien; acolchados de cuero ahogaban los ruidos de las voces y la luz tamizada era clemente con los desórdenes del rostro. ¡Todas esas promesas que Claudio le había hecho! Y todo continuaba

obstinadamente igual; había bastado un momento de debilidad para que él se sintiera tranquilizado. Una oleada de sangre invadió el rostro de Isabel; ¡qué vergüenza! Él había vacilado un momento, la mano sobre el picaporte; ella le había echado con palabras irreparables, no le quedaba otra cosa que irse, pero, sin decir nada, se había vuelto hacia ella. El recuerdo era tan punzante que cerró los ojos; sentía nuevamente sobre su boca esa boca tan caliente, que sus labios se habían abierto a pesar suyo, sentía sobre sus senos las manos oprimidas y suaves; su pecho se dilató y suspiró como había suspirado en la embriaguez de la derrota. Si la puerta se abriera ahora, si él entrara... Isabel se llevó bruscamente la mano a la boca y se mordió la muñeca.

—A mí no se me tiene de esa manera, —dijo en voz alta—, no soy una hembra. —No se había lastimado, pero vio con satisfacción que sus dientes habían dejado sobre su piel unas marquitas blancas; vio también que sobre tres de sus uñas el barniz fresco estaba corrido; en el dobladillo del vestido había una especie de rastro sangriento.

—¡Qué idiota! —murmuró. Las ocho y media; Pedro estaba vestido; Susana cubría con una capa de visón su vestido impecable, sus uñas brillaban. Con un gesto brusco Isabel tendió la mano hacia el frasco de quitaesmalte; hubo un ruido cristalino y en el suelo un charco amarillo con olor a bombón inglés salpicado de pedazos de vidrio.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Isabel; por nada en el mundo iría al ensayo general con esos dedos de carnicero, era mejor acostarse en seguida; sin dinero es arriesgado querer ser elegante; se puso el abrigo y bajó corriendo la escalera.

—Hotel Bayard, calle Cels —dijo al chófer del taxi.

En el cuarto de Francisca podría reparar el desastre; sacó su polvera; demasiado colorete en las mejillas, el de los labios estaba mal puesto. No, no hay que tocar nada en los taxis, se estropea todo; hay que aprovechar los taxis para relajar los nervios; los taxis y los ascensores, pequeños descansos de mujeres ajetreadas; otras están acostadas sobre divanes con telas finas alrededor de la cabeza, como en los anuncios de Elizabeth Arden, y manos suaves les masajean el rostro, manos blancas, telas blancas en habitaciones blancas, tendrán rostros lisos y descansados y Claudio dirá con su ingenuidad de hombre: «Juana Harbley es verdaderamente extraordinaria.»

Con Pedro las llamábamos mujeres en papel de seda, no se puede luchar en ese plano. Bajó del taxi. Permaneció un momento inmóvil ante la fachada del hotel; nunca podía acercarse sin que le latiera el corazón a los lugares donde transcurría la vida de Francisca. Era un hotel lamentable, como muchos otros; sin embargo, tenía bastante dinero para pagarse un estudio elegante. Empujó la puerta.

—¿Puedo subir al cuarto de la señorita Miquel?

El muchacho de la portería le tendió la llave; subió la escalera donde flotaba un vago olor a repollo; estaba en el corazón de la vida de Francisca, pero para Francisca, el olor a repollo, el crujido de los peldaños no encerraban ningún misterio; pasaba sin mirarlo siquiera a través de ese decorado que la curiosidad afiebrada de Isabel desfiguraba.

Tendría que imaginar que llevo a mi casa como todos los días, se dijo Isabel haciendo girar la llave en la cerradura. Permaneció de pie en el umbral del cuarto; era un cuarto feo, empapelado de gris con grandes flores, había ropa sobre todas las sillas, un montón de libros y papeles sobre el escritorio. Isabel cerró los ojos, ella era Francisca, volvía del teatro, pensaba en el ensayo de mañana, volvió a abrir los ojos. Sobre el lavabo había un cartel:

Se ruega a los señores clientes:

No hacer ruido después de las diez.

No lavar la ropa en los lavabos.

Isabel miró el diván, el armario con espejo, el busto de Napoleón colocado sobre la chimenea entre un frasco de agua de Colonia, cepillos, pares de medias. Volvió a cerrar los ojos, los abrió de nuevo: era imposible domesticar ese cuarto; con una evidencia irremediable aparecía como un cuarto extraño.

Isabel se acercó al espejo, donde tantas veces el rostro de Francisca se había reflejado, y vio su propio rostro. Sus mejillas ardían; por lo menos debía haberse quedado con su traje sastre gris; era seguro que le quedaba bien. Ahora no había nada que hacer contra esa imagen insólita; era la imagen definitiva que todos llevarían de ella esta noche. Tomó un frasco de quitaesmalte y otro de esmalte y se sentó ante el escritorio.

El teatro de Shakespeare había quedado abierto en la página que Francisca estaba leyendo cuando con un movimiento brusco había echado su sillón hacia atrás; había arrojado sobre la cama la bata que conservaba entre sus pliegues desordenados la huella de su gesto negligente: las mangas habían quedado hinchadas como si todavía aprisionaran dos brazos fantasmas. Esos objetos abandonados ofrecían de Francisca una imagen más intolerable que su presencia real. Cuando Francisca estaba junto a ella, Isabel sentía una especie de paz: Francisca no entregaba su verdadero rostro, pero,

por lo menos, mientras sonreía con amabilidad, ese verdadero rostro ya no existía en ninguna parte. Aquí la verdadera cara de Francisca había dejado su rastro y ese rastro era indescifrable. Cuando Francisca se sentaba a su escritorio sola consigo misma, ¿qué quedaba de la mujer a quien Pedro quería? ¿En qué se convertían su felicidad, su orgullo tranquilo, su dureza?

Isabel tomó las hojas cubiertas de notas, borradores, planos manchados de tinta. Así tachados, mal escritos, los pensamientos de Francisca perdían su aire definitivo; pero la letra y las tachaduras salidas de mano de Francisca afirmaban todavía su existencia indestructible. Isabel rechazó los papeles con violencia; era idiota; no podía ser Francisca ni destruirla.

Tiempo, que me den tiempo, pensó con pasión. Yo también seré alguien.

Había un montón de automóviles aparcados en la placita; Isabel lanzó una mirada de artista sobre la fachada amarilla del teatro que brillaba entre las ramas desnudas; era bonito, con esas líneas de un color negro de tinta que se destacaban sobre un fondo luminoso. Un verdadero teatro, como el Châtelet y la Gaieté Lyrique que nos deslumbraban tanto; de todas maneras, era formidable pensar que el gran actor, el gran director del que todo París hablaba era Pedro; para verle la muchedumbre rumorosa y perfumada se apretujaba en el hall; no éramos chicos como los otros, habíamos jurado que íbamos a ser célebres, siempre tuve fe en él. Pero es de verdad, pensó deslumbrada. De veras, en serio: esta noche es el ensayo general en el Tréteaux, Pedro Labrousse da Julio César.

Isabel trató de pronunciar la frase como si fuera una parisiense cualquiera, y luego se dijo bruscamente: «Es mi hermano.» Pero era difícil de conseguir. Es mortificante; hay así un montón de placeres que quedan alrededor de uno, en potencia, y que uno nunca consigue asir bien.

—¿Qué es de su vida? —dijo Luvinsky—. No se la ve ya nunca.

—Trabajo —le explicó Isabel—. Tiene que venir a ver mis cuadros.

Le gustaban esas noches de ensayo general; quizá fuera pueril, pero sentía un gran placer al dar la mano a esos escritores, a esos artistas; siempre había necesitado un medio simpático para tomar conciencia de sí misma; en el momento en que uno pinta, uno no siente que es pintor, es ingrato y descorazonador. Aquí, era una joven artista al borde del éxito, la propia hermana de Labrousse. Sonrió a Moreau, que la miraba con aire admirativo; siempre había estado un poco enamorado de ella. En la época en que trataba en el Dôme, con Francisca, a principiantes sin porvenir, a viejos fracasados, habría considerado con grandes ojos llenos de envidia a esa joven viril y graciosa que hablaba con soltura con un montón de gente que había triunfado.

—¿Cómo le va? —dijo Battier. Estaba muy guapo en su traje oscuro—. Por lo menos las puertas están bien cuidadas aquí —observó con fastidio.

—¿Cómo le va? —dijo Isabel tendiéndole la mano a Susana—. ¿Le pusieron dificultades?

—Ese acomodador examina a todos los invitados como si fueran malhechores —dijo Susana—. Estuvo cinco minutos dándole vueltas a nuestra entrada entre sus dedos.

Estaba bien, toda de negro, muy clásico; pero ahora tenía claramente un aspecto de mujer de edad, no se podía suponer que Claudio tuviera todavía relaciones físicas con ella.

—No hay más remedio que tener cuidado —dijo Isabel—. Mire a ese hombre que pega su nariz contra la puerta, hay montones así en la calle, que tratan de pescar invitaciones: es lo que llamamos golondrinas.

—Un nombre pintoresco —dijo Susana. Sonrió con cortesía y se volvió hacia Battier—. Creo que deberíamos entrar, ¿no le parece?

Isabel entró detrás de ellos; por un instante permaneció inmóvil en el fondo de la sala; Claudio ayudaba a Susana a quitarse su capa de visón, se sentaba a su lado; ella se inclinó hacia él y le puso la mano sobre el brazo. Isabel se sintió traspasada por un dolor agudo. Recordaba aquella noche de diciembre en que había caminado por las calles ebria de felicidad, porque Claudio le había dicho: «A quien quiero es a ti». Al ir a acostarse había comprado un gran ramo de rosas. El la quería, pero nada había cambiado. Su corazón estaba escondido; esa mano sobre su brazo era visible para todos los ojos; y todos los ojos admitían sin sorpresa que había encontrado allí su lugar natural. «Un lazo oficial, un lazo real, acaso fuera la única realidad de la cual se podía estar verdaderamente seguro; nuestro amor, el de nosotros ¡para quién existe!» En ese momento ya ni siquiera creía en él, no quedaba nada en ninguna parte.

No puedo más, pensó. Iba a sufrir nuevamente durante toda aquella noche, lo preveía, los escalofríos, la fiebre, las manos húmedas, los zumbidos de oído, estaba abrumada desde ese momento.

—¿Qué tal? —le dijo a Francisca—. Estás espléndida.

Estaba verdaderamente guapa esa noche; se había puesto una gran peineta en el pelo y brillaban sobre su vestido bordados atrevidos; muchas miradas se volvían hacia ella sin que pareciera advertirlo. Era una alegría sentirse la amiga de esa mujer brillante y serena.

—Tú también estás muy bonita —dijo Francisca—. Ese vestido te queda tan bien.

—Es un vestido viejo —dijo Isabel.

Se sentó a la derecha de Francisca. A la izquierda estaba Javiera, insignificante con su vestidito azul. Isabel arrugó entre sus dedos la tela de su falda. Poseer pocas cosas pero cosas finas había sido siempre su principio.

Si tuviera dinero, sabría vestirme, pensó. Miró con un poco menos de sufrimiento la nuca cuidada de Susana; Susana pertenecía a la raza de las víctimas; aceptaba cualquier cosa de Claudio; nosotras somos de otra "raza"; ellas eran fuertes y libres, vivían su propia vida; las torturas del amor, Isabel no las rechazaba por generosidad, pero no tenía necesidad de Claudio, no era una mujer vieja. Le diré suavemente, firmemente: Lo he pensado, Claudio, mira, creo que debemos poner nuestras relaciones en otro plano.

—¿Viste a Marchand y a Saltrel? —dijo Francisca—. En la tercera fila a la izquierda. Saltrel ya está tosiendo, toma impulso; Castier espera que se levante el telón para sacar su escupidera; sabes que se pasea siempre con una escupidera, una cajita muy linda.

Isabel lanzó una mirada sobre los críticos, pero no tenía ánimos para divertirse. Evidentemente, Francisca estaba ocupada por completo por el éxito de la obra; era natural, no se podía esperar ningún auxilio de ella.

La araña se apagó y tres golpes metálicos resonaron en medio del silencio. Isabel sintió que se ablandaba. Si por lo menos el espectáculo pudiera apoderarse de mí, pensó; pero lo conocía de memoria. El decorado era bonito, los trajes también; estoy segura de que yo lo haría por lo menos igualmente bien, pero Pedro es como los padres, nunca toma en serio a la gente de la familia, tendría que ver mis dibujos sin saber que son míos. No tengo posición social; es gracioso, siempre hay que deslumbrarlos. Si Pedro no me tratara como a una hermanita desdeñable, yo le parecería a Claudio alguien importante y peligroso.

—Calpurnia, cuide de colocarse al paso de Antonio...

Pedro, en Julio César, tenía verdaderamente un aspecto formidable; había mil cosas que pensar de su trabajo.

—Es el actor más grande de la época —se dijo Isabel.

Guimiot entraba en el escenario corriendo, y ella le miró con un poco de aprensión: dos veces en el curso de los ensayos había hecho caer el busto de César; cruzó fogosamente la escena y dio vuelta alrededor del busto sin engancharlo; llevaba un látigo en la mano, estaba casi desnudo, no tenía más que un paño de seda atado alrededor de las caderas.

Está bien formado, se dijo Isabel sin conseguir emocionarse; era agradabilísimo hacer el amor con él, pero después no se le recordaba más; era liviano como pechuga de pollo: Claudio...

Estoy agotada, pensó. Ya no puedo prestar atención.

Se esforzó por mirar la escena. Canzetti estaba bonita con ese espeso flequillo sobre la frente. Guimiot pretende que Pedro ya no se ocupa mucho de ella y que ella anda detrás de Tedesco; no lo sé, nunca me dicen nada. Examina a Francisca, su rostro no había cambiado desde que se alzó el telón; sus ojos estaban fijos en Pedro. ¡Qué duro era su perfil! Habría que verla en la ternura, en el amor, pero a lo mejor era capaz de conservar su aire olímpico. Tenía suerte de poder absorberse así en el instante presente; todas esas personas tenían suerte. Isabel se sintió perdida en medio de ese público dócil que se dejaba llenar de imágenes y de palabras; en ella nada penetraba, el espectáculo no existía, no había sino minutos que se desgranaban lentamente; el día había transcurrido a la espera de esas horas, y esas horas transcurrían en el vacío, ya no eran, a su vez, más que una espera. Cuando Claudio estuviera frente a ella, Isabel sabía que aún esperaría, esperaría la promesa, la amenaza que matizaría de esperanza o de horror la espera de mañana; era una carrera sin meta, estaba indefinidamente lanzada hacia el porvenir; en cuanto se convertía en presente había que huir; mientras Susana continuara siendo la mujer de Claudio, el presente sería inaceptable.

Los aplausos restallaron. Francisca se levantó, tenía los pómulos levemente rosados.

—Tedesco no fracasó, todo ha pasado —dijo con agitación—; voy a ver a Pedro; por favor, es mejor que vengas en el próximo entreacto; en éste tenemos muchísima prisa.

Isabel también se levantó.

—Podríamos ir a los pasillos —le dijo a Javiera—. Oiremos los comentarios de la gente, es divertido.

Javiera la siguió dócilmente. ¿Qué podría decirle?, se preguntó Isabel. No encontraba nada simpático.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias —dijo Javiera. Isabel le dio fuego.

—¿Le gusta la obra?

—Me gusta —dijo Javiera.

¡Con qué calor la había defendido Pedro el otro día! Siempre estaba dispuesto a creer en una extraña; pero esta vez no tenía buen gusto.

—¿Le gustaría trabajar en el teatro? —preguntó Isabel.

Buscaba la pregunta crucial, la pregunta que arrancaría a Javiera una respuesta según la cual se la pudiera clasificar definitivamente.

—Nunca lo he pensado —dijo Javiera.

Sin duda, cuando hablaba con Francisca, empleaba otro tono y otro rostro; pero nunca los amigos de Francisca se mostraban ante Isabel tales como eran.

—¿Qué es lo que le interesa en la vida? —dijo Isabel a quemarropa.

—Todo me interesa —respondió Javiera con cortesía. Isabel se preguntó si Francisca le había hablado de ella. ¿Qué decían de ella a sus espaldas?

—¿No tiene preferencias?

—No creo —dijo Javiera.

Aspiraba el humo de su cigarrillo con aire aplicado. Había guardado bien su secreto; todos los secretos de Francisca estaban bien guardados. En el otro extremo del pasillo, Claudio le sonreía a Susana; había en su rostro una ternura servil.

La misma sonrisa que conmigo, pensó Isabel, y un odio violento se le subió al corazón. Sin dulzura, le hablaría sin dulzura. Apoyaría la cabeza sobre los almohadones y se echaría a reír con una risa áspera.

Repercutió la llamada de la campanilla; Isabel se miró en un espejo, vio su pelo rojizo, su boca amarga; había en ella algo amargo y fulgurante; su resolución estaba tomada, esa noche sería decisiva. Tan pronto estaba harto de Susana, tan pronto estaba lleno de una piedad idiota, no terminaba de desprenderse de ella. La sala quedó a oscuras; una imagen cruzó por la mente de Isabel, un revólver, un puñal, un frasco con una calavera; matar. ¿A Claudio? ¿A Susana? ¿A mí? Poco importaba, ese sombrío deseo de asesinato hinchaba poderosamente el corazón. Suspiró, ya no estaba en la edad de las locas violencias, sería demasiado fácil. No. Lo que hacía falta era tenerle algún tiempo a distancia, a distancia sus labios, su aliento, sus manos; los deseaba tanto, se ahogaba de deseo. Allí, en la escena, asesinaban a César; Pedro corría titubeando a través del Senado; y a mí me están asesinando de verdad, pensó desesperada. Era insultante toda esa vana agitación en medio de sus decorados de cartón, mientras ella sudaba su agonía en su carne, con su sangre, sin esperanza de resurrección.

Por más que Isabel paseara largo rato por el bulevar Montparnasse, no serían más que las doce y veinticinco cuando entró en el Pôle Nord; nunca conseguía llegar deliberadamente con retraso; y, sin embargo, estaba segura de que Claudio no sería puntual; Susana lo retenía a propósito junto a ella y contaba cada minuto como una pequeña victoria. Isabel encendió un cigarrillo; no tenía tantas ganas de que Claudio estuviera allí, pero la idea de su presencia en otra parte era insoportable.

Sintió que se le encogía el corazón. Cada vez era lo mismo; cuando le veía aparecer en carne y hueso, se sentía presa de angustia. Él estaba allí, tenía la felicidad de Isabel entre sus manos y avanzaba con indiferencia, sin sospechar que cada uno de sus gestos era una amenaza.

—Estoy tan contento de verte —dijo Claudio—. ¡Por fin una larga noche para nosotros! —Sonreía solícito—. ¿Qué estás tomando? ¿Es aquavita? Conozco esa cosa, es infecta. A mí déme gin fizz.

—Estás contento, pero no abusas de tus placeres —observó Isabel—. Ya es la una.

—Una menos siete, querida.

—La una menos siete, si quieres —admitió ella encogiéndose levemente de hombros.

—Bien sabes que no es mi culpa —dijo Claudio.

—Naturalmente —asintió Isabel. Claudio se ensombreció.

—Por favor, chiquitilla, no pongas esa cara fea. Susana me despidió con una cara siniestra; si tú también te pones a rabiar, es el fin de todo. Me alegraba tanto volver a encontrarme con tu linda sonrisa.

—No sonrío todo el tiempo —dijo Isabel, herida. Claudio era a veces de una inconsciencia que anonadaba.

—Es una lástima, te sienta tan bien —dijo Claudio; encendió un cigarrillo y miró a su alrededor con benevolencia—. No se está mal aquí, es un poquito triste este lugar, ¿no te parece?

—Ya me dijiste eso el otro día. Por una vez que te veo, prefiero que no haya una muchedumbre a nuestro alrededor.

—No seas mala —dijo Claudio; colocó su mano sobre la mano de Isabel, pero parecía fastidiado; ella retiró su mano al cabo de un segundo; era un comienzo inhábil; una gran explicación no debía empezar con triquiñuelas mezquinas.

—En conjunto fue un éxito —dijo Claudio—, pero no conseguí que ni por un minuto se apoderara de mí. Me parece que Labrousse no sabe exactamente lo que quiere, vacila entre una estilización total y un puro y simple realismo.

—Precisamente lo que quiere es ese matiz de transposición —dijo Isabel.

—Pero no, no es un matiz especial —dijo Claudio en tono cortante—, es una seguidilla de contradicciones. El asesinato de César se parecía a un ballet fúnebre, y cuando Bruto velaba bajo la tienda uno se sentía retroceder hasta los tiempos del teatro libre.

Claudio equivocaba la dirección, Isabel no le permitía resolver así los problemas; se sintió satisfecha porque la respuesta acudió fácilmente a sus labios.

—Eso depende de las situaciones —dijo con viveza—. Un asesinato exige ser transpuesto, de lo contrario se cae en un estilo grand guignol, y una escena fantástica debe ser dada en la forma más realista posible, por contraste; es bien evidente.

—Es lo que yo digo, no hay ninguna unidad; la estética de Labrousse es apenas un cierto oportunismo.

—En absoluto —negó Isabel—; evidentemente se basa en el texto; eres asombroso, otras veces le reprochas que tome la mise en scène como un fin en sí mismo, decidete.

—Es él quien no se decide —dijo Claudio—, hasta me gustaría que realizara su famoso proyecto de exhibir una obra él mismo; quizás entonces supiéramos a qué atenernos.

—Tengo curiosidad de ver eso. Sinceramente, sabes, admiro mucho a Labrousse, pero no le comprendo.

—Sin embargo, es fácil —dijo Isabel.

—Me gustaría que me lo explicaras —dijo Claudio.

Isabel golpeó largamente un cigarrillo contra la mesa; la estética de Pedro no tenía misterio para ella, hasta se inspiraba en ella para su pintura, pero las palabras le faltaban. Volvió a ver ese cuadro del Tintoretto que a Pedro le gustaba tanto, le había explicado muchas cosas sobre las actitudes de los personajes, no se acordaba exactamente qué; pensó en dibujos de Durero, en una función de títeres, en los ballets rusos, en viejas películas mudas, la idea estaba ahí, conocida, evidente, era muy mortificante.

—Evidentemente no es muy sencillo pegarle un rótulo: realismo, impresionismo, verismo; si eso es lo que tú quieres —dijo.

—¿Por qué eres gratuitamente hiriente? —le reprochó Claudio—. No estoy acostumbrado a ese vocabulario.

—Perdón, fuiste tú quien pronunció las palabras de estilización, de oportunismo; pero no te defiendas; tiene mucha gracia ese cuidado tuyo de no hablar como un profesor.

Claudio temía por encima de todo delatar al universitario; había que ser justo, nadie parecía menos académico que él.

—Te juro que por ese lado no me siento en peligro —dijo secamente—. Eres tú quien trae a las conversaciones una especie de pesadez alemana.

—Pesadez... —dijo Isabel—. Ya lo sé, me tachas de pedante cada vez que te contradigo. Eres fantástico; no puedes soportar la contradicción; lo que entiendes por colaboración intelectual es una aprobación ciega de todas tus opiniones; pídele eso a Susana, pero no a mí; tengo la desgracia de tener un cerebro y de pretender usarlo.

—¡Ya está! En seguida la vehemencia —subrayó Claudio. Isabel se dominó; era odioso; siempre encontraba la manera de echarle a ella la culpa.

—Tal vez sea vehemente —dijo con una tranquilidad aplastante—, pero tú no te oyes hablar. Parece que te dirijas a tus alumnos.

—No vamos a pelear de nuevo —dijo Claudio conciliador.

Ella le miró con rencor; esa noche estaba totalmente resuelto a llenarla de felicidad, se sentía tierno y encantador y generoso; ya iba a ver. Tosió para aclararse la voz.

—Francamente, Claudio, ¿te parece que la experiencia de este mes ha sido feliz?

—¿Qué experiencia? —preguntó.

Una oleada de sangre subió a las mejillas de Isabel y su voz tembló un poco.

—Si hemos continuado nuestras relaciones después de la explicación del mes pasado, era a título de experiencia, ¿lo has olvidado?

—Ah... sí... —dijo Claudio.

No había tomado en serio la idea de una ruptura; naturalmente ella había perdido todo acostándose con él aquella misma noche. Se quedó un momento desconcertada.

—Y bien, creo que llego a la conclusión de que la situación es imposible —dijo.

—¿Imposible? ¿Por qué bruscamente imposible? ¿Qué ha pasado de nuevo?

—Precisamente, nada —dijo Isabel.

—Entonces, explícate; no comprendo.

Ella vaciló; evidentemente, él nunca había hablado de separarse un día de su mujer, nunca había prometido nada, en un sentido era inatacable.

—¿Verdaderamente estás contento así? —dijo Isabel—. Yo colocaba nuestro amor más alto. ¿Qué intimidad tenemos? Nos vemos en los restaurantes, en los bares o en la cama. Son encuentros; yo quería una vida en común contigo.

—Estás delirando, querida —dijo Claudio—. ¿Que no hay intimidad entre nosotros? Pero si no hay uno solo de mis pensamientos que no comparta contigo; me comprendes tan maravillosamente.

—Sí, tengo lo mejor de ti mismo —dijo Isabel bruscamente—. En el fondo, mira, debimos habernos limitado a lo que tú llamabas hace dos años una amistad ideológica; mi error fue quererte.

—Pero yo te quiero —dijo Claudio.

—Sí —asintió ella. Era irritante, no se le podía hacer ningún reproche preciso, o entonces había que caer en los reproches mezquinos.

—¿Entonces? —dijo Claudio.

—Entonces, nada —dijo Isabel. Había puesto una tristeza infinita en esas dos palabras, pero Claudio no quiso advertirlo; lanzó a su alrededor una mirada sonriente; estaba aliviado y ya dispuesto a cambiar de tema cuando ella se apresuró a agregar:

—Eres tan simple en el fondo; nunca te has dado cuenta de que yo no era feliz.

—Te atormentas porque quieres —dijo Claudio.

—Quizá te quiero demasiado —dijo Isabel soñadora—. Quise darte más de lo que podías recibir. Y si uno es sincero, dar es una manera de exigir. Todo es culpa mía, creo.

—No vamos a volver a poner nuestro amor sobre el tapete cada vez que nos vemos —dijo Claudio—. Estas conversaciones me parecen francamente ociosas.

Isabel lo miró con rabia; él ni siquiera era capaz de sentir esa lucidez patética que la hacía en ese momento tan conmovedora; ¿de qué servía eso? Bruscamente se sintió de nuevo cínica y dura.

—No tengas miedo; no volveremos a poner nuestro amor sobre el tapete —dijo—. Eso es precisamente lo que quería decirte; en adelante nuestras relaciones se mantendrán en otro plano.

—¿Qué plano? ¿En qué plano están? —Claudio parecía muy fastidiado.

—Sólo puedo tener contigo una amistad tranquila —dijo ella—. Yo también estoy cansada de estas complicaciones. Pero no creía poder dejar de quererte.

—¿Has dejado de quererme? —dijo Claudio incrédulo.

—¿Te parece verdaderamente tan extraordinario? —preguntó Isabel—. Compréndeme, siempre te querré mucho; pero ya no esperaré nada de ti y, por mi parte, recobraré mi libertad. ¿No es mejor así?

—Estás divagando —dijo Claudio. El rostro de Isabel se puso rojo.

—¡Pero eres increíble! ¡Te digo que ya no estoy enamorada de ti! Un sentimiento puede cambiar; ni siquiera te diste cuenta de que yo había cambiado.

Claudio la miró con perplejidad.

—¿Cuándo dejaste de quererme? Decías hace un rato que me querías demasiado.

—Te he querido demasiado antes. —Vaciló—. No sé muy bien cómo he llegado a esto, pero es un hecho; ya no es como antes. Por ejemplo... —agregó muy rápido con una voz un poco ahogada—: Antes nunca hubiera podido acostarme con otro que contigo.

—¿Te acuestas con un tipo?

—¿Te fastidia?

—¿Quién es? —inquirió Claudio con curiosidad.

—No vale la pena, no me crees.

—Si fuera verdad, habrías sido bastante leal para advertirme —dijo él.

—Es lo que estoy haciendo —dijo Isabel—. Te advierto. ¡No pretenderás que fuera a consultarte!

—¿Quién es? —repitió Claudio.

El rostro se le había alterado e Isabel, de pronto, tuvo miedo; si él sufría, ella también iba a sufrir.

—Guimiot —dijo con voz insegura—. Sabes, el corredor desnudo del primer acto.

Estaba dicho; era irreparable; por más que negara, Claudio no creería en sus desmentidos. Ni siquiera tenía tiempo para reflexionar; tenía que ir hacia adelante, a ciegas; en la sombra algo horrible la amenazaba.

—No tienes mal gusto —dijo Claudio—. ¿Cuándo lo conociste?

—Hace unos diez días. Se enamoró locamente de mí.

El rostro de Claudio continuaba impenetrable. A menudo se había mostrado suspicaz y celoso, pero no lo había confesado nunca. Se haría cortar en pedazos antes de formular un reproche; no era tranquilizador.

—Después de todo es una solución —observó—. A menudo he pensado que era una lástima para un artista limitarse a una sola mujer.

—Ganarás pronto el tiempo perdido —dijo Isabel—. Mira la Chanaux, esa chiquilla, no pide otra cosa que caer en tus brazos.

—La Chanaux. —Claudio hizo una mueca—. Me gustaría más Juana Harbley.

—Se defiende —dijo Isabel.

Apretó el pañuelo entre sus manos húmedas; ahora conocía el peligro y era demasiado tarde, ya no había manera de retroceder. Sólo había pensado en Susana; estaban todas las demás mujeres, mujeres jóvenes y bellas que querían a Claudio y que sabrían hacerse querer.

—¿No crees que tendría posibilidades? —dijo Claudio.

—Sin duda no le disgustas.

Era una locura, estaba haciéndose la fuerte y cada palabra que decía la hundía más adentro. Si al menos pudieran abandonar ese tono de bromas. Tragó saliva y dijo con esfuerzo:

—No querría que pensaras que no fui franca, Claudio. El la miró con fijeza; ella se ruborizó, ya no sabía cómo seguir.

—Fue una verdadera sorpresa; siempre pensé decírtelo.

Si seguía mirándola así, iba a echarse a llorar, no debía hacerlo a ningún precio, sería una cobardía, no debía luchar con armas de mujer. Sin embargo, eso simplificaría todo; él pondría un brazo alrededor de sus hombros, ella se desmoronaría contra él y la pesadilla acabaría.

—Me has mentido durante diez días —dijo Claudio—. Yo no hubiera soportado mentirte una hora. Colocaba lo nuestro tan alto.

Había hablado con una triste dignidad de justiciero e Isabel tuvo un gesto de rebelión.

—Pero no fuiste leal conmigo —dijo—. Me prometiste lo mejor de tu vida y nunca te tuve para mí. No dejaste de pertenecer a Susana.

—No vas a reprocharme que haya sido correcto con Susana —dijo Claudio—. La piedad, la gratitud únicamente me dictaron mi conducta hacia ella, bien lo sabes.

—No sé nada. Sé que no la dejarías por mí.

—Eso nunca se planteó —dijo Claudio.

—¿Y si yo lo planteara?

—El momento que elegirías sería un poco raro —observó con dureza.

Isabel calló; nunca hubiera debido hablar de Susana; ya no tenía ningún dominio sobre sí misma; él se aprovechaba; ella le veía al desnudo, débil, egoísta, interesado, lleno de amor propio mezquino; conocía sus culpas y con una mala fe implacable quería imponer una imagen de él sin defectos; era incapaz del menor impulso generoso o sincero: le aborrecía.

—Susana es útil para tu carrera —dijo—. Tu obra, tu pensamiento, tu carrera. Nunca has pensado en mí.

—Qué bajeza —dijo Claudio—, ¿Soy un advenedizo yo? Si crees eso, ¿cómo has podido quererme alguna vez?

Se oyó una carcajada y sobre las losas negras sonó un ruido de pasos. Francisca y Pedro le daban el brazo a Javiera y los tres parecían alegres.

—¡Qué pequeño es el mundo! —comentó Francisca.

—Es un lugar simpático —dijo Isabel. Hubiera querido ocultar su rostro; le parecía que su piel estaba tensa, a punto de resquebrajarse, y tirante bajo los ojos, alrededor de la boca y en el interior, la carne estaba toda hinchada—. ¿Entonces echaron a los importantes ?

—Sí, salimos más o menos bien del paso —dijo Francisca.

¿Por qué Gerbert no estaba con ellos? ¿Pedro desconfiaba de su encanto? ¿O Francisca temía el encanto de Javiera? Javiera sonreía sin decir nada, con un aire angelical y cerrado.

—El éxito es seguro —dijo Claudio—. La crítica será sin duda severa, pero el público ha reaccionado admirablemente.

—Salió bastante bien —dijo Pedro. Sonrió cordialmente—. Tendremos que vernos un día de estos, ahora vamos a tener un poco más de tiempo.

—Sí, quiero hablarle de varias cosas —dijo Claudio.

De pronto, Isabel tuvo una visión de dolor; vio su estudio vacío donde ya no esperaría ninguna llamada de teléfono, su casillero vacío en la portería, el restaurante vacío, las calles vacías. Era imposible, no quería perderle; débil, egoísta, detestable, no tenía importancia, necesitaba de él para vivir; aceptaría cualquier cosa por conservarle.

—No, no haga ningún trámite con Berger antes de haber tenido la respuesta de Nanteuil —decía Pedro—, sería poco político. Pero estoy seguro de que le interesará mucho.

—Llame por teléfono una de estas tardes —dijo Francisca—. Quedaremos para vernos.

Desaparecieron en el fondo de la sala.

—Pongámonos aquí, parece una capillita —dijo Javiera. Esa voz demasiado suave crispaba los nervios como el crujido de la uña sobre la seda.

—Es guapa la chiquilla —dijo Claudio—. ¿Es el nuevo amor de Labrousse?

—Supongo. Para él, que detesta tanto hacerse notar, hicieron una entrada más bien ruidosa.

Hubo un silencio.

—No nos quedemos aquí —propuso Isabel nerviosamente—. Es odioso sentirles a nuestra espalda.

—No se ocupan de nosotros —dijo Claudio.

—Toda esa gente es odiosa —repitió Isabel. Su voz se quebró; las lágrimas subían, ya no podía retenerlas mucho tiempo—. Vamos a casa —insistió.

—Como quieras —dijo Claudio. Llamó al camarero e Isabel se puso el abrigo ante el espejo. Su rostro estaba descompuesto. En el fondo del espejo les vio; Javiera hablaba; hacía gestos con las manos y Francisca y Pedro la miraban con aire encantado. Era demasiada ligereza; podían desperdiciar su tiempo con cualquier idiota y frente a Isabel eran ciegos y sordos. Si hubieran aceptado introducirla con Claudio en su intimidad, si hubieran aceptado Partición... Era culpa de ellos. La desesperación sacudía a Isabel de pies a cabeza, se ahogaba. Eran felices, reían, ¿serían felices así eternamente, con esa perfección aplastante? ¿Un día no bajarían ellos también hasta el fondo de ese infierno sórdido? Esperar temblando, pedir socorro en vano, suplicar, estar solo en las nostalgias, la angustia y un asco infinito de

sí mismo. Tan seguros de ellos, tan orgullosos, tan invulnerables. ¿No se encontraría alguna manera de hacerles daño si se les espiaba bien?

En silencio, Isabel subió al coche de Claudio; no cambiaron una palabra hasta llegar a la puerta.

—No creo que nos quede nada que decirnos —dijo Claudio cuando hubo detenido el coche.

—No podemos separarnos así —dijo Isabel—. Sube un minuto.

—¿Para qué? —preguntó Claudio.

—Sube. No nos hemos explicado —dijo Isabel.

—Ya no me quieres, piensas de mí cosas hirientes, no hay nada que explicar —objetó Claudio.

Era simplemente una extorsión, pero no era posible dejarle ir, ¿cuándo volvería?

—Te quiero, Claudio —dijo Isabel. Esas palabras le llenaron los ojos de lágrimas; él la siguió. Ella subió la escalera sollozando, sin contenerse; titubeaba un poco, pero él no le dio el brazo. Cuando hubieron entrado en el estudio, Claudio se puso a caminar de una punta a la otra con aire sombrío.

—Eres libre de no quererme —dijo—, pero había entre nosotros algo más que amor y eso debías tratar de salvarlo. —Echó una mirada al diván—. ¿Te acostaste aquí con ese tipo?

Isabel se había dejado caer sobre un sillón.

—No creía que te importara, Claudio —explicó—, no quiero perderte por un lío semejante.

—No estoy celoso de un actorzuelo de mala muerte —dijo Claudio—, no estoy enojado de que me lo hayas dicho, debiste decírmelo antes. Y además, esta noche me has dicho cosas que hacen que hasta la amistad sea imposible entre nosotros.

Celoso, estaba bajamente celoso; ella le había herido en su orgullo de macho y él quería torturarla. Ella se daba cuenta, pero eso no cambiaba nada, esa voz cortante la torturaba.

—No quiero perderte —murmuró, y se puso a sollozar francamente.

Observar las reglas, jugar el juego con lealtad, era idiota, nadie lo agradecía. Uno creía que un día se revelarían todos los dolores ocultos y todas las delicadezas y las luchas interiores y que él quedaría confundido de admiración y de remordimientos; pero no, todo era en vano.

—Sabes que no puedo más —dijo Claudio—, atravieso una crisis moral e intelectual que me agota, no tenía más apoyo que tú, y es el momento que has elegido.

—Eres injusto, Claudio —quejóse ella débilmente. Sus sollozos aumentaron; era una fuerza que la arrastraba con tanta violencia, que la dignidad, la vergüenza ya no eran sino palabras fútiles, se podía decir cualquier cosa—. Te quería demasiado, Claudio —dijo—, porque te quería demasiado quise liberarme de ti. —Ocultó el rostro entre las manos; esa confesión apasionada llamaba a Claudio junto a ella; que la tomara en sus brazos, que todo quedara borrado; ella no se quejaría nunca más.

Alzó la cabeza, él estaba apoyado contra la pared, la comisura de sus labios temblaba nerviosamente.

—Dime algo —dijo ella. Él miraba el diván con aire perverso, era fácil adivinar lo que veía. Ella no debió traerle aquí, las imágenes estaban demasiado presentes.

—Deja de llorar —dijo—, si te has entregado a ese invertido es porque tuviste ganas; sin duda encontraste lo que buscabas.

Isabel se detuvo sofocada; le parecía haber recibido un puñetazo en medio del pecho. No podía soportar la grosería, era una cosa física.

—Te prohíbo hablarme en ese tono —acotó con violencia.

—Lo haré en el tono que se me antoje —dijo Claudio alzando la voz—. Me parece formidable que vengas ahora a hacerte la víctima.

—No grites —dijo Isabel; temblaba, le parecía oír a su abuelo cuando las venas de la frente se le ponían enormes y violetas—. No soportaré que grites.

Claudio dio un puntapié a la chimenea.

—¿Querrías que te tomara las manos?

—No grites —dijo Isabel con voz más sorda: sus dientes empezaban a castañetear, el ataque de nervios se acercaba.

—No grito, me voy. —Antes de que ella hubiera hecho un gesto, estaba afuera. Isabel se precipitó al descansillo.

—Claudio —llamó—, Claudio.

No volvió la cabeza, lo vio desaparecer y la cancela se cerró. Ella entró en el estudio y empezó a desvestirse; ya no temblaba. Su cabeza estaba toda hinchada de agua y de noche; se hacía enorme y tan pesada que la arrastraba hacia el abismo; el sueño o la muerte o la locura, un abismo sin fondo donde iba a perderse para siempre. Se dejó caer sobre la cama.

Cuando Isabel abrió los ojos, el cuarto estaba lleno de luz; tenía en la boca un gusto amargo; no se movió. En el ardor de sus párpados, en el tímido zumbido de sus sienes, asomaba un sufrimiento, pero todavía nublado por la fiebre y el sueño; si por lo menos consiguiera volver a dormirse hasta el día siguiente. No resolver nada, no pensar. ¿Cuánto tiempo iba a permanecer hundida en ese entorpecimiento clemente? Hacerse la muerta; pero ya hacía falta un esfuerzo para contraer los párpados y no ver nada; se enrolló más estrechamente entre las sábanas tibias, de nuevo se deslizaba hacia el olvido, cuando sonó un campanillazo.

Saltó de la cama y su corazón se puso a latir con violencia. ¿Ya era Claudio? ¿Qué iba a decir ella? Lanzó una mirada al espejo, no tenía un aspecto demasiado estragado, pero le faltaba tiempo para elegir su actitud. Por un instante tuvo ganas de no abrir, él la creería muerta o desaparecida, tendría miedo; aguzó el oído. No se oía ni un soplo del otro lado de la puerta; quizá él ya había girado sobre sí mismo, lentamente; bajaba la escalera; ella iba a quedarse sola, despierta y sola. Se precipitó sobre la puerta y la abrió. Era Guimiot.

—¿Molesto? —preguntó con una sonrisa.

—No, entre —dijo Isabel. Lo miraba con una especie de horror.

—¿Qué hora es?

—Las doce, creo. ¿Dormía?

—Sí —Isabel estiró las mantas y palmoteó la cama; a pesar de todo era mejor que alguien estuviera ahí—. Déme un cigarrillo —dijo—, y siéntese.

La ponía nerviosa verlo pasearse como un gato entre los muebles; le gustaba jugar con su cuerpo, caminaba con movimientos ágiles y felinos, tenía ademanes graciosos y abusaba de ellos.

—Vengo de paso, no quiero molestarla —dijo. También abusaba de su sonrisa, una leve sonrisa que le plegaba los ojos—. Es una lástima que no pudiera venir anoche, tomamos champaña hasta las cinco de la mañana. Mis amigos me dijeron que yo había causado sensación. ¿Qué pensó Labrousse?

—Estaba muy bien —dijo Isabel.

—Parece que Roseland quiere conocerme. Dijo que tenía una cara muy interesante. Pronto va a estrenar una nueva obra.

—¿Le parece que es su cara lo que le interesa? —preguntó Isabel. Roseland no ocultaba sus costumbres.

Guimiot acarició uno tras otro sus labios húmedos; sus labios, sus ojos de un azul líquido, todo su rostro evocaba una primavera húmeda.

—¿Acaso mi cara no es interesante? —dijo con coquetería. Un invertido con alma de gigolo, eso era Guimiot.

—¿No hay algo que comer por aquí?

—Vaya a ver a la cocina —dijo Isabel. La comida, el techo y el resto, pensó con dureza. Siempre sacaba algo de sus visitas: una comida, una corbata, un poco de dinero que pedía prestado y nunca devolvía. Hoy eso no la hacía sonreír.

—¿Quiere huevos pasados por agua? —gritó Guimiot.

—No, no quiero nada. —De la cocina llegaba un ruido de agua, de cacerolas y de vajilla. Ni siquiera tenía valor para echarlo; cuando se hubiera ido, habría que pensar.

—Encontré un poco de vino —dijo Guimiot; colocó en una punta de la mesa un plato, un vaso y un cubierto—. No hay pan, pero haré los huevos pasados por agua; los huevos pasados por agua se pueden comer sin pan, ¿no es cierto?

Se sentó sobre la mesa y empezó a balancear las piernas.

—Mis amigos dijeron que era una lástima que yo tuviera un papel tan insignificante. ¿Usted no cree que Labrousse podría confiarme por lo menos una suplencia?

—Le hablé de eso a Francisca Miquel —dijo Isabel. Su cigarrillo tenía un gusto amargo y la cabeza le dolía. Parecía el despertar de una borrachera.

—¿Qué contestó?

—Que ya verían.

—La gente siempre dice que ya verá —afirmó Guimiot con aire sentencioso—. Es difícil la vida. — Dio un salto hasta la puerta de la cocina—. Creo que oigo hervir el agua.

Anduvo detrás de mí porque yo era la hermana de Labrousse, pensó Isabel; no era una cosa nueva, lo había sabido durante esos diez días; pero ahora se lo decía con palabras; agregó: No me importa. Le miró sin simpatía colocar la cacerola sobre la mesa y abrir un huevo con movimientos medidos.

—Una señora gorda, muy vieja y muy elegante quiso llevarme anoche en coche a mi casa.

—¿Una rubia con un montón de bucles? —dijo Isabel.

—Sí. Yo no quise a causa de mis amigos. Parecía conocer a Labrousse.

—Es tía nuestra —dijo Isabel—. ¿Adonde fue a cenar con sus amigos?

—Al Topsy, y después me llevaron a Montparnasse. Encontramos en el mostrador del Dôme al regidor que estaba completamente borracho.

—¿Gerbert? ¿Con quién estaba?

—Con Tedesco y esa chica Canzetti y Sazelat y otro más. Creo que Canzetti se fue con Tedesco. —Rompió otro huevo— ¿Le gustan los hombres al regidor?

—No, que yo sepa —dijo Isabel—. Si le hizo insinuaciones fue porque estaba completamente borracho.

—No me hizo insinuaciones —dijo Guimiot con aire disgustado—. Mis amigos le encontraban tan buen mozo. —Le sonrió a Isabel con una intimidad repentina—. ¿Por qué no comes?

—No tengo hambre —dijo Isabel. No podía durar mucho tiempo, pronto iba a sufrir, lo sentía.

—Es bonito esto —dijo Guimiot rozando con mano femenina la seda del pijama; la mano se hizo suavemente insistente.

—No, deja —dijo Isabel con fatiga.

—¿Por qué? ¿Ya no te gusta? —preguntó Guimiot. El tono sugería una complicidad crapulosa, pero Isabel no insistió más; él la besaba en la nuca, detrás de la oreja, con unos besitos extraños, como si pastara. Siempre retardaría el momento en que habría que pensar.

—Qué fría estás —dijo con una especie de suspicacia; la mano se había deslizado bajo la tela y con los ojos entreabiertos la espía. Isabel abandonó su boca y cerró los ojos, no podía soportar esa mirada, una mirada de profesional; esos dedos expertos que sembraban sobre su cuerpo una lluvia de caricias aterciopeladas; sentía de pronto que eran dedos de especialista cuya ciencia era tan precisa como la de un masajista, un peluquero, un dentista; Guimiot cumplía a conciencia su trabajo de macho, ¿cómo podía ella aceptar esa complacencia irónica?

Hizo un movimiento para desprenderse, pero ya todo era tan pesado en ella y tan blando, que antes de haberse enderezado sintió el cuerpo desnudo de Guimiot contra el suyo. Esto también formaba parte de su oficio, esa soltura para desvestirse. Era un cuerpo fluido y tierno que se amoldaba demasiado fácilmente a su cuerpo. Los besos pesados, los duros abrazos de Claudio... Ella entreabrió los ojos. El placer arrugaba la boca de Guimiot y le daba ojos oblicuos; ahora sólo pensaba en sí mismo con una avidez de aprovechador. Ella volvió a cerrar los ojos, una humillación abrasadora la devoraba. No veía el momento de que eso acabara.

Con un ademán mimoso Guimiot colocó su mejilla contra el hombro de Isabel. Ella apoyó su cabeza contra la almohada. Pero sabía que no volvería a dormirse. Ahora ya estaba, no había más remedio; no se podía evitar sufrir.

V

—Tres cafés en taza —dijo Pedro.

—Qué terco es usted —observó Gerbert. El otro día, con Vuillemin, estuvimos midiendo: en los vasos cabe exactamente la misma cantidad que en las tazas.

—Después de la comida, el café debe tomarse en taza —dijo Pedro en un tono que no admitía réplica.

—Pretende que no tiene el mismo gusto —dijo Francisca.

—¡Es un soñador peligroso! —comentó Gerbert. Meditó un instante—. A lo sumo podríamos concederle que se enfría menos rápidamente en las tazas.

—¿Por qué va a enfriarse menos rápidamente?

—La superficie de evaporación es más reducida —dijo Pedro con aplomo.

—Ahí se equivoca —dijo Gerbert—. Lo que sucede es que la porcelana conserva mejor el calor.

Eran divertidos cuando debatían un fenómeno físico; era por lo general un hecho que inventaban de pies a cabeza.

—Se enfría exactamente igual —dijo Francisca.

—¿La oye? —dijo Pedro.

Gerbert se puso un dedo sobre los labios con una discreción afectada; Pedro meneó la cabeza con aire elocuente; era su mímica habitual para marcar una complicidad insolente; pero hoy esos gestos carecían de convicción. El almuerzo se había arrastrado sin alegría; Gerbert parecía apagado; había discutido largamente sobre las reivindicaciones italianas: era raro que la conversación se hundiera en tales generalidades.

—¿Leyó la crítica de Soudet esta mañana? —preguntó Francisca—. No teme nada: sostiene que traducir un texto íntegramente es traicionarlo.

—Viejos chochos —dijo Gerbert—. No se atreven a confesar que lo que les aburre es Shakespeare.

—No importa, tenemos a nuestro favor la crítica oral —acotó Francisca—. Es lo esencial.

—Nos hicieron saludar cinco veces anoche, las conté —dijo Gerbert.

—Estoy contenta —dijo Francisca—. Yo estaba segura de que se podía llegar a la gente sin hacer ninguna concesión. —Se volvió alegremente hacia Pedro—. Ahora es bien evidente que no eres solamente un teórico, un experimentador entre cuatro paredes, un esteta de camarilla. El muchacho del hotel me dijo que había llorado cuando te asesinaban.

—Siempre he pensado que era un poeta —dijo Pedro. Sonrió con cierta molestia; el entusiasmo de Francisca decayó. Al salir del ensayo general, cuatro días antes, Pedro estaba febril de placer y habían pasado con Javiera una noche exaltada; pero al día siguiente, ese sentimiento de triunfo había desaparecido. El era así: un fracaso le hubiera traspasado, pero el éxito no le parecía sino una etapa insignificante hacia tareas más difíciles que en seguida se proponía. Nunca caía en las flaquezas de la vanidad, pero ignoraba también la sana alegría del trabajo bien hecho. Interrogó a Gerbert con la mirada—: ¿Qué se dice en el clan Péclard?

—Oh, usted no está en la línea de ellos —dijo Gerbert—. Sabe, ellos están por el retorno a lo humano y a todas esas tonterías. Sin embargo, les gustaría saber qué es lo que usted puede dar exactamente.

Francisca estaba segura de no equivocarse; en la cordialidad de Gerbert había algo forzado.

—Estarán al acecho el año próximo, cuando presentes tu obra —dijo Francisca, y agregó alegremente—: Ahora, después del éxito de Julio César, estamos seguros de que el público te seguirá, es estupendo pensarlo.

—Estaría bien que publicara su libro al mismo tiempo —dijo Gerbert.

—Vas a ser más que un notable, vas a ser un verdadero triunfador —agregó Francisca.

Pedro sonrió.

—Si los cerdos no nos comen —dijo. Las palabras cayeron sobre Francisca como una ducha helada.

—¿No pensarás que vamos a pelear por Djiboutí? —dijo.

Pedro se encogió de hombros.

—Creo que nos hemos apresurado demasiado al regocijarnos en el momento de Munich; muchas cosas pueden ocurrir de aquí al año próximo.

Hubo un corto silencio.

—Estrene su obra en marzo —dijo Gerbert.

—Es un mal momento —objetó Francisca—, y además no estará lista.

—La cuestión no es dar mi obra, cueste lo que cueste —dijo Pedro—. Más bien se trata de saber en qué medida conserva un sentido dar obras de teatro.

Francisca lo miró con malestar; ocho días antes, cuando en el Pôle Nord se había comparado con un insecto testarudo, ella sólo había querido ver en eso una humorada; pero parecía que una verdadera inquietud hubiera nacido en él.

—Me decías en setiembre que aunque llegara la guerra, habría que seguir viviendo.

—Sin duda, ¿pero de qué manera? —Pedro se miró los dedos con aire vago—. Escribir, montar una obra, no puede ser un fin en sí mismo.

Estaba verdaderamente perplejo y Francisca casi se lo reprochaba. Tenía necesidad de poder creer tranquilamente en él.

—Por ese camino, ¿qué es un fin en sí mismo? —dijo.

—Por eso nada es sencillo —dijo Pedro. Su rostro había cobrado una expresión vaga y casi estúpida; tenía esa cara por la mañana, cuando, con los ojos enrojecidos de sueño, buscaba desesperadamente sus calcetines por la habitación.

—Las dos y media, les dejo —dijo Gerbert. Por lo general, nunca era el primero en irse; nada le gustaba tanto como los momentos que pasaba con Pedro.

—Javiera va a llegar tarde otra vez —dijo Francisca—. Es irritante. La tía quiere que lleguemos para el oportuno de inauguración, a las tres en punto.

—Va a morirse de aburrimiento —dijo Pedro—; deberíamos habernos encontrado después con ella.

—Quiere ver cómo es una inauguración —manifestó Francisca—. No sé qué se imagina.

—¡Van a reirse! —dijo Gerbert.

—Es un protegido de la tía —dijo Francisca—, no se puede evitar. Ya falté al último cocktail y eso no cayó bien. Gerbert se levantó y le hizo un saludito a Pedro.

—Hasta esta noche.

—Hasta pronto —dijo Francisca con calor. Le miró alejarse con su gran abrigo que le golpeaba los talones, un viejo abrigo de Péclard—. Ha trabajado mucho—.

—Es encantador, pero no tenemos mucho que decirnos.

—Nunca pasa esto, le encontré más bien deprimido. Quizás sea porque lo dejamos solo el viernes por la noche, pero era plausible que quisiéramos ir a acostarnos en seguida, estábamos agotados.

—A menos que alguien nos haya visto —dijo Pedro.

—Nos sumergimos en el Pôle Nord y de allí nos metimos en un taxi; sólo podría ser Isabel, pero la previene. —Francisca se pasó la mano por la nuca y se alisó el pelo—. Sería una lástima —dijo—. No tanto el hecho por sí mismo, sino la mentira, le heriría terriblemente.

Gerbert había conservado de su adolescencia una susceptibilidad un poco enfermiza; temía por encima de todo ser inoportuno. Pedro era la única persona en el mundo que contaba verdaderamente en su vida; aceptaba con gusto tener obligaciones hacia él; pero con la condición de no sentir que Pedro se ocupaba de él por una especie de deber.

—No, no hay ninguna posibilidad. Por otra parte, anoche todavía estaba alegre y cordial.

—Tal vez tenga disgustos —dijo Francisca. La entristecía que Gerbert estuviera triste y ella no pudiera hacer nada por él; le gustaba saberle dichoso; le encantaba esa vida regular y agradable que llevaba. Trabajaba con gusto y éxito; tenía camaradas cuyos talentos diversos le fascinaban: Mollier, que tocaba tan bien el banjo; Barrisson, que hablaba un argot impecable; Castier, que aguantaba sin dificultad seis pernodes; a menudo, de noche, en los cafés de Montparnasse se ejercitaba con ellos en resistir los pernodes: él se desenvolvía mejor en el banjo. El resto del tiempo le gustaba estar solo: iba al cine, leía, paseaba por París acariciando sueños modestos y obstinados.

—¿Qué hace esa chica que no llega? —dijo Pedro.

—A lo mejor todavía duerme

—No creo, anoche cuando pasó por mi camerino, dijo que se haría despertar. Quizás esté enferma, pero en ese caso habría llamado por teléfono.

—Eso no, le tiene un miedo atroz al teléfono, le parece un instrumento maléfico. Me inclino a creer que se olvidó de la hora.

—Ella sólo olvida la hora por mala voluntad —dijo Pedro—, y no veo por qué puede haber cambiado de pronto de humor.

—Le ocurre cambiar sin razón.

—Siempre hay razones —dijo Pedro con un poco de nerviosismo—. A ti te ocurre no tratar de profundizar en ellas, eso sí. —El tono le resultó desagradable a Francisca; después de todo, ella no tenía la culpa.

—Vamos a buscarla.

—Le parecerá indiscreto —dijo Francisca. Quizá ella manejaba un poco a Javiera como un objeto mecánico, pero, por lo menos, trataba con miramiento los delicados engranajes. Era muy fastidioso molestar a la tía Cristina, pero, por otra parte, Javiera tomaría a mal que fueran a buscarla a su cuarto.

—Pero la incorrecta es ella —dijo Pedro. Francisca se levantó. Después de todo, podía ser que Javiera estuviera enferma. Desde su explicación con Pedro, ocho días antes, no había tenido ningún cambio de humor; la noche que habían pasado los tres el viernes último, después del ensayo, había sido una de alegría sin nubes.

El hotel estaba muy cerca y llegaron en un instante. Las tres; no quedaba un minuto que perder. Cuando Francisca se precipitaba a la escalera, la propietaria la llamó.

—Señorita Miquel, ¿va a ver a la señorita Pagés?

—Sí, ¿por qué? —dijo Francisca con un poco de altivez; esa vieja quejumbrosa no incomodaba demasiado, pero solía tener una curiosidad fuera de lugar.

—Quería decirle una palabra respecto a ella. —La vieja vacilaba en el umbral de la salita, pero Francisca no la siguió—. La señorita Pagés se quejó hace un rato de que su lavabo estuviera atascado; le hice observar que ella tiraba té, pedazos de algodón, aguas sucias. —Agregó—: ¡Su cuarto está tan desordenado! Hay colillas y huesos de fruta en todos los rincones y la colcha está quemada en todas partes.

—Si tiene alguna queja respecto a la señorita Pagés, diríjase a ella —repuso Francisca.

—Es lo que hice —dijo la propietaria—. Me declaró que no se quedaría aquí un día más; creo que hizo sus maletas. Usted comprende que no tengo dificultad para alquilar mis cuartos, todos los días tengo pedidos y me separaría con gusto de semejante inquilina; con la luz que deja encendida toda la noche, no sabe a qué precio me sale —agregó con aire condescendiente—. Pero como es una amiga de ustedes, yo no querría ponerla en una situación molesta; por eso quería decirle que si ella cambia de opinión, por mi parte no habrá ninguna dificultad.

Desde que Francisca estaba en la casa, la trataban con una solicitud muy particular. Llenaba a la mujer de entradas gratuitas y ella se sentía halagada; y, sobre todo, pagaba con toda regularidad su alquiler.

—Se lo diré —dijo Francisca—. Gracias. —Subió la escalera con decisión.

—No vamos a dejar que nos jorobe esa arpía —dijo Pedro—. Hay otros hoteles en Montparnasse.

—Estoy bien en éste —dijo Francisca. Era abrigado y estaba bien situado; a Francisca le gustaban su población abigarrada y los horribles papeles floreados.

—¿Llamamos? —preguntó Francisca con una leve vacilación. Pedro llamó; la puerta se abrió con una rapidez inesperada y Javiera apareció despeinada, roja, se había arremangado y su falda estaba cubierta de polvo.

—¡Ah! ¡Son ustedes! —dijo como quien cae de las nubes. Era inútil tratar de prever la acogida de Javiera, uno siempre se equivocaba. Francisca y Pedro estaban petrificados.

—¿Qué está haciendo? —dijo Pedro.

La garganta de Javiera se hinchó.

—Me mudo —dijo con aire trágico. El espectáculo era aterrador. Francisca pensó vagamente en tía Cristina, cuyos labios debían de empezar a fruncirse, pero todo parecía fútil al lado del cataclismo que devastaba el cuarto y el rostro de Javiera. Tres maletas se abrían en medio de la habitación; los roperos habían arrojado sobre el piso montones de ropa arrugada, de papeles, de objetos de tocador.

—¿Y espera terminar pronto? —dijo Pedro, que miraba con severidad el santuario hollado.

—¡No conseguiré terminar jamás! —se quejó Javiera; se dejó caer en un sillón y se apretó las sienes con los dedos—. Esa bruja...

—Acaba de hablarme —expresó Francisca—. Me dijo que se quedara esta noche si quería.

—¡Ah! —dijo Javiera; una esperanza cruzó por sus ojos y se apagó en seguida—. No, tengo que irme inmediatamente. Francisca se apiadó de ella.

—Pero no va a encontrar cuarto esta misma noche.

—Por supuesto que no —respondió Javiera; bajó la cabeza y se quedó postrada un largo rato. Francisca y Pedro, como fascinados, contemplaban sin moverse la nuca dorada.

—Entonces deje todo esto —sugirió Francisca recobrando bruscamente la conciencia—. Mañana buscaremos juntas.

—¿Dejar esto? —dijo Javiera—. Pero no puedo vivir una hora en este farrago.

—Esta noche yo la ayudaré a poner orden —dijo Francisca. Javiera la miró con una gratitud quejumbrosa—. Mire, vaya a vestirse y espérenos en el Dôme. Nosotros corremos a la exposición y dentro de una hora y media estamos de vuelta.

Javiera se puso de pie de un salto y se agarró el pelo con ambas manos.

—¡Ah! Yo deseaba tanto ir. Estoy lista en diez minutos, no tengo más que pasarme el cepillo.

—La tía ya ha de estar echando chispas. Pedro se encogió de hombros.

—De todas maneras, ya perdimos el oporto —dijo con aire enojado—. No vale la pena llegar antes de las cinco.

—Como quieras —agregó Francisca—. Pero esto va a recaer de nuevo sobre mí.

—Después de todo, no te importa —dijo Pedro.

—Le darán su mejor sonrisa —dijo Javiera.

—Bueno —repuso Francisca—. Tú inventarás una excusa.

—Trataré —rezongó Pedro.

—Entonces, la esperamos en mi cuarto —dijo Francisca. Subieron la escalera.

—Es una tarde perdida —rezongó Pedro—. Ya no tendremos tiempo para ir a ninguna parte al salir de la exposición.

—Te dije que no era viable —dijo Francisca; se acercó al espejo; con ese peinado alto era difícil tener una nuca perfecta—. Con tal que no se obstine en mudarse.

—No tienes necesidad de seguirla —dijo Pedro. Parecía ofendido; estaba siempre tan sonriente con Francisca, que ella casi había terminado por olvidar que no tenía buen carácter; sin embargo, en el teatro, sus iras eran legendarias. Si tomaba el asunto como una injuria personal, la tarde iba a ser áspera.

—Bien sabes que lo haré; ella no insistirá, pero se hundirá en la más negra de las desesperaciones.

Francisca recorrió su cuarto con la mirada.

—Mi buen hotelito; felizmente hay que contar con su abulia. Pedro se acercó a los manuscritos apilados sobre la mesa.

—Sabes —dijo—, creo que voy a retener El señor Viento; ese tipo me interesa; hay que alentarle. Le invitaré a cenar una de estas noches para que me des tu opinión.

—También tengo que pasarte Jacinto. Me parece que hay promesas en él.

—A ver —Pedro empezó a hojear el manuscrito y Francisca se inclinó sobre su hombro para leer con él. No estaba de buen humor; sola con Pedro hubiera liquidado en seguida esa exposición, pero con Javiera las cosas se hacían pesadas; se tenía la impresión de andar por la vida con kilos de tierra gredosa pegada a las suelas de los zapatos. Pedro no hubiera debido decidir esperarla; él también parecía haberse levantado con el pie izquierdo. Casi media hora transcurrió antes de que Javiera llamara. Bajaron inmediatamente la escalera.

—¿Adonde quiere ir? —preguntó Francisca.

—A cualquier parte —dijo Javiera.

—Por una hora que tenemos por delante —dijo Pedro—, vamos al Dôme.

—Qué frío hace —dijo Javiera apretándose el pañuelo alrededor de la cara.

—Estamos a dos pasos —indicó Francisca.

—No tenemos la misma noción de las distancias —dijo Javiera, cuyo rostro se había crispado.

—Ni del tiempo —agregó secamente.

Francisca empezaba a descifrar bien a Javiera; ésta sabía que tenía la culpa, pensaba que le guardaban rencor y se adelantaba; y, además, ese ensayo de mudanza la había agotado. Francisca quiso tomarla del brazo: la noche del viernes habían caminado todo el tiempo del brazo y a la par.

—No —dijo Javiera—. Andaremos más rápido separadas. El rostro de Pedro se ensombreció aún más; Francisca temía que se enojara verdaderamente. Se sentaron en el fondo del café.

—Esa exposición no tendrá nada de interesante, ¿sabe? —dijo Francisca—. Los protegidos de la tía nunca tienen ni un ápice de talento; ella no yerra jamás.

—Qué me importa —dijo Javiera—. Lo que me divierte es la ceremonia, la pintura me aburre siempre.

—Es porque nunca vio ninguna —le observó Francisca; si viniera conmigo a exposiciones o al Louvre...

—No cambiaría nada —Javiera hizo una mueca—; un cuadro es austero, es insulso.

—Si entendiera un poco, le gustarían, estoy segura —dijo Francisca.

—Es decir que comprendería por qué deben gustarme. Nunca me contentaré con eso; el día que ya no sienta nada, no me buscaré razones para sentir.

—Lo que usted llama sentir es, en el fondo, una manera de comprender —dijo Francisca—; a usted le gusta la música, ¡y bien!...

Javiera la interrumpió, cortante.

—Para serle franca, cuando hablan de buena o de mala música, me pasa por encima —su tono era de una modestia agresiva—. Yo no comprendo absolutamente nada; me gustan las notas por sí mismas: sólo el sonido, eso me basta. —Miró a Francisca a los ojos—. Las alegrías del espíritu me causan horror.

Cuando Javiera se ponía terca, era inútil discutir. Francisca miró a Pedro con reproche: él había querido que esperaran a Javiera, hubiera podido por lo menos participar en la conversación en vez de atrincherarse detrás de su sonrisa sardónica.

—Le prevengo que la ceremonia, como usted dice, no tiene nada de divertido —aclaró Francisca—. Nada más que gente que se hace cortesías.

—¡Ah! Siempre será gente, movimiento —dijo Javiera en un tono de reivindicación apasionada.

—¿Tiene ganas de distraerse en este momento?

—¡Sí, tengo ganas! —dijo Javiera. Sus ojos cobraron un brillo salvaje.

—Estar encerrada de la mañana a la noche en ese cuarto, pero me volveré loca. Ya no puedo soportarme, usted no puede saber lo feliz que sería si lo abandonara.

—¿Quién le impide salir? —inquirió Pedro.

—Usted dice que los dancings, entre mujeres, no resultan divertidos; pero Begramian o Gerbert la acompañarían con gusto, bailan muy bien —dijo Francisca.

Javiera sacudió la cabeza.

—Cuando uno decide divertirse por obligación siempre es lamentable.

—Usted quiere que todo le caiga del cielo como un maná —agregó Francisca—, no se digna mover un dedo y después se las tiene con el mundo. Evidentemente...

—Debe de haber países —dijo Javiera con aire soñador—, países cálidos: Grecia, Sicilia, donde seguramente no hay necesidad de mover un dedo.

Frunció el ceño.

—Aquí hay que aferrarse con ambas manos, ¿y para recoger qué?

—Allí también —dijo Francisca. Los ojos de Javiera brillaron.

—¿Dónde queda esa isla toda roja y rodeada de agua hirviendo? —dijo ávidamente.

—Santorín, queda en Grecia —contestó Francisca—. Pero no fue exactamente eso lo que le dije. Sólo los acantilados son rojos. Y el mar hierve solamente entre dos islotes negros formados por erupciones del volcán. Sí, me acuerdo —dijo con calor—, un lago de agua de azufre entre esas lavas; era todo amarillo y bordeado de una lengua de tierra negra como la antracita; exactamente al otro lado de esa tierra negra, estaba el mar de un azul deslumbrante.

Javiera la miraba con una atención ardiente.

—Cuando pienso en todo lo que usted ha visto... —dijo con una voz llena de reproches.

—Le parece que es inmerecido —dijo Pedro. Javiera le miró, señaló los bancos de cuero sucio, las mesas dudosas.

—Pensar que después de eso puedan venir a sentarse aquí.

—¿Qué ganaríamos consumiéndonos en inútiles nostalgias? —dijo Francisca.

—Por supuesto, usted no quiere extrañar nada —dijo Javiera—. Usted quiere a toda costa ser feliz. Miró a lo lejos.

—Yo no he nacido resignada.

Francisca se sintió profundamente herida; esa resolución de felicidad que le parecía imponerse con tanta evidencia ¿podía ser rechazada con desdén? Equivocada o no, ya no consideraba las palabras de Javiera como humoradas; encerraban todo un sistema de valores que se oponía al suyo; por más que ella no lo reconociera, era molesto que existiera.

—No es resignación —dijo con viveza—. Nos gusta. París, estas calles, estos cafés.

—¿Cómo pueden gustarle a uno los lugares sórdidos y las cosas feas y toda esa horrible gente? —La voz de Javiera subrayaba los epítetos con asco.

—Es que el mundo entero nos interesa —repuso Francisca—. Usted es una esteta, necesita la belleza desnuda, pero es un punto de vista muy estrecho.

—¿Tendría que interesarme en este plato por la sola razón de que se le ocurre existir? —interrogó Javiera. Miró el platito con aire irritado.

—Ya es demasiado tenerlo delante.

Agregó con una ingenuidad buscada:

—Yo creía que precisamente cuando uno era artista le gustaban las cosas bellas.

—Depende de lo que uno llame cosas bellas —dijo Pedro. Javiera se encaró con él.

—¡Toma! Usted escuchaba —su voz poseía una dulzura asombrada—, yo lo creía perdido en pensamientos profundos.

—Escucho perfectamente —dijo Pedro.

—Hoy no está de buen humor —dijo Javiera, que continuaba sonriendo.

—Estoy de un humor excelente —contestó Pedro—. Me parece que estamos pasando una tarde deliciosa. Ahora vamos a irnos a la exposición y al salir tendremos el tiempo justo para comer un sandwich.

—¿Usted considera que es mi culpa? —dijo Javiera mostrando los dientes.

—No creo que sea la mía —dijo Pedro.

Había sido adrede, con el propósito de mostrarse desagradable con ella, que había querido verla cuanto antes. Hubiera podido pensar un poco en mí, se dijo Francisca con rencor; la situación no era agradable para ella.

—Es verdad, por una vez que tiene un rato libre —agregó Javiera, cuyo rictus se acentuó—, qué desastre si hay alguna pérdida.

El reproche sorprendió a Francisca. ¿Habría descifrado mal a Javiera otra vez? No habían transcurrido más que cuatro días desde el viernes, y la víspera, en el teatro, Pedro había saludado a Javiera muy amablemente; tenía que estar muy interesada en él para pensar que la descuidaba.

Javiera se volvió hacia Francisca.

—Yo me imaginaba completamente distinta la vida de los escritores y de los artistas —dijo en tono mundano—. Yo no creía que todo estaba ordenado así, a campanillazos.

—A usted le hubiera gustado que erraran en la tormenta con el cabello flotante —contestó Francisca, que bajo la mirada burlona de Pedro se sentía totalmente estúpida.

—No. Baudelaire no tiene el cabello flotante.

Agregó con voz sobria:

—En realidad, con excepción él y de Rimbaud, los artistas son iguales a los funcionarios.

—¿Porque trabajamos regularmente a horario? —dijo Francisca.

Javiera hizo una mueca amable.

—Y además cuentan sus horas de sueño, comen dos veces por día, hacen visitas, nunca van a pasear el uno sin el otro. Sin duda no puede ser de otra manera...

—¿Pero a usted eso le parece desesperante? —preguntó Francisca con una sonrisa forzada. Javiera no les presentaba una imagen halagadora de ellos mismos.

—Es raro eso de sentarse todos los días ante una mesa para alinear frases —dijo Javiera—. Admito que uno escriba —agregó con viveza—; las palabras, es algo voluptuoso. Pero solamente cuando uno tiene ganas.

—Se puede tener ganas de una obra en su conjunto —dijo Francisca; sentía un poco el deseo de justificarse ante los ojos de Javiera.

—Admiro el nivel elevado de las conversaciones de ustedes —dijo Pedro. Su sonrisa malévolamente envolvía a Francisca y a Javiera, y Francisca quedó desconcertada. ¿Acaso él podía juzgarla desde fuera, como a una extraña, a ella, que no conseguía mirarlo con la menor perspectiva? Era desleal.

Javiera no parpadeó:

—Se está convirtiendo en una tarea. Tuvo una risa indulgente:

—Además, es muy a la manera de ustedes, lo transforman todo en deber.

—¿Qué quiere decir? —dijo Francisca—. Le aseguro que yo no me siento tan atada.

Sí, se explicaría una vez por todas con Javiera y le diría a su ver lo que pensaba de ella; era muy amable al permitirle tomar un montón de pequeñas superioridades, pero Javiera abusaba.

—Sus relaciones con la gente, por ejemplo. —Javiera contó con los dedos—. Isabel, su tía, Gerbert y tantos otros. Yo preferiría vivir sola en el mundo y conservar mi libertad.

—Usted no comprende que tener conductas más o menos regulares no es una esclavitud —dijo Francisca fastidiada—. Tratamos libremente de no apenar demasiado a Isabel, por ejemplo.

—Le dan derechos sobre ustedes —repuso Javiera con desdén.

—En absoluto —dijo Francisca—. Con la tía es una especie de comercio cínico porque nos da dinero. Isabel toma lo que se le da, y a Gerbert lo vemos porque nos gusta.

—¡Oh! Se cree lleno de derechos sobre ustedes —dijo Javiera con seguridad.

—Nadie en el mundo tiene menos conciencia de tener derechos que Gerbert —intervino Pedro tranquilamente.

—¿Usted cree? —dijo Javiera—. Yo sé lo contrario.

—¿Qué es lo que puede saber? —dijo Francisca intrigada—. No ha cambiado tres palabras con él. Javiera vaciló.

—Es una de esas intuiciones de los corazones nobles —dijo Pedro.

—Bueno, puesto que quieren saberlo —dijo Javiera dejándose llevar—, parecía una especie de príncipe ofendido anoche cuando le dije que había salido el viernes con ustedes.

—Se lo dijo —exclamó Pedro.

—Le habíamos recomendado que se callara —dijo Francisca.

—Se me escapó —dijo Javiera con displicencia—. No estoy acostumbrada a todas esas diplomacias.

Francisca cambió una mirada consternada con Pedro. Sin duda, Javiera lo había hecho a propósito, por celos bajos. No tenía nada de aturrida y había estado apenas un rato en los corredores del teatro.

—Esto es lo que pasa —dijo Francisca—, no debimos mentirle.

—¿Cómo íbamos a suponer? —dijo Pedro.

Mordisqueaba sus uñas, parecía profundamente preocupado. Para Gerbert era un golpe del cual su ciega confianza en Pedro quizá no se levantaría nunca. A Francisca se le anudó la garganta evocando la pobre alma desamparada que él paseaba en ese momento por París.

—Hay que hacer algo —dijo nerviosamente.

—Tendré una explicación con él esta noche —agregó Pedro—. ¿Pero qué explicar? Haberlo dejado caer, vaya y pase, pero la mentira es tan gratuita.

—Siempre es gratuita cuando se descubre —dijo Francisca. Pedro miró a Javiera con dureza.

—¿Qué le dijo exactamente?

—El me contaba cómo se habían emborrachado el viernes con Tedesco y Canzetti, y lo divertido que había sido; yo le dije que lamentaba tanto no haberles encontrado, pero que nos habíamos encerrado en el Pôle Nord y no habíamos visto nada —dijo Javiera con aire enfurruñado.

Resultaba tanto más desagradable por el hecho de que ella había insistido en quedarse toda la noche en el Pôle Nord.

—¿Eso es todo lo que dijo? —preguntó Pedro.

—Por supuesto, eso es todo —contestó Javiera de mala gana.

—Entonces, tal vez todavía puede arreglarse —dijo Pedro mirando a Francisca—. Le diré que estábamos absolutamente decididos a irnos a casa, pero que a último momento Javiera estaba tan decepcionada, que nos resignamos a trasnochar.

Javiera frunció la boca.

—Creerá o no creerá —opinó Francisca.

—Lograré que lo crea —dijo Pedro—. Tenemos a nuestro favor el no haberle mentado nunca hasta ahora.

—Es verdad que eres un San Juan Crisóstomo —dijo Francisca—. Deberías tratar de verle en seguida.

—¿Y la tía? Bueno, peor para ella.

—Pasaremos a las seis —habló Francisca nerviosamente—. Eso no, debemos pasar, nunca nos lo perdonaría. Pedro se levantó.

—Voy a telefonar a su casa.

Se alejó. Francisca, por hacer algo, encendió un cigarrillo; temblaba de rabia por dentro; era odioso imaginar a Gerbert desdichado y desdichado por culpa de ellos dos.

En silencio Javiera se enroscaba el pelo.

—Después de todo no se morirá ese tipo —dijo con una insolencia un poco forzada.

—Querría verla a usted en su lugar —respondió Francisca con aspereza.

Javiera se turbó.

—No creía que fuera tan grave.

—Se lo habíamos advertido.

Hubo un largo silencio; después, con un poco de miedo, Francisca consideró esa catástrofe viviente que invadía su vida; era Pedro quien con su respeto, con su estima, había roto los diques en que Francisca la contenía. Ahora que estaba desencadenada, ¿hasta dónde iría? El saldo del día ya era considerable: la irritación de la propietaria, la inauguración casi enteramente perdida, la nerviosidad ansiosa de Pedro, la disputa con Gerbert. Hasta en Francisca seguía instalado ese malestar que se instalara desde hacía ocho días; tal vez fuera eso lo que más la asustaba.

—¿Está enfadada? —murmuró Javiera. Su rostro consternado no dulcificó a Francisca.

—¿Por qué hizo eso?

—No sé, —dijo Javiera en voz baja: dobló la cabeza—. Me alegro —agregó en voz todavía más baja—, por lo menos sabrá lo que valgo, se asqueará de mí; me alegro.

—¿Que me asquee de usted?

—Sí; yo no merezco que se interesen por mí —dijo Javiera con una violencia desesperada—. Ahora me conocerá; ya se lo he dicho, no valgo nada. Había que dejarme en Rúan.

Todos los reproches que subían a los labios de Francisca se volvían vanos al lado de esas acusaciones apasionadas. Francisca calló. El café se había llenado de gente y de humo; había una mesa de refugiados alemanes que seguían con atención una partida de ajedrez; en una mesa vecina una especie de loca que se creía ramera, sola, frente a un café con leche, coqueteaba con un interlocutor invisible.

—No estaba —dijo Pedro.

—Tardaste mucho —dijo Francisca.

—He aprovechado para dar una vuelta; tenía ganas de airearme.

Se sentó y encendió su pipa; parecía tranquilizado.

—Voy a irme —dijo Javiera.

—Sí, sería hora de irse —intervino Francisca. Nadie se movió.

—Lo que quería saber —dijo Pedro—, es por qué le ha dicho eso.

Miraba a Javiera con un interés tan poderoso que había barrido la ira.

—No sé —contestó ella nuevamente, pero Pedro no abandonaba tan pronto.

—Pues sí, lo sabe —dijo suavemente. Javiera se encogió de hombros, abrumada.

—No he podido evitarlo.

—Pero tenía alguna idea en la cabeza. ¿Qué era? —Pedro sonrió.

—¿Quería mortificarnos?

—¿Cómo puede pensar eso? —dijo ella.

—¿Le parecía que ese misterio le daba a Gerbert una superioridad sobre usted?

En los ojos de Javiera se encendió un resplandor de crítica.

—Siempre creo fastidioso estar obligado a ocultarse.

—¿Lo hizo por eso? —dijo Pedro.

—No, no, ocurrió así, como se lo digo —respondió con aire torturado.

—Usted misma dice que ese secreto la fastidiaba.

—Pero no tiene ninguna relación —dijo Javiera. Francisca miró el reloj con impaciencia; poco importaban las razones de Javiera, su conducta era injustificable.

—Le molestaba la idea de que debíamos rendir cuentas a otros; comprendo, es desagradable sentir que las personas no son libres frente a nosotros —dijo Pedro.

—Sí, un poco; y además...

—¿Además qué? —preguntó Pedro con voz amistosa. Parecía a punto de aprobar a Javiera.

—No, es abyecto —dijo Javiera. Se ocultó la cara entre las manos—. Soy abyecta, déjeme.

—Pero todo esto no tiene nada de abyecto. Querría comprenderla —Pedro vaciló—. ¿Era una venganza porque Gerbert no había sido amable la otra noche?

Javiera descubrió su rostro; parecía muy asombrada.

—Pero si había sido amable; por lo menos, tanto como yo.

—¿Entonces no era para herirle? —dijo Pedro.

—Por supuesto que no. —Ella vaciló y agregó como quien se tira al agua— Quería ver lo que iba a pasar.

Francisca la miró con una inquietud creciente. El rostro de Pedro reflejaba una curiosidad tan ardiente, que se parecía a la ternura. ¿Acaso él admitía los celos, las perversidades, el egoísmo que Javiera confesaba en forma apenas velada? Si Francisca hubiera visto despuntar en sí misma semejantes sentimientos, con qué decisión los habría combatido. Y Pedro sonreía. Por fin Javiera estalló.

—¿Por qué me hace decir todo esto? ¿Es para despreciarme mejor? ¡Pero no me despreciará más de lo que yo me desprecio!

—Cómo puede suponer que la desprecio —dijo Pedro.

—Sí, me desprecia y tiene razón. ¡Yo no sé comportarme! Lo estropeo todo. ¡Ah! Pesa una maldición sobre mí —gimió apasionadamente.

Apoyó la cabeza contra el banco y miró hacia el techo para impedir que sus lágrimas corrieran; su garganta se hinchaba convulsivamente.

—Estoy seguro de que este lío se arreglará —dijo Pedro con voz apremiante—. No se desespere...

—No es sólo eso —dijo Javiera—. Es todo...

Fijó en el vacío una mirada hosca y agregó en voz baja:

—Me doy asco a mí misma, siento horror de mí.

A pesar suyo, Francisca se sintió conmovida por su acento; se notaba que esas palabras no acababan de nacer en sus labios, las arrancaba de lo más profundo de sí misma; durante horas y horas, a lo largo de sus noches sin sueño, debía de haberlas masticado amargamente.

—Eso está mal —dijo Pedro—. Nosotros que la estimamos tanto...

—Ya no —dijo Javiera débilmente.

—Sí, sí —aseguró Pedro—, comprendo muy bien ese vértigo que se apoderó de usted.

Francisca se sintió sublevada; ella no estimaba tanto a Javiera; ella no excusaba ese vértigo; Pedro no tenía derecho a hablar en su nombre. Seguía su camino sin volverse siquiera hacia ella y después afirmaba que ella le había seguido; era demasiada petulancia. De pies a cabeza se sentía convertida en un bloque de plomo; la separación le resultaba cruel, pero nada podría hacerla resbalar por esa pendiente de espejismo a cuyo extremo se abría no sabía bien qué abismo.

—Vértigos, torpezas —dijo Javiera—, he ahí lo único de lo que soy capaz.

Su rostro había perdido el color, y grandes líneas violetas habían aparecido bajo sus ojos; estaba extraordinariamente fea con la nariz enrojecida y los cabellos lacios que parecían haberse apagado de pronto. No había duda de que estaba sinceramente sacudida; pero sería demasiado cómodo, si los remordimientos lo borrarán todo, pensó Francisca.

Javiera habló con un triste tono de queja:

—Cuando estaba en Rúan todavía podían encontrarme excusas, ¿pero qué he hecho desde que estoy en París?

Se echó nuevamente a llorar.

—Ya no siento nada, ya no soy nada. Parecía debatirse contra un dolor físico del cual fuera la víctima irresponsable.

—Todo eso cambiará —dijo Pedro—. Tenga confianza en nosotros, la ayudaremos.

—A mí no se me puede ayudar —dijo Javiera en una explosión de desesperación infantil—. ¡Estoy marcada!

Los sollozos la ahogaban; con el busto erguido, el rostro en agonía, dejaba correr sus lágrimas sin oponer ninguna resistencia y, ante su ingenuidad que desarmaba, Francisca sintió derretirse su corazón; habría querido encontrar un gesto, una palabra, pero no era fácil, volvía de demasiado lejos. Hubo un largo silencio pesado; entre los espejos amarillos, una tarde fatigada todavía vacilaba en morir, los jugadores de ajedrez no habían cambiado de actitudes; un hombre había ido a sentarse al lado de la loca; ella parecía mucho menos loca ahora que su interlocutor tenía un cuerpo.

—Soy tan cobarde —dijo Javiera—, debería matarme, hace tiempo que debí haberlo hecho. —Su rostro se crispó—. Lo haré —agregó en tono de desafío.

Pedro la miró con aire perplejo y desolado y se volvió bruscamente hacia Francisca.

—¡Pero, caramba, mira en qué estado está! ¡Trata de calmarla! —dijo con indignación.

—¿Qué quieres que haga? —se quejó Francisca, cuya piedad se congeló en seguida.

—Hace rato que debiste haberla tomado entre tus brazos y decirle... decirle cosas.

En el pensamiento, los brazos de Pedro abrazaban a Javiera y la mecían, pero el respeto, la decencia, un montón de prohibiciones le paralizaban; sólo en el cuerpo de Francisca podía encarnar su tibia compasión. Inerte, helada, Francisca no esbozó un gesto; la voz imperiosa de Pedro la había vaciado de su propia voluntad, pero con todos sus músculos rígidos se oponía a una intrusión extraña. Pedro también continuaba inmóvil, todo embarullado en su ternura inútil. Por un momento, la agonía de Javiera se prolongó en el silencio.

—Cálmese —dijo Pedro suavemente—. Tenga confianza en nosotros. Hasta ahora usted había vivido al azar, pero una vida es toda una empresa. Vamos a pensar juntos y a hacer planes.

—No hay planes que hacer —objetó Javiera sombría—. No, sólo me queda volver a Rúan, es lo mejor que puedo hacer.

—¡Volver a Rúan! Sería muy inteligente —dijo Pedro. Lanzó hacia Francisca una mirada impaciente.

—Dile al menos que no le guardas rencor.

—Por supuesto, no le guardo rencor —enunció Francisca con voz neutra.

¿Contra quién estaba enojada? Tenía la impresión penosa de estar dividida contra sí misma. Ya eran las seis, pero no se podía hablar de irse.

—No se ponga trágica —dijo Pedro—. Hablemos seriamente. Había en él algo tan tranquilizador, tan sólido, que Javiera se calmó un poco. Lo miró con una especie de docilidad.

—Lo que a usted le hace falta —dijo Pedro— es tener algo que hacer.

Javiera hizo un gesto despectivo.

—No digo ocupaciones para llenar el tiempo; comprendo que usted es demasiado exigente para contentarse con disfrazar el vacío, usted no puede aceptar simples distracciones. Necesitaría algo que diera un verdadero sentido a sus días.

Con desagrado, Francisca cazó al vuelo la crítica de Pedro; ella sólo le había propuesto distracciones a Javiera; una vez más, no la había tomado bastante en serio; y ahora, pasando por encima de ella. Pedro buscaba un entendimiento con Javiera.

—Pero si le digo que no sirvo para nada —dijo Javiera.

—Tampoco ha probado gran cosa —Pedro sonrió—. Yo tendría una idea.

—¿Qué? —preguntó ella con curiosidad.

—¿No le gustaría hacer teatro?

Javiera abrió los ojos.

—¿Teatro ?

—¿Por qué no ? Tiene un físico excelente; un sentido profundo de sus actitudes y de sus juegos de fisonomía. Eso no permite afirmar que tenga talento, pero en fin, todo autoriza a esperarlo.

—No sería capaz —dijo Javiera.

—¿No le tentaría?

—Por supuesto, pero con eso no se va a ninguna parte.

—Usted tiene una sensibilidad y una inteligencia que no son dadas a todo el mundo —dijo Pedro—. Son buenas cartas. La miró seriamente.

—Claro, habrá que trabajar. Tendrá que seguir los cursos de la escuela, yo mismo dicto dos y Bahin y Rambert son realmente amables.

Un destello de esperanza cruzó por los ojos de Javiera.

—Nunca podré hacerlo —dijo.

—Yo le daré lecciones personales para facilitarle las cosas; le juro que si tiene una sombra de talento, se lo sacaré a flote. Javiera sacudió la cabeza.

—Es un hermoso sueño —comentó.

Francisca hizo un esfuerzo de buena voluntad; a lo mejor Javiera estaba dotada y de todas maneras sería una bendición llegar a interesarla en algo.

—Usted decía lo mismo cuando se hablaba de que viniera a París —dijo—, y ya ve qué bien salió todo.

—Es verdad —dijo Javiera. Francisca sonrió.

—Usted vive de tal manera en el instante presente que cualquier porvenir le parece un sueño; de lo que usted duda es del tiempo.

Javiera esbozó una sonrisa.

—Es tan incierto —dijo.

—¿Está en París, sí o no? —preguntó Francisca.

—Sí, pero no es lo mismo —dijo Javiera.

—París, bastaba con una vez para estar en él —dijo Pedro alegremente—. Aquí habrá que repetir cada vez el esfuerzo. Pero cuente con nosotros; tenemos voluntad por tres.

—Ay —dijo Javiera sonriendo—, ustedes me asustan. Pedro no perdió su ventaja.

—El lunes mismo vendrá al curso de improvisación. Ya verá, es igual a esos juegos en los que usted se divertía cuando era niña. Le dirán que se imagine que está almorzando con una amiga, que está robando en una tienda; debe inventar la escena y representarla al mismo tiempo.

—Debe de ser divertido —dijo Javiera.

—Y después elegirá en seguida un papel y empezará a trabajarlo; por lo menos los fragmentos.

Pedro consultó a Francisca con la mirada.

—¿Qué podríamos aconsejarle? Francisca reflexionó.

—Algo que no requiera demasiado oficio pero que tampoco la haga representar simplemente con su encanto natural. La Ocasión de Mérimée, por ejemplo.

La idea la divertía; quizá Javiera se convirtiera en una actriz; en todo caso, sería interesante intentarlo.

—No estaría mal —dijo Pedro.

Javiera los miró a ambos con aire feliz.

—¡Me gustaría tanto ser actriz! ¿Podría representar sobre un verdadero escenario, como usted?

—Por supuesto —dijo Pedro—. Y quizá ya el año próximo pueda tener un papel pequeño.

—¡Oh! —dijo Javiera extasiada—. Cómo voy a trabajar, ya verá.

Todo era tan imprevisto en ella; a lo mejor trabajaba, después de todo; Francisca volvió a encantarse con el porvenir que le imaginaba.

—Mañana es domingo, no puedo —dijo Pedro—, pero el jueves le daré la primera clase de dicción. ¿Quiere venir a mi camerino los lunes y jueves de tres a cuatro?

—Pero voy a molestarlo —advirtió Javiera.

—Al contrario, me interesará —dijo Pedro.

Javiera estaba tranquilizada, y Pedro radiante; había que confesar que el esfuerzo que realizó para llevar a Javiera desde el fondo de la desesperación hasta ese estado de confianza y de alegría era casi atlético. Había olvidado por completo a Gerbert y la exposición.

—Deberías telefonar de nuevo a Gerbert —dijo Francisca—. Sería mejor que le vieras antes del espectáculo.

—¿Te parece? —interrogó Pedro.

—¿A ti no te parece? —dijo ella un poco secamente.

—Sí —dijo Pedro con desgana—, voy. Javiera miró el reloj.

—Oh, les he hecho perder la inauguración —dijo arrepentida.

—No importa —respondió Francisca.

Importaba mucho, al contrario, tendría que ir a excusarse ante la tía al día siguiente y sus excusas no serían aceptadas.

—Me da vergüenza —agregó Javiera en voz baja.

—No hay de qué —dijo Francisca.

Los remordimientos de Javiera y sus resoluciones la habían conmovido verdaderamente; no se la podía juzgar como a cualquiera. Puso su mano sobre la de Javiera.

—Ya verá, todo marchará bien.

Javiera la contempló un instante con devoción.

—Cuando me veo y la miro a usted —dijo con acento apasionado—, siento vergüenza.

—Es absurdo —repuso Francisca.

—Usted no es intachable —dijo Javiera con voz fervorosa.

—Qué disparate —dijo Francisca.

Antes estas palabras sólo la habrían hecho sonreír, pero hoy la molestaban.

—A veces, por la noche, cuando pienso en usted —dijo Javiera—, me quedo tan deslumbrada, que no puedo creer que usted exista de veras.

Sonrió.

—Y existe —agregó con una ternura encantadora.

Francisca lo sabía; Javiera se abandonaba al amor que sentía por ella de noche y en el secreto de su cuarto; entonces nadie podía disputarle la imagen que ella llevaba en su corazón; y sentada en el hueco de su sillón, los ojos perdidos a lo lejos, la contemplaba con éxtasis. La mujer de carne y hueso que pertenecía a Pedro, a todo el mundo y a sí misma, sólo percibía pálidos ecos de ese culto celoso.

—No merezco que piense eso —dijo Francisca con una especie de remordimiento.

Pedro se acercaba alegremente.

—Le encontré; le dije que estuviera a las ocho en el teatro, que tenía que hablarle.

—¿Qué contestó?

—Contestó: «Bueno.»

—No retrocedas ante ningún sofisma —dijo Francisca.

—Confía en mí —dijo Pedro. Sonrió a Javiera.

—¿Si fuéramos a tomar una copa al Póle Nord antes de separarnos?

—Sí, vamos al Póle Nord —dijo Javiera con ternura.

Era allí donde habían sellado su amistad, y el lugar ya se había vuelto legendario y simbólico; al salir del café, Javiera tomó el brazo de Pedro y el de Francisca y, con paso igual, los tres se dirigieron en peregrinación hacia el bar.

Javiera no quiso que Francisca la ayudara a ordenar su cuarto; por discreción y también porque sin duda le molestaba que una mano extraña, aunque fuera la de una divinidad, tocara sus cosas. Francisca subió a su cuarto, se puso una bata y colocó sus papeles sobre la mesa. Casi siempre, a esa hora, mientras Pedro representaba, ella se ocupaba de su novela; empezó a releer las páginas que había escrito la víspera, pero le costaba concentrarse. En el cuarto contiguo, el negro daba una clase de matraca a la ramera rubia; estaba con ellos una chica española que era camarera en el Topsy; Francisca reconocía sus voces. Sacó una lima de su cartera y se puso a limarse las uñas. Aunque Pedro llegara a convencer a Gerbert, ¿no quedaría siempre una sombra entre ellos? ¿Qué cara pondría mañana tía Cristina? No lograba apartar esos pensamientos desagradables. Pero, sobre todo, lo que no digería, era esa tarde que Pedro y ella habían pasado en la desunión. Sin duda, en cuanto hubiera vuelto a hablar con él, esa impresión penosa se borraría, pero mientras tanto la sentía pesar sobre su corazón. Miró sus uñas. Era estúpido; no debió haberle dado tanta importancia a un leve desacuerdo; no debía sentirse tan desorientada en cuanto le faltaba la aprobación de Pedro.

Sus uñas no estaban bien limadas, continuaban asimétricas. Francisca volvió a tomar la lima. Su error era descansar sobre Pedro con todo su peso; había en ello una falta verdadera, no debía hacer soportar a otro la responsabilidad de sí misma. Sacudió con impaciencia el polvo de las uñas que se pegaba a la bata. Para ser totalmente responsable de sí misma, le habría bastado quererlo; pero ella no lo quería realmente. Hasta le pediría a Pedro que le aprobara esa misma crítica que se dirigía; todo lo que ella pensaba era con él y para él; no podía siquiera imaginar un acto que partiera sólo de sí misma y que se cumpliera totalmente sin relación con él, un acto que afirmara una auténtica independencia. Por otra parte no era molesto, nunca necesitaría recurrir a sí misma contra Pedro.

Francisca tiró su lima. Era absurdo perder en divagaciones tres preciosas horas de trabajo. Ya había ocurrido que Pedro se interesara mucho en otras mujeres; ¿por qué entonces se sentía herida? Lo inquietante era esa hostilidad rígida que había descubierto en ella y que no se había disipado del todo. Vaciló; por un instante se sintió tentada de dilucidar claramente su malestar; y después sintió pereza. Se inclinó sobre sus papeles.

A medianoche, Pedro volvió del teatro; su rostro estaba rojo de frío.

—¿Viste a Gerbert? —dijo Francisca ansiosamente.

—Sí, está todo arreglado —respondió Pedro con alegría; se sacó la bufanda y el abrigo.

—Empezó por decirme que no tenía ninguna importancia, no quería explicaciones; pero yo seguí; le expliqué que nunca habíamos andado con vueltas con él y que si hubiéramos querido darle esquinazo, se lo habríamos dicho directamente. Desconfió un poco, pero por principio, nada más.

—Tienes una verdadera boca de oro —dijo Francisca; una especie de rencor se mezclaba a su alivio; le irritaba sentirse cómplice de Javiera contra Gerbert y habría querido que Pedro se sintiera afectado, él también, en vez de restregarse las manos con beatitud. Torcer ligeramente los hechos no era grave, pero recitar mentiras de alma a alma estropeaba algo entre la gente.

—Es verdaderamente feo lo que ha hecho Javiera —dijo.

—Te encontré muy severa —anotó Pedro; sonrió—. ¡Qué dura vas a ser cuando seas vieja!

—Al principio eras tú el más severo de los dos —dijo Francisca—. Eras casi insoportable.

Ahora comprendía con un poco de angustia que no sería tan fácil borrar con una conversación amistosa los malentendidos del día; en cuanto los evocaba, una amarga agresividad se despertaba en ella.

Pedro empezó a desatarse la corbata que se había puesto en honor de la exposición.

—Me parecía de una ligereza incalificable el hecho de que hubiera olvidado una cita con nosotros —dijo con un tono ofensivo, pero con una sonrisa que le quitaba retrospectivamente importancia—. Después, cuando di un paseíto sedante, los hechos se me aparecieron bajo otro ángulo.

Su buen humor despreocupado aumentó la nerviosidad de Francisca.

—Ya he visto: su conducta con Gerbert te inclinó de pronto a la indulgencia, casi la hubieras felicitado.

—Se ponía demasiado serio para ser ligereza —dijo Pedro—; pensé que todo eso, su nerviosidad, su necesidad de distracción, la cita olvidada y la traición de anoche, todo eso formaba un conjunto que debía tener una razón.

—Te dije la razón.

—No hay que creer en lo que dice so pretexto que da rodeos para decirlo.

—Entonces tampoco valía la pena insistir tanto —dijo Francisca, que volvía a pensar con rencor en esos interminables interrogatorios.

—Tampoco miente en todo; hay que interpretar sus palabras —respondió Pedro.

Parecía que hablaban de una pitonisa.

—¿Adonde quieres llegar? —dijo Francisca impaciente. Pedro esbozó una sonrisa.

—¿No te sorprendió que me haya reprochado que no la hubiera visto desde el viernes?

—Eso prueba que empieza a interesarse por ti.

—Para esa muchacha, empezar e ir hasta el final creo que es todo uno —dijo Pedro.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que tiene muy buenos sentimientos hacia mí —dijo Pedro con un aire de fatuidad, en parte buscada, pero que revelaba una íntima satisfacción. Francisca se sintió sorprendida; por lo general, la discreta ordinarietà de Pedro la divertía, pero Pedro estimaba a Javiera, la ternura que en el Pôle Nord brillaba en todas sus sonrisas no había sido fingida; ese tono cínico era inquietante.

—Me pregunto en qué esos buenos sentimientos hacia ti excusan a Javiera —dijo.

—Hay que ponerse en su lugar. Imagina una criatura apasionada y orgullosa: le ofrezco pomposamente mi amistad, y la primera vez que se trata de volver a verse, parecezco tener que levantar montañas para poder concederle algunas horas. Eso la ofendió.

—No en el momento, en todo caso.

—Sin duda, pero volvió a pensarlo, y como en los días siguientes le pareció que no me veía bastante, eso se convirtió en un agravio terrible. ¡Agrega que eres tú sobre todo, quien, el viernes, opuso resistencias respecto a Gerbert! Por más que te quiera con todo su corazón, para su alma posesiva eres de todas maneras el mayor obstáculo entre ella y yo; a través del secreto que exigíamos de ella, quiso tomar todo un destino. Hizo como el chico que de un manotazo mezcla las cartas cuando va a perder la partida.

—Le consientes demasiado —dijo Francisca.

—Tú siempre le consientes demasiado poco —dijo Pedro con impaciencia; no era la primera vez en el día que tomaba ese tono mordaz a causa de Javiera—. No digo que se haya formulado todo eso explícitamente, pero era el sentido de su gesto.

—Tal vez.

Por lo tanto, de creer a Pedro, Javiera la miraba como a una indeseable de quien estaba celosa; Francisca volvió a pensar con desagrado en la emoción que había sentido ante el rostro devoto de Javiera; le pareció que se había burlado de ella.

—Es una explicación ingeniosa —agregó—, pero no creo que en Javiera haya nunca ninguna explicación definitiva: vive demasiado a través de sus cambios de humor.

—Pero justamente esos humores tienen doble fondo —dijo Pedro—. ¿Crees que se hubiera enfurecido a causa de un lavabo, de no haber estado ya fuera de sí? Esa mudanza era una huida; estoy seguro de que huía de mí porque se reprochaba su interés.

—En resumen, ¿crees que hay una clave para todas sus conductas y que esa clave es una brusca pasión por ti? El labio de Pedro se adelantó levemente.

—No digo que sea una pasión —dijo. La frase de Francisca le había fastidiado: en realidad era el tipo de aclaración brutal que solían reprocharle a Isabel.

—No creo —prosiguió Francisca— que Javiera sea capaz de un amor verdadero —reflexionó—. Éxtasis, deseos, despechos, exigencias, sí; pero esa especie de consentimiento que se necesita para que todas esas experiencias formen un sentimiento estable, nunca se podrá obtener eso de ella, me parece.

—El porvenir nos lo dirá —dijo Pedro, cuyo perfil se hizo todavía más cortante.

Se quitó la chaqueta y desapareció detrás del biombo. Francisca empezó a desvestirse. Había hablado sinceramente: nunca tomaba precauciones con Pedro; no había en él nada resentido ni secreto a lo que hubiera que acercarse de puntillas; era un error de ella. Esta noche había que rumiar las palabras antes de hablar.

—Evidentemente nunca te había mirado como te miró esta noche en el Pôle Nord —dijo Francisca.

—¿También lo notaste?

A Francisca se le hizo un nudo en la garganta; esa frase había sido una frase pensada, una frase para un extraño y había dado en el blanco. Detrás del biombo, el que se lavaba los dientes era un extraño. Una idea le pasó por la mente. Si Javiera había rechazado su ayuda, ¿no sería para quedarse sola lo antes posible con la imagen de Pedro? A lo mejor él había adivinado la verdad; era indudablemente un diálogo que había tenido lugar entre ellos durante todo el día; Javiera se entregaba más fácilmente a Pedro y había entre ellos una especie de convivencia. ¡Y bueno! Todo estaba perfecto; eso la liberaba de un lío cuyo peso empezaba a temer. Pedro ya había adoptado a Javiera mucho más de lo que Francisca había aceptado hacerlo; se la abandonaba. En adelante, Javiera pertenecía a Pedro.

VI

—En ninguna parte se toma un café tan bueno como aquí —dijo Francisca, colocando su taza sobre el plato. La señora de Miquel sonrió.

—Evidentemente, no es el que te sirven en tus restaurantes de precio fijo.

Hojeaba una revista de modas y Francisca fue a sentarse sobre el brazo de su sillón. El señor Miquel leía *Le Temps* junto a la chimenea donde ardía un fuego de leños. Las cosas no habían cambiado nada en veinte años, era oprimente. Cuando Francisca estaba en ese apartamento, le parecía que todos esos años no la habían conducido a ninguna parte: el tiempo se extendía a su alrededor en un charco estancado y dulzón. Vivir era envejecer, nada más.

—Habló verdaderamente bien Daladier —dijo el señor Miquel—. Muy firme, muy digno, no cederá ni una pulgada.

—Dicen que personalmente Bonnet estaría dispuesto a hacer concesiones —dijo Francisca—. Hay quien pretende que ha iniciado secretamente negociaciones respecto a Djibouti.

—Advierte que las reivindicaciones italianas en sí no tienen nada de exorbitante —dijo el señor Miquel—, pero lo inaceptable es el tono. Uno no puede transigir a ningún precio, después de semejante intimación.

—Me imagino que no declararías una guerra por una cuestión de prestigio —dijo Francisca.

—Tampoco podemos resignarnos a ser una nación de segundo orden, escondida detrás de la línea Maginot.

—No —dijo Francisca—. Es difícil.

Si evitaba las cuestiones de principio, llegaba fácilmente a una especie de entendimiento con sus padres.

—¿Crees que me quedaría bien un vestido como ese? —le preguntó su madre.

—Por supuesto, mamá, eres tan delgada.

Miró el reloj; las dos; Pedro ya estaba sentado ante un mal café; Javiera había llegado tan tarde a la clase las dos primeras veces, que hoy habían resuelto encontrarse en el Dôme una hora antes, a fin de ponerse a trabajar con seguridad en el momento señalado; acaso ella había llegado ya, era tan imprevisible.

—Para las cien representaciones de Julio César necesitaré un vestido de noche —dijo Francisca—. No sé muy bien qué elegir.

—Tenemos tiempo de pensarlo —dijo la señora de Miquel. El señor Miquel bajó el diario.

—¿Cuentas con que habrá cien representaciones?

—Por lo menos, si está lleno todas las noches. Se sacudió y se dirigió hacia el espejo; esa atmósfera era deprimente.

—Debo irme —agregó—. Tengo una cita.

—No me gusta esa moda de salir sin sombrero —dijo la señora de Miquel; palpó el abrigo de Francisca—. ¿Por qué no te compraste algo de piel como yo te dije? No llevas nada encima.

—¿No te gusta este tres cuartos? A mí me parece tan bonito —dijo Francisca.

—Es un abrigo de entretiempo —dijo su madre encogiéndose de hombros—. Me pregunto qué haces con tu dinero.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó el señor Miquel—. El miércoles por la noche vendrán Mauricio y su mujer.

—Entonces vendré el jueves por la noche —respondió Francisca—. Prefiero verlos solos.

Bajó lentamente la escalera y se internó en la calle de Médicis. El aire estaba viscoso y mojado; pero ella se sentía mejor fuera que en la tibia biblioteca; el tiempo había reanudado lentamente su marcha: iba a encontrarse con Gerbert, eso daba por lo menos un leve sentido a esos instantes.

Ahora, sin duda, Javiera ha llegado, pensó Francisca con un leve escozor en el corazón. Javiera se habría puesto su vestido azul o su bonita blusa roja con rayas blancas; dos rodetes hechos con esmero encuadraban su rostro y ella sonreía. ¿Cómo era esa sonrisa desconocida? ¿Cómo la miraba Pedro? Francisca se detuvo en el borde de la acera; tenía la penosa impresión de estar desterrada. Por lo general, el centro de París era exactamente el lugar donde ella se encontrara. Hoy todo estaba cambiado. El centro de París era ese café donde Pedro y Javiera estaban sentados, y Francisca erraba por vagos suburbios.

Francisca se sentó junto a un brasero en la terraza del Deux Magots. Aquella noche, Pedro le contaría todo, pero desde hacía un tiempo ya no tenía confianza en las palabras.

—Un café —pidió.

Sintió una angustia; no era un sufrimiento preciso, había que remontarse muy lejos para encontrar un malestar semejante. Un recuerdo volvió a ella. La casa estaba vacía; había cerrado los postigos a causa del sol y estaba oscuro; en el rellano del primer piso, una niña pegada contra la pared retenía su respiración. Era raro encontrarse allí, sola, mientras todo el mundo estaba en el jardín, era raro y daba miedo; los muebles tenían su aspecto de todos los días, pero al mismo tiempo estaban muy cambiados: densos, pesados, secretos; bajo la biblioteca y bajo la consola de mármol, se estancaba una sombra espesa. Uno no tenía ganas de escaparse, pero sentía el corazón oprimido.

La vieja chaqueta estaba colgada del respaldo de una silla. Sin duda Ana la había limpiado con gasolina o la había sacado de la naftalina y la había puesto allí para que se aireara; estaba muy vieja y parecía muy cansada. Estaba vieja y cansada, pero no podía quejarse como se quejaba Francisca cuando se había hecho daño. No podía decirse: «Soy una vieja chaqueta cansada.» Era raro; Francisca trató de imaginarse qué sentiría si no pudiera decirse: «Soy Francisca, tengo seis años, estoy en casa de mi abuela», si no pudiera decirse absolutamente nada; cerró los ojos. Es como si uno no existiera y, sin embargo, otras personas vendrían, me verían, hablarían de mí. Abrió los ojos; veía la chaqueta, existía y no se daba cuenta, había en eso algo irritante, que asustaba un poco. ¿De qué le sirve existir si no lo sabe? Reflexionó, quizá hubiera un sistema. Puesto que puedo decir «yo», podría decirlo por él. Era más bien decepcionante; por más que mirara la chaqueta y no viera otra cosa y dijera muy rápidamente: «estoy vieja, estoy cansada», no ocurría nada nuevo; la chaqueta continuaba ahí, indiferente, totalmente extraña, y ella seguía siendo Francisca. Por otra parte, si ella se convirtiera en la chaqueta ya Francisca no sabría nada más. Todo empezó a girar en su cabeza y bajó corriendo al jardín.

Francisca bebió de un sorbo su taza de café, estaba casi frío; no tenía ninguna relación, ¿por qué volvía a pensar en eso? Miró el cielo nublado. Lo que ocurría en ese momento era que el mundo presente estaba fuera de su alcance; no estaba únicamente expatriada de París, estaba expatriada del universo entero. Las personas sentadas en la terraza, las personas sentadas en la calle no pesaban en el suelo, eran sombras; las casas no eran sino un decorado sin relieve, sin profundidad. Y Gerbert que se adelantaba sonriendo no era, a su vez, más que una sombra liviana y encantadora.

—Salud —dijo.

Llevaba su gran abrigo castaño claro, una camisa a cuadritos pardos y amarillos, una corbata amarilla que hacía resaltar su tez cetrina. Se vestía siempre con gracia, Francisca estaba contenta de

verle, pero comprendió en seguida que no debía contar con él para que la ayudara a recobrar su lugar en el mundo; sería sólo un amable compañero de exilio.

—¿Vamos de todas maneras al Mercado de las pulgas, a pesar de este tiempo horrible? — preguntó Francisca.

—Es un poco de escarcha; no llueve.

Atravesaron la plaza y bajaron la escalera del metro.

¿De qué voy a hablarle durante todo el día?, pensó Francisca.

Era la primera vez desde hacía bastante tiempo que salía sola con él, y quería ser muy amable para borrar las últimas sombras que hubieran podido dejar en él las explicaciones de Pedro. ¿Pero qué? Ella trabajaba, Pedro también trabajaba. Una vida de funcionarios, como decía Javiera.

—Creí que nunca conseguiría escaparme —dijo Gerbert—. Había una muchedumbre para almorzar: Miguel y Lermière y los Adelson, toda la crema, como ve; había que oír la conversación: verdaderos fuegos artificiales; era penoso. Péclard ha hecho una nueva canción contra la guerra para Dominga Oryol; para ser justo no está mal. Pero la verdad es que no se saca gran cosa con canciones.

—Canciones, discursos —dijo Francisca—, nunca se ha hecho tal consumo de palabras.

—En este momento los diarios son formidables —dijo Gerbert, cuyo rostro se iluminó con una carcajada; en él, la indignación siempre tomaba la forma de la hilaridad.

—¡El plato que nos sirven sobre el resarcimiento francés! Y todo eso porque Italia les come un poco menos los hígados que Alemania.

—En realidad, no declararemos la guerra por Djibouti —dijo Francisca.

—Acepto, pero que sea dentro de seis meses o dentro de dos años, el pensar que no habrá más remedio que pasar por ahí no alienta mucho.

—Es lo menos que se puede decir —acotó Francisca.

Junto a Pedro le resultaba más fácil ser despreocupada, viérase lo que se viera. Pero Gerbert la ponía incómoda: no era alegre ser joven en estos tiempos. Lo miró con cierta inquietud. ¿Qué pensaba en el fondo? ¿Sobre él, sobre la vida, sobre el mundo? Nunca revelaba nada íntimo. Dentro de un rato iba a tratar de hablar seriamente con él; por el momento, el ruido del metro hacía difícil la conversación. Ella miro sobre la pared negra del túnel un jirón de cartel amarillo. Hoy, hasta su curiosidad carecía de convicción. Era un día en blanco, un día para nada.

—¿Sabe que tengo una leve esperanza de filmar en Diluvio? —dijo Gerbert—. Nada más que una silueta, pero ganaría mucho. —Frunció el ceño—. En cuanto tenga unos francos, me compro un coche; de segunda mano hay algunos que no cuestan nada.

—Muy bien hecho —dijo Francisca—, me matará sin duda, pero iré con usted. Salieron del metro.

—O si no —continuó Gerbert— levantaré un teatro de marionetas con Mullier. Begramian siempre dice que va a enchufarnos en Imágenes, pero es un falso.

—Son bonitos los títeres.

—Pero tener una sala y un dispositivo propio cuesta un ojo de la cara.

—Ya lo tendrá algún día —dijo Francisca.

Hoy no le divertían los proyectos de Gerbert; hasta se preguntaba por qué generalmente le encontraba a su existencia un encanto discreto. Estaba ahí, salía de un almuerzo aburrido en casa de Péclard, esta noche representaría por vigésima vez el papel del Joven Catón, no tenía nada especialmente enternecedor. Francisca miró a su alrededor; hubiera querido encontrar algo que resonara un poco en su corazón, pero esa larga avenida recta no le decía nada. En los carritos alineados al borde de la acera, no vendían sino mercancías austeras: algodones, medias, jabones.

—Será mejor que vayamos por una de esas callejuelas —dijo.

Aquí los zapatos viejos, los discos, las sedas podridas, las palanganas esmaltadas, las porcelanas cascadas descansaban sobre el suelo fangoso; mujeres morenas vestidas con harapos de colores vivos estaban sentadas contra la empalizada sobre diarios o viejas alfombras. Todo eso tampoco impresionaba.

—Mire —dijo Gerbert—, aquí sin duda encontraremos accesorios.

Francisca miró sin entusiasmo los objetos diversos extendidos a sus pies; evidentemente todos esos objetos sucios habían tenido sus historias; pero lo que uno veía eran pulseras, muñecas rotas, telas desteñidas sobre las cuales no se distinguía ninguna leyenda. Gerbert acarició una bola de cristal dentro de la cual flotaban confetti multicolores.

—Parece una bola para leer el provenir —dijo.

—Es un pisapapeles —dijo Francisca.

La vendedora les espiaba de reojo; era una mujer gorda, pintada, con pelo ondulado; su cuerpo estaba embutido en bufandas de lana y sus piernas envueltas con diarios viejos; ella tampoco tenía historia, ni porvenir, sólo una masa de carne transida. Y las empalizadas, las cabañas de lona, los jardines miserables donde se amontonaba la chatarra, no formaban como de costumbre un universo sórdido y atrayente; todo estaba allí, amontonado en sí mismo, inerte, informe.

—¿Qué es esa historia de hacer una gira? —preguntó Gerbert—. Bernheim habla de ella como si fuéramos a hacerla el año próximo.

—A Bernheim se le metió eso en la cabeza —contestó Francisca—. Evidentemente para él lo único interesante es el dinero, pero Pedro no quiere por nada; el año próximo tendremos otras cosas que hacer.

Saltó un charco de barro. Era exactamente lo mismo que antes en casa de su abuela, cuando había vuelto a cerrar la puerta que daba a la dulzura de la noche y a los perfumes del matorral; había un gran momento del mundo del que se sentía privada para siempre. En otra parte, algo estaba viviendo sin ella y sólo esa cosa contaba. Esta vez no podía decirse: «No sabe que existe, no existe.» Sabía, Pedro no perdía una de las sonrisas de Javiera y Javiera recogía con una atención encantada todas las palabras que Pedro le decía; juntos, sus ojos reflejaban el camarín de Pedro, con el retrato de Shakespeare colgado de la pared. ¿Acaso trabajaban? ¿O descansaban hablando del padre de Javiera, de la pajarera llena de pájaros, del olor del establo ?

—¿Hizo algo ayer Javiera en el curso de dicción? —preguntó Francisca.

Gerbert se echó a reír.

—Rambert le dijo que repitiera: «El perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Ramírez se lo ha robado.» Ella se puso roja y se miró los pies sin articular un sonido.

—¿Usted cree que tiene dotes? —preguntó Francisca.

—Está bien hecha —respondió Gerbert. Tomó a Francisca por el codo.

—Venga a ver —dijo bruscamente; se abrió camino entre la muchedumbre; la gente formaba círculo alrededor de un paraguas abierto que descansaba sobre el suelo embarrado; un nombre extendía naipes sobre un paño negro.

—Doscientos francos —dijo una vieja de pelo gris, que lanzaba alrededor miradas desesperadas—. Doscientos francos. —Le temblaban los labios; alguien la rechazó duramente.

—Son unos ladrones —dijo Francisca.

—Es sabido —dijo Gerbert.

Francisca miró con curiosidad al fullero de manos engañosas que hacía correr con presteza bajo la seda del paraguas tres rectángulos de cartón mugriento.

—Doscientos sobre ésta —dijo un hombre, colocando dos billetes sobre una de las cartas; guiñó el ojo maliciosamente: una de las esquinas estaba un poco doblada y se veía el rey de corazón.

—Ganó —dijo el charlatán dando vuelta al rey. Las cartas corrieron de nuevo bajo sus dedos.

—Está aquí, sigan la carta, miren bien, está aquí, aquí, aquí; a doscientos francos el rey de corazón.

—Está aquí; ¿quién pone cien francos conmigo? —dijo un hombre.

—Cien francos, aquí están los cien francos —gritó alguien.

—Ganó —dijo el charlatán arrojando cuatro billetes ajados. Les dejaba ganar a propósito, por supuesto, para tentar al público. Hubiera sido el momento de apostar; no era difícil. Francisca adivinaba el rey constantemente. Era aturdidor seguir las idas y venidas precipitadas de las cartas; resbalaban, saltaban a derecha, a izquierda, al medio, a izquierda.

—Es idiota —dijo Francisca—, se ve siempre.

—Está aquí —dijo el hombre.

—Cuatrocientos francos —dijo el charlatán. El hombre se volvió hacia Francisca.

—No tengo más que doscientos; están aquí; ponga doscientos conmigo —dijo precipitadamente.

A la izquierda, en el medio, a la izquierda, sí, estaba allí. Francisca puso dos billetes sobre la carta.

—Siete de trébol —dijo el trapalón. Tomó los billetes.

—¡Qué tontería! —dijo Francisca.

Estaba absorta como la mujer de hacía un rato; apenas un gesto tan rápido, no era posible que los billetes se hubieran perdido verdaderamente, sin duda, uno podía volver atrás. La próxima vez, teniendo cuidado...

—Venga —dijo Gerbert—, están todos conchabados. Va a perder hasta su último céntimo. Francisca le siguió.

—Sin embargo, sé muy bien que nunca se gana —agregó ella con rabia.

Era el día típico para hacer semejantes tonterías, todo era absurdo: los lugares, la gente, las palabras que se decían. ¡Qué frío hacía! La señora de Miquel tenía razón, ese abrigo era demasiado liviano.

—¿Si fuéramos a tomar una copa? —propuso Francisca.

—Bueno —dijo Gerbert—, vamos a ese gran café cantante.

Caía la noche; la clase había terminado, pero seguramente todavía no se habían separado; ¿dónde estaban? Quizá habían vuelto al Pôle Nord; cuando a Javiera le gustaba un lugar, en seguida se hacía un nido en él. Francisca evocó los bancos de cuero con sus grandes clavos cobrizos y las vidrieras y las pantallas a cuadros rojos y blancos, pero era en vano; los rostros y las voces y el gusto de los cocktails con hidromiel, todo había revestido un sentido misterioso que se habría disipado si Francisca hubiera abierto la puerta. Ambos le habrían sonreído con ternura. Pedro le habría resumido la conversación y ella habría bebido en un vaso con una pajita; pero nunca, ni siquiera por ellos, el secreto de esa entrevista podría ser revelado.

—Es este café —dijo Gerbert.

Era una especie de cobertizo calentado por enormes braseros y lleno de gente; la orquesta acompañaba ruidosamente a un cantor que vestía uniforme de soldado.

—Voy a tomar un coñac —dijo Francisca—. Me hará entrar en calor.

Esa llovizna pegajosa había penetrado hasta el fondo de su alma, se estremeció; no sabía qué hacer con su cuerpo ni con sus pensamientos. Miró a las mujeres en galochas y todas envueltas en gruesas bufandas, que bebían café sobre el cinc de los mostradores. ¿Por qué las bufandas son siempre violetas?, se preguntó. El soldado tenía la cara pintarrajeada de rojo; batía palmas con aire pícaro, aunque aún no había llegado a la estrofa obscena.

—¿Podría pagar en seguida? —dijo el camarero. Francisca mojó los labios en su vaso, un gusto violento de bencina y humedad le llenó la boca. Gerbert bruscamente lanzó una carcajada.

—¿Qué hay? —preguntó Francisca; en ese momento, él representaba doce años.

—Me hacen reír las palabrotas —dijo confuso.

—¿Cuál es la palabra que lo hizo reír de golpe?

—Escupitajo.

—¡ Escupitajo!

—Ah, pero tengo que verlo escrito.

La orquesta atacó un pasodoble; sobre el estrado, al lado del acordeonista, había una gran muñeca con sombrero, que parecía casi viva. Hubo un silencio.

Va a volver a pensar que nos aburre, pensó Francisca apenada. Pedro no había hecho mayores esfuerzos por recobrar la confianza de Gerbert. ¡En la amistad más sincera daba tan poco de sí mismo! Francisca trató de salir de su sopor; debía explicarle un poco a Gerbert por qué Javiera había tomado tanto lugar en sus vidas.

—Pedro cree que Javiera podrá ser una actriz.

—Sí, ya sé, parece estimarla mucho —dijo Gerbert con una sombra de molestia.

—Es un extraño personaje, no son sencillas las relaciones con ella.

—Es más bien fría. Uno no sabe cómo hablarle.

—Rechaza toda cortesía; es grandioso, pero también bastante incómodo.

—En la escuela no dice nunca una palabra a nadie. Se queda en un rincón, con todo el pelo echado sobre la cara.

—Una de las cosas que más la exasperan —dijo Francisca— es que seamos siempre amables el uno con el otro, Pedro y yo. Gerbert tuvo un gesto de asombro.

—Sin embargo, ¿sabe lo que hay entre ustedes?

—Sí, pero querría que uno continuara libre respecto a los sentimientos ; le parece que la constancia sólo se obtiene a fuerza de transacciones y mentiras.

—Es graciosísimo. Debería darse cuenta de que ustedes no tienen necesidad de eso.

—Evidentemente —dijo Francisca.

Miró a Gerbert con un poco de fastidio; un amor era de todos modos menos sencillo de lo que él pensaba. Era más fuerte que el tiempo, pero, sin embargo, se vivía dentro del tiempo y había, instante por instante, inquietudes, renunciadas, leves tristezas; por supuesto, todo eso no contaba, pero porque uno se negaba a que contara; a veces hacía falta un pequeño esfuerzo.

—Páseme un cigarrillo, da ilusión de calor.

Gerbert le tendió el paquete sonriendo; esa sonrisa era encantadora y nada más, pero se podía descubrir en ella una gracia perturbadora; Francisca adivinaba la dulzura que les habría encontrado a esos ojos verdes si los hubiera querido; había renunciado a todos esos bienes preciosos sin haberlos conocido siquiera; nunca los conocería. No les concedía ni un suspiro, pero, en fin, lo merecían.

—Es para morirse de risa ver a Labrousse con la chica Pagés —dijo Gerbert—, parece andar sobre huevos.

—Sí; él, que generalmente se interesa tanto por lo que encuentra en la gente de ambición, de apetito, de coraje, debe de hallar un cambio en esto. Nadie busca menos que ella el sentido de la vida.

—¿Está verdaderamente interesado en ella?

—Estar interesado en alguien, para Pedro, no es fácil decir lo que significa —dijo Francisca; miró con incertidumbre la brasa de su cigarrillo. Antes, cuando hablaba de Pedro, miraba dentro de sí misma; ahora, para descifrar sus rasgos, debía tomar distancia. Era casi imposible contestarle a Gerbert; Pedro rechazaba siempre toda solidaridad consigo mismo; de cada minuto exigía un progreso y con una furia de renegado ofrecía su pasado en holocausto a su presente. Una creía tenerlo encerrado en una perdurable pasión de ternura, de sinceridad, de sufrimiento, él ya bogaba como una sílfide en el otro extremo del tiempo; le dejaba a una entre las manos un fantasma que, desde lo alto de sus virtudes recién nacidas, condenaba con severidad. Lo peor era que guardaba rencor a sus víctimas por contentarse con un simulacro, un simulacro pasado de moda. Aplastó la colilla en el cenicero; antes le parecía divertido eso de que Pedro nunca estuviera retenido por el momento presente. ¿Pero hasta qué punto ella misma estaba a salvo de esas huidas traicioneras? Por supuesto, con nadie en el mundo Pedro habría aceptado una complicidad contra ella; ¿pero con él mismo? Se daba por sentado que él no tenía vida interior, pero, en fin, se necesitaba mucha complacencia para creer eso en forma total. Francisca sintió que Gerbert la miraba de reojo y se recobró.

—Lo que pasa, sobre todo, es que le inquieta —dijo.

—¿Cómo es eso?

Estaba muy sorprendido; a él también Pedro le parecía tan lleno, tan duro, tan perfectamente encerrado en sí mismo; no podía imaginar ninguna fisura por donde pudiera filtrarse la inquietud. Y, sin embargo, ¿Javier había rajado esa tranquilidad? ¿O no había hecho más que revelar una rajadura imperceptible?

—Se lo he dicho a menudo, si Pedro ha puesto tanto en el teatro, en el arte en general, es por una especie de decisión —dijo Francisca—. Y una decisión, cuando uno empieza a interrogarse, es siempre turbadora —sonrió—. Javier es un signo de interrogación viviente.

—Sin embargo, se ha obstinado mucho en eso —dijo Gerbert.

—Razón de más. Le excita que le hagan frente, afirmando que da lo mismo tomarse un café con leche que escribir Julio César.

Francisca sintió el corazón oprimido. ¿Podría afirmar seriamente que durante todos estos años Pedro nunca se había sentido cruzado por una duda? ¿O es que simplemente ella no había querido preocuparse?

—¿Usted qué piensa? —dijo Gerbert.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a la importancia de los cafés con leche.

—¡Oh, yo! —dijo Francisca; recordó una cierta sonrisa de Javier—. A mí me importa tanto ser feliz —dijo con desdén.

—No veo la relación —dijo Gerbert.

—Es cansado interrogarse. Es peligroso.

En el fondo se parecía a Isabel; de una vez por todas había hecho un acto de fe y descansaba tranquilamente sobre las evidencias pasadas. Habría debido volver a estudiarlo todo desde el principio, pero eso requería una fuerza sobrehumana.

—Y usted —dijo—, ¿qué piensa?

—¿Yo? Depende. —Sonrió—. Según se tenga ganas de beber o de escribir.

Francisca lo miró.

—A veces me he preguntado qué es lo que usted esperaba de su vida.

—Por lo pronto, querría estar seguro de tener todavía algún tiempo por delante —dijo.

Francisca sonrió.

—Nada más legítimo; pero supongamos que tenga esa suerte.

—Entonces no sé. —Gerbert reflexionó—. Quizá en otras épocas lo hubiera sabido mejor.

Francisca tomó un aire desenvuelto; si Gerbert no advertía la importancia de la pregunta quizá contestara.

—¿Pero usted está satisfecho de su existencia o no?

—Hay momentos buenos y otros menos buenos —dijo.

—Sí —dijo Francisca un poco decepcionada; vaciló—. Si uno se limita a eso, es un poco siniestro.

—Depende de los días —Gerbert hizo un esfuerzo—. Todo lo que se puede decir sobre la vida parece siempre palabrería.

—¿Ser dichoso o desdichado es palabrería para usted?

—Sí; no veo muy bien lo que significa.

—Pero usted es más bien alegre por naturaleza.

—Me aburro a menudo.

Había dicho eso con tranquilidad. Le parecía lo más normal un largo aburrimiento cruzado por pequeños destellos de placer. Unos buenos momentos, otros menos buenos. ¿No tendría razón después de todo? ¿Acaso el resto no era ilusión y literatura? Estaban allí, sentados en un banco de madera dura; hacía frío, había militares y familias alrededor de las mesas. Pedro estaba sentado ante otra mesa con Javiera, habían fumado unos cigarrillos, tomado unas copas y dicho unas palabras; y esos ruidos, esos vapores no se habían condensado en horas misteriosas cuya intimidad prohibida Francisca tuviera que envidiar; iban a separarse y en ninguna parte subsistiría un lazo que los atara el uno al otro. No había nada, en ninguna parte, que envidiar, ni que lamentar, ni que temer. El pasado, el porvenir, el amor, la dicha, era sólo ruido que se hacía con la boca. Nada existía salvo los músicos de blusa carmín y la muñeca de vestido negro con un pañuelo rojo alrededor del cuello; sus faldas levantadas sobre una amplia enagua bordada dejaban ver sus piernas flacuchas. Estaba allí; bastaba para llenar los ojos que podían descansar en ella durante un eterno presente.

—Dame tu mano, preciosa, te diré la buenaventura. —Francisca se estremeció y tendió maquinalmente la mano a una hermosa gitana vestida de amarillo y de violeta.

—Las cosas no marchan tan bien para ti como tú quisieras, pero ten paciencia, pronto sabrás una noticia que te dará felicidad —dijo la mujer de un tirón—. Tienes dinero, preciosa, pero no tanto como la gente cree, eres orgullosa y es porque tienes enemigos, pero vencerás todas las molestias. Si vienes conmigo, preciosa, te digo un secreto.

—Vaya —dijo Gerbert en tono apremiante. Francisca siguió a la gitana, que sacó de su bolsillo un pedacito de madera clara.

—Te digo el secreto: hay un joven moreno, tú lo quieres mucho, pero no eres feliz con él a causa de una joven rubia. Esto es un amuleto, lo envuelves en un pañuelito y lo llevas contigo durante tres días, y entonces eres dichosa con el joven. No se lo doy a nadie, pero a ti te lo doy por cien francos.

—Gracias —dijo Francisca—, no quiero amuleto; tome, por la buenaventura.

La mujer tomó el dinero.

—Cien francos para tu felicidad no es nada. ¿Cuánto quieres pagar por tu felicidad, veinte francos?

—Nada.

Volvió a sentarse junto a Gerbert.

—Sólo tonterías —dijo Francisca sonriendo—. Me ofrecía la felicidad por veinte francos, pero me parece demasiado cara si, como usted dice, no es más que una palabra.

—Yo no he dicho eso —respondió Gerbert, asustado de haberse comprometido hasta ese punto.

—Quizá sea verdad —dijo Francisca—, con Pedro usamos tanto las palabras, pero en realidad, ¿qué hay debajo de ellas?

La angustia que la acosó de pronto fue tan violenta, que casi tuvo ganas de gritar; era como si bruscamente el mundo se hubiera vaciado; no había nada más que temer, pero tampoco nada más que amar. No había absolutamente nada. Iba a ver a Pedro, dirían juntos palabras y luego se separarían; si la amistad de Pedro y de Javiera era sólo un espejismo hueco, el amor de Francisca y de Pedro no tenía mucha más vida; no hay más que una suma indefinida de instantes indiferentes; sólo un hervidero desordenado de carne y de pensamientos con la muerte al final.

—Vámonos —dijo ella bruscamente.

Pedro nunca llegaba tarde a una cita; cuando Francisca entró en el restaurante ya estaba sentado a la mesa de costumbre; ella hizo un gesto de alegría al verle pero en seguida pensó: No tenemos más que dos horas por delante, y su placer se esfumó.

—¿Pasaste una buena tarde? —dijo Pedro con ternura; una amplia sonrisa redondeaba su rostro y daba a sus rasgos una especie de inocencia.

—Fuimos al Mercado de las pulgas —contestó Francisca—. Gerbert estaba muy divertido, pero el tiempo era horrible. Perdí doscientos francos en una apuesta.

—¿Cómo has hecho? ¡Qué tonta eres! —Le tendió la carta—. ¿Qué tomas?

—Un guiso de conejo.

Pedro estudió la carta con aire preocupado.

—No hay huevos con mayonesa —dijo. Su rostro perplejo y decepcionado no conmovió a Francisca; comprobó con frialdad que era un rostro conmovedor.

—Entonces dos guisos.

—¿Te interesa que te cuente lo que hablamos? —le preguntó Francisca.

—Por supuesto me interesa.

Ella le lanzó una mirada, desconfiada; antes, habría pensado rotundamente: Le interesa, y en seguida habría contado todo. Cuando se dirigían a ella, las palabras, las sonrisas de Pedro, eran Pedro en persona; de pronto se le aparecían como signos ambiguos; Pedro los producía deliberadamente; estaba escondido detrás de ellos; sólo se podía afirmar: Dice que le interesa, y nada más.

Puso la mano sobre el brazo de Pedro.

—Cuenta tú primero —dijo—. ¿Qué has hecho con Javiera? ¿Trabajasteis por fin?

Pedro la miró con un aire un poco avergonzado.

—Nada —dijo.

—Decididamente —dijo Francisca sin ocultar su contrariedad. Era necesario que Javiera trabajara por su bien y por el de ellos; no podía vivir durante años como un parásito.

—Pasamos las tres cuartas partes de la tarde peleándonos.

Francisca sintió que componía su expresión, pero sin saber demasiado lo que temía revelar.

—¿A propósito de qué?

—Precisamente a propósito de su trabajo —dijo Pedro; sonrió al vacío—. Esta mañana, en el curso de improvisación, Bahin le pidió que paseara por un bosque cortando flores; ella contestó horrorizada que detestaba las flores y no quiso salir de ahí. Me lo contó con mucho orgullo y me puso fuera de mí.

Con aire plácido. Pedro inundó con salsa inglesa su guiso humeante.

—¿Y entonces? —preguntó Francisca con impaciencia. Él hablaba con calma, no sospechaba hasta qué punto era importante para ella saber.

—¡Oh, estalló! —contestó Pedro—. Se sintió herida; llegaba toda suave y sonriente y segura de que yo iba a trenzarle coronas y yo la arrastro por el fango. Me explicó, apretando los puños, pero con

esa pérfida cortesía que tú le conoces bien, que éramos peores que los burgueses, porque nosotros estábamos hambrientos de comodidad moral. No estaba muy errada, pero sentí una rabia espantosa; nos quedamos una hora en el Dôme sentados el uno frente al otro sin despegar los labios.

Todas esas teorías sobre la vida sin esperanza, sobre la vanidad del esfuerzo, terminaban por ser fastidiosas. Francisca se contuvo: no quería pasar el tiempo criticando a Javiera.

—¡Pues debía de ser alegre! —dijo. Era estúpida esa molestia que le anudaba la garganta; no era el caso de estar tomando actitudes ante Pedro.

—No es tan desagradable maquinar con rabia —dijo Pedro—. Creo que a ella tampoco le desagrada; pero tiene menos resistencia que yo, al final se desarmaba; entonces intenté un acercamiento. Fue duro porque estaba hoscamente anclada en el odio, pero terminé por ganar —agregó con aire satisfecho—, firmamos una paz solemne y, para sellar la reconciliación, me invitó a tomar el té en su cuarto.

—¿En su cuarto? —dijo Francisca. Hacia tiempo que Javiera no la recibía en su cuarto; sintió un leve escozor de despecho.

—¿Terminaste por arrancarle buenas resoluciones?

—Hablamos de otra cosa —dijo Pedro—. Le conté peripecias de nuestros viajes e imaginamos que hacíamos uno juntos. Sonrió.

—Improvizamos un montón de pequeñas escenas; un encuentro en medio del desierto entre una excursionista inglesa y un gran aventurero. ¿Ves el género? Tiene fantasía, si por lo menos sacara partido de ella.

—Habría que tratarla con más firmeza —dijo Francisca con un poco de reproche.

—Lo haré, no me regañes.

Esbozó una sonrisa rara, humilde y confusa.

—Me dijo bruscamente: Estoy pasando un momento formidable con usted.

—Y bueno, es todo un éxito —dijo Francisca. Estoy pasando un momento formidable con usted... ¿Estaba de pie, con los ojos perdidos en el vacío o sentada en el borde del diván, mirando a Pedro de frente? No valía la pena preguntarlo; ¿cómo definir el matiz preciso de su voz, el perfume que había en el cuarto en ese minuto? Las palabras sólo podían acercarse al misterio, pero sin hacerlo menos impenetrable; no hacían más que extender sobre el corazón una sombra más fría.

—No veo con exactitud qué sentimientos abriga hacia mí —dijo Pedro con aire preocupado—. Me parece que gana terreno; pero es un terreno tan inestable.

—Lo ganas de día en día —dijo Francisca.

—Cuando me despedí, estaba de nuevo siniestra. Se reprochaba el no haber dado su clase y tenía un ataque de asco por sí misma. —Miró a Francisca con aire serio. —Trata de ser amable con ella ahora.

—Siempre soy amable con ella —dijo Francisca con un poco de tirantez. Cada vez que Pedro pretendía dictarle su conducta hacia Javiera, ella se crispaba; no tenía ningunas ganas de ir a ver a Javiera y de ser amable, ahora que eso se presentaba como un deber.

—Es terrible ese amor propio que tiene —dijo Francisca—. Habría que estar segura de un éxito inmediato y deslumbrante para atreverse a arriesgarse.

—No es solamente amor propio —dijo Pedro.

—¿Entonces qué es?

—Ha dicho cien veces que la asqueaba rebajarse a todos esos cálculos, toda esa paciencia.

—¿Tú sientes que eso es rebajarse? —preguntó Francisca.

—Yo no tengo moral.

—¿Sinceramente crees que ella lo hace por moral?

—Pues sí, en un sentido —dijo Pedro con un poco de fastidio—. Tiene una actitud bien definida ante la vida, con la cual no transige: eso es lo que yo llamo una moral. Buscaba la plenitud: es el tipo de exigencia que siempre hemos estimado.

—Hay mucha abulia en su caso.

—¿La abulia qué es? —dijo Pedro—. Una manera de encerrarse en el presente; sólo allí encuentra la plenitud. Si el presente no se da, ella se encierra en su rincón como un animal enfermo. Pero, sabes, cuando uno lleva la inercia hasta el punto a que ella la lleva, la palabra abulia ya no conviene, pues

cobra una especie de poder. Ni tú ni yo tendríamos fuerzas para permanecer cuarenta y ocho horas en un cuarto sin ver a nadie y sin hacer nada.

—No digo que no —dijo Francisca. Sentía de pronto una necesidad dolorosa de ver a Javiera; había en la voz de Pedro una tibieza insólita: la admiración era, sin embargo, un sentimiento que él pretendía ignorar.

—En compensación, cuando una cosa la conmueve, es sorprendente la manera en que puede gozar de ella; siento mi sangre tan pobre al lado de ella; por poco me sentiría humillado.

—Sería la primera vez en tu vida que conocerías la humildad —dijo Francisca tratando de reír.

—Le dije al irme que ella era una perla negra —agregó Pedro gravemente—. Se encogió de hombros, pero lo creo de veras. Todo es tan puro en ella y tan violento.

—¿Por qué negra?

—A causa de esa especie de perversidad que tiene. Por momentos parecería que es una necesidad en ella hacer el mal, hacerse daño y hacerse odiar.

Quedó un instante soñador.

—Es curioso, sabes, a menudo, cuando uno le dice que la estima, se encabrita, como si tuviera miedo; se siente encadenada por esa estima que uno le ofrece.

—No tarda mucho en sacudir sus cadenas —dijo Francisca.

Vacilaba; casi tenía ganas de creer en ese cuadro seductor; si ahora se sentía a menudo separada de Pedro, era porque lo había dejado avanzar solo por ese camino de admiración y de ternura. Sus ojos ya no contemplaban las mismas imágenes; ella sólo veía una chica caprichosa donde Pedro veía un alma exigente y huraña. Si ella consentía en alcanzarlo, si ella renunciaba a esa resistencia obstinada...

—Hay mucha verdad en todo eso —dijo—. A menudo siento algo patético en ella.

Volvió a ponerse toda rígida; esa máscara atrayente era una astucia, ella no cedería a ese hechizo; no tenía idea de lo que ocurriría si ella cedía; sabía solamente que un peligro la amenazaba.

—Pero es imposible tener amistad con ella —agregó con aspereza—. Es de un egoísmo demasiado monstruoso; ni siquiera es que se prefiera a las demás personas, no tiene el más mínimo sentido de la existencia ajena.

—Sin embargo, te quiere mucho —dijo Pedro con un leve reproche—, y tú eres bastante dura con ella, ¿sabes?

—Es un amor que no es agradable —dijo Francisca—. Me trata a la vez como un ídolo y como un felpudo. Quizá en el secreto de su alma contempla mi esencia con adoración; pero dispone con un desparpajo más bien desagradable de mi pobre persona de carne y hueso. Eso es muy comprensible; un ídolo nunca tiene hambre, ni sueño, ni le duele la cabeza; se le venera sin pedirle su opinión sobre el culto que se le rinde.

Pedro se echó a reír.

—Hay algo de cierto; pero vas a encontrarme parcial: a mí me conmueve su incapacidad de mantener relaciones humanas con la gente.

Francisca también sonrió.

—Te encuentro un poco parcial —dijo.

Salieron del restaurante; no se había hablado sino de Javiera; todos los momentos que no pasaban con ella los pasaban hablando de ella; se estaba convirtiendo en una obsesión. Francisca miró a Pedro con tristeza: no le había hecho ninguna pregunta; le era perfectamente indiferente todo lo que Francisca había podido pensar durante el día. Cuando la escuchaba con aire interesado, ¿no sería por cortesía? Apretó su brazo contra el suyo para conservar por lo menos un contacto con él. Pedro le oprimió levemente la mano.

—Sabes, extraño un poco no dormir contigo —dijo.

—Sin embargo, tu camerino está muy bonito ahora —dijo Francisca—; todo recién pintado.

Era aterrador. La frase acariciadora, el ademán tierno; ella ya no veía en ellos sino una intención de ser amable; no eran objetos plenos, no llegaban. Se estremeció. Era como un resorte que se había soltado a pesar de ella. Y ahora que eso había empezado, se preguntaba si alguna vez la duda podría ser detenida.

—Que pases una noche agradable —dijo Pedro con ternura.

—Gracias, hasta mañana —dijo Francisca.

Lo miró desaparecer por la puertecita del teatro, y un sufrimiento agudo la desgarró. Detrás de las frases y de los gestos, ¿qué había? «No formamos más que uno.» En favor de esa cómoda confusión, ella siempre se había dispensado de inquietarse por Pedro; pero eran sólo palabras: eran dos. Ella lo había sentido una noche en el Pôle Nord. Eso es lo que le había reprochado pocos días después a Pedro. Ella no había querido profundizar su desagrado, se había refugiado en la ira para no ver la verdad: pero Pedro no tenía la culpa, no había cambiado. Era ella quien durante años había cometido el error de mirarle tan sólo como una justificación de sí misma: hoy advertía que vivía por cuenta propia y el precio de su confianza aturdida era que se encontraba de pronto en presencia de un desconocido. Aceleró el paso. La única manera de poder acercarse a Pedro era alcanzar a Javiera y tratar de verla como él la había visto. Estaba lejos el tiempo en que Francisca miraba a Javiera sólo como un pedazo de su propia vida. Ahora se encaminaba con una ansiedad ávida y descorazonada hacia un mundo extraño que apenas iba a entreabrirse ante ella.

Francisca permaneció un instante inmóvil ante la puerta; ese cuarto la intimidaba; era verdaderamente un lugar sagrado; allí se celebraba más de un culto, pero la divinidad suprema hacia quien se elevaban el humo de los cigarrillos rubios y los perfumes de té y de lavanda, era la misma Javiera, contemplada por sus propios ojos.

Francisca golpeó suavemente.

—Entre —dijo una voz alegre.

Con cierta sorpresa, Francisca empujó la puerta; de pie con su larga bata verde y blanca, Javiera sonreía divertida por el asombro que pensaba suscitar. Una lámpara velada de rojo arrojaba en la habitación una luz sangrienta.

—¿Quiere que pasemos la velada en mi cuarto? —preguntó Javiera—. He preparado una pequeña cena.

Junto al lavabo, una vasija ronroneaba sobre un hornillo de alcohol, y Francisca distinguió en la penumbra dos platos llenos de sandwiches multicolores. No era posible rechazar la invitación: bajo su aspecto tímido, las invitaciones de Javiera eran siempre órdenes imperiosas.

—¡Qué buena es! Si hubiera sabido que era una noche de gala, me habría vestido más elegante.

—Está muy guapa así —dijo Javiera con ternura—. Póngase cómoda. Mire, he comprado té verde; las hojitas todavía parecen vivas y va a ver qué perfumado es.

Hinchó las mejillas y sopló con todas sus fuerzas sobre la llama del hornillo. Francisca se avergonzó de su malevolencia.

Es verdad que soy dura, pensó, me pongo rancia.

¡Qué áspero era su tono poco antes al hablarle a Pedro! El rostro atento que Javiera inclinaba sobre la tetera no podía sino desarmar.

—¿Le gusta el caviar rojo? —preguntó Javiera.

—Sí, está muy bien —contestó Francisca.

—Ah, me alegro, tenía tanto miedo de que no le gustara.

Francisca miró los sandwiches con cierta aprensión; sobre lonchas de pan negro cortadas en redondo, en cuadrado, en rectángulo, se extendían unas especie de dulces abigarrados; aquí y allí emergía una anchoa, una aceituna, una rodaja de remolacha.

—No hay dos que sean iguales —dijo Javiera con orgullo; sirvió una taza de té humeante—. Me vi obligada a poner un poquito de salsa de tomate aquí y allá —agregó rápidamente—, quedaban así más bonitos, pero ni la notará.

—Parecen deliciosos —dijo Javiera con resignación; odiaba el tomate. Eligió el menos rojo de los sandwiches; tenía un gusto extraño, pero no era feo.

—¿Ha visto que tengo nuevas fotos? —dijo Javiera.

Sobre el papel de follaje verde y rojo que tapizaba las paredes, había pinchado un lote de desnudos artísticos; Francisca examinó cuidadosamente las largas espaldas encorvadas, los pechos ofrecidos.

—No creo que Labrousse las haya encontrado bonitas —dijo Javiera con una mueca fruncida.

—La rubia es quizá un poquito gorda —dijo Francisca—, pero la mujercita morena es encantadora.

—Tiene una hermosa nuca larga que se parece a la suya —dijo Javiera con voz acariciadora. Francisca le sonrió; de pronto se sentía liberada; toda la mala poesía de aquel día se había desvanecido. Miró el diván, los sillones tapizados de una tela a rayas amarillas, verdes y rojas como un traje de arlequín; le gustaba ese cosquilleo de colores osados y marchitos, y esa luz fúnebre, y ese olor a flores muertas y carne viva que flotaba siempre alrededor de Javiera. Pedro no había conocido ninguna otra cosa de ese cuarto y Javiera no había vuelto hacia él un rostro más conmovedor que el que alzaba hacia Francisca; esos rasgos encantadores componían una honesta cara de niña y no una inquietante máscara de bruja.

—Coma más sandwiches —dijo Javiera.

—Verdaderamente no tengo más hambre.

—Oh —dijo Javiera con tristeza—, es que no le gustan.

—Pues sí, me gustan —dijo Francisca tendiendo la mano hacia el plato; conocía bien esa tierna tiranía. Javiera no buscaba el placer ajeno; se encantaba egoístamente con el placer de dar placer. ¿Pero era eso criticable? ¿No era amable así? Con los ojos brillantes de satisfacción, miraba a Francisca absorber un espeso puré de tomates; habría que ser una roca para no sentirse conmovida por su alegría.

—Tuve un gran placer hace un rato —dijo Javiera en tono confidencial.

—¿Qué?

—El hermoso bailarín negro me dirigió la palabra.

—Tenga cuidado de que la rubia no le arranque los ojos —dijo Francisca.

—Me crucé con él en la escalera cuando subía con mi té y todos mis paquetes. —Los ojos de Javiera se iluminaron—. ¡Qué atractivo estaba! Llevaba un abrigo muy claro y un sombrero gris pálido, quedaba tan guapo con esa piel oscura. Los paquetes se me cayeron de las manos. El me los recogió con una amplia sonrisa y me dijo: «Buenas noches, señorita, buen provecho.»

—¿Y usted qué contestó?

—Nada —dijo Javiera con aire escandalizado—. Me escapé. —Sonrió.

—Es gracioso como un gato, tiene el mismo aspecto inconsciente y traidor.

Francisca nunca había mirado muy bien a ese negro; al lado de Javiera se sentía tan seca; cuántos recuerdos habría traído Javiera del Mercado de las pulgas; y ella no había sabido ver sino trapos sucios, barracas agujereadas.

Javiera llenó de nuevo la taza de Francisca.

—¿Trabajó bien esta mañana? —preguntó con ternura. Francisca sonrió. Javiera le hacía una insinuación decidida; por lo general odiaba ese trabajo al que Francisca consagraba lo mejor de su tiempo.

—Bastante bien; pero tuve que irme a mediodía para almorzar en casa de mi madre.

—¿Algún día podré leer su libro? —preguntó Javiera con una mueca coqueta.

—Por supuesto —dijo Francisca—. Le mostraré los primeros capítulos cuando quiera.

—¿De qué se trata?

Se sentó en cuclillas sobre un almohadón y sopló levemente sobre su té hirviente. Francisca la miró con un leve remordimiento; estaba conmovida por ese interés que Javiera le demostraba; hubiera debido tratar más a menudo de tener verdaderas conversaciones con ella.

—Es sobre mi juventud —dijo Francisca—. Quisiera explicar en mi libro por qué se es generalmente tan desgraciado cuando se es joven.

—¿Le parece que uno es desgraciado?

—Usted no. Usted tiene un alma bien nacida.

Reflexionó.

—Mire, cuando es uno pequeño se resigna fácilmente a no ser tomado en cuenta; pero a los diecisiete años eso cambia. Uno se pone a querer existir de veras y como por dentro se siente siempre igual, quiere buscar tontamente garantías exteriores.

—¿Cómo es eso? —dijo Javiera.

—Uno busca la aprobación de la gente, escribe sus pensamientos, se compara con modelos probados. Mire a Isabel, por ejemplo. En un sentido nunca ha traspuestos ese umbral. Es una eterna adolescente.

Javiera se echó a reír.

—Usted sin duda no se parecía a Isabel —dijo.

—En parte. Isabel nos fastidia porque nos escucha servilmente a Pedro y a mí y porque se fabrica sin cesar. Pero si se trata de comprenderla con un poco de simpatía, se advierte en todo eso un esfuerzo torpe por darle a su vida y a su persona un valor seguro. Hasta su respeto por las convenciones sociales, el matrimonio, la notoriedad, es otra forma de esa preocupación.

El rostro de Javiera se ensombreció levemente.

—Isabel es una pobre infeliz vanidosa y nada más.

—No, justamente eso no es todo —dijo Francisca—. Hay que comprender de dónde proviene eso.

Javiera se encogió de hombros.

—¿De qué sirve tratar de comprender a las personas que no valen la pena?

Francisca reprimió un movimiento de impaciencia; Javiera se sentía herida en cuanto se hablaba con indulgencia o simplemente con imparcialidad de alguien que no fuera ella.

—En un sentido, todo el mundo vale la pena —le dijo a Javiera, que la escuchaba con una atención enfurruñada—. Isabel enloquece cuando mira dentro de sí misma, porque sólo encuentra vacío; no se da cuenta de que es el destino corriente. A las otras personas, al contrario, las ve desde afuera, a través de las palabras, de los gestos, de los rostros, de todo lo que parece pleno. Eso produce una especie de espejismo.

—Es raro —observó Javiera—; por lo general, usted no le encuentra tantas excusas.

—Es que no se trata de excusar ni de condenar.

—Yo he notado que Labrousse y usted atribuyen a la gente un montón de misterios. Pero es más simple que todo eso.

Francisca sonrió; era el mismo reproche que ella le había dirigido un día a Pedro: complicar a Javiera por gusto.

—La gente es simple si se la mira superficialmente —dijo.

—Tal vez —dijo Javiera con ese tono cortés y negligente que ponía decididamente fin a las discusiones. Dejó su taza y sonrió a Francisca con aire conciliador.

—¿Sabe lo que me contó la criada? —dijo—. Que en el número 9 hay un individuo que es a la vez hombre y mujer.

—¿El 9? Por eso tiene esa cara severa y esa voz gruesa —dijo Francisca—. ¿Por qué se viste de mujer su individuo? ¿Es ése, no?

—Sí, pero lleva nombre de hombre. Es un austriaco. Parece que cuando nació, vacilaron; por fin lo declararon varón. Y a eso de los quince años tuvo un accidente específicamente femenino, pero los padres no le hicieron cambiar el estado civil. —Javiera agregó en voz baja—: Además tiene vello en el pecho y otras particularidades. Se ha hablado mucho de él en su país, hicieron films sobre él, ganaba mucho dinero.

—Me imagino que en los hermosos tiempos del psicoanálisis y de la sexología, allí debía de ser una ganga ser hermafrodita.

—Sí, pero cuando hubo esos líos políticos, sabe —dijo Javiera con aire vago—, la echaron. Entonces se refugió aquí; no tiene un centavo y parece que es muy desdichada porque su corazón la empuja hacia los hombres, pero los hombres no quieren saber nada.

—¡Pobre! La verdad es que ni a los pederastas debe de convenirles —dijo Francisca.

—Llora todo el tiempo. —Javiera miró a Francisca con aire triste—. Sin embargo, no es su culpa. ¿Cómo se puede echar a una persona de un país porque está hecha de una manera o de otra? No hay derecho.

—Los gobiernos tienen los derechos que toman.

—No lo comprendo —dijo Javiera en tono de crítica—. ¿No hay acaso ningún país donde uno pueda hacer lo que le da la gana?

— Ninguno.

— Entonces habría que irse a una isla desierta.

— Hasta las islas desiertas pertenecen ahora a alguien. No hay salida.

Javiera sacudió la cabeza.

— Ya encontraré una manera — dijo.

— No creo; estará obligada, como todo el mundo, a aceptar un montón de cosas que no le gusten.

Sonrió:

— ¿Esa idea la subleva?

— Sí.

Lanzó a Francisca una mirada oblicua.

— ¿Labrousse le dijo que no estaba contento con mi trabajo?

— Me dijo que habían discutido largamente — agregó Francisca alegremente —, pero le halagó mucho que usted le invitara a su cuarto.

— Las cosas se dieron así — dijo Javiera secamente.

Volvió la espalda para ir a llenar de agua la cacerola. Hubo un breve silencio. Pedro se equivocaba si creía haber obtenido perdón: en Javiera nunca triunfaba la última impresión. Sin duda había vuelto a pensar con cólera en esa tarde y se había irritado por encima de la reconciliación final.

Francisca la miró. ¿Esta recepción encantadora no sería simplemente un exorcismo? ¿No habría sido burlada una vez más? El té, los sandwiches, el hermoso vestido verde no estaban destinados a honrarla, sino más bien a retirarle a Pedro un privilegio precipitadamente concedido. Se le anudó la garganta. No, no era posible entregarse a esa amistad; en seguida se sentía en la boca un gusto falso, un gusto a tajo de cuchillo.

VII

— Tomará un poco de ensalada de frutas — dijo Francisca; usó los codos para abrirlle paso a Juana Harbley hasta la mesa. La tía Cristina no se había separado de ella; sonreía con adoración a Guimiot, que sorbía un helado de café con aire condescendiente. De una mirada, Francisca verificó que los platos de sandwiches y de pastelillos todavía tenían buen aspecto; había el doble de gente que en la Nochebuena del año pasado.

— Qué bonita es esta decoración — dijo Juana Harbley. Francisca contestó por décima vez:

— Es de Begramian, tiene muy buen gusto.

Había algún mérito en haber transformado tan rápidamente en salón de baile un campo de batalla romano, pero a Francisca no le gustaba mucho esa profusión de acebo, de muérdago, de ramas de pino. Miró a su alrededor en busca de caras nuevas.

— ¡Cómo le agradezco que haya venido! Labrousse va a estar tan contento de verla.

— ¿Dónde está el querido maestro?

— Allí, con Berger, le vendrá muy bien que usted vaya a distraerle.

Blanca Bouguet no era mucho más divertida que Berger, pero siempre sería un cambio. Pedro parecía ausente: de vez en cuando levantaba la nariz con aire preocupado; estaba inquieto por Javiera: tenía miedo de que se emborrachara o se escapara. En ese momento estaba sentada en el borde del proscenio al lado de Gerbert. Balanceaba las piernas en el vacío y parecían aburridísimas. En el tocadiscos sonaba una rumba, pero la muchedumbre era demasiado densa para que se pudiera bailar.

¡Que se jorobe Javiera!, pensó Francisca. La noche ya era bastante difícil así; se volvería intolerable si había que preocuparse por sus juicios y por sus humores.

Que se jorobe, repitió Francisca con un poco de indecisión.

— ¿Ya se va? ¡Qué lástima!

Siguió con una mirada satisfecha la silueta de Abelson; cuando todos los invitados serios se hubieran ido, ya no habría que tomarse tanto trabajo. Francisca se dirigió hacia Isabel; hacía media hora que fumaba apoyada en una columna, con la mirada fija, sin hablar con nadie; pero atravesar el escenario era toda una expedición.

—¡Qué amable en haber venido! ¡ Labrousse va a estar tan contento! Está entre las garras de Blanca Bouguet, trate de liberarle.

Francisca avanzó algunos centímetros.

—Está deslumbrante, María Angela, ese azul con ese violeta es precioso.

—Es un conjunto de Lanvin; es bonito, ¿no es cierto? Unos apretones de mano, unas sonrisas, y Francisca se encontró junto a Isabel.

—Es un suplicio —dijo con animación. Se sentía verdaderamente cansada; en estos últimos tiempos estaba cansada a menudo.

—Hay mucha elegancia esta noche —dijo Isabel—. ¿Has notado qué piel tan fea tienen todas esas actrices?

El cutis de Isabel tampoco era muy lindo; hinchado y amarillento. Se abandona, pensó Francisca; era difícil creer que seis semanas antes, la noche del estreno, tuviera un brillo casi deslumbrante.

—Son los afeites —dijo Francisca.

—Los cuerpos son formidables —dijo Isabel, imparcial—. ¡Pensar que Blanca Bouguet tiene más de cuarenta años!

Los cuerpos eran jóvenes y los cabellos de tonos demasiado perfectos, lo mismo que el firme dibujo de los rostros, pero esa juventud no tenía la frescura de las cosas vivas, era una juventud embalsamada; ni arrugas ni patas de gallo marcaban las carnes cuidadas; ese aire gastado alrededor de los ojos era, por lo mismo, más inquietante. Envejecían por debajo; podrían envejecer todavía mucho tiempo sin que crujiera el caparazón bien lustrado, y después, un día, de golpe, esa cáscara brillante, ya delgada como un papel de seda, caería hecha polvo; entonces se vería aparecer a una anciana perfectamente acabada, con sus arrugas, sus manchas, sus venas hinchadas, sus dedos nudosos.

—Mujeres bien conservadas —dijo Francisca—, es atroz esa expresión; me hace pensar siempre en conservas de langosta y en el camarero que le dice a uno: «Es tan buena como si fuera fresca».

—No tengo tantos prejuicios en favor de la juventud —dijo Isabel—. Esas chiquillas están tan mal vestidas, no causan impresión.

—¿No te parece que Canzetti está encantadora con su gran falda de gitana? —dijo Francisca—, y mira a la chica Eloy y a Chanaud; evidentemente el corte no es impecable...

Esos vestidos un poco torpes tenían toda la gracia de las existencias indecisas de las cuales reflejaban las ambiciones, los sueños, las dificultades, los recursos; el ancho cinturón amarillo de Canzetti, los bordados sembrados en la blusa de Eloy les pertenecían tan íntimamente como sus sonrisas. Antes Isabel se vestía así.

—Te aseguro que darían mucho esas mujercitas por parecerse a la Harbley o a la Bouguet —dijo Isabel con acritud.

—Eso sí, si lo consiguen, serán iguales a las otras —afirmó Francisca.

Abrazó el escenario con una mirada; las hermosas actrices triunfantes, las principiantas, los fracasados decentes, eran una muchedumbre de destinos separados que componían ese confuso hervidero; daba un poco de vértigo. En ciertos momentos le parecía a Francisca que esas vidas habían venido a entrecruzarse expresamente para ella en ese punto del espacio y del tiempo en que se encontraban; en otros instantes, ya no era nada de eso. Las personas estaban dispersas cada cual para sí.

—En todo caso, Javiera está muy mal esta noche —dijo Isabel—. ¡Esas flores que se ha puesto en el pelo son de un mal gusto!

Francisca había pasado un largo rato con Javiera haciendo ese ramito tímido, pero no quiso contradecir a Isabel; ya había bastante hostilidad en su mirada aun cuando se compartía su opinión.

—Son graciosos los dos —dijo Francisca.

Gerbert le encendía el cigarrillo a Javiera, pero evitaba cuidadosamente su mirada; estaba rígido en un elegante traje oscuro que le había prestado Péclard. Javiera miraba con obstinación la punta de sus zapatos.

—Desde que los observo, no han cambiado una palabra —dijo Isabel—. Son tímidos como dos enamorados.

—Se aterrorizan —comentó Francisca—. Es una lástima, hubieran podido ser dos buenos camaradas.

La perfidia de Isabel no le llegaba, su ternura por Gerbert estaba totalmente despojada de celos; pero no era agradable sentirse profundamente odiada. Era casi un odio confesado; Isabel ya no hacía nunca una confidencia; todas sus palabras, todos sus silencios eran reproches vivientes.

—Bernheim me dijo que sin duda harían una gira el año próximo —dijo Isabel—. ¿Es verdad?

—Que no, no es verdad. Se le metió en la cabeza que Pedro terminaría por ceder, pero se equivoca. El invierno próximo Pedro montará su obra.

—¿Inauguraréis la temporada con ella? —preguntó Isabel.

—Todavía no lo sé.

—Sería una lástima hacer una gira —agregó Isabel con aire preocupado.

—Es mi opinión —afirmó Francisca.

Se preguntó con un poco de sorpresa si Isabel esperaba todavía algo de Pedro; quizá para octubre pensara hacer una nueva tentativa en favor de Battier.

—Esto se vacía un poco —dijo.

—Tengo que ver a Lisa Malan —dijo Isabel—; parece que tiene algo importante que decirme.

—Yo voy a socorrer a Pedro —anunció Francisca.

Pedro daba efusivos apretones de mano, pero por más que tratara, no sabía poner calor en sus sonrisas; era un arte que la señora de Miquel había enseñado muy especialmente a su hija.

Me pregunto qué se trae con Battier, pensó Francisca mientras prodigaba adioses. Isabel había echado a Guimiot con el pretexto de que le había robado cigarrillos; había reanudado sus relaciones con Claudio, pero las cosas no debían de andar muy bien, porque nunca había estado más siniestra.

—¿Dónde se habrá metido Gerbert? —preguntó Pedro. Javiera estaba sola en medio del escenario, con los brazos caídos.

—¿Por qué no se baila? —agregó—. Hay sitio de sobra.

Había nerviosismo en su voz. Con el corazón un poco oprimido, Francisca miró ese rostro que había amado durante tanto tiempo con una paz ciega; había aprendido a descifrarlo; no estaba tranquilizador esa noche, parecía tanto más frágil porque estaba tenso y rígido.

—Las dos y diez —dijo Francisca—, ya no vendrá nadie.

Pedro tenía un carácter que no le permitía alegrarse mucho en los momentos en que Javiera se mostraba amable con él y como desquite, apenas fruncía el ceño, se sentía desgarrado de furor o de remordimiento. Necesitaba sentirla en su poder para estar en paz consigo mismo. Cuando la gente se interponía entre ella y él, estaba siempre inquieto e irritable.

—¿No se aburre demasiado? —preguntó Francisca.

—No —dijo Javiera—. Lo único penoso es oír un buen jazz y no poder bailar.

—Pero ahora se puede bailar muy bien —dijo Pedro. Hubo un breve silencio; los tres sonreían, pero las palabras no acudían a ellos.

—Si quiere, le enseño a bailar la rumba —dijo Javiera dirigiéndose a Francisca, con demasiado animación.

—Prefiero limitarme al slow —dijo Francisca—, soy demasiado vieja para la rumba.

—¿Cómo puede decir eso? —Javiera miró a Pedro con un aire quejumbroso—. ¡Bailaría tan bien si quisiera!

—¡No tienes nada de vieja! —exclamó Pedro.

De golpe, al acercarse a Javiera, se habían iluminado su rostro y su voz; manejaba los menores matices con una precisión inquietante: tenía que estar atento y no poseía en absoluto esa alegría liviana y tierna que brillaba en sus ojos.

—La misma edad que Isabel —dijo Francisca—. Acabo de verla, no es consolador.

—Qué es lo que dices de Isabel —respondió Pedro—. No te has mirado en el espejo.

—Nunca se mira —dijo Javiera lamentándolo—. Un día habría que filmarla sin que se diera cuenta y después lo proyectaríamos delante de ella por sorpresa; no tendría más remedio que verse y quedaría asombradísima.

—Le gusta mucho imaginarse que es una señora madura —comentó Pedro—, ¡Si supieras lo joven que pareces!

—Pero no tengo muchas ganas de bailar. —Ese coro de enternecimientos la ponía sobre ascuas.

—¿Entonces, quiere que bailemos nosotros dos? —dijo Pedro.

Francisca los siguió con la mirada; daba gusto verlos. Javiera bailaba con la liviandad del humo, no tocaba el suelo; Pedro era un cuerpo pesado que parecía arrancado por hilos invisibles a las leyes de la gravedad: tenía la milagrosa soltura de los títeres.

Me hubiera gustado saber bailar, pensó Francisca.

Hacia diez años que había abandonado. Ya era muy tarde para volver a empezar. Levantó una cortina y en la oscuridad de las bambalinas encendió un cigarrillo; aquí, por lo menos, tendría un poco de paz. Demasiado tarde. No sería nunca una mujer que posee un dominio exacto de su cuerpo; lo que podía conseguir hoy no era interesante; adornos, fiorituras, se notaría que era exterior. Eso significaban los treinta años: una mujer hecha. Ya era para la eternidad una mujer que no sabe bailar, una mujer que no ha tenido más que un amor en su vida, una mujer que no ha bajado en canoa el Cañón del Colorado ni atravesado a pie las planicies del Tibet. Esos treinta años no eran solamente un pasado que arrastraba tras de ella, se habían colocado todos a su alrededor, en sí misma, eran su presente, su porvenir, eran la sustancia de la cual estaba hecha. Ningún heroísmo, ningún acto absurdo podrían cambiar nada. Sin duda tenía mucho tiempo antes de la muerte para aprender el ruso, leer a Dante, ver Brujas y Constantinopla; todavía podía sembrar, aquí y allí en su vida, incidentes imprevistos, talentos nuevos; pero seguiría siendo hasta el final esta vida y no otra; y su vida no se distinguía por sí misma. En un deslumbramiento doloroso, Francisca se sintió traspasada por una luz árida y blanca que no dejaba en ella ningún repliegue de esperanza; por un momento permaneció inmóvil, mirando brillar en la oscuridad la punta roja de su cigarrillo. Una risita, unos susurros ahogados la arrancaron de su sopor: esos corredores sombríos eran siempre muy buscados. Se alejó sin ruido y volvió al escenario; ahora la gente parecía divertirse mucho.

—¿De dónde sales? —preguntó Pedro—. Acabamos de conversar un rato con Paula Berger; a Javiera le pareció preciosa.

—La he visto —contestó Francisca— y la invité a quedarse hasta la madrugada.

Paula le resultaba simpática, pero era difícil verla sin su marido y todo el resto de la banda.

—Es formidablemente guapa —dijo Javiera—. No se parece en nada a todos esos grandes maniqués.

—Tiene un aire demasiado parecido a una monja o a una evangelista —agregó Pedro.

Paula estaba conversando con Inés; llevaba un vestido largo y cerrado de terciopelo negro: dos bandas lisas de pelo rubio rojizo encuadraban su rostro de frente amplia y órbitas profundas.

—Las mejillas son un poco ascéticas —dijo Javiera—, pero tiene una boca grande muy generosa y ojos llenos de vida.

—Ojos transparentes —repuso Pedro. Miró a Javiera y sonrió—. A mí me gustan los ojos cargados.

Pedro era un poco desleal al hablar de Paula de esa manera; por lo general, la estimaba mucho; sentía un placer perverso en inmolarla gratuitamente a Javiera.

—Es espléndida cuando baila —dijo Francisca—; lo que hace es más bien mímica que danza; la técnica no es muy perfecta, pero puede hacer casi cualquier cosa.

—¡Me gustaría tanto verla bailar! —dijo Javiera. Pedro miró a Francisca.

—Deberías ir a pedírselo —dijo.

—Temo que sea indiscreto.

—Por lo general no se hace rogar.

—Me intimida.

Paula Berger era de una afabilidad perfecta con todo el mundo, pero nunca se sabía lo que pensaba.

—¿Usted ha visto alguna vez a Francisca intimidada? —preguntó Pedro riendo—. ¡Le aseguro que es la primera vez en mi vida!

—¡Sería tan bonito! —dijo Javiera.

—Bueno, voy a ir —dijo Francisca.

Se acercó riendo a Paula Berger. Inés parecía muy abatida; tenía un asombroso vestido de moaré rojo y una redecilla de oro en sus cabellos amarillos. Paula la miraba a los ojos mientras le hablaba en tono alentador y un poco maternal. Se volvió hacia Francisca con vivacidad.

—¿ No es cierto que en el teatro de nada sirven los dones si no se tiene fe y coraje?

—Por supuesto —dijo Francisca.

La cuestión no era esa e Inés lo sabía, pero, sin embargo, pareció alegrarse.

—Vengo a pedirle una cosa —dijo Francisca. Sintió que se ruborizaba y tuvo un impulso de rabia contra Pedro y contra Javiera.

—Si le molesta en lo más mínimo, dígamelo, pero nos daría mucho placer si quisiera bailar algo.

—Cómo no —dijo Paula—. Lo único es que no tengo ni música ni accesorios.

Se sonrió como excusándose.

—Ahora bailo con una máscara y un vestido largo. Paula miró a Inés, vacilando.

—Puedes acompañarme en la danza de las máquinas —dijo—, y en cuanto a la fregona, la hago sin música. Lo malo es que ya conocen eso.

—No importa, me gustaría verlo de nuevo —dijo Francisca—. Es usted un encanto; voy a parar el tocadiscos.

Javiera y Pedro la acechaban con aire cómplice y divertido.

—Aceptó —dijo Francisca.

—Eres una buena embajadora —dijo Pedro.

Parecía tan infantilmente feliz, que Francisca quedó asombrada. Con los ojos fijos en Paula Berger, Javiera esperaba con éxtasis: esa alegría infantil era la que reflejaba la cara de Pedro.

Paula se adelantó hasta el centro del escenario; no era todavía muy conocida por el gran público, pero aquí, todo el mundo admiraba su arte. Canzetti se sentó en cuclillas, con su amplia falda extendida a su alrededor; Eloy se tendió en el suelo a pocos pasos de Tedesco, en una actitud felina; la tía Cristina había desaparecido y Guimiot, de pie junto a Marco Antonio, le sonreía con coquetería. Todos parecían interesados. Inés tocó en el piano los primeros acordes; lentamente los brazos de Paula se animaron, la máquina dormida reanudaba su marcha; el ritmo se aceleraba poco a poco, pero Francisca no veía ni las bielas, ni los rodillos, ni todos esos movimientos de acero; veía a Paula. Una mujer de su edad; una mujer que también tenía su historia, su trabajo, su vida; una mujer que bailaba sin preocuparse de Francisca y cuando dentro de un rato le sonriera sería como a una espectadora entre otras; Francisca no era para ella sino un pedazo del decorado.

Si por lo menos uno pudiera preferirse tranquilamente, pensó Francisca con angustia.

En ese momento, había en la tierra miles de mujeres que escuchaban con emoción el latido de sus corazones. Cada una el suyo; cada una para sí. ¿Cómo podía creer que ella estaba en un centro privilegiado del mundo? Estaban Paula y Javiera y tantas otras. Una ni siquiera podía compararse.

La mano de Francisca cayó lentamente a lo largo de su falda.

¿Yo qué soy?, se preguntaba. Miró a Paula, miró a Javiera, cuyo rostro resplandecía de una admiración impúdica; se sabía quiénes eran esas mujeres; tenían recuerdos elegidos, gustos e ideas que las definían, caracteres bien marcados reflejados por los rasgos de sus caras; pero en sí misma, Francisca no distinguía ninguna forma clara; la luz que la había penetrado hacía un rato sólo le había revelado el vacío. «Ella nunca se mira», había dicho Javiera. Era cierto; Francisca sólo se ocupaba de su rostro para cuidarlo como a un objeto extraño; buscaba en su pasado paisajes, gente y no a ella misma; y ni siquiera sus ideas, sus gustos, le componían una cara: era el reflejo de verdades que se le revelaban, como los ramos de acebo y de muérdago colgados de los arcos; no le pertenecían.

No soy nadie, pensó Francisca. A menudo se había sentido orgullosa de no estar encerrada como la demás en estrechos e insignificantes límites individuales: una noche, en La Prairie con Isabel y Javiera, no hacía tanto tiempo de eso. Una conciencia desnuda frente al mundo, así se veía. Tocó su rostro: no era para ella más que una máscara blanca. Pero toda esa gente la veía y, lo quisiera o no, estaba también en el mundo, era una parcela de ese mundo; era una mujer entre otras, y a esa mujer ella la había dejado crecer al azar, sin imponerle contornos; era incapaz de emitir ningún juicio sobre esa desconocida. Y, sin embargo, Javiera la juzgaba, la confrontaba con Paula. ¿A cuál de las dos prefería? ¿Cuando él la miraba, qué veía? Volvió los ojos hacia Pedro, pero Pedro no la miraba.

Miraba a Javiera. Con la boca entreabierta, los ojos húmedos, Javiera respiraba penosamente; ni siquiera sabía dónde estaba, parecía fuera de sí; Francisca apartó los ojos, incómoda. La insistencia de Pedro era indiscreta y casi obscena; ese rostro de posesa no era para ser visto. Francisca podía saber eso, por lo menos: ella no era capaz de esos trances apasionados. Podía saber con mucha certidumbre lo que no era: era lamentable no conocerse sino como una sucesión de ausencias.

—¿Has visto la cara de Javiera? —le preguntó Pedro.

—Sí —dijo Francisca.

Había dicho esas palabras sin apartar los ojos de Javiera.

Así es, pensó Francisca; para él, como para sí misma, no poseía rasgos distintivos; invisible, informe, era confusamente una parte de él; él le hablaba como a sí mismo, pero su mirada continuaba clavada en Javiera. Javiera estaba muy hermosa en ese momento con sus labios hinchados y dos lágrimas que corrían por sus mejillas pálidas.

Hubo aplausos.

—Hay que ir a dar las gracias a Paula —dijo Francisca; pensó: yo ya no siento nada. Apenas había mirado el baile, había masticado pensamientos maniáticos, como hacen las viejas.

Paula aceptó los elogios con mucha gracia; Francisca la admiraba por saber conducirse siempre tan perfectamente.

—Tengo ganas de mandar a buscar a casa mis vestidos, mis discos y mis máscaras —dijo, fijó sobre Pedro sus grandes ojos cándidos—. Me gustaría conocer su opinión.

—Tengo mucha curiosidad por saber en qué sentido ha encaminado su trabajo —dijo Pedro—. Hay tantas posibilidades diversas en lo que usted acaba de mostrarnos.

El tocadiscos atacaba un pasodoble; de nuevo se formaron parejas.

—Baile conmigo —le dijo Paula a Francisca con autoridad. Francisca la siguió dócilmente; oyó a Javiera que le decía a Pedro en tono enfurruñado.

—No, yo no quiero bailar.

Hizo un gesto de rabia. ¡Ya estaba! Otra vez iba a ser culpa de ella, Javiera rabiaba y Pedro no iba a perdonarle la rabia de Javiera. Pero Paula llevaba tan bien, era un placer dejarse llevar por ella; Javiera no sabía nada.

Había unas quince parejas en el escenario; otras estaban desparramadas en las bambalinas, en los palcos; un grupo se había instalado en la platea alta. De pronto, Gerbert surgió de un palco de proscenio, saltando como un elfo, Marco Antonio lo perseguía fingiendo en torno a él una danza de seducción; era un hombre de cuerpo un poco pesado, pero lleno de vivacidad y de gracia. Gerbert parecía un chiquillo un poco ebrio, su gran mechón negro le caía sobre los ojos, se detenía con una coquetería vacilante, luego se escabullía ocultando púdicamente la cara contra el hombro, huía, volvía con aire tímido y tentado.

—Son encantadores —dijo Paula.

—Lo más picante —agregó Francisca— es que Ramblin tiene esos gustos en serio; por otra parte, no lo oculta.

—Yo me preguntaba si había puesto en Marco Antonio ese matiz afeminado por dar un efecto de arte o por naturaleza —dijo Paula.

Francisca lanzó una mirada a Pedro. Hablaba animadamente con Javiera, quien no parecía escucharlo; miraba a Gerbert con un aire extraño, ávido y fascinado. Francisca se sintió herida por esa mirada: era como una imperiosa y secreta toma de posesión.

La música cesó y Francisca se separó de Paula.

—Yo también puedo hacerla bailar —dijo Javiera tomando a Francisca; la enlazó con los músculos tensos, y Francisca tuvo ganas de sonreír, sintiendo esa manecita que se crispaba sobre su cintura; respiraba con ternura el olor a té, a miel y a carne que era el olor de Javiera.

Si pudiera tenerla para mí, la querría, pensó.

Esa chiquilla imperiosa no era nada, ella tampoco, salvo un pedacito de mundo tibio y desarmado.

Pero Javiera no perseveró en su esfuerzo; como de costumbre, volvió a bailar para sí misma sin preocuparse de Francisca; Francisca no lograba seguirla.

—Esto no marcha —dijo Javiera con aire descorazonado—. Me muero de sed —agregó—. ¿Usted no?

—Isabel está junto a la mesa —dijo Francisca.

—¿Qué importancia tiene? —dijo Javiera—. Quiero beber. Isabel conversaba con Pedro; había bailado mucho y parecía un poco menos siniestra; tuvo una risita de comadre.

—Le estaba contando a Pedro que Eloy estuvo toda la noche dando vueltas alrededor de Tedesco —dijo—; Canzetti está loca de rabia.

—Está bien Eloy esta noche —dijo Pedro—, queda distinta con ese peinado; tiene más recursos físicos de los que yo creía.

—Guimiot me decía que se echa a la cabeza de todos los hombres —dijo Isabel.

—A la cabeza es una manera de hablar —dijo Francisca.

La frase se le había escapado; Javiera no parpadeó, quizá no había comprendido. Cuando las conversaciones con Isabel no eran tirantes, tomaban fácilmente un giro picaresco. Era molesto sentir al lado de uno esa virtud austera.

—Todos la tratan como al último monigote —dijo Francisca—. Lo que hay de divertido en esto es que es virgen y está resuelta a seguir siéndolo.

—¿Es un complejo? —preguntó Isabel.

—No, es por su cutis —respondió Francisca riendo. Calló; Pedro parecía martirizado.

—¿No baila? —le dijo precipitadamente a Javiera.

—Estoy cansada.

—¿Le interesa el teatro? —preguntó Isabel con su aire más amable—. ¿Tiene verdaderamente vocación?

—Sabes, al principio es más bien ingrato —dijo Francisca. Hubo un silencio. Javiera era, de pies a cabeza, una censura viviente. Todo pesaba tanto cuando ella estaba; era abrumador.

—¿Tú trabajas en este momento? —preguntó Pedro.

—Sí, trabajo —dijo Isabel, y agregó en tono indiferente—: Lisa Malan acaba de ofrecerme de parte de Dominga el decorado de su cabaret; quizás acepte.

Francisca tuvo la impresión de que habría querido guardar el secreto, pero que no había podido resistir el deseo de deslumbrarlos.

—Acepta —dijo Pedro—, es un negocio con porvenir; Dominga va a ganar una fortuna con esa boite.

—La chiquilla Dominga, qué raro —dijo Isabel riendo. La gente estaba definida de una vez por todas para ella. Toda variación estaba excluida de ese universo rígido donde trataba tercamente de asegurarse puntos de referencia.

—Tiene mucho talento —dijo Pedro.

—Ha sido encantadora conmigo, me ha admirado siempre mucho —dijo Isabel en tono objetivo.

Francisca sintió que el pie de Pedro pisaba dolorosamente el suyo.

—Es absolutamente necesario que cumplas tu promesa —dijo—, eres demasiado perezosa; Javiera va a hacerte bailar esta rumba.

—Vamos —dijo Francisca resignada; arrastró a Javiera.

—Es para despegar a Isabel, bailemos dos o tres minutos. Pedro cruzó el escenario con aire fatigado.

—Voy a esperarlas en tu despacho —dijo—. Tomaremos un trago allí tranquilamente.

—¿Invitamos a Paula y a Gerbert? —sugirió Francisca.

—No, ¿para qué? Vamos los tres —dijo Pedro un poco secamente.

Desapareció. Francisca y Javiera lo siguieron a corta distancia. En las escaleras se cruzaron con Begramian que besaba furiosamente a la chica Chanaud; una farándula atravesó corriendo el foyer del primer piso.

—Por fin vamos a tener un poco de paz —dijo Pedro.

Francisca sacó de su armario una botella de champaña; era un buen champaña reservado para los invitados elegidos. También había sandwiches y pastelillos para ser servidos de madrugada antes de separarse.

—Toma, destapa esto —dijo a Pedro—, es formidable el polvo que se traga en ese escenario, deja la boca seca.

Pedro hizo saltar el corcho con habilidad y llenó los vasos.

—¿Está pasando una noche agradable? —preguntó a Javiera.

—¡Una noche divina! —Javiera vació su copa de un sorbo y se echó a reír—. Dios mío, qué aspecto de señor importante tenía usted al principio cuando hablaba con ese tipo gordo. Me parecía ver a mi tío.

—¿Y ahora? —dijo Pedro.

La ternura que afluía a su rostro era todavía contenida y como velada; bastaría un pliegue de la boca, y una capa de indiferencia bien lisa volvería a formarse sin un estremecimiento.

—Ahora es usted nuevamente —dijo Javiera adelantando un poco los labios.

El rostro de Pedro se abandonó. Francisca lo consideró con una solicitud inquieta; antes, cuando miraba a Pedro, veía al mundo entero a través de él; pero ahora sólo le veía a él. Pedro estaba precisamente ahí donde estaba su cuerpo, ese cuerpo que uno podía encerrar en una mirada.

—¿Ese tipo gordo? —dijo Pedro—. ¿Sabe quién era? Berger, el marido de Paula.

—¿Su marido? —durante un segundo, Javiera pareció desconcertada, luego dijo en tono cortante—: Ella no le quiere.

—Está muy enamorada de él —dijo Pedro—. Estaba casada, tenía un hijo y se divorció para casarse con él, lo que originó un montón de dramas porque pertenece a una familia muy católica. ¿Nunca leyó las novelas de Masson? Es su padre. Ella da bastante el tipo de hija de gran hombre.

—No le quiere con amor —dijo Javiera; hizo una mueca fastidiada—. ¡La gente confunde tanto!

—Me encantan sus tesoros de experiencia —dijo Pedro riendo; le sonrió a Francisca—. Si la hubieras oído hace un rato: ese chiquillo de Gerbert es uno de esos tipos que se quieren tan profundamente, que ni siquiera se dan el trabajo de gustar.

Había imitado perfectamente la voz de Javiera, que le echó una mirada divertida y enojada.

—Lo más impresionante es que a menudo da justo en el blanco —dijo Francisca.

—Es una bruja —acotó Pedro con ternura. Javiera reía con ese aire tonto de las personas que están muy contentas.

—Creo que lo que pasa con Paula Berger es que se trata de una apasionada en frío —dijo Francisca.

—No es posible que sea fría —agregó Javiera—. Me gustó tanto su segundo baile; al final, cuando vacila de cansancio, es un agotamiento tan profundo, que se vuelve voluptuoso.

Lentamente, los labios frescos deshojaron la palabra: voluptuoso.

—Sabe evocar la sensualidad —dijo Pedro—, pero no la creo sensual.

—Es una mujer que siente existir su cuerpo —dijo Javiera con una sonrisa de secreta connivencia.

Yo no siento existir mi cuerpo, pensó Francisca. Era otro punto aclarado, pero no conducía a nada enriquecer indefinidamente ese negativo.

—Con ese largo vestido negro —dijo Javiera—, cuando está inmóvil, hace pensar en esas vírgenes rígidas de la Edad Media, pero, en cuanto se mueve, es un bambú.

Francisca llenó de nuevo su vaso; no estaba en la conversación; ella también habría podido hacer comparaciones sobre el pelo de Paula, su cintura flexible, la curva de sus brazos, pero de todas maneras habría quedado a un lado, porque Pedro y Javiera se interesaban profundamente en lo que ellos decían. Hubo un largo momento en blanco; Francisca ya no seguía los ingeniosos arabescos que las voces dibujaban en el aire; luego, oyó de nuevo a Pedro que decía:

—Paula Berger es una patética, y lo patético siempre está hecho de blanduras. Lo trágico puro para mí era su rostro mientras usted la miraba.

Javiera se ruborizó.

—Me di en espectáculo.

—Nadie lo notó —dijo Pedro—. La envidio por sentir las cosas con tanta fuerza.

Javiera miró al fondo de su vaso.

—La gente es tan rara —dijo con aire ingenuo—. Todos aplaudieron, pero ninguno parecía verdaderamente conmovido. No sé si es porque usted conoce tantas cosas, pero tampoco parece sentir las diferencias.

Sacudió la cabeza y agregó con severidad:

—Es muy raro. Usted me había hablado de Paula Berger así, en el aire, como habla de una Harbley; y esta noche se ha estado arrastrando como si fuera a su trabajo. Yo, en cambio, nunca me había divertido tanto.

—Es verdad —dijo Pedro—, yo no hago tantas diferencias. Calló; llamaban a la puerta.

—Disculpen —dijo Inés—, he venido a avisarles que Lisa Malan va a cantar sus últimas creaciones, y después Paula va a bailar, le he traído su música y sus máscaras.

—Bajamos en seguida —anunció Francisca. Inés volvió a cerrar la puerta.

—Estábamos tan bien aquí —dijo Javiera con fastidio.

—Me importan un bledo las canciones de Lisa —respondió Pedro—, bajaremos dentro de un cuarto de hora.

Nunca decidía por la fuerza sin consultar a Francisca: ella sintió que la sangre se le subía a las mejillas.

—No es muy amable —intervino.

Su voz le pareció más seca de lo que hubiera querido, pero había bebido demasiado para conservar un perfecto dominio de sí misma. Era una verdadera grosería no bajar; no iban a empezar a seguir a Javiera por los caminos de sus caprichos.

—Ni siquiera notarán nuestra ausencia —dijo Pedro con aire resuelto.

Javiera sonrió; cada vez que le sacrificaban algo, y, sobre todo, a alguien, un aire de dulzura angelical se expandía por su rostro.

—No habría que bajar de aquí nunca —dijo.

Rió.

—Cerraríamos la puerta con llave y nos subirían la comida con una polea.

—Y usted me enseñaría a marcar diferencias —dijo Pedro. Le sonrió a Francisca afectuosamente.

—Esta brujita mira las cosas con ojos nuevos; y he aquí que las cosas se ponen a existir para nosotros, exactamente como ella las ve. Las otras veces dábamos apretones de mano, no había más que una sucesión de preocupaciones insignificantes; gracias a ella, este año pasamos una verdadera Nochebuena.

—Sí —dijo Francisca.

Las palabras de Pedro no se dirigían a ella, ni a Javiera tampoco; Pedro había hablado para él. Era ese el mayor de sus cambios: antes vivía para el teatro, para Francisca, para las ideas, una siempre podía colaborar con él; pero en estas relaciones consigo mismo no había modo de participar. Francisca vació su copa. Tendría que decidirse de una vez por todas a mirar de frente los cambios que se habían producido; había días y días en que todos sus pensamientos tenían un gusto agrio: el interior de Isabel debía de ser así. No había que hacer lo mismo que Isabel.

Quiero ver claro, se dijo Francisca.

Pero su cabeza estaba llena de un gran remolino rojizo y picante.

—Hay que bajar —dijo bruscamente.

—Sí, esta vez hay que bajar —asintió Pedro.

El rostro de Javiera se crispó.

—Quiero terminar mi champaña —dijo.

—Tómelo rápido —dijo Francisca.

—No quiero tomarlo rápido; quiero tomarlo fumando un cigarrillo.

Se echó hacia atrás.

—No quiero bajar.

—Vd. deseaba tanto ver bailar a Paula —dijo Pedro—. Venga, es absolutamente necesario que bajemos.

—Vayan sin mí —dijo Javiera; se hundió en el sillón y repitió con aire terco—: Quiero terminar mi champaña.

—Entonces, hasta luego —Francisca empujó la puerta.

—Va a vaciar todas las botellas —dijo Pedro con inquietud.

—Está insoportable con sus caprichos —dijo Francisca.

—No era capricho —dijo Pedro ásperamente—. Estaba contenta de tenernos un poco para ella.

Desde el momento en que Javiera parecía interesarse por él, todo le parecía perfecto, naturalmente; Francisca estuvo a punto de decírselo, pero calló; había muchas reflexiones que ahora guardaba para sí.

¿Seré yo quien ha cambiado?, pensó.

De pronto, estaba aterrada de sentir cuánta hostilidad había en su pensamiento.

Paula tenía puesta una especie de túnica de lana blanca; llevaba en la mano una máscara de malla muy apretada.

—Estoy intimidada, ¿sabe? —dijo sonriendo.

Ya no quedaba mucha gente en el escenario; Paula ocultó el rostro bajo la máscara, una música violenta estalló entre bastidores y ella saltó; imitaba una tempestad; era ella sola, todo un huracán desencadenado. Ritmos secos y lancinantes, inspirados en las orquestas hindúes, sostenían sus gestos. En la cabeza de Francisca, la niebla se desgarraba; veía con lucidez lo que había entre Pedro y ella. Habían edificado hermosas construcciones impecables y se cobijaban a su sombra, sin inquietarse de lo que ellas pudieran contener. Pedro todavía repetía: «Formamos uno solo», y, sin embargo, ella había descubierto que él vivía por sí mismo; sin perder su forma perfecta, su amor, su vida, se vaciaban lentamente de su sustancia, como esas grandes orugas de cáscara invulnerable, pero que llevan en su carne blanda gusanos minúsculos que las vacían cuidadosamente.

Voy a hablarle, pensó Francisca. Se sentía aliviada; había un peligro, pero iban a defenderse juntos; bastaba con preocuparse más atentamente por cada instante. Se volvió hacia Paula y se puso a contemplar sus hermosos gestos sin dejarse distraer más.

—Tienes que dar un recital lo antes posible —dijo Pedro con fervor.

—Ah, me lo pregunto —expresó Paula ansiosamente—. Berger dice que es un arte que no se basta a sí mismo.

—Debe estar cansada —dijo Francisca—. Arriba tengo buen champaña, vamos a beberlo allí, será más comfortable.

El escenario era demasiado vasto para las pocas personas que quedaban y estaba cubierto de colillas, de cáscaras, de pedazos de papel.

—Lleven discos y vasos —dijo Francisca dirigiéndose a Canzetti y a Inés.

Llevó a Pedro hacia el tablero de electricidad y bajó el interruptor.

—Quisiera que levantáramos pronto la sesión y fuéramos a dar una vuelta los dos solos —dijo.

—Encantado —dijo Pedro. La miró con un poco de curiosidad—. ¿No te sientes bien?

—Sí, estoy bien —dijo Francisca. Había un matiz de fastidio en su voz; Pedro parecía creer que ella no era vulnerable más que en su cuerpo. —Pero quisiera verte. Son deprimentes estas fiestas.

Empezaron a subir la escalera y Pedro la tomó del brazo.

—Me pareció que tenías un aire triste —dijo.

Ella se encogió de hombros; su voz tembló un poco.

—Cuando uno mira la vida de la gente, Paula, Isabel, Inés, tiene una impresión extraña; uno se pregunta cómo se juzgaría la propia desde afuera.

—¿No estás contenta de tu vida? —indagó Pedro en tono inquieto.

Francisca sonrió; después de todo, no era muy grave, en cuanto le hubiera explicado a Pedro todo quedaría borrado.

—Lo que ocurre es que uno no puede tener pruebas —empezó—, se necesita un acto de fe.

Se detuvo; con una expresión tensa y casi dolorosa, Pedro miraba fijamente, en lo alto de la escalera, la puerta tras de la cual había dejado a Javiera.

—Ha de estar borracha perdida.

Soltó el brazo de Francisca y subió precipitadamente los últimos peldaños.

—No se oye nada.

Permaneció un momento inmóvil; la inquietud que marcaba su rostro no era como la que Francisca le había inspirado, aceptada con tranquilidad; ésta lo desgarraba a pesar suyo.

Francisca sintió que la sangre se retiraba de sus mejillas; si él la hubiera golpeado bruscamente, el choque no habría sido más violento; jamás olvidaría cómo ese brazo amistoso se había separado del suyo sin una vacilación.

Pedro empujó la puerta; en el suelo, junto a la ventana, Javiera, hecha un ovillo, dormía profundamente. Pedro se inclinó sobre ella, Francisca sacó del armario una caja llena de provisiones, una canasta con botellas y salió sin decir una palabra; tenía ganas de huir no importaba adonde para tratar de pensar y para llorar. Habían llegado a eso: una mueca de Javiera contaba más que todo el desasosiego de ella; y, sin embargo, Pedro seguía diciendo que la quería.

En el tocadiscos sonaba una vieja música melancólica; Canzetti tomó la cesta de manos de Francisca y se instaló detrás del bar; pasó las botellas a Ramblin y a Gerbert, que se había izado con Tedesco sobre los bancos altos. Paula, Berger, Inés, Eloy y Chanaud estaban sentados junto a los grandes ventanales.

—Querría un poco de champaña —dijo Francisca.

Le zumbaba la cabeza; le parecía que algo en ella, una arteria o sus costillas o su corazón, iba a estallar. No estaba acostumbrada a sufrir, era verdaderamente intolerable Canzetti se acercó llevando con precaución una copa llena; su larga falda le daba la majestad de una joven sacerdotisa; entre ella y Francisca, Eloy se interpuso bruscamente con un vaso en la mano. Francisca caviló un instante, luego tomó el vaso.

—Gracias —dijo—, y sonrió a Canzetti con aire de excusa.

Canzetti lanzó sobre Eloy una mirada burlona.

—Uno tiene los desquites que puede —murmuró entre dientes; entre dientes también, Eloy contestó algo que Francisca no oyó.

—¡Te atreves! ¡ Y delante de la señorita Miquel! —gritó Canzetti.

Su mano se abatió sobre la mejilla rosada de Eloy; durante un instante, Eloy la miró desconcertada, luego se arrojó sobre ella. Se agarraron del pelo y empezaron a girar en el mismo lugar, con las mandíbulas crispadas. Paula Berger se abalanzó.

—¿Pero en qué están pensando? —dijo colocando sus hermosas manos sobre los hombros de Eloy.

Se oyó una risa aguda; Javiera avanzaba, con la mirada fija, y blanca como una tiza. Pedro caminaba detrás de ella. Todos los rostros se volvieron hacia ellos. La risa de Javiera se cortó de golpe.

—Esta música es horrible —dijo, y se encaminó hacia el tocadiscos con aire sombrío y decidido.

—Espere, voy a poner otro disco —dijo Pedro.

Francisca le miró con un sufrimiento asombrado. Hasta ese momento, cuando ella pensaba: «Estamos separados», esa separación era todavía una desgracia común que los golpeaba a los dos juntos, que iban a remediar juntos. Ahora comprendía; estar separados, era vivir la separación a solas.

Con la frente contra el cristal, Eloy lloraba con pequeñas sacudidas. Francisca le rodeó los hombros con el brazo; sentía un poco de repugnancia por ese cuerpecito gordo tan a menudo triturado y siempre intacto, pero ese era un pretexto cómodo.

—No hay que llorar —dijo Francisca sin pensar en nada; esas lágrimas, esa carne tibia tenían algo tranquilizador. Javiera bailaba con Paula, Gerbert con Canzetti; tenían rostros apagados, movimientos afiebrados; para todos esa noche ya tenía una historia que se convertía en cansancio, en decepción, en nostalgia, y que les ensuciaba el corazón; se sentía que tenían el momento de la partida, pero que no encontraban placer en quedarse allí; todos tenían ganas de acostarse en el suelo hechos una bola y de dormir como lo había hecho Javiera. La misma Francisca ya no tenía otro deseo. Afuera empezaban a distinguirse, bajo el cielo que palidecía, las siluetas negras de los árboles.

Francisca se estremeció. Pedro estaba a su lado.

—Habría que echar un vistazo antes de irse —dijo—. ¿Vienes conmigo ?

—Voy —respondió Francisca.

—Acompañaremos a Javiera y después iremos los dos al Dôme, es tan agradable de madrugada.

—Sí —dijo Francisca.

No tenía necesidad de ser tan amable con ella; lo que ella habría querido de él era que una vez volviera hacia ella ese rostro sin dominio que había inclinado hacia Javiera dormida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pedro.

La sala estaba sumergida en la oscuridad y no pudo ver que los labios de Francisca temblaban; ella se dominó.

—No ocurre nada, ¿qué quieres que ocurra? No estoy enferma, la fiesta marchó bien; todo va bien.

Pedro la tomó de la muñeca; ella se soltó bruscamente.

—Quizá haya bebido un poco demasiado —dijo Francisca con una especie de risa.

—Siéntate aquí —dijo Pedro; se sentó al lado de ella en la primera fila de platea—. Y dime qué te pasa. Parecería que estás enojada conmigo. ¿Qué te he hecho?

—No has hecho nada —dijo ella tiernamente; tomó la mano de Pedro, era injusto guardarle rencor, era tan perfecto con ella—. Naturalmente, no has hecho nada —repitió con una voz ahogada; soltó la mano.

—¿Es a causa de Javiera? Eso no puede cambiar nada entre nosotros, bien lo sabes; pero también sabes que si esta historia te disgusta en lo más mínimo, te basta con decir una palabra.

—La cuestión no es esa —dijo ella con vivacidad.

No era con sacrificios como podría devolverle la alegría; por supuesto, en sus actos concertados siempre ponía a Francisca por encima de todo, pero no era ese hombre lleno de moralidad escrupulosa y de ternura reflexiva a quien ella se dirigía hoy; habría querido alcanzarle en su desnudez, más allá de la estima y de las jerarquías y la aprobación de sí mismo. Contuvo sus lágrimas.

—Lo que sucede es que tengo la impresión de que nuestro amor está empezando a envejecer. — En cuanto hubo dicho esas palabras, sus lágrimas corrieron.

—¿Envejecer? —dijo Pedro escandalizado—. Pero mi amor por ti nunca ha sido tan fuerte; ¿por qué piensas eso?

Naturalmente trataba en seguida de tranquilizarla y de tranquilizarse a sí mismo.

—Ni siquiera te das cuenta —dijo ella—, no es asombroso. Te importa tanto ese amor, que lo has guardado en un lugar seguro fuera del tiempo, fuera de la vida, fuera del alcance; de vez en cuando piensas en él con satisfacción, pero en qué se ha convertido, verdaderamente, nunca tratas de verlo.

Se echó a llorar.

—Yo quiero mirar —dijo tragando sus lágrimas.

—Cálmate —dijo Pedro apretándola contra él—, creo que deliras un poco.

Ella lo rechazó; él se equivocaba, no hablaba para que la calmasen; sería demasiado sencillo si él pudiera desarmar así sus pensamientos.

—No deliro, tal vez te hablo esta noche porque estoy borracha, pero hace días que pienso todo esto.

—Hubieras podido decirlo antes —dijo Pedro con irritación—. No comprendo, ¿qué me reprochas?

Estaba a la defensiva, le horrorizaba tener la culpa.

—No te reprocho nada, puedes tener la conciencia absolutamente tranquila. ¿Pero es acaso la única cosa que cuenta? —gritó Francisca con violencia.

—Esta escena no tiene pies ni cabeza, te quiero, deberías saberlo, pero si te divierte no creerlo, no tengo otro medio para probártelo.

—Creer, siempre creer —interrumpió Francisca—, es así como Isabel llega a creer que Battier la quiere y tal vez a creer que ella todavía le quiere. Evidentemente da seguridad. Necesitas que tus sentimientos conserven siempre el mismo aspecto, que estén a tu alrededor, bien ordenados, inmutables y si no queda nada adentro, te da lo mismo. Es como los sepulcros blanqueados del Evangelio, relumbran al exterior, son sólidos, son fieles, hasta se los puede revocar periódicamente con lindas palabras.

Tuvo una nueva crisis de lágrimas.

—Pero no hay que abrirlos, sólo se encontrarán cenizas y polvo.

Repitió: —Cenizas y polvo, una evidencia abrumadora. ¡Uh! —gimió ocultando el rostro en el brazo replegado.

Pedro le bajó el brazo.

—Deja de llorar —dijo—, quisiera que habláramos razonablemente.

Iba a encontrar hermosos argumentos y sería tan cómodo ceder. Francisca no quería mentirse como Isabel; veía claro; siguió sollozando tercamente.

—Pero no es tan grave —dijo Pedro suavemente; rozó sus cabellos con una leve caricia; ella se sobresaltó.

—Es grave; estoy segura de lo que te digo. Tus sentimientos son inalterables, pueden atravesar los siglos, porque son momias. Son como esas buenas mujeres —dijo evocando de pronto con horror el rostro de Blanca Bouquet—, no cambian, todo está embalsamado.

—Estás muy desagradable —censuró Pedro—. Lloro o discute, pero no hagas las dos cosas a la vez. —Se dominó—. Escucha: inquietud, palpitaciones de corazón, los tengo raramente, por supuesto, ¿pero es acaso eso lo que hace la realidad del amor? ¿Por qué hoy bruscamente eso te indigna? Siempre me has conocido así.

—Mira, tu amistad por Gerbert es lo mismo; no lo ves nunca, pero lanzas grandes gritos si te digo que tu afecto por él ha disminuido.

—No tengo tanta necesidad de ver a la gente, es verdad.

—No tienes necesidad de nada, te da lo mismo.

Lloraba desesperadamente; le horrorizaba pensar en ese instante en que renunciaría a las lágrimas para entrar en el mundo de las mentiras piadosas; debería encontrarse un hechizo que detuviera para siempre el minuto presente.

—¿Están ahí? —preguntó una voz.

Francisca se irguió; era asombroso cómo podían detenerse de pronto esos sollozos irresistibles. La silueta de Ramblin se destaca en el vano de la puerta; se acercó riendo.

—Caí en una trampa; la pequeña Eloy me arrastró hasta un rincón oscuro para explicarme lo malo que era el mundo y ahí quiso ejercer sobre mí las últimas violencias.

Llevó la mano a su sexo con un púdico gesto de Venus.

—Me dio un trabajo terrible defender mi virtud.

—No está de suerte esta noche —dijo Pedro—, ejercitó en vano sus seducciones con Tedesco.

—Si Canzetti no hubiera estado ahí, no sé lo que habría ocurrido —dijo Francisca.

—Adviertan que no tengo prejuicios —dijo Ramblin—, pero esos modales me parecen malsanos. —Tendió el oído—. ¿Oyen?

—No —dijo Francisca—. ¿Qué es?

—Alguien respira.

Un ruido leve venía del escenario; se parecía, en efecto, a una respiración.

—Me pregunto quién es —manifestó Ramblin. Subieron al escenario; estaba muy oscuro.

—A la derecha —dijo Pedro.

Un cuerpo yacía detrás de la cortina de terciopelo; se inclinaron.

—¡Guimiot! Me extrañaba que se hubiera ido antes de que la última botella estuviera vacía.

Guimiot sonreía beatíficamente, con la cabeza apoyada en su brazo replegado. Estaba muy hermoso.

—Voy a sacudirlo —dijo Ramblin— y a llevarlo arriba.

—Terminamos nuestra inspección —dijo Pedro.

Las bambalinas estaban vacías. Pedro cerró de nuevo la puerta.

—Querría que nos explicáramos —agregó—, me resulta tan penoso que puedas dudar de nuestro amor.

Tenía un honesto rostro preocupado y Francisca le miró cautivada.

—Yo no creo que hayas dejado de quererme —murmuró.

—Pero dices que es un viejo cadáver que arrastramos detrás de nosotros. ¡Es tan injusto! En primer lugar no es cierto que no necesite verte; me aburro en cuanto no estás, y contigo nunca me

aburro; cada vez que me ocurre algo, pienso en seguida en decírtelo. Me ocurre contigo: tú eres mi vida, bien lo sabes. No suelo estar trastornado por tu causa, eso es cierto; pero es porque somos felices. Si estuvieras enferma o me hicieras malas jugadas, me pondría fuera de mí.

Dijo esas últimas palabras con un aire convencido y plácido que arrancó a Francisca una risa de ternura; la tomó del brazo y subieron juntos hacia los camerinos.

—Soy tu vida —dijo Francisca—, pero ¿ves? Lo que siento con tanta fuerza esta noche es que nuestras vidas están ahí, alrededor de nosotros, casi a pesar nuestro, sin que las elijamos. Ya no eres libre de no quererme.

—El hecho es que te quiero —afirmó Pedro—. ¿Crees verdaderamente que la libertad consiste en volver a poner las cosas sobre el tapete a cada minuto? Hemos dicho tan a menudo, a propósito de Javiera, que entonces uno se volvía esclavo de sus cambios de humor.

—Sí —respondió Francisca.

Estaba demasiado cansada para desenvolverse bien en medio de sus pensamientos, pero volvió a ver el rostro de Pedro cuando le soltó el brazo: era una prueba irrefutable.

—Y, sin embargo, la vida está hecha de instantes —dijo apasionadamente—. Si cada uno de ellos está vacío, nunca me convencerás de que se logra que un todo esté lleno.

—Pero tengo un montón de instantes llenos de ti —dijo Pedro—. ¿No se ve acaso? Hablas como si yo fuera un gran bruto indiferente.

Francisca le tocó el brazo.

—Eres tan bueno. Pero ¿comprendes? No se puede distinguir los momentos llenos de los vacíos, puesto que eres siempre igualmente perfecto.

—¿De dónde sacas en conclusión que todos están vacíos? —dijo Pedro—. ¡Bonita lógica! Está bien, en adelante tendré mis caprichos.

Miró a Francisca con aire de reproche.

—¿Por qué estás triste así, tú a quien quiero tanto?

Francisca apartó la vista.

—No sé, es casi un vértigo —vaciló—. Por ejemplo, me escuchas siempre muy cortésmente cuando te hablo de mí, te interese o no; entonces me pregunto: Si fueras menos cortés ¿cuándo me escucharías?

—Siempre me interesa —dijo Pedro con asombro.

—Pero nunca se te ocurre a ti hacer una pregunta.

—Pienso que cuando tienes algo que decirme, me lo dices. La miró con cierta inquietud.

—¿Cuándo ocurrió?

—¿Qué? —preguntó Francisca.

—Que no hice preguntas.

—A veces en estos últimos tiempos —dijo Francisca con una risita—; parecías en otra parte.

Vacilaba, insegura; ante la confianza de Pedro, sentía vergüenza; cada silencio que ella había observado respecto de él era una trampa donde él había caído con tranquilidad: no sospechaba que ella le tendía trampas. ¿No sería ella quien había cambiado? ¿No sería ella quien mentía hablando de amor sin nubes, de felicidad, de celos vencidos? Sus palabras, sus conductas ya no respondían exactamente a los impulsos de su corazón; y él seguía creyéndolo. ¿Era fe o indiferencia?

Los camerinos y los corredores estaban vacíos, todo parecía en orden. Volvieron en silencio hasta las bambalinas y el escenario; Pedro se sentó al borde del proscenio.

—Pienso que te he descuidado últimamente. Pienso que si verdaderamente hubiera sido perfecto contigo, esa perfección no te habría inquietado.

—Quizá —dijo Francisca—. No se puede hablar sencillamente de descuido. —Se detuvo unos instantes para afirmar la voz—. Me pareció que en los momentos en que te abandonabas y no hacías esfuerzos, yo ya no contaba tanto para ti.

—En otras palabras, ¿sólo soy sincero cuando me porto mal? —dijo Pedro—. Y cuando soy correcto contigo ¿es por un esfuerzo de voluntad? ¿Te das cuenta del razonamiento?

—Puede tenerse en pie —repuso Francisca.

—Por supuesto, ya que mis atenciones hacia ti me condenan tanto como mis torpezas; si partes de ahí, mis conductas siempre te darán la razón.

Pedro tomó a Francisca por el hombro.

—Es falso, ridículamente falso; no tengo por ti ese fondo de indiferencia que al parecer sale de vez en cuando; te quiero, y cuando por casualidad, a causa de un fastidio cualquiera, lo siento menos durante cinco minutos, tú misma dices que se nota.

La miró.

—¿No me crees?

—Te creo —dijo Francisca.

Le creía; pero la cuestión no era exactamente esa. Ya no sabía muy bien cuál era la cuestión.

—Eres buena —dijo Pedro—, pero no vuelvas a empezar. Le apretó la mano.

—Creo que comprendo muy bien lo que sientes. Hemos tratado de edificar nuestro amor más allá de los instantes, pero únicamente los instantes existen con seguridad; para el resto se necesita fe. ¿Y la fe es coraje o pereza?

—Es lo que me preguntaba hace un rato.

—Yo a veces me lo pregunto respecto a mi trabajo. Me irrita cuando Javiera dice que me aferré a él por deseo de seguridad moral y, sin embargo...

A Francisca se le encogió el corazón; lo que menos podía soportar era que Pedro dudara de su obra.

—En mi caso hay una obstinación ciega —continuó Pedro sonriendo—. Las abejas, sabes, aunque uno les haya hecho un gran agujero en el fondo de sus alvéolos, siguen escupiendo miel con la misma felicidad: es un poco el efecto que me hago a mí mismo.

—¿No lo piensas verdaderamente?

—Otras veces me veo como un héroe que sigue su camino a través de las tinieblas —dijo Pedro arrugando la frente con aire resuelto y estúpido.

—Sí, eres un héroe —dijo Francisca riendo.

—Me gustaría creerlo.

Se había levantado, pero permanecía inmóvil, apoyado en un panel. Arriba, el tocadiscos dejaba oír un tango; seguían bailando; debían reunirse con ellos.

—Es gracioso —dijo Pedro—, me molesta de veras esa criatura con su moral que nos pone por los suelos. Me parece que si ella me quisiera, me sentiría tan seguro de mí como antes, tendría la impresión de haber forzado su aprobación.

—Qué raro eres. Puede quererte y condenarte.

—No sería sino una condena abstracta. Hacerme querer por ella es imponerme a ella, es introducirme en su mundo y triunfar en él según sus propios valores. —Sonrió—. Sabes que tengo una necesidad maniática de esa clase de triunfos.

—Lo sé —dijo Francisca. Pedro la miró gravemente.

—Pero no quiero que esa manía culpable me lleva a estropear algo entre nosotros.

—Tú mismo lo decías, eso no puede estropear nada.

—No puede estropear nada esencial, pero, en realidad, cuando estoy inquieto a causa de ella, te descuido a ti; cuando la miro, no te miro.

Su voz se hizo apremiante.

—Me pregunto si no haría mejor en parar este lío; no es amor lo que siento por ella, se parece más bien a la superstición: si ella se resiste, me empecino, pero en cuanto me creo seguro de ella, me vuelvo indiferente; y si decido no verla más, sé muy bien que de la noche a la mañana dejaré de pensar en ella.

—Pero no hay ninguna razón —dijo Francisca con viveza.

Por supuesto, si Pedro tomaba la iniciativa de la ruptura, no la extrañaría; la vida recobraría su curso tal como antes de Javiera. Con un poco de asombro, Francisca sintió que esa seguridad sólo despertaba en ella una especie de decepción.

—Bien sabes —dijo Pedro sonriendo— que no puedo recibir nada de nadie; Javiera no me da absolutamente nada; no tienes por qué tener ningún escrúpulo. —Volvió a ponerse grave—. Piénsalo bien, es muy serio. Si crees que hay un peligro cualquiera para nuestro amor, debes decirlo: es un peligro que no quiero correr a ningún precio.

Hubo un silencio; Francisca tenía la cabeza pesada; no sentía más que su cabeza, ya no tenía cuerpo; y su corazón también callaba. Como si espesores de fatiga y de indiferencia la hubieran separado de sí misma. Sin celos, sin amor, sin edad, sin nombre, no era ante su propia vida más que un testigo tranquilo y separado.

—Está pensado —dijo—, no hay ningún peligro.

Pedro rodeó tiernamente con su brazo los hombros de Francisca y subieron hacia el primer piso. Era de día. Todos los rostros estaban cansados. Francisca abrió el ventanal y dio un paso en la terraza. El frío la golpeó; empezaba un nuevo día.

¿Y ahora qué va a pasar?, pensó.

Pero sea lo que fuese, nunca habría podido decidir en forma distinta de aquella en que lo había hecho. Siempre se había negado a vivir en sueños, pero tampoco aceptaba encerrarse en un mundo mutilado. Javiera existía y no había que negarla; había que asumir todos los riesgos que su existencia entrañaba.

—Entra —dijo Pedro—, hace frío.

Ella cerró la ventana. Mañana quizá hubiese sufrimientos y lágrimas, pero no sentía ninguna compasión por esa mujer torturada que volvería a ser dentro de un rato. Miró a Paula, a Gerbert, a Pedro, a Javiera; no sentía sino una curiosidad impersonal y tan violenta, que se parecía a la alegría.

VIII

—Naturalmente —dijo Francisca—, el papel no resalta bastante, su trabajo es demasiado interior; pero siente el personaje, todos los matices son exactos.

Se sentó al borde del diván al lado de Javiera y la tomó de los hombros.

—Le juro por su propia cabeza que puede representar esa escena delante de Labrousse; está bien, sabe, está verdaderamente bien.

Ya era un éxito haber logrado que Javiera le recitara su monólogo; había tenido que suplicarle durante una hora y se sentía extenuada; pero todo eso no servía de nada si no lograba convencerla de que trabajara con Pedro.

—No me atrevo —dijo Javiera con desesperación.

—Labrousse no puede intimidarla tanto —dijo Francisca con una sonrisa.

—Oh, sí, como profesor me asusta.

—Paciencia, hace un mes que está en esa escena, se está convirtiendo en una psicoastenia, hay que salir de ahí.

—Qué más quisiera.

—Mire, tenga confianza en mí —dijo Francisca con calor—. No le diría que afrontara el juicio de Labrousse si no la encontrara preparada. Respondo por usted. —Miró a Javiera a los ojos—. ¿No me cree?

—Le creo, pero es tan terrible sentirse juzgada.

—Cuando uno quiere trabajar, hay que barrer el amor propio. Sea valiente; inicie su lección. Javiera se recogió.

—Lo haré —dijo con aire convencido; sus párpados se agitaron—. Me gustaría tanto que usted estuviera contenta de mí.

—Estoy segura de que será una verdadera actriz —dijo Francisca con ternura.

—Usted tuvo una idea espléndida —dijo Javiera, cuyo rostro se iluminó—. Todo el final queda mucho mejor si estoy de pie. Se levantó y dijo con animación:

—Si en esta rama hay un número par de hojas, le entrego la carta... Once, doce, trece, catorce..., par.

—Está muy bien —dijo Francisca con alegría.

Las inflexiones de voz, las expresiones de Javiera no estaban más que insinuadas, pero eran ingeniosas y encantadoras. Si por lo menos una pudiera insuflarle un poco de voluntad, pensó Francisca. Sería cansado tener que llevarla en brazos hasta el éxito.

—Aquí está Labrousse —dijo Francisca—, es minuciosamente puntual.

Abrió la puerta. Había reconocido su paso. Pedro sonrió alegremente.

—¡Salud!

Andaba agobiado bajo un pesado abrigo de piel de camello que le daba un aspecto de joven oso.

—¡Ah, cómo me he aburrido! Me pasé todo el día haciendo cuentas con Bernheim.

—Nosotras no hemos perdido el tiempo —dijo Francisca—. Javiera me recitó una escena de La Ocasión. ¡Vas a ver qué bien ha trabajado!

Pedro se volvió hacia Javiera con aire alentador.

—Estoy a sus órdenes —dijo.

Javiera tenía tanto miedo de salir, que había terminado por aceptar dar lecciones en su cuarto; pero no se movió.

—En seguida no —dijo con voz suplicante—; todavía podemos esperar un momentito.

Pedro consultó a Francisca con la mirada.

—¿Nos aguantas todavía un rato?

—Pueden quedarse hasta las seis y media.

—Sí, nada más que media hora —dijo Javiera mirando por turno a Francisca y a Pedro.

—Pareces un poco cansada —observó Pedro.

—Creo que incubo una gripe —dijo Francisca—. Es el tiempo.

Era el tiempo, pero también la falta de sueño; Pedro tenía una salud de hierro y Javiera se recuperaba durante el día; ambos se reían de Francisca cuando pretendía acostarse antes de la seis.

—¿Qué cuenta Bernheim? —preguntó Francisca.

—Volvió a hablar de ese proyecto de hacer una gira —dijo Pedro; vaciló—. Evidentemente las cifras son atractivas.

—Pero no tenemos tanta necesidad de dinero —dijo Francisca con viveza.

—¿Una gira por dónde? —preguntó Javiera.

—Grecia, Egipto, Marruecos. —Pedro sonrió—. El día en que la hagamos, la llevaremos.

Francisca se estremeció; no eran más que palabras en el aire, pero era desagradable que Pedro hubiera pensado en decirlas; tenía la generosidad ligera. Si ese viaje se llevaba a cabo, estaba firmemente resuelta a hacerlo sola con él. Habría que arrastrar a la compañía, pero eso no contaba.

—No sería antes de mucho tiempo —dijo.

—¿Crees que resultaría tan nefasto tomarnos unas vacaciones? —preguntó Pedro en tono insinuante.

Esta vez fue una tromba que sacudió a Francisca de pies a cabeza; nunca Pedro había siquiera considerado esa idea; estaba en pleno ímpetu. El invierno próximo iban a montar sus obras, su libro debía aparecer, tenía un montón de proyectos sobre el desenvolvimiento de la escuela. Francisca no veía el momento de que él llegara al apogeo de su carrera y diera, por fin, a su obra su aspecto definitivo. Le costó dominar el temblor de su voz.

—No es el momento —dijo—. Bien sabes que el teatro es sobre todo una cuestión de oportunidad; después de Julio César, el público va a esperarte con impaciencia; si dejas pasar un año, ya la gente pensará en otra cosa.

—Siempre hablas como un libro —dijo Pedro con una sombra de tristeza.

—¡Cómo son de razonables! —exclamó Javiera; su rostro expresaba una admiración sincera y escandalizada.

—Ya lo haremos algún día —dijo Pedro alegremente—. Será tan divertido cuando desembarquemos en Atenas, en Argel, ir a instalarnos en los teatrillos piosos. Y a la salida, en vez de ir a sentarnos en el Dôme, iremos a tendernos sobre esteras en el fondo de un café moro, fumando kif.

—¿Kif? —dijo Javiera con aire encantado.

—Es una planta opiácea que cultivan allí; parece que da visiones encantadoras. —Con aire decepcionado agregó—: Aunque yo nunca he tenido ninguna.

—No me extraña de usted —dijo Javiera con una tierna indulgencia.

—Eso se fuma en unas preciosas pipas muy pequeñas que los vendedores le fabrican a medida —dijo Pedro—. ¡Se sentirá orgullosa de tener una pipita personal!

—Yo, seguramente, tendré visiones —dijo Javiera.

—¿Te acuerdas de Moulay Idriss? —dijo Pedro sonriéndole a Francisca—. ¿Cuando fumamos esa pipa que los árabes sin duda carcomidos por la sífilis se pasaban de boca en boca?

—Me acuerdo muy bien —dijo Francisca.

—No dominabas la situación.

—Tú tampoco estabas muy arrogante.

Las palabras pasaban con dificultad, se sentía crispada. Sin embargo, eran proyectos tan lejanos, y ella bien sabía que Pedro no decidiría nada sin su consentimiento. Diría no, era muy sencillo, no había por qué inquietarse. No. No se irían el invierno próximo. No, no llevarían a Javiera. No. Sintió un escalofrío; debía de tener fiebre, sus manos estaban húmedas y le ardía todo el cuerpo.

—Vamos a trabajar —dijo Pedro.

—Yo también voy a trabajar —dijo Francisca; se esforzó en sonreír. Sin duda habían sentido que algo insólito ocurría en ella, había habido una especie de frío. Por lo general, ella sabía dominarse mejor.

—Todavía tenemos cinco minutos —dijo Javiera sonriendo con una rabia mimosa; suspiró—; sólo cinco minutos.

Sus ojos subieron hacia el rostro de Francisca, luego se posaron sobre las manos de largas uñas afiladas. Antes, Francisca se hubiera sentido conmovida por esa mirada furtiva y ferviente, pero Pedro le había hecho notar que a menudo Javiera usaba esa coartada cuando se sentía desbordada por su ternura hacia él.

—Tres minutos —dijo Javiera; su mirada se había clavado en el despertador; el reproche apenas se disimulaba tras la tristeza. Sin embargo, no soy tan avara de mí misma, pensó Francisca; evidentemente, comparada con Pedro, parecía rapaz; él ya no escribía nada en estos últimos tiempos, se despilfarraba alegremente; ella no podía rivalizar con él, no quería hacerlo. De nuevo un ardiente escalofrío la cruzó.

Pedro se puso de pie.

—¿A medianoche te encuentro aquí?

—Sí, no me moveré —dijo Francisca—, te espero para cenar. Le sonrió a Javiera.

—Sea valiente, es sólo un mal trago.

Javiera suspiró.

—Hasta mañana —dijo Francisca.

Se sentó ante la mesa y miró sin placer las hojas en blanco; sentía la cabeza pesada y un dolor a lo largo de la nuca y de la espalda; sabía que iba a trabajar mal. Javiera le había robado otra media hora; era terrible todo el tiempo que devoraba. Ella ya no tenía ratos libres, ni soledad, ni siquiera simplemente descanso; estaba llegando a un estado de tensión inhumana. No, diría no; con todas sus fuerzas diría no; y Pedro la escucharía.

Francisca sintió que algo se aflojaba en ella, algo que zozobraba; Pedro renunciaría fácilmente a ese viaje, no lo deseaba con tanta violencia. ¿Y después? ¿Qué ganaría? Lo angustiaba que él mismo no se hubiera opuesto a ese proyecto. ¿Le importaba tan poco su obra? ¿Había pasado de la perplejidad a una indiferencia total? No conducía a nada imponerle desde afuera el simulacro de una fe que él ya no poseía. ¿Para qué querer algo para él si era sin él, y aun contra él? Las decisiones que Francisca esperaba de él, las exigía de su voluntad. Toda su felicidad descansaba sobre la libre voluntad de Pedro, y era precisamente sobre lo que no tenía ninguna influencia.

Se estremeció, subían la escalera a pasos precipitados, y unos golpes conmovieron la puerta.

—Entre —dijo.

Los dos rostros aparecieron juntos en el vano de la puerta; ambos sonreían. Javiera había ocultado sus cabellos bajo un capuchón escocés; Pedro tenía su pipa en la mano.

—¿Nos despreciarías mucho si reemplazáramos la lección por un paseo en la nieve? —dijo.

A Francisca se le revolvió la sangre; se había alegrado tanto de imaginar la sorpresa de Pedro, la satisfacción de Javiera, ante los elogios que él le haría. Había puesto toda su alma en hacerla trabajar; era muy ingenua, nunca las lecciones transcurrían seriamente y todavía ellos pretendían hacerle cargar con la responsabilidad de su pereza.

—Es cuestión suya —dijo—. Yo no tengo nada que ver en eso. Las sonrisas se esfumaron; esa voz sería no estaba prevista en el juego.

—¿Verdaderamente te parece mal? —preguntó Pedro desconcertado.

Miró a Javiera, que también le miró con incertidumbre; parecían dos culpables. Por primera vez a causa de esa complicidad donde Francisca los encerraba, se erguían ante ella como una pareja. Lo sentía y estaban muy molestos.

—No, —dijo Francisca—, que tengan un paseo agradable.

Cerró la puerta quizá demasiado rápidamente y permaneció apoyada contra la pared. Bajaban la escalera en silencio, adivinaba sus rostros apenados; no obtendría de ello ningún beneficio, sólo había logrado estropearles el paseo; tuvo una especie de sollozo. ¿De qué serviría? No conseguía sino estropearles sus alegrías y hacerse odiosa ante sus propios ojos. Bruscamente se echó de bruces sobre la cama y sus lágrimas brotaron; era demasiado dolorosa esa voluntad rígida que se obstinaba en conservar en ella, había que dejarlo correr, ya se vería lo que pasaba.

«Ya veremos lo que pasa», repitió Francisca. Se sentía en el límite de sus fuerzas; todo cuanto deseaba era esa paz dichosa que baja en copos blancos sobre el caminante agotado. Bastaba renunciar a todo, al porvenir de Javiera, a la obra de Pedro, a su propia felicidad y conocería el descanso; estaría a salvo de las crispaciones del corazón, los espasmos de la garganta, ese escozor seco de los ojos en el fondo de las órbitas. Bastaba hacer un pequeño gesto, abrir las manos, soltar amarras; levantó una mano y agitó los dedos: obedecían asombrados y dóciles, ya era milagrosa esa sumisión de mil pequeños músculos ignorados. ¿Para qué exigir más? Vaciló; abrió las manos. Ya no le temía al mañana; pero veía a su alrededor un presente tan desnudo, tan helado, que le faltó coraje. Era como en el gran café cantante, con Gerbert; un bullicio de instantes, un hervidero de gestos y de imágenes sin continuidad. Francisca se levantó de un salto, era insostenible; cualquier sufrimiento era mejor que ese abandono sin esperanza en el seno del vacío y del caos.

Se puso el abrigo y se caló hasta las orejas un gorro de piel; había que recobrase, necesitaba hablar consigo misma, hacía tiempo que debía haberlo hecho en vez de arrojarle sobre su trabajo en cuanto tenía un minuto. Las lágrimas habían dado brillo a sus párpados y azulado sus ojeras: eso sería fácil de reparar, pero ni siquiera valía la pena. De aquí a medianoche no vería a nadie, quería saturarse de soledad durante todas esas horas. Se quedó un rato ante el espejo mirando su cara; era una cara que no decía nada, estaba pegada a la parte delantera de la cabeza como un rótulo: Francisca Miquel. La cara de Javiera por el contrario era un susurro inagotable; sin duda por eso ella se sonreía tan misteriosamente en los espejos. Francisca salió de su cuarto y bajó la escalera. Las aceras estaban cubiertas de nieve; hacía un frío punzante. Subió a un autobús, para volver a encontrarse en su soledad, en su libertad; tenía que evadirse de ese barrio.

Con la palma de la mano, Francisca limpió el vidrio empañado; escaparates iluminados, farolas, transeúntes, surgieron de la noche; pero ella no tenía la impresión de moverse. Todas esas apariciones se sucedían sin que ella cambiara de lugar: era un viaje en el tiempo, fuera del espacio. Cerró los ojos. Recobrase. Pedro y Javiera se habían erguido frente a ella; ella quería, a su vez, erguirse frente a ellos, recobrase, ¿recobrar qué? Sus ideas huían. No encontraba absolutamente nada en qué pensar.

El autobús se detuvo en la esquina de la calle Damrémont y Francisca bajó: las calles de Montmartre estaban petrificadas en la blancura y en el silencio. Francisca vaciló, no sabía qué hacer de su libertad. Podría ir a cualquier parte; no tenía ganas de ir a ninguna. Maquinalmente empezó a subir hacia la colina; la nieve resistía un poco bajo sus pies, luego cedía con un crujido sedoso. Experimentaba como un fastidio decepcionado al sentir que el obstáculo desaparecía antes de haber terminado el esfuerzo. La nieve, los cafés, las escaleras, las casas... ¿Qué tengo que ver con todo esto?, pensó Francisca con una especie de estupor. Se sintió invadida por un aburrimiento tan mortal, que se le aflojaron las piernas. ¿Qué significaban para ella todas esas cosas extrañas? Estaban colocadas a distancia, ni siquiera rozaban ese vacío vertiginoso en el cual se sentía absorbida. Un remolino. Se bajaba en espiral cada vez más profundamente, parecía que al final uno iba a tomar algo: la calma o la desesperación, cualquier cosa decisiva; pero uno se quedaba siempre a la misma altura, al borde del vacío. Francisca miró a su alrededor con desamparo; pero no, nada podía ayudarla. Habría debido arrancar de sí misma un impulso de orgullo o de autocompasión o de ternura. Le dolían la espalda, las sienes; y hasta ese dolor le era ajeno. Habría sido necesario que alguien estuviera ahí, para decirle: «Estoy cansada, soy desdichada». Entonces ese instante vago y doloroso habría ocupado con dignidad su lugar en una vida. Pero no había nadie.

Es mi culpa, pensó Francisca mientras subía lentamente una escalera. Era su culpa, Isabel tenía razón. Hacía años que había dejado de ser alguien; ni siquiera tenía ya rostro. La más desheredada de las mujeres podía tocar con amor su propia mano y ella miraba sus manos con sorpresa. Nuestro pasado, nuestro porvenir, nuestras ideas, nuestro amor... Nunca decía «yo». Y, sin embargo, Pedro disponía de su propio porvenir y de su propio corazón; se alejaba, retrocedía hasta los confines de su propia vida. Ella permanecía ahí, separada de él, separada de todos y sin ataduras consigo misma; abandonada y sin poder encontrar en ese abandono una soledad verdadera.

Se apoyó en la balaustrada y miró debajo de ella un gran humo azul y helado. Era París; se extendía con una indiferencia insultante. Francisca se echó hacia atrás. ¿Qué hacía allí, en medio del frío, con esas cúpulas blancas sobre su cabeza y a sus pies ese abismo que se abría hasta las estrellas? Bajó corriendo las escaleras; tenía que ir al cine o telefonar a alguien.

—Es lastimoso —murmuró.

La soledad no era un artículo desmenuzable que se dejara consumir a pedacitos. Había sido pueril al imaginarse que podría refugiarse en ella durante toda una noche; debía renunciar a ella totalmente, mientras no la hubiera reconquistado totalmente.

Un dolor lancinante le cortó la respiración; se detuvo y se llevó las manos a las costillas: «¿Qué tengo?»

Un gran escalofrío la sacudió de pies a cabeza; sudaba, le zumbaba la cabeza.

Estoy enferma, pensó con una especie de alivio. Llamó un taxi. No había nada que hacer, salvo volver a su casa, meterse en cama y tratar de dormir.

Una puerta se cerró en el rellano y alguien cruzó el corredor arrastrando las zapatillas: debía de ser la mujer rubia de mala vida que se levantaba. En el cuarto de arriba, el tocadiscos del negro dejaba oír suavemente Soledad. Francisca abrió los ojos, ya casi amanecía, hacía cerca de cuarenta y ocho horas que descansaba en el calor de las sábanas; esa leve respiración junto a ella era la de Javiera, que no se había movido del sillón desde la partida de Pedro. Francisca respiró profundamente: la punzada dolorosa no había desaparecido, eso más bien la alegraba, así estaba completamente segura de estar enferma. Era tan descansado; no había que ocuparse de nada, ni siquiera de hablar. Si su pijama no hubiera estado empapado en sudor, Francisca se habría sentido completamente bien; se le pegaba al cuerpo. También tenía en el costado derecho una ancha placa que ardía. El doctor se había indignado de que le hubieran puesto tan mal las cataplasmas, pero era culpa suya, debió explicar mejor.

Alguien golpeó a la puerta con suavidad.

—Entre —dijo Javiera.

La cabeza de la camarera del piso apareció en el vano de la puerta.

—¿La señorita no necesita nada?

Se acercó tímidamente a la cama; venía a cada hora, con un aire calamitoso, a proponer sus servicios.

—Gracias —dijo Francisca; respiraba tan mal que ya ni podía hablar.

—El doctor dijo que la señorita debe ingresar en la clínica mañana por la mañana sin falta. ¿La señorita no quiere que haga alguna llamada telefónica? Francisca sacudió la cabeza.

—No pienso irme —dijo.

Una oleada de sangre le quemó el rostro y su corazón se puso a latir con violencia. ¿Por qué ese médico había inquietado a todo el hotel? Iban a decírselo a Pedro, y Javiera también se lo diría; bien sabía que ella misma no podría mentirle. Pedro la obligaría a irse. Ella no quería, no podrían llevarla a la fuerza. Miró la puerta cerrarse tras la criada y abrazó la habitación con la mirada. Había olor a enfermedad; hacía dos días que no limpiaban ni hacían la cama, ni siquiera habían abierto la ventana. Sobre la chimenea, Pedro, Javiera, Isabel, habían amontonado inútilmente alimentos tentadores: el jamón se había resecado; los melocotones en almíbar se habían azucarado, el flan se había derrumbado en un mar de caramelo. Empezaba a parecer un cuarto de secuestrada; pero era su cuarto y Francisca no quería irse. Le gustaban los crisantemos desconchados que decoraban el papel de la pared, y la alfombra gastada, y los rumores del hotel. Su cuarto, su vida; ella admitía permanecer postrada y pasiva, pero no exilarse entre paredes blancas y anónimas.

—No quiero que me saquen de aquí —dijo con voz ahogada. De nuevo las ondas ardientes la recorrieron y lágrimas de nerviosidad le subieron a los ojos.

—No esté triste —dijo Javiera con aire desdichado y apasionado—. No tardará en curarse.

Se echó bruscamente sobre la cama y pegando su mejilla fresca contra la mejilla afiebrada, se apretó contra Francisca.

—Mi pequeña Javiera —murmuró Francisca con emoción, y rodeó con sus brazos el cuerpo flexible y tibio. Javiera pesaba con todo su peso sobre ella; no podía respirar, pero no quería dejarla ir. Una mañana la había apretado así contra su corazón, ¿por qué no había sabido conservarla? Quería tanto ese rostro inquieto y preñado de ternura.

—Mi pequeña Javiera —repitió. Un sollozo le subió a la garganta; no, no se iría. Había habido un error, quería empezar todo de nuevo. Por desconfianza creyó que Javiera se había apartado de ella; pero ese impulso que acababa de arrojar a Javiera entre sus brazos no podía engañar. Francisca no olvidaría nunca esos ojos cercados de inquietud y ese amor atento y afiebrado que Javiera le prodigaba sin reticencia desde hacía dos días.

Javiera se apartó suavemente de Francisca y se levantó.

—Me voy, oigo el paso de Labrousse en la escalera.

—Estoy segura de que querrá mandarme a una clínica —dijo Francisca nerviosamente.

Pedro golpeó y entró; parecía preocupado.

—¿Cómo estás? —preguntó apretando la mano de Francisca en su mano; le sonrió a Javiera—. ¿Se portó bien?

—Estoy bien —dijo Francisca en voz baja—. Me ahogo un poco.

Quiso incorporarse, pero un dolor agudo le desgarró el pecho.

—Por favor, golpee en mi puerta al irse —dijo Javiera mirando a Pedro amablemente—. Volveré.

—No vale la pena —dijo Francisca—. Debería salir un poco.

—¿No soy acaso una buena enfermera? —dijo Javiera con reproche.

—La mejor de las enfermeras —dijo Francisca tiernamente. Javiera, sin hacer ruido, cerró la puerta tras de sí y Pedro se sentó a la cabecera de la cama.

—¿Entonces, viste al médico?

—Sí —dijo Francisca con desconfianza; hizo una mueca; no quería ponerse a llorar, pero se sentía sin ningún dominio.

—Toma una enfermera, pero déjame aquí —rogó.

—Escucha —dijo Pedro colocándole la mano sobre la frente—. Me dijeron abajo que debías ser observada de cerca. No es grave, pero siempre es serio cuando el pulmón ha sido tocado. Necesitas inyecciones, un montón de cuidados y un médico a mano. Un buen médico. Ese viejo es un asno.

—Busca otro médico y una enfermera —dijo.

Las lágrimas brotaron; con todas las pobres fuerzas que le quedaban seguía resistiéndose; no cejaba, no se dejaría arrancar de su cuarto, de su pasado, de su vida. Pero no tenía medio alguno para defenderse, hasta su voz era apenas un susurro.

—Quiero quedarme contigo —dijo. Se echó a llorar del todo; ahora estaba a merced de los demás, era sólo un cuerpo estremecido de fiebre; sin vigor, sin palabras y hasta sin pensamiento.

—Me pasaré todo el día allí —dijo Pedro—. Será exactamente lo mismo.

La miraba con aire suplicante y desesperado.

—No, no será lo mismo —dijo Francisca. Los sollozos la sofocaron—. Se acabó.

Estaba demasiado cansada para distinguir bien lo que estaba muriendo en la luz amarilla de la habitación, pero no quería consolarse nunca. Había luchado tanto; hacía tiempo que se sentía amenazada. Volvió a ver en un caos las mesas del Pôle Nord, los bancos del Dôme, el cuarto de Javiera, su propio cuarto; volvía a verse a sí misma tendida, crispada sobre ya no sabía qué posesión. Ahora el momento había llegado; por más que conservara las manos crispadas y se aferrara a un último sobresalto, la llevarían a pesar suyo. Ya nada dependía de ella, no le quedaba más rebelión que las lágrimas.

Tuvo fiebre toda la noche; no se durmió hasta la madrugada. Cuando volvió a abrir los ojos, un pálido sol invernal iluminaba el cuarto y Pedro se inclinaba sobre la cama.

—La ambulancia ha llegado —dijo.

—¡Ah! —dijo Francisca.

Recordaba que había llorado la noche anterior, pero no recordaba muy bien por qué. Sólo había vacío a su alrededor, estaba muy tranquila.

—Tengo que llevar algunas cosas.

Javiera sonrió.

—Ya hemos hecho su equipaje mientras dormía. Pijamas, pañuelos, agua de colonia. Creo que no hemos olvidado nada.

—Puedes estar tranquila —dijo Pedro alegremente—. Se las arregló para llenar la maleta grande.

—Usted la hubiera dejado irse como una huérfana, con un cepillo de dientes envuelto en un pañuelo —reprochó Javiera. Se acercó a Francisca y la miró ansiosamente—. ¿Cómo se siente? ¿No la cansará demasiado?

—Me siento muy bien —dijo Francisca. Algo había ocurrido mientras dormía; nunca desde hacía semanas y semanas había conocido una paz semejante. El rostro de Javiera se descompuso; tomó la mano de Francisca y la oprimió.

—Los oigo subir —dijo.

—Irá a verme todos los días —dijo Francisca.

—Sí, todos los días —respondió Javiera. Se inclinó sobre Francisca y la besó, tenía los ojos llenos de lágrimas. Francisca le sonrió; todavía sabía cómo se sonríe, pero ya no sabía cómo se puede estar conmovido por las lágrimas, cómo se puede estar conmovido por nada. Vio entrar con indiferencia a dos enfermeros que la levantaron y la extendieron sobre una camilla. Por última vez sonrió a Javiera, que estaba petrificada junto a la cama vacía, y luego la puerta se cerró sobre Javiera, sobre el cuarto, sobre el pasado. Francisca no era más que una masa inerte, ni siquiera un cuerpo organizado: la bajaban por la escalera, la cabeza hacia adelante, los pies en el aire, sólo un bulto pesado que los camilleros manejaban según las leyes de gravedad y sus comodidades personales.

—Hasta pronto, señorita Miquel, cúrese pronto.

La patrona, el conserje y su mujer hacían cerco en el corredor.

—Hasta pronto —dijo Francisca.

Un soplo frío, al golpearle el rostro, terminó de despertarla. Había un montón de gente amontonada en la puerta. Una enferma que llevan en una ambulancia. Francisca había visto eso a menudo en las calles de París.

Pero esta vez la enferma soy yo, pensó con asombro; no lo creía del todo. Ella siempre había pensado que la enfermedad, los accidentes, todas esas historias tiradas a millares de ejemplares no podían ser su historia: se había dicho eso a propósito de la guerra: esas desgracias impersonales, anónimas, no podían ocurrirle a ella. ¿Cómo yo puedo ser cualquiera? Y, sin embargo, estaba allí, extendida en el coche que arrancaba sin sacudirse. Pedro estaba sentado junto a ella. Enferma. A pesar de todo, eso había ocurrido. ¿Se había convertido en cualquiera? ¿Por eso se encontraba tan liviana, liberada de sí misma y de toda su escolta sofocante de alegrías y preocupaciones? Cerró los ojos; sin sacudidas, el coche corría y el tiempo se deslizaba.

La ambulancia se detuvo ante un gran jardín; Pedro envolvió estrechamente a Francisca en la manta y la transportaron a través de las avenidas heladas, a través de los corredores tapizados de linóleo. La extendieron en una gran cama, y sintió con deleite bajo su mejilla, contra su cuerpo, la frescura de la tela nueva. Todo era tan limpio aquí, tan tranquilizador. Una joven enfermera de rostro cetrino fue a ahuecar las almohadas y a conversar en voz baja con Pedro.

—Te dejo —dijo Pedro—, el médico va a pasar a verte. Volveré dentro de un rato.

—Hasta luego —dijo Francisca.

Le dejaba irse sin pena; ya no tenía necesidad de él; sólo necesitaba al médico y a la enfermera. Era una enferma cualquiera, el número 31, sólo un caso común de congestión pulmonar. Las sábanas eran frescas, las paredes, blancas, y sentía en ella un inmenso bienestar; no quedaba más que abandonarse, renunciar, era tan sencillo. ¿Por qué había vacilado tanto? Ahora, en lugar de esas infinitas conversaciones de las calles, de las caras, de su propia cabeza, era el silencio a su alrededor y no deseaba nada más. Afuera, el viento hizo crujir una rama. En ese vacío perfecto, el menor ruido se propagaba en amplias ondas que uno podía casi ver y tocar; eso repercutía al infinito en millares de vibraciones que permanecían suspendidas en el éter, fuera del tiempo, y que encantaban al corazón mejor que una música. Sobre la mesa, la enfermera había puesto una jarra de naranjada transparente y rosada. A Francisca le parecía que nunca se cansaría de mirarla. Estaba ahí; el milagro era que algo estuviera ahí, sin esfuerzo, esa tierna frescura o cualquier otra cosa. Estaba ahí sin inquietud y sin fastidio y no se cansaba de estar. ¿Por qué entonces los ojos iban a cansarse de ese encanto? Sí, era exactamente lo que Francisca no se había atrevido a desear tres días antes: liberada, colmada, descansaba en el hueco de instantes apacibles, cerrados sobre sí mismos, lisos y redondos como guijarros.

—¿Puede levantarse un poco? —dijo el doctor. La ayudó a incorporarse—. Así está bien, no tardaré mucho.

Tenía una risa amistosa; sacó un aparato de un estuche y lo apoyó contra el pecho de Francisca.

—Respire hondo —dijo.

Francisca respiró; era todo un trabajo, tenía la respiración tan cortada; en cuanto trataba de aspirar profundamente, un dolor violento la desgarraba.

—Cuenta: uno, dos, tres —dijo el doctor.

Ahora la auscultaba la espalda, daba golpecitos sobre la caja torácica como un policía de película que explora una pared sospechosa. Dócilmente, Francisca contaba, tosía, respiraba.

—Ya está —dijo el médico; arregló la almohada, bajó la cabeza de Francisca y la miró con benevolencia.

—Es una leve infección pulmonar; en seguida vamos a ponerle inyecciones para sostener el corazón.

—¿Será largo? —dijo Francisca.

—Normalmente evoluciona en nueve días; pero necesitará una larga convalecencia. ¿Ya ha sentido algo en los pulmones?

—No —dijo Francisca—, ¿por qué? ¿Cree que tengo el pulmón afectado?

—Nunca se puede saber —expresó el médico con aire vago; le palmeó la mano—. En cuanto esté mejor, le haremos una radiografía y veremos qué hay que hacer con usted.

—¿Va a mandarme a un sanatorio?

—No he dicho eso —dijo el doctor sonriendo—, de todas maneras, no son terribles algunos meses de descanso. Sobre todo no se inquiete.

—No me inquieto —dijo Francisca.

El pulmón afectado; meses de sanatorio, años quizá. Qué raro era. Todas esas cosas podían ocurrir. Qué lejos estaba aquella noche de fiesta en que ella se creía encerrada en una vida inmutable; todavía nada estaba marcado. El porvenir se extendía a lo lejos, liso y blanco como las sábanas, como las paredes, una larga pista mullida de nieve apacible. Francisca era cualquiera, y cualquier cosa, de pronto, se había vuelto posible.

Francisca abrió los ojos; le gustaban esos despertares que no la arrancaban de su descanso sino que le permitían sentirlos con una conciencia encantada. Ni siquiera necesitaba cambiar de posición, estaba sentada; ya se había acostumbrado a dormir así; el sueño ya no era para ella sino un retiro voluptuoso y huraño, era una actividad entre otras que se ejercía en la misma actitud que las otras. Miró sin prisa las naranjas, los libros que Pedro había amontonado sobre su mesa de noche. Una tarde tranquila se extendía ante ella.

Dentro de un rato me harán una radioscopia, pensó. Ese era el acontecimiento central alrededor del cual todos los otros incidentes se ordenaban; se sentía indiferente a los resultados del examen. Lo que le interesaba era cruzar el umbral de ese cuarto donde había permanecido encerrada durante tres semanas. Hoy le parecía estar completamente curada; seguramente podría ponerse de pie y hasta caminar sin dificultad.

La mañana pasó muy rápidamente; mientras la lavaba, la joven enfermera flaca y morena que se ocupaba de Francisca le habló del destino de la mujer moderna y de la belleza de la instrucción. Luego fue la visita del doctor. La señora de Miquel llegó a eso de las diez; traía dos pijamas recién planchados, una bata de cama de angora rosa, mandarinas, agua de colonia; asistió al almuerzo y le prodigó agradecimientos a la enfermera. Cuando se hubo retirado, Francisca extendió las piernas y, acostada de espaldas, el busto casi erguido, dejó que el mundo se deslizara hacia la noche; se deslizaba, luego volvía hacia la luz, se deslizaba de nuevo; era como un dulce balanceo. De pronto, ese balanceo se detuvo. Javiera se inclinó sobre la cama.

—¿Pasó una buena noche? —preguntó.

—Con esas gotitas siempre duermo bien —dijo Francisca.

Con la cabeza echada hacia atrás y una vaga sonrisa en los labios, Javiera desanudaba el pañuelo que le cubría la cabeza; cuando se ocupaba de sí misma, había siempre en sus gestos algo ritual y misterioso; el pañuelo cedió, ella volvió a la tierra. Con aire circunspecto tomó el frasco entre sus dedos.

—No hay que acostumbrarse —dijo—; después ya no podría vivir sin ellas. Se le pondrían los ojos fijos y la nariz afilada; daría miedo mirarla.

—Y usted conspiraría con Labrousse para quitarme todos mis frasquitos —dijo Francisca—, pero yo los despistaría. Se puso a toser, le cansaba hablar.

—No me acosté en toda la noche —dijo Javiera con orgullo.

—Me contará todo detalladamente —dijo Francisca. La frase de Javiera había penetrado en ella como el acero del dentista en una muela muerta. Sólo sentía el lugar vacío de una angustia que ya no existía. Pedro se cansa demasiado, Javiera no hará jamás nada. Los pensamientos todavía estaban ahí, pero desarmados e insensibles.

—Tengo algo para usted —dijo Javiera.

Se quitó el impermeable y sacó de un bolsillo una cajita de cartón atada con una cinta verde. Francisca deshizo el nudo, levantó la tapa; estaba llena de algodón y de papel de seda; bajo el papel transparente descansaba un ramo de campanillas blancas.

—Qué bonitas son —dijo Francisca—, parecen a la vez vivas y artificiales. Javiera sopló levemente sobre las corolas blancas.

—Ellas también pasaron toda la noche, pero esta mañana las puse a régimen, se sienten bien.

Se levantó, echó agua en un vaso, luego colocó las flores en él. Su traje sastre de terciopelo negro afinaba aún más su cuerpo flexible; ya no tenía nada de campesina; era una joven perfecta y segura de su gracia. Acercó un sillón a la cama.

—Pasamos verdaderamente una noche formidable.

Casi todas las noches iba a buscar a Pedro a la salida del teatro y ya no había ninguna nube entre ellos, pero Francisca nunca había visto en su rostro esa expresión emocionada y recogida; sus labios se adelantaban un poco como si esbozaran una ofrenda y sus ojos sonreían. Bajo el papel de seda, sobre el algodón, preciosamente encerrado en una cajita bien hermética, estaba el recuerdo de Pedro, que Javiera acariciaba con los labios y los ojos.

—Usted sabe que hace tiempo que yo quería hacer una excursión por Montmartre —dijo Javiera—, y nunca la hacíamos.

Francisca sonrió; había alrededor del barrio de Montparnasse un círculo mágico que Javiera nunca se resolvía a cruzar; el frío, el cansancio la detenían en seguida, y se refugiaba temerosamente en el Dôme o en el Pôle Nord.

—Anoche Labrousse cometió un acto de violencia —dijo Javiera—, me raptó en un taxi y me depositó en la Plaza Pigalle. No sabíamos muy bien adonde queríamos ir, fuimos a explorar.

Sonrió.

—Debía de haber lenguas de fuego sobre nuestras cabezas, pues al cabo de cinco minutos nos encontramos ante una casita roja, llena de ventanas con miles de vidriecitos y cortinas rojas; parecía muy íntimo y un poco dudoso. Yo no me atrevía a entrar, pero Labrousse empujó valientemente la puerta. Estaba caliente como una oreja y lleno de gente; asimismo descubrimos una mesa en un rincón; tenía un mantel rosa y unas encantadoras servilletas rosadas, parecían pañuelos de seda para muchachitos poco serios. Nos sentamos ahí —Javiera hizo una pausa—, y comimos chucrut.

—¿Comieron chucrut? —preguntó Francisca.

—Sí —respondió Javiera, feliz de haber hecho efecto—. Y me pareció delicioso.

Francisca adivinaba la mirada intrépida y brillante de Javiera.

—Para mí también chucrut.

Era una comunión mística que le había propuesto a Pedro. Estaban sentados el uno junto al otro, un poco apartados, miraban a la gente, luego se miraban con una amistad cómplice y dichosa. Esas imágenes no tenían nada de inquietante, Francisca las evocaba con tranquilidad. Todo eso ocurría más allá de las paredes desnudas, más allá del jardín de la clínica, en un mundo tan quimérico como el mundo blanco y negro del celuloide.

—Había un público rarísimo ahí dentro —dijo Javiera frunciendo la boca con un aire falsamente mojigato—. Traficantes de drogas, sin duda prófugos de la justicia. El patrón es uno alto, moreno, muy pálido, con gruesos labios rosados: parece un gángster. No un bruto, un gángster bastante refinado para ser cruel —y añadió como para sí misma:— Quisiera seducir a un hombre así.

—¿Qué haría? —dijo Francisca.

Los labios de Javiera se abrieron sobre sus dientes blancos.

—Lo haría sufrir —dijo con aire voluptuoso.

Francisca la miró con cierto malestar; parecía sacrílego imaginar a esa austera virtud con deseos de mujer, pero, sin embargo, ¿cómo se veía ella a sí misma? ¿Qué sueños de sensualidad y de coquetería le hacían vibrar la nariz, la boca? ¿A qué imagen de sí misma, oculta a los ojos de todos, le sonreía con una misteriosa connivencia? Javiera tuvo la impresión de ser burlada por una desconocida irónica disimulada tras los rasgos conocidos. El rictus se borró y Javiera agregó en tono infantil:

—Y luego va a llevarme a fumaderos de opio y va a hacerme conocer criminales.

Soñó un instante.

—Quizá si volviéramos allí todas las noches, terminaríamos por adaptarnos. Ya empezamos a hacernos amigos: dos mujeres que estaban en el bar totalmente borrachas.

Agregó confidencialmente.

—Pederastas.

—¿Quiere decir lesbianas? —inquirió Francisca.

—¿No es lo mismo? —dijo Javiera alzando los ojos.

—Pederastas no se dice sino de los hombres —dijo Francisca.

—En todo caso, era un matrimonio —dijo Javiera con una sombra de impaciencia; su rostro se animó—. Había una de pelo corto que parecía verdaderamente un muchacho, un muchachito encantador que se pervierte con aplicación; la otra era la mujer, era un poco mayor y bastante bonita, con un vestido de seda negro y una rosa roja en el escote. Como el muchachito me gustaba, Labrousse me dijo que debería tratar de seducirle. Le eché unas miradas asesinas, vino a nuestra mesa y me ofreció que bebiera en su vaso.

—¿A ver cómo haces esas miradas?

—Así —dijo Javiera. Lanzó hacia la jarra de naranjada una mirada disimulada y provocante; de nuevo Francisca se sintió molesta, no porque Javiera tuviera ese talento que la desconcertaba, sino por su manera de complacerse en él.

—¿Entonces?

—Entonces la invité a sentarse.

La puerta se abrió sin ruido; la joven enfermera de rostro cetrino se acercó a la cama.

—Es la hora de la inyección —dijo con tono animado. Javiera se levantó.

—No necesita irse —dijo la enfermera, que llenaba la jeringa con un líquido verde—. Es sólo un minuto.

Javiera miró a Francisca con un aire desdichado en que asomaba un reproche.

—No grito, sabe —aseguró Francisca sonriendo.

Javiera caminó hacia la ventana y pegó su frente al vidrio. La enfermera apartó las sábanas, descubrió un pedazo de muslo; la piel estaba toda veteada de moretones, y abajo había un montón de bolitas duras. Con un golpe seco hundió la aguja, era hábil y no hacía daño.

—Ya está —dijo; miró a Francisca con un aire un poco severo—. No debe hablar demasiado, se va a cansar.

—No hablo —respondió Francisca.

La enfermera le sonrió y salió del cuarto.

—¡Qué mujer horrible! —exclamó Javiera.

—Es buena —dijo Francisca. Se sentía llena de indulgencia hacia esa joven hábil y atenta que la cuidaba tan bien.

—¡Cómo es posible ser enfermera! —dijo Javiera; miró a Francisca con ojos miedosos y asqueados—. ¿Le hizo daño?

—No, no se siente nada.

Un escalofrío sacudió a Javiera; era capaz de estremecerse de veras ante ciertas imágenes.

—Una aguja hundiéndose en mi carne, no podría soportarlo.

—Si se drogara... —dijo Francisca.

Javiera echó la cabeza hacia atrás con una risita desdeñosa.

—¡Ah, lo haría yo misma! Yo puedo hacerme cualquier cosa.

Francisca reconoció ese tono de superioridad y de rencor. Javiera juzgaba a la gente mucho menos por sus actos que por las situaciones en que se encontraban, aunque fuera a pesar de ellos. Había aceptado cerrar los ojos porque se trataba de Francisca; pero era una falta grave estar enferma; lo recordaba de pronto.

—No tendría más remedio que soportarlo —dijo Francisca, y agregó con cierta malevolencia—: Algún día puede ocurrirle.

—Jamás. Reventaré antes de ver a un médico.

Su moral le prohibía los remedios; era mezquino empeñarse en vivir si la vida se apartaba; odiaba toda clase de empecinamientos como una falta de agilidad y de orgullo.

Se dejaría cuidar como cualquier otra, pensó Francisca fastidiada; pero era un débil consuelo. Por el momento, Javiera estaba ahí, fresca y libre en su traje sastre negro; una blusa escocesa de cuello cerrado hacía resaltar el brillo luminoso de su rostro; los cabellos le brillaban. Francisca yacía, atada, a merced de las enfermeras y de los médicos; estaba flaca y fea e inválida, apenas podía hablar. De pronto sentía la enfermedad en ella como una mancha humillante.

—Si terminara su historia —propuso.

—¿No volverá a molestarnos? —dijo Javiera en tono fastidiado—. Ni siquiera llamó.

—No creo que vuelva.

—Bueno, le hizo una señal a su amiga —dijo Javiera con un esfuerzo—. Y se instalaron junto a nosotros; la más joven terminó su whisky y de golpe cayó sobre la mesa, con los brazos hacia adelante, la mejilla apoyada contra el codo, como un chico; reía y lloraba al mismo tiempo; tenía el pelo revuelto y gotas de sudor sobre la frente y, sin embargo, continuaba limpia y pura.

Javiera calló, volvía a ver la escena en su cabeza.

—Es tan fuerte alguien que ha ido hasta el extremo de alguna cosa; verdaderamente hasta el extremo —durante un momento sus ojos se perdieron en el vacío, luego agregó con vivacidad—: La otra la sacudía, quería llevársela de todas maneras; era la ramera maternal, sabe, esas rameras que no quieren dejar que su tipo se les estropee, a la vez por interés, por instinto de propiedad y por una especie de piedad sucia.

—Ya veo —dijo Francisca.

Habríase dicho que Javiera había pasado años de su vida entre rameras.

—¿No han llamado? —dijo tendiendo el oído—. Quiere decir que entren, por favor.

—Entre —pronunció Javiera con voz clara; una sombra de descontento cruzó por sus ojos. La puerta se abrió.

—Salud —dijo Gerbert; con un poco de cortedad le tendió la mano a Javiera.

—Qué amable en haber venido —dijo Francisca.

No había pensado en desear su visita, pero estaba sorprendida y encantada de verlo; le parecía que un viento violento había entrado en su cuarto barriendo el olor a humedad y la tibieza insulsa del aire.

—Qué cara tan rara tiene —dijo Gerbert riendo con simpatía—. Parece un jefe indio. ¿Está mejor?

—Estoy curada. Estas cosas se deciden en nueve días; o se revienta o la fiebre baja. Siéntese.

Gerbert se sacó el pañuelo, un pañuelo de lana a rayas gruesas de una blancura deslumbrante, se sentó en un banquito en medio del cuarto y miró por turno a Francisca y a Javiera con un aire un poco acorralado.

—Ya no tengo fiebre, pero todavía estoy temblequeante —dijo Francisca—. Dentro de un rato tienen que hacerme una radiografía y creo que me causará un efecto rarísimo poner los pies fuera de la cama. Van a examinarme el pulmón para ver con exactitud de qué se trata. El doctor me dijo que, cuando llegué aquí, mi pulmón derecho era como un pedazo de hígado y el otro empezaba poco a poco a convertirse también en hígado.

Tuvo un corto ataque de tos.

—Espero que hayan recobrado una consistencia honesta. Se dan cuenta, si tuviera que pasarme años en el sanatorio...

—No sería divertido —dijo Gerbert; sus ojos recorrieron el cuarto buscando una inspiración—. ¡La cantidad de flores que tiene! Parece el cuarto de una novia.

—La cesta es de los alumnos de la escuela —dijo Francisca—, las azaleas son de Tedesco y Ramblin; Paula Berger mandó las anémonas.

Un nuevo ataque de tos la sacudió.

—Mire, está tosiendo —dijo Javiera con una compasión quizá demasiado excesiva—; la enfermera le había prohibido que hablara.

—Tienes razón —convino Francisca—. Me callo. . Hubo un corto silencio.

—¿Y entonces, qué pasó con esas mujercitas? —preguntó.

—Se fueron, eso es todo —dijo Javiera con el borde de los labios.

Con un aire de heroica resolución, Gerbert echó hacia atrás el mechón de pelo que le cruzaba el rostro.

—Quisiera que estuviera curada a tiempo para venir a ver mis títeres —dijo—; adelanta, ¿sabe? Dentro de quince días el espectáculo estará listo.

—Pero montará otros durante el año —dijo Francisca.

—Sí, ahora que tenemos el local; son buenos tipos los de Imágenes; no me gusta lo que hacen, pero son facilísimos de llevar.

—¿Está contento?

—Estoy encantado.

—Javiera me dijo que sus muñecas eran preciosas —dijo Francisca.

—Soy idiota, debía haberle traído una —dijo Gerbert—; allí tienen títeres con hilos, pero las nuestras son muñecas como en el guiñol, se las hace andar a mano, es mucho más divertido. Están hechas de hule, con faldas muy anchas que ocultan todo el brazo; uno se las pone como un guante.

—¿Las hizo usted? —dijo Francisca.

—Mollier y yo; pero yo tuve todas las ideas —dijo Gerbert sin modestia.

Estaba tan dominado por su tema que olvidaba su timidez.

—No es tan fácil de manejar, sabe, porque se necesita que los movimientos tengan ritmo y expresión; pero empiezo a saber hacerlo. No se imagina todos los pequeños problemas que uno tiene. Dése cuenta —alzó las dos manos—, uno tiene una muñeca en cada mano. Si uno quiere mandar a una al extremo del escenario, debe encontrar un pretexto para mover la otra al mismo tiempo. Requiere inventiva.

—Me encantaría asistir a un ensayo —aseguró Francisca.

—En este momento trabajamos todos los días de cinco a ocho —dijo Gerbert—. Preparamos una pieza con cinco personajes y tres sketches. ¡Hacía tanto tiempo que yo los tenía en la cabeza!

Se volvió hacia Javiera.

—Ayer pensábamos en usted; ¿el papel no le interesa?

—¿Cómo? Me divierte enormemente —dijo Javiera en tono ofendido.

—Entonces venga conmigo ahora —dijo Gerbert—. Ayer la Chanaud leyó su papel, pero era atroz, habla como si estuviera en un escenario. Es muy difícil encontrar el diapasón —le dijo a Francisca—, hay que conseguir que la voz parezca salir de las muñecas.

—Pero temo no saber hacerlo —dijo Javiera.

—Seguro que sí; las cuatro réplicas que usted dio el otro día eran precisamente lo que se necesitaba. Gerbert sonrió con aire seductor.

—Y, sabe, los beneficios, se comparten entre los actores; con un poco de suerte ganará entre cinco y seis francos.

Francisca se reclinó sobre sus almohadas; estaba contenta de que se hubiesen puesto a conversar entre ellos. Empezaba a sentirse cansada; quiso estirar las piernas, pero el menor movimiento exigía toda una estrategia. Estaba sentada sobre un círculo de goma espolvoreado con talco, también tenía algo de goma bajo los talones y una especie de arco de junco levantaba las sábanas a la altura de las rodillas, si no, el roce le habría irritado la piel. Consiguió extenderse. En cuanto se fueran, si Pedro no llegaba en seguida, dormiría un poco; se le iba la cabeza. Oyó decir a Javiera:

—La mujer gorda se convertía de pronto en una montgolfiera, sus faldas se levantaban para formar la nave del globo y se iba volando por los aires.

Hablaba de los títeres que había visto en la feria de Ruan.

—Yo, en Palermo, vi hacer Orlando Furioso —dijo Francisca.

No siguió, no tenía ganas de contar. Era en una callecita, cerca de un vendedor de uvas. Pedro le había comprado un enorme racimo de moscatel dulzón; costaba cinco céntimos la entrada y en la sala no había más que niños. El ancho de los bancos estaba hecho justo a la medida de los traseros infantiles. Durante los entreactos, un tipo circulaba con una bandeja cargada de vasos de agua fresca, que vendía a cinco céntimos cada uno, y luego se sentaba en un banco cerca del escenario; tenía un palo largo en la mano y daba grandes golpes a los niños que hacían ruido durante la función. En las paredes había unas especies de imágenes de Epinal, que narraban la historia de Orlando; los muñecos eran arrogantes y estaban muy rígidos en sus armaduras de caballeros. Francisca cerró los ojos. No hacía más que dos años, pero ya parecía prehistórico; todo se había vuelto tan complicado ahora, los sentimientos, la vida, Europa. Y le daba lo mismo, porque se dejaba flotar pasivamente como un madero, pero había escollos negros en todo el horizonte; ella flotaba sobre un océano gris, a su alrededor se extendían aguas con petróleo y azufre, y ella hacía la plancha, sin pensar en nada, sin tener nada, sin desear nada. Abrió los ojos.

La conversación había decaído; Javiera se miraba los pies y Gerbert consultaba ansiosamente el florero de azaleas.

—¿Qué está preparando en este momento? —dijo él por fin.

—La Ocasión, de Mérimée —dijo Javiera. Todavía no se había decidido a representar su escena ante Pedro.

—¿Y usted? —dijo.

—Octavio, en los Caprichos de Mariana; pero es solamente para dar la réplica a Canzetti.

Hubo un nuevo silencio; Javiera hizo una mueca de antipatía.

—¿Canzetti está bien como Mariana?

—No me parece que sea un papel para ella.

—Es vulgar —dijo Javiera. Callaron, incómodos.

Con un movimiento de cabeza, Gerbert echó su cabello hacia atrás.

—¿Sabe que a lo mejor doy una función de títeres en la boîte de Dominga Oryol? Sería espléndido porque parece marchar bien.

—Isabel me habló de ella —dijo Francisca.

—Fue ella quien me presentó. Hace lo que le da la gana allí. Se llevó la mano a la boca con un aire encantado y escandalizado.

—No, pero los humos que se da ahora, es increíble.

—Está orgullosísima, se habla un poco de ella, eso le cambia la vida —dijo Francisca—. Está de una elegancia formidable.

—No me gusta cómo se viste —dijo Gerbert con una parcialidad decidida.

Era raro pensar que allí, en París, los días no se parecían los unos a los otros; ocurrían cosas, todo se movía, todo cambiaba, pero todos esos remolinos lejanos, esos resplandores confusos no despertaban en Francisca ninguna envidia.

—Debo estar en el pasaje Jules Chaplain a las cinco —dijo Gerbert—. Me largo.

Miró a Javiera.

—¿Entonces viene conmigo? Si no, la Charnaud no va a soltar el papel.

—Ya voy —dijo Javiera. Se puso el impermeable y se anudó cuidadosamente el pañuelo bajo la barbilla.

—¿Va a quedarse todavía mucho tiempo aquí? —pregunto Gerbert.

—Una semana, espero —dijo Francisca—, luego me iré.

—Adiós, hasta mañana —dijo Javiera con cierta frialdad.

—Hasta mañana —dijo Francisca.

Sonrió a Gerbert, que le hizo un saludito con la mano. Abrió la puerta y cedió el paso a Javiera con aire inquieto; debía preguntarse de qué iba a poder hablar. Francisca se echó hacia atrás sobre las almohadas. Le gustaba pensar que Gerbert sentía afecto por ella; naturalmente la quería mucho menos

que a Labrousse, pero era una simpatía muy personal, que se dirigía verdaderamente a ella. Ella también le quería mucho. No podía imaginar relaciones más agradables que esa amistad sin exigencias y siempre plena. Cerró los ojos; se sentía bien. Años de sanatorio... Ni siquiera esa idea lograba sublevarla. Dentro de unos instantes iba a saber: se sentía dispuesta a aceptar cualquier veredicto.

—La puerta se abrió suavemente.

—¿Cómo sigues? —preguntó Pedro.

La sangre se agolpó en el rostro de Francisca; era más que placer lo que le traía la presencia de Pedro. Sólo ante él su tranquila indiferencia desaparecía.

—Estoy mejor —dijo reteniéndole la mano.

—¿Dentro de un rato van a hacerte la radiografía?

—Sí, pero, sabes, el médico cree que el pulmón está sano.

—Con tal de que no te cansen demasiado —dijo Pedro.

Su corazón se llenó de ternura. ¡Qué injusta había sido al comparar el amor de Pedro con un sepulcro blanqueado! Gracias a su enfermedad había tocado con el dedo la viviente plenitud. No sólo le agradecía su presencia constante, sus llamadas por teléfono, sus atenciones; lo que le había causado una ternura inolvidable era que más allá de su ternura consentida, había visto en él una ansiedad apasionada que él no había elegido y que lo desbordaba; en ese momento volvía hacia ella un rostro sin dominio. Por más que le dijeran que sólo se trataba de una formalidad, la inquietud lo demudaba. Puso un paquete sobre la cama.

—Mira lo que te he elegido. ¿Te gustan? Francisca miró los títulos: dos novelas policíacas, una novela americana, algunas revistas.

—Por supuesto que me gustan. ¡Qué bueno eres! Pedro se quitó el abrigo.

—Me crucé con Gerbert y Javiera en el jardín.

—Se la llevaba para ensayar una obra de títeres —dijo Francisca—. Es graciosísimo verles juntos. Pasan de la volubilidad más desenfrenada al silencio más negro.

—Sí —dijo Pedro—, son graciosísimos. Dio un paso hacia la puerta.

—Parece que alguien viene.

—Las cuatro, es el momento —dijo Francisca. Entró la enfermera precediendo con importancia a dos camilleros que llevaban una silla de ruedas.

—¿Cómo encuentra a nuestra enferma? —dijo—. Espero que soportará bien su pequeña expedición.

—Tiene buen aspecto —afirmó Pedro.

—Me siento muy bien —dijo Francisca.

Cruzar el umbral de ese cuarto después de esos largos días de estar enclaustrada era una verdadera aventura. La alzaron, la envolvieron en mantas, la instalaron en la silla de ruedas. Era raro verse sentada, no era la misma cosa que estar sentada en la cama; mareaba un poco.

—¿Qué tal? —preguntó la enfermera girando el picaporte.

—Bien —dijo Francisca.

Miraba con una sorpresa un poco escandalizada esa puerta que estaba abriéndose hacia afuera; normalmente se abría para dejar entrar gente; ahora, de pronto, cambiaba de dirección, se transformaba en una puerta de salida. Y el cuarto también era escandaloso, con su cama vacía; ya no era ese corazón de la clínica donde desembocaban los corredores y las escaleras. El corredor cubierto de un silencioso linóleo se convertía en la arteria vital a la que daba una serie indistinta de pequeños compartimientos. Francisca tuvo la impresión de haber pasado al otro lado del mundo: era casi tan raro como pasar a través de un espejo.

Pusieron el sillón en una habitación embaldosada y llena de instrumentos complicados; hacía un calor terrible, Francisca entornó los ojos, ese viaje al más allá cansaba.

—¿Puede estar dos minutos de pie? —dijo el médico, que acaba de entrar.

—Trataré —dijo Francisca. Ya no estaba tan segura de sus fuerzas.

Unos brazos robustos la pusieron de pie y la guiaron entre los instrumentos; el suelo huía en un torbellino bajo sus pies, sentía náuseas. Nunca habría imaginado que diera tanto trabajo caminar; gruesas gotas de sudor asomaban a su frente.

—Quédese quieta —dijo una voz.

La aplicaron contra un aparato y una plancha de madera fue a pegarse contra su pecho; se ahogaba, no podría quedarse dos minutos sin sofocarse. De pronto se hizo la noche y el silencio: no oyó más que el silbido corto y precipitado de su respiración; luego hubo un chasquido, un ruido seco, y todo se esfumó. Cuando recobró el conocimiento estaba de nuevo acostada en la silla de ruedas; el médico se inclinaba sobre ella con dulzura y la enfermera le secaba la frente sudorosa.

—Se acabó —dijo—. Sus pulmones están magníficos, puede dormir en paz.

—¿Está mejor? —dijo la enfermera.

Francisca hizo una señal con la cabeza; estaba agotada. Le parecía que nunca recobraría sus fuerzas; tendría que quedarse acostada toda la vida. Se abandonó contra el respaldo del sillón y la llevaron a lo largo de los corredores; tenía la cabeza vacía y pesada. Vio a Pedro que iba y venía ante la puerta de su cuarto. Le sonrió ansiosamente.

—Estoy bien —murmuró.

El hizo un movimiento hacia ella.

—Un momento, por favor —dijo la enfermera.

Francisca volvió la cabeza hacia él y viéndolo tan sólido sobre sus propias piernas, sintió que el desaliento la invadía. ¡Qué impotente e inválida era! Sólo un paquete inerte que llevaban en brazos.

—Ahora tiene que descansar bien —dijo la enfermera; arreglaba las almohadas, estiraba las sábanas.

—Gracias —dijo Francisca extendiéndose con placer—. ¿Quiere avisarle de que puede entrar?

La enfermera salió del cuarto; hubo detrás de la puerta un corto conciliábulo, y Pedro entró, Francisca, con envidia, lo siguió con la mirada; le parecía tan natural desplazarse a través del cuarto.

—Qué contento estoy —dijo—. Parece que estás completamente sana.

Se inclinó sobre ella y la besó; la alegría que reflejaba su sonrisa calentó el corazón de Francisca; no la creaba a propósito para dedicársela, la vivía para sí mismo con entera gratitud; su amor había vuelto a ser una brillante evidencia.

—Qué aspecto tan malo tenías en el sillón —dijo riendo con ternura.

—Casi me desmayé.

Pedro sacó un cigarrillo de su bolsillo.

—Puedes fumar tu pipa, sabes —dijo ella.

—Jamás —dijo Pedro; miró el cigarrillo con ganas—. Ni siquiera debería fumar esto.

—No, no, mi pulmón ya está bien —aseguró Francisca con alegría.

Pedro encendió su cigarrillo.

—Y ahora vas a volver pronto a casa; vas a ver qué bonita convalecencia tendrás; te procuraré un tocadiscos y discos, recibirás visitas, vivirás como una reina.

—Mañana le preguntaré al médico cuándo me permitirá irme -dijo Francisca. Suspiró—, Pero me parece que nunca más podré caminar.

—Oh, en seguida podrás. Te sentaremos en tu sillón un ratito cada día, después te pondremos de pie unos minutos y terminarás por dar verdaderos paseos.

Francisca le sonrió con confianza.

—Parece que pasasteis una noche memorable ayer Javiera y tú -dijo.

—Descubrimos un lugar bastante divertido —dijo Pedro. Se había ensombrecido de pronto; Francisca tuvo la impresión de que acababa de hundirlo de golpe en un mundo de pensamientos desagradables.

—Ella me habló con los ojos fuera de las órbitas —dijo decepcionada.

Pedro se encogió de hombros.

—¿Qué hay? —preguntó ella—. ¿En qué piensas?

—No tiene ningún interés —dijo Pedro con una sonrisa reticente.

—¡Qué raro estás! Todo me interesa —dijo Francisca un poco ansiosamente.

Pedro vaciló.

—¿Y entonces? —inquirió Francisca; miró a Pedro—. Te ruego que me digas en qué estás pensando.

Pedro volvió a vacilar, luego pareció decidirse.

—Me pregunto si no está enamorada de Gerbert. Francisca le miró estupefacta.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que digo —dijo Pedro. —Sería muy natural. Gerbert es buen mozo y encantador; tiene el tipo de gracia que le encanta a Javiera —miró vagamente la ventana—. Es más que probable.

—Pero Javiera está demasiado preocupada por ti —dijo Francisca. Parecía enloquecida por la noche que acababa de pasar.

Pedro adelantó el labio y Francisca volvió a ver con desagrado ese perfil cortante y un poco ordinario que no veía desde hacía tiempo.

—Naturalmente —dijo con altanería—. Siempre puedo hacerle pasar un rato formidable a alguien, si me tomo el trabajo. ¿Y eso qué prueba?

—No comprendo por qué piensas eso —dijo Francisca. Pedro apenas pareció oírla.

—Se trata de Javiera y no de una Isabel —dijo—. Que ejerzo sobre ella una cierta seducción intelectual es indudable; pero seguramente no comete el error de confundir.

Francisca sintió un leve choque de desagrado; antes, Pedro había despertado el amor de ella por su encanto intelectual.

—Es una sensual —continuó él—, y no tiene una sensualidad torturada. Le gusta mi conversación, pero desea los besos de un hombre joven y buen mozo.

El desagrado de Francisca se acentuó; a ella le gustaban los besos de Pedro. ¿Él la despreciaba por eso? Pero no se trataba de ella.

—Estoy segura de que Gerbert no la corteja —dijo Francisca—. En primer lugar, sabe que te interesas por ella.

—No sabe nada —dijo Pedro—, él sólo sabe lo que se le dice. Y además, no se trata de eso.

—¿Pero has notado algo entre ellos? —dijo Francisca.

—Cuando los vi en el jardín, me golpeó como una evidencia —dijo Pedro, que empezó a comerse una uña—. ¿Nunca has visto cómo le mira ella cuando no se cree observada? Parece que se lo va a comer.

Francisca recordó cierta mirada ávida que había sorprendido en Nochebuena.

—Sí —dijo—, pero también cayó en trance ante Paula Berger; son instantes de pasión, no un sentimiento verdadero.

—¿Y no te acuerdas qué furiosa se puso una vez que hicimos bromas sobre tía Cristina y Gerbert? —preguntó Pedro; si seguía así, iba a comerse el dedo hasta el hueso.

—Es el día en que le conoció —dijo Francisca—. No pretenderás que ya le quería.

—¿Por qué no? Le gustó en seguida.

Francisca reflexionó; aquella noche había dejado a Javiera sola con Gerbert y cuando volvió a verla, Javiera estaba hecha una furia; Francisca se había preguntado si él había sido descortés con ella, pero quizá al contrario, a ella le daba rabia que le gustara tanto. Unos días después había habido esa indiscreción tan rara...

—¿Qué piensas? —preguntó Pedro, nervioso.

—Trataba de recordar —respondió ella.

—Ves, titubeas —dijo Pedro en tono apremiante—. Oh, hay un montón de indicios. ¿Qué tendría ella en la cabeza cuando fue a contarle que habíamos salido sin él?

—Tú creías que era un principio de amor por ti.

—Había algo de eso; en ese momento empezó a interesarse por mí; pero debía de ser aún más complicado. Quizá lamentaba verdaderamente no haber pasado la noche con él; quizá buscó una complicidad de un minuto con él, contra nosotros. O, a lo mejor, quiso vengarse en él de los deseos que le inspiraba.

—En todo caso, no veo ningún indicio en ningún sentido —dijo Francisca—Es demasiado ambiguo.

Se levantó un poco sobre las almohadas; esa discusión la cansaba, el sudor empezaba a humedecerle el hueco de la espalda y la palma de las manos. Ella que creía que se habían acabado todas esas interpretaciones, esas exégesis donde Pedro podía dar vueltas en redondo durante horas... Hubiera querido permanecer apacible y desinteresada, pero la agitación febril de Pedro la poseía.

—Hace un rato no me dio esa impresión —dijo.

De nuevo el labio de Pedro se adelantó; tuvo una expresión rara, como si se felicitara de guardar para sí esa pequeña maldad que precisamente empezaba a decir.

—Tú sólo ves lo que quieres ver.

Francisca enrojeció.

—Hace tres semanas que estoy retirada del mundo —dijo.

—Pero ya había un montón de indicios.

—¿Cuáles ?

—Todos los que ya hemos dicho —dijo Pedro vagamente.

—No es mucho.

Pedro pareció fastidiado.

—Te digo que es lo que es —dijo.

—Entonces no me lo preguntes. —La voz de Francisca tembló un poco; ante esa dureza inesperada de Pedro, se sentía sin fuerzas y completamente miserable.

Pedro la miró con remordimiento.

—Te canso con mis historias —dijo en un impulso de ternura.

—¿Cómo puedes pensarlo? —dijo Francisca. Parecía tan atormentado; hubiera querido tanto ayudarlo—. Sinceramente tus pruebas me parecen un poco frágiles.

—En la boîte de Dominga, la noche en que se inauguró, bailó una vez con él; cuando Gerbert la abrazó, Javiera se estremeció de pies a cabeza y tuvo una sonrisa de voluptuosidad que no podía engañar.

—¿Por qué no lo dijiste? —dijo Francisca.

Pedro se encogió de hombros.

—No sé.

Quedó un instante pensativo.

—Sí, sé; es el más desagradable de mis recuerdos, el que pesa más sobre mí; tenía una especie de miedo, si te lo entregaba, de hacerte compartir mi evidencia y hacerla definitiva.

Sonrió.

—No hubiera creído que había llegado a ese punto. Francisca volvió a ver el rostro de Javiera cuando hablaba de Pedro; los labios acariciadores, la mirada tierna.

—No me parece tan evidente —dijo.

—Voy a hablarle esta noche —dijo Pedro.

—Se enfurecerá.

Pedro sonrió con aire un tanto disgustado.

—No, le encanta que le hable de ella, piensa que sé apreciar todas sus finuras; hasta es el primer mérito que tengo ante sus ojos.

—Le interesas —dijo Francisca—. Creo que Gerbert le gusta a ratos, pero que no va más lejos.

El rostro de Pedro se iluminó un poco, pero seguía tenso.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Segura, nunca se puede estar segura —dijo Francisca.

—Ves, no estás segura —recalcó Pedro. La miraba casi amenazador, necesitaba oír de ella palabras tranquilizadoras para sentirse mágicamente calmado. Francisca se crispó, no quería tratar a Pedro como a un niño.

—No soy un oráculo —dijo.

—¿Cuántas posibilidades hay, según tú, de que esté enamorada de Gerbert?

—Eso no puede calcularse —dijo Francisca algo impaciente. Le resultaba penoso que Pedro se mostrara tan pueril, no admitía hacerse cómplice.

—Puedes decir una cifra —dijo Pedro.

Sin duda la fiebre había subido mucho en el curso de la tarde; Francisca tenía la impresión de que todo su cuerpo iba a disolverse en sudor.

—No sé, diez por ciento —dijo al azar.

—¿Sólo un diez por ciento?

—Dime, ¿cómo quieres que lo sepa?

—No pones buena voluntad —dijo Pedro secamente.

Francisca sintió que se le formaba un nudo en la garganta; tenía ganas de llorar; sería sencillo decir lo que él deseaba oír, dejarse arrastrar; pero de nuevo nacían en ella resistencias tercas, de nuevo las cosas tenían un sentido, un precio, y merecían que uno luchara por ellas; pero no estaba a la altura de la lucha.

—Es idiota —dijo Pedro—, tienes razón. A qué vengo a mortificarte con todo esto. Su rostro se distendió.

—Fíjate que no deseo de Javiera nada más de lo que tengo; pero no soportaría que algún otro pudiera tener más.

—Comprendo muy bien —dijo Francisca.

Sonrió, pero la paz no volvía a ella; Pedro había quebrado su soledad y su descanso, empezaba a entrever un mundo lleno de riquezas y de obstáculos, un mundo donde ella quería reunirse con él para desear y temer a su lado.

—Voy a hablarle esta noche —dijo Pedro—. Mañana te contaré todo, pero no te atormentaré más, te lo prometo.

—No me has atormentado —dijo Francisca—. Soy yo quien te ha obligado a hablar, tú no querías.

—Era un punto demasiado sensible —dijo Pedro sonriendo—. Yo estaba seguro de que no sería capaz de discutir con sangre fría. No eran ganas de hablarte lo que me faltaba; pero cuando llegaba y te veía con tu pobre cara demacrada, todo el resto me parecía irrisorio.

—Ya no estoy enferma —dijo Francisca—. Ya no hay que cuidarme.

—Ves que ya no te cuido. —Pedro sonrió—. Hasta me da vergüenza, no hemos hecho sino hablar de mí.

—¡Ah, eso! no se puede decir que seas poco comunicativo. Hasta eres de una sinceridad asombrosa. Tú, que puedes ser tan sofista en las discusiones, nunca te haces trampa a ti mismo.

—No tengo ningún mérito. Bien sabes que nunca me siento comprometido por lo que ocurre en mí. Alzó los ojos hacia Francisca.

—Me dijiste el otro día una cosa que me hirió: que ponía mis sentimientos fuera del tiempo, fuera del espacio y que para conservarlos intactos desdeñaba vivirlos; era un poco injusto. Pero para mí propia persona me parece que procedo un poco así: me parece siempre que estoy en otra parte y que ningún momento en particular tiene importancia.

—Es verdad —dijo Francisca—. Tú siempre te crees superior a todo lo que te pasa.

—Y así puedo permitirme cualquier cosa. Me refugio en la idea de que soy el hombre que cumple cierta obra, el hombre que ha logrado contigo un amor tan perfecto. Pero es demasiado cómodo. Todo el resto también existe.

—Sí, el resto existe.

—Ves, mi sinceridad es otro modo de hacerme trampa a mí mismo. Es asombroso lo astuto que uno puede ser —dijo Pedro con aire convencido.

—Despistaremos tus astucias —dijo Francisca.

Le sonrió. ¿De qué se inquietaba? El tenía derecho a interrogarse a sí mismo, podía poner al mundo sobre el tapete. Ella sabía que no había nada que temer de esa libertad que lo separaba de ella. Nunca nada alteraría ese amor.

Francisca apoyó la cabeza contra la almohada. Mediodía. Todavía tenía ante ella un largo rato de soledad, pero ya no era la soledad regular y blanca de la mañana; un tibio aburrimiento se había insinuado en el cuarto, las flores habían perdido su brillo, la naranjada, su frescura; las paredes, los muebles lisos parecían desnudos. Javiera. Pedro. Volviera hacia donde volviera sus ojos no veía más que ausencias. Francisca cerró los ojos. Por primera vez desde hacía semanas, la ansiedad nació en ella. ¿Cómo había transcurrido la noche? Las preguntas indiscretas de Pedro habrían herido a Javiera; quizá más tarde fueran a reconciliarse a la cabecera de Francisca. ¿Y entonces? Ella reconocía ese escozor de la garganta, esos latidos febriles de su corazón. Pedro la había traído desde el fondo de los limbos y ya no quería volver a bajar a ellos; no quería quedarse más tiempo aquí. Ahora esta clínica era sólo un exilio. Ni siquiera la enfermedad había bastado para devolverle un destino solitario; ese porvenir que volvía a formarse en el horizonte era su porvenir junto a Pedro. Nuestro porvenir. Tendió el oído. Días pasados, tranquilamente instalada en el corazón de su vida de enferma, ella acogía a las visitas como una simple diversión. Hoy era diferente. Pedro y Javiera avanzaban paso a paso por el largo corredor, habían subido la escalera, venían de la estación, de París, del fondo de sus vidas; un pedazo de esas vidas iba a transcurrir aquí. Los pasos se detuvieron ante la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Pedro; empujó la puerta. Estaba ahí y Javiera con él. El paso entre la ausencia y la presencia de ellos había sido, como siempre, imperceptible.

—La enfermera nos dijo que habías dormido muy bien.

—Sí, en cuanto las inyecciones hayan terminado podré irme.

—A condición de ser muy juiciosa y de no agitarte demasiado —dijo Pedro—. Descansa bien y no hables. Nosotros vamos a contarte cuentos. —Le sonrió a Javiera—. Tenemos un montón de cosas que contarte.

Él se instaló en una silla al lado de la cama y Javiera se sentó en un banquito cuadrado; debía de haberse lavado la cabeza por la mañana, una espesa espuma dorada encuadraba su rostro; los ojos y la boca pálida tenían una expresión acariciadora y secreta.

—Todo salió muy bien anoche en el teatro —dijo Pedro—, la sala estaba tibia, nos llamaron varias veces. Pero no sé muy bien por qué yo estaba de un humor detestable después de la función.

—Estabas nervioso por la tarde —dijo Francisca con una semisonrisa.

—Sí, y además, sin duda, se hacía sentir la falta de sueño, no sé. La cuestión es que al bajar por la calle de la Gaïeté, ya empecé a mostrarme insoportable.

Javiera hizo una extraña muequita triangular.

—Era un verdadero áspid, silbante y venenoso —dijo—. Yo estaba muy alegre al llegar; muy juiciosamente había ensayado durante dos horas la princesa china; había dormido un poco a propósito para estar bien fresca —agregó en tono de reproche.

—Y yo, en mi maldad, no hacía sino buscar pretextos para irritarme contra ella. Al atravesar el bulevar Montparnasse, tuvo la mala suerte de soltar mi brazo...

—A causa de los coches —dijo Javiera con viveza—, ya no podíamos caminar al mismo paso, era muy incómodo.

—Lo tomé como un insulto deliberado —dijo Pedro— y me sentí sacudido por una rabia que me entrecrocaba los huesos.

Javiera miró a Francisca con aire consternado.

—Era terrible, ya no me decía nada salvo de vez en cuando una frase de cortesía envenenada; yo ya no sabía qué hacer: me sentía atacada tan injustamente.

—Me imagino —dijo Francisca sonriendo.

—Habíamos decidido ir al Dôme, porque lo habíamos abandonado mucho últimamente —dijo Pedro—. Javiera pareció satisfecha de estar allí y yo pensé que era una manera de despreciar las últimas noches que habíamos pasado juntos corriendo aventuras; eso me ancló en mi furor y me quedé durante casi una hora todo anudado de rabia ante mi cerveza.

—Yo intentaba introducir temas de conversación —dijo Javiera.

—Tenía una paciencia verdaderamente angelical —dijo Pedro, confuso—, pero todos sus esfuerzos de buena voluntad no servían sino para ponerme más fuera de mí. Uno se da cuenta muy bien, cuando está en ese estado, de que, si se empeñara, podría salir de él, pero no se ve ninguna razón para desearlo, al contrario. Terminé por explotar en reproches. Le dije que era cambiante como el viento, que uno estaba seguro, si pasaba una noche agradable con ella, de que la siguiente sería detestable.

Francisca se echó a reír.

—¿Pero qué es lo que tienes en la cabeza cuando te pones de tan mal talante?

—Creía sinceramente que me había recibido con reservas y reticencias. Lo creí porque ya antes, por desconfianza, estaba convencido de que iba a estar a la defensiva.

—Sí —dijo Javiera en tono plañidero—. Me explicó que era el miedo de no pasar una noche tan perfecta como la anterior lo que le había puesto de ese humor brillante.

Se sonrieron con una tierna complicidad. Parecía que no habían hablado de Gerbert; sin duda, Pedro no se atrevió a hablar de él y se había disculpado con semiverdades.

—Tuvo un aire tan dolorosamente escandalizado —dijo Pedro—, que de golpe me sentí desarmado, muerto de vergüenza. Le conté todo lo que se había cruzado por mi cabeza desde la salida del teatro —sonrió a Javiera—, tuvo la grandeza de alma necesaria para perdonarme.

Javiera le devolvió su sonrisa. Hubo un corto silencio.

—Y después nos pusimos de acuerdo para comprobar que, desde hacía tiempo, nuestras noches eran perfectas —dijo Pedro—; Javiera tuvo la bondad de decirme que nunca se aburría conmigo y yo le dije que los momentos que pasaba con ella contaban entre los más preciosos de toda mi existencia.

Agregó rápidamente en un tono alegre que sonaba un poco falso:

—Y convinimos en que no era tan asombroso, puesto que en realidad nos queremos.

A pesar de la liviandad de la voz, la palabra cayó pesada en la habitación, y el silencio se hizo alrededor de ella. Javiera sonrió, cortada. Francisca compuso su rostro; sólo se trataba de una palabra, hacía tiempo que las cosas habían llegado ahí, pero era una palabra decisiva y, antes de pronunciarla, Pedro debió haberla consultado. No estaba celosa de él, pero a esa chiquilla sedosa y dorada que ella había adoptado en un agrío amanecer, no la perdía sin rebelarse.

Pedro agregó con tranquilo desparpajo:

—Javiera me dijo que hasta ese momento no se había dado cuenta de que se trataba de un amor —sonrió—; comprobaba, por supuesto, que los instantes que pasábamos juntos eran dichosos y fuertes, pero no comprendía que lo eran gracias a mi presencia.

Francisca miró a Javiera que observaba el suelo con aire indiferente. Era injusta, Pedro la había consultado; ella había sido la primera en decirle, hacía ya tiempo: «Puedes enamorarte de ella». La noche de la fiesta, él le había propuesto renunciar a Javiera. Tenía derecho a sentirse con la conciencia limpia.

—¿Eso les parecía un azar mágico? —dijo Francisca con torpeza.

Con un movimiento brusco, Javiera alzó la cabeza.

—Pues no —dijo, mirando a Pedro—. Yo sabía muy bien que era gracias a usted, pero creí que se debía a que usted era tan interesante y tan agradable, no por... por otra cosa.

—¿Pero qué piensa ahora? ¿No ha cambiado de opinión desde ayer? —inquirió Pedro con aire alentador donde despuntaba una leve inquietud.

—Claro que no, no soy una veleta —dijo Javiera, ofendida.

—Podía haberse equivocado —dijo Pedro, cuya voz vacilaba entre la sequedad y la dureza—. Tal vez en un minuto de exaltación tomó una amistad por un amor.

—¿Acaso parecía exaltada anoche? —dijo Javiera con una sonrisa crispada.

—Parecía dominada por el instante —dijo Pedro.

—No más que de costumbre —respondió Javiera. Tomó un mechón de pelo y empezó a mirarlo con ojos bizcos y aire tonto y vicioso—. Lo que ocurre —dijo arrastrando la voz—, es que en seguida se vuelven tan pesadas las grandes palabras.

El rostro de Pedro se cerró.

—Si las palabras son exactas, ¿por qué temerlas?

—Evidentemente —dijo Javiera mientras seguía mirando con ojos terriblemente bizcos.

—Un amor no es un secreto vergonzoso —dijo Pedro—. Me parece una debilidad no querer mirar de frente lo que ocurre en uno.

Javiera se encogió de hombros.

—Uno no puede cambiarse. No tengo un alma pública.

Pedro tomó un aspecto desconcertado y dolorido que apenó a Francisca; podía ser tan frágil si decidía arrojar todas sus defensas y sus armas.

—¿Le parece desagradable que discutamos eso en trío? —dijo—. Pero lo habíamos convenido anoche. Quizá hubiera sido mejor que cada cual le hablara a solas a Francisca. —Miró a Javiera con aire de duda; ella le lanzó una mirada irritada.

—Me da lo mismo que seamos dos o tres o toda una muchedumbre —dijo—; lo que me parece raro es oír que me habla a mí de mis propios sentimientos.

Se echó a reír nerviosamente:

—Es tan raro, que no puede creerlo. ¿Acaso se trata verdaderamente de mí? ¿Es a mí a quien está diseccionando? ¿Y acepto yo eso?

—¿Por qué no? Se trata de usted y de mí —dijo Pedro sonriendo tímidamente—. Anoche le parecía natural.

—Anoche... —dijo Javiera; tuvo un rictus casi doloroso—. Por una vez usted parecía vivir las cosas y no solamente hablarlas.

—Usted está muy desagradable —dijo Pedro.

Javiera se hundió las manos en el pelo y las apretó contra las sienes.

—Es insensato poder hablar de sí mismo como si uno fuera un pedazo de madera —dijo con violencia.

—Usted sólo puede vivir las cosas en la sombra, a escondidas —dijo Pedro en tono áspero—. Es incapaz de pensarlas y de quererlas a la luz del día. No son las palabras lo que le molesta, lo que le irrita es que yo le pida hoy que admita, por su propia voluntad, lo que aceptó anoche por sorpresa.

El rostro de Javiera cedió, y ella miró a Pedro con aire acosado, Francisca habría querido detener a Pedro; ella comprendía muy bien que esa tensión imperiosa que endurecía sus rasgos inspirara miedo y el deseo de huir de ella; él tampoco era feliz en ese momento, pero a pesar de su fragilidad, Francisca no podía evitar verlo como a un hombre encarnizado en su triunfo de macho.

—Me dejó decir que me quería —agregó Pedro—. Está a tiempo de echarse atrás. No me asombrará nada comprobar que usted sólo conoce emociones de un instante.

Miró a Javiera con aire malvado.

—Vamos, dígame francamente que no me quiere. Javiera le echó una mirada desesperada a Francisca.

—Ay, quisiera que todo esto no hubiera ocurrido —dijo con desamparo—. ¡Todo estaba tan bien antes! ¿Por qué lo estropeó todo?

Pedro pareció emocionado por esa explosión; miró a Javiera, luego a Francisca vacilando.

—Déjala respirar un poco —dijo Francisca—. La hostigas.

Amar, no amar; qué corto y racional se volvía Pedro en su sed de certidumbre. Francisca comprendía de manera fraternal el desasosiego de Javiera; ella misma, ¿con qué palabras hubiera podido describirse? Todo dentro de ella era tan turbio.

—Perdóneme —dijo Pedro—, hice mal en irritarme, se acabó. No quiero que piense que algo se ha estropeado entre nosotros.

—Pero se ha estropeado, ¿no ve? —dijo Javiera; le temblaban los labios; tenía los nervios rotos. Bruscamente hundió el rostro entre las manos.

—¿Qué hacer ahora? ¿Qué hacer? —dijo susurrando. Pedro se inclinó hacia ella.

—Pero no, no ha pasado nada, nada ha cambiado —dijo en tono apremiante.

Javiera dejó caer las manos sobre las rodillas.

—Todo es tan pesado ahora; es como un corsé a mi alrededor. —Temblaba de pies a cabeza—. Es tan pesado.

—No crea que espero nada más, no le pido nada más; es lo mismo que antes —dijo Pedro.

—Mire lo que ha pasado ya —dijo Javiera; se enderezó y echó la cabeza hacia atrás para retener las lágrimas, el cuello se le hinchaba convulsivamente—. Es una desgracia, estoy segura, no estoy a la altura —dijo con voz entrecortada.

Francisca la miraba impotente y apenada; era como una vez en el Dôme. Aún menos que entonces podía Pedro permitirse ningún gesto, hubiera sido no sólo una osadía, sino una impertinencia. Francisca hubiera querido rodear con sus brazos los hombros estremecidos y encontrar palabras, pero yacía paralizada entre las sábanas, ningún contacto era posible, sólo se podían decir frases rígidas que

desentonaban por anticipado. Javiera se debatía sin ayuda entre esas amenazas aplastantes que veía a su alrededor, sola como una alucinada.

—No hay ninguna desgracia que temer entre nosotros —dijo Francisca—. Debería tener confianza. ¿De qué tiene miedo?

—Tengo miedo —dijo Javiera.

—Pedro es un áspid, pero silba más de lo que muerde y lo domesticaremos. ¿Verdad que te dejarás domesticar?

—Ya ni siquiera silbaré. Lo juro.

—¿Entonces? —preguntó Francisca.

Javiera respiró profundamente.

—Tengo miedo —dijo con voz cansada.

Como la víspera a la misma hora, la puerta se abrió suavemente y la enfermera entró con una jeringa en la mano, Javiera se levantó de un salto y se dirigió hacia la ventana.

—No tardaré —dijo la enfermera. Pedro se levantó y dio un paso como si quisiera reunirse con Javiera; pero se detuvo ante la chimenea.

—¿Es la última inyección? —preguntó Francisca.

—Le daremos otra mañana —respondió la enfermera.

—¿Y después podré terminar de curarme en mi casa?

—¿Tiene tanta prisa por dejarnos? Tendrá que esperar a que hayan vuelto sus fuerzas para que puedan transportarla.

—¿Cuánto tiempo? ¿Ocho días más?

—Ocho o diez días.

La enfermera hundió la aguja.

—Ya está —dijo. Volvió a estirar las sábanas y salió con una amplia sonrisa. Javiera se volvió bruscamente.

—La aborrezco con su voz de miel —dijo con odio. Durante unos segundos permaneció inmóvil en el fondo del cuarto, luego se dirigió hacia el sillón donde había arrojado su impermeable.

—¿Qué hace? —dijo Francisca.

—Voy a tomar aire. Aquí me ahogo. —Pedro esbozó un ademán—. Necesito estar sola —dijo ella con violencia.

—¡Javiera! No se obstine —dijo Pedro—. Vuelva a sentarse y conversemos razonablemente.

—¡Conversar! Ya hemos conversado demasiado. —Javiera se puso rápidamente el abrigo y caminó hacia la puerta.

—No se vaya así —dijo Pedro suavemente. Tendió la mano y le rozó el brazo. Javiera se echó hacia atrás de un salto.

—No va a darme órdenes ahora —dijo con voz helada.

—Vaya a tomar aire —dijo Francisca—. Pero vuelva a verme al final de la tarde, ¿quiere? Javiera la miró.

—Bueno —dijo con una especie de docilidad.

—¿La veré a medianoche? —preguntó Pedro con sequedad.

—No sé —dijo Javiera en voz casi baja; empujó bruscamente la puerta y la cerró tras ella.

Pedro se encaminó hacia la ventana y permaneció un momento inmóvil, con la frente apoyada en el cristal; la miraba partir.

—Qué lío —dijo volviendo hacia la cama.

—Pero también, qué torpeza —dijo Francisca con nerviosidad—. ¿Qué se te cruzó por la cabeza? Lo último que debías haber hecho era venir así con Javiera para contarme en caliente todo lo que habíais hablado. La situación era violenta para todo el mundo; ni siquiera una persona menos susceptible la hubiera soportado.

—¿Qué querías que hiciera? Le sugerí que viniera a verte sola, pero naturalmente le pareció superior a sus fuerzas, dijo que sería mucho mejor venir juntos. No era caso de que viniera yo a hablarte sin ella, hubiera parecido que queríamos resolver las cosas entre personas mayores, pasando por encima de ella.

—No digo que no —dijo Francisca—. Era delicado. Agregó con una especie de placer obstinado:

—En todo caso, tu solución no era feliz.

—Anoche parecía tan sencillo —Pedro miraba a lo lejos con aire ausente—. Descubríamos nuestro amor, veníamos a contártelo como una linda historia que nos había ocurrido.

La sangre subió a las mejillas a Francisca y el corazón se le llenó de rencor; aborrecía ese papel de divinidad indiferente y bendicidora, que le hacían representar por comodidad, con el pretexto de reverenciarla.

—Sí, y la historia quedaba santificada por anticipado —dijo Francisca—. Comprendo muy bien; Javiera tenía todavía más necesidad que tú de pensar que esa noche me sería contada.

Volvió a ver el aire cómplice y encantado que tenían al entrar en su cuarto; le traían su amor como un hermoso regalo para que ella se lo devolviera transformado en virtud.

—Lo que pasa es que Javiera nunca imagina las cosas en detalle. No se le había ocurrido que había que emplear palabras; se horrorizó en cuanto abriste la boca; no me extraña de ella, pero tú debiste prever el golpe.

Pedro se encogió de hombros.

—No se me ocurrió calcular —dijo—. No desconfiaba. ¡Esa pequeña hiena! Si hubieras visto cómo estaba derretida y entregada esta noche. Cuando pronuncié la palabra amor, se estremeció un poco, pero su rostro consintió en seguida. La acompañé hasta su casa.

Sonrió, pero no parecía sentirse sonreír; sus ojos seguían vagos.

—Al despedirme, la tomé entre mis brazos y me tendió la boca. Fue un beso muy casto, pero había tanta ternura en su gesto.

La imagen atravesó a Francisca como una quemadura; Javiera, su traje sastre negro, su blusa escocesa y su cuello blanco. Javiera dócil y tibia entre los brazos de Pedro, los ojos entornados, la boca ofrecida. Ella nunca vería ese rostro. Hizo un esfuerzo violento, iba a ser injusta, no quería dejarse sumergir por ese rencor creciente.

—No le propones un amor fácil. Era natural que se asustara por un momento. No estamos acostumbrados a mirarla bajo ese ángulo, pero, en fin, es una niña y no ha querido nunca. Eso cuenta a pesar de todo.

—Con tal de que no haga ninguna tontería —dijo Pedro.

—¿Qué quieres que haga?

—Con ella nunca se sabe; estaba en tal estado. Miró ansiosamente a Francisca.

—Tratarás de tranquilizarla, de explicarle bien todo. Sólo tú puedes arreglar las cosas.

—Trataré —dijo Francisca.

Lo miró, y la conversación que habían tenido la víspera volvió a su corazón: durante demasiado tiempo le había querido ciegameamente por lo que recibía de él; pero se había prometido quererle por sí mismo y hasta en esa libertad por donde se le escapaba. No iba a tropezar contra el primer obstáculo. Sonrió.

—Lo que voy a tratar de hacerle comprender bien —dijo— es que tú no eres un hombre entre dos mujeres, sino que formamos los tres algo particular, algo difícil quizá, pero que podría ser hermoso y feliz.

—Me pregunto si vendrá a medianoche. Estaba tan fuera de sí.

Hubo un breve silencio.

—¿Y Gerbert? —preguntó Francisca—. ¿Ya no cuenta para nada?

—Apenas lo mencionamos —dijo Pedro—. Pero creo que tú tenías razón. Le gusta en el momento, y un minuto después ni se acuerda de él.

Hizo girar el cigarrillo entre los dedos.

—Sin embargo, eso fue lo que desencadenó todo. Yo encontraba nuestras relaciones encantadoras tales como eran; no habría tratado de cambiar nada, si los celos no hubieran despertado mi imperialismo. Es enfermizo, en cuanto siento una resistencia ante mí, un vértigo se apodera de mí.

Era verdad que había en él un peligroso mecanismo del cual él mismo no era dueño. A Francisca se le anudó la garganta.

—Terminarás por acostarte con ella —dijo.

Inmediatamente se sintió invadida por una intolerable certidumbre; con sus manos acariciadoras de hombre, Pedro convertiría a esa perla negra, a ese ángel, en una mujer desfalleciente. Ya había aplastado sus labios contra los labios dulces. Le miró con una especie de horror.

—Bien sabes que no soy un sensual —dijo Pedro—. Todo lo que pido es poder encontrar en cualquier momento rostros como los de esta noche, momentos en los que sólo yo en el mundo existo para ella.

—Pero es casi inevitable —dijo Francisca—. Tu imperialismo no va a detenerse en mitad del camino. Para estar seguro de que te sigue queriendo, le pedirás cada vez un poco más.

Había en su voz una dureza hostil que alcanzó a Pedro: hizo una especie de mueca.

—Vas a inspirarme asco de mí mismo —dijo.

—Siempre me parece sacrílego —dijo Francisca más suavemente— imaginarme a Javiera como a una mujer sexuada.

—Pero a mí también —dijo Pedro. Encendió resueltamente un cigarrillo.

—Lo que ocurre es que no soportaría que se acostara con otro tipo.

—Trataré de convencerla —dijo Francisca—. En el fondo, todo esto no es tan grave.

De nuevo Francisca sintió ese intolerable escozor en el corazón.

—Por eso tendrás que acostarte con ella —dijo—. No digo en seguida, pero dentro de seis meses, un año.

Percibía claramente cada etapa de ese camino fatal que lleva de los besos a las caricias, de las caricias a los últimos abandonos; por culpa de Pedro, Javiera iba a rodar en ellos como cualquiera. Durante un minuto le odió francamente.

—Sabes lo que vas a hacer ahora —dijo controlando su voz—. Vas a instalarte en tu rincón como el otro día y a ponerte a trabajar muy juiciosamente. Descansaré un poco.

—Soy yo quien te cansa —dijo Pedro—, siempre me olvido de que estás enferma.

—No eres tú —dijo Francisca.

Cerró los ojos. Sufría con un feo sufrimiento turbio. ¿Qué quería exactamente? No lo sabía; pero era absurdo haber imaginado que podría salvarse por el renunciamento. Quería demasiado a Pedro y a Javiera; estaba demasiado comprometida. Mil imágenes dolorosas giraban en su cabeza y le desgarraban el corazón; le parecía que la sangre que corría por sus venas estaba envenenada. Se volvió hacia la pared y se puso a llorar silenciosamente.

Pedro se separó de Francisca a las siete. Ella había terminado de comer, estaba demasiado cansada para leer, no podía hacer nada, salvo esperar a Javiera. ¿Por lo menos vendría? Era terrible depender de esa voluntad caprichosa, sin tener ningún medio para influir en ella. Prisionera, Francisca miró las paredes desnudas; el cuarto tenía olor a fiebre y a noche; la enfermera había sacado las flores y apagado la lámpara del cielo raso; sólo quedaba una jaula de luz triste alrededor de la cama.

¿Qué es lo que quiero?, se preguntó Francisca con angustia.

Sólo había sabido aferrarse obstinadamente al pasado. Había dejado a Pedro adelantarse solo. Y ahora que ella quería seguirlo, estaba demasiado lejos para poder alcanzarlo; era demasiado tarde.

¿Y si no fuera demasiado tarde?, se dijo.

¿Si ella se decidía por fin a lanzarse hacia adelante con todas sus fuerzas, en lugar de quedarse inmóvil, con los brazos caídos y vacíos? Se levantó un poco sobre sus almohadas. Darse ella también, sin reserva, era su única posibilidad; quizás entonces sería devorada a su vez por ese porvenir nuevo donde Pedro y Javiera la habían precedido. Miró febrilmente la puerta. Lo haría, estaba resuelta; no había absolutamente nada más que hacer. Que Javiera venga por lo menos. Las siete y media; ya no era a Javiera a quien esperaba con las manos húmedas y la garganta seca, era su vida, su porvenir y la resurrección de su felicidad.

Llamaron.

—Entre —dijo Francisca.

No hubo respuesta. Javiera debía de temer que Pedro estuviera todavía ahí.

—Entre —gritó Francisca lo más fuerte que pudo; pero su voz estaba ahogada. Javiera iba a irse sin oírla y ella no tenía ningún medio para llamarla.

Javiera entró.

—¿No la molesto? —preguntó.

—No, no, esperaba verla —dijo Francisca. Javiera se sentó junto a la cama.

—¿Dónde estuvo todo este tiempo? —le preguntó Francisca suavemente.

—Paseando —respondió Javiera.

—Qué nerviosa estaba —dijo Francisca—, ¿por qué se atormenta tanto? ¿De qué tiene miedo? No hay ninguna razón. Javiera bajó la cabeza; parecía extenuada.

—Estuve detestable esta tarde —dijo. Agregó tímidamente—: ¿Labrousse estaba muy enfadado?

—Por supuesto que no —dijo Francisca—. Estaba inquieto solamente.

Sonrió.

—Pero usted le tranquilizará.

Javiera miró a Francisca con aire aterrorizado.

—No me atreveré a ir a verle —dijo.

—Pero es absurdo. ¿A causa de la escena de hace un rato?

—A causa de todo.

—Usted se asustó por una palabra, pero una palabra no cambia nada. ¿No supondrá que él va a creer que tiene algún derecho sobre usted?

—Pero usted misma ha visto el barullo que ya se armó.

—La que hizo todo el barullo fue usted porque estaba enloquecida —Francisca sonrió—. Lo que es nuevo para usted la asusta siempre. Tenía miedo de venir a París, miedo de trabajar en el teatro. Y después de todo, no le ha pasado nada malo hasta ahora.

—No —dijo Javiera con una pálida sonrisa.

Su rostro descompuesto por el cansancio y la angustia parecía aún más impalpable que de costumbre; sin embargo, estaba hecho de una carne suave donde Pedro había posado sus labios. Durante un largo rato, Francisca contempló con ojos de enamorada a esa mujer que Pedro amaba.

—En cambio, todo podría estar bien —dijo—. Una pareja bien unida ya es hermoso, pero cuánto más rico es todavía tres personas que se quieren unas a otras con todas sus fuerzas.

Se tomó su tiempo; ahora había llegado el momento de comprometerse ella también y de aceptar sus riesgos.

—En resumidas cuentas, lo que hay entre usted y yo, ¿es verdaderamente una especie de amor? Javiera le lanzó una rápida mirada.

—Sí —dijo en voz baja; de pronto una expresión de ternura infantil redondeó su rostro y en un impulso se inclinó hacia Francisca y la besó.

—Qué caliente está —dijo—. Tiene fiebre.

—De noche siempre tengo un poco de fiebre —dijo Francisca. Sonrió—. Pero estoy contenta de que usted esté aquí.

Era tan sencillo; ese amor que de pronto dilatava de dulzura el corazón había estado siempre al alcance de su mano: bastaba tenderla, esa mano miedosa y avara.

—Mire, si entre Labrousse y usted también hay un amor, formamos un buen trío bien equilibrado —dijo—. No es una forma de vida ordinaria, pero no la creo demasiado difícil para nosotros. ¿Usted no lo cree?

—Sí —dijo Javiera tomando la mano de Francisca y oprimiéndosela.

—Deje sólo que me cure y verá qué dulce vida tendremos los tres.

—¿Se va dentro de una semana?

—Si todo marcha bien —dijo Francisca.

Reconoció de golpe la dolorosa rigidez de todo su cuerpo. No, no se quedaría más en esa clínica; se había acabado ese apacible desapego; había recobrado toda su sed de felicidad.

—Es tan lúgubre ese hotel sin usted —se quejó Javiera—. Antes, aun cuando no la veía durante todo el día, la sentía encima de mi cabeza, oía su paso en la escalera. Ahora todo está tan vacío.

—Pero voy a volver —dijo Francisca, conmovida. Nunca había creído que Javiera estuviera tan pendiente de su presencia. ¡Cómo la había desconocido! ¡Cómo iba a quererla para recobrar el tiempo perdido! Oprimió su mano y la miró en silencio. Con las sienes zumbantes de fiebre, la garganta seca, comprendía por fin el milagro que había irrumpido en su vida. Estaba disecándose tristemente al amparo de pacientes construcciones y de pesados pensamientos de plomo, cuando de pronto, en un estallido de pureza y de libertad, todo ese mundo demasiado humano se había deshecho en polvo. Había bastado la mirada ingenua de Javiera para destruir esa prisión, y ahora, en esa tierra liberada, mil maravillas iban a nacer por la gracia de ese joven ángel exigente. Un ángel sombrío con dulces manos de mujer, rojas como manos de campesina, labios con olor a miel, a tabaco rubio y a té verde.

—Preciosa Javiera —dijo Francisca.

SEGUNDA PARTE

I

La mirada de Isabel recorrió las paredes tapizadas y se posó sobre el pequeño teatro rojo en el fondo de la sala. Durante un momento había pensado con orgullo: es mi obra. Pero no había de qué enorgullecerse tanto: tenía que ser la obra de alguien.

—Tengo que irme —dijo—. Pedro va a comer a casa con Francisca y la chica Pagés.

—¡Ah! Pagés me deja plantado —dijo Gerbert con aire decepcionado.

Todavía no se había quitado la pintura de la cara; con sus párpados verdes y el ocre espeso que cubría sus mejillas, estaba mucho más buen mozo que al natural. Isabel le había recomendado a Dominga y había hecho que aceptaran su número de títeres. Ella había representado un papel importante en la organización del cabaret. Tuvo una sonrisa amarga. Con la ayuda del alcohol y del humo, había tenido en el curso de las discusiones la impresión embriagadora de obrar, pero eran como el resto de su vida, actos postizos. Durante estos tres días sombríos, había comprendido: nunca le ocurría nada que fuera verdadero. A veces, mirando a lo lejos en la bruma, se percibía algo que se parecía a un acontecimiento o a un acto; la gente podía dejarse engañar; pero eran groseros espejismos.

—Le dejaré plantado más a menudo que usted a ella —dijo Isabel.

A falta de Javiera, Lisa volvía a tomar el papel, y, según Isabel, se desempeñaba tan bien como ella; sin embargo, Gerbert parecía contrariado. Isabel le sondeó con la mirada.

—Parece bien dotada esa chiquilla —observó—, pero le falta convicción en todo lo que hace, es una lástima.

—Comprendo muy bien que no le divierte venir aquí todas las noches —dijo Gerbert con un movimiento de retceso que no escapó a Isabel. Sospechaba desde hacía tiempo que Gerbert tenía algún sentimiento por Javiera. Era divertido. ¿Acaso Francisca lo suponía?

—¿Qué resolvemos para su retrato? —dijo—. ¿El martes por la noche? Necesito sólo unos croquis.

Lo que hubiera querido saber era qué pensaba Javiera de Gerbert. No debía de preocuparse mucho por él; la cuidaban demasiado; sin embargo, los ojos le brillaban mucho la noche de la inauguración cuando había bailado con él. Si se le declaraba, ¿qué contestaría?

—El martes, si quiere —dijo Gerbert.

Era tan tímido; por sí mismo nunca se atrevería a hacer un gesto; ni siquiera sospechaba que tenía probabilidades. Isabel rozó con sus labios la frente de Dominga.

—Hasta luego, querida.

Empujó la puerta. Era tarde. Tenía que andar deprisa si quería llegar antes que ellos; había postergado hasta el último minuto el momento de volver a caer en la soledad. Se las arreglaría para hablar a Pedro; la partida estaba perdida de antemano, pero quería correr ese último albur. Apretó los labios. Susana triunfaba. Nanteuil acababa de aceptar Partición para el invierno próximo y Claudio se derretía de estúpida satisfacción. Nunca había estado más tierno que durante esos tres días y ella nunca le había odiado más. Un advenedizo, un vanidoso, un débil; estaba atado a Susana para la eternidad; eternamente Isabel seguiría siendo una querida tolerada y furtiva. En el curso de esos días, la verdad se le había aparecido en su intolerable crudeza: por cobardía se había alimentado con vanas esperanzas, no tenía nada que esperar de Claudio; y, sin embargo, aceptaría cualquier cosa por conservarlo, no podía vivir sin él. Ni siquiera tenía la excusa de un amor generoso, el sufrimiento y el rencor habían matado todo amor. ¿Le había querido acaso alguna vez? ¿Era siquiera capaz de amar? Apretó el paso. Había habido Pedro. Si él hubiera dado su vida, quizá nunca habría habido en ella esas divisiones ni esas mentiras. Tal vez también para ella el mundo habría estado poblado y habría conocido la paz interior. Pero ahora se había acabado; se apresuraba hacia él sin encontrar nada en ella, salvo un deseo desesperado de hacerle daño.

Subió la escalera, encendió la luz. Antes de salir había puesto la mesa, y la cena tenía verdaderamente buen aspecto. Ella también tenía buen aspecto con su falda plisada, la chaqueta escocesa y bien maquillada. Si se miraba todo ese decorado en un espejo, uno podía creerse en presencia de un viejo sueño realizado. Cuando tenía veinte años, en su cuartito triste, preparaba para Pedro rebanadas de pan con chicharrones, jarras de vino tinto fuerte, jugaba a imaginarse que le ofrecía una cena fina con foie gras y viejo Borgoña. Ahora el foie gras estaba sobre la mesa, junto a las tostadas con caviar y había jerez y vodka en las botellas; tenía dinero, un montón de relaciones, una aureola de

fama. Y, sin embargo, seguía sintiéndose al margen de la vida; esa cena era sólo una imitación de cena en una imitación de estudio elegante. Ella no era sino una viva parodia de la mujer que pretendía ser. Deslizó un pastelito entre los dedos. El juego era divertido; antes era la anticipación de un porvenir brillante, ahora ya no tenía porvenir; ya sabía que en ninguna parte, nunca, alcanzaría el modelo auténtico del cual su presente era sólo una copia. Nunca conocería nada, salvo esas apariencias. Era un maleficio que le habían hecho: convertía todo lo que tocaba en cartón piedra.

La campanilla de la entrada quebró el silencio. ¿Sabrían ellos que todo era falso? Sin duda lo sabían. Echó una última mirada a la mesa y a su rostro. Abrió la puerta. Francisca se encuadró en el marco, le traía un ramo de anémonas: era la flor que Isabel prefería, por lo menos lo había decidido así diez años atrás.

—Toma, las encontré en la floristería de Banneau —dijo Francisca.

—Eres un encanto —dijo Isabel—, son preciosas. —Algo se ablandó en ella. Además, no era a Francisca a quien odiaba.

—Entren rápido —dijo precediéndoles en el estudio.

Escondida detrás de Pedro estaba Javiera con su aire tímido y tonto. Isabel estaba preparada, pero no por eso la irritaba menos. Se ponían francamente en ridículo arrastrando a esa chiquilla a todas partes detrás de ellos.

—¡Oh, qué bonito! —dijo Javiera.

Miró la habitación y luego a Isabel con un asombro no disimulado. Parecía decir: «Nunca lo hubiera creído.»

—Verdad que es un encanto este estudio —dijo Francisca. Se quitó el abrigo y se sentó.

—Sáquese el abrigo, tendrá frío al salir —le dijo Pedro a Javiera.

—Prefiero dejármelo puesto.

—Hace mucho calor aquí —dijo Francisca.

—Le aseguro que no tengo demasiado calor —dijo Javiera con una suavidad terca. Ambos la observaron con aire desdichado y se consultaron con la mirada. Isabel reprimió un movimiento de hombros. Javiera nunca sabría vestirse; llevaba un abrigo de señora de edad demasiado ancho y demasiado oscuro para ella.

—Espero que tengan hambre y sed —dijo Isabel con animación. —Sírvanse, hay que hacerle honor a mi cena.

—Me muero de hambre y de sed —dijo Pedro—. Además es bien sabido que soy terriblemente voraz. —Sonrió y las otras también sonrieron; los tres tenían un aire alegre y cómplice, a tal punto que se les podía creer ebrios.

—¿Jerez o vodka? —dijo Isabel.

—Vodka —dijeron a coro.

Pedro y Francisca preferían el jerez: ella lo sabía con seguridad. ¿Javiera llegaba al extremo de imponerles sus gustos? Llenó los vasos. Pedro se acostaba con Javiera, no cabía duda alguna. ¿Y las dos mujeres? Era muy posible, formaban un trío tan perfectamente simétrico. A veces se los encontraba de dos en dos, debían de establecer una rotación, pero casi siempre se desplazaban los tres juntos del brazo, caminando a la par.

—Los vi anoche en el cruce Montparnasse —dijo. Tuvo una risita—. Muy agradecidos.

—¿Por qué agradecidos? —dijo Pedro.

—Iban del brazo y saltaban ya sobre un pie, ya sobre el otro, los tres juntos.

Cuando se entusiasmaba con alguien o con algo, Pedro no conservaba ninguna medida, siempre había sido así. ¿Que podía encontrar en Javiera? Con el pelo amarillo, el rostro apagado, las manos rojas, no tenía nada de seductora.

Se volvió hacia Javiera.

—¿No quiere comer nada?

Javiera examinó los platos con aire desconfiado.

—Tome una de estas tostadas con caviar —dijo Pedro.

—Es delicioso, Isabel, nos recibes como a príncipes.

—Y está vestida como una princesa —dijo Francisca—. Te queda bien estar elegante.

—Le queda bien a todo el mundo —dijo Isabel. Francisca habría tenido sobrados medios para estar tan elegante, si se hubiera dignado.

—Creo que voy a probar el caviar —dijo Javiera con aire meditabundo. Tomó un sandwich y lo mordió. Pedro y Francisca la miraban con un interés apasionado.

—¿Le gusta? —dijo Francisca. Javiera se concentró.

—Es rico —dijo firmemente.

Los dos rostros se apaciguaron. Después de todo, no era evidentemente culpa de ella que esa chica se creyera una divinidad.

—¿Estás completamente bien ahora? —preguntó Isabel dirigiéndose a Francisca.

—Nunca me he sentido mejor —dijo Francisca—. La enfermedad me obligó a descansar de veras y eso me hizo un bien enorme.

Hasta había engordado un poco, estaba floreciente. Con aire desconfiado, Isabel la miró devorar una tostada con foie gras. ¿En esa felicidad que exponía tan groseramente no había en verdad ninguna fisura?

—Me gustaría que me mostraras tus últimas telas —dijo Pedro—. Hace tanto tiempo que no veo nada tuyo. Francisca me dijo que habías cambiado de manera.

—Estoy en plena evolución —dijo Isabel con un énfasis irónico. Sus cuadros: colores extendidos sobre telas para parecerse a cuadros. Se pasaba los días pintando para hacerse creer que era una pintora, pero no era sino un juego lúgubre.

Tomó una de las telas, la colocó sobre el caballete y encendió la lámpara azul. Eso formaba parte de los ritos. Iba a mostrarles sus falsos cuadros y ellos le concederían falsos elogios. No sabrían lo que ella sabía: esta vez eran ellos los engañados.

—Sí, efectivamente es un cambio radical —dijo Pedro.

Observó el cuadro con aire de verdadero interés: era un sector de una plaza de toros, con una cabeza de toro en un rincón y, en el centro, fusiles y cadáveres.

—No se parece nada a tu primer esbozo —dijo Francisca—. Tendrías que mostrárselo también a Pedro para que viera la transición.

Isabel sacó su Fusilamiento.

—Es interesante —dijo Pedro—, pero menos bueno que el otro. Creo que tienes razón, en estos temas hay que renunciar a toda clase de realismo.

Isabel lo escrutó con la mirada, pero parecía sincero.

—Has visto, ahora trabajo en ese sentido —dijo ella—. Trato de utilizar la incoherencia y la libertad de los surrealistas, pero dirigiéndolas.

Sacó su Campo de concentración, el Paisaje fascista, la Noche de Pogrom, que Pedro estudió con aire aprobador. Isabel arrojó sobre sus cuadros una mirada perpleja. Después de todo, para ser una verdadera pintora, ¿no era solamente público lo que le faltaba? ¿Acaso en la soledad todo artista exigente no se considera un pintamonas? El verdadero pintor es aquel cuya obra es verdadera en un sentido. Claudio no estaba tan equivocado cuando ardía por verse llevado a escena; una obra se vuelve verdadera cuando se hace conocer. Ella eligió una de sus telas más recientes: El juego de la matanza. Cuando la colocaba sobre el caballete, interceptó una mirada de Javiera a Francisca.

—¿No le gusta la pintura? —dijo con una sonrisa seca.

—No entiendo nada —dijo Javiera en tono de excusa.

Pedro se volvió rápidamente hacia ella con aire inquieto, e Isabel sintió que la rabia hervía en su corazón. Sin duda le habían advertido a Javiera que se trataba de una lata inevitable, pero empezaba a impacientarse y la menor de sus humoradas contaba más que todo el destino de Isabel.

—¿Qué te parece? —dijo.

Era un cuadro osado y complejo que merecía amplios comentarios. Pedro le echó una mirada fugaz.

—También me gusta mucho —dijo. Visiblemente, ya sólo deseaba terminar.

Isabel retiró la tela.

—Basta por hoy. No hay que martirizar a esta chica.

Javiera la miró con ojos sombríos; comprendía que Isabel no se cegaba respecto a ella.

—Sabes, si quieres poner un disco —le dijo Isabel a Francisca— puedes hacerlo. Pon una aguja de madera a causa del inquilino de abajo.

—¡Oh, sí! —dijo Javiera apresuradamente.

—¿Por qué no tratas de hacer una exposición este año? —preguntó Pedro encendiendo su pipa—. Estoy seguro de que llegarías al gran público.

—No es el momento —dijo Isabel—, es una época demasiado incierta para que sea posible lanzar un nombre nuevo.

—El teatro marcha muy bien, sin embargo —dijo Pedro, Isabel le miró vacilando. Luego dijo a quemarropa:

—¿Sabes que Nanteuil ha aceptado la pieza de Claudio?

—Ah, sí —dijo Pedro con aire vago—. ¿Claudio está contento?

—Más o menos —dijo Isabel. Aspiró largamente el humo de su cigarrillo—. Yo estoy desesperada. Es uno de esos compromisos que pueden hundir a un tipo para siempre.

Cobró ánimo.

—Ah, si hubieras aceptado Partición, Claudio estaba lanzado.

Pedro pareció cortado; odiaba decir que no. Por lo general se las arreglaba para escabullirse entre los dedos cuando uno quería pedirle algo.

—Escucha —dijo—. ¿Quieres que trate de hablarle nuevamente a Berger? Justamente vamos a comer a casa de ellos.

Javiera había enlazado a Francisca y la hacía bailar una rumba; el rostro de Francisca estaba contraído de aplicación, como si estuviera jugándose la salvación de su alma.

—Berger no va a volver atrás —dijo Isabel. Un impulso de esperanza absurda la cruzó—. No es él quien hace falta, eres tú. Mira. Tú estrenas tu obra el invierno próximo, ¿pero no en el mes de octubre? ¿Si por lo menos representaras Partición durante algunas semanas?

Esperó con el corazón palpitante. Pedro fumaba su pipa, parecía incómodo.

—Sabes, lo más probable —dijo por fin— es que el año próximo hagamos un gira alrededor del mundo.

—¿El famoso proyecto de Bernheim? —dijo Isabel con desconfianza—. Pero yo creía que no querías saber nada.

Era una derrota, pero no dejaría que Pedro saliera del paso tan fácilmente.

—Es bastante tentador —dijo Pedro—; ganaríamos dinero, veríamos países.

Echó una ojeada en dirección a Francisca.

—Naturalmente, todavía no está decidido.

Isabel reflexionó. Evidentemente llevarían a Javiera. Pedro parecía capaz de todo por una sonrisa de ella; quizás estaba dispuesto a abandonar su obra para ofrecerse un año de idilio triangular a través del Mediterráneo.

—Pero si no os fuerais —agregó ella.

—Si no nos fuéramos... —dijo Pedro blandamente.

—Sí, ¿en ese caso representarías Partición en octubre?

Quería arrancarle una respuesta firme; a él no le gustaba volver sobre la palabra dada.

Pedro aspiró algunas bocanadas de su pipa.

—Después de todo, ¿por qué no? —dijo sin convicción.

—¿Hablas seriamente?

—Sí —dijo Pedro en un tono más resuelto—. Si nos quedamos, podemos empezar la temporada con Partición.

Había aceptado demasiado pronto; debía de estar muy seguro de hacer esa gira. A pesar de todo, era una imprudencia. Si no llevaba ese proyecto a cabo, iba a encontrarse atado.

—Sería tan formidable para Claudio —dijo ella—. ¿Cuándo lo sabrás con seguridad?

—Dentro de uno o dos meses —dijo Pedro.

Hubo un silencio.

Si hubiera un medio de impedir esa partida, pensó Isabel con pasión.

Francisca, que los observaba de reojo desde hacía un momento, se acercó con suavidad.

—Ahora te toca bailar a ti —le dijo a Pedro—. Javiera es infatigable, pero yo no puedo más.

—Ha bailado muy bien —dijo Javiera; sonrió con aire de condescendencia—. Ve, sólo se necesitaba un poco de buena voluntad.

—Usted la tuvo por dos —dijo Francisca alegremente.

—Ya volveremos a hacerlo —replicó Javiera en un tono de tierna amenaza.

Eran fastidiosas en extremo esas inflexiones dulzonas que habían adoptado entre ellos.

—Discúlpeme —dijo Pedro. Fue a elegir un disco con Javiera. Ella por fin se había decidido a quitarse el abrigo; tenía un cuerpo delgado, pero en el cual el ojo ejercitado del pintor discernía una cierta tendencia a la gordura; habría engordado pronto, si no se hubiera impuesto un régimen severo.

—Tiene razón de vigilarse —dijo Isabel—. En seguida se pondría gorda.

—¿Javiera? —Francisca se echó a reír—. Es un junco.

—¿Crees que es por casualidad que no come nada? —preguntó Isabel.

—Sin duda no es por guardar la línea —dijo Francisca.

Parecía encontrar esa idea totalmente risible; había conservado cierta lucidez durante algún tiempo, pero ahora había adquirido la misma beatitud estúpida de Pedro. ¡Como si Javiera hubiera sido una mujer distinta de las demás! Isabel la había calado; la veía accesible a todas las flaquezas humanas.

—Pedro me dijo que tal vez este invierno hicieran una gira —dijo—. ¿Es en serio?

—Se habla de eso —respondió Francisca. Pareció incómoda; no sabía lo que Pedro había dicho y debía de temer comprometerse.

Isabel llenó dos vasos de vodka.

—¿Qué van a hacer con esa chica? —dijo sacudiendo la cabeza—. Me lo pregunto.

—¿Hacer? —Francisca parecía estupefacta—. Trabaja en el teatro, lo sabes muy bien.

—En primer lugar, no trabaja —dijo Isabel—; y además no es eso lo que quiero decir. Vacío a medias su vaso.

—No va a pasarse la vida a costa vuestra.

—No, sin duda —dijo Francisca.

—¿No tiene ganas de una vida propia, amores, aventuras? Francisca hizo una sonrisita agria.

—No creo que por el momento piense mucho en eso.

—Por el momento, naturalmente —dijo Isabel.

Javiera bailaba con Pedro; lo hacía muy bien. Había en su cara una sonrisa de una coquetería verdaderamente impúdica. ¿Cómo soportaba Francisca todo eso? Coqueta, sensual; Isabel la había observado bien; seguramente estaba enamorada de Pedro, pero era una mujer solapada e inconstante; era capaz de sacrificarlo todo por el placer de un instante. En ella se podría encontrar la fisura.

—¿Qué se ha hecho de tu enamorado? —dijo Francisca.

—¿Moreau? Tuvimos una escena terrible —dijo Isabel—. A propósito del pacifismo; me burlé de él y entonces se acaloró; al final estuvo a punto de estrangularme.

Hurgó en su cartera.

—Mira su última carta.

—No me parece tan tonto —dijo Francisca—. Me habías hablado tan mal de él.

—Goza de la estima universal —dijo Isabel.

Lo había encontrado interesante al principio y se había divertido en alentar su amor. ¿Por qué se había asqueado de él hasta ese punto? Vacío su cartera. Porque él la quería; era el mejor modo de decaer antes sus ojos. Le quedaba al menos ese orgullo: poder despreciar los sentimientos irrisorios que inspiraba.

—Esta carta es correcta —dijo Francisca—. ¿Qué contestaste?

—Me vi en un aprieto —dijo Isabel—. Era difícil explicarle que ni por un minuto yo había tomado esa historia en serio. Por otra parte...

Se encogió de hombros. ¿Qué posibilidad de entender? Ella misma se perdía. Ese simulacro de amistad que se había fabricado por ociosidad podía reivindicar tanta realidad como la pintura, la política, las rupturas con Claudio. Todo eso era harina de un mismo costal, comedias sin consecuencia.

Agregó:

—Me persiguió hasta la boîte de Dominga, pálido como un muerto, los ojos fuera de las órbitas. La noche estaba oscura, no había nadie en las calles, era aterrador.

Emitió una risita. No podía evitar contarlo; sin embargo, no había tenido miedo, no había habido escenas; apenas un pobre tipo fuera de sí que lanzaba al azar palabras, gestos torpes.

—Imagínate, me empujó contra un farol, me agarró por el cuello diciéndome con un aire teatral: «La tendré, Isabel, o la mataré».

—¿Estuvo a punto de estrangularte de veras? —dijo Francisca—. Yo creía que era una manera de hablar.

—No, no —dijo Isabel—, parecía capaz de matar.

Era fastidiosa; si uno decía las cosas exactamente como eran, la gente creía que no habían ocurrido; y en cuanto se ponían a creer, creían algo muy distinto de lo que había pasado. Volvió a ver los ojos vidriosos junto a su rostro y los labios pálidos que se acercaban a sus labios.

—Le dije: «Estrangúleme, pero no me bese», y sus manos se cerraron alrededor de mi cuello.

—Y bien —dijo Francisca—, habría sido un lindo crimen pasional.

—Oh, en seguida me soltó —siguió Isabel—. Le dije: «Es ridículo», y me soltó.

Ella había sentido como una decepción, pero aun si hubiera continuado apretando, continuado hasta que ella cayera, no habría sido un verdadero crimen; apenas un torpe accidente. Nunca, nunca le ocurriría nada en serio.

—¿Quería asesinarte por amor al pacifismo? —dijo Francisca—. Yo en su lugar temería que el remedio fuera peor que la enfermedad.

—¿Por qué? —preguntó Isabel.

Se encogió de hombros. La guerra. ¿Por qué le tenían todos tanto miedo? Eso, por lo menos, sería piedra dura, no se derretiría como cera entre las manos. Algo real por fin; actos verdaderos se harían posibles. Organizar la revolución; por si acaso, se había puesto a estudiar ruso. Tal vez podría por fin rendir a su medida; tal vez las circunstancias eran demasiado pequeñas para ella.

Pedro se había acercado.

—¿Es totalmente seguro que la guerra traerá la revolución? —dijo—. Y aun en ese caso, ¿no crees que sería pagarla demasiado cara?

—Es que es una fanática —dijo Francisca con una sonrisa afectuosa—. Incendiaría Europa entera por servir a la causa. Isabel sonrió.

—Una fanática... —dijo modestamente; su sonrisa se cortó de cuajo. Seguramente ellos no se dejaban engañar; ellos sabían. Todo estaba completamente hueco en ella, la convicción no estaba más que en las palabras, eso también era mentira y comedia.

—Una fanática —repitió en una carcajada estridente; eso sí que tenía gracia.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pedro un poco molesto.

—No es nada —respondió Isabel. Calló. Había ido demasiado lejos. «He ido demasiado lejos», se dijo, demasiado lejos. Pero entonces, ¿también eso lo hacía a propósito, esa repulsión cínica por su personaje? ¿Y ese desprecio por esa repulsión que ahora estaba fabricándose no era también una comedia? Y esa duda misma ante ese desprecio... era enloquecedor. Si una se ponía a ser sincera, ¿no podría ya detenerse nunca?

—Vamos a despedirnos —concluyó Francisca—. Tenemos que irnos.

Isabel se estremeció; estaban los tres plantados frente a ella y parecían muy incómodos. Durante ese silencio debió de tener una cara muy rara.

—Hasta pronto, pasaré por el teatro una de estas noches —dijo acompañándolos hasta la puerta.

Volvió al estudio, se acercó a la mesa, y se sirvió un gran vaso de vodka que bebió de un sorbo. ¿Y si hubiera seguido riéndose? Si les hubiera gritado: «Yo sé, yo sé que ustedes saben». Se habrían asombrado. ¿Pero para qué? Llorar, rebelarse, sería otra comedia más cansada e igualmente vana; no

había ninguna manera de escapar; en ningún punto del mundo ni de sí misma, ninguna verdad le había sido reservada.

Miró los platos sucios, las copas vacías, el cenicero lleno de colillas. No triunfarían siempre; había algo que hacer. Algo en que Gerbert estuviera mezclado. Se sentó en el borde del diván; volvía a ver las mejillas anacaradas y los cabellos rubios de Javiera, y la sonrisa beatífica de Pedro mientras ella bailaba con él; todo eso giraba en una zarabanda en su cabeza, pero mañana sabría poner orden en sus ideas. Algo que hacer, un acto auténtico que haría correr verdaderas lágrimas. Quizás en ese momento lograría sentir que también ella estaba verdaderamente viva... Entonces la gira no tendría lugar; darían la obra de Claudio. Entonces...

—Estoy borracha —murmuró.

No quedaba más que dormir y esperar la mañana.

II

—Dos cafés negros, uno con nata y croissants —pidió Pedro. Sonrió a Javiera—. ¿No está muy cansada?

—Cuando me divierto, nunca estoy cansada —dijo Javiera. Había dejado sobre la mesa una bolsa de papel llena de langostinos, dos enormes bananas y tres alcachofas crudas. Ninguno de ellos tenía ganas de ir a dormir al salir de casa de Isabel; fueron a comer una sopa de cebolla a la calle Montorgueil y se pasearon por Les Halles, que encantaron a Javiera.

—Qué agradable es el Dôme a esta hora —dijo Francisca. El café estaba casi desierto; arrodillado en el suelo, un hombre de delantal azul lavaba el piso jabonoso que despedía un olor a lejía. Mientras el mozo ponía lo pedido sobre la mesa, una americana alta, con vestido de noche, le tiró a la cabeza una bolita de papel.

—Tiene una buena borrachera —dijo él con una sonrisa.

—Es bonito una americana borracha —dijo Javiera en tono triste—. Son las únicas personas que pueden embriagarse a morir sin parecer en seguida unas piltrafas.

Tomó dos terrones de azúcar, los mantuvo un rato en suspenso encima de su vaso y los dejó caer en el café.

—¿Qué está haciendo? —dijo Pedro—. Ya no podrá beberlo.

—Pues lo hago a propósito, es para neutralizarlos —dijo Javiera; miró a Francisca y a Pedro con aire de condenación—. No se dan cuenta, pero se están envenenando con todos estos cafés.

—Mire quién habla —dijo Francisca alegremente—. Usted que se llena de té; es todavía peor.

—Ah, pero en mí es metódico —dijo Javiera. Sacudió la cabeza—. Ustedes beben esto sin saber, como si fuera leche.

Tenía un aspecto verdaderamente cansado; sus cabellos brillaban como un esmalte. Francisca notó que el iris claro estaba rodeado de un azul marino; nunca se terminaba de descubrir ese rostro. Javiera era una novedad incesante.

—¿Los oyes? —dijo Pedro.

Una pareja susurraba junto a la ventana; ella acariciaba con coquetería su pelo negro aprisionado en una redecilla.

—Así es —decía—, nadie ha visto nunca mi pelo; es mío.

—¿Pero por qué? —decía el muchacho con voz apasionada.

—Estas mujeres —dijo Javiera con una mueca de desprecio—. Están obligadas a inventarse cosas excepcionales, deben sentirse tan baratas.

—Es cierto —dijo Francisca—. Esta reserva su pelo; Eloy, su virginidad; Canzetti, su arte; les permite ofrecer el resto a los cuatro vientos.

Javiera sonrió levemente y Francisca miró esa sonrisa con un poco de envidia; debía de dar una sensación de poderío sentirse tan preciosa para sí misma.

Hacia un rato que Pedro miraba el fondo de su vaso, sus músculos se habían relajado, tenía los ojos turbios y una necedad dolorosa había invadido sus labios.

—¿No se siente mejor que hace un rato? —dijo Javiera.

—No —dijo Pedro—, no; el pobre Pedro no se siente mejor.

Habían empezado el juego en el taxi; Francisca se divertía siempre al verlo improvisar escenas, pero no aceptaba por su cuenta sino empleos secundarios.

—Pedro no es pobre. Pedro se siente bien —dijo Javiera con una dulce autoridad; acercó hasta casi rozar el rostro de Pedro un rostro amenazador—. ¿No es cierto que se siente mejor?

—Sí, estoy bien —dijo Pedro precipitadamente.

—Entonces sonría —dijo Javiera.

Los labios de Pedro se aplastaron y se estiraron casi hasta las orejas; al mismo tiempo la mirada se enloqueció, una mirada de torturado se crispaba alrededor de la sonrisa. Era asombroso todo lo que podía hacer con su cara. De golpe, como si un resorte se hubiera roto, la sonrisa se convirtió en una mueca llorona. Javiera ahogó una risa, luego con la seriedad de un hipnotizador pasó la mano ante el rostro de Pedro de abajo hacia arriba. La sonrisa volvió a formarse; luego Pedro se pasó el dedo de arriba para abajo ante su boca y la sonrisa se deshizo. Javiera lloraba de risa.

—¿Cuál es exactamente el método que emplea, señorita? —preguntó Francisca.

—Un método mío —dijo Javiera con aire modesto—. Una mezcla de sugestión, intimidación y razonamiento.

—¿Y obtiene buenos resultados?

—Asombrosos —dijo Javiera—. Si supiera en qué estado estaba cuando me hice cargo de él.

—Es verdad que siempre hay que considerar el punto de partida —dijo Francisca—. Por el momento, el paciente parecía muy enfermo. Mascaba ávidamente el tabaco de su pipa, como un asno en su pesebre; tenía los ojos fuera de las órbitas y masticaba realmente el tabaco.

—Dios mío —dijo Javiera con horror. Tomó una voz pausada.

—Escuche bien —dijo—, sólo se debe comer lo que es comestible ; el tabaco no es comestible, por lo tanto está cometiendo un error al comer tabaco.

Pedro escuchó dócilmente y volvió a comer de su pipa.

—Es rico —dijo con aire convencido.

—Habría que intentar un psicoanálisis —dijo Francisca—. ¿En su infancia su padre no le habrá pegado con una rama de saúco?

—¿Por qué? —dijo Javiera.

—Come tabaco para borrar los golpes. El tabaco es también la médula del saúco que él quiere destruir por una asimilación simbólica.

El rostro de Pedro empezaba a cambiar peligrosamente; estaba completamente rojo, se le hinchaba las mejillas y los ojos se le inyectaban de una nube rosada.

—Ya no es rico —dijo en tono enojado.

—Deje eso —dijo Javiera. Le retiró la pipa de las manos.

—¡Oh! —protestó Pedro. Se miró las manos vacías. Oh, oh, oh —dijo en un largo gemido. Hizo un ruido con la nariz y empezaron a correrle las lágrimas—. ¡Oh, soy muy desdichado!

—Me da miedo —tembló Javiera—. Basta.

—Oh, soy muy desdichado —dijo Pedro. Era un mar de lágrimas y tenía un terrible rostro infantil.

—Basta —exclamó Javiera, cuyo rostro se había contraído de miedo. Pedro se echó a reír y se secó los ojos.

—Serías un idiota muy poético —dijo Francisca—. Una podría enamorarse de un idiota que tuviera una cara así.

—No todas las posibilidades están todavía perdidas —dijo Pedro.

—¿En el teatro hay alguna vez un papel de idiota ? —preguntó Javiera.

—Conozco uno espléndido en una obra de Valle Inclán, pero es un papel mudo —respondió Pedro.

—Qué lástima —dijo Javiera con aire irónico y tierno.

—¿Isabel volvió a abrumarte con la obra de Claudio? —le preguntó Francisca—. Creí comprender que habías salido del paso diciendo que haríamos una gira el invierno próximo.

—Sí —dijo Pedro con aire absorto; revolvió con la cuchara de café que quedaba en el vaso—. ¿Y en el fondo, por qué ese proyecto te causa tanta repugnancia? —dijo—. Si el año próximo no hacemos ese viaje, temo que no lo hagamos nunca.

Francisca tuvo una sensación de disgusto, pero tan leve, que casi se sorprendió; todo en ella estaba acolchado y apagado como si una inyección de cocaína le hubiera insensibilizado el alma.

—Pero también tu obra corre el riesgo de no ser representada jamás —dijo.

—Sin duda podremos seguir trabajando en las épocas en que ya no se pueda salir de Francia —dijo Pedro con mala fe; se encogió de hombros—. Y además, mi obra no es un fin en sí misma. Hemos trabajado tanto durante toda nuestra vida, ¿no deseas algún cambio?

Precisamente era el momento en que alcanzaban la meta; ella habría terminado su novela en el curso del año próximo y Pedro habría recogido por fin el fruto de diez años de trabajo. Recordaba muy bien que un año de ausencia representaba una especie de desastre; pero lo recordaba con una cobarde indiferencia.

—Oh, personalmente, sabes cuánto me gusta viajar —dijo.

Ni siquiera valía la pena luchar; se sabía vencida, no por Pedro, por sí misma. Esa sombra de resistencia que sobrevivía en ella no era lo bastante fuerte para que pudiera conservar la esperanza de luchar hasta el final.

—¿No te gusta imaginarnos a los tres en el puente del Cairo City, mirando la costa griega que se acerca? —dijo Pedro. Sonrió a Javiera—. A lo lejos se ve la Acrópolis como si fuera un monumento ridículamente pequeño. En seguida tomaremos un taxi que nos llevará a Atenas traqueteando, porque la ruta está llena de baches.

—E iremos a comer a los jardines del Zappeion —dijo Francisca; miró alegremente a Javiera—. Ella es capaz, de saborear los langostinos a la parrilla, los intestinos de cordero y hasta el vino rancio.

—Por supuesto que me gustarán —dijo Javiera—. Lo que me repele es la cocina razonable que hacen en Francia; allí comeré como un ogro, ya verá.

—Le aseguro que es más o menos tan abominable como en el restaurante chino donde usted comió tan apetitosamente —dijo Francisca.

—¿Viviremos en esos barrios que están todos formados por casillas de madera y de lona? —dijo Javiera.

—No se puede, no hay hotel —dijo Pedro—. Son apenas instalaciones de inmigrantes. Pero pasaremos grandes momentos.

Sería agradable ver todo eso con Javiera; sus miradas transfiguraban los menores objetos. Hacía un rato, mostrándole las tabernas de los mercados, los montones de zanahorias, los vagabundos, le había parecido a Francisca que los descubría por primera vez. Francisca tomó un puñado de gambas rosadas y empezó a quitarles la cáscara. Bajo los ojos de Javiera, los muelles del Pireo cubiertos de gente, las barcas azules, los niños mugrientos, las tabernas con olor de aceite y de carne asada revelaban riquezas todavía desconocidas. Miró a Javiera, luego a Pedro; les quería, se querían, la querían. Desde hacía semanas vivían los tres en un alegre encantamiento. Y qué precioso era ese instante con esa luz de madrugada sobre los bancos vacíos del Dôme, el olor de piso jabonado, ese gusto liviano a marea fresca.

—Berger tiene unas magníficas fotografías de Grecia —dijo Pedro—, luego se las voy a pedir.

—Es verdad que van a almorzar a casa de esa gente —dijo Javiera con un aire de rabia mimosa.

—Si estuviera Paula sola, la habríamos llevado —explicó Francisca—. Pero Berger es tan protocolario.

—Dejaremos a toda la compañía en Atenas —dijo Pedro—, y nos iremos a dar una vuelta por el Peloponeso.

—A lomo de mula —dijo Javiera.

—En parte a lomo de muía —dijo Pedro.

—Nos ocurrirán un montón de aventuras —dijo Francisca.

—Raptaremos a una hermosa chiquita griega —dijo Pedro—. ¿Te acuerdas de la chiquilla de Trípoli que nos dio tanta lástima?

—Me acuerdo muy bien —dijo Francisca—. Era siniestro pensar que vegetaría sin duda toda su vida en esa especie de encrucijada desierta.

El rostro de Javiera se ensombreció.

—Y después tendremos que arrastrarla con nosotros, será bastante incómodo —dijo.

—La mandaríamos a París —dijo Pedro.

—Pero a la vuelta la encontraríamos —dijo Javiera.

—Sin embargo —dijo Francisca—, ¿si usted supiera que en un rincón del mundo hay un ser encantador, cautivo y desdichado, no alzaría un dedo para ir a buscarlo?

—No —dijo Javiera con aire terco—; me sería indiferente. Miró a Pedro y a Francisca y dijo de pronto con pasión:

—No quisiera a nadie más entre nosotros.

Era una chiquilla, pero Francisca sintió como un peso que se abatía sobre sus hombros; habría debido sentirse libre después de todas esas renunciadas y, sin embargo, nunca había conocido menos el gusto de la libertad que durante estas últimas semanas. En este momento hasta tenía la impresión de estar atada de pies y manos.

—Tiene razón —dijo Pedro—, tenemos bastante que hacer los tres. Ahora que hemos formado un trío armonioso, hay que aprovecharlo sin ocuparse de nada más.

—Sin embargo, ¿si uno de nosotros tuviera un encuentro apasionante? —dijo Francisca—. Sería una riqueza común; es una lástima limitarse.

—Pero es todavía tan nuevo lo que acabamos de construir —dijo Pedro—. Primero debemos tener un largo pasado detrás; después cada uno de nosotros podrá correr aventuras, irse a América, adoptar a un chinito. Pero no antes de... pongamos cinco años.

—Sí —dijo Javiera con calor.

—Choque los cinco —dijo Pedro—. Es un pacto; durante cinco años cada uno de nosotros se consagrará exclusivamente al trío.

Puso la mano abierta sobre la mesa.

—Sea —dijo Javiera gravemente—. Es un pacto. Colocó su mano sobre la mano de Pedro.

—Sea —dijo Francisca extendiendo también la mano. Cinco años, cómo pesaban esas palabras; nunca había temido comprometerse para el porvenir. Pero el porvenir había cambiado de carácter, ya no era un libre impulso de todo su ser. ¿Qué era? Ya no podía pensar: «mi porvenir», porque no podía separarse de Pedro y de Javiera; pero ya no era posible decir: «nuestro porvenir». Con Pedro tenía un sentido: proyectaban juntos los mismos objetos ante ellos, una vida, una obra, un amor. Pero con Javiera ya todo eso no significaba nada. No se podía vivir con ella, sino solamente al lado de ella. A pesar de la dulzura de las últimas semanas, a Francisca le asustaba imaginar ante sí largos años todos iguales; se extendían extraños y fatales como un túnel oscuro cuyos recodos habrían de ir ascendiendo ciegamente. No era verdaderamente un porvenir: era una extensión de tiempo informe y desnudo.

—Parece raro, en el momento actual, hacer proyectos —dijo Francisca—. Nos hemos acostumbrado tanto a vivir en lo provisional.

—Sin embargo, nunca has creído mucho en la guerra —dijo Pedro; sonrió—. No vas a empezar ahora que todo parece más o menos arreglado.

—No pienso positivamente —dijo Francisca—, pero el porvenir está lleno de vallas.

No era tanto a causa de la guerra; pero poco importaba. Ya le alegraba poder expresarse gracias a ese equívoco; hacía tiempo que había dejado de ser de una sinceridad tan exigente.

—Es verdad que nos hemos puesto poquito a poco a vivir sin mañana —dijo Pedro—; casi todo el mundo está en lo mismo, creo que hasta los más optimistas.

—Lo estropea todo —dijo Francisca—, las cosas ya no tienen ninguna prolongación.

—¡Mira! No me lo parece —intervino Pedro con aire interesado—. A mí, al contrario, me las vuelve preciosas ver todas esas amenazas alrededor de ellas.

—A mí todo me parece vano —dijo Francisca—. ¿Cómo decirte? Antes todo lo que yo hacía me dominaba; por ejemplo, mi novela existía, pedía ser escrita. Ahora escribir es amontonar páginas.

Apartó con la mano el montón de cascaritas rosadas a las que habían despojado de su carne. La joven del cabello sagrado estaba sola ahora, ante dos vasos vacíos; había perdido su aire animado y se pintaba pensativamente los labios.

—Lo que pasa es que a uno lo arrancan de su propia historia —dijo Pedro—, pero eso más bien me parece un enriquecimiento.

—Por supuesto —dijo Francisca con una sonrisa—, hasta en la guerra encontrarás la manera de enriquecerte.

—¿Pero cómo quiere que ocurra una cosa semejante? —dijo Javiera bruscamente; tomó un aire de superioridad—. La gente no es tan tonta como para tener ganas de hacerse matar.

—No les piden su opinión —dijo Francisca.

—Sin embargo, los que deciden son gente y no están todos locos —dijo Javiera con un desprecio hostil.

Las conversaciones sobre la guerra y la política la fastidiaban siempre como una frivolidad ociosa. Francisca, sin embargo, quedó sorprendida por su tono agresivo.

—No son todos locos, pero están desenfrenados —dijo Pedro—. La sociedad es una máquina rara, nadie es el dueño.

—Y bien, yo no comprendo que uno se deje aplastar por esa máquina —dijo Javiera.

—¿Y qué quiere que haga? —dijo Francisca.

—Que no agache la cabeza como un cordero —respondió Javiera.

—Entonces habría que entrar en un partido político —dijo Francisca.

Javiera la interrumpió.

—Dios mío, yo no me ensuciaría las manos de esa manera.

—Entonces será un cordero —dijo Pedro—. Es siempre lo mismo. No se puede luchar contra la sociedad sino de una manera social.

—En todo caso —dijo Javiera, cuyo rostro se había puesto rojo de furor—, si yo fuera hombre, cuando vinieran a buscarme no iría.

—No adelantaría mucho —dijo Francisca—. Lo llevarían entre dos policías, y si se obstinara, la pondrían contra una pared y la fusilarían.

Javiera hizo una mueca lejana.

—Es verdad que a ustedes les parece tan terrible morir.

Para razonar con una mala fe tan burda era necesario que Javiera estuviera ebria de rabia. Francisca tuvo la impresión de que esa frase iba dirigida a ella; no tenía la menor idea de la falta que había cometido. Miró a Javiera con dolor. ¿Qué pensamientos venenosos habían alterado de pronto ese rostro perfumado, trémulo de ternura? Florecían con malignidad bajo esa frente terca, al amparo de esos cabellos de seda, y Francisca no tenía defensa contra ellos; quería a Javiera, y no podía soportar su odio.

—Usted decía hace un rato que la sublevaba dejarse matar —dijo.

—Pero no es lo mismo si uno muere a propósito —objetó Javiera.

—Matarse para no ser matado no es morir a propósito —dijo Francisca.

—En todo caso yo lo preferiría —dijo Javiera. Agregó con aire ausente y cansado—: Además hay otros medios; siempre se puede desertar.

—No es tan fácil, sabe —dijo Pedro. La mirada de Javiera se dulcificó; dirigió a Pedro una sonrisa insinuante.

—¿Usted lo haría si fuera posible? —dijo.

—No —dijo Pedro—, por mil razones. Primero habría de renunciar para siempre a volver a Francia, y aquí están mi teatro, mi público, mi obra tiene un sentido y posibilidades de dejar rastros.

Javiera suspiró.

—Es verdad —dijo con aire triste y decepcionado—. Ustedes arrastran consigo tanta chatarra.

Francisca se estremeció; las frases de Javiera tenían siempre un doble sentido. ¿Acaso ella, Francisca, también formaba parte de esa chatarra? ¿Acaso le reprochaba a Pedro que siguiera queriéndola? A veces Francisca había notado unos bruscos silencios cuando ella quebraba una intimidad de los dos, breves desconfianzas cuando Pedro se dirigía a ella un poco largamente; no les había dado importancia, pero hoy parecía evidente: Javiera habría querido sentir a Pedro libre y solo frente a ella.

—Esa chatarra —dijo Pedro— soy yo mismo. Uno no puede separar a un tipo de lo que siente, de lo que quiere, de la vida que se ha hecho.

Los ojos de Javiera chispearon.

—Y bien, yo —dijo con un estremecimiento un poco teatral— me iría a cualquier parte, en cualquier momento; uno no debería depender nunca de un país, ni de un oficio, ni de nadie, ni de nada —terminó con ímpetu.

—Pero es que usted no comprende que lo que uno hace y lo que uno es es lo mismo —dijo Pedro.

—Depende de quién es uno —dijo Javiera; tuvo una sonrisa íntima y llena de desafío; ella no hacía nada, ella era Javiera; lo era de una manera indestructible.

Hubo un corto silencio y luego dijo con una humildad cargada de odio:

—Por supuesto, ustedes conocen esas cosas mejor que yo.

—Pero usted piensa que un poco de buen sentido valdría más que todo ese saber —dijo Pedro alegremente—. ¿Por qué, de pronto, se ha puesto a odiarnos?

—¿Yo, odiarlos? —preguntó Javiera.

Abría grandes ojos inocentes, pero su boca seguía crispada.

—Tendría que estar loca.

—¿Le fastidió oírnos teorizar de nuevo sobre la guerra cuando estábamos haciendo proyectos tan agradables?

—Tienen derecho a hablar de lo que les dé la gana.

—¿Cree que nos divierte inventar tragedias? —dijo Pedro—. Le aseguro que no. La situación merece que se la considere; el curso de los acontecimientos es tan importante para nosotros como para usted.

—Ya sé —dijo Javiera con un poco de confusión—; ¿pero de qué sirve hablarlo?

—Para estar dispuesto a todo —dijo Pedro. Sonrió—. No es prudencia burguesa. Pero si verdaderamente le horroriza ser aplastada por el mundo, si no quiere ser un cordero, no hay otro medio que empezar por pensar bien claramente en su situación.

—Pero no entiendo nada de eso —dijo Javiera en tono de queja.

—No se puede entender en un día. Primero tendría que empezar por leer los diarios.

Javiera se apretó las sienes con las manos.

—Es tan aburrido —dijo—. Uno no sabe por dónde empezar.

—Eso es verdad —comentó Francisca—. Si uno ya no está al corriente, se escabulle entre los dedos.

Su corazón continuaba oprimido de sufrimiento y de ira. Era por celos por lo que Javiera odiaba esas conversaciones de personas mayores en las cuales no podía tomar parte; el fondo de toda esa historia era que no había podido soportar que, durante un rato, Pedro no estuviese inclinado hacia ella.

—Y bien, ya sé lo que haré —dijo Pedro—; uno de estos días le expondré extensamente el panorama político y después de eso la tendré al corriente con regularidad. No es tan complicado, ¿sabe?

—Encantada —dijo Javiera. Se acercó a Francisca y a Pedro—. ¿Han visto a Eloy? Acaba de instalarse en una mesa junto a la entrada con la esperanza de arrancarles algunas palabras al pasar.

Eloy estaba mojando un croissant en café con leche. No estaba pintada; tenía un aire tímido y solitario que no era desagradable.

—Si uno la viera así, sin conocerla, la encontraría simpática —dijo Francisca.

—Estoy segura de que viene a desayunar aquí a propósito para encontrarse con ustedes —opinó Javiera.

—Es muy capaz —dijo Pedro.

El café se había llenado un poco. En una mesa vecina, una mujer escribía cartas mirando hacia la caja con aire asustado; debía de temer que un camarero la descubriera y la obligara a tomar algo; pero no aparecía ningún camarero, aunque un señor que estaba junto a la ventana daba fuertes golpes sobre la mesa.

Pedro miró el reloj.

—Hay que irse —dijo—. Aún me quedan mil cosas que hacer antes de ir a almorzar a casa de Berger.

—Sí, tiene que irse ahora, precisamente cuando todo volvía a ser agradable —dijo Javiera con reproche.

—Pero siempre fue agradable —dijo Pedro—. Una sombrita de cinco minutos ¿qué es al lado de esta larga noche?

Javiera sonrió con reticencia y salieron del Dôme saludando a Eloy desde lejos. A Francisca no le divertía mucho ir a almorzar a casa de Berger, pero le alegraba ver a Pedro a solas y, en todo caso, verlo sin Javiera. Era una breve huida hacia el resto del mundo; ya empezaba a ahogarse en ese trío que cada vez se encerraba más herméticamente en sí mismo.

Javiera tomó el brazo de Francisca y el de Pedro con un aire de buena voluntad, pero su rostro continuaba serio. Cruzaron la calle y llegaron al hotel sin decir una palabra. En el casillero de Francisca había un telegrama.

—Parece letra de Paula —dijo Francisca. Lo abrió—. Nos da contraorden; nos invita en cambio a comer el 16.

—¡Qué suerte! —exclamó Javiera, cuyos ojos se iluminaron.

—Sí, eso se llama suerte —dijo Pedro.

Francisca no dijo nada; sus dedos jugaban con el papel. Si al menos no lo hubiera abierto ante Javiera, habría podido disimular el contenido y pasar el día sola con Pedro; ahora era irremediable.

—Vamos a subir a arreglarnos un poco y luego nos encontraremos en el Dôme —dijo.

—Es sábado —dijo Pedro—, podemos ir al Mercado de las pulgas, almorzaremos en el gran hangar azul.

—¡Qué bonito! ¡Qué suerte! —repitió Javiera, encantada. Había en su alegría una insistencia casi indiscreta. Subieron la escalera. Javiera entró en su cuarto; Pedro siguió a Francisca al suyo.

—¿No tienes demasiado sueño? —preguntó.

—No, cuando uno se pasea así, no es demasiado cansada una noche en vela —dijo ella.

Empezó a lavarse la cara; después de un buen baño frío estaría completamente descansada.

—El tiempo está espléndido, vamos a pasar un día encantador —dijo Pedro.

—Si Javiera está amable —dijo Francisca.

—Lo estará; siempre se pone triste cuando piensa que vamos a separarnos dentro de un rato.

—No era la única razón.

Vaciló; temía que Pedro juzgara la acusación monstruosa.

—Creo que le disgustó que tuviéramos cinco minutos de conversación personal. Vaciló nuevamente.

—Creo que está un poco celosa.

—Está terriblemente celosa, ¿acabas de darte cuenta?

—Me había preguntado si no me equivocaba.

Siempre sentía un choque al ver a Pedro acoger con simpatía sentimientos que ella combatía en sí misma con toda su fuerza.

—Está celosa de mí —agregó.

—Tiene celos de todo —dijo Pedro—. De Eloy, de Berger, del teatro, de la política; que pensemos en la guerra le parece una infidelidad de parte nuestra, no deberíamos preocuparnos de nada sino de ella.

—Hoy estaba contra mí —dijo Francisca.

—Sí, porque opusiste reservas a nuestros proyectos de porvenir; está celosa de ti no sólo a causa mía, sino por ti misma.

—Ya sé.

Si Pedro quería sacarle un peso del corazón, iba por mal camino, se sentía cada vez más oprimida.

—Me parece penoso —dijo—; esto constituye un amor sin ninguna amistad; uno tiene la impresión de ser querido contra sí, no por sí.

—Es su manera de querer —dijo Pedro.

Él se las arreglaba muy bien con ese amor, hasta tenía la impresión de haber ganado una victoria sobre Javiera. En cambio Francisca se sentía dolorosamente a merced de ese corazón apasionado y susceptible, ya no existía, sino a través de los sentimientos caprichosos que Javiera le profesaba. Esa hechicera se había apoderado de su imagen y le hacía soportar a su antojo los peores sortilegios. En ese momento Francisca era una indeseable, un alma mezquina y seca; tenía que esperar una sonrisa de Javiera para recobrar alguna aprobación por sí misma.

—En fin, ya veremos de qué humor estará —dijo.

Pero era una verdadera angustia depender hasta ese punto, en su felicidad y hasta en su mismo ser, de esa conciencia extraña y rebelde.

Francisca mordió sin alegría una gruesa rodaja de tarta de chocolate; los bocados no pasaban. Le guardaba rencor a Pedro; él sabía muy bien que Javiera, cansada por una noche en vela, iba seguramente a acostarse temprano. Hubiera podido adivinar que después del malentendido de la mañana, Francisca estaría ávida de verle largamente a solas. Cuando Francisca se había recuperado de su enfermedad, habían hecho arreglos estrictos: día por medio ella salía con Javiera de siete de la tarde a doce de la noche, y al otro día, Pedro veía a Javiera de dos a siete. El resto del tiempo se distribuía a gusto de cada uno, pero los momentos de soledad con Javiera eran tabú: por lo menos, Francisca respetaba escrupulosamente esas convenciones. Pedro obraba mucho más a su antojo; aquella noche había exagerado verdaderamente pidiendo en tono burlón y quejumbroso que no lo echaran antes de que se fuera al teatro. No parecía tener ningún remordimiento; encaramado sobre un taburete alto al lado de Javiera, le contaba con animación la vida de Rimbaud; había empezado la historia en el Mercado de las pulgas, pero la había contado con tantas digresiones, que Rimbaud todavía no había conocido a Verlaine. Pedro hablaba. Las frases describían a Rimbaud, pero la voz parecía cargada de un montón de alusiones íntimas, y Javiera lo miraba con una especie de docilidad voluptuosa. Sus relaciones eran casi castas y, sin embargo, a través de algunos besos, de leves caricias, se había creado entre ellos un entendimiento sensual que se transparentaba bajo la reserva. Francisca apartó los ojos; a ella también por lo general le gustaban los relatos de Pedro, pero esa noche ni las inflexiones de su voz, ni sus bonitas imágenes, ni el giro imprevisto de sus frases lograban conmoverla; le guardaba demasiado rencor. Cuidaba de explicar casi cotidianamente a Francisca que Javiera la quería tanto a ella como a él, pero obraba como si esa amistad de mujeres le hubiera parecido desdeñable. Sin duda, él ocupaba, con mucho, el primer lugar, pero eso no justificaba su indiscreción. Por supuesto no se había tratado de negarle lo que pedía: hubiera enloquecido de rabia y quizá Javiera también. Sin embargo, aceptando alegremente la presencia de Pedro, Francisca parecía darle poca importancia a Javiera. Francisca echó una mirada al espejo que ocupaba toda la pared detrás del bar: Javiera sonreía a Pedro; estaba evidentemente satisfecha de que él pretendiera acapararla, pero no era una razón para que no se enfadara con Francisca por haber cedido.

—Ah, me imagino la cara de la señora de Verlaine —dijo Javiera en una carcajada.

Francisca sintió su corazón ahogado de tristeza. ¿Javiera la seguía odiando? Había sido amable durante toda la tarde, pero en forma superficial, porque el día era bueno y el Mercado de las pulgas la encantaba; eso no significaba nada.

¿Y qué puedo hacer si me odia?, pensó Francisca.

Se llevó el vaso a los labios y vio que sus manos temblaban. Había bebido demasiado café durante el día y la impaciencia la volvía febril. No podía hacer nada; no tenía ningún dominio sobre esa alma testaruda, ni siquiera sobre el hermoso cuerpo de carne que la defendía; un cuerpo tibio y elástico, accesible a las manos de los hombres, pero que se erguía ante Francisca como una rígida armadura. No podía sino esperar sin moverse el veredicto que iba a absolverla o a condenarla: hacía diez horas que esperaba.

—Esto es sórdido —pensó bruscamente.

Había pasado el día espiando cada entonación de Javiera, cada contracción de su ceño; aun en ese momento sólo estaba ocupada en esa pobre angustia, separada de Pedro y del agradable decorado cuyo espejo le devolvía el reflejo, separada de sí misma.

¿Y si me odia, qué pasa?, se dijo sublevada. ¿No se podía acaso contemplar el odio de Javiera de frente, lo mismo que esos pastelitos de queso que descansaban sobre una fuente? Eran de un bonito color amarillo claro y estaban decorados con confites rosados; uno habría tenido casi ganas de comerlos, si hubiera ignorado su gusto agrio de recién nacido. Esa cabecita redonda no ocupaba mucho más lugar en el mundo, se la encerraba en una sola mirada; y esas brumas de odio que se escapaban de ella en torbellino, si se las hacía volver a su lugar, podrían ser gobernables. No había más que decir una palabra: en un derrumbe ensordecedor, el odio se reduciría a un humo exactamente contenido en el cuerpo de Javiera y tan inofensivo como el gusto ácido oculto bajo la crema amarilla de los pasteles. Ella

se sentía existir, pero eso no suponía ninguna diferencia; en vano se retorcían en volutas rabiosas: sólo se verían pasar sobre el rostro desarmado algunos remolinos imprevistos y regulados como las nubes en el cielo.

No son más que pensamientos en su cabeza, se dijo Francisca.

Durante un instante creyó que las palabras habían obrado, no había más que pequeñas viñetas que desfilaban desordenadamente bajo el cráneo rubio, y si uno apartaba los ojos, ni siquiera se las veía.

—¡Ay, voy a tener que irme! Ya voy retrasado —dijo Pedro.

Saltó del banco y se puso el abrigo: había renunciado a sus bufandas de anciano, tenía un aspecto joven y alegre. Francisca tuvo un impulso de ternura hacia él, pero era una ternura tan solitaria como el rencor; sonreía y esa sonrisa continuaba colocada ante ella sin mezclarse con los movimientos de su corazón.

—Mañana por la mañana, a las diez, en el Dôme —dijo Pedro.

—Entendido, hasta mañana por la mañana —dijo Francisca. Apretó su mano con indiferencia y luego la vio cerrarse sobre la de Javiera; a través de la sonrisa de Javiera comprendió que la presión de esos dedos era una caricia.

Pedro se alejó; Javiera se volvió hacia Francisca. Pensamientos en su cabeza... era fácil decirlo, pero Francisca no creía lo que había dicho, no era más que un engaño; la palabra mágica habría tenido que brotar del fondo de su alma, pero su alma estaba embotada. La bruma maléfica continuaba suspendida sobre el mundo, envenenaba los ruidos y las luces, penetraba hasta los huesos de Francisca. Había que esperar que se disipara por sí sola: esperar y espiar, y sufrir sórdidamente.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó.

—Lo que usted quiera —respondió Javiera con una sonrisa encantadora.

—¿Prefiere caminar o que vayamos a algún lugar? Javiera vaciló; debía de tener una idea bien fija.

—¿Qué le parecería si pasáramos por el baile negro? —dijo.

—Es una idea magnífica. Hace siglos que no hemos puesto los pies allí.

Salieron del restaurante y Francisca tomó a Javiera del brazo. Lo que Javiera proponía era una salida pomposa: cuando quería manifestar su afecto a Francisca de una manera particular, elegía invitarla a bailar. También era posible que tuviera simplemente ganas de ir al baile negro por su propia cuenta.

—¿Caminamos un poco? —sugirió.

—Sí, sigamos el bulevar Montparnasse —dijo Javiera. Soltó su brazo.

—Prefiero darle el brazo yo —explicó.

Francisca obedeció con sumisión y como los dedos de Javiera rozaban los suyos, los tomó suavemente; la mano enguantada en gamuza aterciopelada se abandonó en la suya con una tierna confianza. Una aurora de felicidad se levantaba en Francisca, pero no sabía todavía si debía creer verdaderamente en ella.

—Mire a la hermosa morena con su Hércules —señaló Javiera.

Se tomaban de las manos; la cabeza del luchador quedaba muy pequeña sobre sus enormes hombros; la mujer reía dejando ver los dientes.

—Empiezo a sentirme en mi casa aquí —dijo Javiera lanzando una mirada satisfecha a la terraza del Dôme.

—Pues ha tardado —dijo Francisca.

Javiera suspiró.

—Ah, cuando recuerdo las viejas calles de Rúan, de noche, alrededor de la catedral, se me parte el corazón.

—No le gustaba demasiado cuando vivía allí.

—Era tan poético —dijo Javiera.

—¿Volvería a ver a su familia? —dijo Francisca.

—Seguramente, pienso ir este verano.

Su tía le escribía todas las semanas; habían terminado por tomar las cosas mucho mejor de lo que se podía esperar.

Bruscamente las comisuras de sus labios cayeron y tuvo un aire gastado de mujer madura.

—En ese entonces sabía vivir sola, era formidable cómo podía sentir las cosas.

Las nostalgias de Javiera siempre ocultaban algún reproche; Francisca se puso a la defensiva.

—Sin embargo, recuerdo que usted ya se quejaba de estar marchita —dijo Francisca.

—No era como ahora —dijo Javiera con voz sorda. Bajó la cabeza y murmuró—: Ahora estoy consumida.

Antes de que Francisca pudiera contestar, le oprimió alegremente el brazo.

—¿Por qué no se compra uno de esos preciosos caramelos? —dijo, deteniéndose ante una tienda rosada y brillante como una caja de bautismo.

Detrás del vidrio, una gran bandeja de madera giraba lentamente sobre sí misma ofreciendo a las miradas golosas dátiles rellenos, nueces acarameladas, trufas de chocolate.

—Cómprase algo —propuso Javiera en tono apremiante.

—En una noche espléndida no hay que empalagarse como la otra vez —dijo Francisca.

—Oh, uno o dos caramelitos —dijo Javiera—, no hay peligro. Sonrió.

—Esta tienda tiene colores tan bonitos, tengo la impresión de entrar en un dibujo animado. Francisca empujó la puerta.

—¿Usted no quiere nada? —dijo.

—Quiero un loukhoun —dijo Javiera. Examinaba los bombones con aire encantado.

—Si compráramos también esto —dijo señalando unos delgados caramelos largos envueltos en papel de seda—. Tienen un nombre tan bonito,

—Dos caramelos, un loukhoun y un cuarto kilo de dedos de hada —dijo Francisca.

La vendedora envolvió los bombones en una bolsita de papel estampado que se cerraba con un cordón rosa que salía por unos ojales.

—Compraría bombones sólo por la bolsita —comentó Javiera—. Parece una escarcela. Ya tengo media docena —agregó con orgullo.

Le tendió un caramelo a Francisca y mordió en el rectángulo gelatinoso.

—Parecemos dos viejitas que se ofrecen golosinas —dijo Francisca—, es vergonzoso.

—Cuando tengamos ochenta años, nos arrastraremos trotando hasta la confitería y nos quedaremos dos horas discutiendo ante el vidrio sobre el perfume de los loukhouns, con un poco de baba en los labios —dijo Javiera—. Las personas del barrio nos señalarán con el dedo.

—Y nosotras diremos meneando la cabeza: «Ya no son los caramelos de antes». Y no caminaremos con pasos más cortos que los de hoy.

Se sonrieron; cuando paseaban por el bulevar, solían adoptar ese andar de octogenarias.

—¿No le aburre que mire los sombreros? —dijo Javiera deteniéndose ante una casa de modas.

—¿Tendría ganas de comprarse uno? Javiera se echó a reír.

—No es que los aborrezca, es mi cara que no los soporta. No, los miro para usted.

—¿Quiere que use sombrero? —preguntó Francisca.

—Quedaría tan bonita con uno de estos sombreros —dijo Javiera con voz suplicante—. Imagine su cara ahí debajo. Y cuando fuera a una reunión elegante, se pondría un tul atado atrás con un gran moño.

Le brillaban los ojos.

—¡Oh, dígame que lo hará!

—Me intimida un poco —dijo Francisca—, ¡un tul!

—Pero usted puede permitirse todo —dijo Javiera gimoteando—. ¡Ah, si dejara que yo la vistiera!

—Y bien —dijo Francisca alegremente—, usted me elegirá mi ropa de primavera. Me pongo entre sus manos.

Oprimió la mano de Javiera; ¡qué encantadora podía ser! Había que excusar sus cambios de humor, la situación no era fácil y ella era tan joven. La miró con ternura; deseaba con tanta fuerza que Javiera tuviera una hermosa vida dichosa.

—¿Qué quería decir exactamente hace un rato al quejarse de estar consumida? —preguntó suavemente.

—Oh, nada más que eso —dijo Javiera.

—¿Pero qué?

—Así, nada más.

—Desearía tanto que se sintiera contenta con su existencia —dijo Francisca.

Javiera no contestó; toda su alegría había caído de golpe.

—Le parece que al vivir tan íntimamente con la gente se pierde algo de sí misma —dijo Francisca.

—Sí —confirmó Javiera—, uno se convierte en un pólipo.

Había habido una intención hiriente en su voz. Francisca pensó que de hecho no parecía disgustarle vivir en sociedad; hasta se enfadaba cuando Pedro y Francisca salían sin ella.

—Sin embargo, todavía le quedan muchos momentos de soledad —dijo.

—Comprendo —dijo Francisca—, ya no son sino intervalos en blanco, mientras que antes era pleno.

—Sí, es eso —dijo Javiera tristemente. Francisca reflexionó.

—¿Pero no cree que sería diferente si tratara de hacer algo de usted misma? Es la mejor manera de no consumirse.

—¿Y qué hacer? —dijo Javiera.

Tenía un aire perdido. Francisca deseó de todo corazón ayudarla, pero era difícil ayudar a Javiera; sonrió.

—Una actriz, por ejemplo —dijo.

—Ah, una actriz —suspiró Javiera.

—Estoy tan segura de que lo sería si quisiera trabajar —dijo Francisca con calor.

—Creo que no —dijo Javiera con aire cansado.

—Usted no puede saberlo.

—Justamente, es tan vano trabajar sin saber. Javiera se encogió de hombros.

—La más insignificante de esas mujercitas cree que será una actriz.

—Eso no prueba que usted no lo tenga que ser.

—Hay una probabilidad entre cien.

Francisca le oprimió el brazo un poco más fuerte.

—Qué razonamiento curioso —dijo—. Escuche, creo que no se trata de calcular sus probabilidades; hay todo que ganar de un lado y nada que perder del otro. Hay que apostar para triunfar.

—Sí, ya me lo explicó —dijo Javiera.

Sacudió la cabeza con aire desconfiado.

—No me gustan los actos de fe.

—No es un acto de fe, es una apuesta.

—Es lo mismo. Javiera hizo una mueca.

—Así es como se consuelan Canzetti y Eloy.

—Sí, son mitos de compensación, dan asco —dijo Francisca—. Pero no se trata de soñar, sino de querer, es diferente.

—Isabel quiere ser una gran pintora —dijo Javiera—. ¡Vaya!

—Me lo pregunto —dijo Francisca—. Tengo la impresión de que pone al mito en acción para creer más en él, pero que no es capaz de desear nada desde el fondo del alma.

Reflexionó.

—Todos pensamos que somos una cosa formada una vez por todas, pero no lo creo; tengo la impresión de que uno se hace libremente lo que es. No es un azar que Pedro fuera tan ambicioso en su juventud. ¿Usted sabe lo que se ha dicho de Víctor Hugo? Que era un loco que se creía Víctor Hugo.

—No puedo soportar a Víctor Hugo —dijo Javiera.

Apresuró el paso.

—¿No podríamos caminar un poco más de prisa? Hace frío, ¿no le parece?

—Caminemos más aprisa —dijo Francisca, y agregó: —¡Desearía tanto convencerla ¿Por qué duda de usted misma?

—No quiero mentirme —dijo Javiera—. Me parece innoble crecer; lo único seguro es lo que se toca.

Miró su puño cerrado con un curioso rictus de odio. Francisca la observó con inquietud, ¿qué tenía en la cabeza? Por supuesto, durante esas semanas de felicidad tranquila, no había estado dormida; habían ocurrido mil cosas en ella, al amparo de sus sonrisas. Ella no había olvidado nada, todo estaba ahí, en un rincón, y después de algunas explosiones todo estallaría un día.

Doblaron la esquina de la calle Blomet, se veía el gran cigarro rojo del despacho de tabaco y de café.

—Tome uno de esos caramelos —dijo Francisca para cambiar el tema.

—No, no me gustan —dijo Javiera.

Francisca apretó entre sus dedos una de las finas barritas transparentes.

—Me parece que tienen un gusto agradable —dijo—. Un gusto seco y puro.

—Pero yo odio la pureza —dijo Javiera torciendo la boca.

Nuevamente Francisca sintió que la angustia la atravesaba. ¿Qué era lo demasiado puro? ¿La vida donde ellos encerraban a Javiera? ¿Los besos de Pedro? ¿Ella misma? Usted tiene un perfil tan puro, le decía a veces Javiera. Sobre una puerta se leía, escrito en gruesas letras blancas: Baile colonial. Entraron; una muchedumbre se apretujaba contra la ventanilla, rostros negros, amarillos pálidos, café con leche. Francisca hizo cola para tomar dos entradas: siete francos para las señoras, nueve francos para los hombres. Esa rumba del otro lado del tabique le embarullaba todas las ideas. ¿Qué había ocurrido exactamente? Por supuesto, era siempre muy fácil explicar las reacciones de Javiera diciendo que se trataba de un capricho del momento. Habría sido necesario repasar la historia de esos dos últimos meses para encontrar la clave; pero, sin embargo, los viejos cargos cuidadosamente enterrados sólo volvían a ser bastante vivos a través de una contrariedad presente. Francisca trató de recordar. En el bulevar Montparnasse la conversación era liviana y simple; y luego, en lugar de abandonarse a ella, Francisca había saltado de pronto a grandes temas. Era justamente por ternura, ¿pero acaso ella no sabía ser tierna sino con palabras cuando tenía esa mano aterciopelada entre su mano y esos cabellos perfumados que rozaban su mejilla? ¿Era esa su torpe pureza?

—Mire, ahí está la camarilla de Dominga —dijo Javiera entrando en la amplia sala.

Estaban la pequeña Charnaud, Lisa Malan, Dourdin, Chaillet... Francisca los saludó con la cabeza, sonriendo, mientras Javiera les dirigía una mirada dormida; no había soltado el brazo de Francisca. No le disgustaba, cuando entraban en un lugar, que las tomaran por una pareja: era un género de provocación que la divertía.

—Esa mesa, allí, estará muy bien —dijo.

—Tomaré un ponche martiniqués —dijo Francisca.

—Yo también, un ponche —dijo Javiera.

Agregó con desdén: —No comprendo que se mire a alguien con esa grosería bovina. Por otra parte, me importa un bledo.

Francisca experimentó un placer verdadero al sentirse envuelta con ella por la necia malevolencia de toda esa banda de comadres; le parecía que las aislaban juntas del resto del mundo y que las encerraban en un tête-a-tête apasionado.

—¿Sabe? Cuando usted quiera, bailaré —dijo Francisca—. Esta noche me siento inspirada.

Exceptuando las rumbas, bailaba lo bastante correctamente como para no ser ridícula.

El rostro de Javiera se iluminó.

—¿De veras, no le aburre?

Javiera la enlazó con autoridad, bailaba con un aire absorto y sin mirar a su alrededor, pero no era bovina, sabía ver sin mirar; hasta era uno de sus talentos del que se enorgullecía mucho. Le gustaba decididamente ponerse en evidencia; no sin intención apretaba a Francisca con más fuerza que de costumbre y le sonreía con coquetería. Francisca le devolvió su sonrisa. El baile le hacía perder un poco la cabeza. Sentía contra su pecho los hermosos senos tibios de Javiera, respiraba su aliento encantador; ¿era deseo? ¿Pero qué deseaba? ¿Sus labios contra esos labios? ¿Ese cuerpo abandonado entre sus brazos? No podía imaginar nada, sólo era una necesidad confusa de guardar para siempre vuelto hacia ella ese rostro de enamorada y poder decir apasionadamente: «Es mía».

—Ha bailado muy, muy bien —dijo Javiera cuando volvían a sus asientos.

Continuaba de pie: la orquesta atacaba una rumba, y un mulato se inclinaba ante ella con una sonrisa ceremoniosa. Francisca se sentó ante su ponche y bebió un trago del líquido dulzón. En esa gran habitación decorada con frescos pálidos y que se parecía en su mediocridad a un salón para bodas y banquetes, no se veían sino rostros de color: del negro ébano al ocre rosado se encontraban ahí todos los matices de piel. Esos negros bailaban con una obscenidad desencadenada, pero sus movimientos tenían un ritmo tan puro, que en su rudeza ingenua esa rumba conservaba el carácter sagrado de un rito primitivo. Los blancos que se unían a ellos eran menos felices; las mujeres, sobre todo, parecían rígidos objetos mecánicos o histéricos en trance. Sólo la gracia perfecta de Javiera desafiaba a la vez la obscenidad y la decencia.

Javiera declinó con un movimiento de cabeza una nueva invitación y volvió a sentarse junto a Francisca.

—Tienen el diablo en la piel esas negras —dijo furiosa—. Nunca conseguiré bailar así.

Mojó sus labios en su vaso.

—¡Que dulce es! No puedo beberlo —exclamó.

—Baila espléndidamente bien, sabe —dijo Francisca.

—Sí, para ser una civilizada —dijo Javiera en tono desdeñoso. Miraba con fijeza algo en el medio de la pista.

—Sigue bailando con ese criollo —dijo designando a Lisa Malan—. No le ha soltado desde que llegamos —agregó en tono quejumbroso—. Es vergonzosamente hermoso.

En verdad era encantador, muy delgado en su chaqueta ajustada color rosa salmón. De los labios de Javiera escapó un gemido aún más quejumbroso.

—Ah —dijo—, daría un año de mi vida para ser esa negra durante una hora.

—Es bonita —opinó Francisca—. No tiene rasgos de negro. ¿No cree que debe de tener sangre india?

La admiración ponía un brillo de odio en sus ojos.

—O sí no, habría que ser lo bastante rica para comprarla y secuestrarla —dijo Javiera—. Fue Baudelaire quien hizo eso, ¿no? ¡Se imagina, al volver a su casa, en vez de un perro o de un gato, encontrar a esa suntuosa criatura ronroneando junto a un fuego de leños!

Un cuerpo negro y desnudo acostado cuan largo era junto a un fuego de leños... ¿era eso lo que Javiera soñaba? ¿Hasta dónde iba su sueño?

Odio la pureza. ¿Cómo Francisca había podido desconocer el dibujo carnal de esa nariz, de esa boca? Los ojos ávidos, las manos, los dientes agudos que dejaban ver los labios entreabiertos, buscaban algo de que apoderarse, algo que se toca. Javiera todavía no sabía qué: los sonidos, los colores, los perfumes, los cuerpos, todo era una presa. ¿O acaso lo sabía?

—Venga a bailar —dijo bruscamente.

Sus manos se cerraron sobre Francisca, pero no codiciaban a Francisca ni su ternura razonable. En la noche de su primer encuentro había habido en los ojos de Javiera una llama ebria; se había apagado, ya no renacería jamás. «¿Cómo me querría?», pensó Francisca con dolor. Fina y seca como el gusto desdeñado de los caramelos, con un rostro duro demasiado sereno, un alma transparente y pura, olímpica, decía Isabel. Javiera no habría dado una hora de su vida por sentir en ella esa perfección helada que veneraba religiosamente. «Esto es lo que soy», pensó Francisca considerándose con un poco de horror. Esa torpeza existía apenas antes, cuando no reparaba en ella; ahora había invadido toda su persona y sus gestos, hasta sus pensamientos tenían ángulos rígidos y cortantes, su equilibrio armonioso se había trocado en esterilidad vacía; ese bloque de blancura traslúcida y desnuda, de ásperos salientes, era ella, a pesar de sí misma, irremediadamente.

—¿No está cansada? —preguntó a Javiera mientras volvían a la mesa.

Javiera estaba un poco ojerosa.

—Sí, estoy cansada —dijo Javiera—. Envejezco. —Adelantó un poco los labios—. ¿Y usted?

—Apenas —dijo Francisca. El baile, el sueño y el gusto azucarado del ron blanco le entristecían el corazón.

—A la fuerza, siempre nos vemos de noche —dijo Javiera—. No podemos estar frescas.

—Es verdad —dijo Francisca; agregó vacilando—: Labrousse nunca está libre de noche; no nos queda más remedio que reservarle las tardes.

—Sí, naturalmente —dijo Javiera, cuyo rostro se cerró.

Francisca la miró con una brusca esperanza más dolorosa que las nostalgias. ¿Javiera le reprochaba que se apartara discretamente? ¿Había deseado que Francisca la violentara y se impusiera a su amor? Sin embargo, habría debido comprender que Francisca no se resignaba alegremente a que prefiriera a Pedro.

—Podríamos arreglar las cosas de otro modo —dijo Francisca. Javiera la interrumpió.

—No, está muy bien así —dijo con vivacidad.

Una mueca frunció su rostro. Esa idea de organización le causaba horror, habría querido ver a Pedro y a Francisca totalmente a su merced, sin programa. Era exigir demasiado. Sonrió de pronto.

—Ah, se dejó atrapar —dijo.

El criollo de Lisa Malan se acercaba con aire tímido e insinuante.

—¿Usted le ha hecho insinuaciones? —le preguntó Francisca.

—No es por su linda cara, es sólo por mortificar a Lisa.

Se levantó y siguió a su conquista hasta el medio de la pista. Había sido un trabajo discreto, Francisca no había notado la menor mirada, ni la menor sonrisa. Javiera nunca terminaría de asombrarla: tomó el vaso que apenas había tocado y bebió la mitad. ¡Si hubiera podido revelarles lo que ocurría bajo ese cráneo! ¿Acaso Javiera le guardaba rencor por haber consentido su amor por Pedro? Sin embargo, no soy yo quien le pidió que le quisiera, pensó sublevada. Javiera había elegido libremente. ¿Qué había elegido exactamente? ¿Qué había de verdad en el fondo de esas ternuras, de esas coqueterías, de esos celos? ¿Había siquiera alguna verdad? De pronto, Francisca se sintió a punto de aborrecerla; bailaba, deslumbrante en su blusa blanca de mangas anchas, con los pómulos rosados, levantando hacia el criollo un rostro iluminado por el placer; estaba hermosa. Hermosa, solitaria, despreocupada. Vivía por su propia cuenta, con la dulzura o la crueldad que le dictaba cada instante, esa historia donde Francisca se había jugado entera, y había que debatirse sin ayuda frente a ella, mientras ella sonreía con una sonrisa desdenosa o aprobadora. ¿Qué esperaba exactamente? Había que adivinar; había que adivinarlo todo, lo que sentía Pedro, lo que estaba bien, lo que estaba mal, y lo que uno mismo quería desde el fondo de su corazón. Francisca terminó de vaciar su vaso. Ahora se sentía a oscuras, totalmente a oscuras. No había sino despojos informes a su alrededor, y el vacío en ella, y en todas partes la noche.

La orquesta calló un minuto y luego el baile se reanudó. Javiera estaba frente al criollo, a pocos pasos de él, no se tocaban y, sin embargo, un único estremecimiento parecía recorrer sus dos cuerpos. En ese instante, Javiera no deseaba ser nada más que ella misma, su propia gracia la colmaba. Y bruscamente, Francisca se encontró colmada ella también; ya no era nada, sino una mujer ahogada en una muchedumbre, una minúscula parcela del mundo, tendida toda entera hacia esa ínfima lentejuela rubia de la cual ni siquiera era capaz de apoderarse; pero he aquí que en esa abyección en que había caído, se le concedía lo que había deseado en vano seis meses antes, en el seno de la felicidad: esa música, sus rostros, esas luces se trocaban en espera, en amor, se confundían con ella y daban un sentido irremplazable a cada latido de su corazón. Su felicidad había estallado, pero caía a su alrededor en una lluvia de instantes apasionados.

Javiera volvió a la mesa tambaleándose un poco.

—Baila como un joven dios —dijo.

Se echó contra el respaldo de su silla y el rostro se le descompuso de golpe.

—Qué cansada estoy —dijo.

—¿Quiere que nos vayamos? —le preguntó Francisca.

—Sí, por favor —respondió Javiera, con voz suplicante.

Salieron del baile y pararon un taxi. Javiera se tiró en el asiento y Francisca pasó su brazo bajo el suyo. Al cerrar su mano sobre esa pequeña mano muerta, se sintió desgarrada por una especie de alegría. Lo quisiera o no, Javiera estaba atada a ella por un lazo más fuerte que el odio o el amor; Francisca no era ante ella una presa entre otras, era la sustancia misma de su vida, y los momentos de

pasión, de placer, de codicia, no habrían podido existir sin esa trama sólida que los sostenía; todo lo que le ocurría a Javiera le ocurría a través de Francisca, y aun a pesar de ella, Javiera le pertenecía.

El taxi se detuvo ante el hotel y subieron rápidamente la escalera. A pesar de la fatiga, el andar de Javiera no había perdido nada de su vivacidad majestuosa; empujó la puerta del cuarto.

—Entro sólo un minuto —dijo Francisca.

—Por el hecho de encontrarme en casa, ya me siento menos cansada —dijo Javiera.

Se sacó la chaqueta y se sentó junto a Francisca; toda la precaria tranquilidad de Francisca se tambaleó. Javiera estaba ahí, muy erguida en su blusa deslumbrante, cercana y sonriente, fuera de alcance; ningún lazo la encadenaba, salvo los que ella decidía crearse, no se la podía encadenar sino a sí misma.

—Ha sido una noche agradable —dijo Francisca.

—Sí —dijo Javiera—, habrá que repetirla.

Francisca miró a su alrededor con ansiedad; la soledad iba a cerrarse nuevamente sobre Javiera, la soledad de su cuarto y del sueño de sus sueños. No habría medio de forzar el acceso.

—Terminará por bailar tan bien como la negra.

—Ay, no es posible —dijo Javiera.

El silencio cayó pesadamente; las palabras no podían nada. Francisca no encontraba ningún gesto, paralizada por la gracia intimidante de ese hermoso cuerpo que ni siquiera sabía desear.

—Creo que me estoy quedando dormida —murmuró.

—La dejo —dijo Francisca. Se levantó, tenía un nudo en la garganta, pero no podía hacer otra cosa; no habría sabido hacer otra cosa.

—Buenas noches —dijo.

Estaba de pie junto a la puerta; en un impulso, tomó a Javiera entre sus brazos.

—Buenas noches, mi Javiera —dijo rozando su mejilla.

Javiera se abandonó, durante un instante permaneció contra su hombro, inmóvil y flexible, ¿Qué esperaba? ¿Que Francisca la dejara ir o que la apretara más fuerte? Se liberó suavemente.

—Buenas noches —dijo con un tono muy natural.

Se acabó. Francisca subió la escalera. Le avergonzaba ese gesto de ternura inútil; se dejó caer sobre su cama; el corazón le pesaba.

III

Abril, mayo, junio, julio, agosto, setiembre, seis meses de instrucción, y estaré a punto para el degüello, pensó Gerbert.

Se había plantado ante el espejo del cuarto de baño y jugueteaba con la magnífica corbata que acababa de pedirle prestada a Péclard. Habría querido saber si tendría miedo, sí o no, pero esas cosas eran imprevisibles; lo más atroz de imaginar era el frío; cuando uno se saca los zapatos y ve que sus pies se han quedado en el fondo.

Esta vez ya no hay esperanzas, se dijo con resignación. Parecía increíble que hubiera personas lo bastante chifladas como para decidir tranquilamente poner el mundo a sangre y fuego; pero el hecho era que las tropas alemanas habían entrado en Checoslovaquia y que Inglaterra se había plantado firme en el asunto.

Gerbert observó con aire satisfecho el hermoso nudo que acababa de hacer; desaprobaba las corbatas, pero no podía saber adonde lo llevarían a comer Labrousse y Francisca: ambos tenían un gusto vicioso por las salsas a la crema y, dijera lo que dijese Francisca, uno llamaba la atención cuando iba en pullover a uno de esos restaurantes con manteles a cuadros. Se puso una chaqueta y pasó a la sala. El apartamento estaba vacío; sobre el escritorio de Péclard eligió cuidadosamente dos cigarrillos, luego entró en el cuarto de Jacqueline: guantes, pañuelos, coloretos, Arpège de Lanvin; se podía haber alimentado una familia entera con el precio de esas frivolidades. Gerbert se metió en el bolsillo una caja de Grzys y un cartucho de chocolates; era la única debilidad de Francisca, su amor por las golosinas, bien se le podía pasar eso. Gerbert apreciaba que no tuviera vergüenza de usar zapatos torcidos, medias con puntos deslizados; en su cuarto de hotel, ningún rebuscamiento delicado fastidiaba la mirada: no tenía

chucherías, ni bordados, ni siquiera un juego de té; y además, con ella uno no estaba obligado a andar con remilgos, no tenía ninguna coquetería, ni jaquecas, ni humores cambiantes, no reclamaba ningún cuidado. A su lado, uno podía quedarse callado tranquilamente. Gerbert golpeó tras de sí la puerta de entrada y bajó corriendo los tres pisos; cuarenta segundos. Labrousse no habría podido bajar tan rápidamente esa escalerita oscura y torcida. Por una suerte injusta solía ganar los concursos. Cuarenta segundos. Seguramente Labrousse lo acusaría de exagerar. Diré treinta segundos, decidió Gerbert, así se restablecería la verdad. Atravesó la plaza Saint-Germain-des-Prés. Lo habían citado en el café de Flore; el lugar les divertía porque no iban a menudo, pero él ya estaba harto de todas esas personas excepcionales. «El año próximo cambiaré de aire», dijo rabiosamente. Si Labrousse organizaba esa gira sería espléndido, y parecía estar decidido. Gerbert empujó la puerta; el año próximo estaría en las trincheras, ya no habría problema. Atravesó el café sonriendo vagamente a su alrededor, luego su sonrisa se dilató; tomados separadamente, cada uno de los tres era discretamente gracioso, pero cuando se les veía juntos, entonces ya era irresistible.

—¿Por qué se ríe así? —dijo Labrousse.

—Porque los veo —dijo Gerbert con gusto de impaciencia. Estaban alineados sobre el banco. Francisca y Labrousse encuadrando a Pagés. Se sentó frente a ellos.

—¿Somos tan ridículos? —dijo Francisca.

—No se dan cuenta —dijo Gerbert. Labrousse le echó una mirada de soslayo.

—¿Entonces, le dice algo la idea de unas vacaciones animadas junto al Rin?

—Qué desastre —dijo Gerbert—. Usted que decía que las cosas parecían arreglarse.

—No esperábamos ese golpe —dijo Labrousse.

—Esta vez no hay salida —dijo Gerbert.

—Creo que tenemos muchas menos probabilidades de salir del paso que en setiembre. Inglaterra ha protegido expresamente a Checoslovaquia, no puede echarse atrás.

Hubo un breve silencio; Gerbert siempre se sentía incómodo en presencia de Pagés; hasta Labrousse y Francisca parecían molestos. Gerbert sacó los cigarrillos de su bolsillo y se los tendió a Labrousse.

—Mire, son de los grandes. Labrousse emitió un silbido aprobador.

—¡Péclard se cuida! Los fumaremos a los postres.

—Esto es para usted —dijo Gerbert colocando los cigarrillos y los chocolates ante Francisca.

—Oh, —dijo Francisca.

La sonrisa que iluminó su rostro se parecía un poco a aquellas con que envolvía tiernamente a Labrousse. Gerbert sintió que se le ensanchaba el corazón; había momentos en que creía que Francisca sentía afecto por él; sin embargo, no le veía hacia tiempo, no se inquietaba en lo más mínimo por él, sólo le importaba Labrousse.

—Sírvase —dijo ofreciendo el cartucho. Javiera sacudió la cabeza con aire reservado.

—No antes de comer —dijo Pedro—. Te va a cortar el apetito.

Francisca mordió un bombón, seguramente iba a devorar todo el paquete en algunos mordiscos; era monstruosa la cantidad de golosinas que podía engullir sin empacharse.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó Labrousse.

—Un pernod —dijo Gerbert.

—¿Por qué toma siempre pernod si no le gusta?

—No me gusta el pernod, pero me gusta tomar pernod.

—Eso es muy suyo —señaló Francisca riendo. Hubo un nuevo silencio. Gerbert había encendido su pipa; se inclinó sobre su vaso vacío y espiró lentamente el humo.

—¿Sabe hacer esto? —dijo a Labrousse desafiándolo. El vaso se llenaba de volutas cremosas y turbias.

—Parece un ectoplasma —dijo Francisca.

—Basta soplar suavemente —dijo Pedro. Aspiró una bocanada de su pipa y se inclinó a su vez con aire aplicado.

—Está bien —asistió Gerbert con condescendencia—, a su salud. Chocó su vaso contra el de Pedro y de un trago absorbió el humo.

—Estás muy orgulloso —dijo Francisca sonriéndole a Pedro, cuyo rostro brillaba de satisfacción. Miró tristemente el paquete de chocolates, luego con gesto decidido lo guardó en su cartera—. ¿Saben? Si queremos tener tiempo de comer, haríamos bien en irnos ahora.

Una vez más, Gerbert se preguntó por qué, por lo general, la gente le encontraba un aire duro e intimidante; no jugaba a hacerse la chiquilla, pero su rostro estaba lleno de alegría, de vida y de apetitos robustos; parecían tan a gusto dentro de sí misma, que uno se sentía muy cómodo junto a ella.

Labrousse se volvió hacia Pagés y la miró ansiosamente.

—¿Ha comprendido bien? Va a tomar un taxi y dirá: «Al Apolo, calle Blanche.» La dejará justo ante el cine y no tendrá más que entrar.

—¿De veras es una historia de cow-boys? —preguntó Pagés con aire de duda.

—No puede ser otra cosa —respondió Francisca—, está llena de grandes carreras a caballo.

—Y tiros de revólver, y peleas terribles —dijo Labrousse.

Estaban inclinados sobre Pagés como dos demonios tentadores, y sus voces tenían un acento suplicante. Gerbert hizo un esfuerzo heroico para reprimir la risa que estaba a punto de estallar. Tomó un trago de pernod; cada vez esperaba que por milagro ese gusto de anís le pareciera de pronto agradable, pero cada vez lo cruzaba el mismo escalofrío nauseabundo.

—¿El tipo es buen mozo? —preguntó Pagés.

—Es espléndido —dijo Francisca.

—Pero no es buen mozo —dijo Pagés con aire terco.

—No es una belleza perfecta —concedió Labrousse. Pagés hizo una mueca incrédula.

—Desconfío; el que me llevaron a ver el otro día, con su cara de foca, era desleal.

—Se trata de William Powell —dijo Francisca.

—Pero éste es muy diferente —recalcó Labrousse con aire implorante—. Es joven, bien formado y totalmente salvaje.

—En fin, ya veré —dijo Pagés con resignación.

—¿Estará en la boîte de Dominga a medianoche? —preguntó Gerbert.

—Por supuesto —dijo Pagés con aire ofensivo.

Gerbert oyó esto con escepticismo. Pagés no iba casi nunca.

—Me quedo todavía cinco minutos —dijo cuando Francisca se levantaba.

—Buenas noches —le dijo Francisca con voz cálida.

—Buenas noches —dijo Javiera. Su rostro tenía una expresión extraña, y en seguida bajó la nariz.

—Me pregunto si irá al cine —dijo Francisca al salir del café—. Es estúpido; estoy segura de que le habría gustado.

—¿Has visto? —dijo Labrousse—. Hizo lo posible por ser amable, pero no pudo aguantar hasta el fin; nos guarda rencor.

—¿Por qué? —dijo Gerbert.

—Por no salir esta noche con ella —explicó Pedro.

—Pero podían traerla —dijo Gerbert. Le mortificaba que esa comida pudiera parecerles a Labrousse y Francisca algo complicado.

—De ninguna manera —dijo Francisca—. No habría sido lo mismo.

—Esta muchacha es un tirano, pero tenemos defensas —dijo Pedro alegremente.

Gerbert se serenó, pero habría querido comprender lo que Pagés significaba exactamente para Labrousse. ¿La quería por afecto hacia Francisca? ¿O qué? Nunca se atrevería a preguntárselo; estaba encantado cuando por casualidad Labrousse le entregaba un poco de sí mismo, pero no le correspondía a él interrogarlo.

Labrousse detuvo un taxi.

—¿Qué le parecía comer en la Grille? —dijo Francisca.

—No estaría mal —opinó Gerbert—, tal vez todavía quede jamón con judías, —de pronto se dio cuenta de que tenía hambre y se golpeó la frente—, ¡Ah! ya sabía que me había olvidado de algo.

—¿De qué? —dijo Labrousse.

—A la hora de almorzar me olvidé de repetir de asado, soy un tonto.

El taxi se detuvo ante el restaurante. Una reja de gruesos barrotes protegía los cristales del frente; entrando, a la derecha, había un mostrador de cinc con botellas atrayentes; la sala estaba vacía. Sólo el patrón y la cajera comían en una silla de las de mármol, con las servilletas atadas alrededor del cuello.

—¡Ah! —dijo Gerbert golpeándose la frente.

—Me asustó —dijo Francisca—. ¿Qué más se olvidó?

—Me olvidé de decirle que hoy bajé la escalera en treinta segundos.

—Miente —exclamó Labrousse.

—Estaba seguro de que no iba a querer creerlo —dijo Gerbert—. Treinta segundos exactamente.

—Volverá a hacerlo ante mis ojos —dijo Labrousse—. No impide que le dejara atrás en las escaleras de Montmartre.

—Me caí —dijo Gerbert. Se apoderó de la carta: había jamón con judías.

—Está bien vacío esto —dijo Francisca.

—Es muy temprano —dijo Labrousse—. Además, sabes, la gente se mete en su casa en cuanto hay una mala noticia. Esta noche vamos a tener diez espectadores. —Había pedido huevos con mayonesa y aplastaba la yema en la salsa con aire maniático; lo que él llamaba hacer nuevos mimosas.

—Casi prefiero que estalle de una vez por todas —dijo Gerbert—. No es vida decirse cada día que es para el día siguiente.

—Siempre es tiempo ganado —afirmó Francisca.

—Es lo que se decía en el momento de Munich —dijo Labrousse—, pero creo que era una tontería. De nada sirve retroceder. —Tomó la botella de vino colocada sobre la mesa y llenó los vasos—. No, no pueden durar indefinidamente esas evasiones.

—¿Por qué no, después de todo? —dijo Gerbert. Francisca vaciló.

—¿Cualquier cosa no es mejor que una guerra? —dijo Labrousse se encogió de hombros.

—No sé.

—Si se pusiera demasiado feo por aquí, podrían irse a América —dijo Gerbert—. Usted ya es conocido, sin duda le recibirían bien allí.

—¿Y qué haría? —preguntó Labrousse.

—Supongo que muchos americanos hablan francés. Y además, aprenderías el inglés, montarías tus obras en inglés —dijo Francisca.

—No me interesaría en lo más mínimo —dijo Labrousse—. ¿Qué sentido puede tener para mí trabajar en el exilio? Para desear dejar rastros en el mundo hay que ser solidario.

—América también es un mundo —dijo Francisca.

—Pero no es el mío.

—Lo será el día en que lo aceptes.

Labrousse sacudió la cabeza.

—Hablas como Javiera, pero no puedo. Me he jugado demasiado en éste.

—Todavía eres joven —dijo Francisca.

—Sí, pero ves, crearles a los americanos un teatro nuevo es una tarea que no me tienta. Lo que me interesa es terminar mi obra, la mía, la que he empezado en un cuchitril de Gobelins con el dinero que le sacaba a tía Cristina con el sudor de mi cuerpo. —Labrousse miró a Francisca—. ¿No comprendes eso?

—Sí —dijo Francisca.

Escuchaba a Labrousse con un aire de atención apasionada que despertó en Gerbert una especie de tristeza. A menudo le había ocurrido ver mujeres que dirigían hacia él sus rostros ardientes; sólo experimentaba molestia. Esas ternuras declaradas le parecían indecentes o tiránicas. Pero el amor que brillaba en los ojos de Francisca no era desarmado ni imperioso. Casi deseaba inspirar uno semejante.

—He sido formado por todo un pasado —agregó Labrousse—. Los ballets rusos, el Vieux Colombier, Picasso, el surrealismo, yo no sería nada sin todo eso. Y, por supuesto, deseo que el arte reciba de mí un porvenir original, pero que sea el porvenir de esa tradición. No se puede trabajar en el vacío, no conduce a nada.

—Evidentemente, ir a instalarse con armas y bagajes al servicio de una historia que no es la tuya no sería nada satisfactorio —dijo Francisca.

—Personalmente prefiero ir a poner alambres de púa en algún rincón de Lorena a irme a Nueva York a comer maíz hervido.

—Yo preferiría el maíz, sobre todo si se come asado —dijo Francisca.

—En cuanto a mí —intervino Gerbert—, juro que si hubiera alguna manera de emigrar a Venezuela o a Santo Domingo...

—Si estalla la guerra no me gustaría estar lejos —dijo Labrousse—. Hasta le confesaré que tengo una especie de curiosidad...

—No es nada vicioso —dijo Gerbert.

Había soñado con la guerra el día entero, pero le helaba los huesos oír a Labrousse hablar tranquilamente de ella como si fuera cosa hecha. En realidad, estaba ahí, agazapada entre el brasero ruidoso y el mostrador de cinc con reflejos amarillos, y esa comida era un banquete fúnebre. Cascos, tanques, uniformes, camiones gris verdoso, una inmensa marea fangosa se precipitaba sobre el mundo; la tierra estaba sumergida por esa viscosidad negruzca en la cual se hundía, con las espaldas cubiertas de ropa de plomo con olor de perro mojado, mientras resplandores siniestros estallaban en el cielo.

—A mí tampoco —dijo Francisca— me gustaría que algo importante ocurriera sin mí.

—Si vamos a eso, él debió haberse alistado en España —dijo Gerbert—, o hasta partir a la China.

—No es lo mismo —dijo Labrousse.

—No veo por qué —dijo Gerbert.

—Me parece que es una cuestión de situación —dijo Francisca—. Me acuerdo cuando estaba en la Punta del Raz que Pedro quiso obligarme a irme antes de la tempestad; yo estaba loca de desesperación; me habría sentido culpable si hubiera cedido. En cambio, en este momento, puede haber allí todas las tormentas del mundo.

—Es exactamente eso —dijo Labrousse—. Esta guerra pertenece a mi propia historia y por eso yo no consentiría en saltármela.

Su rostro se había iluminado de placer. Gerbert les miró a ambos con envidia: debía de dar seguridad sentirse tan importante el uno para el otro. Quizá si él mismo hubiera contado verdaderamente para alguien, habría contado un poco más para sus propios ojos; no llegaba a concederle valor a su propia vida ni a sus pensamientos.

—Se da cuenta —dijo Gerbert—, Péclard conoce a un médico que se volvió completamente chiflado a fuerza de acuchillar tipos; en cuanto acababa de operar a uno, el compañero de al lado le reclamaba. Parece que había uno que, mientras le rebanaban, no paraba de berrear: «¡Ah, el dolor de mi rodilla! ¡Ah, el dolor de mi rodilla!». No debía de haber sido divertido, ¿no?

—Cuando se está en ese caso, no hay más remedio que berrear —dijo Labrousse—. Pero sabe, ni siquiera eso me subleva tanto; hay que vivir eso lo mismo que otras cosas.

—Por ese camino todo puede ser justificado —dijo Gerbert—. No hay más que cruzarse de brazos.

—¡Ah, no! —dijo Labrousse—. Vivir una cosa no quiere decir soportarla estúpidamente; yo aceptaría vivir más o menos cualquier cosa precisamente porque siempre tendría el recurso de vivirlo libremente.

—Curiosa libertad —dijo Gerbert—. Ya no podrá hacer nada que le interese. Labrousse sonrió.

—¿Sabe? He cambiado, ya no tengo la mística de la obra de arte. Puedo muy bien encarar otras actividades.

Gerbert vació pensativamente su vaso. Era raro imaginar que Labrousse podía cambiar; Gerbert siempre le había considerado inmutable. Tenía respuestas para todas las preguntas; uno no veía cuáles podían quedarle por formularse.

—Entonces nada le impide irse a América —dijo.

—Por el momento —dijo Labrousse— me parece que la mejor manera en que puedo emplear mi libertad es defendiendo una civilización que está ligada a todos los valores en los que creo.

—Sin embargo, Gerbert tiene razón —dijo Francisca—. Encontrarías justificado cualquier mundo en el que hubiera lugar para ti. —Sonrió—. Siempre sospeché que te tomabas por Dios Padre.

Los dos parecían alegres. A Gerbert siempre le asombraba verlos animarse así por palabras. ¿Qué podían cambiar en las cosas? ¿Qué podían todas esas palabras contra el calor del beaujolais que estaban bebiendo, contra el gas que le envenenaría los pulmones y el miedo que se le subía a la garganta?

—¿Qué hay? —dijo Labrousse—. ¿Qué nos critica?

Gerbert se estremeció. No esperaba verse sorprendido en flagrante delito de pensar.

—Nada —dijo él.

—Tenía aspecto de juez —afirmó Francisca. Le tendió la carta—. ¿No quiere algún postre?

—No me gustan los postres —dijo Gerbert.

—Hay una tarta, a usted le gusta la tarta —insistió Francisca.

—Sí, me gusta mucho, pero tengo pereza —dijo Gerbert. Se echaron a reír.

—¿Está demasiado cansado para una copa de buen coñac? —dijo Labrousse.

—No, eso siempre se deja beber —respondió Gerbert.

Labrousse pidió tres coñacs y el camarero trajo una vieja botella polvorienta. Gerbert encendió su pipa. Era gracioso, hasta Labrousse necesitaba inventarse algo a que aferrarse. Gerbert no llegaba a creer que su serenidad fuera totalmente de buena fe; se aferraba a sus ideas un poco como Péclard a sus muebles. Francisca se apoyaba en Labrousse; así las personas se las arreglaban para rodearse de un mundo resistente, donde sus vidas cobraban un sentido; pero siempre se hacían alguna trampa en la base. Si uno miraba bien, sin querer engañarse, encontraba tras esas apariencias imponentes sólo un polvillo de impresiones fútiles: la luz amarilla sobre el cinc del mostrador, ese gusto a níspero podrido en el fondo del coñac. Eso no se dejaba atrapar en las frases, había que soportarlo en silencio, y después desaparecía sin dejar rastros, y nacía otra cosa, igualmente inasible. Sólo arena y agua, y era una locura querer construir algo. Ni siquiera la muerte merecía toda la alharaca que se hacía a su alrededor; por supuesto, era aterrador, pero únicamente porque uno no podía imaginarse lo que sentiría.

—Morir, vaya y pase —dijo Gerbert—. Pero también puede uno seguir viviendo con la cara rota.

—Yo admitiría sacrificar una pierna —dijo Labrousse.

—Yo preferiría un brazo —dijo Gerbert—. Vi a un joven inglés en Marsella que tenía un gancho en lugar de mano; quedaba más bien distinguido.

—Una pierna ortopédica no se ve tanto —dijo Labrousse—. Un brazo es imposible de disfrazar.

—Es verdad que con nuestro oficio uno no puede permitirse muchas cosas —dijo Gerbert—. Una oreja arrancada es una carrera liquidada.

—Pero no es posible —afirmó Francisca bruscamente. Su voz se ahogó, su rostro había cambiado y de golpe los ojos se le habían llenado de lágrimas. Gerbert la encontró casi hermosa.

—Uno puede muy bien volver sin heridas —dijo Labrousse en tono conciliador—. Y además, todavía no nos hemos ido —Sonrió a Francisca—. No hay que empezar desde ahora a tener malos sueños.

Francisca a su vez sonrió con esfuerzo:

—Lo único seguro es que esta noche trabajarán ante una sala vacía.

—Sí —dijo Labrousse. Sus ojos recorrieron el restaurante desierto—. De todos modos hay que ir, ya es hora.

—Yo me voy a trabajar —dijo Francisca. Se encogió de hombros—. Aunque no sé bien de dónde voy a sacar valor. Salieron y Labrousse detuvo un taxi.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó.

—No, prefiero volver a pie —dijo Francisca. Apretó la mano de Labrousse y la de Gerbert.

El la miró alejarse, con las manos en los bolsillos, a grandes pasos un poco torpes. Ahora pasaría sin duda un mes sin volver a verla.

—Suba —dijo Labrousse empujándolo en el taxi.

Gerbert abrió la puerta de su camerino. Guimiot y Mercaton ya estaban instalados ante sus tocadores, el cuello y los brazos embadurnados de ocre; les dio la mano distraídamente, no les tenía simpatía. Un olor desagradable de crema y de brillantina llenaba el cuartito recalentado, Guimiot se

empeñaba en dejar las ventanas cerradas, tenía miedo de resfriarse. Gerbert caminó con decisión hacia la ventana.

Si dice algo, le parto la cara a ese maricón, pensó.

Habría querido pelearse con alguien, habría sido un alivio, pero Guimiot no se movió; paseaba sobre su rostro una enorme borla lila, el polvo volaba a su alrededor y él estornudó dos veces con aire desdichado. Gerbert estaba tan deprimido, que ni siquiera tuvo ganas de reír. Empezó a desvestirse; la chaqueta, la corbata, los zapatos, los calcetines; al cabo de un rato tendría que ponerse todo de nuevo. Gerbert estaba abrumado de antemano y, además, no le gustaba exhibir su piel ante otros tipos.

¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó bruscamente mirando a su alrededor con un asombro que era casi sufrimiento. Conocía bien esos estados, era el colmo de lo desagradable; como si todo el interior de sí mismo se volviera en agua estancada; eso le ocurría a menudo en su infancia, sobre todo cuando veía a su madre inclinada sobre una tina entre los vapores de la ropa lavada. Dentro de algunos días limpiaría un fusil, marcaría el paso en el patio de un cuartel, y después lo harían montar guardia en un agujero helado. Era absurdo, pero, entretanto, extendía sobre sus músculos una crema rojiza que después le daría un trabajo terrible quitarse, y esto no era menos absurdo.

—Mierda —dijo en voz alta. Recordaba de pronto que Isabel iba a venir aquella noche a hacerle un croquis. Elegía bien el día. La puerta se abrió y apareció la cabeza de Ramblin.

—¿Alguien tiene fijapelo?

—Yo tengo —dijo Guimiot, solícito. Miraba a Ramblin como a alguien rico e influyente y le hacía una corte discreta.

—Gracias —dijo Ramblin fríamente. Tomó el frasco donde temblaba una jalea rosa y se volvió hacia Gerbert—. ¡Va a estar más bien frío esta noche! Hay tres gatos perdidos en la platea y otro tanto en los palcos. —De pronto lanzó una carcajada y Gerbert se echó a reír con confianza; le gustaban esos accesos de hilaridad solitaria que solían sacudir a Ramblin y además le agradecía que, con lo pederasta que era, nunca lo hubiera rondado.

—Tedesco está blanco —dijo Ramblin—. Cree que van a meter a todos los extranjeros en campos de concentración. Canzetti le toma las manos sollozando, Chanaud ya la ha tratado de extranjera inmunda y berrea que las mujeres francesas sabrán cumplir con su deber. Hay que verlo, se lo juro.

Se pegaba cuidadosamente los rizos contra la cara sonriéndose en el espejo con aire aprobador y escéptico.

—Gerbert querido, ¿puedes darme un poco de azul? —dijo Eloy.

Esa siempre se las arreglaba para entrar en el camerino cuando los hombres estaban desnudos; ella también lo estaba a medias, un chal transparente velaba apenas sus senos de ama de cría.

—Vete de aquí, no estamos correctos —dijo Gerbert.

—Y para eso —dijo Ramblin tirando del chal; la siguió con una mirada de asco—. Cuenta que se va a alistar como enfermera. ¿Se dan cuenta de la ganga? Todos esos pobres tipos sin defensa que caerán entre sus garras.

Se alejó. Gerbert se puso su traje romano y empezó a pintarse bien divertido, le gustaban los trabajos minuciosos; había inventado una nueva manera de arreglarse los ojos; prolongaba la línea de los párpados con una especie de estrella de efecto gracioso. Echó al espejo una mirada satisfecha y bajó la escalera. En las bambalinas estaba Isabel sentada en un banco con una carpeta de dibujos debajo del brazo.

—¿Llego demasiado temprano? —dijo con voz mundana. Estaba muy elegante esta noche, era innegable; indudablemente era un buen sastre el que había cortado esa chaqueta; Gerbert era un entendido.

—Estoy con usted dentro de diez minutos —dijo Gerbert.

Echó una mirada a los decorados, todo estaba en su sitio y los accesorios dispuestos al alcance de la mano. Por una rendija de la cortina examinó al público: no había más de veinte espectadores, se sentía el desastre. Con un silbato entre los dientes, Gerbert recorrió los corredores para hacer bajar a los actores, luego fue a sentarse con resignación junto a Isabel.

—¿No le molesta? —dijo empezando a sacar sus papeles.

—Pues no, sólo se necesita que esté aquí para cuidar de que no hagan demasiado ruido —dijo Gerbert.

Los tres golpes de gong resonaron en el silencio con una solemnidad lúgubre. Se alzó el telón. El cortejo de César estaba junto a la puerta que daba al escenario. Labrousse entró, envuelto en su toga blanca.

— Ah, estabas aquí —le dijo a su hermana.

—Como ves —respondió Isabel.

—Creía que ahora ya no hacías retratos —dijo mirando por encima de su hombro.

—Es un estudio —dijo Isabel—, si no hiciera más que composiciones, perdería la mano.

—Ven a verme luego —dijo Labrousse. Cruzó el umbral de la puerta y el cortejo se puso en marcha detrás de él.

—Es raro asistir a una representación desde las bambalinas —comentó Isabel—, se ve cómo está fabricada.

Se encogió de hombros. Gerbert la miró, molesto, siempre se sentía incómodo ante ella, no comprendía bien qué quería de él; de vez en cuando tenía la impresión de que estaba un poco loca.

—Quédese así, no se mueva —dijo Isabel; sonrió con inquietud—. ¿No es una pose cansada?

—No —respondió Gerbert.

No era absolutamente nada cansado, pero lo que ocurría era que se sentía estúpido. Ramblin, que pasaba por ahí, le echó una mirada burlona. Hubo un silencio. Todas las puertas estaban cerradas y no se oía ningún ruido. Allí, los actores se agitaban ante una sala vacía. Isabel dibujaba con obstinación para no perder la mano, y Gerbert estaba ahí, estúpido. ¿A qué conduce? pensó rabiosamente. Como un rato antes en su camerino, sintió un vacío en el estómago. Había un recuerdo que volvía siempre a su espíritu cuando estaba en ese estado de ánimo; una gran araña que había visto una noche en Provenza en un viaje a pie, estaba colgada de un hilo que pendía de un árbol, trepaba y después se dejaba caer a sacudidas, trepaba de nuevo con una paciencia abrumadora; no se comprendía de dónde sacaba ese coraje empecinado, parecía estar terriblemente sola en el mundo.

—¿Va a durar todavía un tiempo su número de títeres? —pregunto Isabel.

—Dominga había dicho hasta el fin de la semana —dijo Gerbert.

—¿Y al final, Pagés abandonó totalmente el papel?

—Me prometió que iría esta noche.

Con el lápiz en suspenso, Isabel lo miró a los ojos.

—¿Qué piensa de Pagés?

—Es simpática.

—Pero ¿qué más? —dijo Isabel. Tenía una extraña sonrisa insistente; parecía hacerle pasar un examen.

—No la conozco mucho —dijo Gerbert.

Isabel rió francamente.

—Evidentemente, si es tan tímido como ella... Se inclinó sobre su croquis y se puso a dibujar con aire aplicado.

—No soy tímido —dijo Gerbert. Sintió, enfurecido, que se ruborizaba; era demasiado tonto, pero le horrorizaba que hablaran de él, y ni siquiera podía moverse para ocultar un poco su cara.

—Hay que creer que sí —dijo Isabel alegremente.

—¿Por qué? —preguntó Gerbert.

—Porque de lo contrario no le hubiera resultado muy difícil conocerla más ampliamente. —Isabel alzó los ojos y miró a Gerbert con un aire de buena fe y de curiosidad—. ¿Verdaderamente no se dio cuenta de nada o está fingiendo?

—No comprendo lo que quiere decir —dijo Gerbert desconcertado.

—Es encantador —dijo Isabel—, es tan rara esa modestia de violeta. —Hablaba en el vacío con un aire de confianza. Quizás estaba verdaderamente volviéndose loca.

—Pero Pagés no se ocupa de mí —dijo Gerbert.

—¿Usted cree? —dijo Isabel con voz irónica.

Gerbert no contestó nada; era verdad que Pagés había estado rara con él algunas veces, pero eso no probaba gran cosa, no se interesaba por nadie sino por Francisca y Labrousse. Isabel quería divertirse con él, chupaba la mina de su lápiz con aire irritante.

—¿No le gusta? —dijo.

Gerbert se encogió de hombros.

—Se equivoca —dijo.

Miró a su alrededor, molesto. Isabel siempre había sido indiscreta, hablaba sin darse cuenta, por el placer de hablar. Pero esta vez, francamente, se pasaba.

—Cinco minutos —dijo levantándose—. Es el momento de las aclamaciones.

Los figurantes habían ido a sentarse al otro extremo de la sala; él les hizo una seña y abrió suavemente la puerta que daba al escenario. No se oían las voces de los actores, pero Gerbert se guiaba por la música que acompañaba en sordina el diálogo de Casio y de Casca. Cada noche sentía la misma emoción mientras acechaba la aparición del tema que anunciaba que el pueblo ofrecía la corona a César; casi creía en la solemnidad ambigua y engañosa de ese instante. Alzó la mano y un clamor cubrió los últimos acordes del piano. De nuevo espió en el silencio que subrayaba un lejano murmullo de voces, luego la breve melodía se hizo oír y un grito salió de todas las bocas; la tercera vez apenas unas palabras esbozaron el tema y las voces se elevaron en un acrecentamiento de violencia.

—Ahora estamos tranquilos por un momento —dijo Gerbert recobrando la postura. Sin embargo, estaba intrigado, gustaba, eso lo sabía, hasta gustaba demasiado, pero gustar a Pagés sería halagador.

—Esta noche he visto a Pagés —dijo al cabo de un instante—. Le juro que no daba la impresión de quererme mucho.

—¿Cómo es eso? —se interesó Isabel.

—Estaba furiosa porque yo tenía que comer con Francisca y Labrousse.

—Ah, ya veo —dijo Isabel—, es celosa como un tigre esa chica; efectivamente, ha debido de odiarlo, pero eso no prueba nada. —Isabel hizo algunos trazos en silencio. Gerbert habría querido interrogarla más, pero no llegaba a formular ninguna pregunta que no le pareciera indiscreta.

—Es fastidioso tener una personita así en la vida —dijo Isabel—. Por más que Francisca y Labrousse sean abnegados, les pesa mucho.

Gerbert recordó el incidente de esa noche y el tono bonachón de Labrousse: «Es un tirano esta chica, pero tenemos defensa».

Recordaba muy bien los rostros y las entonaciones de la gente, pero no sabía pasar a través de ellos para apoderarse de lo que tenía en la cabeza; todo quedaba en él preciso y opaco, sin que llegara a formarse ninguna idea clara. Vaciló. Era una ocasión inesperada de poder informarse un poco.

—No comprendo muy bien qué sienten por ella —dijo.

—Usted sabe cómo son —dijo Isabel—, se quieren tanto el uno al otro; sus relaciones con la demás gente siempre son livianas o, si no, es un juego. —Se inclinó sobre su dibujo con un aire totalmente absorto.

—Les divierte tener una hija adoptiva, pero creo que también empieza a envenenarlos un poco. Gerbert vaciló.

—Labrousse suele mirar a Pagés con tanta solicitud. Isabel se echó a reír.

—No se imaginará que Pedro está enamorada de Pagés.

—Por supuesto que no —respondió Gerbert. Estaba ahogado de rabia. Esta mujer era insoportable con sus modales de hermana mayor.

—Obsérvela —dijo Isabel tomando un aire serio—. Estoy segura de lo que digo. —Agregó con una pesada ironía—: Es verdad que habría que alzar un dedo.

El cabaret de Dominga estaba tan desierto como los tablados de las ferias; el espectáculo se había desarrollado ante seis parroquianos con rostros fúnebres. El corazón de Gerbert se rompía mientras colocaba en una maleta la princesita de hule: acaso era la última noche. Al día siguiente una lluvia de polvo gris iba a caer sobre Europa, ahogando las frágiles muñecas, los decorados, el cinc de los mostradores, y todos esos arcos iris de luz que brillaban en las calles de Montparnasse. Su mano se detuvo sobre el rostro liso y frío: un verdadero entierro.

—Parece una muerta —dijo Pagés.

Gerbert se estremeció; Pagés se anudaba el pañuelo bajo la barbilla mientras miraba los cuerpecitos helados alineados en el fondo de la caja.

—Está bien por su parte haber venido esta noche —dijo—. Todo sale mucho mejor cuando está usted.

—Pero le había dicho que vendría —dijo ella con una dignidad asombrosa.

Había llegado justo cuando se alzaba el telón y apenas había tenido tiempo de cambiar tres palabras. Gerbert le lanzó una rápida mirada. Si por lo menos encontrara algo que decirle; tenía ganas de retenerla un momento. Después de todo, ella no era tan intimidante; con ese pañuelo en la cabeza hasta parecía mofletuda.

—¿Ha ido al cine? —preguntó.

—No —dijo Javiera. Jugeteaba con el fleco de su bufanda—. Estaba demasiado lejos. Gerbert se echó a reír.

—Los taxis acortan las distancias.

—Oh, —dijo Javiera con aire perspicaz—. No me fío mucho de ellos. —Sonrió amablemente—. ¿Han comido bien?

—Comí un jamón con judías que era un milagro —dijo Gerbert con entusiasmo. Calló confuso—. Pero a usted le dan asco estas historias de comidas.

Pagés alzó las cejas, parecían dibujadas con pinceles como en una máscara japonesa.

—¿Quién le ha dicho eso?

Gerbert pensó con satisfacción que estaba aprendiendo psicología, ya que le parecía ver con claridad que Javiera seguía estando rabiosa contra Francisca y Labrousse.

—¿No va a pretender que le interesan mucho las comidas? —preguntó riendo.

—Porque soy rubia —dijo Javiera con aire apenado— todo el mundo me cree etérea.

—Le apuesto a que no viene a comerse un bistec alemán conmigo —dijo Gerbert. Lo dijo sin reflexionar y en seguida se quedó consternado por su osadía.

Los ojos de Javiera brillaron alegremente.

—Le apuesto a que me como uno —dijo.

—Y bueno, vamos —dijo Gerbert. Se hizo a un lado para dejarla pasar—. ¿Qué voy a decirle?, se preguntó muy inquieto. Estaba bastante orgulloso, no se podría decir que no hubiera movido un dedo. Era la primera vez que tomaba semejante iniciativa. Por lo general, siempre se le adelantaban.

—Ah, qué frío —dijo Pagés.

—Vamos a la Coupole, estamos al lado —dijo Gerbert. Pagés miró a su alrededor con aire angustiado.

—¿No hay nada más cerca?

—El bistec alemán se come en la Coupole —dijo Gerbert firmemente.

Las mujeres eran siempre así; tenían demasiado frío o demasiado calor, exigían demasiadas precauciones para ser buenas compañeras. Gerbert hasta había sentido ternura por algunas porque le gustaba que lo quisieran, pero era irremediable, se aburría con ellas; si hubiera tenido la suerte de ser pederasta, no habría frecuentado más que hombres. Y para colmo, era todo un lío cuando uno quería plantarlas, sobre todo porque a él no le gustaba hacer sufrir; a la larga terminaban por comprender, pero necesitaban mucho tiempo. Anita empezaba a comprender; era la tercera vez que faltaba a una cita sin avisarle. Gerbert miró con ternura la fachada de la Coupole; esos juegos de luces le oprimían el corazón casi tan melancólicamente como una aire de jazz.

—¿Ve como no era lejos? —dijo.

—Es porque usted tiene piernas largas —dijo Javiera mirándole con aire de aprobación—, me gustan las personas que caminan rápido.

Antes de empujar la puerta giratoria, Gerbert se volvió hacia ella.

—¿Sigue apeteciéndole un bistec alemán? —preguntó. Javiera vaciló.

—A decir verdad, no tengo muchas, muchas ganas; tengo sobre todo sed.

Lo miraba con aire de excusa; tenía verdaderamente una buena cara con sus mejillas mofletudas y ese flequillo que se escapaba de su pañuelo. Gerbert tuvo una idea audaz.

—¿En ese caso, si bajáramos al dancing? —dijo. Ensayó tímidamente una sonrisa que a menudo le daba resultado—. Le daría una lección de matracas.

—¡Oh, sería estupendo! —dijo Pagés con tal entusiasmo, que él se quedó un poco sofocado. Ella se arrancó el pañuelo con un gesto violento y se puso a bajar la escalera roja saltando los peldaños de dos en dos. Gerbert se preguntó con sorpresa si no habría algo de verdad en las insinuaciones de Isabel. Pagés era siempre tan reservada con la gente. Y esa noche acogía con tanta prisa sus menores avances.

—Nos instalamos aquí —propuso señalando una mesa.

—Sí, va a ser muy agradable —dijo ella. Miró a su alrededor con aire encantado; parecía que ante la amenaza de una catástrofe el baile fuera un refugio mejor que los espectáculos de arte, pues había algunas parejas en la pista.

—Adoro esta clase de decorados —dijo Pagés. Frunció la nariz. Ante sus juegos de fisonomía, a Gerbert le costaba no echarse a reír.

—En la boîte de Dominga todo es tan mezquino, es lo que llaman buen gusto. —Hizo una mueca y miró a Gerbert con aire de complicidad—. ¿No le parece que da una impresión de avaricia? El tipo de ingenio que tienen sus bromas, todo parece cuadriculado.

—Sí —dijo Gerbert—, tienen la risa austera; como ese filósofo del que me habló Labrousse, que reía al ver una tangente en un círculo: porque se parece a un ángulo y no lo es.

—Usted se está burlando de mí —reprochó Javiera.

—Se lo juro —dijo Gerbert—, le parecía el colmo de lo cómico, pero era un triste entre los tristes.

—Sin embargo, parecía que no perdía una oportunidad de divertirse —dijo Javiera. Gerbert se echó a reír.

—¿Nunca ha oído a Charpini? Eso es lo que yo llamo un tipo gracioso, sobre todo cuando canta Carmen: «Mi madre, la veo», y Brancanto busca por todas partes: «¿Pero dónde? ¿Aquí? Pobre mujer, ¿dónde está?» Yo lloro de risa cada vez.

—No —dijo Pagés con aire triste—, nunca he oído nada verdaderamente divertido. Me gustaría tanto.

—Bien, tendremos que ir a verlo —dijo Gerbert—. ¿Y Georgius? ¿Conoce a Georgius?

—No —dijo Javiera mirándolo con aire lastimoso.

—A lo mejor le parecerá estúpido —comentó Gerbert con una vacilación—. Sus cantos están llenos de astucias groseras y hasta de juegos de palabras. —Imaginaba mal a Javiera escuchando a Georgius con deleite.

—Estoy segura de que me divertiría —dijo ella con avidez.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó Gerbert.

—Un whisky —dijo Javiera.

—Entonces dos whiskies —ordenó él—. ¿Le gusta?

—No —dijo ella con una mueca—, tiene gusto a tintura de yodo.

—Pero le gusta tomarlo, es como yo con el pernod —dijo Gerbert—. Pero el whisky me gusta— agregó con escrúpulo. Sonrió atrevidamente—. ¿Bailamos este tango?

—Claro —dijo Javiera. Se levantó y alisó su falda con la palma de la mano. Gerbert la enlazó; recordaba que bailaba bien, mejor que Anita, mejor que Canzetti, pero esa noche, la perfección de sus gestos le pareció milagrosa. Un olor leve y tierno subía de su pelo rubio; por un momento, Gerbert se abandonó sin pensamientos al ritmo del baile, al canto de las guitarras, a las luces anaranjadas, a la dulzura de tener entre sus brazos un cuerpo esbelto.

He sido demasiado bobo, pensó bruscamente. Hacía semanas que debía haberla invitado a salir, ahora el cuartel lo acechaba, era demasiado tarde, esa noche no tendría mañana. Admiraba de lejos las hermosas historias apasionadas, pero un gran amor era como la ambición, sólo habría sido posible en un mundo en que las cosas tuvieran peso, en donde las palabras que se decían, los gestos que se hacían hubieran dejado rastros, y Gerbert tenía la impresión de estar instalado en una sala de espera donde ningún porvenir le abriría jamás la puerta. De pronto, cuando la orquesta hizo una pausa, la angustia que había arrastrado durante toda la noche se convirtió en pánico. Todos esos años que se habían deslizado entre sus dedos sólo le habían parecido un tiempo inútil y provisional, pero componían su única existencia, jamás conocería otra. Cuando estuviera tendido en un campo, rígido y embarrado, con su placa de identidad en la muñeca, ya no habría absolutamente nada.

—Vamos a tomar un trago de whisky —dijo.

Javiera le sonrió dócilmente. Al volver a la mesa, se cruzaron con una florista que les tendió un cesto lleno de flores. Gerbert se detuvo y eligió una rosa roja. Se la tendió a Javiera, que se la prendió en la blusa.

IV

Francisca echó una última mirada al espejo: por una vez no faltaba ningún detalle; se había depilado cuidadosamente las cejas, sus cabellos levantados dejaban ver una nuca bien limpia, sus uñas brillaban como rubíes. La perspectiva de esa noche la divertía; quería mucho a Paula Berger; cuando se salía con ella, siempre era divertido. Paula había convenido en llevarles aquella noche a un tablado español que reproducía exactamente una casa sevillana, y Francisca se alegraba de que la arrancaran por algunas horas de la atmósfera tensa, apasionada, sofocante, en que la encerraban Pedro y Javiera. Se sentía fresca, llena de vida y dispuesta a gozar por su propia cuenta de la belleza de Paula, del encanto del espectáculo y de la poesía de Sevilla que resucitaría dentro de un rato gracias al canto de las guitarras y al gusto de la manzanilla.

Las doce menos cinco. No se podía vacilar; si no quería que esa noche fuera un fracaso, debía ir ya a llamar al cuarto de Javiera. Pedro las esperaba en el teatro a medianoche y se iba a desesperar si no las veía llegar a la hora exacta. Leyó una vez más el papel rosa donde se extendía en tinta verde la gran letra de Javiera:

«Discúlpeme por esta tarde, pero quisiera descansar para estar bien esta noche, a las once y media estaré en su cuarto. La beso tiernamente.» Francisca había encontrado esas líneas bajo la puerta por la mañana y ella y Pedro se habían preguntado ansiosamente qué habría hecho Javiera aquella noche para querer dormir durante todo el día. «La beso tiernamente», no significaba nada, era una fórmula hueca. Cuando la había dejado en el Flore, la víspera antes de ir a comer con Gerbert, Javiera estaba llena de rencor y no se podía prever su humor de hoy. Francisca se echó sobre los hombros una capa nueva de lana liviana, tomó su cartera, los hermosos guantes que su madre le había regalado y bajó la escalera. Aunque Javiera estuviera antipática y Pedro se ofendiera, estaba decidida a tomar sus enfados a la ligera. Llamó. Detrás de la puerta hubo un vago crujido; le parecía oír palpar los pensamientos secretos que Javiera acariciaba en su soledad.

—¿Qué hay? —preguntó una voz dormida.

—Soy yo —dijo Francisca. Esta vez no se movió nada. A pesar de sus alegres resoluciones, Francisca reconoció disgustada esa angustia que sentía siempre cuando esperaba que el rostro de Javiera apareciera. ¿Estaría sonriente o enfurruñada? Dijera lo que dijese, el sentido de toda esa noche, el sentido del mundo entero durante aquella noche iba a depender del brillo de sus ojos. Un minuto transcurrió antes de que se abriera la puerta.

—No pienso estar lista —dijo una voz opaca.

Siempre era lo mismo y siempre igualmente desconcertante. Javiera estaba en bata, los cabellos revueltos le caían sobre el rostro amarillo e hinchado. Detrás de ella, la cama deshecha parecía estar todavía caliente y se sentía que las persianas no habían sido abiertas en todo el día. La habitación estaba llena de humo y de un olor acre de alcohol de quemar, pero lo que hacía que ese aire fuera irrespirable, más que el alcohol y el tabaco, eran todos los deseos insatisfechos y todo el aburrimiento y los rencores que se habían depositado en el curso de las horas y de las semanas, entre esas paredes abigarradas como una visión de fiebre.

—La espero —dijo Francisca, indecisa.

—Pero no estoy vestida —protestó Javiera. Se encogió de hombros con aire de resignación dolorosa—. No —dijo—, vaya sin mí.

Inerte y consternada, Francisca permaneció en el umbral del cuarto. Desde que había visto aparecer en el corazón de Javiera los celos y el odio, esa habitación le causaba miedo. No era solamente un santuario donde Javiera celebraba su propio culto; era un cálido invernáculo donde florecía una vegetación lujuriosa y venenosa, era una celda de alucinada cuya atmósfera húmeda se pegaba al cuerpo.

—Escúcheme —dijo—, voy a buscar a Labrousse y dentro de veinte minutos pasamos a recogerla. ¿No puede prepararse en veinte minutos?

El rostro de Javiera se despabiló de pronto.

—Por supuesto que sí, va a ver cómo puedo apresurarme cuando quiero.

Francisca bajó los últimos pisos; era fastidioso, esa noche se anunciaba mal. Hacía varios días que había un cataclismo en el aire, tenía que terminar por estallar. Las cosas no andaban bien, sobre todo entre Javiera y Francisca; ese inhábil impulso de ternura, el sábado, después del baile negro, no había arreglado nada. Francisca apuró el paso; era casi inasible: una sonrisa falsa, una frase ambigua, bastaban para envenenar todo un programa sonriente. Esta noche, nuevamente, fingiría no notar nada, pero sabía que Javiera no dejaba escapar nada sin intención.

No eran más de las doce y diez cuando Francisca entró en el camerino de Pedro. El ya se había puesto el abrigo y fumaba su pipa sentado en el borde del diván; alzó la cabeza y miró a Francisca con una dureza sospechosa.

—¿Vienes sola? —preguntó.

—Javiera nos espera, no estaba totalmente lista —dijo Francisca. Aunque había aprendido a acorazarse, se le oprimió el corazón. Pedro ni siquiera le había sonreído, hasta ahora nunca había recibido de él semejante acogida.

—¿La has visto? ¿Cómo estaba?

Ella le miró con asombro. ¿Por qué parecía perturbado? Sus asuntos marchaban perfectamente bien; las rencillas que podía provocar Javiera nunca eran más que rencillas de enamorada.

—Parecía triste y cansada; se pasó el día entero durmiendo en su cuarto, fumando y tomando té. Pedro se levantó.

—¿Sabes lo que hizo anoche? —dijo.

—¿Qué? —preguntó Francisca. Se crispó. Algo desagradable se preparaba.

—Bailó con Gerbert hasta las cinco de la mañana —dijo Pedro en un tono casi triunfante.

—¡Ah! ¿Y entonces? —dijo Francisca.

Estaba desconcertada: era la primera vez que Gerbert y Javiera salían juntos, y en esa vida afebrada y complicada cuyo equilibrio ella trataba de asegurar dificultosamente, la menor novedad estaba henchida de amenazas.

—Gerbert parecía encantado y hasta había en él un leve tinte de fatuidad —continuó Pedro.

—¿Qué dijo? —preguntó Francisca. No hubiera sabido qué nombre darle a ese sentimiento equivoco que acababa de instalarse en ella, pero su color turbio no la sorprendía. Ahora, en el fondo de todas sus alegrías, había un sabor agrio, y sus peores disgustos le daban una especie de placer áspero.

—Le parece que baila como una reina y que es simpática —dijo Pedro secamente. Parecía profundamente contrariado, y a Francisca le alivió pensar que su recibimiento brutal tenía alguna excusa—. Ella se quedó encerrada durante todo el día —agregó Pedro—. Es lo que hace siempre cuando algo la ha conmovido. Se mete en su cueva para rumiar tranquila.

Cerró la puerta de su camerino y salieron del teatro.

—¿Por qué no adviertes a Gerbert que te interesas por ella? —dijo Francisca después de un silencio—. Te bastaría decir una palabra.

El perfil de Pedro se aguzó.

—Me parece que trató de sondearme —dijo con una risa desagradable—. Tenía un aspecto de andar incómodo y a tientas que no carecía de sabor. —Pedro agregó en un tono aún más áspero—: Estuve alentándolo.

—¡Claro, evidentemente! ¿Cómo quieres que se dé cuenta? —dijo Francisca—. Siempre has afectado ante él un aire desapegado.

—¿Qué quieres, que cuelgue de la espalda de Javiera un cartel que diga Prohibido cazar? —preguntó Pedro con una voz cortante. Se mordió una uña—. Bien puede adivinarlo.

Una oleada de sangre subió al rostro de Francisca. Pedro ponía su orgullo en ser buen jugador, pero no aceptaba lealmente las perspectivas de una derrota; estaba terco e injusto en ese momento, y ella lo estimaba demasiado para aborrecerlo por esa debilidad.

—Bien sabes que no es psicólogo —dijo. Agregó ásperamente—: Y además tú mismo me has explicado, refiriéndote a nuestras relaciones, que cuando uno respeta profundamente a alguien, se niega a forzarle el alma sin su autorización.

—Pero no le reprocho nada a nadie —dijo Pedro en tono helado—, todo está muy bien así.

Ella lo miró con rencor; estaba atormentado, pero su sufrimiento era demasiado agresivo para inspirar ninguna piedad. Hizo, sin embargo, un esfuerzo de buena voluntad.

—Me pregunto si no es en gran parte por rabia contra nosotros por lo que Javiera fue amable con él —dijo.

—Puede ser —dijo Pedro—, pero el hecho es que no tuvo ganas de volver hasta la madrugada y que se excedió con él. —Se encogió rabiosamente de hombros—. Y ahora vamos a tener que aguantar a Paula y ni siquiera podremos explicarnos.

Francisca sintió que perdía las fuerzas. Cuando Pedro estaba obligado a masticar en silencio sus inquietudes y sus agravios, tenía de cambiar el transcurso del tiempo en una lenta y sabia tortura; nada era más temible que esas explicaciones retenidas. Aquella noche que la regocijaba ya no iba a ser un placer; con algunas palabras, Pedro la había transformado en una pesada obligación.

—Quédate aquí, subo a buscar a Javiera —dijo Francisca cuando llegaron ante el hotel. Subió rápidamente los dos pisos. ¿Ya ninguna vacación sería posible? ¿Tampoco esta vez le sería permitido lanzar sobre los rostros, los decorados, sino miradas furtivas? Tenía ganas de quebrar ese círculo mágico donde se encontraba encerrada con Pedro y Javiera y que la separaba de todo el resto del mundo.

Francisca llamó. La puerta se abrió en seguida.

—¿Ve cómo he corrido? —dijo Javiera. Costaba creer que esa era la secuestrada amarilla y febril de hacía un rato. Tenía el rostro liso y claro, sus cabellos caían en ondas armoniosas sobre sus hombros, se había puesto el vestido azul y, en el escote, una rosa un poco marchita.

—Me divierte tanto ir a un baile español —dijo con animación—. Veremos españoles verdaderos, ¿no es cierto?

—Por supuesto —respondió Francisca—, habrá hermosas bailarinas y guitarristas y castañuelas.

—Vamos pronto —dijo Javiera. Con la punta de los dedos rozó el abrigo de Francisca—. Me gusta tanto esta capa. Me hace pensar en un dominó de baile de disfraz. Usted está espléndida —agregó con admiración.

Francisca sonrió molesta; Javiera no estaba en la nota, iba a sentirse penosamente sorprendida cuando viera el rostro cerrado de Pedro. Bajaba la escalera dando grandes saltos de alegría.

—Le hice esperar —dijo alegremente, tendiéndole la mano a Pedro.

—No tiene ninguna importancia —replicó Pedro, con una voz tan seca que Javiera lo miró asombrada. Se volvió y llamó un taxi.

—Primeramente vamos a buscar a Paula para que nos muestre el lugar —dijo Francisca—. Parece que es muy difícil de encontrar si no se conoce.

Javiera se sentó a su lado en el asiento del fondo.

—Puedes sentarte entre nosotros dos; hay lugar de sobra —dijo Francisca sonriéndole a Pedro. Pedro bajó el trasportín.

—Gracias. Aquí estaré muy bien.

La sonrisa de Francisca cayó; si quería empeñarse en rabiarse, no había más remedio que dejarle. Pero no conseguiría arruinarle esa salida. Se dirigió a Javiera.

—¿Así que según parece ha estado bailando anoche? ¿Se divirtió mucho?

—Oh, sí. Gerbert baila magníficamente —repuso Javiera con el tono más natural del mundo—. Fuimos al sótano de la Coupole. ¿No se lo ha dicho? Hay una orquesta excelente.

Parpadeó un poco y adelantó los labios como para tenderle a Pedro una sonrisa.

—Su película me asustaba —dijo—. Me quedé en el Flore hasta medianoche.

Pedro la miró con aire malévolo.

—Usted era libre —murmuró.

Javiera se quedó un momento sorprendida, luego su rostro tuvo un estremecimiento altanero y de nuevos sus ojos se posaron sobre Francisca.

—Tenemos que volver allí juntas —dijo—. Después de todo, se puede muy bien ir a bailar entre mujeres. El sábado, en el baile negro, fue agradabilísimo.

—Por mí, encantada —dijo Francisca. Miró alegremente a Javiera—. Se está echando a perder. Va a pasar dos noches seguidas en vela.

—Por eso descansé durante todo el día —dijo Javiera—. Quería estar fresca para salir con ustedes.

Francisca sostuvo sin parpadear la mirada sarcástica de Pedro. Verdaderamente exagerada; no tenía sentido poner una cara semejante porque Javiera se había divertido bailando con Gerbert. Por otra parte, sabía que se sentía culpable, pero se atrincheraba en una superioridad huraña desde donde se autorizaba a pisotear la buena fe, la educación y toda clase de moral.

Francisca había decidido quererle hasta en su libertad, pero aun en esa resolución había un optimismo demasiado fácil. Si Pedro era libre, ya no dependía de ella sola quererle, pues él podía volverse libremente detestable. Era lo que estaba haciendo en ese momento.

El taxi se detuvo.

—¿Sube con nosotros a casa de Paula? —preguntó Francisca.

—Sí, usted me dijo que su casa era tan bonita —dijo Javiera.

—Vayan las dos, yo las espero —dijo Pedro. Francisca abrió la portezuela.

—Como quieras —respondió Francisca. Javiera la tomó del brazo y cruzaron juntas la gran puerta de entrada.

—Estoy tan contenta de ver su apartamento —dijo Javiera. Parecía una niña dichosa y Francisca le oprimió el brazo. Aun si esa ternura nacía de un rencor contra Pedro, era dulce recibirla; además, quizá durante ese largo día de retiro, Javiera había purificado su corazón. Por la alegría que esa esperanza puso en ella, Francisca midió hasta qué punto la hostilidad de Javiera le había resultado dolorosa.

Francisca llamó, una criada vino a abrirles y las introdujo en una inmensa habitación de techo alto.

—Voy a avisar a la señora —dijo.

Javiera giró lentamente sobre sí misma y exclamó extasiada:

—¡Es magnífico!

Sus ojos fueron deteniéndose sobre la araña multicolor, sobre el cofre de pirata claveteado de cobre sin brillo, sobre la gran cama cubierta de vieja seda roja bordada de carabelas azules, sobre el espejo veneciano colgado al fondo de la alcoba; alrededor de su superficie lisa se enrollaban arabescos de vidrio brillantes y caprichosos como una floración de escarcha. Francisca se sintió atravesada por una vaga envidia: era una suerte poder inscribir sus rasgos en la seda, el vidrio trabajado y las maderas preciosas, pues en el horizonte de esos objetos inteligentemente dispares que su gusto seguro había elegido, se erguía el rostro de Paula: era a ella a quien Javiera contemplaba con embeleso en las máscaras japonesas, los jarrones, las muñecas de conchillas muy rígidas bajo sus campanas de vidrio. Así, como en el último baile negro, como en la cena de Nochebuena, Francisca se sentía, por contraste, lisa y desnuda como esas cabezas sin rostro de los cuadros de Chirico.

—Buenas tardes, estoy contenta de verlas —dijo Paula. Avanzaba con las manos tendidas hacia adelante, con un paso rápido que contrastaba con la majestad de su largo vestido negro; un ramo de terciopelo oscuro vetado de amarillo subrayaba su talle. Tomó las manos de Javiera y las conservó un rato entre las suyas—. Se parece cada vez más a Fra Angélico —dijo.

Javiera bajó la cabeza, confusa; Paula soltó sus manos.

—Estoy lista —dijo poniéndose un abrigo corto de zorros plateados.

Bajaron la escalera. Al acercarse Paula, Pedro se arrancó una sonrisa.

—¿Había gente esta noche en el teatro? —preguntó Paula cuando el taxi se puso en marcha.

—Veinticinco personas —dijo Pedro—. Vamos a descansar. De todas maneras empezamos a ensayar El señor Viento y tenemos que terminar dentro de una semana.

—Nosotros tenemos menos suerte —dijo Paula—. La pieza empezaba apenas a despuntar. ¿No le parece un poco extraña esta modalidad de la gente de retraerse en sí misma cuando los acontecimientos son inquietantes? Hasta la vendedora de violetas de al lado de mi casa me decía que no ha vendido ni tres ramos en estos dos días.

El taxi se detuvo ante una callecita empinada; Paula y Javiera dieron algunos pasos mientras Pedro pagaba el taxi; Javiera contemplaba a Paula con aire fascinado.

—Voy a quedar muy bien entrando en esta boîte rodeado de tres mujeres —rezongó Pedro entre dientes.

Miraba con rencor la calle sombría en la que se aventuraba Paula. Todas las casas parecían dormidas, En una puertecita de madera, al fondo, se leía, escrito en letras desteñidas, Sevillana.

—Telefoné para que nos reservaran una buena mesa —dijo Paula.

Fue la primera en entrar y se adelantó vivamente hacia un hombre de rostro bronceado que debía de ser el patrón; cambiaron algunas palabras sonriendo; la sala era pequeña, en medio del techo había un proyector que desparramaba una luz rosada sobre la pista donde se apretujaban las parejas, el resto de la estancia estaba hundido en la penumbra. Paula se adelantó hacia una de las mesas alineadas contra la pared y separadas las unas de las otras por tabiques de madera.

—¡Qué bonito! —dijo Francisca—. Está arreglado igual que en Sevilla.

Estuvo a punto de volverse hacia Pedro; recordaba las hermosas noches que había pasado dos años antes en una casa de baile cerca del Alameda, pero Pedro no estaba de humor para evocar recuerdos. Sin alegría pidió al mozo una botella de manzanilla. Francisca miraba a su alrededor; le gustaban esos primeros instantes en que los decorados y la gente aún no formaban sino un conjunto vago, ahogado en los humos del tabaco; era una alegría pensar que ese espectáculo confuso iba a iluminarse poco a poco y a resolverse en una multitud de detalles y de episodios cautivadores.

—Lo que me gusta aquí —dijo Paula— es que no hay falso color local.

—No puede ser más sobrio —dijo Francisca.

Las mesas eran de madera rústica, lo mismo que los bancos que servían de asientos y el bar detrás del cual se apilaban toneles de vino español; nada atraía la mirada, salvo, sobre el estrado, donde se erguía un piano, las hermosas guitarras relucientes que los músicos de trajes claros tenían de través sobre las rodillas.

—Debería quitarse el abrigo —observó Paula tocando el hombro de Javiera.

Javiera sonrió; desde que habían subido al taxi, no había apartado los ojos de Paula. Se quitó la prenda con una docilidad de sonámbula.

—¡Qué bonito vestido! —exclamó Paula.

Pedro miró a Javiera con una mirada penetrante.

—¿Pero por qué conserva esa rosa ? Está marchita —dijo secamente.

Javiera le clavó los ojos, se desprendió lentamente la rosa y la depositó en el vaso de manzanilla que un mozo acababa de colocar ante ella.

—¿Cree que eso le devolverá las fuerzas? —dijo Francisca.

—¿Por qué no? —preguntó Javiera vigilando de reojo la flor enferma.

—Los guitarristas son buenos, ¿verdad? —dijo Paula—. Tienen el verdadero estilo flamenco. Son ellos los que dan toda la atmósfera. —Miró hacia el bar—. Yo tenía miedo de que estuviera vacío, pero los acontecimientos no afectan tanto a los españoles.

—Son asombrosas estas mujeres —dijo Francisca—. Tienen capas de coloretes sobre la piel y, sin embargo, no les dan un aire artificial, tienen un rostro vivo y animal.

Examinaba una tras otra a las pequeñas españolas regordetas, de caras violentamente maquilladas bajo sus tupidos cabellos negros; eran iguales a las mujeres de Sevilla, que en las noches de verano llevaban contra la oreja ramos de flores de nardos de perfume intenso.

—¡Y cómo bailan! —dijo Paula—, vengo muy a menudo aquí a admirarlas. Cuando están quietas, son gordas y de piernas cortas, uno las creería pesadas, pero en cuanto entran en movimiento, sus cuerpos se vuelven tan alados y tan nobles.

Francisca mojó los labios en su vaso; ese sabor de nuez seca resucitaba para ella la sombra clemente de los bares sevillanos donde se atracaba con Pedro de aceitunas y de anchoas mientras el sol caía a plomo sobre las calles. Le miró; hubiera querido evocar con él esas hermosas vacaciones. Pero Pedro continuaba clavando una mirada malévolamente sobre Javiera.

—Y bien, no ha sido muy largo —contestó.

La rosa pendía lamentablemente sobre su tallo como si se hubiera intoxicado, se había puesto amarilla y sus pétalos se habían ajado. Javiera la tomó suavemente entre sus dedos.

—Sí, creo que está completamente muerta —dijo.

La arrojó sobre la mesa, luego miró a Pedro desafiante. Tomó su vaso y lo vació de un sorbo. Paula abrió grandes ojos asombrados.

—¿Es rico el gusto del alma de una rosa? —dijo Pedro. Javiera se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo sin contestar. Hubo un silencio incómodo. Paula sonrió a Francisca.

—¿Quiere que intentemos este pasodoble? —dijo con un deseo evidente de cambiar el tema.

—Cuando bailo con usted, casi tengo la ilusión de saber —dijo Francisca poniéndose de pie.

Pedro y Javiera continuaron uno junto al otro sin cambiar una palabra; Javiera seguía con aire seducido el humo de su cigarrillo.

—¿En qué está ese proyecto de recital? —dijo Francisca al cabo de un instante.

—Si la situación se despeja, intentaré algo en mayo —dijo Paula.

—Seguramente será un éxito —comentó Francisca.

—Tal vez. —Una nube empañó el rostro de Paula—. Pero no es sólo eso lo que me interesa. Hubiera deseado mucho encontrar un medio para introducir en el teatro el estilo de mis bailes.

—Pero lo hace un poco —dijo Francisca—. Su plástica es perfecta.

—No basta —respondió Paula—. Estoy segura de que habría otra cosa que buscar, algo verdaderamente nuevo. —Otra vez su fisonomía se ensombreció— Pero habría que tantear, arriesgar...

Francisca la miró con una simpatía conmovida. Cuando Paula había renegado de su pasado para arrojarse en brazos de Berger, había creído empezar a su lado una vida aventurera y heroica, y ahora, Berger no hacía más que explotar, como buen comerciante, una reputación ganada. Paula había hecho por él demasiados sacrificios para confesarse su decepción, pero Francisca podía adivinar las fisuras dolorosas de ese amor, de esa felicidad que ella continuaba afirmando. Algo amargo se le subía a la garganta. En la mesa en que los habían dejado, Pedro y Javiera seguían callados. Pedro fumaba, la cabeza un poco gacha, Javiera le miraba con una expresión furtiva y desolada. ¡Qué libre era! Libre de su corazón, de sus pensamientos, libre de sufrir, de dudar, de odiar. Ningún pasado, ningún juramento, ninguna fidelidad a sí misma la ataba.

El canto de las guitarras murió. Paula y Francisca volvieron a la mesa. Francisca vio con una leve inquietud que la botella de manzanilla estaba vacía y que los ojos de Javiera tenían un brillo demasiado vivo para las largas pestañas pintadas de azul.

—Van a ver a la bailarina —dijo Paula—. Le encuentro una gran clase.

Una mujer madura y regordeta vestida de española se adelantaba hacia el medio de la pista; tenía una faz alegre, redonda, bajo los cabellos negros separados en el medio por una raya y coronados por una peineta roja como su chal. Sonrió a su alrededor mientras el guitarrista arrancaba de su instrumento algunas notas secas. Empezó a tocar. Lentamente, el busto de la mujer se irguió; alzó sus hermosos brazos jóvenes, sus dedos hicieron sonar las castañuelas y su cuerpo empezó a saltar con una ligereza infantil. El largo vestido floreado giraba en torbellino alrededor de sus piernas musculosas.

—Cómo se ha embellecido de pronto —dijo Francisca dirigiéndose a Javiera.

Javiera no contestó. En sus contemplaciones apasionadas, no aceptaba a nadie a su lado. Tenía los pómulos rosados, no conservaba ningún dominio sobre su rostro y sus miradas seguían los movimientos de la bailarina con un deslumbramiento idiotizado. Francisca apuró su copa. Sabía muy bien que uno nunca podía fundirse con Javiera en un acto o en un sentimiento común, pero después de la dulzura que había sentido un rato antes, al recordar su ternura, le resultaba duro no existir para ella. Miró de nuevo a la bailarina. Ahora le sonreía a un galán imaginario, le atraía, se negaba, caía por fin entre sus brazos, y después se convirtió en una hechicera con ademanes llenos de peligroso misterio. Luego imitó a una alegre campesina que giraba, con la cabeza enloquecida, los ojos muy abiertos, en una fiesta de aldea. La juventud, la alegría aturdida evocadas por su baile cobraban en ese cuerpo que envejecía, y en el cual renacían, una conmovedora pureza. Francisca no pudo evitar mirar nuevamente a Javiera; tuvo un sobresalto de sorpresa. Javiera ya no miraba, había bajado la cabeza; tenía en su mano derecha un cigarrillo semiconsumido y lo acercaba lentamente a su izquierda. Francisca tuvo que esforzarse para reprimir un grito. Javiera aplicaba el tizón rojo contra su piel y una sonrisa aguda le plegaba los labios; era una sonrisa íntima y solitaria como una sonrisa de loca, una sonrisa voluptuosa y torturada de mujer presa del placer; apenas se podía sostener su mirada, encerraba algo horrible.

La bailarina había terminado su número, saludaba en medio de los aplausos. Paula había vuelto la cabeza; sin decir una palabra abrió grandes ojos interrogadores. Pedro había notado desde hacía tiempo lo que hacía Javiera; puesto que a nadie le parecía prudente hablar, Francisca se contuvo, y, sin embargo lo que estaba ocurriendo era intolerable. Con los labios redondeados por una mueca coqueta y rebuscada, Javiera soplaba delicadamente sobre las cenizas que cubrían su quemadura; cuando hubo dispersado ese embozo protector, pegó de nuevo contra la llaga puesta al desnudo el extremo abrasado de su cigarrillo. Francisca se estremeció. No era únicamente su carne la que se sublevaba; se sentía herida de una manera más profunda y más irremediable, hasta el corazón de su ser. Detrás de ese rictus maniático, un peligro amenazaba, más definitivo que todos los que ella había imaginado jamás. Algo estaba ahí, algo que se apretaba a sí mismo con avidez, algo que existía por sí mismo con certidumbre; uno no podía aproximarse ni siquiera en pensamiento. En el momento en que se iba a alcanzar la meta, el pensamiento se disolvía; no era ningún objeto asible, era un surgir incesante, una pérdida incesante, transparente para ella sola y para siempre impenetrable. Sólo se podría dar vueltas a su alrededor en una exclusión eterna.

—Es idiota —dijo—. Va a quemarse hasta el hueso.

Javiera alzó la cabeza y miró a su alrededor con aire un poco perdido.

—No duele, dijo.

Paula le agarró la muñeca.

—Dentro de un rato le dolerá terriblemente —protestó—. ¡Qué chiquillada!

La herida era del tamaño de una moneda de un franco y parecía muy profunda.

—Le juro que no siento nada —dijo Javiera retirando su mano. La miró con un aire cómplice y satisfecho—. Es voluptuoso una quemadura.

La bailarina se acercó, llevando una bandeja y uno de esos porrones de donde beben los españoles.

—¿Quién quiere beber a mi salud? —dijo.

Pedro puso un billete sobre la bandeja y Paula tomó el porrón; le dijo algunas palabras en español a la mujer y luego echó la cabeza hacia atrás y dirigió con habilidad hacia su boca un chorro de vino tinto, que interrumpió con un movimiento brusco.

—Ahora usted —le dijo a Pedro.

Pedro tomó el recipiente y lo observó con inquietud; luego echó la cabeza hacia atrás poniendo la abertura en el borde de los labios.

—No, así no —dijo la mujer.

Con mano firme apartó el porrón. Pedro, durante un instante dejó que el vino corriera en su boca, luego hizo un movimiento para recobrar la respiración y el líquido inundó su corbata.

—Mierda —dijo con furor.

La bailarina se echó a reír y le dirigió invectivas en español. Parecía tan decepcionado que una amplia carcajada rejuveneció los rasgos austeros de Paula. Francisca esbozó con dificultad una débil mueca. El miedo se había instalado en ella y nada podía distraerla. Esta vez se sentía en peligro más allá de su misma felicidad.

—Nos quedamos un rato más, ¿verdad? —inquirió Pedro.

—Si no le molesta —dijo Javiera tímidamente.

Paula acababa de irse. Todo el encanto de aquella noche se había debido a su tranquila alegría. Ella les había iniciado uno tras otro en las figuras más raras del pasodoble y del tango, ella había invitado a la mesa a la bailarina y había conseguido que les cantara hermosos cantos populares que todo el público había coreado. Bebieron mucha manzanilla. Pedro había terminado por serenarse y por recobrar su buen humor. Javiera no parecía sufrir por su quemadura; mil sentimientos contradictorios y violentos habían ido reflejándose en sus rasgos. Sólo para Francisca el tiempo había transcurrido con pesadez. La música, los cantos, el baile, no habían podido quebrar la angustia que la paralizaba; desde el momento en que Javiera se había quemado la mano, ya no podía apartar su pensamiento de ese rostro torturado y extático cuyo recuerdo le hacía estremecer. Se volvió hacia Pedro, necesitaba recobrar un contacto con él, pero se había separado de él demasiado violentamente, ya no conseguía reunirse. Estaba sola. Pedro y Javiera hablaban y sus voces parecían venir de muy lejos.

—¿Por qué hizo eso? —dijo Pedro tocándole la mano.

Javiera le lanzó una mirada suplicante. Todo su rostro era una tierna concesión. A causa de ella, Francisca se había apartado de Pedro hasta el punto de que ya no podía sonreírle, y Javiera, desde hacía rato, se había reconciliado silenciosamente con él; parecía a punto de caer entre sus brazos.

—¿Por qué? —repitió Pedro. Contempló un momento la mano lastimada.

—Juraría que es una quemadura sagrada —dijo. Javiera sonreía ofreciéndole un rostro sin defensa.

—Una quemadura expiatoria —agregó.

—Sí —dijo Javiera—. Tuve un sentimiento tan bajo con esa rosa. Me dio vergüenza.

—¿Quiso enterrar el recuerdo de la noche anterior? —Pedro hablaba en tono amistoso, pero estaba crispado. Javiera abrió ojos de admiración.

—¿Cómo lo sabe? —dijo. Parecía subyugada por es brujería.

—Esa rosa marchita era fácil de adivinar —dijo Pedro.

—Era un gesto ridículo, un gesto teatral —dijo Javiera. Y agregó con coquetería—: Pero usted me provocó.

Su sonrisa se había entibiado como un beso, y Francisca se preguntó con desagrado por qué estaba allí asistiendo a esa cita de enamorados; su lugar no estaba aquí. ¿Pero dónde estaba su lugar? Sin duda en ninguna parte, y en ese instante se sentía borrada del mundo.

—¡Yo! —dijo Pedro.

—Usted tenía su aire sarcástico y me lanzaba miradas torvas —dijo Javiera con ternura.

—Sí, estuve desagradable —dijo Pedro—, le pido perdón. Pero es que la sentía ocupada en cualquier otra cosa menos en nosotros.

—Usted debe de tener antenas. Ya estaba erizado antes de que abriera la boca, pero lo que pasa es que sus antenas son de mala calidad —dijo sacudiendo la cabeza.

—En seguida supuse que Gerbert la había hechizado —dijo Pedro con brusquedad.

—¿Hechizado? —preguntó Javiera. Arrugó la frente—. ¿Pero qué le contó ese chico?

Pedro no lo había hecho de propósito, era incapaz de ninguna bajeza, pero su frase encerraba una insinuación desagradable contra Gerbert.

—No me contó nada —negó Pedro—, pero estaba encantado de su noche, y es raro que usted se tome el trabajo de encantar a la gente.

—Debí sospecharlo —dijo Javiera con rabia—. En cuanto una es cortés con un tipo, en seguida se forja ilusiones. Dios sabe lo que inventó en su minúscula sesera.

—Y además, si usted se quedó encerrada durante todo el día —dijo Pedro—, era para rumiar lo romántico de esa noche. Javiera se encogió de hombros.

—Era un romanticismo fabricado —dijo Javiera.

—Eso le parece ahora —dijo Pedro.

—No, lo supe en seguida —dijo Javiera con impaciencia. Miró a Pedro de frente—. Quise que esa noche le pareciera maravillosa, ¿comprende?

Hubo un silencio; nunca se sabría lo que durante esas veinticuatro horas Gerbert había representado exactamente para ella, y ella misma lo había olvidado. Lo seguro era que en ese instante ella renegaba de todo con sinceridad.

—Era un desquite contra nosotros —dijo Pedro.

—Sí —dijo Javiera en voz baja.

—Pero hacía siglos que no comíamos con Gerbert, teníamos que verlo un rato —dijo Pedro en tono de excusa.

—Ya sé —dijo Javiera—, pero siempre me molesta que se dejen agarrar por toda esa gente.

—Usted es una criatura exclusivista —dijo Pedro.

—No puedo hacerme de nuevo —dijo Javiera, abrumada.

—Ni lo intente —rogó Pedro tiernamente—. Su exclusivismo no se debe a celos mezquinos, va con su intransigencia, con la violencia de sus sentimientos. No sería la misma, si se lo suprimiera.

—Ah, todo estaría tan bien si estuviéramos los tres solos en el mundo —dijo Javiera. Su mirada tuvo un brillo apasionado—. Sólo nosotros tres.

Francisca sonrió con esfuerzo. Había sufrido a menudo de la connivencia de Pedro y de Javiera, pero esa noche descubría en ella su propia condena. Los celos, el rencor, esos sentimientos que ella siempre había rechazado; he aquí que los dos hablaban de ellos como de hermosos objetos preciosos y evidentes que había que manejar con precauciones respetuosas; habría podido, ella también, encontrar en sí misma esas riquezas inquietantes. ¿Por qué había preferido las viejas consignas huecas que Javiera rechazaba audazmente con el pie? Muchas veces los celos la habían traspasado, se había sentido tentada de aborrecer a Pedro, de desear que a Javiera le fuera mal, pero bajo el vano pretexto de conservarse pura, había anulado todo eso dentro de ella. Con tranquila audacia, Javiera elegía afirmarse toda entera; como recompensa, pesaba mucho sobre la tierra, y Pedro se volvía hacia ella con interés apasionado. Francisca no se había atrevido a ser ella misma y comprendía en una explosión de dolor que esa hipócrita cobardía la había conducido a no ser nada.

Alzó los ojos, Javiera hablaba.

—Me gusta cuando tiene aspecto de cansado —decía—. Se vuelve diáfano. —Le dirigió una brusca sonrisa—. Se parece a su fantasma. Estaba admirable de fantasma.

Francisca observó a Pedro; era verdad que estaba pálido; esa fragilidad nerviosa que reflejaban en ese instante sus rasgos marcados la había conmovido a menudo hasta las lágrimas, pero estaba demasiado lejos de él para que ese rostro la emocionara. Sólo a través de la sonrisa de Javiera adivinaba el atractivo romántico.

—Pero bien sabe que yo no quiero ser un fantasma —dijo Pedro.

—Ah, pero un fantasma no es un cadáver —respondió Javiera—. Es un ser vivo, lo único es que su cuerpo le viene del alma, no le sobra carne, no tiene ni hambre, ni sed, ni sueños. —Sus ojos se

posaron sobre la frente de Pedro, sobre las manos: largas manos duras y delgadas que Francisca tocaba a menudo con amor, pero que nunca pensaba en mirar—. Y además, lo que tiene de poético es que no está pegado a la tierra; esté donde esté, al mismo tiempo está en otra parte.

—Yo no estoy en ninguna otra parte sino aquí —dijo Pedro.

Sonreía a Javiera con ternura. Francisca recordaba todavía con qué dulzura ella había recibido muchas veces semejantes sonrisas, pero ya no era capaz de envidiarlas.

—Sí —dijo Javiera—, pero no sé muy bien cómo explicarle: usted está ahí porque le da la gana. No parece encerrado.

—¿Parezco a menudo encerrado?

Javiera vaciló.

—A veces. —Sonrió con coquetería—. Cuando habla con señores serios, casi parece que es uno de ellos.

—Recuerdo que cuando me conoció, me consideraba un odioso personaje.

—Ha cambiado —dijo Javiera.

Le miró con una mirada feliz y orgullosa de propietaria. Creía haberlo cambiado, ¿era verdad? Francisca ya no lo sabía; esta noche, en su corazón seco, las más preciosas riquezas se hundían en la indiferencia; tenía que confiar en ese ardor sombrío que brillaba en los ojos de Javiera con un resplandor nuevo.

—Pareces muy abrumada —dijo Pedro. Francisca se estremeció; se dirigía a ella y parecía ansioso. Trató de controlar su voz.

—Creo que he bebido demasiado —respondió. Las palabras se le estrangulaban en la garganta. Pedro la miraba con aire apenado.

—Me has encontrado absolutamente odioso durante toda esta noche —dijo con remordimientos.

Con un gesto espontáneo, colocó su mano sobre la de ella. Logró sonreírle; estaba conmovida por su solicitud, pero ni siquiera esa ternura que él reanimaba en ella podía arrancarla de su angustia solitaria.

—Has estado un poco odioso —le dijo tomándole la mano.

—Perdóname —dijo Pedro—, no era muy dueño de mí. —Estaba tan perturbado por haberla herido, que si únicamente el amor hubiera estado en juego, Francisca se habría tranquilizado—. Te he estropeado la salida de esta noche —observó él—. Tú que esperabas divertirme tanto.

—No hay nada estropeado —dijo Francisca. Hizo un esfuerzo y agregó más alegremente—: Todavía tenemos tiempo por delante; es agradable estar aquí. —Se volvió hacia Javiera—. ¿Paula no había mentido, verdad?

Javiera rió en forma extraña.

—¿No les da la impresión de que parecemos turistas americanos visitando «París de noche»? Estamos instalados un poco aparte para no ensuciarnos y miramos sin tocar nada...

El rostro de Pedro se oscureció.

—Querría que hiciéramos castañetear nuestros dedos gritando «Ole» —dijo.

Javiera se encogió de hombros.

—¿Qué querría? —insistió Pedro.

—No querría nada —dijo fríamente—. Digo lo que es.

Volvía a empezar; de nuevo corrosivo como un ácido, el odio se escapaba de Javiera en pesadas volutas. Era inútil defenderse contra esa mordedura desgarradora, sólo quedaba soportar y esperar, pero Francisca se sentía extenuada. Pedro estaba menos resignado, Javiera no le asustaba.

—¿Por qué nos odia de pronto? —dijo con dureza. Javiera estalló en una carcajada estridente.

—Ah, no, no volvamos a empezar —exclamó. Tenía las mejillas en llamas y la boca crispada, parecía en el colmo de la exasperación—. No paso mi tiempo dedicada a odiarle, oigo música.

—Nos odia —repitió Pedro.

—No, en absoluto —dijo Javiera. Recobró su respiración—. No es la primera vez que me asombra que les guste mirar las cosas desde afuera, como si fueran decorados de teatro. —Se tocó el pecho—. Yo —dijo con una sonrisa apasionada— soy de carne y hueso, ¿comprenden?

Pedro miró a Francisca con ojos apenados, vaciló, luego pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —dijo en un tono más conciliador.

—No ha pasado nada —respondió Javiera.

—Descubrió que formábamos una pareja.

Javiera le miró en los ojos.

—Exactamente —dijo con altivez.

Francisca apretó los dientes, se sintió cruzada por unas ganas terribles de pegarle a Javiera, de pisotearla; pasaba las horas escuchando pacientemente sus dúos con Pedro, y Javiera le negaba el derecho de cambiar con él el menor signo amistoso. Era demasiado, eso no podía durar así; ella no lo soportaría.

—Usted es curiosamente injusta —dijo Pedro indignado—. Si Francisca estaba triste, era a causa de mi actitud con usted. No creo que sean esas relaciones de pareja.

Javiera, sin contestar, se inclinó hacia adelante. Una muchacha acababa de levantarse de una mesa vecina y empezaba a declamar con voz ronca un poema español. Se hizo un gran silencio y todas las miradas se posaron sobre ella. Aun sin comprender el sentido de las palabras, uno se sentía sobrecogido hasta las entrañas por ese acento apasionado, por ese rostro que un ardor desfiguraba. El poema hablaba de odio y de muerte, quizá también de esperanza, y a través de sus sobresaltos y de sus quejas, era la España desgarrada la que se hacía de pronto presente en todos los corazones. El fuego y la sangre habían arrojado fuera de sus calles las guitarras, los cantos, los mantones abigarrados, las flores de nardo; las casas de baile se habían derrumbado las bombas habían reventado los odres hinchados de vino; en cálida dulzura de las noches rondaban el miedo y el hambre. Los cantos flamencos, el sabor de los vinos que embriagaban, no eran más que la evocación fúnebre de un pasado muerto. Durante un momento, con los ojos en la boca roja y trágica, Francisca se abandonó a las imágenes desoladas que suscitaba el áspero hechizo; habría querido perderse en cuerpo y alma en esas llamadas, en esos lamentos que se estremecían bajo las misteriosas sonoridades. Volvió la cabeza; podía no pensar en sí misma, pero no podía olvidar que Javiera estaba a su lado. Javiera ya no miraba a la mujer, miraba el vacío; un cigarrillo se consumía entre sus dedos y la brasa empezaba a alcanzar su carne sin que pareciera advertirlo; parecía sumergida en un éxtasis histérico. Francisca se pasó la mano por la frente; estaba empapada en sudor, la atmósfera era sofocante y dentro de sí misma sus pensamientos ardían como llamas. Esa presencia enemiga que se había revelado antes en una sonrisa de loca se hacía cada vez más cercana, ya no existía modo de evitar la revelación aterradoramente. Día tras día, minuto tras minuto, Francisca había huido del peligro, pero ya estaba hecho; por fin había encontrado ese infranqueable obstáculo que había sentido bajo formas inciertas desde su primera infancia. A través del goce maniático de Javiera, a través de su odio y de sus celos, el escándalo estallaba tan monstruoso, tan definitivo como la muerte; frente a Francisca y, sin embargo, sin ella, algo existía como una condena sin salvación: libre, absoluta, irreductible, se erguía una conciencia extraña. Era como la muerte, una negación total, una eterna ausencia y, sin embargo, por una contradicción trastornadora, ese abismo de vacío podía volver ahora a sí mismo y hacerse existir para sí con plenitud; el universo entero se hundía en él, y Francisca, para siempre desposeída del mundo, se disolvía también en ese vacío cuyo contorno indefinido ninguna palabra, ninguna imagen podía rodear.

—Cuidado —dijo Pedro.

Se inclinó sobre Javiera y desprendió de sus dedos el tizón rojo; ella lo miró como si saliera de una pesadilla, luego miró a Francisca. Bruscamente tomó una mano de cada uno; sus palmas ardían. Francisca se estremeció al contacto de esos dedos inquietos que se crispaban sobre los suyos. Hubiera querido retirar su mano, apartar la mirada, hablarle a Pedro, pero ya no podía hacer ni un movimiento; atada a Javiera, consideraba con estupor ese cuerpo que se dejaba tocar, ese hermoso rostro visible detrás del cual se escurría una presencia escandalosa. Durante mucho tiempo Javiera no había sido sino un fragmento de la vida de Francisca: de pronto, se había convertido en la única realidad soberana, y Francisca sólo tenía la pálida consistencia de una imagen.

¿Por qué ella y no yo? pensó Francisca con pasión. Le bastaría decir una palabra, decir: «Soy yo». Pero habría tenido que creer en esa palabra, habría tenido que saber elegirse. Hacía semanas que Francisca ya no era capaz de reducir a humos inofensivos el odio, la ternura, los pensamientos de Javiera; los había dejado incidir en ella, había hecho de sí misma una presa. Libremente, a través de sus resistencias y de sus sublimaciones, se había dedicado a destruirse a sí misma; asistía a su historia como un testigo indiferente, sin atreverse nunca a afirmarse, mientras que, de pies a cabeza, Javiera no era sino una viviente afirmación de sí misma. Se hacía existir con una fuerza tan segura que Francisca, fascinada, se había dejado llevar a preferirla a sí misma y a suprimirse. Se había puesto a ver con los ojos de Javiera los lugares, la gente, las sonrisas de Pedro; ya no se conocía sino a través de los sentimientos que le profesaba Javiera y ahora intentaba confundirse con ella; pero en ese esfuerzo imposible sólo conseguía anularse.

Las guitarras proseguían su canto monótono y el aire ardía como un viento del desierto. Las manos de Javiera no habían soltado su presa, su rostro petrificado no expresaba nada. Pedro tampoco se había movido. Parecía que un mismo encantamiento los había convertido a los tres en mármol. Algunas imágenes cruzaron por la mente de Francisca: una chaqueta vieja, una glorieta abandonada, un rincón del Pôle Nord donde Pedro y Javiera vivían lejos de ella un dúo misterioso. Ya había sentido antes, como esta noche, que su ser se disolvía en provecho de seres inaccesibles, pero nunca había visto con una lucidez tan perfecta su propio aniquilamiento. Si por lo menos no hubiera quedado nada de ella; pero quedaba una vaga fosforescencia que se arrastraba por la superficie de las cosas entre millares y millares de luces inútiles. La tensión que la endurecía se quebró de pronto y estalló en silenciosos sollozos.

Fue la ruptura del encanto. Javiera retiró sus manos. Pedro habló.

—Si nos fuéramos —dijo.

Francisca se puso en pie; se vació de golpe de todo pensamiento y su cuerpo se puso en movimiento dócilmente. Llevó su capa en el brazo y cruzó la sala. El aire frío de afuera le secó las lágrimas, pero su temblor interior no se detenía. Pedro le tocó el hombro.

—No estás bien —dijo con inquietud.

Francisca hizo una mueca de excusa.

—Decididamente he bebido demasiado —dijo.

Javiera caminaba a pocos pasos delante de ellos, rígida como una autómata.

—Esa también tiene una borrachera tremenda —dijo Pedro—. Vamos a llevarla y después conversaremos muy tranquilamente.

—Sí —dijo Francisca.

El fresco de la noche, la ternura de Pedro, le devolvían un poco de paz. Alcanzaron a Javiera y cada uno la tomó de un brazo.

—Creo que nos haría bien caminar un poco —dijo Pedro.

Javiera no contestó nada. En medio de su rostro pálido, tenía los labios contraídos en un rictus de piedra. Caminaron en silencio; amanecía. Javiera se detuvo de pronto.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la Trinidad —respondió Pedro.

—Ah —dijo Javiera—, creo que estaba un poco ebria.

—Yo también lo creo —dijo Pedro alegremente—. ¿Cómo se siente ?

—No sé —dijo Javiera—. No sé lo que ha pasado. —Arrugó la frente con aire doloroso—. Veo a una mujer muy hermosa que hablaba español, y luego hay un pozo negro.

—La miró durante un rato —dijo Pedro—. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo y había que arrancarle las colillas de entre los dedos, se quemaba sin sentir nada. Y después pareció despertar un poco, nos tomó de la mano.

—Ah, sí —dijo Javiera. Se estremeció—. Estábamos en el fondo del infierno, creía que no saldríamos nunca más.

—Se quedó un largo rato como si se hubiera convertido en estatua —dijo Pedro—, y luego Francisca se puso a llorar.

—Recuerdo —dijo Javiera con una vaga sonrisa. Bajó los párpados y dijo con voz lejana—: Me alegró tanto cuando ella lloró; es exactamente lo que yo habría querido hacer. Durante un segundo Francisca miró con horror el tierno rostro implacable donde nunca había visto reflejarse ninguna de sus alegrías ni de sus penas. Ni un minuto durante aquella noche, Javiera se había preocupado por su desesperación; no había visto sus lágrimas sino para alegrarse. Francisca se arrancó del brazo de Javiera y se echó a correr como si un ventarrón la hubiera llevado. Sollozos de rebeldía la sacudieron; su angustia, sus llantos, esa noche de tortura le pertenecían a ella y no permitiría que Javiera se los robara; huiría hasta el fin del mundo para escapar de sus tentáculos ávidos que quería devorarla viva. Oyó pasos precipitados detrás de ella y una mano firme la detuvo.

—¿Qué te pasa? —dijo Pedro—. Por favor, cálmate.

—No quiero —dijo Francisca—. No quiero. —Se echó sobre su hombro bañada en lágrimas. Cuando alzó la cabeza vio a Javiera que se había acercado y que la miraba con una curiosidad consternada; pero había perdido todo pudor, ya nada podía importarle ahora. Pedro las empujó dentro de un taxi y ella siguió llorando sin contenerse.

—Ya hemos llegado —dijo Pedro.

Francisca subió la escalera de dos en dos sin mirar detrás de ella y se echó sobre el diván. Le dolía la cabeza. Hubo un ruido de voces en el piso de abajo y casi en seguida la puerta se abrió.

—¿Qué pasa? —dijo Pedro; se acercó ansiosamente y la tomó en sus brazos. Ella se apretó contra él y durante un largo rato no hubo más que el vacío y la noche y una leve caricia que rozaba su pelo.

—Mi amor querido, ¿qué te pasa? Háblame —dijo la voz de Pedro. Ella abrió los ojos. En la luz de la madrugada, el cuarto tenía una frescura insólita, se sentía que no había sido tocado por la noche. Con sorpresa, Francisca volvía a encontrarse entre las formas de costumbre, de las cuales su mirada se apoderaba tranquilamente. Como la idea de la muerte, la idea de esa realidad que se le negaba no era indefinidamente sostenible; había que volver a caer en la plenitud de las cosas y de sí misma. Pero salía perturbada como de una agonía: no lo olvidaría nunca.

—No sé —dijo. Sonrió débilmente—. Todo era tan pesado.

—¿Soy yo quien te ha hecho daño?

Ella le tomó las manos.

—No —dijo.

—¿Es a causa de Javiera?

Francisca se encogió de hombros con impotencia; era demasiado difícil de explicar, le dolía demasiado la cabeza.

—Te resultó valioso ver que ella te tenía celos —dijo Pedro; había remordimiento en su voz—. A mí también me pareció insoportable, esto no puede continuar, voy a hablarle mañana mismo sin falta.

Francisca se sobresaltó.

—No puedes hacer eso —dijo—. Te odiará. Se levantó y dio algunos pasos por el cuarto, luego volvió hacia ella.

—Me siento culpable —dijo—. Descansé totalmente en los buenos sentimientos de esa muchacha hacia mí, pero no se trataba de una miserable tentativa de seducción. Queríamos construir un verdadero trío, una vida de tres bien equilibrada en la que nadie sería sacrificado; quizás era un absurdo, pero merecía ser intentado. En cambio, si Javiera se conduce como una especie de arpía, si tú eres una pobre víctima mientras yo me divierto en hacerme el conquistador, nuestra historia se vuelve innoce.

—Tenía el rostro cerrado y la voz dura—. Le hablaré —repitió. Francisca le miró tiernamente. El miraba con tanta severidad como ella las debilidades que había podido tener; volvía a encontrarlo todo entero en su fuerza, su lucidez, su rechazo orgulloso de toda bajeza. Pero ni siquiera ese perfecto acuerdo que resucitaba entre ellos le devolvía la dicha; se sentía agotada y cobarde ante nuevas complicaciones posibles.

—¿No pretenderás hacerle admitir que está celosa de mí por amor a ti? —dijo con fatiga.

—Sin duda pareceré un fatuo y ella se pondrá ebria de rabia —dijo Pedro—. Pero correré el riesgo.

—No —dijo Francisca. Si Pedro perdía a Javiera, ella se sentiría culpable de una manera insoportable—. No, por favor. Además, no he llorado por eso.

—¿Entonces por qué?

—Vas a burlarte de mí —dijo con una débil sonrisa. Tuvo un chispazo de esperanza. Quizá si lograba encerrar su angustia en palabras, pudiera arrancársela—. Es porque descubrí que tenía una conciencia como la mía. ¿Te ha ocurrido alguna vez sentir adentro la conciencia ajena? —De nuevo temblaba, las palabras no la liberaban—. Es insoportable, sabes.

Pedro la miraba con aire un poco incrédulo.

—Crees que estoy borracha —dijo Francisca—. Por otra parte, lo estoy, pero eso no cambia nada. ¿Por qué estás tan asombrado? —se levantó bruscamente—. Si te dijera que tengo miedo de la muerte, comprenderías; y bien, esto es igualmente real e igualmente temible. Naturalmente, cada uno sabe que no está sólo en el mundo; son cosas que uno dice, como dice que se morirá algún día. Pero cuando empieza a creerlo...

Se apoyó contra la pared, el cuarto giraba alrededor de ella. Pedro la tomó del brazo.

—Escucha, ¿no te parece que deberías descansar? No tomo lo que me dices a la ligera, pero sería mejor hablar con calma cuando hayas dormido un poco.

—No hay nada que decir —dijo Francisca. Sus lágrimas corrieron nuevamente, estaba terriblemente cansada.

—Ven a descansar —dijo Pedro.

La extendió sobre la cama, le quitó los zapatos y la cubrió con una manta.

—Yo únicamente tengo ganas de tomar el aire —dijo—. Pero voy a quedarme contigo hasta que te duermas.

Se sentó junto a ella y oprimió la mano contra su mejilla. Esta noche, el amor de Pedro ya no bastaba para darle la paz; él no podía defenderla contra esa cosa que hoy le había sido revelada; era intocable. Francisca ya ni siquiera sentía el roce misterioso y, sin embargo, seguía existiendo implacablemente. Francisca había aceptado de todo corazón las fatigas, los disgustos, los desastres mismos que Javiera había traído con ella al instalarse en París, porque eran momentos de su propia vida; pero lo que había ocurrido esta noche era de otra especie: no podía anexárselo. He aquí que ahora el mundo se erguía frente a ella como una inmensa censura: acababa de consumarse el fracaso de su propia existencia.

V

Francisca sonrió a la portera y cruzó el patio interior donde se enmohecían viejos decorados; subió rápidamente la escalerilla de madera verde. Hacía algunos días que se había iniciado el descanso de la compañía y ella se alegraba de pasar una larga noche con Pedro. Hacía veinticuatro horas que no lo veía, una leve inquietud se mezclaba con su impaciencia; nunca conseguía esperar con el corazón tranquilo el relato de sus salidas con Javiera. Sin embargo, todas se parecían; había besos, rencillas, tiernas reconciliaciones, conversaciones apasionadas, largos silencios. Francisca empujó la puerta. Pedro estaba inclinado sobre el cajón de una cómoda revisando inmensos fajos de papeles. Corrió hacia ella.

—Qué largo me pareció el tiempo sin verte —le dijo—. ¡Cómo maldije a Bernheim con sus almuerzos de negocios! No me dejaron hasta la hora del ensayo. —Tomó a Francisca por los hombros—. ¿Cómo es que has venido?

—Tengo mil cosas que contarte —dijo Francisca. Le acarició el pelo, la nuca; cada vez que volvía a verle le gustaba asegurarse que era de carne y hueso.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Pones orden?

—Bah, renuncio, es imposible —dijo Pedro lanzando hacia la cómoda una mirada rencorosa—. Por otra parte, ya no es tan urgente —agregó.

—Se sentía claramente un alivio en ese ensayo general —dijo Francisca.

—Sí, creo que hemos escapado una vez más, por cuánto tiempo es otra cuestión —y Pedro frotó la pipa contra la nariz para hacerla brillar—. ¿Fue un éxito?

—Nos hemos reído mucho; no estoy segura de que fuera ese el efecto buscado, pero en todo caso me divertí mucho. Blanca Bouguet quería retenerme para ir a comer, pero me escapé con Ramblin. Me paseó por no sé cuántos bares, pero aguanté la prueba. Eso no me impidió trabajar bien durante todo el día.

—Vas a hablarme en detalle de la pieza de Bouguet y de Ramblin. ¿Quieres tomar algo?

—Dame medio whisky —replicó Francisca—. Y para empezar, cuéntame lo que hiciste. ¿Pasaste una noche agradable con Javiera?

—¡Uh! —dijo Pedro. Alzó los brazos al cielo—. No tienes idea de semejante juerga. Felizmente, todo terminó bien, pero durante dos horas nos quedamos el uno junto al otro en un rincón del Pôle Nord temblando de odio. Hasta ahora nunca habíamos tenido un drama tan negro.

Sacó de su armario una botella de Vat 69 y llenó a medias dos vasos.

—¿Qué pasó? —preguntó Francisca.

—Y bien, por fin abordé la cuestión de sus celos hacia ti —dijo Pedro.

—No debiste hacerlo.

—Te dije que estaba totalmente resuelto.

—¿Cómo llevaste el tema?

—Hablamos de su exclusivismo y le dije que, en conjunto, era en ella algo fuerte y estimable, pero que había un caso en que no cabía: era en el interior del trío. Ella lo aceptó, pero cuando agregué que, sin embargo, daba la impresión de estar celosa de ti, se puso roja de sorpresa y de rabia.

—No estabas en una situación fácil —dijo Francisca.

—No —dijo Pedro—. Podría haberle parecido ridículo y odioso. Pero ella no es mezquina, solamente el fondo de la acusación le dolió. Se debatió frenéticamente, pero no cedí, le recordé un montón de ejemplos. Lloró de rabia, me aborrecía tanto, que yo estaba asustado, creí que iba a morir de sofocación.

Francisca lo miró ansiosamente.

—¿Estás seguro, al menos, de que no te guarda rencor?

—Completamente seguro —respondió Pedro—. Yo también me enojé al principio. Pero después le expliqué que sólo había querido ayudarla porque estaba volviéndose odiosa ante tus ojos. Le hice comprender qué difícil era lo que nos proponíamos formar los tres y que reclamaba de cada uno una total buena voluntad. Cuando estuvo convencida de que no había habido ninguna crítica en mis palabras, que únicamente la había puesto en guardia contra un peligro, dejó de aborrecerme. Creo que no solamente me perdonó, sino que ha resuelto hacer un gran esfuerzo sobre sí misma.

—Si eso es verdad, tiene mucho mérito —dijo Francisca en un arranque de confianza.

—Hemos hablado mucho más sinceramente que de costumbre —dijo Pedro— y tengo la impresión de que después de esa conversación, algo se ha relajado en ella. Sabes, ese aire que tiene de reservar siempre lo mejor de sí misma había desaparecido; parecía estar toda entera conmigo sin ninguna reticencia, como si ya no viera ningún obstáculo para aceptar quererme tiernamente.

—Quizás al reconocer francamente sus celos, se haya sentido liberada de ellos —dijo Francisca. Encendió un cigarrillo y miró a Pedro con ternura.

—¿Por qué sonríes? —dijo Pedro.

—Siempre me divierte esa manera que tienes de mirar como virtudes morales los buenos sentimientos que te profesan. Es una manera más de tomarte por Dios en persona.

—Hay algo de eso —dijo Pedro, confundido. Sonrió en el vacío y su rostro revistió una especie de inocencia dichosa que Francisca no le había visto sino cuando dormía—. Me invitó a tomar el té en su cuarto y, por primera vez cuando la besé me devolvió mis besos. Hasta las tres de la mañana se quedó entre mis brazos con un aire de total abandono.

Francisca sintió un leve escozor en el corazón; también ella tendría que aprender a vencerse. Siempre le resultaba doloroso que Pedro pudiera abrazar ese cuerpo cuyo don ella ni siquiera habría sabido recibir.

—Te dije que terminarías por acostarte con ella. —Trató de atenuar con una sonrisa la brutalidad de esas palabras. Pedro hizo un gesto evasivo.

—Dependerá de ella —dijo—. Yo, por supuesto... pero no quisiera arrastrarla a nada que pudiera disgustarla.

—No tiene un temperamento de vestal —dijo Francisca.

En cuanto las hubo pronunciado, esas palabras entraron cruelmente en ella y un poco de sangre se le subió al rostro; le causaba horror mirar a Javiera como a una mujer con apetitos de mujer, pero la verdad se imponía: odio la pureza, soy de carne y hueso. Con todas sus fuerzas. Javiera se rebelaba contra esa turbia castidad a la cual la condenaban. En sus malos humores se manifestaba una áspera reivindicación.

—Por supuesto que no —dijo Pedro—, y hasta creo que no será feliz hasta que haya encontrado un equilibrio sensual. En este momento está sufriendo una crisis, ¿no crees?

—Sí, lo creo —dijo Francisca.

Tal vez, justamente los besos, las caricias de Pedro habían despertado los sentidos de Javiera; seguramente las cosas no podían quedar así. Francisca se miró atentamente los dedos; terminaría por acostumbrarse a esa idea, ya el desagrado le parecía algo menos fuerte. Puesto que estaba segura del amor de Pedro, de la ternura de Javiera, ya ninguna imagen podría serle nociva.

—No es una cosa ordinaria lo que reclamamos de ella —dijo Pedro—. Sólo hemos podido imaginar este género de vida porque hay entre nosotros dos un amor excepcional, y ella sólo puede plegarse a él porque también es alguien excepcional. Se comprende muy bien que tenga momentos de incertidumbre y hasta de rebelión.

—Sí, necesitamos tiempo —dijo Francisca.

Se levantó, se acercó al cajón que Pedro había dejado abierto y hundió las manos en los papeles dispersos. Ella misma había pecado por desconfianza, le había guardado rencor a Pedro por faltas a menudo muy leves, se había guardado un montón de pensamientos que debía haberle confesado y a menudo había tratado más de combatirlo que de comprenderlo. Se apoderó de una vieja fotografía y

sonrió. Vestido con una túnica griega, con una peluca rizada en la cabeza, Pedro miraba el cielo con un aire muy juvenil y muy duro.

—Así eras la primera vez que te vi —le dijo—. No has envejecido nada.

—Ni tú —dijo Pedro. Se acercó a Francisca y se inclinó sobre el cajón.

—Quisiera que revisáramos todo esto juntos —dijo Francisca.

—Sí, está lleno de cosas divertidas. —Se inclinó y pasó la mano por el brazo de Francisca—. ¿Crees que hemos cometido un error al meternos en este lío? —preguntó ansiosamente—. ¿Crees que conseguiremos llevarlo bien?

—A veces he dudado —dijo Francisca—, pero esta noche vuelvo a tener esperanzas.

Se apartó de la cómoda y volvió a sentarse ante su vaso de whisky.

—¿Tú, en qué estás? —dijo Pedro sentándose frente a ella.

—¿Yo? —dijo Francisca. Cuando estaba tensa, siempre le intimidaba un poco hablar de ella.

—Sí. ¿Sigues sintiendo la existencia de Javiera como un escándalo?

—Sabes, esos son chispazos.

—Pero te vuelven de vez en cuando —insistió Pedro.

—Por supuesto.

—Me asombras. Tú eres la única persona que conozco capaz de derramar lágrimas al descubrir en otro una conciencia semejante a la suya.

—¿Te parece estúpido?

—Por supuesto que no. Es muy cierto que cada uno experimenta su propia conciencia como algo absoluto. ¿Cómo varios absolutos podrían ser compatibles? Es tan misterioso como el nacimiento o la muerte. Hasta es un problema tal, que todas las filosofías se estrellan contra él.

—Entonces, ¿de qué te asombras?

—Lo que me sorprende es que te sientas conmovida de una manera tan concreta por una situación metafísica.

—Pero es algo concreto, todo el sentido de mi vida está en juego.

—No digo que no. —Pedro la observó con curiosidad—. De todas maneras, es excepcional ese poder que tienes de vivir una idea en cuerpo y alma.

—Pero, para mí, una idea no es teórica. Es algo que se siente, si queda en la teoría no cuenta. —Sonrió—. De lo contrario, no había esperado a Javiera para reparar en que mi conciencia no era única en el mundo.

Pedro se pasó pensativamente un dedo sobre el labio inferior.

—Comprendo muy bien que hayas hecho ese descubrimiento a propósito de Javiera.

—Sí —dijo Francisca—. Contigo nunca me he sentido incómoda, porque no te distingo de mí misma.

—Y además, entre nosotros hay reciprocidad.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el momento en que me reconoces una conciencia, sabes que yo te reconozco. Eso cambia todo.

—Quizá —Francisca miró con perplejidad el fondo de su vaso—. En realidad, la amistad es eso: cada uno renuncia a su propia preponderancia. ¿Pero si uno se niega a renunciar?

—En ese caso la amistad es imposible.

—¿Y entonces, cómo salir de ahí?

—No sé —dijo Pedro.

Javiera nunca renunciaba; por alto que situara a alguien, aun queriéndole, seguía siendo un objeto para ella.

—No tiene remedio —dijo Francisca.

Sonrió. Habría que matar a Javiera... Se levantó y caminó hacia la ventana. Aquella noche, Javiera no ocupaba mucho lugar en su corazón. Levantó la cortina. Le gustaba esa placita tranquila donde la gente del barrio venía a tomar el fresco; un anciano sentado en un banco sacaba comida de una bolsa de papel, un niño corría alrededor de un árbol cuyo follaje quedaba recortado con una precisión metálica por la luz de una farola. Pedro era libre. Ella estaba sola. Pero en medio de esa separación podían volver a encontrar una unión tan esencial como la que ella soñaba antes con demasiada facilidad.

—En qué piensas —dijo Pedro.

Ella le tomó el rostro entre las manos y le cubrió de besos sin contestar una palabra.

—Qué noche agradable hemos pasado —dijo Francisca. Apretó ligeramente el brazo de Pedro. Durante un largo rato habían mirado fotografías juntos, releído viejas cartas y después habían dado una gran vuelta por los muelles, el Chatélet, les Halles, hablando de la novela de Francisca, de la juventud de ambos, del porvenir de Europa. Por primera vez desde hacía varias semanas, tenían una conversación tan larga, libre y desinteresada. Por fin ese círculo de pasión y de inquietud en que la hechicería de Javiera los retenía se había roto y volvían a encontrarse muy mezclados el uno al otro en el corazón del mundo inmenso. Detrás de ellos, el pasado se extendía sin límites; los continentes, los océanos, se desplegaban en amplias capas sobre la superficie del globo, y la milagrosa certidumbre de existir entre esas innumerables riquezas escapaba hasta de los mismos límites demasiado estrechos del espacio y del tiempo.

—Mira, hay luz en el cuarto de Javiera —dijo Pedro.

Francisca se estremeció; después de esa libre huida no podía aterrizar sin un choque doloroso en la callejuela oscura del hotel. Eran las dos de la mañana. Con el aire de un detective en acecho, Pedro observaba una ventana iluminada en la fachada negra.

—¿Qué tiene de asombroso? —dijo Francisca.

—Nada —dijo Pedro. Empujó la puerta y subió la escalera con paso apresurado. Al llegar al descanso del segundo piso, se detuvo; en el silencio se elevaba el murmullo de voces.

—Están hablando en su cuarto —dijo Pedro. Continuaba inmóvil tendiendo la oreja, pocos peldaños más abajo, la mano sobre la baranda; Francisca se inmovilizó también—. ¿Quién puede ser? —preguntó.

—¿Con quién tenía que salir esta noche? —dijo Francisca.

—No tenía ningún proyecto —Pedro dio un paso—. Quiero saber qué pasa.

Dio un paso más y el piso crujió.

—Te van a oír —dijo Francisca.

Pedro vaciló; luego se agachó y empezó a quitarse los zapatos. Una desesperación más amarga que todas las que había conocido en su vida sumergió a Francisca. Pedro avanzaba de puntillas entre las paredes ocre, pegaba la oreja contra la puerta. Todo había quedado tachado de un plumazo; esa noche feliz y Francisca y el mundo; ya no había más que ese corredor silencioso y el rectángulo de madera y esas voces susurrantes. Francisca lo miró angustiada; en ese rostro maniático y perseguido le costaba reconocer la cara amada que le sonreía un rato antes con tanta ternura. Subió los últimos peldaños, le parecía haberse dejado engañar por la precaria lucidez de un loco que un soplo bastaba para arrojar nuevamente en el delirio. Esas horas razonables y fáciles no habían sido más que una remisión pasajera. Nunca habría curación. Pedro volvió hacia ella de puntillas.

—Es Gerbert —dijo en voz baja—. Ya lo sospechaba. Con los zapatos en la mano subió el último piso.

—Y bien, no tiene nada de misterioso —dijo Francisca entrando en el cuarto—. Salieron juntos, él la acompañó hasta su casa.

—Ella no me había dicho que tenía que verle —dijo Pedro—. ¿Por qué me lo ocultó? O es una decisión que tomó de pronto.

Francisca se había quitado el abrigo, dejó caer su vestido y se puso una bata.

—Deben de haberse encontrado —dijo.

—Ya no van a la boîte de Domingo. No, tiene que haber ido a buscarle a propósito.

—A menos que la haya buscado él —dijo Francisca.

—Nunca se hubiera permitido invitarla a último momento. Pedro se había sentado en el borde del diván y se miraba con aire perplejo los pies descalzos.

—Sin duda tuvo ganas de bailar —replicó Francisca.

—Unas ganas tan violentas que le telefoneó, ella que se desmaya de miedo ante un teléfono, o que fue hasta Saint-Germain-des-Prés, ella que es incapaz de dar tres pasos fuera de Montparnasse.

Pedro seguía mirándose los pies; el calcetín derecho estaba agujereado y se veía un pedacito de dedo que parecía fascinarlo.

—Hay algo bajo todo esto —dijo.

—¿Qué quieres que haya? —preguntó Francisca. Se cepillaba el pelo con resignación. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba esa discusión indefinida y siempre nueva? ¿Qué ha hecho Javiera? ¿Qué hará? ¿Qué piensa? ¿Por qué? ¿Cómo? Noche tras noche, la obsesión renacía tan agotadora, tan vana, con ese gusto de fiebre en la boca y esa desolación del corazón y esa fatiga del cuerpo adormecido. Cuando las preguntas hubieran encontrado, por fin, una respuesta, otras preguntas iguales reanudarían la ronda implacable: ¿Qué quiere Javiera? ¿Qué dirá? ¿Cómo? ¿Por qué? No había manera de detenerlas.

—No comprendo —dijo Pedro—, estaba tan tierna anoche, tan abandonada, tan confiada.

—¿Pero quién te dice que ha cambiado? —dijo Francisca—. De todas maneras, no es un crimen salir una noche con Gerbert.

—Nunca nadie fuera de ti y de mí ha entrado en su cuarto —dijo Pedro—, Si ha invitado a Gerbert es, o bien como desquite contra mí, y entonces se ha puesto a odiarme, o ha tenido ganas espontáneamente de hacerlo venir a su cuarto; entonces es porque le gusta mucho. —Balanceaba los pies con aire perplejo y estúpido—. Pueden ser las dos cosas a la vez.

—También puede ser un simple capricho —dijo Francisca sin convicción. La reconciliación de la víspera con Pedro seguramente había sido sincera, había una clase de fingimiento del que Javiera era incapaz. Pero con ella no había que fiarse de las sonrisas del último momento; no anunciaban sino calmas precarias; en cuanto se había separado de la gente, Javiera se ponía a repasar la situación, y muy a menudo ocurría que, después de haberla dejado, al salir de una explicación aplacada, razonable y tierna, se la volvía a encontrar inflamada de odio.

Pedro se encogió de hombros.

—Bien sabes que no —dijo. Francisca dio un paso hacia él.

—¿Crees que te guarda rencor a causa de esa conversación? Lo lamento tanto.

—No tienes nada que lamentar —dijo Pedro bruscamente—. Debía poder soportar que se le diga la verdad.

Se levantó y dio algunos pasos a través del cuarto. Francisca lo había visto a menudo atormentado, pero esta vez parecía debatirse contra un sufrimiento insoportable. Habría querido liberarlo de él; la desconfianza rencorosa con la cual ella lo miraba por lo general, cuando él se creaba inquietudes y disgustos, se había derretido ante el desamparo de su rostro. Pero ya nada dependía de ella.

—¿No te acuestas? —le preguntó.

—Sí —dijo Pedro.

Ella pasó detrás del biombo y se puso en la cara una crema con olor a naranja. La ansiedad de Pedro se apoderaba de ella. Justamente abajo, separada por unos cuantos tabloncillos de madera y un poco de yeso, estaba Javiera con su rostro imprevisible y Gerbert la miraba. Habría encendido su lámpara de cabecera, muy pequeña bajo su pantalla sangrienta, y las palabras ahogadas se abrían camino a través de la penumbra y del humo. ¿Qué decían? ¿Estaban sentados el uno junto al otro? ¿Se tocaban? Era fácil imaginarse el rostro de Gerbert, siempre era igual a sí mismo, ¿pero en qué se convertía el corazón de Javiera? ¿Era deseable, enternecedor, cruel, indiferente? ¿Era un hermoso objeto de contemplación, un enemigo o una presa? Las voces no subían hasta el cuarto. Francisca sólo oía un crujido de telas del otro lado del biombo y el tictac del despertador que se amplificaba en el silencio como a través de los vapores de la fiebre.

—¿Estás listo? —preguntó Francisca.

—Sí —dijo Pedro; estaba en pijama, descalzo, del otro lado de la puerta; la entreabrió suavemente—. No se oye nada más; me pregunto si Gerbert todavía está.

Francisca se acercó.

—No, no se oye absolutamente nada.

—Voy a ir a ver —dijo Pedro.

Francisca le puso la mano sobre el brazo.

—Ten cuidado, sería tan desagradable si te encontraran.

—No hay peligro —dijo Pedro.

Por la puerta entreabierta, Francisca le siguió un momento con los ojos, luego tomó un pedazo de algodón, un frasco de disolvente y empezó a frotarse minuciosamente las uñas: un dedo, otro dedo; contra la cutícula quedaban rastros rosados. Si uno pudiera absorberse en cada minuto, la desdicha nunca podría abrirse camino hasta el corazón, necesitaría de una complicidad. Francisca se sobresaltó, dos pies desnudos rozaban el piso.

—¿Y? —dijo.

—Era un silencio absoluto —dijo Pedro. Estaba apoyado contra la puerta—. Sin duda estaban besándose.

—O más probablemente, Gerbert se haya ido —dijo Francisca.

—No, si se hubiera abierto la puerta, yo lo habría oído.

—En todo caso, podían callar sin besarse —dijo Francisca.

—Si se lo trajo a su cuarto es porque tenía ganas de caer entre sus brazos —dijo Pedro.

—No es obligatorio.

—Estoy seguro.

Ese tono perentorio no era común en él; Francisca se estremeció.

—No veo a Javiera llevando a un tipo a su cuarto para besarlo a no ser que estuviera desmayada. ¡Pero se volvería loca si Gerbert pudiera sospechar que le gusta! Ya ves cómo se puso a odiarlo en cuanto receló en él la menor fatuidad.

Pedro miró a Francisca con aire extraño.

—¿No puedes fiarte de mi sentido psicológico? Te digo que se besaban.

—No eres infalible —dijo Francisca.

—Tal vez, pero cuando se trata de Javiera, tú te equivocas siempre —dijo Pedro.

—Habría que probarlo —dijo Francisca. Pedro sonrió de un modo irónico y casi cruel.

—¿Si te dijera que los he visto?

Francisca quedó desconcertada. ¿Por qué se había burlado de ella?

—¿Los viste? —dijo con voz insegura.

—Sí, miré por el ojo de la cerradura. Estaban sobre el diván, se besaban.

Francisca se sentía cada vez más molesta. Había algo de avergonzado y de falso en la expresión de Pedro.

—¿Por qué no me lo dijiste en seguida? —preguntó.

—Quería saber si creerías en mí —dijo Pedro con una risita desagradable.

A Francisca le costó contener las lágrimas. ¡Pedro había querido a propósito verla equivocarse! Toda esa curiosa maniobra suponía una hostilidad que ella no había sospechado jamás. ¿Era posible que alimentara contra ella rencores secretos?

—Te crees un oráculo —dijo con brusquedad.

Se deslizó entre las sábanas mientras Pedro desaparecía detrás del biombo. Le ardía la garganta; después de una noche tan unida, tan tierna, ese brusco estallido de odio era inconcebible. ¿Pero acaso eran el mismo hombre aquel que un rato antes le hablaba con tanta solicitud y este espía furtivo, inclinado sobre el ojo de una cerradura con un rictus de celoso engañado? Ella no podía evitar sentir un verdadero horror ante esa indiscreción terca y febril. Acostada de espaldas, las manos cruzadas bajo la nuca, retenía su pensamiento como se retiene la respiración para demorar el momento de sufrir, pero esa misma crispación era peor que un dolor lleno y definitivo. Volvió los ojos hacia Pedro que se acercaba. El cansancio le ablandaba la piel del rostro sin dulcificar sus rasgos; bajo la cabeza dura y cerrada la blancura de su cuello parecía obscena. Retrocedió hasta la pared. Pedro se tendió a su lado y colocó la mano sobre la perilla de la luz. La primera vez en la vida, iban a dormir como dos enemigos. Francisca conservaba los ojos abiertos, tenía miedo de lo que ocurriría en cuanto se abandonara.

—No tienes sueño —dijo Pedro. Ella no se movió.

—No —dijo.

—¿En qué piensas?

No contesto; no podría pronunciar una palabra más sin echarse a llorar.

—Te parezco detestable —dijo Pedro. Francisca se dominó.

—Pienso que tú estás a punto de odiarme —dijo.

—¡Yo! —exclamó Pedro. Francisca sintió la mano de él sobre su hombro y vio que volvía hacia ella un rostro descompuesto—. No quiero que pienses una cosa semejante, sería el golpe más duro.

—Tenías todo el aspecto —respondió ella con voz ahogada.

—¿Cómo has podido creerlo? ¿Que yo te odie, yo?

Su acento expresaba una desesperación punzante y de pronto, en un desgarramiento de alegría y de dolor. Francisca vio lágrimas en sus ojos; se arrojó contra él sin contener sus sollozos; nunca había visto llorar a Pedro.

—No, no lo creo —dijo—. Sería tan horrible. Pedro la apretó contra él.

—Te quiero —dijo en voz baja.

—Yo también te quiero.

Apoyada contra su hombro, seguía llorando, pero ahora sus lágrimas eran dulces. Jamás olvidaría cómo se habían humedecido a causa de ella los ojos de Pedro.

—¿Sabes? —dijo Pedro—. Te mentí hace un rato.

—¿En qué? —preguntó Francisca.

—No es verdad que haya querido probarte, me daba vergüenza haber mirado, por eso no te lo dije en seguida.

—¡Ah! Por eso tenías un aspecto tan sospechoso.

—Quería que supieras que se besaban; esperaba que creyeras en mí; no te perdonaba que me obligaras a decir la verdad.

—Creía que habías obrado por pura malevolencia —dijo Francisca—. Me parecía atroz. —Acarició la frente de Pedro—. Es raro, nunca hubiera supuesto que pudieras sentir vergüenza.

—No te imaginas qué sórdido me sentí errando en pijama por ese corredor y espiando por el ojo de la cerradura.

—Ya sé, es sórdida la pasión —dijo Francisca. Se había tranquilizado. Pedro ya no le parecía monstruoso puesto que era capaz de juzgarse lúcidamente.

—Es sórdido —repitió Pedro; miraba fijamente el techo—. No puedo soportar la idea de que está besando a Gerbert.

—Comprendo —dijo Francisca. Apretó su mejilla contra la de él. Hasta esa noche, siempre se había esforzado por mantener a distancia los disgustos de Pedro; quizá había sido una prudencia instintiva, pues ahora que trataba de vivir con él su confusión, el sufrimiento que caía sobre ella era insoportable.

—Deberíamos tratar de dormir —dijo Pedro.

—Sí —dijo Francisca. Cerró los ojos. Sabía que Pedro no tenía ganas de dormir. Ella tampoco podía desprender su pensamiento de ese diván debajo de ella donde Gerbert y Javiera se abrazaban boca contra boca. ¿Qué buscaba Javiera entre sus brazos? ¿Un desquite contra Pedro? ¿La paz de sus sentidos? ¿Era el azar el que le había hecho elegir esa presa en vez de otra? ¿O ya lo codiciaba a él cuando reclamaba con aire feroz algo que tocar? A Francisca empezaron a pesarle los párpados; vio, como en un relámpago, el rostro de Gerbert, sus mejillas morenas, sus largas pestañas de mujer. ¿Estaba enamorado de Javiera? ¿Era capaz de amar? ¿La habría amado a ella si se le hubiera antojado? ¿Por qué no se le había ocurrido a él? ¿Qué huecas parecían todas las viejas razones! ¿O era ella quien ya no sabía encontrarles su sentido difícil? En todo caso, a quien besaba era a Javiera. Los ojos se le pusieron duros como piedras; todavía durante un rato oyó un soplo regular junto a ella, luego no oyó nada más.

Bruscamente Francisca recobró la conciencia; había como una espesa capa de bruma detrás de ella. Sin duda había dormido mucho tiempo. Abrió los ojos; en el cuarto la noche se había iluminado. Pedro estaba sentado en la cama, parecía completamente despierto.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco —dijo Pedro.

—¿No has dormido?

—Sí, un poco —miró la puerta—. Quisiera saber si Gerbert se ha ido.

—No se habrá quedado toda la noche —dijo Francisca.

—Voy a ir a ver —dijo Pedro.

Apartó las sábanas y salió de la cama. Esta vez Francisca no trató de retenerlo, ella también tenía ganas de saber. Se levantó y le siguió hasta el descanso. Una luz gris se había deslizado por la escalera, Toda la casa dormía. Se inclinó sobre el pasamano con el corazón palpitante. ¿Ahora qué iba a pasar?

Al cabo de un rato, Pedro reapareció al pie de la escalera y le hizo una seña. Ella bajó a su vez.

—La llave está en la cerradura, no se ve nada, pero creo que está sola. Se diría que llora.

Francisca se acercó a la puerta; oyó un leve golpe como si Javiera hubiera colocado una taza sobre un plato, y luego hubo un ruido sordo y un sollozo y otro sollozo más fuerte, toda una cascada de sollozos desesperados e indiscretos. Sin duda Javiera había caído de rodillas ante el diván o se había tirado al suelo cuan larga era; conservaba siempre tanta mesura en sus peores tristezas, uno no podía creer que esa queja animal escapara de su cuerpo.

—¿No crees que está borracha? —dijo Francisca. Sólo la bebida podía hacerle perder a Javiera todo dominio sobre sí misma.

—Supongo que sí —dijo Pedro.

Permanecían ante la puerta, angustiados e impotentes. Ningún pretexto permitía llamar a esa hora de la noche y, sin embargo, era un suplicio imaginar a Javiera postrada, sollozando, presa de todas las pesadillas de la embriaguez y de la soledad.

—No nos quedemos aquí —dijo por fin Francisca. Los sollozos se habían atenuado; se habían convertido en un leve gemido doloroso—. Dentro de unas horas sabremos a qué atenernos -agregó.

Subieron lentamente hasta el cuarto. Ni el uno ni el otro tenían fuerza para inventar nuevas conjeturas; no era con palabras como uno se liberaba de ese miedo indefinido donde repercutía sin fin la queja de Javiera. ¿Cuál era su mal? ¿Era curable? Francisca se echó sobre la cama y se dejó ir sin defensa hasta el fondo del cansancio, del temor y del dolor.

Cuando Francisca despertó, la luz se filtraba a través de las persianas, eran las diez de la mañana. Pedro dormía con los brazos arqueados sobre la cabeza; tenía un aire angelical y desarmado. Francisca se incorporó sobre el codo; por debajo de la puerta pasaba un pedazo de papel rosado. De golpe, toda la noche volvió a subírsele al corazón con sus idas y venidas febriles y sus imágenes lacerantes; saltó bruscamente de la cama. La hoja había sido cortada por la mitad; en el fragmento desgarrado, se componían en grandes letras palabras informes que cabalgaban unas sobre otras. Francisca descifró el principio del mensaje: «Estoy tan asqueada de mí, tendría que arrojarme por la ventana, pero no tendré valor. No me perdonen, ustedes mismos deberían matarme mañana por la mañana si he sido demasiado cobarde». Las últimas frases eran completamente ilegibles: al pie de la página se leía en grandes letras temblorosas: «Nada de perdón».

—¿Qué es? —dijo Pedro.

Estaba sentado al borde de la cama, con el pelo enmarañado, los ojos todavía ahogados de sueño, pero en esa bruma despuntaba una ansiedad precisa.

Francisca le tendió el papel.

—Estaba verdaderamente borracha —dijo—. Mira la letra.

—Nada de perdón —dijo Pedro. Recorrió rápidamente las líneas verdes—. Ve en seguida a saber de ella —dijo—. Llama a su cuarto.

—Voy —dijo Francisca. Se puso las zapatillas y bajó rápidamente la escalera; las piernas le temblaban. ¿Y si Javiera se hubiera vuelto bruscamente loca? ¿Estaría tendida sin vida detrás de la puerta? ¿O metida en un rincón con los ojos desorbitados? Había una mancha rosada en la puerta; Francisca se inclinó sobre la cerradura, pero la llave obstruía la abertura; golpeó. Hubo un leve crujido, pero nadie respondió. Probablemente Javiera estaba dormida.

Francisca vaciló un momento, luego arrancó el papel y volvió a su cuarto.

—No me atreví a golpear —dijo—. Creo que duerme. Mira lo que había fijado en la puerta.

—Es ilegible —dijo Pedro. Consideró un momento los signos misteriosos—. Está la palabra «indigna»; lo seguro es que estaba completamente fuera de sí. —Reflexionó—. ¿Ya estaría borracha cuando besó a Gerbert? ¿Lo hizo a propósito para darse coraje porque contaba con jugarme una mala pasada? ¿O se emborracharon juntos sin premeditación?

—Lloró, escribió estas líneas y, sin duda, después se durmió —dijo Francisca. Hubiera querido estar segura de que Javiera descansaba muy apaciblemente en su cama.

Levantó las persianas y la luz entró en la habitación; con asombro contempló un instante esa calle atareada, lúcida, donde cada cosa tenía un aire razonable. Luego se volvió hacia el cuarto pegajoso de angustia, donde los pensamientos obsesionantes continuaban su ronda sin tregua.

—De todos modos, voy a ir a llamar —dijo—. Uno no puede quedarse así, sin saber. Si hubiera tomado alguna droga. Dios sabe en qué estado está.

—Sí, llama hasta que conteste —dijo Pedro.

Francisca bajó la escalera; hacía horas que no dejaba de bajar y subir, tan pronto con sus piernas, tan pronto con el pensamiento. Los sollozos de Javiera todavía resonaban en ella; posiblemente se había quedado postrada un largo rato, luego se había asomado a la ventana. Era atroz imaginar ese vértigo de asco que le había retorcido el corazón. Francisca llamó, su corazón latía hasta romperse, nadie contestó. Entonces llamó más fuerte. Una voz sorda murmuró:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo —dijo Francisca.

—¿Qué ocurre?

—Quería saber si estaba enferma.

—No —dijo Javiera—. Dormía.

Francisca se sintió avergonzada. Era de día, Javiera descansaba en su cuarto, hablaba con voz bien viva. Era una mañana normal en que el gusto trágico de la noche parecía completamente fuera de lugar.

—Era a causa de esta noche —dijo Francisca—. ¿Se siente completamente bien?

—Claro que sí, estoy bien, quiero dormir —dijo Javiera, malhumorada.

Francisca vaciló todavía un instante; llevaba en su corazón el lugar vacío de un cataclismo que esas respuestas fastidiadas estaban lejos de haber llenado; causaba una impresión rara, decepcionante e insulsa. Es imposible insistir más; volvió a su cuarto. Después de esos estertores quejumbrosos y de esas llamadas patéticas, uno no se resignaba sin dificultad a entrar en un día vulgar y triste.

—Dormía —le dijo a Pedro—. Me dio la impresión de que le pareció totalmente fuera de lugar que la despertara.

—¿No te ha abierto? —preguntó Pedro.

—No —respondió Francisca.

—Me pregunto si vendrá a mediodía a la cita. No lo creo.

—Yo tampoco.

Se vistieron en silencio. Era vano ordenar con palabras pensamientos que no conducían a ninguna parte. Cuando estuvieron listos, salieron del cuarto y se dirigieron hacia el Dôme.

—¿Sabes lo que habría que hacer? —dijo Pedro—. Habría que telefonar a Gerbert para que se reuniera con nosotros. El nos informaría.

—¿Con qué pretexto? —dijo Francisca.

—Dile lo que pasa: que Javiera escribió unas líneas extravagantes y se encierra en su cuarto, que estamos inquietos y quisiéramos aclaraciones.

—Bueno, voy —dijo Francisca al entrar en el café—. Para mí pide un café solo.

Bajó la escalera y dio a la telefonista el número de Gerbert: se sentía tan nerviosa como Pedro. ¿Qué había ocurrido exactamente aquella noche? ¿Besos únicamente? ¿Qué esperaban el uno del otro? ¿Qué iba a pasar?

—Hola —dijo la telefonista—. No corte, le van a hablar. Francisca entró en la cabina.

—Hola, quisiera hablar con el señor Gerbert por favor.

—Habla con él —dijo Gerbert—. ¿Quién es?

—Francisca. ¿Podría venir al Dôme? Le explicaremos por qué.

—Bueno —dijo Gerbert—. Estoy allí dentro de diez minutos.

—Muy bien —dijo Francisca. Colocó unas monedas en el platito y subió al café. En una mesa del fondo, con un diario desplegado ante ella y un cigarrillo en los labios estaba Isabel. Pedro estaba sentado a su lado, con el rostro anudado de ira.

—¿Estabas aquí? —dijo Francisca. Isabel no ignoraba que ellos iban allí todas las mañanas, sin duda se había instalado para espiarlos. ¿Sabía algo?

—Había entrado a leer los diarios y a escribir algunas cartas —dijo Isabel. Agregó con una especie de satisfacción—. Las cosas no andan muy bien.

—No —dijo Francisca. Notó que Pedro no había pedido nada, seguramente quería irse cuanto antes. Isabel rió divertida.

—¿Qué les pasa a los dos esta mañana? Parecen enterradores. Francisca vaciló.

—Javiera se emborrachó anoche —dijo Pedro—. Escribió unas líneas de loca diciendo que quería matarse y ahora se niega a abrirnos la puerta. —Se encogió de hombros—. Es capaz de cualquier estupidez.

—Deberíamos volver al hotel cuanto antes —manifestó Francisca—. No me siento nada tranquila.

—¡amos! No se matará —dijo Isabel. Miró al extremo de su cigarrillo—. La encontré anoche por el bulevar Raspail, hacia monerías con Gerbert, les juro que no pensaba en matarse.

—¿Y ya parecía borracha? —dijo Francisca.

—Siempre parece más o menos drogada —dijo Isabel—. No puedo decirte nada. —Sacudió la cabeza—. Vosotros la tomáis demasiado en serio. Yo sé lo que le haría falta: deberíais meterla en un club de gimnasia donde la obligaran a hacer deportes durante ocho horas por día y a comer bistecs; se sentiría mucho mejor, creedme.

—Vamos a ver qué hace —dijo Pedro levantándose. Le dieron la mano a Isabel y salieron del café.

—Dije en seguida que habíamos venido sólo a hablar por teléfono —dijo Pedro.

—Sí, pero cité a Gerbert aquí —respondió Francisca.

—Vamos a esperarlo afuera —dijo Pedro—. Le cogeremos al vuelo.

Empezaron a recorrer la acera en silencio.

—Si Isabel sale y nos encuentra aquí, no sé qué pareceremos —dijo Francisca.

—Me importa un bledo —dijo Pedro nerviosamente.

—Les vio anoche y vino a husmear el viento —dijo Francisca—. ¡Cómo nos odia!

Pedro no contestó nada; sus ojos no se apartaban de la boca del metro. Francisca vigilaba con aprensión la terraza del café, no le hubiera gustado que Isabel la sorprendiera en un momento de desorientación.

—Aquí está —dijo Pedro.

Gerbert se acercaba sonriendo; tenía grandes ojeras que le comían la mitad de las mejillas. Las facciones de Pedro se iluminaron.

—¡Salud! Huyamos rápido —dijo con una buena sonrisa—. Isabel nos acecha desde adentro. Vamos a ocultarnos en el café de enfrente.

—¿No le ha molestado venir? —dijo Francisca. Se sentía incómoda. Esa gestión iba a parecerle rara a Gerbert, ya parecía todo cortado.

—No, en absoluto —respondió.

Se sentaron en una mesa y Pedro pidió tres cafés. Sólo él parecía a sus anchas.

—Mire lo que encontramos esta mañana debajo de la puerta —dijo sacando del bolsillo la carta de Javiera—. Francisca llamó a la puerta y ella se negó a abrir. Tal vez usted podría informarnos; hemos oído su voz esta noche. ¿Estaba borracha o qué? ¿En qué estado la dejó?

—No estaba borracha —dijo Gerbert—, pero habíamos subido una botella de whisky, quizá la haya bebido después. —Calló y echó hacia atrás su mechón de pelo con aire confuso—. Tengo que decirles que anoche me acosté con ella.

Hubo un corto silencio.

—No es una razón para querer tirarse por la ventana —dijo Pedro con desparpajo.

Francisca le miró con un poco de admiración. ¡Qué bien sabía fingir! Por poco ella misma se hubiera engañado:

—Es fácil imaginarse que para ella es todo un drama —dijo dificultosamente. Sin duda esa noticia no había tomado a Pedro desprevenido, debía de haberse jurado que iba a poner buena cara. Pero cuando Gerbert se hubiera ido, ¿a qué rabia, a qué explosión de sufrimiento había que prepararse?

—Fue a reunirse conmigo en los Deux Magots —dijo Gerbert—. Conversamos un rato y me invitó a subir a su cuarto. Allá, no sé cómo ocurrió, pero se me echó sobre la boca y terminamos por acostarnos juntos.

Miraba obstinadamente su vaso con aire lastimoso y vagamente irritado.

—Hace tiempo que eso estaba en el aire —dijo Pedro.

—¿Y cree que después de haberse ido usted, ella se precipitó sobre el whisky? —preguntó Francisca.

—Es probable —dijo Gerbert. Levantó la cabeza—. Me echó de su cuarto y, sin embargo, le juro que yo no la busqué —dijo con aire reivindicativo. Se le tranquilizó el rostro—. ¡Las cosas que llegó a decirme! Yo estaba petrificado. Parecía que la hubiera violado.

—Es muy de ella —dijo Francisca. Gerbert miró a Pedro con súbita timidez.

—¿No me condena?

—¿Y por qué? —preguntó Pedro.

—No sé —dijo Gerbert, confuso—. Es tan joven. No sé —repitió ruborizándose un poco.

—No le haga un hijo, es todo lo que se le pide —dijo Pedro.

Francisca aplastó con desagrado su cigarrillo en el platillo. La duplicidad de Pedro la molestaba, era más que una comedia. En ese momento, él consideraba con irrisión su propia persona y todo lo que le importaba; pero esa tranquilidad huraña no podía obtenerse sino al precio de una tensión penosa de imaginar.

—¡Oh! Puede estar tranquilo —dijo Gerbert. Agregó con aire preocupado— Me pregunto si volverá.

—¿Si volverá adonde? —dijo Francisca.

—Le dije al irme que sabía dónde encontrarme, pero que yo no iría a buscarla —dijo Gerbert con dignidad.

—Bah, irá igualmente —dijo Francisca.

—Seguro que no —dijo Gerbert con aire ofendido—. No quiero que crea que me va a manejar.

—No se preocupe, ya volverá —dijo Pedro—. Es orgullosa a sus horas, pero no tiene conducta; tendrá ganas de verle y encontrará buenas razones. —Aspiró el humo de su pipa.

—¿Tiene la impresión de que está enamorada de usted o que?

—No comprendo bien, la había besado algunas veces, pero no siempre parecía gustarle.

—Deberías ir a ver qué hace —dijo Pedro.

—Pero ya me mandó a paseo —dijo Francisca.

—Paciencia, insiste hasta que te reciba. No hay que dejarla sola, sabe Dios qué ideas se le han metido en la cabeza. —Pedro sonrió—. Yo iría, pero no creo que sea oportuno.

—No le diga que me ha visto —dijo Gerbert con inquietud.

—No tema.

—Y recuérdale que la esperamos a mediodía —dijo Pedro.

Francisca salió del café y se internó en la calle Delambre. Detestaba ese papel de intermediaria que Pedro y Javiera le hacían representar demasiado a menudo y por el cual se hacía odiosa tan pronto al uno como al otro; pero hoy estaba decidida a entregarse de todo corazón, verdaderamente sentía miedo por ellos.

Subió la escalera y llamó. Javiera abrió la puerta. Tenía la tez amarilla, los párpados hinchados, pero estaba cuidadosamente vestida. Se había pintado los labios y se había puesto rimel en las pestañas.

—Vengo a saber noticias tuyas —manifestó Francisca alegremente.

Javiera le dirigió una mirada opaca.

—¿Noticias mías? No estoy enferma.

—Me escribió una carta que me dio un susto terrible.

—¿Yo escribí?

—Mire —Francisca le tendió el papel rosado.

—Ah, me acuerdo vagamente —dijo Javiera. Se sentó en el diván junto a Francisca—. Me emborraché de un modo innoble —dijo.

—Creí que quería matarse de veras —dijo Francisca—. Por eso llamé esta mañana.

Javiera observó el papel con asco.

—Estaba todavía más borracha de lo que pensaba —dijo. Se pasó la mano por la frente—. Encontré a Gerbert en los Deux Magots y no sé muy bien por qué subimos a mi cuarto con una botella de whisky; bebimos un poco juntos y cuando él se hubo ido vacié la botella. —Miró a lo lejos, la boca entreabierta en un vago rictus—. Sí, recuerdo ahora que me quedé mucho tiempo en la ventana pensando que debía tirarme. Y después tuve frío.

—Pues hubiera sido agradable que me trajeran su cadáver —dijo Francisca.

Javiera se estremeció.

—En todo caso no me mataré así —dijo.

Su rostro se entristeció, Francisca todavía no le había visto nunca un aire tan miserable, sintió una gran ternura por ella. ¡Hubiera deseado tanto ayudarla! Pero habría sido necesario que Javiera aceptase esa ayuda.

—¿Porque pensó en matarse? —dijo suavemente—. ¿Es tan desdichada?

La mirada de Javiera vaciló y un éxtasis de sufrimiento transfiguró sus rasgos. Francisca se sintió de golpe arrancada a sí misma y devorada por ese intolerable dolor. Abrazó a Javiera y la apretó contra ella.

—Mi Javiera querida, ¿qué pasa? Dígame.

Javiera se inclinó contra su hombro y se echó a llorar.

—¿Qué pasa? —repitió Francisca.

—Tengo vergüenza —dijo Javiera.

—¿Por qué vergüenza? ¿Porque se emborrachó? Javiera tragó sus lágrimas y dijo con una voz húmeda de niña:

—Por eso, por todo, no sé conducirme. Me peleé con Gerbert, lo eché de mi cuarto, estuve odiosa. Y además escribí esa carta idiota. Y además... —gimió y volvió a llorar.

—¿Y además qué? —dijo Francisca.

—Y además nada. ¿Le parece que no basta? Me siento inmundada. —Se sonó la nariz con aire lastimoso.

—Todo eso no es tan grave —dijo Francisca. El gran dolor generoso que durante un minuto le había llenado el corazón se había vuelto estrecho y agrio; en medio de su desesperación, Javiera conservaba un dominio tan exacto de sí misma... ¡Con qué abandono mentía!

—No tiene que desesperarse así.

—Discúlpeme —dijo Javiera. Se secó los ojos y dijo con rabia—. Nunca más me emborracharé.

Había sido una locura esperar por un minuto que Javiera se volvería hacia Francisca como hacia una amiga para descargar su corazón; tenía demasiado orgullo y demasiado poco coraje. Hubo un silencio. Francisca se sentía angustiada de piedad ante ese porvenir que amenazaba a Javiera y que uno no podía conjurar. Sin duda, Javiera iba a perder a Pedro para siempre y sus relaciones con Francisca se resentirían por semejante ruptura. Francisca no lograría salvarlas si Javiera se negaba a hacer ningún esfuerzo.

—Labrousse nos espera para almorzar —dijo Francisca. Javiera se echó hacia atrás.

—Oh, no quiero ir.

—¿Por qué?

—Me siento pesada, cansada —dijo Javiera.

—No es una razón.

—No quiero —dijo Javiera. Rechazó a Francisca con aire acosado—. En este momento no quiero ver a Labrousse.

Francisca la rodeó con el brazo. ¡Cómo habría deseado arrancarle la verdad! Javiera no sospechaba hasta qué punto necesitaba ayuda.

—¿De qué tiene miedo? —dijo.

—Va a pensar que me he emborrachado a propósito a causa de la noche anterior, porque había estado tan bien con él —dijo Javiera—. Habrá otra explicación y ya basta, basta, basta. —Se echó a llorar.

Francisca la apretó con más fuerza y dijo vagamente:

—No hay nada que explicar.

—Sí, hay todo que explicar —dijo Javiera. Las lágrimas corrían sin contención sobre sus mejillas y todo su rostro era sólo una gran masa dolorosa.

—Cada vez que veo a Gerbert, Labrousse cree que estoy disgustada con él y me guarda rencor. No puedo soportarlo más, no puedo verlo más —gritó en el paroxismo de la desesperación.

—¿Y si en cambio fuera a verle? ¿Si le hablara voluntariamente? Estoy segura de que las cosas se arreglarían.

—No, no hay nada que hacer —dijo Javiera—. Todo se ha terminado, va a odiarme. —Su cabeza cayó sobre las rodillas de Francisca, gemía. ¡Qué desdichada era! ¡Y cómo estaba sufriendo Pedro en ese momento!

Francisca se sintió desgarrada y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Por qué tanto amor no les servía sino para destrozarse unos a otros? Ahora los esperaba un infierno negro.

Javiera alzó la cabeza y miró a Francisca con estupor.

—Llora por mi culpa —dijo—. ¡Llora! ¡Oh, no quiero!

En un impulso tomó entre sus manos el rostro de Francisca y se puso a besarla con una devoción exaltada. Eran besos sagrados que purificaban a Javiera de todas las manchas y que le devolvían el respeto por sí misma. Bajo sus dulces labios, Francisca se sentía tan noble, tan etérea, tan divina, que algo se rebeló en su corazón: deseaba una amistad humana y no ese culto fanático e imperioso del cual debía ser el ídolo dócil.

—No merezco que usted llore por mí —dijo Javiera—. Cuando veo lo que usted es y lo que yo soy... ¡ Si usted supiera lo que yo soy! Y usted llora por mi culpa.

Francisca le devolvió sus besos; a pesar de todo, era a ella a quien iba dirigida esa violencia de ternura y de humildad. Sobre las mejillas de Javiera, mezclado con el gusto salado de las lágrimas, recobraba el recuerdo de esas horas en que, en un cafetín adormilado, se había prometido hacerla feliz. No lo había conseguido, pero si por lo menos Javiera consentía, sabrían, a cualquier precio, protegerla del mundo entero.

—No quiero que le ocurra nada malo —dijo con pasión. Javiera meneó la cabeza.

—No me conoce, hace mal en quererme.

—Le resulta tan difícil vivir —dijo Francisca—. Déjeme ayudarla.

Hubiera querido decirle a Javiera: «Lo sé todo, eso no cambia nada entre nosotros». Pero no podía hablar sin traicionar a Gerbert, estaba cargada con su inútil misericordia que no encontraba ninguna culpa precisa sobre la cual posarse. Si por lo menos Javiera se decidiera a confesar, sabría cómo consolarla, tranquilizarla. La defendería del mismo Pedro.

—Dígame lo que la enloquece tanto —dijo en tono apremiante—. Dígame.

En el rostro de Javiera algo vaciló. Francisca esperaba pendiente de sus labios; con una sola frase, Javiera podía crear lo que Francisca deseaba desde hacía tanto tiempo: una unión total que confundiera sus alegrías, sus inquietudes, sus tormentos.

—No puedo decirselo —dijo Javiera, desesperada. Recobró su respiración y dijo con más calma—: No hay nada que decir.

En un impulso de rabia impotente, Francisca deseó apretar entre sus manos esa cabecita dura hasta hacerla estallar. Obstinadamente, a pesar de la dulzura, a pesar de la violencia, continuaba atrincherada en su reserva agresiva. Un cataclismo iba a abatirse sobre ella y Francisca estaba condenada a permanecer al margen como un testigo inútil.

—Podría ayudarla, estoy segura —insistió con una voz en que temblaba la ira.

—Nadie puede ayudarme —dijo Javiera. Echó la cabeza hacia atrás y con la punta de los dedos se arregló el pelo—. Ya le he dicho que yo no valía nada, la previne —agregó con impaciencia. Había recobrado su aire huracán y lejano.

Francisca no podía insistir más sin indiscreción. Había estado dispuesta a darse a Javiera sin reserva, y si ese don hubiera sido aceptado se habría sentido liberada a la vez de sí misma y de esa

dolorosa presencia extraña que sin cesar le cortaba el camino; pero Javiera la había rechazado. Aceptaba llorar ante Francisca, pero no le permitía compartir sus lágrimas. Francisca se encontraba nuevamente sola ante una conciencia solitaria y reacia. Rozó con el dedo la mano de Javiera desfigurada por una excrescencia.

—¿Está completamente curada esa quemadura? —preguntó.

—Ya está curada —Javiera observó la mano—. Nunca hubiera creído que pudiera doler tanto.

—También le ha infligido tratamientos bastante extraños —dijo Francisca. Calló descorazonada—. Tengo que irme. ¿De veras no quiere venir?

—No —dijo Javiera.

—¿Qué le diré a Labrousse?

Javiera se encogió de hombros como si se tratara de algo que no le concernía.

—Lo que quiera.

Francisca se levantó.

—Trataré de arreglar las cosas —dijo—. Hasta luego.

—Hasta luego —respondió Javiera. Francisca le retuvo la mano.

—Me da no sé qué dejarla así, cansada y triste. Javiera sonrió débilmente.

—El día siguiente al de las borracheras siempre es así —dijo. Se quedó sentada al borde del diván como petrificada, y Francisca salió del cuarto.

A pesar de todo, trataría de defender a Javiera; sería una lucha solitaria y sin alegría puesto que la misma Javiera se negaba a luchar junto con ella y no podía encarar sin aprensión la enemistad que suscitaría en Pedro el verla proteger a Javiera contra él. Pero se sentía atada a Javiera por un lazo que ella no elegía. Caminaba lentamente por la calle; tenía ganas de apoyar la cabeza contra una farola y echarse a llorar.

Pedro estaba sentado en el mismo lugar en que ella le había dejado. Estaba solo.

—¿La has visto? —preguntó.

—La he visto, sollozó sin parar, estaba enloquecida.

—¿Viene?

—No, tiene un miedo horrible de verte. —Francisca miró a Pedro y eligió cuidadosamente las palabras—. Creo que teme que adivines todo, y la idea de perderte la desespera. Pedro emitió una risita burlona:

—No me perderá sin que hayamos tenido una bonita explicación. Tengo más de una cosa que decirle. ¿Naturalmente, no te contó nada?

—No, nada. Dijo solamente que Gerbert había estado en su cuarto, que lo había echado y que se había emborrachado después de su partida. —Francisca se encogió de hombros, descorazonada.

—Por un momento creí que iba a hablar.

—Ya le haré escupir la verdad —dijo Pedro.

—Ten cuidado —dijo Francisca—, por más que te crea brujo, sospechará que sabes, si insistes demasiado.

El rostro de Pedro se volvió aún más hermético.

—Me las arreglaré —dijo—. En caso de necesidad le diré que he mirado por el ojo de la cerradura.

Francisca, por hacer algo, encendió un cigarrillo; le temblaba la mano. No podía imaginar sin horror la humillación de Javiera si llegaba a creer que Pedro la había visto; él sabría encontrar palabras implacables.

—No la empujes hasta esos extremos. Terminará por hacer una barbaridad.

—No, es demasiado cobarde —dijo Pedro.

—No digo que se matará, pero se volverá a Rúan y arruinará su vida —dijo Francisca.

—Hará lo que quiera —dijo Pedro, encolerizado—. Pero te juro que me las va a pagar.

Francisca bajó la cabeza. Javiera había sido culpable con Pedro, lo había herido hasta el fondo del alma. Francisca sentía con violencia esa herida. Si hubiera podido concentrarse en sí misma, todo habría sido más simple. Pero veía también el rostro descompuesto de Javiera.

—No te imaginas —agregó Pedro más suavemente— qué tierna había estado conmigo. Nada la obligaba a representar esa comedia apasionada. —Su voz se endureció de nuevo—. Está hecha de coquetería, de capricho y de traición. Se acostó con Gerbert únicamente por un rechazo de odio, para quitarle todo valor a nuestra reconciliación, para engañarme, para vengarse. Dio en el blanco, pero le costará caro.

—Escucha —dijo Francisca—, no puedo impedirte que obres a tu antojo. Pero concédeme una cosa: no le digas que yo lo sé. Si no, no podrá soportar seguir viviendo a mi lado.

Pedro la miró.

—Bueno —dijo—. Fingiré haber guardado el secreto.

Francisca posó su mano sobre el brazo de Pedro y se sintió invadida por una amarga desesperanza. Le quería y para salvar a Javiera, con quien ningún amor era posible, se erguía ante él como una extraña; quizá mañana se convertiría en su enemigo. Iba a sufrir, a vengarse, a odiar sin ella y aun a pesar de ella; volvía a arrojarlo a su soledad, ella, que sólo había deseado siempre estar unida a él. Retiró la mano; él miraba a lo lejos; ella ya lo había perdido.

VI

Francisca echó una última mirada hacia Eloy y Tedesco, que proseguían sobre el escenario un diálogo apasionado.

—Me voy —susurró.

—¿Hablarás con Javiera? —dijo Pedro.

—Sí, te lo he prometido.

Miró a Pedro con dolor. Javiera se obstinaba en huir de él y él se empeñaba en tener una explicación con ella; su nerviosidad no había cesado de aumentar durante esos tres días. Cuando no divagaba sobre los sentimientos de Javiera, caía en negros silencios; a su lado, las horas eran tan pesadas que Francisca había visto con alivio, como una especie de pretexto, el ensayo de esa tarde.

—¿Cómo sabré si acepta? —dijo Pedro.

—Ya verás a las ocho si está o no está.

—Pero será insoportable esperar sin saber.

Francisca se encogió de hombros con impotencia. Estaba casi segura de que sería una gestión vana, pero, si se lo decía a Pedro, dudaría de su buena voluntad.

—¿Dónde tienes que encontrarte con ella? —dijo Pedro.

—En los Deux Magots.

—Bueno, telefonearé allí dentro de una hora; me dirás lo que ha decidido.

Francisca contuvo una respuesta. Ya tenía demasiadas oportunidades de contradecir a Pedro y ahora, en sus menores discusiones, había algo áspero y desconfiado que le retorció el corazón.

—Entendido —dijo.

Se levantó y salió por el pasillo central. Pasado mañana sería el ensayo general; no le importaba nada, ni a Pedro tampoco. Ocho meses antes, en esa misma sala, terminaban de ensayar Julio César. En la penumbra se distinguían las mismas cabezas rubias y morenas; Pedro estaba sentado en la misma butaca, con los ojos fijos en el escenario iluminado, como haoy, por las luces de los reflectores. ¡Pero todo se había vuelto tan diferente! Antes, una sonrisa de Canzetti, un gesto de Paula, el pliegue de un vestido, eran el reflejo o el esbozo de una historia cautivante; una inflexión de voz, el color de un matorral, se desprendían con un brillo afiebrado contra un vasto horizonte de esperanza; entre la sombra de las butacas rojas se ocultaba todo un porvenir. Francisca salió del teatro. La pasión había marchitado las riquezas del pasado, y en ese presente árido no había nada que amar, nada en qué pensar. Las calles se habían despojado de los recuerdos y de las promesas que antes prolongaban al infinito sus existencias; ya no eran, bajo el cielo incierto agujereado por breves manchas azules, sino distancias que salvar.

Francisca se sentó en la terraza del café; en el aire flotaba un olor húmedo de cáscara de nuez; era la época en que, otros años, uno empezaba a pensar en rutas ardientes, en picos sombríos. Francisca evocó el rostro bronceado de Gerbert, su largo cuerpo encorvado bajo una mochila. ¿Cómo estaba con Javiera? Francisca sabía que había ido a buscarle la misma tarde de la noche trágica y que habían hecho las paces; aunque seguía afectando respecto a Gerbert la mayor indiferencia. Javiera confesaba que le veía a menudo. ¿Qué sentía él por ella?

—Salud —dijo Javiera alegremente. Se sentó y colocó ante Francisca un ramito de muguete—. Es para usted —dijo.

—Qué buena es —dijo Francisca.

—Tiene que ponérselo en la blusa —agregó Javiera.

Francisca obedeció sonriendo. No ignoraba que ese afecto confiado que reía en los ojos de Javiera era sólo un espejismo; a Javiera no le importaba nada ella y le mentía tranquilamente. Detrás de sus sonrisas engañosas quizá había remordimientos y, seguramente, una satisfacción encantada ante la idea de que Francisca se dejara engañar sin resistencia; sin duda, Javiera también buscaba una alianza contra Pedro. Pero por impuro que fuera su corazón, Francisca era sensible a la seducción de su rostro traidor. Con su blusa escocesa de colores claros, Javiera tenía un aspecto muy primaveral; una límpida alegría animaba sus rasgos sin misterio.

—Qué tiempo espléndido. Estoy encantada conmigo misma: caminé dos horas como un hombre y no estoy cansada.

—Yo lo lamento —dijo Francisca—. No aproveché nada de sol; pasé la tarde entera en el teatro.

Su corazón se oprimió; habría querido abandonarse a las ilusiones encantadoras que Javiera creaba para ella con tanta gracia; se hubieran hecho confidencias, hubieran bajado hacia el Sena a pasitos cortos, cambiando frases tiernas. Pero hasta esa frágil dulzura le era negada, en seguida habría que entablar una discusión erizada de espinas que alteraría la sonrisa de Javiera y haría hervir mil venenos ocultos.

—¿Y aquello marcha? —preguntó Javiera con un interés solícito.

—No está mal; creo que aguantará tres o cuatro semanas, el tiempo necesario para terminar la temporada.

Francisca tomó un cigarrillo y lo giró entre sus dedos.

—¿Por qué no viene a los ensayos? Labrousse volvió a preguntarme si había decidido no verle más.

Javiera frunció la cara. Se encogió levemente de hombros.

—¿Por qué cree eso? Es estúpido.

—Hace tres días que le evita —dijo Francisca.

—No le evito; no asistí a una entrevista porque equivoqué la hora.

—Y a otra porque estaba cansada —dijo Francisca—. Me encargó que le preguntara si quería pasar a buscarle a las ocho por el teatro.

Javiera apartó la cabeza.

—¿A las ocho? No estoy libre —respondió. Francisca examinó con aprensión el perfil blando y huraño que se ocultaba bajo los pesados cabellos rubios.

—¿Está segura? —dijo.

Gerbert no salía esa noche con Javiera. Pedro lo había averiguado antes de fijar una hora.

—Sí, estoy libre —dijo Javiera—. Pero quiero acostarme temprano.

—Puede ver a Labrousse a las ocho y acostarse temprano. Javiera enderezó la cabeza y un resplandor de ira cruzó por sus ojos.

—¡Bien sabe que no! Habrá que explicarse hasta las cuatro de la mañana.

Francisca se encogió de hombros.

—Confíese francamente que no quiere volver a verle —dijo—. Pero entonces déle razones.

—Va a hacerme nuevos reproches —dijo Javiera arrastrando la voz—. Estoy segura de que en este momento me odia.

Era verdad que Pedro sólo deseaba ese encuentro para romper con Javiera de una manera estruendosa; pero quizá, si ella aceptaba verle, sabría desarmar su ira; sustrayéndose una vez más, terminaría de exasperarlo.

—Efectivamente, no creo que esté muy bien dispuesto para con usted —dijo—. Pero, de todas maneras, no gana nada ocultándose, ya sabrá encontrarla; sería mejor que fuera a hablarle esta misma noche.

Miró a Javiera con impaciencia.

—Haga un esfuerzo —añadió.

El rostro de Javiera se descompuso.

—Me da miedo.

—Escuche —dijo Francisca colocando su mano sobre el brazo de Javiera—. ¿Usted no querrá que Labrousse deje de verla definitivamente ?

—¿Que no me vea más?

—Seguro, no querrá verla más, si sigue obstinándose.

Javiera bajó la cabeza, abrumada. Cuántas veces ya Francisca había contemplado sin valor esa cabeza dorada donde era tan difícil hacer entrar pensamientos razonables.

—Va a telefonarme dentro de un instante —agregó—. Acepte esta entrevista.

Javiera no contestó.

—Si quiere, iré a verle antes que usted. Trataré de explicarle.

—No —expresó Javiera con violencia—. Ya estoy harta de los líos de ustedes. No quiero ir.

—Prefiere una ruptura. Piénselo bien, va a llegar a eso.

—Paciencia —contestó Javiera con aire fatal.

Francisca rompió entre sus dedos un tallo de muguete. No se podía sacar nada de Javiera, su cobardía agravaba su traición. Pero se engañaba si creía poder huir de Pedro, sería capaz de ir a golpear a su puerta en plena noche.

—Dice paciencia, porque nunca encara seriamente el porvenir.

—Oh. De todas maneras no podríamos llegar a nada Labrousse y yo.

Hundió las manos en el pelo desnudando sus sienes desiertas. Una pasión de odio y de dolor hinchaba su faz donde la boca se entreabría semejante a la herida de un fruto demasiado maduro; por esa llaga abierta estallaba al sol una pulpa secreta y venenosa. No se podía llegar a nada. Javiera había deseado a Pedro y, puesto que no podía poseerlo sin compartirlo, renunciaba a él en un rencor furioso que también envolvía a Francisca.

Francisca guardó silencio. Javiera le hacía difícil el combate que se había prometido librar consigo misma. Desenmascarados, impotentes, los celos de Javiera no habían perdido nada de su violencia; sólo le habría concedido a Francisca un poco de ternura verdadera, si hubiera logrado quitarle a Pedro en cuerpo y alma.

—Llaman a la señorita Miquel al teléfono —gritó una voz. Francisca se levantó.

—Diga que acepta —dijo con tono apremiante. Javiera le lanzó una mirada implorante y meneó la cabeza. Francisca bajó la escalera, entró en la cabina y tomó el receptor.

—Hola, habla Francisca —dijo.

—¿Qué? —preguntó Pedro—. ¿Viene o no?

—Es siempre lo mismo. Tiene demasiado miedo, no he llegado a convencerla. Pareció muy angustiada cuando le advertí que terminarías por romper con ella.

—Está bien. No perderá nada.

—Hice todo lo que pude.

—Ya sé, eres un amor. —Pedro tenía la voz seca. Colgó. Francisca volvió a sentarse junto a Javiera que la recibió con una sonrisa acogedora.

—¿Sabe una cosa? —dijo Javiera—. Ningún sombrero le ha quedado tan bien como ese que tiene puesto.

Francisca sonrió sin convicción.

—Usted elegirá siempre mis sombreros —dijo.

—Greta la siguió con la mirada con aire de despecho. La enferma ver a otra mujer tan elegante como ella.

—Lleva un traje sastre muy bonito.

Se sentía casi aliviada; la suerte estaba echada; rechazando obstinadamente su apoyo, sus consejos, Javiera la descargaba de la dura preocupación de asegurar su felicidad. Sus ojos recorrieron la terraza, donde los abrigo claros, las chaquetas ligeras, los sombreros de paja, hacían su primera aparición tímida. Y de pronto, sintió, como otros años, un vivo deseo de sol, de árboles, de caminar tercamente por el flanco de las colinas.

Javiera la miró con una sonrisa insinuante.

—¿Ha visto a la chica vestida de primera comunión? —dijo—. No hay nada más triste que las chicas de esa edad con el pecho hundido.

Parecía querer arrancar a Francisca de dolorosas preocupaciones que no tuvieran nada que ver con ella; toda su persona expresaba una serenidad despreocupada y benévola. Francisca miró dócilmente a la familia endomingada que cruzaba la plaza.

—¿A usted le hicieron hacer la primera comunión?

—Por supuesto —asintió Javiera. Se echó a reír con demasiada animación—. Yo había exigido un vestido bordado de rosas de arriba abajo. Mi padre terminó por ceder.

Calló de golpe. Francisca siguió la dirección de su mirada y vio a Pedro que cerraba la portezuela de un taxi. La sangre se le subió al rostro. ¿Pedro había olvidado su promesa? Si hablaba con Javiera delante de ella, no podría fingir haber guardado el secreto de su vergonzoso descubrimiento.

—Salud —dijo Pedro. Tomó una silla y se sentó tranquilamente—. Parece que tampoco está libre esta noche —le dijo a Javiera.

Javiera seguía mirándolo, absorta.

—Pensé que había que conjurar esa mala suerte que se encarna sobre nuestras entrevistas. — Pedro tuvo una sonrisa muy amable—. ¿Por qué me huye desde hace tres días?

Francisca se levantó; no quería que Pedro avergonzara a Javiera en su presencia y sentía bajo su cortesía una decisión implacable.

—Creo que sería mejor que se explicaran sin mí —dijo.

Javiera se aferró a su brazo.

—No, quédese —dijo con voz apagada.

—Suélteme —dijo Francisca suavemente—. Lo que Pedro tiene que decirle no me incumbe.

—Quédese o me voy —dijo Javiera apretando los dientes.

—Quédate, pues —dijo Pedro con impaciencia—. ¿No ves que va a tener una crisis de histerismo?

Se volvió hacia Javiera; en su rostro ya no había el menor rastro de amenidad.

—Quisiera saber por qué la espanto hasta ese punto. Francisca volvió a sentarse y Javiera le soltó el brazo. Tragó saliva y pareció recobrar su dignidad.

—No me espanta —contestó.

—Se diría que sí. —Pedro hundió su mirada en los ojos de Javiera—. Además, puedo explicarle por qué.

—Entonces, no me lo pregunte.

—Me habría gustado saberlo de su boca. —Pedro hizo una pausa un poco teatral y dijo sin quitarle los ojos de encima—: Usted tiene miedo de que yo lea en su corazón y le diga en voz alta lo que veo.

El rostro de Javiera se contrajo.

—Sé que tiene la cabeza llena de pensamientos sucios; me causan horror y no quiero conocerlos —dijo con asco.

—No es mi culpa si los pensamientos que usted inspira son sucios.

—En todo caso, guárdelos para usted.

—Lo lamento. Pero vine a propósito para exponérselos.

Hizo una pausa. Ahora que tenía a Javiera en su poder parecía sereno y casi divertido ante la idea de conducir la escena a su antojo. Su voz, su sonrisa, sus pausas, todo estaba tan cuidadosamente calculado, que Francisca tuvo un resplandor de esperanza. Lo que buscaba era tener a Javiera a su merced, pero si lo conseguía sin esfuerzo, tal vez evitara decirle verdades demasiado duras, tal vez se dejara convencer y no rompiera con ella.

—Parece que usted no desea verme —agregó—. Sin duda le daré un gusto diciéndole que yo tampoco tengo ganas de continuar nuestras relaciones. Lo que pasa es que yo no estoy acostumbrado a abandonar a la gente sin darle mis razones.

De un solo golpe, la precaria dignidad de Javiera se derrumbó; sus ojos redondos, su boca entreabierta, no expresaban más que una incrédula confusión. Era imposible que la sinceridad de esa angustia no conmoviera a Pedro.

—¿Pero qué le he hecho? —preguntó Javiera.

—No me ha hecho nada. Por otra parte, no me debe nada, nunca me he reconocido ningún derecho sobre usted. —Adoptó un aire seco y desinteresado—. No, simplemente terminé por comprender lo que usted era y esta historia dejó de interesarme.

Javiera miró a su alrededor como si hubiera buscado alguna ayuda; sus manos estaban crispadas, parecía apasionadamente deseosa de luchar, de defenderse, pero sin duda no encontraba ninguna frase que no le pareciera llena de trampas. Francisca había querido soplarle su papel; ahora estaba segura de eso. Pedro no deseaba cortar todos los puentes detrás de él, esperaba que su misma dureza arrancara a Javiera acentos que le ablandarían.

—¿Es a causa de esas entrevistas frustradas? —dijo por fin Javiera con voz lamentable.

—Es a causa de las razones que la llevaron a no asistir. —Pedro esperó un instante; Javiera no agregaba nada—. Estaba avergonzada de usted misma.

Javiera siguió sobresaltada.

—No estoy avergonzada, pero estaba segura de que usted estaba furioso contra mí. Usted está siempre furioso cuando veo a Gerbert, y como me emborraché con él... Se encogió de hombros con aire desdeñoso.

—Pero me parecía perfecto que usted sintiera amistad por Gerbert, o hasta amor. No podría elegir mejor. —Esta vez la ira que rugía en la voz de Pedro era desmedida—. Pero usted es incapaz de un sentimiento puro, sólo vio en él un instrumento destinado a calmar su orgullo, a aplacar sus iras. —Detuvo con un gesto las protestas de Javiera—. Usted misma confesó que estuvo coqueteando con él por celos, y no fue por su cara bonita por lo que lo llevó a su cuarto la otra noche.

—Estaba segura de que iba a pensar eso —dijo Javiera—. Estaba segura. —Apretó los dientes y dos lágrimas de rabia corrieron sobre sus mejillas.

—Porque sabía que era verdad —dijo Pedro—. Voy a decirle, yo, lo que pasó. Cuando la obligué a reconocer sus celos infernales, tembló de furor. Usted acepta en su corazón cualquier baja con la condición de que permanezca ignorada; le desesperó que toda su coquetería no bastara para ocultarme los bajos fondos de su alma. Exige de la gente una admiración incondicional; toda verdad la ofende.

—Es demasiado injusto —dijo Javiera—. En seguida dejé de odiarle.

—Pues no —dijo Pedro—. Había que ser ingenuo para creerlo. Nunca dejó de odiarme, pero para entregarse plenamente a un odio hay que ser menos blando que usted; es cansado odiar, usted se concedió un breve descanso. Estaba tranquila, sabía que en cuanto le viniera en gana, volvería a encontrarse con su encono; entonces lo dejó a un lado algunas horas, porque tenía ganas de que alguien la besara.

El rostro de Javiera se convulsionó.

—No tenía ningún deseo de que usted me besara —dijo en un estallido.

—Es posible. —Pedro sonrió con maldad—. Pero tenía ganas de que la besaran y yo estaba ahí. —La miró de pies a cabeza y dijo con voz canallesca— Advierta que no me quejo, es agradable besarla; me causó tanto placer como a usted.

Javiera recobró su respiración, miraba a Pedro con un horror tan puro, que casi parecía aplacada, pero sus lágrimas silenciosas desmentían la calma histérica de sus rasgos.

—Es innoble lo que me está diciendo —murmuró.

—¿Qué es lo innoble, salvo su conducta? —dijo Pedro con violencia—. Todas sus relaciones conmigo no han sido sino celos, orgullo, perfidia. No descansó hasta que me tuvo a sus pies; todavía no sentía ninguna simpatía por mí cuando, en su exclusivismo infantil, trató por despecho de enemistarme con Gerbert. Luego tuvo celos de Francisca hasta el punto de comprometer su amistad con ella. Cuando

le supliqué que hiciera un esfuerzo para construir con nosotros relaciones humanas, sin egoísmo y sin capricho, sólo supo odiarme. Y para terminar, con el corazón lleno de ese odio, cayó entre mis brazos porque tenía necesidad de caricias.

—Miente —dijo Javiera—. Inventa todo.

—¿Por qué me besó? No era para darme placer. Eso supondría una generosidad de la cual nadie ha visto en usted ningún rastro, y, además, yo no le pedía tanto.

—Ah, cómo lamento haberle dado esos besos —exclamó Javiera apretando los dientes.

—Lo supongo —dijo Pedro con una sonrisa venenosa—. Pero no supo privarse de ellos porque usted no sabe privarse de nada. Quería odiarme aquella noche; pero mi amor seguía pareciéndole precioso. —Se encogió de hombros—. ¡Pensar que he podido tomar esas incoherencias por complejidad de alma!

—Quise ser cortés con usted —dijo Javiera.

Había querido ser ofensiva, pero ya no dominaba su voz, en la que temblaban sollozos. Francisca habría querido detener esa tortura; bastaba ya. Javiera no podría volver a alzar la cabeza ante Pedro. Pero Pedro ahora se había empeñado e iría hasta el final.

—Es llevar la cortesía demasiado lejos —dijo—. La verdad es que fue de una coquetería sin escrúpulos; nuestras relaciones seguían gustándole, entonces pretendía conservarlas intactas y se reservaba para odiarme a escondidas. La conozco bien, ni siquiera es capaz de una maniobra concertada, usted misma se engaña con sus hipocresías.

Javiera emitió una risita.

—Es fácil hacer esas lindas construcciones en el aire. Yo no me sentía tan apasionada como usted dice aquella noche, y, por otra parte, no le odiaba. —Miró a Pedro con un poco más de seguridad, debía de empezar a creer que sus afirmaciones no descansaban sobre ninguna base—. Usted inventa que yo le odiaba porque elige siempre la interpretación más miserable.

—No hablo en el aire —dijo Pedro en un tono en que despuntaba la amenaza—. Sé lo que digo. Me odiaba sin tener el valor de pensarlo en mi presencia; en cuanto nos hubimos separado, enfadada por haber sido débil, buscó en seguida un desquite, pero no fue capaz, en su cobardía, sino de un desquite secreto.

—¿Qué quiere decir? —dijo Javiera.

—Estaba bien combinado. Yo habría seguido adorándola sin desconfianza y usted habría seguido aceptando mis homenajes mientras se burlaba de mí; es el género de triunfo que puede deleitarla. Lo malo está en que es demasiado impotente para lograr una linda mentira, se cree astuta, pero sus astucias son transparentes, se lee en ellas como en un libro, ni siquiera sabe tomar las precauciones elementales para disimular sus traiciones.

Un terror abyecto se había desparramado sobre los rasgos de Javiera.

—No comprendo —dijo.

—¿No comprende? —preguntó Pedro.

Hubo un silencio. Francisca le lanzó una mirada implorante, pero él no sentía ninguna simpatía por ella en ese instante; si recordaba su promesa no titubearía en pisotearla deliberadamente.

—¿Piensa hacerme creer que llevó a Gerbert a su cuarto por casualidad? —dijo Pedro—. Lo emborrachó a propósito, porque había decidido friamente acostarse con él para vengarse de mí.

—¡Ah, era eso! Esas son las ignominias que usted puede imaginar.

—No se tome el trabajo de negar. No imagino nada, sé.

Javiera lo miró con un aire astuto y triunfante de loca.

—¿Se atreverá a pretender que Gerbert inventó esas porquerías?

De nuevo Francisca dirigió en silencio una súplica desesperada; no podía abrumar a Javiera tan duramente, no podía traicionar la confianza ingenua de Gerbert. Pedro vaciló.

—Naturalmente, Gerbert no habló de nada —repuso por fin.

—¿Entonces? Ya ve...

—Pero tengo ojos y oídos. Y cuando es necesario, los uso. Es fácil mirar por el ojo de una cerradura.

—Usted... —Javiera se llevó la mano al cuello, su garganta se hinchó como si estuviera a punto de ahogarse—. ¿Usted ha hecho eso?

—¡Ah, no, me iba a privar! Con alguien como usted, todos los procedimientos están permitidos.

Javiera miró a Pedro, luego a Francisca en una locura de ira impotente; jadeaba. Francisca buscaba en vano una palabra, un gesto, tenía miedo de que Javiera se pusiera a aullar o a romper vasos ante todo el mundo.

—La he visto —dijo Pedro.

—Basta —interrumpió Francisca—. Calla. Javiera se había puesto de pie. Se llevó las manos a las sienes, su rostro estaba cubierto de lágrimas. Salió bruscamente.

—La acompaño —dijo Francisca.

—Si quieres —contestó Pedro.

Se echó hacia atrás con afectación y sacó su pipa del bolsillo. Francisca atravesó la plaza corriendo. Javiera caminaba con pasos rápidos, el cuerpo rígido, la cabeza alzada hacia el cielo. Francisca la alcanzó y recorrieron en silencio un tramo de la calle de Rennes. Javiera se volvió bruscamente hacia Francisca.

—Déjeme —suplicó con voz ahogada.

—No —dijo Francisca—. No la dejaré.

—Quiero volver al hotel.

—Voy con usted —Francisca llamó un taxi—. Suba —dijo con decisión.

Javiera obedeció. Apoyó la cabeza contra el respaldo y miró hacia arriba; un rictus levantó su labio superior.

—Ese hombre me las va a pagar —dijo. Francisca le tocó el brazo.

—Javiera —murmuró.

Javiera se estremeció y se echó hacia atrás sobresaltada.

—No me toque —dijo con violencia.

Miró a Francisca con ojos desorbitados como si acabara de cruzarla un pensamiento nuevo.

—Usted lo sabía —dijo—, usted sabía todo.

Francisca no contestó. El taxi se detuvo, pagó y subió rápidamente detrás de Javiera. Javiera había dejado la puerta de su cuarto entreabierta, estaba apoyada en el lavabo, con los ojos hinchados, despeinada, las mejillas cubiertas de manchas rosadas, parecía poseída por un demonio furioso cuyos sobresaltos herían su cuerpo frágil.

—Así que durante todos estos días me dejó hablarle y sabía que mentía —dijo.

—No era culpa mía si Pedro me había dicho todo y yo no quería tenerlo en cuenta.

—Cómo se habrá reído de mí.

—¡Javiera! Nunca he pensado en reírme. —Francisca dio un paso hacia ella.

—No se acerque —exclamó Javiera en un grito—. No quiero verla más. Quiero irme para siempre.

—Cálmese. Todo esto es estúpido. Entre nosotras no ha ocurrido nada; no tengo nada que ver en estos líos con Labrousse.

Javiera había tomado una toalla y tiraba de los flecos con violencia.

—Acepto su dinero —dijo—. Me dejo mantener por usted. ¡ Se da cuenta!

—Está delirando —dijo Francisca—. Volveré a verla cuando se haya calmado.

Javiera soltó la toalla.

—Sí —dijo—. Váyase.

Se dirigió hacia el diván y se echó sollozando.

Francisca vaciló, luego salió del cuarto lentamente; cerró la puerta y subió al suyo. No estaba muy inquieta; Javiera era todavía más cobarde que orgullosa, no tendría el absurdo coraje de arruinar su vida volviendo a Rúan. Lo malo era que nunca le perdonaría a Francisca la indiscutible superioridad que había cobrado sobre ella, sería un agravio más, después de tantos otros. Francisca se quitó el sombrero y se miró en el espejo. Ya ni siquiera tenía fuerzas para sentirse abrumada, no suspiraba más por una amistad imposible, no encontraba en ella ningún rencor contra Pedro. Dirigió a su imagen una

débil sonrisa. ¿Después de todos esos años de exigencias apasionadas, de serenidad triunfante y de codiciar con avaricia la felicidad, iba a convertirse como tantas otras en una mujer resignada?

VII

Francisca aplastó en el plato la punta de su cigarrillo.

—¿Vas a tener el valor de trabajar con este calor?

—No me molesta —dijo Pedro—. ¿Tú qué haces esta tarde?

Estaban sentados en la terraza contigua al camerino de Pedro donde acababan de almorzar. Abajo, la placita del teatro parecía abrumada por el pesado cielo azul.

—Voy a las Ursulinas con Javiera. Hay un festival Chaplin.

Pedro frunció los labios.

—Ya no te separas de ella.

—Está tan deprimida —respondió Francisca.

Javiera no había regresado a Rúan, pero aunque Francisca se ocupara mucho de ella y viera a menudo a Gerbert, desde hacía un mes se arrastraba como un cuerpo sin alma a través del verano deslumbrante.

—Vendré a buscarte a las seis —dijo Francisca—. ¿Te va bien?

—Perfectamente —dijo Pedro, y agregó con una sonrisa forzada—: Que te diviertas.

Francisca le sonrió a su vez, pero no había terminado de salir de la habitación cuando toda su alegría se disipó. Ahora, cuando se hallaba sola, su corazón estaba siempre gris. Por supuesto que Pedro ni siquiera en pensamiento le reprochaba haber guardado a Javiera junto a ella, pero ya nadie podía impedir que ella en adelante apareciera ante sus ojos impregnada de una presencia aborrecida. A través de ella, Pedro veía, sin cesar, transparentarse a Javiera.

El reloj del cruce Vavin marcaba las dos y media. Francisca apretó el paso; veía a Javiera sentada en la terraza del Dôme con una blusa de un blanco deslumbrante y los cabellos brillantes. Vista de lejos, parecía rutilar. Pero tenía el rostro opaco, la mirada apagada.

—Llego con retraso —dijo Francisca.

—Acabo de llegar —observó Javiera.

—¿Cómo está?

—Hace calor —dijo Javiera con un suspiro.

Francisca se sentó a su lado. Percibió, con asombro, mezclado al perfume de tabaco rubio y de té que siempre flotaba alrededor de Javiera, un extraño olor a hospital.

—¿Durmió bien? —dijo Francisca.

—No bailamos, yo estaba demasiado extenuada. —Javiera hizo una mueca—. Y a Gerbert le dolía la cabeza.

Le gustaba hablar de Gerbert, pero Francisca no se dejaba embaucar. Javiera no solía hacerle confidencias por amistad; era para rechazar toda solidaridad con Gerbert. Debía de estar muy atada a él físicamente y se desquitaba juzgándolo con severidad.

—Yo di un largo paseo con Labrousse —dijo Francisca—. La noche era espléndida a orillas del Sena. —Calló. Javiera ni siquiera fingía interesarse, miraba a lo lejos con aire cansado.

—Tendríamos que ir ya, si queremos llegar al cine —manifestó Francisca.

—Sí.

Se levantó y tomó a Francisca del brazo. Era un gesto maquinal, no parecía sentir ninguna presencia junto a ella. Francisca acomodó su paso al de Javiera. En ese momento, en el pesado calor de su camerino, Pedro estaba trabajando. Ella también podía haberse encerrado apaciblemente en su cuarto y escribir. Antes no hubiera dejado de arrojarle con avaricia sobre esas largas horas vacías. El teatro estaba cerrado, tenía tiempo libre y no hacía más que derrocharlo. No era que ya se creyera en vacaciones, pero había perdido totalmente el sentido de las disciplinas pasadas.

—¿Sigue con ganas de ir al cine?

—No sé —dijo Javiera—. Creo que preferiría pasear.

Francisca sintió un rechazo asustado ante ese desierto de aburrimiento tibio que de pronto se extendía ante sus pasos; iba a tener que atravesar sin ayuda esa gran extensión de tiempo. Javiera no estaba muy locuaz, pero su presencia no permitía saborear un verdadero silencio donde ella pudiera estar consigo misma.

—Bueno, pasearemos —dijo Francisca.

La calzada tenía olor a alquitrán, se pegaba a los pies; esos primeros calores tormentosos lo tomaban a uno desprevenido. Francisca se sentía convertida en una masa insulsa de algodón.

—¿Está cansada hoy? —preguntó con voz afectuosa.

—Siempre estoy cansada —dijo Javiera—. Estoy envejeciendo. —Miró a Francisca con ojos dormidos—. Perdóneme, no soy una buena compañera.

—No sea tonta. Bien sabe que siempre estoy contenta de estar con usted —dijo Francisca.

Javiera no respondió a su sonrisa. Ya se había encerrado en sí misma. Francisca no conseguiría nunca hacerle comprender que no le pedía que desplegara para ella la gracia de su cuerpo ni las seducciones de su espíritu, sino únicamente que la dejara participar en su vida. Durante todo aquel mes, había tratado de acercarse a ella con perseverancia, pero Javiera se obstinaba en seguir siendo esa extraña cuya presencia que se rehusaba extendía sobre Francisca una sombra amenazadora. Había momentos en que Francisca se absorbía en sí misma, y otros en que estaba totalmente entregada a Javiera, pero a menudo volvía a sentir con angustia esa dualidad que una sonrisa maniática le había revelado una noche. La única manera de destruir esa realidad escandalosa habría sido encerrarse con Javiera en una amistad única; en el curso de esas largas semanas, Francisca había sentido la necesidad en forma cada vez más aguda. Pero Javiera nunca se abandonaría.

Un largo canto sollozante traspasó el espesor ardiente del aire; en la esquina de una calle desierta, un hombre sentado en una silla plegable tenía un serrucho entre las rodillas; al gemido del instrumento su voz mezclaba palabras quejumbrosas:

*Llueve sobre el camino;
en la noche escucho,
con el corazón roto,
el ruido de tus pasos.*

Francisca oprimió el brazo de Javiera, esa música llorona en esa soledad tórrida le parecía la imagen de su corazón. El brazo se quedó contra el suyo, abandonado e insensible; ni siquiera a través de ese hermoso cuerpo tangible se podía alcanzar a Javiera. Francisca tuvo ganas de sentarse en el borde de la acera y de no moverse más.

—Si fuéramos a algún sitio —dijo. Hacía demasiado calor para caminar. Ya no tenía fuerzas para continuar errando al azar bajo este cielo uniforme.

—Sí, quisiera sentarme. ¿Pero adonde podríamos ir?

—¿Quiere que vayamos al café moro que nos gustó una vez? Está muy cerca de aquí.

—Entonces vamos.

Doblaron la esquina: ya resultaba más reconfortante caminar hacia una meta.

—Era la primera vez que pasábamos juntas un hermoso día entero —dijo Francisca—. ¿Se acuerda?

—¡Me parece tan lejos! ¡Qué joven era yo entonces!

—No hace un año —observó Francisca.

Ella también había envejecido desde ese invierno. En aquellos tiempos vivía sin hacerse preguntas, el mundo a su alrededor era vasto y rico y le pertenecía; quería a Pedro y Pedro la quería. A veces, hasta se daba el lujo de encontrar que su dicha era monótona. Empujó la puerta, reconoció las alfombras de lana, las bandejas de cobre, las linternas multicolores; el lugar no había cambiado. La bailarina y los músicos estaban sentados en cuclillas en el nicho del fondo y conversaban entre ellos.

—Qué triste se ha vuelto —dijo Javiera.

—Todavía es temprano, va a llenarse, sin duda. ¿Quiere que vayamos a otra parte?

—No, quedémonos aquí.

Se sentaron en el mismo lugar que la vez anterior, sobre los almohadones rugosos, y pidieron té con menta. De nuevo, al instalarse junto a Javiera, Francisca respiró el olor insólito que la había intrigado en el Dôme,

—¿Con qué se ha lavado hoy la cabeza? —preguntó. Javiera rozó con los dedos un mechón sedoso.

—No me la he lavado —dijo asombrada.

—Huele a farmacia.

Javiera esbozó una sonrisa de inteligencia que reprimió en seguida.

—Ni me toqué el pelo —repitió.

Su rostro se entristeció, y encendió un cigarrillo con un aire un poco fatal. Francisca posó suavemente la mano sobre su brazo.

—Qué triste está —dijo—. No tiene que abandonarse así.

—¿Qué quiere que haga? No tengo un carácter alegre.

—Pero no hace ningún esfuerzo. ¿Por qué no se ha llevado los libros que preparé para usted?

—No puedo leer cuando estoy siniestra.

—¿Por qué no trabaja con Gerbert? Sería el mejor remedio montar una buena escena.

Javiera se encogió de hombros.

—¡No se puede trabajar con Gerbert! Trabaja por su cuenta, no es capaz de indicar nada, es lo mismo que trabajar con una pared. —Agregó en tono cortante—: Además, no me gusta lo que hace, es mediocre.

—No sea injusta. Le falta un poco de temperamento, pero es inteligente y sensible.

—No basta —dijo Javiera. Su rostro se contrajo—. Odio la mediocridad —dijo con rabia.

—Es joven, no tiene mucho oficio. Pero creo que llegará a algo.

Javiera sacudió la cabeza.

—Si al menos fuera francamente malo, habría esperanza, pero es chato. Es apenas capaz de reproducir exactamente lo que Labrousse le indica.

Javiera tenía muchas quejas contra Gerbert, pero una de las más punzantes era, ciertamente, su admiración por Labrousse. Gerbert pretendía que nunca era tan hosca con él como cuando volvía de ver a Pedro o aun a Francisca.

—Es una lástima —dijo Francisca—. Le cambiaría la vida trabajar un poco.

Miró a Javiera con fatiga. Verdaderamente, no veía qué podía hacer por ella. De pronto reconoció el olor que se desprendía de Javiera.

—¡Si huele a éter! —dijo con sorpresa. Javiera apartó la cabeza sin contestar.

—¿Qué hace con éter? —preguntó Francisca.

—Nada.

—Pero algo hará.

—Respiré un poco, es agradable.

—¿Es la primera vez o ya lo ha hecho antes?

—Me ha ocurrido algunas veces —dijo Javiera con una mala voluntad estudiada.

Francisca tuvo la impresión de que no le desagradaba ver descubierto su secreto.

—Tenga cuidado. Va a embrutecerse y a estropearse.

—Para lo que tengo que perder...

—¿Por qué hace eso?

—Porque si me emborracho me siento muy enferma.

—Así va a enfermarse todavía más.

—Piense. Basta acercarse un algodón a la nariz y, durante horas, uno ya no se siente vivir.

Francisca le tomó la mano.

—¿Es tan desdichada? —acotó—. ¿Qué le pasa? Dígamelo.

Sabía muy bien lo que hacía sufrir a Javiera, pero no podía hacérselo confesar de golpe.

—Salvo en cuestión de trabajo, ¿se entiende bien con Gerbert? —agregó.

Espió la respuesta con un interés que no nacía únicamente de su interés por Javiera.

—Oh, Gerbert, sí. No cuenta mucho, sabe —respondió Javiera encogiéndose de hombros.

—Sin embargo, le quiere.

—Siempre quiero lo que me pertenece —dijo Javiera. Agregó con aire salvaje—: Es tranquilizador tener algo para una sola. —Su voz se ablandó—. Pero, en fin, es un objeto agradable en mi existencia, nada más.

Francisca se congeló. Se sentía personalmente insultada por el acento desdeñoso de Javiera.

—¿Entonces no está triste a causa de él?

—No.

Tenía un aspecto tan inofensivo y tan lamentable, que la brusca hostilidad de Francisca se disipó.

—¿Tampoco es culpa mía? —preguntó—. ¿Está contenta con nuestras relaciones?

—Sí. —Javiera inició una sonrisa amable que murió en seguida. De pronto su rostro se animó—. Me aburro —dijo con pasión—. Me aburro horriblemente.

Francisca no contestó nada. La ausencia de Pedro era lo que causaba ese vacío en la existencia de Javiera; habría que intentar devolvérselo, pero Francisca temía que fuera imposible. Terminó de beber el té. El café se había llenado un poco y desde hacía un rato los músicos soplaban en sus flautas gangosas; la bailarina se adelantó hasta el centro de la habitación y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¡Qué caderas tan anchas tiene! —dijo Javiera con asco—. Ha engordado.

—Siempre fue gorda —dijo Francisca.

—Es posible. Antes se necesitaba tan poco para deslumbrarme. —Recorrió lentamente las paredes con la mirada—. He cambiado mucho.

—Por supuesto todo esto es imitación —dijo Francisca—. Ahora sólo le gusta lo que es verdaderamente bello; no es de lamentar.

—Que va, ahora ya nada me conmueve. —Parpadeó y dijo arrastrando la voz—: Estoy gastada.

—Se complace en pensar eso —respondió Francisca con fastidio—. Pero son palabras: no está gastada, está simplemente triste.

Javiera la miró con aire desdichado.

—Usted se abandona —dijo Francisca más gentilmente—. No debe continuar así. Mire, primero va a prometerme no tomar más éter.

—Pero no se da cuenta. Son terribles esos días que no terminan nunca.

—Es serio, sabe. Va a destruirse totalmente si no se detiene.

—Nadie perderá gran cosa.

—En todo caso, yo —dijo Francisca tiernamente.

—¡Oh! —exclamó Javiera con aire incrédulo.

—¿Qué quiere decir?

—Ya no debe estimarme tanto.

Francisca se sintió desagradablemente sorprendida. Javiera no solía parecer conmovida por su ternura, pero, por lo menos, nunca había parecido dudar de ella.

—¡Cómo! —dijo Francisca—. Bien sabe hasta qué punto la he estimado siempre.

—Antes sí tenía buena opinión de mí —dijo Javiera.

—¿Y por qué ahora menos?

—Es una impresión —dijo Javiera vagamente.

—Sin embargo, nunca nos hemos visto más, nunca he buscado una intimidad más profunda con usted —dijo Francisca, desconcertada.

—Porque me tiene lástima —Javiera rió dolorosamente—. He llegado a ser eso: alguien de quien se tiene lástima.

—Es inexacto. ¿Quién le ha metido eso en la cabeza? Javiera miró con aire obstinado la punta de su cigarrillo.

—Explíquese —dijo Francisca—. No se afirman semejantes cosas sin motivos.

Javiera vaciló y de nuevo Francisca creyó sentir que a través de sus reticencias y de sus silencios, Javiera había llevado a su antojo esa conversación.

—Sería natural que usted se sintiera asqueada de mí —dijo Javiera—. Tiene buenas razones para despreciarme.

—Siempre esa vieja historia. ¡Pero nos habíamos explicado tan bien! Comprendí muy bien que usted no hubiera querido hablarme en seguida de sus relaciones con Gerbert, y usted admitió que, en mi lugar, habría guardado silencio como yo.

—Sí —dijo Javiera.

Francisca lo sabía, con ella ninguna explicación era definitiva. Javiera todavía debía de despertarse furiosa por la noche recordando con qué tranquilidad Francisca la había engañado durante tres días.

—Labrousse y usted piensan a tal punto las mismas cosas —agregó Javiera—. El tiene una idea tan vil de mí.

—Eso es cosa suya —dijo Francisca.

Esas palabras le costaban un esfuerzo, era renegar de Pedro y, sin embargo, no expresaban más que la verdad, pues se había negado rotundamente a tomar partido por él.

—Usted me cree demasiado susceptible de dejarme influir —dijo—. Por otra parte, casi nunca me habla de usted.

—Debe de odiarme tanto —dijo Javiera con tristeza. Hubo un silencio.

—¿Y usted le odia? —preguntó Francisca.

Se sintió oprimida; toda esa conversación no había tenido otro fin que sugerirle esa pregunta; empezaba a entrever hacia qué salida estaba encaminándose.

—¿Yo? —dijo Javiera. Le lanzó a Francisca una mirada suplicante—. Yo no le odio.

—Está convencido de lo contrario —dijo Francisca. Dócil al deseo de Javiera, continuó—: ¿Aceptaría volver a verle? Javiera se encogió de hombros.

—El no tiene ganas.

—No sé. Si supiera que usted le añora, las cosas cambiarían.

—Naturalmente, le añoro —dijo Javiera lentamente, con falsa soltura—: Se imagina que Labrousse no es alguien al que se pueda dejar de ver sin echarle de menos.

Francisca observó durante un instante la cara pálida de la que se escapaban efluvios farmacéuticos; ese orgullo que Javiera conservaba en su desesperación era tan lamentable, que Francisca dijo casi a pesar de ella:

—Tal vez yo podría tratar de hablarle.

—No servirá de nada.

—No es seguro.

Ya estaba; la decisión se había tomado por sí misma y Francisca sabía que ahora ya no podría dejar de ejecutarla. Pedro la escucharía con mala cara, le contestaría sin dulzura y sus frases hirientes servirían para revelar a él mismo la extensión de su enemistad. Bajó la cabeza abrumada.

—¿Qué le dirá? —dijo Javiera con voz insinuante.

—Que hemos hablado de él. Que usted no manifestó ningún odio, sino lo contrario. Que si él olvidara su agravio, usted, por su parte, se sentiría feliz de recobrar su amistad.

Miró vagamente un tapiz abigarrado. Pedro afectaba desinteresarse de Javiera, pero en cuanto se pronunciaba su nombre se lo sentía al acecho. Una vez se habían cruzado por la calle Celambre, y Francisca había visto pasar por sus ojos un deseo desesperado de correr tras ella. Quizás aceptara

volver a verla para torturarla más de cerca, quizá entonces ella lo reconquistara. Pero ni el haber saciado su rencor, ni la resurrección de su amor inquieto la acercarian a Francisca. El único acercamiento posible habría sido mandar a Javiera a Rúan y empezar una nueva vida sin ella.

Javiera sacudió la cabeza.

—No vale la pena —dijo con dolorosa resignación.

—Puedo intentarlo.

Javiera se encogió de hombros como si declinara toda la responsabilidad.

—Haga lo que quiera —respondió.

Francisca tuvo un impulso de ira. Javiera la había llevado hasta ese punto con su olor a éter y su mirada que partía el alma, y ahora se retiraba como de costumbre, con una altiva indiferencia, evitándose así la vergüenza de un fracaso o de un deber de gratitud.

—Voy a intentarlo —dijo Francisca.

Ya no tenía ninguna esperanza de lograr con Javiera esa amistad que habría podido salvarla, pero al menos habría hecho todo por merecerla.

—Dentro de un rato hablaré con Pedro —dijo.

Cuando Francisca entró en el camerino de Pedro, él estaba todavía sentado ante su mesa de trabajo, con la pipa entre los dientes, hirsuto y con aire alegre.

—Qué estudioso estás —dijo ella—. ¿No te has movido en todo este tiempo?

—Ya verás. Creo que he trabajado bien —Pedro giró sobre su silla—. ¿Y tú? ¿Lo pasaste bien? ¿Era un buen programa?

—No fuimos al cine, era de esperar. Hemos paseado por las calles, hacía un calor bochornoso. —Francisca se sentó en un almohadón junto a la puerta de la terraza; el aire había refrescado un poco, las copas de los plátanos se estremecían débilmente—. Estoy contenta de salir un poco con Gerbert, ya estoy harta de París.

—Voy a volver a pasar los días temblando —dijo Pedro—. Me mandarás muy juiciosamente todas las noches un telegrama: «Todavía no estoy muerta».

Francisca le sonrió. Pedro estaba satisfecho de su día, tenía el rostro alegre y tierno; había días así, en los que uno hubiera podido creer que nada había cambiado desde el verano anterior.

—No tienes nada que temer —dijo Francisca—. Todavía en esta época no se hace verdadero alpinismo. Iremos a los Cevenas o al Cantal.

—No vais a pasaros la noche haciendo planes —dijo Pedro en tono temeroso.

—No tengas miedo, nos apiadaremos de ti —Francisca sonrió de nuevo un poco tímidamente—. También nosotros dos tendremos muchos planes que hacer.

—Es verdad, dentro de un mes escaso nos vamos.

—Y habrá que terminar por decidir adonde.

—Creo que de todas maneras nos quedaremos en Francia. Debemos prepararnos para un período de tensión a mediados de agosto, y aun si no pasa nada, no sería agradable encontrarnos en el otro extremo del mundo.

—Habíamos hablado de Cordes y del Mediodía —dijo Francisca. Agregó riendo—: Indudablemente habrá un poco de paisaje, pero veremos un montón de pequeñas ciudades. ¿Te gustan las pequeñas ciudades?

Miró a Pedro con esperanza; cuando estuvieran los dos solos, lejos de París, quizá ya no perdiera en ningún momento ese aire misterioso y sereno. No veía el momento de llevárselo por largas semanas.

—Me encantaría pasearme contigo por Albi, por Cordes, por Tolosa —dijo Pedro—. Y verás cómo, de tanto en tanto, haré honestamente una larga caminata.

—Yo me quedaré en los cafés, sin rezongar, todo el tiempo que quieras —dijo Francisca riendo.

—¿Qué harás con Javiera? —preguntó Pedro.

—Su familia acepta recibirla durante las vacaciones: irá a Rúan, no le vendrá mal rehacer su salud.

Francisca apartó la cabeza. Si Pedro se reconciliaba con Javiera, ¿qué sería de todos esos proyectos dichosos? Podría renacer su pasión por ella y hacer resucitar el trío; habría que llevarla con

ellos de viaje. La garganta de Francisca se contrajo; nunca había deseado nada tanto como esa larga soledad de ellos dos.

—¿Está enferma? —dijo Pedro fríamente.

—No está muy bien.

No había que hablar; había que dejar que el odio de Pedro muriera lentamente en la indiferencia; ya estaba en vías de curarse. Un mes todavía, y bajo el cielo del Mediodía, ese año agitado no sería más que un recuerdo. Bastaba con no agregar nada y cambiar de tema. Ya Pedro abría la boca, iba a hablar de otra cosa, pero ella se anticipó.

—¿No sabes lo que se le ha ocurrido? Se ha dedicado al éter.

—Ingenioso. ¿Con qué fin?

—Es terriblemente desdichada. Era más fuerte que ella, temblaba ante el peligro, pero la atraía irresistiblemente, nunca había sabido mantenerse en conductas prudentes.

—Pobrecita —dijo Pedro con ironía—. ¿Y qué le pasa? Francisca enrolló un pañuelo entre sus manos húmedas.

—Dejaste un vacío en su vida —dijo en un tono alegre que sonó a falso.

El rostro de Pedro se endureció.

—Lo lamento. ¿Pero qué quieres que haga?

Francisca apretó el pañuelo con más fuerza; cómo dolía todavía la herida. A las primeras palabras, Pedro se había puesto a la defensiva; ella ya no hablaba con un amigo. Hizo acopio de valor.

—¿No encaras en absoluto la posibilidad de volver a verla? Pedro la miró fríamente.

—¡Ah! —exclamó—. Te encargó que me sondearas. La voz de Francisca se endureció a su vez.

—Yo se lo propuse cuando entendí que te echaba de menos.

—Ya veo. Te destrozó el corazón con sus comedias de eterómana.

Francisca enrojeció. Sabía que había habido mucha complacencia en la tragedia de Javiera y que ella se había dejado manejar, pero ante el tono cortante de Pedro, se obstinó.

—Es demasiado fácil —dijo—. Que no te importe la suerte de Javiera, lo acepto, pero el hecho es que por culpa tuya está por el suelo.

—¡Por mi culpa! —dijo Pedro—. ¡Verdaderamente eres increíble! —Se levantó y fue a plantarse ante Francisca burlándose—. ¿Quieres que cada noche la lleve de la mano a la cama de Gerbert? ¿Necesita eso para sentir su alma serena?

Francisca hizo un esfuerzo por sobreponerse, no ganaría nada enojándose.

—Bien sabes que le dijiste cosas tan crueles, que ni siquiera una persona menos orgullosa que ella hubiera vuelto a levantarse. Sólo tú puedes borrarlas.

—Discúlpame. No te impido que practiques el perdón de las ofensas, pero yo no me siento con vocación de hermana de la caridad.

Francisca se sintió herida en lo más hondo por ese tono desdeñoso.

—Después de todo, no era un crimen tan grande acostarse con Gerbert; era libre, no te había prometido nada. Fue penoso, pero bien sabes que te resignarías, si quisieras. —Se echó sobre un sillón—. Me parece sexual y mezquino ese rencor que le guardas. Eres el tipo que odia a la mujer que no ha poseído. Me parece indigno de ti.

Esperó con inquietud. Había dado en el blanco. Un resplandor de odio cruzó por los ojos de Pedro.

—No le perdono que haya sido coqueta y traidora. ¿Por qué me dejó besarla? ¿Por qué todas esas tiernas sonrisas? ¿Por qué pretendió quererme?

—Pero era sincera, te quiere —dijo Francisca. Recuerdos dolorosos volvían a su corazón—. Y tú mismo exigiste su amor. Bien sabes que se quedó muy desorientada cuando pronunciaste esa palabra por primera vez.

—¿Insinúas que no me quería?

Nunca hasta ahora había mirado a Francisca con una hostilidad tan decidida.

—No digo eso —dijo Francisca—. Digo que hay algo forzado en ese amor, en el sentido en que se fuerza el florecimiento de una planta. Reclamabas siempre más, en intimidad, en intensidad.

—Reconstruyes en forma curiosa la historia —dijo Pedro con una sonrisa malévol—. Fue ella quien se mostró tan exigente que hubo que detenerla, porque me pedía nada menos que sacrificarte.

De golpe Francisca se demudó. Era verdad, por lealtad hacia ella, Pedro había perdido a Javiera. ¿Había llegado a añorarla? ¿Lo que había hecho en un impulso tan espontáneo se lo reprochaba ahora?

—Estaba dispuesta a quererme con pasión si lograba tenerme exclusivamente para ella —agregó Pedro—. Se acostó con Gerbert para castigarme por no pisotearte. Confiesa que todo esto es más bien feo. Me sorprende que te pongas de su parte.

—No me pongo de parte de ella —dijo Francisca débilmente. Sintió que empezaban a temblarle los labios. Con una palabra, Pedro había despertado en ella punzantes rencores. ¿Por qué se obstinaba en ponerse del lado de Javiera?—. Es tan desdichada —murmuró.

Apretó los dedos contra sus párpados; no quería llorar, pero se encontraba de pronto hundida en una desesperación sin fondo, ya no veía nada, estaba cansada de tratar de orientarse. Todo cuanto sabía era que quería a Pedro y sólo a él.

—¿Crees que yo soy tan feliz? —dijo Pedro.

Francisca sintió un desgarramiento tan agudo que un grito le subió hasta los labios; apretó los dientes, pero las lágrimas surgieron. Todo el sufrimiento de Pedro afluyó a su corazón; nada más contaba en el mundo salvo su amor. Durante todo ese mes la había necesitado y ella lo había dejado debatirse solo; era demasiado tarde para pedirle perdón, se había alejado demasiado de él para que todavía deseara su ayuda.

—No llores —dijo Pedro un poco impaciente. La miraba sin simpatía; ella sabía muy bien que después de haberse alzado contra él, no tenía derecho a infligirle además sus lágrimas, pero se sentía convertida en un caos de dolor y de remordimiento—. Por favor, cálmate —dijo Pedro.

Ella no podía calmarse, lo había perdido por su culpa, no le bastaría toda su vida para llorarlo. Hundió el rostro entre las manos. Pedro caminaba a través del cuarto, pero ella no se ocupaba más de él, había perdido todo dominio sobre su cuerpo y se le escapaban los pensamientos, ya no era sino una vieja máquina descompuesta.

De pronto, sintió la mano de Pedro sobre su hombro. Alzó los ojos.

—Me odias ahora —dijo Francisca.

—Claro que no, no te odio —dijo él con una sonrisa forzada. Ella se prendió de su mano.

—¿Sabes? —dijo con voz entrecortada—. No soy tan amiga de Javiera, pero me siento tan responsable; hace diez meses era joven, apasionada, llena de esperanzas, ahora es un desecho.

—En Rúan también era lamentable, hablaba todo el tiempo de matarse —dijo Pedro.

—No era lo mismo —repuso Francisca.

Sollozó nuevamente. Era torturante; en cuanto volvía a ver la faz pálida de Javiera, no podía seguir resuelta a sacrificarla, ni siquiera por la felicidad de Pedro. Por un momento permaneció inmóvil, con la mano pegada a esa mano que descansaba inerte sobre su hombro. Pedro la miraba; por fin dijo:

—¿Qué quieres que haga? —Tenía el rostro crispado. Francisca le soltó la mano y se enjugó los ojos.

—No quiero nada más —dijo.

—¿Pero qué querías hace un rato? —dijo, dominando apenas su impaciencia.

Se levantó y caminó hacia la terraza. Tenía miedo de pedirle algo; lo que le concediera sin ganas sólo serviría para separarlos más; volvió hacia él.

—Pensaba que si la vieras, quizá volverías a sentir amistad por ella; y te quiere tanto. Pedro cortó la explicación.

—Está bien, la veré.

Fue a apoyarse en la balastrada y Francisca le siguió. Con la cabeza gacha, contemplaba el terraplén donde saltaban algunas palomas. Francisca miró su nuca redonda. De nuevo la desgarró el remordimiento; mientras él se aplicaba honestamente a recobrar la paz, ella venía a arrojarlo nuevamente a la tormenta. Volvió a ver la sonrisa alegre con que la había recibido; ahora tenía ante ella a un hombre lleno de amargura, que se disponía a soportar con una docilidad sublevada una exigencia a la cual no consentía. A menudo le había pedido cosas a Pedro, pero en ese tiempo de unión, nunca podían sentir como un sacrificio nada que uno le pidiera al otro. Esta vez había puesto a Pedro en la situación de ceder ante ella con rencor. Se tocó las sienes. Le dolía la cabeza y le ardían los ojos.

—¿Qué hace Javiera esta noche? —preguntó Pedro bruscamente. Francisca se estremeció.

—Nada, que yo sepa.

—Bien, entonces llámala por teléfono. Ya que estoy en esto, prefiero terminarlo lo antes posible.

Pedro se mordió una uña nerviosamente. Francisca se dirigió al teléfono.

—¿Y Gerbert?

—Lo verás sin mí.

Francisca marcó el número del hotel. Reconocía esa barra de hierro que le cerraba el estómago; todas las antiguas angustias iban a renacer. Jamás Pedro tendría con Javiera una amistad tranquila; ya su precipitación anunciaba tormentas futuras.

—Hola, ¿puede llamar a la señorita Pagés? —dijo.

—En seguida, no cuelgue.

Oyó el ruido de los tacones sobre el piso y un rumor: gritaban el nombre de Javiera en la escalera. El corazón de Francisca empezó a latir con violencia, la nerviosidad de Pedro se apoderaba de ella.

—Hola —dijo la voz inquieta de Javiera. Pedro tomó el receptor.

—Habla Francisca. ¿Está libre esta noche?

—Sí, ¿por qué?

—Labrousse me manda preguntarle si puede ir a verla. No hubo respuesta.

—Hola —repitió Francisca.

—¿Venir ahora? —preguntó Javiera.

—¿Le molesta?

—No, no me molesta.

Francisca se quedó un momento sin saber qué decir.

—Entonces, entendido —dijo—. Va en seguida

Colgó el receptor.

—Me haces cometer una tontería —observó Pedro—. No tenía ganas de que yo fuera.

—Creo más bien que estaba emocionada. Callaron; el silencio se prolongó un largo rato.

—Voy a ir —dijo Pedro.

—Después entra en mi cuarto para decirme cómo anduvieron las cosas.

—Entendido, hasta esta noche. Creo que te veré temprano.

Francisca se acercó a la ventana y lo miró cruzar la plaza, luego volvió a sentarse en el sillón y se quedó ahí, postrada. Le pareció que acababa de elegir definitivamente y había elegido la desdicha. Se sobresaltó; llamaban a la puerta.

—Entre —dijo.

Gerbert entró. Francisca vio con asombro el rostro joven encuadrado por el pelo negro y liso como el pelo de una china. Ante la blancura de esa sonrisa, las sombras amontonadas en su corazón se desgarraron. Recordaba de pronto que había en el mundo cosas para amar que no eran ni Javiera ni Pedro. Había cimas nevadas, pinos llenos de sol, hosterías, rutas, gente e historias. Estaban esos ojos sonrientes que se posaban sobre ella con amistad.

Francisca abrió los ojos y volvió a cerrarlos en seguida; amanecía. Estaba segura de no haber dormido. Había oído sonar todas las horas y, sin embargo, le parecía haberse acostado hacía unos instantes. Cuando había vuelto a medianoche, después de haber elaborado con Gerbert un plan de viaje detallado, Pedro todavía no había llegado, había leído durante algunos minutos y después había apagado la luz y buscado el sueño. Era natural que la explicación con Javiera se hubiera prolongado. No quería hacerse preguntas, no quería sentir de nuevo un torno que le apretaba la garganta, no quería esperar. No había conseguido dormirse, pero se había deslizado en una modorra donde los ruidos, las imágenes, repercutían al infinito como en el tiempo afiebrado de su enfermedad; las horas le habían parecido cortas. Quizá llegara a atravesar sin angustia el fin de la noche.

Se estremeció. Oía pasos en la escalera; los peldaños crujían demasiado pesadamente, no era Pedro; ya los pasos continuaban hacia los pisos superiores. Se volvió hacia la pared; si empezaba a espiar los rumores de la noche, a contar los minutos, iba a ser infernal, quería conservarse serena. Ya era mucho estar acostada en su cama bien caliente; en ese instante había vagabundos acostados en las

pesadas aceras de los mercados, y viajeros cansados de pie en los corredores de los trenes, y soldados de guardia en las puertas de los cuarteles.

Se ovilló todavía más entre las sábanas. Seguramente, en el curso de esas largas horas, Pedro y Javiera se habían odiado más de una vez, luego reconciliado, pero ¿cómo saber si en esa aurora naciente triunfaba el amor o el odio? Veía una mesa roja en una gran sala casi desierta y, encima de los vasos vacíos, dos rostros tan pronto extáticos, tan pronto furiosos. Trató de fijar una a una cada imagen; ninguna encerraba amenazas: en el punto en que estaban las cosas ya no quedaba nada que pudiera ser amenazado. Pero habría habido que detenerse en una de ellas con certidumbre. Era ese vacío indeciso que terminaba por enloquecer el corazón.

El cuarto estaba débilmente iluminado; dentro de un rato, Pedro llegaría, pero no era posible instalarse por anticipado en ese minuto que su presencia llenaría, ni siquiera podía sentirse llevada hacia él, pues su lugar todavía no estaba fijado. Francisca había conocido esperas que se parecían a carreras enloquecidas, pero aquí pataleaba en el mismo lugar. Esperas, huidas, todo el año había transcurrido así. Y ahora, ¿qué había que volver a esperar? ¿Un equilibrio dichoso del trío? ¿Su ruptura definitiva? Ni una ni otra cosa sería nunca posible, puesto que no había modo de hacer una alianza con Javiera ni de liberarse de ella. Ni siquiera el exilio suprimiría esa existencia que no se dejaba agregar. Francisca recordaba cómo la había negado al principio con su indiferencia; pero la indiferencia no había sido vencida; la amistad acababa de fracasar. No quedaba salvación. Uno podía huir, pero habría que volver y serían otras esperas y otras huidas sin fin.

Francisca tendió el brazo hacia el despertador. Las siete. Afuera era de día. Todo su cuerpo estaba ya alerta y la inmovilidad se convertía en aburrimiento. Apartó las sábanas y empezó a arreglarse. Advirtió con sorpresa que, una vez de pie, a la luz del día, tenía ganas de llorar. Se lavó, se pintó y se vistió lentamente. No se sentía nerviosa, pero no sabía qué hacer consigo misma. Una vez vestida, se tendió de nuevo sobre la cama; en ese instante, en ninguna parte del mundo había un lugar para ella. Nada la atraía afuera, pero aquí nada la retenía, salvo una ausencia; ya no era más que una llamada hueca separado de toda plenitud y de toda presencia hasta el punto de que las paredes mismas de su cuarto la asombraban. Francisca se irguió. Esta vez reconoció el paso. Se compuso el rostro y saltó hacia la puerta. Pedro le sonrió.

—¿Ya estás levantada? Espero que no te habrás preocupado.

—No —dijo Francisca—. Pensaba que teníais tantas cosas que deciros. —Le miró en los ojos. Era evidente que él no salía de la nada. En la tez brillante, en la mirada animada, en los gestos, se reflejaba la plenitud de las horas que acababa de vivir.

—¿Y? —preguntó ella.

Pedro cobró un aire confuso y alegre que Francisca conocía bien.

—Entonces, todo vuelve a empezar —dijo. Tocó el brazo de Francisca—. Te lo contaré en detalle, pero Javiera nos espera para desayunar, le dije que volvíamos en seguida.

Francisca se puso una chaqueta. Acababa de perder su última oportunidad de reconquistar con Pedro una intimidad apacible y pura, pero apenas se había atrevido a creer durante algunos minutos, en esa oportunidad; ahora estaba demasiado cansada para el pesar o para la esperanza. Bajó la escalera; la idea de encontrarse nuevamente en un trío sólo despertaba en ella una ansiedad resignada.

—Resume en pocas palabras lo que ocurrió —dijo.

—Y bien, anoche fui a su hotel. Sentí en seguida que estaba emocionada y eso me emocionó. Nos quedamos allí un rato conversando tontamente de cosas fútiles y después fuimos al Pôle Nord y tuvimos una larga explicación. —Pedro calló un instante y agregó con ese tono fatuo y nervioso que siempre le había resultado penoso a Francisca—: Tengo la impresión de que no se necesitaría mucho para que abandone a Gerbert.

—¿Le pediste que rompiera?

—No quiero ser la quinta rueda del carro.

A Gerbert no le había inquietado la pelea de Pedro y de Javiera; siempre le había parecido que esa amistad descansaba sólo sobre un capricho e iba a sentirse muy mortificado al saber la verdad. En el fondo, habría sido mejor que Pedro lo pusiera desde el principio al corriente de la situación. Gerbert habría renunciado sin esfuerzo a conquistar a Javiera; ahora no estaba muy enamorado de ella, pero, sin duda, le sería desagradable perderla.

—Cuando te hayas ido de viaje —agregó Pedro—, tomaré a Javiera entre manos y al cabo de una semana, si la cuestión no se ha resuelto, le exigiré que elija..

—Sí —dijo Francisca. Vaciló—. Tendrás que explicarle todo a Gerbert, si no, parecerás un cochino.

—Se lo explicaré —dijo Pedro resueltamente—. Le diré que no quise usar mi autoridad con él, pero que me pareció tener derecho a luchar de igual a igual. —Miró a Francisca sin mucha seguridad—. ¿No estás de acuerdo?

—Puede pasar —dijo Francisca.

En un sentido, era verdad que Pedro no tenía ninguna razón para sacrificarse por Gerbert, pero tampoco Gerbert había merecido la dura decepción que le esperaba. Francisca empujó un guijarro con el pie. Sin duda había que renunciar a encontrar la solución justa para ningún problema; desde hacía un tiempo parecía que cualquiera fuera el partido que se tomaba, siempre se estaba equivocando. Y, por otra parte, a nadie le importaba mucho saber lo que estaba bien o mal, ella misma se desinteresaba de la cuestión.

Entraron en el Dôme. Javiera estaba sentada a una mesa, mirando hacia abajo. Francisca le rozó el hombro.

—Buenos días —dijo sonriendo.

Javiera se estremeció y alzó hacia Francisca un rostro perdido, luego sonrió a su vez, con esfuerzo.

—No pensé que fuera usted —dijo.

Francisca se sentó a su lado. Algo en esa acogida le era dolorosamente familiar.

—¡Qué lozana está! —dijo Pedro.

Javiera debía de haber aprovechado la ausencia de Pedro para arreglarse cuidadosamente la cara; tenía la tez lisa y clara, los labios brillantes, el pelo lustroso.

—Sin embargo, estoy cansada —dijo Javiera—. Miró a Francisca, luego a Pedro y se puso la mano ante la boca para ahogar un bostezo—. Hasta creo que tengo ganas de ir a dormir —dijo con un aire confuso y tierno que no iba dirigido a Francisca.

—¿Ahora? —dijo Pedro—. Tiene todo el día por delante. El rostro de Javiera se cerró.

—Pero me siento incómoda —dijo. Un estremecimiento de sus brazos hizo flotar las anchas mangas de su blusa—. Es desagradable conservar el mismo traje durante horas.

—Tome por lo menos un café con nosotros —casi rogó Pedro en tono decepcionado.

—Si quiere... —dijo Javiera.

Pedro pidió tres cafés. Francisca tomó un croissant y empezó a comerlo a pedacitos. No tenía valor para intentar una frase amable, había vivido esa escena ya más de veinte veces, se sentía asqueada de antemano por ese tono amable, esas sonrisas alegres que sentía al borde de sus labios y ese despecho irritado que subía en ella. Javiera se miraba los dedos con aire dormido. Durante un largo rato nadie dijo una palabra.

—¿Qué hiciste con Gerbert? —preguntó Pedro.

—Comimos en la Grille y organizamos nuestro viaje —respondió Francisca—. Creo que nos iremos pasado mañana.

—Van a volver a trepar por las montañas —acotó Javiera con aire triste.

—Sí —dijo Francisca secamente—. ¿Le parece absurdo?

—Si les divierte... —dijo.

Nuevo silencio. Pedro miró a una tras otra con aire inquieto.

—Las dos parecen tan dormidas —dijo con reproche.

—No es una buena hora para ver gente —replicó Javiera.

—Sin embargo, recuerdo un momento muy agradable que pasamos aquí a la misma hora —dijo Pedro.

—Oh, no era tan agradable —dijo Javiera.

Francisca recordaba muy bien esa mañana, su olor de pelea; allí, por primera vez, los celos de Javiera se habían declarado abiertamente. Después de todos sus esfuerzos para desarmarla, hoy volvía a encontrarla intacta. En ese instante no era solamente su presencia, era su existencia misma lo que Javiera hubiera querido borrar.

Javiera apartó su vaso.

—Me voy —dijo con decisión.

—Sobre todo, descanse bien —dijo Francisca en tono irónico. Javiera le tendió la mano sin contestar, le sonrió vagamente a Pedro y cruzó rápidamente el café.

—Es una derrota —dijo Francisca.

—Sí —Pedro parecía contrariado—. Sin embargo, pareció muy contenta cuando le pedí que nos esperara.

—Sin duda no tenía ganas de separarse de ti —dijo Francisca. Tuvo una risita—. Pero algo la golpeó cuando me vio ante ella.

—Va a ser nuevamente infernal —Pedro observó con aire sombrío la puerta por la cual Javiera había salido—. Me pregunto si vale la pena volver a empezar; nunca lograremos nada.

—¿En qué tono te habló de mí? Pedro vaciló.

—Parecía estar bien contigo.

—Pero, ¿qué más? —Miró con fastidio el rostro perplejo de Pedro. Ahora era él quien se creía obligado a tratarla con cuidado—. ¿Tiene alguna queja contra mí?

—Parece tenerte un poco de rencor —confesó Pedro—. Creo que se da cuenta de que no la quieres con pasión. Francisca se puso rígida.

—¿Qué dice exactamente?

—Me dijo que yo era la única persona que no pretendía tratar sus humores con duchas frías. — Bajo la influencia de la voz de Pedro asomaba una leve satisfacción de haberse sentido irremplazable hasta ese punto—. Y después, en un momento dado, me declaró con aire encantado: Usted y yo no somos criaturas morales, somos capaces de hacer actos sucios. Y como yo protestase, agregó: Usted quiere parecer moral a causa de Francisca, pero en el fondo es tan traidor como yo y tiene el alma igualmente negra.

Francisca se ruborizó. Empezaba ella también a sentir como una tara ridícula esa moralidad legendaria de la cual uno se ríe a solas, con indulgencia; tal vez no pasaría mucho más tiempo antes de que ella se liberara. Miró a Pedro; su rostro tenía una expresión indecisa que no reflejaba una conciencia muy buena, se veía que las palabras de Javiera lo habían halagado vagamente.

—Supongo que me reprocha como una prueba de tibieza esta tentativa de reconciliación —dijo.

—No sé.

—¿Qué más pasó? —preguntó Francisca. Y agregó con impaciencia—: dílo todo.

—Hizo una alusión rencorosa a lo que ella llama amores de abnegación.

—¿Cómo es eso?

—Me exponía su carácter y me dijo con una humildad fingida: Sé que a veces soy muy molesta para la gente, pero ¿qué quiere? Yo no estoy hecha para los amores de abnegación.

Francisca quedó desconcertada; era una perfidia de doble filo: Javiera le reprochaba a Pedro que siguiera siendo sensible a un amor tan triste, y por su propia cuenta lo rechazaba ásperamente. Francisca había estado lejos de sospechar la extensión de esa hostilidad donde se mezclaban los celos y el despecho.

—¿Es todo? —preguntó.

—Me parece —respondió Pedro.

No era todo, pero Francisca se sintió de pronto cansada de interrogar. Ya sabía lo bastante para sentir en la boca el gusto pérfido de esa noche en que el rencor triunfante de Javiera le había arrancado a Pedro mil pequeñas traiciones.

—Además, me importan un bledo sus sentimientos —dijo.

Era verdad. En ese punto extremo de la desdicha, de pronto ya nada tenía importancia. A causa de Javiera había estado a punto de perder a Pedro, y Javiera no le daba a cambio sino desdén y celos. Apenas reconciliada con Pedro, Javiera había intentado establecer entre ellos una complicidad solapada de la cual él se defendía a medias. Ese abandono en que ambos dejaban a Francisca era una desolación tan total, que ni siquiera quedaba lugar para la ira ni para las lágrimas. Francisca ya no esperaba nada de Pedro y su indiferencia ya no la conmovía. Frente a Javiera, sentía con una especie de alegría levantarse en ella algo negro y amargo que todavía no conocía y que era casi una liberación: poderoso, libre, floreciendo por fin sin impedimentos: era el odio.

VIII

—Creo que llegamos —dijo Gerbert.

—Sí, es esa casa que se ve allá arriba —dijo Francisca.

Habían caminado mucho durante el día y desde hacía dos horas subían dificultosamente; caía la noche, hacía frío. Francisca miró con ternura a Gerbert, que la precedía en el sendero abrupto. Ambos caminaban con un paso regular. Un mismo cansancio feliz los habitaba y juntos evocaban en silencio el vino tinto, la sopa, el fuego que esperaban encontrar allí arriba; esas llegadas a los pueblos desolados siempre se parecían a una aventura. No podían adivinar si iban a sentarse en el extremo de una mesa bulliciosa, en una cocina campestre, o si iban a comer solos en el fondo de una hostería vacía, o si llegarían a un hotelito burgués ya lleno de veraneantes. En todo caso, arrojarían sus sacos en un rincón y, con los músculos flojos y el corazón satisfecho, pasarían uno al lado del otro horas tranquilas, contándose ese día que acababan de vivir juntos y haciendo planes para el día siguiente. Francisca se adelantaba hacia el calor de esa intimidad más que hacia la tortilla opulenta y los fuertes alcoholes campesinos. Una ráfaga de viento le cortó la cara. Llegaban a una garganta que dominaba un abanico de valles perdidos en un crepúsculo indistinto.

—No vamos a poder plantar la tienda —dijo—. El suelo está empapado.

—Seguramente encontraremos un granero —dijo Gerbert.

Un granero. Francisca sintió un vacío nauseoso que se ahondaba en ella. Tres días antes habían dormido en un granero. Se habían acostado a pocos pasos el uno del otro, pero en el sueño, el cuerpo de Gerbert había resbalado hasta el de ella y la había abrazado. Lamentándolo un poco, ella había pensado: Me toma por otra, y había retenido la respiración para no despertarlo. Y había tenido un sueño. Se encontraba, en sueños, ante ese mismo granero, y Gerbert, con los ojos muy abiertos, la apretaba entre sus brazos; ella se abandonaba, con el corazón lleno de dulzura y de seguridad, y luego, en ese tierno bienestar, asomaba una angustia. Es un sueño, decía ella, no es verdad. Gerbert la había apretado más fuerte diciendo alegremente: Es verdad, sería muy tonto que no fuera verdad. Poco después, un resplandor había cruzado sus párpados; estaba en el heno, apretada contra Gerbert y nada era verdad.

—Me pasé toda la noche con su pelo contra la cara —había dicho ella riendo.

—Lo que es usted, se lo pasó dándome codazos —había contestado Gerbert, indignado.

Ella no encaraba sin depresión la posibilidad de revivir mañana un despertar semejante. Bajo la tienda, arrinconada en un espacio estrecho, ella se sentía protegida por la dureza del suelo, la incomodidad y la valla de madera que la separaba de Gerbert. Pero sabía que luego no tendría valor para hacerse una cama lejos de la suya. Era inútil tratar de seguir tomando a la ligera la vaga nostalgia que había arrastrado durante todos esos días; durante dos horas de subida silenciosa había ido creciendo y se había convertido en un deseo sofocante. Esta noche, mientras Gerbert durmiera con inocencia, ella iba a soñar, a lamentar y a sufrir vanamente.

—¿No cree que esto es un café? —comentó Gerbert. Sobre la pared de la casa se leía en grandes letras en un cartel: Byrrh, y encima había un puñado de ramas secas.

—Lo parece —dijo Francisca.

Subieron tres escalones y entraron en una gran sala caliente con olor a sopa y a ramas secas. Había dos mujeres sentadas en un banco pelando patatas y tres campesinos sentados a una mesa con vasos de vino tinto ante ellos.

—Señores, señoras —dijo Gerbert.

Todas las miradas se habían vuelto hacia él; se adelantó hacia las dos mujeres.

—¿Se podría comer algo, por favor?

Las mujeres lo miraron con desconfianza.

—¿Vienen de lejos? —preguntó la más vieja.

—Subimos de Burzet —respondió Francisca.

—Es un trecho de camino —dijo la otra mujer.

—Por eso tenemos hambre —dijo Francisca.

—Pero ustedes no son de Burzet —dijo la vieja con aire de crítica.

—No, somos de París —aclaró Gerbert.

Hubo un silencio; las mujeres se consultaron con la mirada.

—No tengo gran cosa que darles —dijo la vieja.

—¿No tiene huevos? ¿O un pedazo de pastel? Cualquier cosa —dijo Francisca.

La vieja se encogió de hombros.

—Huevos, sí, tenemos huevos. —Se levantó y se secó las manos en su delantal azul—. Si quieren pasar por ahí —dijo, como a pesar suyo.

La siguieron a una habitación de techo bajo donde ardía un fuego de leños; parecía un comedor provinciano y burgués, había una mesa redonda, un aparador cargado de adornos y sobre los sillones, almohadones de raso naranja con aplicaciones de terciopelo negro.

—Traíganos en seguida una botella de vino tinto, por favor —pidió Gerbert. Ayudó a Francisca a sacarse su mochila y a su vez dejó la suya.

—Estamos como reyes aquí —dijo con aire satisfecho.

—Sí, es muy confortable.

Se acercó al fuego. Sabía muy bien lo que le faltaba a esa noche acogedora. Si al menos hubiese podido tocar las manos de Gerbert, sonreírle con una ternura confesada, entonces las llamas, el olor de la comida, los gatos y los pierrots de terciopelo negro habrían colmado alegremente su corazón; pero todo eso estaba disperso a su alrededor, sin tocarla, le parecía casi absurdo estar ahí.

La posadera volvió con una botella de vino fuerte.

—¿No tendrían por casualidad un granero donde pudiéramos pasar la noche? —dijo Gerbert.

La mujer disponía los cubiertos sobre el hule; alzó la cabeza.

—¡No van a dormir en un granero! —dijo con aire escandalizado—. Qué mala suerte, hubiera tenido un cuarto, pero mi hijo, que se fue como cartero, acaba de volver.

—Estaríamos muy bien en el heno, si no la molestáramos —dijo Francisca—. Tenemos mantas. —Señaló las mochilas—. Pero hace demasiado frío para que podamos plantar la tienda.

—A mí no me molesta —dijo la mujer. Salió del cuarto y volvió con una sopera humeante—. Esto los calentará un poco —agregó con voz amable.

Gerbert llenó los platos y Francisca se sentó frente a él.

—Se está domesticando —dijo Gerbert cuando estuvieron solos—. Todo se arregla lo mejor posible.

—Lo mejor posible —repitió Francisca con convicción.

Miró furtivamente a Gerbert; la alegría que iluminaba su rostro se parecía a la ternura. ¿Estaba verdaderamente fuera de su alcance? ¿O era solamente que ella nunca se había atrevido a tender la mano hacia él? ¿Quién la retenía? No era Pedro ni Javiera; ella ya no le debía nada a Javiera, que, por otra parte, se disponía a traicionar a Gerbert. Estaban solos en lo alto de una garganta azotada por los vientos, separados del resto del mundo, y su historia sólo les concernía a ellos.

—Voy a hacer una cosa que le va a dar asco —dijo Gerbert en tono amenazador.

—¿Qué cosa?

—Voy a volcar este vino en mi sopa. —Unió el ademán a la palabra.

—Ha de ser horrible.

Gerbert se llevó a la boca una cucharada del líquido sangriento.

—Es una delicia —dijo—. Pruebe.

—Ni por todo el oro del mundo.

Tomó un trago de vino; sus pómulos estaban húmedos. Siempre había pasado de largo ante sus sueños y sus deseos, pero ahora sentía horror por su actitud juiciosa, ¿por qué no se decidía a querer lo que deseaba?

—Parecía espléndida la vista que hay desde la garganta —dijo—. Creo que mañana tendremos un hermoso día. Gerbert le echó una mirada torva.

—¿Otra vez nos va a obligar a levantarnos a la madrugada?

—No se queje; el técnico serio está en las cumbres a las cinco de la mañana.

—Es una locura. Yo, antes de las ocho, no existo.

—Ya sé —Francisca sonrió—. Si alguna vez hace un viaje a Grecia, verá que hay que ponerse en camino antes del alba.

—Sí, pero entonces se duerme la siesta —dijo Gerbert. Meditó—. Me gustaría que no fracasara ese proyecto de una gira.

—Por poca tensión que haya, creo que se va a pique.

Gerbert cortó con decisión un gran pedazo de pan:

—En todo caso, yo encontraré una combinación. No me quedo en Francia el año próximo. —Su rostro se animó—. Parece que en la isla Mauricio se pueden recoger bolsas de oro.

—¿Por qué en la isla Mauricio?

—Ramblin me lo dijo: está lleno de millonarios que pagarían cualquier cosa porque uno los distraiga un poco.

La puerta se abrió y entró la posadera trayendo una gran tortilla de patatas.

—Pero esto es suntuoso —dijo Francisca. Se sirvió y le pasó la fuente a Gerbert—. Tome, le dejo el pedazo más grande.

—¿Todo esto es para mí?

—Es todo para usted.

—Usted es muy honrada.

Ella le lanzó una mirada rápida.

—¿Acaso no soy siempre honrada con usted? —dijo. Había habido en su voz una osadía que la avergonzó.

—Sí, hay que decir que lo es.

Francisca redondeaba entre los dedos una bolita de miga de pan. Debía aferrarse sin tregua a esa decisión ante la cual se había encontrado de pronto; no sabía cómo, pero algo debía ocurrir antes de mañana.

—¿Le gustaría marcharse por mucho tiempo? —preguntó.

—Un año o dos.

—Javiera le guardará un rencor mortal —dijo Francisca de mala fe. Hizo rodar sobre la mesa la bolita gris y dijo en tono desenvuelto—: ¿No le dolería alejarse de ella?

—Al contrario —dijo Gerbert en un impulso.

Francisca bajó la cabeza; había habido en ella una explosión de luz tan violenta, que temía que fuera visible desde afuera.

—¿Por qué? ¿Le pesa tanto? Creía que estaba interesado por ella.

Estaba contenta al pensar que a la vuelta de ese viaje, si Javiera rompía con él, Gerbert no sufriría; pero esa no era la causa de esa alegría indecente que acababa de estallar en ella.

—No me pesa, si pienso que va a terminarse pronto —dijo Gerbert—. Pero de tanto en tanto me pregunto si las ataduras no empiezan así. Me causaría horror.

—¿Aun si quisiera a esa mujer?

Le tendió su vaso, que él llenó hasta el borde; ahora estaba angustiada. Él estaba ahí, frente a ella, solo, sin ataduras, absolutamente libre. Su juventud, el respeto que había tenido siempre por Pedro y por ella no le permitían esperar de él ningún gesto. Francisca sólo debía contar consigo misma si quería que algo ocurriera.

—Creo que nunca querré a ninguna mujer —dijo Gerbert.

—¿Por qué? —preguntó Francisca. Era tal su tensión que le temblaba la mano; se inclinó y bebió un trago sin tocar el vaso con los labios.

—No sé —dijo Gerbert. Vaciló—. No se puede hacer nada con una mujer: ni pasearse, ni emborracharse, ni nada. No comprenden las bromas y, además, hay que andar lleno de vueltas con ellas, uno se siente todo el tiempo culpable. —Agregó con convicción—: Me gusta la gente cuando puedo ser como soy.

—Por mí no se moleste —dijo Francisca. Gerbert lanzó una carcajada.

—Oh, usted es como un tío —dijo con simpatía.

—Es verdad, usted nunca me miró como a una mujer.

Sintió sobre los labios una sonrisa rara. Gerbert la miró con curiosidad. Ella apartó la vista y vació su vaso. Había arrancado mal, le daría vergüenza emplear con Gerbert una torpe coquetería. Hubiera sido mejor continuar francamente: ¿Le asombraría si le propusiera que se acostara conmigo? O algo así. Pero sus labios se negaban a formar esas palabras. Señaló la fuente vacía.

—¿Cree que va a darnos algo más?

—Creo que no —dijo Gerbert.

El silencio había durado demasiado, algo equívoco se había deslizado en el aire.

—En todo caso, podríamos pedir vino —dijo.

De nuevo Gerbert la miró con un aire un poco inquieto.

—Media botella —dijo. Ella sonrió. A él le gustaban las situaciones simples. ¿Adivinaba acaso por qué necesitaba la ayuda de la embriaguez?

—Señora, por favor —llamó Gerbert.

La vieja entró y colocó sobre la mesa un trozo de carne hervida rodeada de legumbres.

—¿Qué quieren después de esto? ¿Queso, dulce?

—Creo que no tendremos más hambre —dijo Gerbert—. Tráiganos un poco de vino, por favor.

—¿Por qué esta vieja loca empezó por decir que no había nada que comer? —dijo Francisca.

La mujer volvía con una botella. Después de reflexionar, Francisca decidió no tomar sino uno o dos vasos. No quería que Gerbert pudiera atribuir su conducta a una locura pasajera.

—Después de todo —agregó—, lo que usted le reprocha al amor es no sentirse cómodo. ¿Pero no cree que uno empobrece mucho su vida si rechaza toda relación profunda con la gente?

—Pero hay otras relaciones profundas aparte del amor —dijo Gerbert con viveza—. Yo pongo la amistad muy por encima. Me encontraría muy bien en una vida donde sólo hubiera amistades.

Miraba a Francisca con un poco de insistencia. ¿Quería él también hacerle comprender algo? ¿Que lo que sentía por ella era una verdadera amistad y que le resultaba preciosa? Raramente hablaba tanto de sí mismo: había en él esa noche una especie de acogida.

—Yo nunca podría querer a alguien por quien no sintiese una amistad verdadera —dijo Francisca.

Había puesto la frase en presente, pero le había dado un tono indiferente y positivo. Había querido agregar algo, pero ninguna de las frases que acudían a sus labios consiguió salir. Terminó por decir—: Una amistad a secas me parece algo frío.

—No me parece —dijo Gerbert.

Se había erizado un poco; pensaba en Pedro, pensaba que uno no podía querer a nadie más de lo que él quería a Pedro.

—Sí, en el fondo tiene razón —dijo Francisca.

Dejó su tenedor y se sentó junto al fuego. Gerbert se levantó a su vez y tomó de junto a la chimenea un gran leño redondo que dispuso diestramente sobre el morillo.

—Ahora va a fumarse una buena pipa —dijo Francisca. Agregó sin reprimir un impulso de ternura—: Me gusta verlo fumar la pipa.

Tendió su mano a las llamas. Estaba bien, había casi una amistad declarada esta noche entre Gerbert y ella, ¿por qué pedir algo más? Él tenía la cabeza un poco inclinada, chupaba su pipa con precaución y el fuego doraba su rostro. Ella rompió una rama seca y la arrojó al hogar. Ya nada podría matar esas ganas que sentía de tener la cabeza de Gerbert entre sus manos.

—¿Qué haremos mañana? —dijo Gerbert.

—Vamos a subir al Gerber des Jones, luego al Mezenc. —Se levantó y hurgó en su cartera—. No sé con exactitud por dónde es mejor bajar. —Extendió un mapa sobre el piso, abrió la guía y se tendió de bruces en el suelo.

—¿Quiere ver?

—No, confío en usted —dijo Gerbert.

Ella observó distraídamente la red de pequeñas rutas bordeadas de verde y picadas de manchas azules que señalaban los lugares de observación. ¿Qué sería mañana? La respuesta no estaba sobre el mapa. No quería que ese viaje terminara en lamentos que luego se convertirían en remordimientos y en

odio contra sí misma: iba a hablar. ¿Pero sabía siquiera si a Gerbert le causaría placer besarla? Probablemente nunca había pensado en eso; ella no soportaría que él cediera por complacencia. La sangre se le subió al rostro; recordaba a Isabel: una mujer que toma; esa idea le causaba horror. Alzó los ojos hacia Gerbert y se sintió un poco tranquilizada. Sentía por ella demasiado afecto y demasiada estima para burlarse en secreto; lo necesario era evitarle la posibilidad de un franco rechazo. Pero ¿cómo hacer?

Se estremeció. La más joven de las mujeres estaba ante ella, balanceando en el extremo de su brazo una linterna de tormenta.

—Si quieren ir a dormir —dijo—, los voy a guiar.

—Sí, gracias —repuso Francisca.

Gerbert cargó las dos mochilas y salieron de la casa. Era una noche horrible, soplaban un viento huracanado. Ante ellos, el círculo de luz vacilante iluminaba un terreno fangoso.

No sé si estarán muy bien —dijo la mujer—. Hay un cristal roto y, además, las vacas hacen ruido en el establo de al lado.

—No nos molestará —dijo Francisca.

La mujer empujó un pesado montante de madera. Francisca respiró con placer el olor a heno; era un vasto granero; entre las parvas se veían leños, cajones, una carretilla.

—¿No tiene cerillas, por lo menos? —dijo la mujer.

—No, tengo una linterna —dijo Gerbert.

—Entonces, buenas noches —dijo ella. Gerbert empujó la puerta y cerró con llave.

—¿Dónde nos instalamos? —preguntó Francisca. Gerbert paseó sobre el piso y sobre las paredes un delgado haz de luz.

—En el rincón del fondo. ¿No le parece? Hay mucho heno y estaremos lejos de la puerta.

Avanzaron con precaución. Francisca no tenía ni una gota de saliva en la boca. Era el momento o nunca; le quedaban alrededor de diez minutos, pues Gerbert siempre se dormía como un tronco. Ella no veía en absoluto la manera de tocar el tema.

—Oiga el viento —dijo Gerbert—. Estaremos mejor aquí que en la tienda. —Las paredes del granero temblaban bajo el huracán. Al lado, una vaca dio una patada en el tabique y sacudió sus cadenas.

—Va a ver qué confortable instalación preparo.

Dejó su linterna sobre una tabla donde alineó cuidadosamente la pipa, el reloj, la billetera. Francisca sacó de la mochila su manta y un pijama de franela. Se alejó algunos pasos y se desvistió en la oscuridad. Ya no tenía ninguna idea en la cabeza, sólo esa barra de hierro que le cortaba el estómago. No tenía tiempo de inventar nada, pero no abandonaba la partida. Si la linterna se apagaba antes de que hubiera hablado, llamaría: «Gerbert», y diría de un tirón: «¿Nunca pensó que podíamos acostarnos juntos?» Lo que pasara después no tendría importancia; no tenía sino un deseo: liberarse de esa obsesión.

—¡Qué trabajador está! exclamó, volviendo a la luz.

Gerbert extendió las mantas una al lado de la otra y fabricó almohadas llenando de heno dos jerseys. Se alejó y Francisca se metió hasta medio cuerpo en su saco de dormir. Su corazón latía locamente. Por un instante tuvo ganas de abandonar todo y de huir en el sueño.

—Qué bien se está en el heno —dijo Gerbert extendiéndose a su lado; colocó la linterna sobre una viga detrás de ellos. Francisca lo miró y de nuevo se sintió cruzada por un deseo torturador de sentir su boca bajo sus labios.

—Tuvimos un día espléndido —dijo él—. Es un buen lugar. Estaba acostado de espaldas, sonriendo, no parecía muy ansioso por dormirse.

—Sí, me gustó mucho esa comida y ese fuego de leños ante el cual discutimos como viejos.

—¿Por qué como viejos? —respondió Gerbert.

—Hablabamos de amor, de amistad, como gente enmohecida y fuera del juego.

Había en su voz una ironía rencorosa que no se le escapó a Gerbert; le echó una mirada molesta.

—¿Ha hecho bonitos planes para mañana? —preguntó después de un corto silencio.

—Sí, no era complicado —dijo Francisca. Dejó caer la conversación; sentía sin disgusto que la atmósfera se hacía pesada. Gerbert hizo un nuevo esfuerzo.

—Sería agradable si pudiéramos bañarnos en ese lago del que usted hablaba.

—Sin duda podremos —dijo Francisca. Volvió a encerrarse en un silencio terco. Por lo general entre ellos no faltaba tema. Gerbert terminaría por husmear algo.

—Mire lo que sé hacer —dijo bruscamente.

Levantó las manos por encima de su cabeza y agitó los dedos; la linterna proyectó sobre la pared de enfrente un vago perfil de animal.

—¡Qué hábil es! —dijo Francisca.

—También sé hacer un juez.

Ahora estaba segura de que buscaba una actitud; con la garganta seca lo miró fabricar con aplicación sombras de conejo, de camello, de jirafa. Cuando hubo agotado sus últimos recursos, bajó las manos.

—Son bonitas las sombras chinescas —empezó con volubilidad—. Casi tan bonitas como los títeres. ¿No vio las siluetas dibujadas por Begrassian? Lo malo es que nos faltaba un escenario; el año próximo trataremos de ocuparnos de eso.

Calló. No podía seguir fingiendo que no se daba cuenta de que Francisca no lo escuchaba. Ella se había extendido de bruces y miraba la linterna cuya luz palidecía.

—La pila está gastada —dijo Gerbert—. Se va a apagar.

Francisca no contestó nada; a pesar de la corriente de aire frío que venía del cristal roto, estaba transpirando, tenía la impresión de estar al borde de un abismo sin poder avanzar ni retroceder. Estaba sin pensamientos, sin deseos y, de pronto, la situación le pareció simplemente absurda. Sonrió nerviosamente.

—¿Por qué sonríe? —preguntó Gerbert.

—Por nada.

Empezaron a temblarle los labios; había deseado esa pregunta con toda su alma y ahora tenía miedo.

—¿Ha pensado algo? —dijo Gerbert.

—No. No era nada.

Bruscamente los ojos se le llenaron de lágrimas; tenía los nervios agotados. Ahora había avanzado demasiado; el mismo Gerbert la obligaría a hablar, y quizás esa amistad tan agradable que había entre ellos iba a quedar destruida para siempre.

—Por otra parte, sé muy bien lo que ha pensado —dijo Gerbert en tono de desafío.

—¿Qué era?

Gerbert tuvo un gesto altanero:

—No lo diré.

—Dígalo y yo le diré si era eso.

—No, dígalo usted primero.

Por un instante se miraron como dos enemigos. Francisca hizo el vacío en ella y por fin las palabras cruzaron sus labios.

—Me reía preguntándome qué cara pondría usted, a quien no le gustan las complicaciones, si le propusiera acostarse conmigo.

—Creí que pensaba que yo tenía ganas de besarla y que no me atrevía —dijo Gerbert.

—Nunca se me ocurrió que usted tuviera ganas de besarme —dijo Francisca con altura. Hubo un silencio, le zumbaban las sienes. Ahora ya estaba, había hablado—. Y bueno, conteste, ¿qué cara pondría?

Gerbert se acurrucó en sí mismo, no le quitaba a Francisca los ojos de encima y toda su cara se había puesto a la defensiva.

—No es que no me gustara. Pero me intimidaría demasiado.

Francisca recuperó el aliento y logró sonreír amablemente.

—Está hábilmente contestado —dijo. Terminó de afirmarse la voz—. Tiene razón, sería artificial y molesto.

Tendió la mano hacia la linterna. Había que apagar lo antes posible y refugiarse en la oscuridad; iba a llorar mucho, pero, al menos, no arrastraría esa obsesión tras ella. Lo único que temía era que, por la mañana, el despertar fuera incómodo.

—Buenas noches —dijo.

Gerbert la miraba obstinadamente con un aire huraño e incierto.

—Yo estaba convencido de que antes de salir de viaje había apostado con Labrousse que yo iba a tratar de besarla. La mano de Francisca volvió a caer.

—No soy tan fatua —dijo—. Sé muy bien que me toma por un hombre.

—No es verdad —dijo Gerbert. Su impulso se cortó de golpe y de nuevo una sombra desconfiada pasó por su rostro—. Me causaría horror ser en su vida lo que son las Canzetti para Labrousse.

Francisca vaciló.

—¿Quiere decir, tener conmigo un lío que yo tomara a la ligera?

—Sí.

—Pero yo nunca tomo nada a la ligera. Gerbert la miró vacilando.

—Creí que se había dado cuenta y que la divertía.

—¿De qué?

—De que yo tenía ganas de besarla: la otra noche en el granero y ayer a orillas del arroyo. —Se retrajo todavía más y dijo con una especie de ira—: Yo había decidido que al volver a París la besaría en el andén de la estación. Pero pensaba que usted se me reiría en la cara.

—¡Yo! —dijo Francisca. Ahora lo que le incendiaba las mejillas era la alegría.

—De lo contrario, ya lo hubiera querido un montón de veces. Me gustaría besarla.

Seguía envuelto en su manta con aire acosado. Francisca midió con la mirada la distancia que le separaba de ella y tomó impulso.

—Y bien, hágalo, Gerbert, tontuelo —dijo tendiendo la boca.

Algunos instantes después, Francisca tocaba con una precaución asombrada ese joven cuerpo liso y duro que durante tanto tiempo le había parecido intocable. Esta vez no soñaba; era verdad que lo tenía despierto, apretado contra ella. La mano de Gerbert le acariciaba la espalda, la nuca, se posó sobre su cabeza y ahí se detuvo.

—Me gusta la forma de su cráneo —murmuró, y agregó con una voz que ella no le conocía—: Me parece raro besarla.

La linterna se había apagado, el viento continuaba soplando con rabia y el cristal roto dejaba pasar un sople frío. Francisca puso su mejilla contra el hombro de Gerbert; abandonada contra él, distendida, no sentía ninguna molestia de hablarle.

—¿Sabe? —dijo—. No solamente por sensualidad tenía ganas de estar entre sus brazos; era sobre todo por ternura.

—¿De veras? —dijo Gerbert en tono alegre.

—Por supuesto. ¿Nunca sintió la ternura que usted me inspiraba?

Los dedos de Gerbert se crisparon sobre su hombro.

—Eso me alegra, eso me alegra verdaderamente.

—¿Pero no saltaba a la vista?

—No —dijo Gerbert—. Era seca como un palo. Y hasta me resultaba penoso verla mirar a Labrousse o a Javiera de cierto modo; me decía que conmigo nunca tendría esas expresiones.

—Era usted quien me hablaba duramente —replicó Francisca. Gerbert se acurrucó contra ella.

—Sin embargo, siempre la he querido mucho —dijo—. Hasta demasiado.

—Lo ocultaba muy bien —dijo Francisca. Colocó sus labios sobre los párpados de largas pestañas—. La primera vez que tuve ganas de tomar esta cabeza, así, entre mis manos, fue en mi despacho, la víspera de la llegada de Pedro. ¿Se acuerda? Usted dormía sobre mi hombro, no se ocupaba de mí, pero yo, sin embargo, estaba contenta de saberlo allí.

—Oh, estaba un poco despierto —dijo Gerbert—. Me gustaba también sentirla contra mí, pero creía que me prestaba su hombro como me hubiera prestado un almohadón —agregó con aire asombrado.

—Se equivocaba —dijo Francisca. Pasó la mano por el suave pelo negro—. Y, sabe, ese sueño que le conté el otro día en el granero, cuando usted me decía: «Pero no, no es un sueño, sería demasiado tonto si no fuera verdad...» Le mentí, no temía despertar porque no paseábamos por Nueva York. Era porque estaba entre sus brazos lo mismo que en este momento.

—¿Es posible? —dijo Gerbert. Bajó la voz—. Tenía tanto miedo por la mañana de que usted sospechara que yo no había dormido; había estado fingiendo para poder estrecharla contra mí. Era deshonesto, ¡pero tenía tantas ganas!

—Y bien, estaba muy lejos de suponerlo —Francisca se echó a reír—. Hubiéramos podido jugar mucho tiempo al escondite. Hice bien en echarme groseramente sobre usted.

—¿Usted? Usted no se echó nada, no quería decirme ni una palabra.

—¿Pretende que gracias a usted hemos llegado a esto?

—Yo hice tanto como usted. Dejé la linterna encendida y mantuve la conversación para impedir que se durmiera.

—¡Qué osadía! Si supiera con qué aire me miró durante la comida, cuando intenté un débil acercamiento.

—Creía que empezaba a estar borracha.

Francisca oprimió su mejilla contra la suya.

—Estoy contenta de no haberme descorazonado.

—Yo también estoy contento.

El posó sobre su boca sus labios calientes y ella sintió que su cuerpo se pegaba estrechamente al suyo.

El taxi corría entre los castaños del bulevar Arago. Por encima de las casas altas, el cielo azul estaba puro como un cielo de montaña. Sonriendo tímidamente, Gerbert rodeó con su brazo los hombros de Francisca; ella se apoyó contra él.

—¿Está todavía contento? —dijo ella.

—Sí, estoy contento —dijo Gerbert. La miró con confianza—. Lo que me alegra es que me parece que me quiere de veras. Entonces me sería casi lo mismo no verla durante mucho tiempo. No parece amable lo que estoy diciendo pero lo es.

—Comprendo —dijo Francisca.

Una marea de emoción se le subió a la garganta. Recordaba el desayuno en la hostería después de la primera noche; se miraban sonriendo con una sorpresa encantada y una leve molestia; se habían alejado por el camino tomados de un dedo como los novios suizos. En un prado, al pie del Gerbier des Jones, Gerbert había cortado una florecita azul oscuro y se la había dado a Francisca.

—Es tonto —dijo ella—, no debería ser así, pero no me gusta pensar que esta noche otra persona dormirá junto a usted.

—A mí tampoco me gusta —dijo Gerbert en voz baja. Agregó con una especie de depresión—: Me gustaría que sólo usted me quisiera.

—Le quiero mucho.

—Yo nunca he querido a una mujer como la quiero a usted. ¡Y de lejos, de muy lejos!

Los ojos de Francisca se empañaron. Gerbert no echaría raíces en ninguna parte, nunca pertenecería a nadie. Pero le daba sin reserva todo lo que podía dar de sí.

—Querido, querido Gerbert —dijo besándolo.

El taxi se había detenido. Ella permaneció un momento frente a él, con la mirada turbia, sin decidirse a soltarle los dedos. Sentía una especie de angustia, como si tuviera que tirarse de un salto en un agua profunda.

—Hasta luego —dijo bruscamente—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo Gerbert.

Ella cruzó la puertecita del teatro.

—¿El señor Labrousse está arriba?

—Seguramente. Ni siquiera ha llamado todavía —repuso la portera.

—Suba dos cafés con leche, por favor. Con tostadas.

Cruzó el patio. Su corazón latía con una esperanza increíble. La carta había sido escrita tres días antes. Pedro podía haberse echado atrás; pero era muy de él: una vez que había renunciado a una cosa, se encontraba completamente desapegado. Llamó.

—Entre —dijo una voz dormida.

Encendió la luz. Pedro abrió dos ojos rojizos. Estaba todo enrollado en sus sábanas, tenía el aire beatífico y perezoso de una enorme larva.

—Parece que dormías —comentó ella alegremente. Se sentó al borde de la cama y lo besó.

—Qué caliente estás. Me dan ganas de acostarme.

Había dormido bien, extendida cuan larga era sobre un asiento, pero esas sábanas blancas parecían tan acogedoras.

—Qué contento me siento de que estés aquí —dijo Pedro. Se frotó los ojos—. Espera, voy a levantarme.

Ella se dirigió a la ventana y corrió las cortinas, mientras él se ponía una magnífica bata de terciopelo hecha con un traje de teatro.

—¡Qué buen aspecto tienes! —dijo Pedro.

—He descansado —Francisca sonrió—. ¿Recibiste mi carta?

—Sí. —Pedro sonrió a su vez—. Sabes, no me sorprendió.

—A mí lo que me sorprendió no fue tanto haberme acostado con Gerbert, sino que parece estar verdaderamente atado a mí.

—¿Y tú? —dijo Pedro con ternura.

—Yo también. Me siento muy atada a él, y además, lo que me gusta es que nuestras relaciones se hayan vuelto profundas conservando su liviandad.

—Sí, está bien. Es una suerte tanto para él como para ti. Sonreía, pero había una leve reticencia en su voz.

—¿No ves nada criticable en todo esto?

—Por supuesto que no —dijo Pedro. Llamaron a la puerta.

—Es el desayuno —dijo la portera.

Dejó la fuente sobre la mesa. Francisca tomó un pedazo de pan tostado; estaba crujiente en la superficie y blanco por dentro; lo cubrió de mantequilla y llenó las tazas de café con leche.

—Un verdadero café con leche —dijo—. Verdaderas tostadas. Es muy agradable. Si hubieras visto el mejunje negro que Gerbert nos fabricaba.

—Dios me libre —Pedro tenía un aire preocupado.

—¿Qué piensas? —preguntó ella con cierta inquietud.

—Nada —dijo Pedro. Vaciló—. Si estoy un poco perplejo, es a causa de Javiera. Es feo para ella lo que está pasando. A Francisca le dio un vuelco el corazón.

—Javiera —dijo—. ¡Pero yo no me perdonaría si le obligara a algún sacrificio!

—No creas que me permito reprocharte nada —repuso Pedro con vivacidad—. Pero lo que me consterna un poco es que acabo justamente de convencerla de que construya con Gerbert una relación sólida y limpia.

—Evidentemente, no viene muy al caso —dijo Francisca con una risita—. ¿En qué estás con ella? ¿Qué ha pasado?

—Es muy sencillo. —Pedro vaciló un segundo—. Cuando te fuiste, recuerdas, yo quería obligarla a romper. Pero en cuanto hablamos de Gerbert, sentí resistencias más fuertes de lo que yo suponía; le importa mucho, diga lo que diga. Eso me hizo vacilar. Si hubiera insistido, creo que habría ganado. Pero me pregunté si tenía verdaderamente ganas.

—Sí —dijo Francisca.

Todavía no se atrevía a creer en las promesas de esa voz razonable, de ese rostro confiado.

—Cuando volví a verla por primera vez, sentí una sacudida. —Pedro se encogió de hombros—. Y después, cuando la tuve a mi disposición de la noche a la mañana, arrepentida, llena de buena voluntad, casi enamorada, perdió de pronto toda importancia ante mis ojos.

—Verdaderamente, tienes un carácter muy caprichoso —dijo Francisca alegremente.

—No. ¿Comprendes? Si se hubiera echado en mis brazos sin reservas, me habría sentido seguramente conmovido; quizá también me habría interesado en el juego, si ella se hubiera mantenido a la defensiva. Pero la veía a la vez tan ávida de reconquistarme y tan ansiosa de no sacrificarme nada, que no me inspiró sino una piedad un poco asqueante.

—¿Entonces ?

—Por un momento, sin embargo, tuve la tentación de obstinarme. Pero me sentía tan separado de ella, que me pareció deshonesto: hacia ella, hacia ti, hacia Gerbert. —Calló un momento—. Y luego, cuando un lío se acabó, se acabó, no hay nada que hacer. Su lío con Gerbert, la escena que tuvimos, lo que pensé de ella y de mí, todo eso es irreparable. Ya la primera mañana en el Dôme, cuando repitió su ataque de celos, me sentí asqueado ante la idea de que todo iba a volver a empezar.

Francisca acogió sin escándalo la alegría cruel que invadía su corazón: antes le había costado demasiado caro querer conservar el alma pura.

—¿Pero sigues viéndola? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Pedro—. Hasta ha quedado convenido que existe entre nosotros una amistad irremplazable.

—¿No se enojó cuando supo que ya no estabas apasionado por ella?

—Fui hábil. Fingí hacerme a un lado con pena, pero al mismo tiempo la convencí de que si le repugnaba sacrificar a Gerbert se entregara completamente a ese amor. —Miró a Francisca—. Yo no le deseo ningún mal, sabes. Como me dijiste una vez, no me incumbe hacer de justiciero. Si tuvo culpas, yo también las tuve.

—Las tuvimos todos —dijo Francisca.

—Tú y yo hemos salido ilesos de esta experiencia —dijo Pedro—. Quisiera que ella también saliera bien. —Se mordió pensativo una uña—. Tú has trastornado un poco mis planes.

—Mala suerte —dijo Francisca con indiferencia—. Pero no tenía por qué afectar tanto desdén por Gerbert.

—¿Eso te hubiera detenido? —dijo Pedro tiernamente.

—El la habría querido más, si ella se hubiera mostrado más sincera. Eso hubiera cambiado mucho las cosas.

—En fin, lo hecho hecho está. Pero habrá que cuidar de que no sospeche nada. ¿Te das cuenta? No le quedaría más que tirarse al agua.

—No lo sospechará.

No tenía ningún deseo de hundir a Javiera en la desesperación; bien se le podía conceder una ración diaria de mentiras apaciguadoras. Despreciada, engañada, ya no sería ella quien le disputara a Francisca su lugar en el mundo.

Francisca se miró en el espejo. A la larga, el capricho, la intransigencia, el egoísmo soberbio, todos esos falsos valores habían revelado su debilidad y salían victoriosas las viejas virtudes desdeñadas.

Gané, pensó Francisca, triunfante.

De nuevo existía sola, sin obstáculo, en el corazón de su propio destino. Encerrada en su mundo ilusorio y vacío, Javiera era sólo una vana palpitación viviente.

IX

Isabel atravesó el hotel desierto y se adelantó hasta el jardín. Cerca de una gruta artificial cuya sombra los envolvía, estaban sentados los dos. Pedro escribía. Francisca estaba reclinada en una tumbona; ninguno se movía, parecía un cuadro vivo. Isabel se quedó inmóvil: en cuanto la vieran, cambiarían de cara, no había que hacerse ver antes de haber descifrado su secreto. Pedro alzó la cabeza

y dijo algunas palabras a Francisca sonriendo. ¿Qué había dicho? No se adelantaba mucho contemplando su conjunto blanco, su piel bronceada. Más allá de sus gestos y de sus rostros la verdad de su dicha permanecía oculta. Esa semana de intimidad diaria dejaba en el corazón de Isabel un gusto tan decepcionante como las entrevistas furtivas de París.

—¿Están hechas las maletas? —preguntó.

—Sí, hice reservar dos asientos en el autobús —dijo Pedro—. Todavía tenemos una hora por delante.

Isabel tocó con el dedo los papeles extendidos ante él.

—¿Qué es esto? ¿Empiezas una novela?

—Es una carta para Javiera —dijo Francisca sonriendo.

—¡Claro, no ha de sentirse olvidada! —Isabel no llegaba a comprender que la intervención de Gerbert no hubiera alterado en nada la armonía del trío—. ¿La harás volver a París este año?

—Seguramente —dijo Francisca—. A menos que haya verdaderamente bombardeos.

Isabel miró a su alrededor. El jardín avanzaba en terrazas sobre una vasta llanura verde y rosada, era muy pequeño. Alrededor de los arriates, una mano caprichosa había planteado conchillas y grandes guijarros desiguales; pájaros embalsamados anidaban en los edificios de rocas artificiales y entre las flores rutilaban bolas de metal, lágrimas de vidrio, figurillas de papel brillante. La guerra parecía tan lejos. Casi había que hacer un esfuerzo para no olvidarla.

—El tren irá lleno —dijo.

—Sí, todo el mundo se va —dijo Pedro—. Somos los últimos clientes.

—Ay —exclamó Francisca—. Yo quería tanto a nuestro pequeño hotel.

Pedro puso su mano sobre la de ella.

—Volveremos. Aunque haya guerra, aunque sea larga, terminará un día.

—¿Cómo terminará? —dijo Isabel, pensativa.

Caía la tarde. Eran tres intelectuales franceses que meditaban y conversaban en la paz inquieta de una aldea de Francia frente a la guerra que se alzaba. Bajo su engañosa sencillez, ese instante tenía la grandeza de una página de historia.

—Ahí viene el té —dijo Francisca.

Una criada se acercaba llevando una fuente con tostadas, zumos, dulces, bizcochos.

—¿Quieres mermelada o miel? —preguntó Francisca animada.

—Me da lo mismo —respondió Isabel, malhumorada.

Parecía que evitaban a propósito las conversaciones serias. A la larga, ese género de elegancia era fastidioso. Miró a Francisca. Con su vestido de lienzo y el pelo suelto, tenía un aspecto muy joven. Isabel se preguntó de pronto si en la seriedad que admiraban en ella no había una gran parte de aturdimiento.

—Vamos a tener una curiosa existencia —agregó.

—Tengo miedo, sobre todo, de aburrirme mortalmente —dijo Francisca.

—Al contrario, será apasionante —dijo Isabel.

No sabía exactamente lo que haría; el pacto germanosoviético le había desgarrado el corazón. Pero estaba segura de que no iba a derrochar sus fuerzas.

Pedro mordió una tostada con miel y sonrió a Francisca.

—Es raro pensar que mañana por la mañana estaremos en París —dijo.

—Me pregunto si habrá vuelto mucha gente —dijo Francisca.

—En todo caso, estará Gerbert. —El rostro de Pedro se iluminó—. Mañana por la noche, sin falta, iremos al cine. Están dando en este momento un montón de nuevas películas americanas.

París. En las terrazas de Saint-Germain-des-Prés, las mujeres, con vestidos vaporosos, beberían naranjadas frías; grandes carteles tentadores se desplegaban desde los Champs-Élysées hasta l'Étoile. Muy pronto toda esa dulzura despreocupada iba a apagarse. El corazón de Isabel se oprimió. No había sabido gozar de todo eso. Pedro le había hecho aborrecer la frivolidad; sin embargo, consigo mismo no se mostraba tan riguroso. Ella lo había sentido con irritación durante toda esa semana: mientras ella

vivía con los ojos fijos en ellos como en modelos exigentes, ellos se abandonaban tranquilamente a sus caprichos.

—Deberías ir a pagar la cuenta —dijo Francisca.

—Voy —Pedro se puso de pie—. Ay, estos malditos guijarros. —Recogió sus sandalias.

—¿Por qué andas siempre descalzo? —preguntó Isabel.

—Pretende que sus ampollas no están curadas todavía —explicó Francisca.

—Es cierto —dijo Pedro—. Me has hecho caminar tanto.

—Hicimos un viaje tan bonito —dijo Francisca con un suspiro.

Pedro se alejó. Dentro de algunos días estarían separados. Pedro sería bajo su uniforme de tela burda un soldado anónimo y solitario. Francisca vería el teatro cerrado, sus amigos diseminados. Y Claudio se deprimiría en Limoges lejos de Susana. Isabel miró el horizonte azul adonde iban a fundirse los rosados y los verdes de la pradera. En la trágica luz de la historia, las personas se encontraban despojadas de su misterio inquietante. Todo estaba tranquilo, el mundo entero estaba en suspenso, y en esa espera universal, Isabel se sintió unida sin temor y sin deseo a la inmovilidad de la noche. Le parecía que le era concedido, por fin, un largo descanso en que ya no se le exigía nada.

—Ya está todo en orden —dijo Pedro—. Las maletas están en el autobús.

Se sentó. Él también, con sus mejillas brillantes por el sol y su conjunto blanco, parecía muy rejuvenecido. Bruscamente, algo desconocido, olvidado, dilató el corazón de Isabel. Él iba a irse. Pronto estaría lejos, en el fondo de una zona inaccesible y peligrosa; ella no iba a volver a verlo hasta dentro de mucho tiempo. ¿Cómo no había sabido aprovechar su presencia?

—Come bizcochos —dijo Francisca—. Son muy buenos.

—Gracias, no tengo hambre —repuso Isabel.

El sufrimiento que la traspasaba no se parecía a los que estaba acostumbrada a sentir; era algo inclemente, irremediable. ¿Y si no vuelvo a verlo nunca?, pensó. Sintió que la sangre se le retiraba del rostro.

—¿Debes presentarte en Nancy? —preguntó Francisca.

—Sí, no es un lugar muy peligroso.

—Pero no te quedarás eternamente. Al menos espero que no seas demasiado heroico.

—Confía en mí —respondió Pedro riendo.

Isabel lo miró con angustia. Podía morirse. Pedro. Su hermano. No voy a dejarlo ir sin decirle... ¿Decirle qué? Ese hombre irónico sentado frente a ella no tenía ninguna necesidad de su ternura.

—Te mandaré espléndidos paquetes —dijo.

—Es cierto, recibiré paquetes —dijo él—. Es tan agradable.

Sonreía con un aire afectuoso en el que no se leía ningún pensamiento oculto; a menudo durante esa semana, había tenido esas expresiones. ¿Por qué ella era tan desconfiada? ¿Por qué había perdido para siempre todas las alegrías de la amistad? ¿Qué había buscado? ¿Para qué esas luchas y esos odios? Pedro partía.

—Sabes —dijo Francisca—, haríamos bien en irnos.

—Vamos —dijo Pedro.

Se levantaron. Isabel les siguió con la garganta anudada.

No quiero que lo maten, pensó desesperadamente. Caminaba a su lado sin atreverse siquiera a tomarlo del brazo. ¿Por qué se habían vuelto imposibles los ademanes, las palabras sinceras? Ahora los movimientos espontáneos de su corazón le parecían insólitos.. Habría dado su vida por salvarlo.

—Cuánta gente —exclamó Francisca.

Había una muchedumbre alrededor del pequeño autobús brillante. El conductor estaba de pie en el techo, entre las maletas, los baúles, los cajones; un hombre encaramado en una escalera detrás del autobús le alcanzó una bicicleta. Francisca aplastó la nariz contra un vidrio.

—Nuestros asientos están reservados —dijo con satisfacción.

—Pero temo que viajen en el pasillo —expresó Isabel.

—Tenemos sueño atrasado —dijo Pedro.

Se pusieron a girar alrededor del autobús. Sólo algunos minutos. Una palabra, un gesto, que él sepa... No me atreveré. Isabel miró a Pedro con desesperación. ¿Todo no podría haber sido diferente? ¿No hubiera podido vivir todos estos años junto a ellos, en la confianza y la alegría, en vez de defenderse contra un peligro imaginario?

—Salimos —gritó el chófer.

Es demasiado tarde, pensó Isabel desesperada. Era todo su pasado, su persona entera lo que habría habido que pulverizar para poder precipitarse hacia Pedro y caer en sus brazos. Demasiado tarde. Ya no era dueña del momento presente. Ni siquiera su rostro le obedecía.

—Hasta pronto —dijo Francisca. Besó a Isabel y ocupó su asiento.

—Hasta luego —dijo Pedro.

Oprimió rápidamente la mano de su hermana y la miró sonriendo. Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas; lo tomó de los hombros y puso sus labios contra su mejilla.

—Ten mucho cuidado —dijo.

—No tengas miedo —dijo Pedro.

Le dio un beso rápido y subió al autobús; todavía durante un rato su rostro se encuadró en la ventana abierta. El coche se puso en marcha. Él agitó la mano. Isabel sacudió su pañuelo y cuando el autobús hubo desaparecido detrás de la fortificación, giró sobre sus talones.

—Para nada —exclamó—. Todo esto para nada. Apretó el pañuelo contra los labios y echó a correr hacia el hotel.

Con los ojos muy abiertos, Francisca miraba el techo. A su lado, Pedro dormía semivestido. Francisca había dormido un poco, pero en la calle, un fuerte grito había atravesado la noche, y ella se había despertado: tenía tanto miedo de las pesadillas, que no había vuelto a cerrar los ojos. Las cortinas no estaban corridas y el claro de luna entraba en el cuarto. Ella no sufría, no pensaba en nada, estaba solamente asombrada de la facilidad con que el cataclismo se hacía lugar en el curso natural de su vida. Se inclinó hacia Pedro.

—Ya son casi las tres —dijo.

Pedro gimió, se desperezó. Ella encendió la luz. Maletas abiertas, mochilas a medio llenar, latas de conservas, calcetines, cubrían desordenadamente el piso. Francisca miró los crisantemos rojos del papel de la pared y la angustia le oprimió la garganta. Mañana estarían en el mismo lugar, con la misma obstinación inerte; el decorado donde se viviría la ausencia de Pedro ya estaba armado. Hasta ahora, la separación esperada era una amenaza vacía, pero este cuarto era el porvenir realizado; estaba ahí, plenamente presente en su desolación irremediable.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Pedro. Se había puesto su traje viejo, metía en el bolsillo la billetera, la estilográfica, la petaca.

—Es tonto que no te hayamos comprado zapatos de caminar —dijo ella—. Ya sé lo que voy a hacer, voy a darte mis zapatos de esquí. Te quedaban muy bien.

—No quiero cogerte tus pobres zapatos —dijo Pedro.

—Me comprarás unos nuevos cuando volvamos a hacer deportes de invierno —dijo ella con tristeza.

Los sacó del fondo de un armario y se los tendió, luego puso en una mochila la ropa y las provisiones.

—¿No llevas tu pipa de espuma de mar?

—No, la guardo para cuando venga licenciado. Cuidámela bien.

—No tengas miedo.

La pipa de un hermoso color rubio dorado descansaba en su estuche como en un ataúd. Francisca bajó la tapa y guardó todo en un cajón. Se volvió hacia Pedro. Se había puesto los zapatos, estaba sentado al borde de la cama y se comía una uña; tenía los ojos rojos y en el rostro la expresión idiota que le gustaba tomar antes en ciertos juegos con Javiera. Francisca permaneció de pie delante de él sin saber qué hacer de sí misma. Habían conversado durante todo el día, pero ahora ya no había nada que decir. Pedro se mordisqueaba una uña y ella lo miraba fastidiada, resignada y vacía.

—¿Nos vamos? —dijo por fin.

—Vamos —dijo Pedro.

Se puso las dos mochilas en bandolera y salió del cuarto. Francisca cerró tras ellos esa puerta que él ya no cruzaría antes de muchos meses y se le aflojaron las piernas al bajar la escalera.

—Tenemos tiempo de tomar un trago en el Dôme —dijo él—. Pero habrá que estar alerta, no será fácil hallar un taxi.

Salieron del hotel y tomaron por última vez el camino recorrido tan a menudo. La luna se había puesto y estaba oscuro. Hacía varias noches ya que el cielo de París se había apagado, sólo quedaban en las calles algunos faroles amarillos, cuyas luces se arrastraban a ras del suelo. El vapor rosa que antes señalaba desde lejos el cruce Montparnasse se había disipado; sin embargo, las terrazas de los cafés todavía brillaban débilmente.

—Desde mañana todo cierra a las once —dijo Francisca—. Es la última noche de preguerra.

Se sentaron en la terraza; el café estaba lleno de gente. Había una banda de muchachos muy jóvenes que cantaban; una nube de oficiales en uniforme había surgido de la tierra en el curso de la noche y se había desparramado en grupos alrededor de las mesas; algunas mujeres los rodeaban con risas que no encontraban eco. La última noche, las últimas horas. El brillo nervioso de las voces contrastaba con la inercia de los rostros.

—La vida será rara aquí —comentó Pedro.

—Sí —dijo Francisca—. Te lo contaré todo.

—Con tal de que Javiera no te resulte demasiado pesada. Tal vez no debimos haberla hecho volver tan pronto.

—No, es mejor que hayas vuelto a verla —replicó Francisca—. Verdaderamente, no hubiera valido la pena escribir todas esas largas cartas para destruir un golpe de efecto. Y, además, tiene que estar cerca de Gerbert estos últimos días. No podía quedarse en Ruan.

Javiera. No era más que un recuerdo, una dirección en un sobre, un fragmento insignificante del porvenir; le costaba creer que dentro de pocas horas iba a verla en carne y hueso.

—Mientras Gerbert esté en Versalles, seguramente podrás verlo de vez en cuando —dijo Pedro.

—No te inquietes por mí —dijo Francisca—. Siempre me las arreglaré.

Puso su mano sobre la de él. Iba a partir. Nada más contaba. Durante un largo rato permanecieron sin decir nada, mirando morir la paz.

—Me pregunto si habrá una muchedumbre allí —dijo Francisca poniéndose de pie.

—No creo, las tres cuartas partes de los tipos ya han sido llamados.

Erraron un momento por el bulevar, y Pedro llamó un taxi.

—A la estación de la Villette —le dijo al chófer.

Atravesaron París en silencio. Las últimas estrellas palidecían. Pedro tenía una leve sonrisa en los labios, no estaba tenso, más bien tenía un aire de chico aplicado. Francisca sentía en ella la calma de la fiebre.

—¿Ya hemos llegado? —dijo con sorpresa.

El taxi se detenía al borde de una placita redonda y desierta. Un mojón se erguía en medio del terraplén central y contra el mojón había dos gendarmes con galones de plata en los quepis. Pedro pagó el taxi y se acercó a ellos.

—¿No es aquí el centro de reunión? —preguntó, tendiéndoles su cartilla militar.

Uno de los gendarmes señaló un pedacito de papel pegado al poste de madera.

—Tiene que ir a la estación del Este —dijo.

Pedro pareció desconcertado; luego alzó hacia el gendarme uno de esos rostros cuya ingenuidad imprevista conmovía siempre a Francisca hasta el fondo del corazón.

—¿Tengo tiempo para ir a pie? El gendarme se echó a reír.

—Seguramente no van a poner un tren especial para usted, no vale la pena que se dé tanta prisa.

Pedro volvió junto a Francisca. Parecía muy insignificante y absurdo en esa plaza abandonada, con sus dos mochilas y sus zapatos de esquí en los pies. A Francisca le pareció que esos diez años no le habían bastado para hacerle saber hasta qué punto lo quería.

—Nos dan todavía un breve plazo —dijo. Ella vio en su sonrisa que sabía todo lo que tenía que saber.

Marcharon a través de las callejas en que nacía el alba. El tiempo era suave, en el cielo las nubes se teñían de rosa. Parecía un paseo muy semejante al que habían hecho tan a menudo después de largas noches de trabajo. En lo alto de las escaleras que bajaban hacia la estación, se detuvieron; los rieles brillantes, dócilmente contenidos al nacer entre las aceras de asfalto, enredaban su curso y huían hacia el infinito; por un momento miraron los largos techos planos de los trenes alineados al borde de los andenes, donde diez esferas negras con agujas blancas marcaban, cada una, las cinco y media.

—Aquí sí va a haber un gentío —observó Francisca con un poco de aprensión.

Imaginaba gendarmes, oficiales y toda una muchedumbre civil como había visto fotografiada en los diarios. Pero el vestíbulo de la estación estaba casi vacío, no se veían uniformes. Había algunas familias sentadas entre montones de bultos y personas aisladas con sus mochilas en bandolera.

Pedro se acercó a una ventanilla, luego se volvió hacia Francisca.

—El primer tren sale a las seis y diecinueve. Iré a instalarme a las seis para tener un asiento. —La tomó del brazo—. Todavía podemos dar un paseo.

—Es rara esta partida —dijo Francisca—. No me la imaginaba así, todo tiene un aire tan gratuito.

—Sí, no se siente en ninguna parte la menor presión. Ni siquiera recibí un papel para convocarme, nadie vino a buscarme, pregunto la hora de mi tren, como un civil, casi tengo la impresión de partir por propia iniciativa.

—Y, sin embargo, sabemos que no puedes quedarte, parecería que es una fatalidad interior que te empuja —dijo Francisca.

Dieron algunos pasos fuera de la estación. El cielo era claro y delicado más allá de las avenidas desiertas.

—Ya no se ve un taxi —dijo Pedro—, y los metros están parados, ¿cómo vas a volver?

—A pie. Iré a ver a Javiera y luego pondré orden en tu despacho. —Se le ahogó la voz—. ¿Me escribirás en seguida?

—Desde el mismo tren. Pero seguramente las cartas no llegarán hasta dentro de mucho tiempo. ¿Serás paciente?

—Me siento con paciencia para dar y vender —dijo ella.

Anduvieron un poco por el bulevar. En la madrugada, la tranquilidad de las calles parecía muy normal, la guerra no estaba en ninguna parte. Había solamente esos carteles pegados a las paredes: uno grande con una cinta tricolor, que era un bando al pueblo francés, y uno pequeño modesto, decorado con banderas negras y blancas sobre fondo blanco, que era la orden de movilización general.

—Ahora sí que me voy —dijo Pedro.

Entraron en la estación. Sobre los portones, un cartel anunciaba que la entrada a los andenes estaba reservada para los viajeros. Algunas parejas se abrazaban junto a la barrera y, al verlas, los ojos de Francisca se llenaron de lágrimas. Al volverse anónimo, el acontecimiento que estaba viviendo se hacía evidente; sobre esos rostros extraños, en sus sonrisas temblorosas se revelaba toda la tragedia de la separación. Se volvió hacia Pedro, no quería emocionarse; volvió a encontrarse hundida en un momento indistinto cuyo gusto áspero y huidizo no era ni siquiera un dolor.

—Hasta luego —dijo Pedro. La estrechó suavemente contra él, la miró por última vez y volvió la espalda.

Traspuso la puerta. Ella lo miró desaparecer con un paso rápido y demasiado decidido, que dejaba adivinar la tensión de su rostro. A la vez, ella se volvió. Dos mujeres se dieron vuelta al mismo tiempo que ella; de golpe, sus caras se desfiguraron y una de ellas se echó a llorar. Francisca se endureció y caminó hacia la salida. Era inútil llorar, por más que sollozara durante horas siempre le quedarían otras tantas lágrimas que verter. Salió con su paso largo y regular, su paso de viaje, a través de la calma insólita de París. La desdicha todavía no era visible en ninguna parte, ni en la tibieza del aire, ni en el follaje dorado de los árboles, ni en el fresco olor a legumbres que venía de los mercados. Mientras continuara caminando, seguiría siendo inasequible, pero le parecía que si llegaba a detenerse, entonces esa presencia solapada que sentía a su alrededor afluiría a su corazón y lo haría estallar.

Cruzó la plaza del Châtelet y siguió el bulevar Saint Michel. Habían vaciado el estanque del Luxemburgo cuyo fondo se extendía ante los ojos, carcomido por una lepra estancada. En la calle de Vavin compró un diario. Había que esperar todavía un momento antes de ir a llamar al cuarto de Javiera, y Francisca decidió sentarse en el Dôme. Javiera no le importaba nada, pero estaba contenta de tener algo fijo que hacer aquella mañana.

Entró en el café y de pronto la sangre se agolpó en su rostro. En una mesa, junto a la ventana, veía una cabeza rubia y una morena. Vaciló, pero era demasiado tarde para retroceder; ya Gerbert y

Javiera la habían visto. Se sentía tan floja y tan fatigada, que un escalofrío nervioso la sacudió cuando se acercaba a la mesa de ellos.

—¿Cómo está? —preguntó a Javiera dándole la mano.

—Muy bien —respondió Javiera en tono de confidencia. Miró a Francisca—. Usted parece cansada.

—Acabo de acompañar a Labrousse al tren —dijo Francisca—. He dormido poco.

Su corazón palpitaba. Hacía semanas que Javiera ya no era más que una vaga imagen que uno mismo creaba. Y ahora resucitaba de pronto en un vestido desconocido de un género azul con florecitas estampadas, más rubia que en ningún recuerdo; sus labios de diseño olvidado se abrían en una sonrisa nueva; no se había convertido en un dócil fantasma, había que afrontar de nuevo su presencia de carne y hueso.

—Yo paseé toda la noche —dijo Javiera—. Son bonitas esas calles oscuras, parece el fin del mundo.

Había pasado todas esas horas con Gerbert. Para él también, ella se había vuelto una presencia tangible. ¿Cómo la había acogido su corazón? El rostro de Gerbert no expresaba nada.

—Será todavía peor cuando los cafés estén cerrados —dijo Francisca.

—Sí, eso es lúgubre —dijo Javiera; se le iluminaron los ojos—. ¿Cree que nos bombardearán de veras?

—Tal vez.

—Debe de ser bueno oír sirenas en la noche y ver correr a la gente por todos lados, como ratas.

Francisca esbozó una sonrisa forzada, la puerilidad buscada de Javiera la fastidiaba.

—La obligarán a bajar al sótano —dijo.

—No bajaré.

Hubo un corto silencio.

—Hasta luego —dijo Francisca—. Me encontrará aquí mismo, voy a instalarme en el fondo.

—Hasta luego —dijo Javiera.

Francisca se sentó a una mesa y encendió un cigarrillo. Le temblaba la mano, estaba asombrada de la violencia de su desazón. Sin duda era la tensión de esas últimas horas que, al quebrarse, la dejaba así desarmada. Se sentía arrojada hacia espacios inciertos, arrancada de raíces, sacudida, sin ningún recurso en sí misma. Había aceptado con serenidad la idea de una vida despojada e inquieta. Pero la existencia de Javiera siempre la había amenazado más allá de los contornos mismos de su vida, y reconocía con espanto esa antigua angustia.

X

—Qué lástima, no tengo más pintura —dijo Javiera.

Miró con aire consternado la ventana pintada de azul hasta la mitad.

—Ha hecho un buen trabajo —dijo Francisca.

—¡Ah, eso sí! Creo que Inés nunca podrá recuperar sus cristales.

Inés había huido de París al día siguiente de la primera falsa alarma y Francisca había subalquilado su apartamento. En el cuarto del hotel Bayard, el recuerdo de Pedro estaba demasiado presente y en esas noches trágicas en que París ya no ofrecía ni luz ni refugio, se sentía la necesidad de un hogar.

—Necesito pintura —dijo Javiera.

—No se encuentra en ninguna parte.

Estaba escribiendo en grandes letras la dirección de un paquete de libros y de tabaco que destinaba a Pedro.

—No se encuentra nada ya —dijo Javiera enojada. Se echó sobre un sillón—. Entonces es como si no hubiera hecho nada —dijo en tono sombrío.

Estaba envuelta en un largo peinador de sayal atado a la cintura por un cordón; metió las manos en las anchas mangas; con el pelo cortado recto y que caía lacio alrededor del rostro parecía un joven monje.

Francisca dejó la pluma; la lámpara eléctrica envuelta en una bufanda de seda arrojaba una débil luz violeta.

Debería ir a trabajar, pensó Francisca, pero le faltaba valor. Su vida había perdido toda consistencia, era una sustancia blanda en la cual uno creía hundirse a cada paso; y luego volvía a surgir, justamente lo bastante para ir a sumergirse un poco más lejos, teniendo a cada minuto la esperanza de abismarse definitivamente, a cada minuto la esperanza de un suelo repentinamente firme. Ya no había porvenir. Sólo el pasado seguía siendo real y el pasado se encarnaba en Javiera.

—¿Tiene noticias de Gerbert? —preguntó Francisca—. ¿Cómo se las arregla en la vida de cuartel?

Había vuelto a ver a Gerbert diez días antes, una tarde de domingo. Pero no habría sido natural que no hiciera preguntas sobre él.

—Parece no aburrirse —respondió Javiera. Tuvo una sonrisita íntima—. Y eso que le gusta indignarse.

Su rostro reflejaba la tierna certidumbre de una posesión total.

—No deben de faltarle las oportunidades —dijo Francisca.

—Lo que le mortifica —agregó Javiera con aire indulgente y encantador— es saber que tendrá miedo.

—Es difícil representarse las cosas por anticipado.

—Oh, es como yo. Tiene imágenes. Hubo un silencio.

—¿Sabe que metieron a Bergmann en un campo de concentración? —dijo Francisca—, Es triste la suerte de los deportados políticos.

—Bah. Son todos espías.

—No todos. Hay muchos antifascistas auténticos a los que encarcelan en nombre de una guerra antifascista. Javiera hizo una mueca de desprecio.

—Para lo interesante que es la gente. No es tan trágico que la pisoteen un poco.

Francisca miró con cierta repulsión el fresco rostro cruel.

—Si uno no se interesa por la gente, me pregunto qué es lo que queda —dijo.

—¡Oh!, pero no estamos todos hechos de la misma manera —dijo Javiera envolviéndola en una mirada desdeñosa y maligna.

Francisca calló. Las conversaciones con Javiera degeneraban siempre en confrontaciones cargadas de odio. Lo que se transparentaba en el acento de Javiera, en sus sonrisas solapadas, era ahora algo muy distinto de una hostilidad infantil y caprichosa: un verdadero odio de mujer. Nunca le perdonaría a Francisca que hubiera conservado el amor de Pedro.

—Si pudiéramos un disco —sugirió Francisca.

—Como quiera —dijo Javiera.

Francisca puso en el tocadiscos el primer disco de Petrouchka.

—Siempre la misma cosa —dijo Javiera con rabia.

—No podemos elegir.

Javiera golpeó el suelo con el pie.

—¿Va a durar mucho tiempo? —dijo apretando los dientes.

—¿Qué?

—Las calles oscuras, las tiendas vacías, los cafés cerrados a las once. Todo este lío —agregó con un sobresalto de rabia.

—Hay posibilidades de que dure.

Javiera se agarró el pelo con las manos.

—Me volveré loca —dijo.

—Uno no se vuelve loco tan pronto.

—Yo no soy paciente —dijo Javiera en un tono de odio desesperado—. ¡No me basta con contemplar los acontecimientos desde el fondo de un sepulcro! ¡No me basta con decirme que las personas siguen existiendo en el otro extremo del mundo, si no puedo tocarlas!

Francisca se puso roja. Nunca debió haberle dicho nada a Javiera. Todo lo que se le decía se volvía en seguida contra uno. Javiera miró a Francisca.

—Usted tiene suerte de ser tan razonable —dijo con una humildad ambigua.

—Basta con no tomárselo a lo trágico —dijo Francisca secamente.

—¡Oh!, depende de las disposiciones que se tengan.

Francisca miró las paredes desnudas, los vidrios azules que parecían defender el interior de una tumba. No debería importarme, pensó con dolor. Pero no era posible, durante esas semanas no se había apartado de Javiera; iba a seguir viviendo con ella hasta que la guerra se terminara; ya no podía negar esa presencia enemiga que extendía sobre ella, sobre el mundo entero, una sombra perniciosa.

La campanilla de la puerta de entrada desgarró el silencio. Francisca recorrió el largo corredor.

—¿Qué pasa?

La portera le extendió un sobre sin sello, escrito por una mano desconocida.

—Un señor acaba de dejar esto.

—Gracias —dijo Francisca.

Abrió la carta. Era la letra de Gerbert.

«Estoy en París. La espero en el café Rey. Tengo toda la noche.»

Metió el papel en la cartera. Entró en su cuarto, tomó el abrigo, los guantes. El corazón le estallaba de placer. Trató de componerse el rostro y volvió al cuarto de Javiera.

—Mi madre me pide que vaya a jugar al bridge.

—Ah, se va —dijo Javiera con aire de crítica.

—Estaré de vuelta a eso de las doce. ¿Usted no sale?

—¿Adonde quiere que vaya?

—Entonces hasta luego.

Bajó la escalera sin luz y salió corriendo por ella. Algunas mujeres caminaban por la escalera de la calle Montparnasse llevando en banderola el cilindro gris que encerraba su máscara de gases. Detrás de la tapia del cementerio, una lechuza ululó. Francisca se detuvo sin aliento en la esquina de la calle de la Gaieté. Un gran brasero rojo y oscuro brillaba en la avenida del Maine: el café Rey. Con las cortinas cerradas, las luces atenuadas, todos los sitios públicos tenían un aire excitante de lugar de mala vida. Francisca apartó las cortinas que tapaban la entrada. Gerbert estaba sentado ante un vaso de coñac. Había dejado el birrete sobre la mesa. Tenía el pelo cortado muy corto. Parecía ridículamente joven con su uniforme caqui.

—¡Qué suerte que haya podido venir! —dijo Francisca. Le tomó la mano y sus dedos se mezclaron.

—¿Así que ha podido arreglárselas?

—Sí —dijo Gerbert—. Pero no pude prevenirla. No sabía por anticipado si lo conseguiría. —Sonrió—. Estoy contento. Es muy fácil. Podré repetirlo de vez en cuando.

—Eso permitirá esperar los domingos —dijo Francisca—. Hay tan pocos domingos en el mes. —Lo miró con pena—. Sobre todo que tiene que ver a Javiera.

—Tendré que verla —dijo Gerbert sin ganas.

—Sabe, tengo noticias frescas de Labrousse. Una larga carta. Lleva una vida muy bucólica. Veranea en casa de un cura de Lorena que lo llena de tartas de ciruelas y de pollo a la crema.

—Es triste —dijo Gerbert—. Cuando él tenga su primera licencia, yo estaré lejos. No nos veremos hasta dentro de una eternidad.

—Sí. Pero si al menos pudiéramos seguir sin luchar —dijo Francisca.

Miró los bancos brillantes donde tan a menudo se había sentado junto a Pedro. Había una muchedumbre en el mostrador y delante de las mesas; sin embargo, las pesadas telas azules que tapaban las ventanas daban a esa cervecería repleta algo de íntimo y de clandestino.

—No me horrorizaría luchar —dijo Gerbert—. Debe de ser menos deprimente que pudrirse en el fondo de un cuartel.

—¿Se aburre horriblemente?

—Es increíble lo que pueden jorobarlo a uno —Gerbert se echó a reír—. Anteayer el capitán me convocó. Quería saber por qué no me ascendían a oficial. Se había enterado de que yo comía todas las noches en la cervecería Chanteclerc. Me dijo más o menos: «Usted tiene dinero, su lugar está entre los oficiales.»

—¿Y usted qué contestó?

—Le dije que no me gustaban los oficiales —dijo Gerbert con dignidad.

—Ha de haberle sentado muy mal.

—Más bien. Cuando lo dejé, el capitán estaba verde. —Meneó la cabeza—. No tengo que contarle eso a Javiera.

—¿Le gustaría que usted fuera oficial?

—Sí. Cree que nos veríamos más. Son graciosas las mujeres —dijo Gerbert en tono de convicción—, creen que lo único que cuenta son los líos sentimentales.

—Javiera no tiene nada fuera de usted.

—Ya sé, eso es lo que me pesa —sonrió—. Yo estaba hecho para soltero.

—En ese caso no anda muy acertado.

—Caramba —dijo Gerbert dándole un golpe en la espalda—. Con usted no es lo mismo. —La miró con calor—. Lo espléndido entre nosotros es que hay una amistad tan grande. Nunca me he forzado con usted, puedo decirle cualquier cosa y me siento libre.

—Sí, es bonito quererse tanto y seguir siendo libre. Le oprimió la mano; aún más que la dulzura de tocarlo, le importaba esa confianza apasionada que él le concedía.

—¿Qué quiere hacer esta noche? —preguntó alegremente.

—No puedo ir a lugares elegantes con ese traje —dijo Gerbert.

—No. ¿Pero qué pensaría por ejemplo si fuéramos a pie hasta les Halles, comiéramos un biftec en el restaurante de Benjamín y fuéramos después al Dôme?

—Espléndido —dijo Gerbert—. Tomaremos un pernod por el camino. Es formidable cómo me gusta ahora el pernod. Se levantó y apartó ante Francisca las cortinas azules.

—¡Hay que ver lo que se bebe en el cuartel! Vuelvo todas las noches borracho.

La luna se había levantado; bañaba los árboles y los techos; un verdadero claro de luna de campo. Sobre la larga avenida desierta pasó un auto, sus faros azules parecían enormes zafiros.

—Es magnífica —dijo Gerbert mirando la noche.

—Sí, las noches de luna son magníficas. Pero en las noches oscuras esto no es alegre. Lo mejor que uno puede hacer es quedarse encerrado en su casa. —Codeó a Gerbert—. ¿Ha visto qué atractivos cascos nuevos tienen los agentes?

—Quedan muy marciales —dijo Gerbert. Tomó a Francisca del brazo—. Pobrecita, no ha de ser alegre esta vida. ¿No queda nadie en París?

—Está Isabel, me prestaría gustosa su hombro para llorar, pero la evito lo más posible. Es gracioso, pero nunca ha estado más razonable. Claudio está en Burdeos, pero como está solo, sin Susana, creo que soporta muy bien su ausencia.

—¿Qué hace durante todo el día? ¿Ha empezado a trabajar de nuevo?

—Todavía no. Me arrastro con Javiera de la mañana a la noche. Cocinamos, nos inventamos peinados. Escuchamos discos viejos. Nunca hemos estado tan íntimas. —Francisca se encogió de hombros—. Estoy segura de que nunca me ha odiado tanto.

—¿Usted cree?

—Estoy segura. ¿Nunca le habla de nuestras relaciones?

—No muy a menudo. Desconfía. Piensa que yo estoy de parte suya.

—¿Cómo? ¿Porque me defiende cuando ella me ataca?

—Sí. Siempre nos peleamos cuando habla de usted. Francisca sintió un escozor en el corazón. ¿Qué podía decir de ella Javiera?

—¿Qué dice? —preguntó.

—Dice cualquier cosa —respondió Gerbert.

—Sabe que puede decírmelo. En el punto al que hemos llegado ya no hay nada que ocultar.

—Hablaba en general.

Dieron algunos pasos en silencio. Un silbato los hizo sobresaltar. Un barbudo jefe de grupo apuntaba su linterna hacia una ventana de la cual se filtraba una delgada raya de luz.

—Es una fiesta para estos viejos —dijo Gerbert.

—Por supuesto —dijo Francisca—. Los primeros días nos amenazaron con tirotearnos las ventanas. Tapamos todas las lámparas y ahora Javiera ha pintado las ventanas de azul.

Javiera. Naturalmente. Hablaba de Francisca. Y quizá de Pedro. Era fastidioso imaginársela reinando complacientemente en el corazón de su pequeño universo bien organizado.

—¿Javiera le ha hablado alguna vez de Labrousse? —preguntó Francisca.

—Sí, me ha hablado —respondió Gerbert con voz neutra.

—Le contó toda la historia —dijo Francisca con aire afirmativo.

—Sí.

Francisca se ruborizó. Mi historia. Bajo ese cráneo rubio, la idea de Francisca había cobrado una forma irremediable y desconocida, y bajo esa forma extraña, Gerbert había recibido la confidencia.

—¿Entonces sabe que Labrousse estuvo enamorado de ella? —dijo Francisca. Gerbert calló.

—Lo lamento tanto —dijo por fin—. ¿Por qué Labrousse no me previno?

—No quería, por orgullo. —Francisca oprimió el brazo de Gerbert—. Yo no se lo conté, justamente porque tenía miedo de que se preocupara. Pero no tenga miedo, Labrousse nunca le ha guardado rencor. Y al final, se alegró de que todo terminara así.

Gerbert la miró con aire desconfiado.

—¿Se alegró?

—Pues claro. Ya no significa nada para él, sabe.

—¿Verdaderamente? —Gerbert parecía incrédulo. ¿Qué creía? Francisca miró con angustia el campanario de Saint-Germain-des-Prés que se recortaba sobre el cielo metálico, puro y tranquilo como un campanario de aldea.

—¿Qué es lo que ella sostiene? ¿Que Labrousse todavía la quiere apasionadamente?

—Más o menos —dijo Gerbert, confuso.

—¡Y bien, se equivoca enormemente!

Le temblaba la voz. Si Pedro hubiera estado ahí, se habría reído con desdén, pero estaba lejos de él, sólo podía decirse a sí misma: «Me quiere únicamente a mí». Era intolerable que una certidumbre contraria existiera en alguna parte del mundo.

—Querría que viera cómo habla de ella en sus cartas —agregó—. Estaría informada. Conserva por lástima un simulacro de amistad. —Miró a Gerbert desafiándolo—. ¿Cómo explica que haya renunciado a ella?

—Dice que ella no quiso continuar esas relaciones.

—Ah, ya veo. ¿Y por qué?

Gerbert la miró confuso.

—¿Dice que ella no lo quería? —preguntó Francisca. Apretó el pañuelo entre sus manos húmedas.

—No —dijo Gerbert.

—¿Entonces?

—Dijo que a usted le desagradaba —dijo en tono incierto.

—¿Dijo eso?

La emoción le cortaba la voz a Francisca. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia.

—¡Qué perra!

Gerbert no contestó nada. Parecía en el colmo de la confusión. Francisca se burló:

—¿ En resumidas cuentas, Pedro la quiere perdidamente y ella rechaza su amor por consideración hacia mí, porque los celos me devoran?

—Yo suponía que ella arreglaba las cosas a su manera —dijo Gerbert en tono consolador.

Cruzaron a la otra orilla del Sena. Francisca se inclinó sobre la balaustrada y miró las aguas de color negro lustroso donde se reflejaba el disco de la luna. No lo soportaré, se dijo con desesperación. Allí, en la luz mortuoria de su cuarto, Javiera estaba sentada, envuelta en una bata parda, aburrida y maléfica; el amor desolado de Pedro le acariciaba humildemente los pies. Y Francisca erraba por las calles, desdeñada, contenta con los viejos restos de una ternura cansada. Hubiera querido ocultar la cara.

—Ha mentido —dijo. Gerbert la apretó contra él.

—Lo supongo —dijo.

Parecía inquieto. Ella apretó los labios. Podría hablarle, decirle la verdad. Él la creería. Pero era inútil. Allí, la joven heroína, la dulce figura sacrificada, continuaba sintiendo en su carne el gusto embriagador y noble de su vida.

A ella también le hablaré, pensó Francisca. Sabrá la verdad.

—Voy a hablarle.

Francisca cruzó la plaza de Rennes. La luna brillaba sobre la calle desierta y las casas ciegas, brillaba sobre las praderas desnudas, sobre los bosques donde velaban hombres con cascos. En la noche impersonal y trágica, esa ira que trastornaba el corazón de Francisca era todo lo que tenía sobre la tierra. La perla negra, la preciosa, la hechicera, la generosa. Una hembra, pensó con pasión. Subió la escalera. Estaba ahí, acurrucada detrás de la puerta en su nido de mentiras; de nuevo iba a apoderarse de Francisca e iba a hacerla entrar a la fuerza en su historia. Esa mujer abandonada, armada de una agria paciencia seré yo. Francisca empujó la puerta y llamó en el cuarto de Javiera.

—Entre.

Un olor dulzón e insulso había invadido el cuarto. Javiera estaba encaramada sobre un banco y pintaba un cristal de azul. Bajó de su altura.

—Mire lo que he encontrado —dijo.

Tenía en la mano un frasco lleno de un líquido dorado. Con un gesto teatral se lo tendió a Francisca. En la etiqueta se leía: Ámbar solar.

—Estaba en el baño —dijo—. Reemplaza muy bien la pintura. —Miró la ventana vacilando—. ¿No cree que habría que dar otra capa?

—Como catafalco ya está bastante logrado —dijo Francisca.

Se quitó el abrigo. Hablar. ¿Cómo hablar? No podía revelar las confidencias de Gerbert y, sin embargo, no podía vivir en ese aire envenenado. Entre los cristales lisos y azules, en el olor dulzón del aceite para baños de sol, la pasión despechada de Pedro, los celos ruines de Francisca existían con evidencia. Había que pulverizarlos. Sólo Javiera podía pulverizarlos.

—Voy a hacer un poco de té —dijo Javiera. Había un hornillo de gas en su cuarto. Puso una cacerola llena de agua y fue a sentarse frente a Francisca.

—¿Fue divertido el bridge? —preguntó en tono desdeñoso.

—No iba para divertirme —respondió Francisca. Hubo un silencio. La mirada de Javiera cayó sobre el paquete que Francisca había preparado para Pedro.

—Ha hecho un bonito paquete —dijo con una débil sonrisa.

—Creo que a Labrousse le alegrará tener libros. La sonrisa de Javiera continuaba tontamente extendida sobre sus labios, mientras sus dedos jugaban con el cordelito.

—¿Cree que puede leer? —preguntó.

—Trabaja. Lee. ¿Por qué no?

—Sí, usted me dijo que estaba lleno de coraje, que hasta se dedica a la cultura física. —Javiera alzó las cejas—. Yo lo veía en forma muy distinta.

—Sin embargo, es lo que dice en su carta —dijo Francisca.

—Evidentemente.

Tiró del cordelito y lo volvió a soltar, luego hubo un chasquido blanduzco. Soñó un momento y después miró a Francisca con aire cándido.

—¿No cree que en las cartas uno no cuenta las cosas como son? ¿Aun si uno no quiere mentir —agregó cortésmente—, sólo porque se lo cuenta a alguien?

Francisca sintió que la rabia le agarrotaba la garganta.

—Creo que Pedro dice exactamente lo que quiere decir —dijo con aspereza.

—Supongo, por supuesto, que no llora en los rincones como un niño —dijo Javiera.

Había puesto la mano sobre el paquete de libros.

—Quizá yo esté mal formada —dijo pensativa—, pero cuando las personas están ausentes, me parece tan vano tratar de conservar relaciones con ellas. Se puede pensar en ellas. Pero escribir cartas, mandar paquetes. —Hizo una mueca—. Preferiría hacer girar las mesas.

Francisca la miró con una rabia impotente. ¿No había ningún modo de anular ese orgullo insolente? En el espíritu de Javiera, alrededor del recuerdo de Pedro, Marta y María se afrontaban. Marta jugaba a la madrina de guerra, recibía en cambio una gratitud deferente, y era en María en quien pensaba el ausente cuando desde el fondo de su soledad alzaba con nostalgia hacia el cielo de otoño un rostro grave y pálido. Si Javiera hubiera apretado apasionadamente entre sus brazos el cuerpo vivo de Pedro, Francisca se habría sentido menos herida que por esa caricia misteriosa con la que envolvía su imagen.

—Lo que habría que saber es si las personas en cuestión comparten ese punto de vista —dijo Francisca. Javiera hizo una sonrisita.

—Sí, naturalmente —dijo.

—¿Quiere decir que a usted la tiene sin cuidado el punto de vista de los demás? —preguntó Francisca.

—No todos le dan tanta importancia a las cartas. —Se levantó—. ¿Quiere té?

Llenó dos tazas. Francisca se llevó el té a los labios. Le temblaba la mano. Veía la espalda de Pedro cubierta por sus dos mochilas cuando desaparecía en el andén de la estación del Este, veía otra vez el rostro que había vuelto hacia ella un instante antes. Habría querido mantener en ella esa imagen pura, pero era sólo una imagen que sacaba sus fuerzas de los latidos de su corazón, no podía bastar frente a aquella mujer de carne y hueso. En esos ojos vivos se reflejaban la faz cansada de Francisca, su perfil sin dulzura. Una voz susurraba: El ya no la quiere, no puede quererla.

—Creo que usted tiene una idea muy romántica de Labrousse —dijo Francisca abruptamente—. Sabe, él no sufre las cosas sino en la medida en que quiere sufrirlas. No le importan sino en la medida en que quiere que le importen.

Javiera hizo una mueca.

—Usted cree.

Su acento era una insolencia más que una negación brutal.

—Lo sé —dijo Francisca—. Conozco bien a Labrousse.

—Nunca se conoce a la gente —dijo Javiera. Francisca la miró con furor. ¿No se podía tener ninguna influencia sobre ese cerebro terco?

—Pero él y yo, es diferente —dijo—. Siempre hemos compartido todo, absolutamente todo.

—¿Por qué me dice eso? —preguntó Javiera altanera.

—Cree que es la única que comprende a Labrousse —respondió Francisca. Le ardía el rostro—. Cree que tengo de él una idea simple y grosera.

Javiera la miró absorta. Francisca nunca le había hablado en ese tono.

—Usted tiene sus ideas sobre él, yo tengo las mías —dijo secamente.

—Usted elige las ideas que le convienen —dijo Francisca. Había hablado con tanta seguridad, que Javiera tuvo una especie de retroceso.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Francisca apretó los labios. Qué ganas tenía de decirle de frente: «Usted cree que él la quiere, pero lo único que siente por usted es lástima.» Ya la sonrisa insolente de Javiera se había deshecho. Algunas palabras más y sus ojos se llenarían de lágrimas. Ese hermoso cuerpo orgulloso se derrumbaría. Javiera la miraba intensamente, tenía miedo.

—No quiero decir nada de particular —dijo Francisca con fatiga—. En general, usted cree lo que le resulta cómodo creer.

—¿Por ejemplo? —dijo Javiera.

—Bien, por ejemplo —dijo Francisca con voz más tranquila—. Labrousse le escribió que no necesitaba recibir cartas para pensar en la gente; era una manera amable de disculpar su silencio. Pero usted se convenció de que creía en la comunión de almas más allá de las palabras.

Los labios de Javiera dejaron ver sus dientes blancos.

—¿Cómo sabe lo que me escribió?

—Me lo dijo en una carta.

Los ojos de Javiera cayeron sobre la cartera de Francisca.

—Ah, le habla de mí en sus cartas —dijo.

—Alguna vez —dijo Francisca. Su mano se crispó sobre el bolso de cuero negro. Arrojar las cartas sobre las rodillas de Javiera. En medio del asco y del furor, la misma Javiera proclamaría su derrota; no había victoria posible sin su confesión. Francisca volvería a estar sola, soberana y liberada para siempre.

Javiera se hundió en su sillón; la recorrió una especie de escalofrío.

—Me horroriza pensar que hablan de mí —dijo.

Estaba ovillada en sí misma con un aire un poco perdido. Francisca se sintió de pronto muy cansada. La arrogante heroína a la que con tanta pasión deseaba vencer no estaba en ninguna parte, quedaba una pobre víctima acosada de la que no se podía sacar ninguna venganza. Se puso de pie.

—Me voy a dormir —dijo—. Hasta mañana. No se olvide de cerrar el gas.

—Buenas noches —dijo Javiera sin alzar la cabeza.

Francisca entró en su cuarto. Abrió su escritorio, sacó de su cartera las cartas de Pedro y las puso en un cajón junto a las de Gerbert. No habría víctima. Nunca habría liberación. Cerró el escritorio con llave y metió la llave en la cartera.

—¡Camarero! —gritó Francisca.

Era un hermoso día de sol. El almuerzo había sido más tirante que de costumbre, y Francisca había ido en seguida a sentarse con un libro a la terraza del Dôme. Ahora estaba empezando a hacer fresco.

—Ocho francos —dijo el camarero.

Francisca abrió el monedero y sacó un billete. Miró con sorpresa el fondo de su cartera. Allí había puesto la llave de su escritorio la noche anterior.

Vació nerviosamente la cartera. La polvera. El rouge. El peine. La llave tenía que estar en alguna parte. No había dejado su cartera un minuto. Volvió del revés la cartera, la sacudió. El corazón empezó a latirle con violencia. Un minuto. El tiempo de llevar la bandeja desde la cocina hasta el cuarto de Javiera. Y Javiera estaba en la cocina.

Con el revés de la mano hizo caer en montón dentro de la cartera todos los objetos dispersos sobre la mesa y salió corriendo. Las seis. Si Javiera tenía la llave, no quedaba ninguna esperanza.

«Es imposible.»

Corría. Todo su cuerpo vibraba. Sentía el corazón entre las costillas, bajo el cráneo y en la punta de los dedos. Subió la escalera. La casa estaba silenciosa y la puerta de entrada conservaba su aspecto cotidiano. En el corredor flotaba todavía un olor a aceite solar. Francisca respiró profundamente. Habría perdido la llave sin advertirlo. Le parecía que si algo había ocurrido, tenía que haber signos en el aire. Empujó la puerta de su cuarto. El escritorio estaba abierto. Había cartas de Pedro y de Gerbert desparramadas sobre la alfombra.

«Javiera lo sabe.» Las paredes del cuarto empezaron a girar. Una oscuridad acre y violeta acababa de abatirse sobre el mundo. Francisca se dejó caer en un sillón aplastada por un peso mortal. Su amor por Gerbert estaba ahí, ante ella, negro como la traición.

«Lo sabe». Había entrado en el cuarto para leer las cartas de Pedro. Pensaba deslizar de nuevo la llave en la cartera, o esconderla bajo la cama. Y luego había visto la letra de Gerbert. «Querida, querida Francisca.» Había corrido hasta la última línea: «La quiero». Había leído línea tras línea.

Francisca se levantó, siguió el corredor. No pensaba en nada. Ante ella y en ella la oscuridad era de betún. Se acercó a la puerta de Javiera y llamó. No hubo respuesta. La llave estaba en la cerradura del lado de adentro. Javiera no había salido. Francisca golpeó nuevamente. Hubo un silencio mortal. Se

ha matado, pensó. Se apoyó contra la pared. Javiera podía haber tomado un somnífero, podía haber abierto el gas. Escuchó. No se oía nada. Francisca pegó el oído a la puerta. En medio de su terror, asomaba una especie de esperanza. Era una salida, la única salida imaginable. Pero no; Javiera sólo empleaba calmantes inofensivos; el olor a gas se habría sentido. De todas maneras todavía no podía estar sino dormida.

—Váyase —dijo con voz sorda.

Francisca se secó la frente empapada. Javiera vivía. La traición de Francisca vivía.

—Ábrame —gritó Francisca.

No sabía lo que diría. Pero quería ver a Javiera en seguida.

—Abra —repitió sacudiendo la puerta. La puerta se abrió, Javiera estaba envuelta en su bata, tenía los ojos secos.

—¿Qué quiere de mí? —dijo.

Francisca pasó delante de ella y fue a sentarse junto a la mesa. Nada había cambiado desde el almuerzo. Sin embargo, detrás de cada uno de esos muebles habituales algo horrible acechaba.

—Quiero explicarme con usted —dijo.

—No le pregunto nada —dijo Javiera. Fijaba en Francisca unos ojos ardientes, sus mejillas eran fuego, estaba hermosa.

—Escúcheme, se lo suplico —dijo Francisca. Los labios de Javiera comenzaron a temblar.

—¿Por qué viene a torturarme más? ¿No está contenta así? ¿No ha hecho bastante mal?

Se arrojó sobre la cama y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Ah, cómo me ha engañado! —dijo.

—Javiera —murmuró Francisca.

Miró a su alrededor con desamparo. ¿Nada vendría a socorrerla ?

—Javiera —repitió con voz suplicante—. Cuando esta historia empezó, yo no sabía que usted quería a Gerbert, él tampoco lo sospechaba.

Javiera apartó las manos. Un rictus torcía su boca.

—Ese crápula —dijo lentamente—. No me asombra de él, es un tipo inmundó. Miró a Francisca en plena cara.

—Pero usted —dijo—. ¡Usted! ¡Cómo se ha burlado de mí! Una intolerable sonrisa descubría sus dientes puros.

—No me he burlado de usted —dijo Francisca—. Sólo que me ocupé más de mí que de usted. Pero usted no me había dejado muchos motivos para quererla.

—Ya sé —dijo Javiera—. Estaba celosa de mí porque Labrousse me quería. Lo apartó de mí y para vengarse mejor, se llevó a Gerbert. Guárdelo, es suyo. Es un bonito tesoro que no le disputaré.

Las palabras se le amontonaban en la boca con tanta violencia, que parecía sofocarla. Francisca consideró con horror a esa mujer que los ojos fulgurantes de Javiera contemplaban, a esa mujer que era ella.

—No es verdad —dijo.

Respondió profundamente. Era vano intentar una defensa. Ya nada podía salvarla.

—Gerbert la quiere —dijo con voz más tranquila—. Cometió una falta hacia usted. ¡Pero en ese momento tenía tantos agravios contra usted! Hablarle luego era difícil, todavía no ha tenido tiempo de construir nada sólido entre ustedes dos.

Se inclinó hacia Javiera y dijo en tono apremiante:

—Trate de perdonarle. Nunca más me encontrará usted en su camino.

Se apretó las manos una contra otra; un ruego silencioso subía en ella:

—¡Que todo quede borrado y yo renuncio a Gerbert! Ya no quiero a Gerbert, nunca le he querido, no ha habido traición. Los ojos de Javiera relampaguearon.

—Guárdese sus regalos —dijo con violencia— y váyase de aquí, váyase en seguida.

Francisca vaciló.

—Váyase por amor de Dios —repitió Javiera.

—Me voy —dijo Francisca.

Atravesó el corredor, titubeaba como ciega, las lágrimas le quemaban los ojos: «He tenido celos de ella. Le he robado su Gerbert». Las lágrimas quemaban, las palabras quemaban como un hierro al rojo. Se sentó en el borde del diván y repitió atontada: «He hecho eso. Yo». En las tinieblas, el rostro de Gerbert ardía con un fuego negro y las letras sobre la alfombra eran negras como un pacto infernal. Se llevó el pañuelo a los labios. Una lava negra y tórrida corría por sus venas. Hubiera querido morir.

«Soy yo para siempre.» Habría una aurora. Habría un día siguiente. Javiera se iría a Rúan. Cada mañana, en el fondo de una sombría casa de provincia, se despertaría con esa desesperación en el alma. Cada mañana renacería esa mujer detestada que sería en adelante Javiera. Volvía a ver el rostro de Javiera descompuesto por el dolor. «Mi crimen.» Existía para siempre.

Cerró los ojos. Las lágrimas corrían, la lava ardiente corría y consumía el corazón. Pasó un rato largo. Muy lejos, en otro mundo, vio de pronto una tierna sonrisa claro. «Bien, béseme, Gerbert tontuelo.» El viento soplaba, las vacas agitaban su cadena en el establo, una joven cabeza confiada se apoyaba sobre su hombro y la voz decía: «Estoy contento, estoy tan contento». Le había dado una florecita. Francisca abrió los ojos. Esa historia también era verdadera. Leve y tierna como el viento de la mañana sobre las praderas húmedas. ¿Cómo ese amor inocente se había convertido en esa sórdida traición?

—No —dijo ella—, no—. Se levantó y se acercó a la ventana. Habían ocultado el globo de luz bajo una máscara de hierro negra festoneada como una antifaz veneciano. Su luz amarilla parecía una mirada. Se apartó, encendió la luz. Su imagen surgió de pronto en el fondo del espejo. Le hizo frente:

—No —repitió—, yo no soy esa mujer.

Era una larga historia. Miró su imagen. Hacía tiempo que trataba de robársela. Rígida como una orden. Austera y pura como una estalactita. Abnegada, desdeñada, empecinada en una moral hueca. Y había dicho: «No». Pero lo había dicho en voz muy baja; había besado a Gerbert a escondidas. «¿No seré yo?» A menudo vacilaba, fascinada. Y ahora había caído en la trampa, estaba a merced de esa conciencia voraz que había esperado en la sombra el momento de devorarla. Celosa, traidora, criminal. Uno no podía defenderse con palabras timidas y actos furtivos. Javiera existía, la traición existía. Mi imagen criminal existe en carne y hueso.

Dejará de existir.

De pronto, una gran paz se extendió sobre Francisca. El tiempo acababa de detenerse. Francisca estaba sola en un cielo helado. Era una soledad tan solemne y tan definitiva, que se parecía a la muerte.

Ella o yo. Yo.

Hubo un ruido de pasos en el corredor, el agua corrió en el cuarto de baño. Javiera entró en su cuarto. Francisca se dirigió hacia la cocina y cerró el gas. Llamó. Quizá había todavía una posibilidad de escapar.

—¿Por qué vuelve? —dijo Javiera.

Estaba en la cama, apoyada en las almohadas. Sólo su lámpara de cabecera estaba encendida; sobre la mesa de luz, había un vaso de agua junto a un tubo de belladona.

—Quisiera que conversáramos —dijo Francisca. Dio un paso y se apoyó en la cómoda sobre la cual estaba colocado el hornillo de gas.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó.

—¿Qué importa?

—He sido culpable con usted —dijo Francisca—. No le pido que me perdone. Pero escuche, no haga mi culpa irreparable. —La voz le temblaba de pasión. Si por lo menos pudiera convencer a Javiera...—. Durante mucho tiempo no tuve más preocupación que su felicidad, usted nunca pensó en la mía. Usted sabe que tengo alguna excusa. Haga un esfuerzo en nombre de nuestro pasado. Déme una oportunidad de no sentirme odiosamente criminal.

Javiera la miraba con aire ausente.

—Siga viviendo en París —agregó Francisca—. Reanude su trabajo en el teatro. Se instalará donde quiera, no volverá a verme nunca...

—¿Aceptar su dinero? —dijo Javiera—. Preferiría reventar ahora mismo.

Su voz, su rostro, no dejaban ninguna esperanza.

—Sea generosa, acepte. Evíteme el remordimiento de haber arruinado su porvenir.

—Preferiría reventar —repitió Javiera con violencia.

—Por lo menos, vuelva a ver a Gerbert. No lo condene sin haber hablado con él.

—¿Es usted quien viene a darme consejos? Francisca puso la mano sobre el hornillo y abrió la llave.

—No son consejos, son ruegos —dijo.

—¡Ruegos! Javiera se echó a reír—. Pierde su tiempo. No tengo un alma noble.

—Está bien —dijo Francisca—. Adiós.

Dio un paso hacia la puerta y contempló en silencio esa faz infantil y pálida que no volvería a ver con vida.

—Adiós —repitió.

—Y no vuelva —dijo Javiera con voz rabiosa.

Francisca la oyó saltar fuera de la cama y correr el cerrojo. La raya de luz que filtraba bajo la puerta se apagó.

¿Y ahora?, se dijo Francisca.

Permaneció de pie, vigilando la puerta de Javiera. Sola. Sin apoyo. No descansaba más que sobre sí misma. Esperó un largo rato, luego entró en la cocina y puso la mano sobre la palanca del contador. Su mano se crispó. Parecía imposible. Frente a su soledad, fuera del espacio, fuera del tiempo, estaba esa presencia enemiga que desde hacía tanto tiempo la aplastaba con su sombra ciega. Ella estaba allí, sólo existía para sí, reflejada toda entera en sí misma, reduciendo a la nada todo lo que la excluía: encerraba al mundo entero en su propia soledad triunfante, se extendía sin límites, infinita, única; todo lo que era lo sacaba de sí misma, se negaba a cualquier influencia, era la absoluta separación. Y, sin embargo, bastaba bajar esa palanca para anularla. Anular una conciencia. ¿Cómo puedo hacerlo?, pensó Francisca. ¿Pero cómo era posible que existiera una conciencia que no fuera la suya? Entonces, quien no existía era ella. Repitió: «Ella o yo», y bajó la palanca.

Entró en su cuarto, recogió las cartas dispersas sobre el piso, las arrojó a la chimenea. Encendió una cerilla y miró cómo se quemaban las cartas. La puerta de Javiera estaba cerrada interiormente. Creerían en un accidente o en un suicidio. De todas maneras no habrá pruebas, pensó.

Se desvistió y se puso un pijama. «Mañana por la mañana estará muerta.» Se sentó frente al corredor oscuro, Javiera dormía. Su sueño era cada vez más pesado. Todavía quedaba sobre la cama una forma viva, pero ya no era nadie. No había nadie más. Francisca estaba sola.

Sola. Había obrado sola. Tan sola como en la muerte. Un día Pedro sabría. Pero incluso él conocería ese acto sólo desde fuera. Nadie podría condenarla ni absolverla. Su acto sólo le pertenecía a ella. «Soy yo quien lo quiere.» Era su voluntad lo que se estaba cumpliendo, ya nada la separaba de sí misma. Había elegido por fin. Se había elegido.